El corazón de México

De cómo las comunidades forjaron el capitalismo, una nación y la historia global, 1500-2000

JOHN TUTINO

Traducción de Víctor Altamirano

HISTORIA

Sección de Obras de Historia

EL CORAZÓN DE MÉXICO

JOHN TUTINO

El corazón de México

De cómo las comunidades forjaron el capitalismo, una nación y la historia global, 1500-2000

Traducción de
Víctor Altamirano

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2017
Primera edición en español, 2024

[Primera edición en libro electrónico, 2025]

Tutino, John
El corazón de México. De cómo las comunidades forjaron el capitalismo, una nación y la historia global, 1500-2000/John Tutino ; trad. de Víctor Altamirano. — México : FCE, Conahcyt, 2024
580 p. : ilus. ; 23 × 17 cm — (Sección de Obras de Historia)
Título original: The Mexican Heartland. How Communities Shaped Capitalism, a Nation, and World History, 1500-2000
ISBN 978-607-16-8109-6 (FCE)
ISBN 978-607-8273-47-8 (Conahcyt)

1. Capitalismo – Historia – México 2. Economía – Historia – México 3. México – Condiciones económicas 4. México – Política y gobierno I. Altamirano, Víctor, tr. II. Ser. III. t.

LC F1226.T88 Dewey 330.122 T863c

Distribución mundial en español

Esta publicación forma parte del proyecto
"Plataformas de difusión científica: narrativas transmedia para México"
del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora,
apoyado por el Conahcyt en 2024.

CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

© 2018, Princeton University Press
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor.
Título original: *The Mexican Heartland. How Communities Shaped Capitalism, a Nation, and World History, 1500-2000*

D. R. © 2024, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-8109-6 (FCE)
ISBN [pendiente] (electrónico-pdf, FCE)
ISBN 978-607-8273-47-8 (Conahcyt)
ISBN [pendiente] (electrónico-pdf, Conahcyt)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Introducción. Capitalismo y comunidad, autonomía y patriarcado . . . 11

Parte 1. El capitalismo de la plata, 1500-1820

I. Imperio, capitalismo y las economías de la plata en la América española 45
II. El capitalismo de la plata y las repúblicas indígenas: la reconstrucción comunitaria, 1500-1700 78
III. Comunidades con el capitalismo a cuestas: explotaciones simbióticas, 1700-1810 121
IV. Desafíos comunitarios al capitalismo: la insurgencia en el Mezquital, 1800-1815 156
V. Insurgencias e imperios: la caída del capitalismo de la plata, 1808-1821 188

Parte 2. El capitalismo industrial, 1820-1920

VI. México en la era del capitalismo industrial, 1810-1910 221
VII. El Anáhuac de cabeza: Chalco e Iztacalco, 1820-1845 270
VIII. Renacimiento comercial, reforma liberal y resistencia comunitaria: Chalco, 1845-1870 300
IX. Con el capitalismo a cuestas hacia la revolución: la construcción de las comunidades zapatistas, 1870-1920 330
X. Restricciones capitalistas de la revolución: México en un mundo en guerra, 1910-1920 370

Parte 3. El capitalismo nacional y la globalización, 1920-2000

XI. México y la lucha por un capitalismo nacional, 1920-1980 401
XII. Después de Zapata: las comunidades con el capitalismo nacional a cuestas, 1920-1980 435
XIII. La construcción de la metrópolis: la ciudad de México, 1940-2000 466

Epílogo. Después del derrumbe (de las autonomías): globalización sin revolución 499
Agradecimientos 519
Apéndice 523
Abreviaturas usadas en citas y en la bibliografía 533
Bibliografía 535
Índice analítico 567

A
las diversas comunidades del pueblo de México,
que me han enseñado tanto acerca de la historia y de la vida

y a
mis abuelos, Ana María y Biaggio Tutino

y a
Lewis y Lillian Paquin, quienes me mostraron la importancia
de la tierra, la comida y la familia en un mundo regido por fábricas

Introducción
CAPITALISMO Y COMUNIDAD, AUTONOMÍA Y PATRIARCADO

La presente historia ofrece un nuevo entendimiento sobre la larga trayectoria del capitalismo global, explorando la manera en que las personas que trabajaban en las cuencas que rodean la ciudad de México (el corazón de México) le dieron forma a partir del siglo XVI y hasta el XX. Se trataba de comunidades históricas que se sostenían a sí mismas y a Estados que se alzaron y cayeron con el paso de los siglos. Los mexicas (aztecas) de Tenochtitlán vivieron de los cultivos y la producción de artesanías de estas comunidades mientras ejercían su poder de 1350 a 1520. En el siglo XVI, enfrentadas a enfermedades y a la despoblación, estas comunidades se convirtieron en repúblicas agrarias bajo el gobierno español; ello les permitió mantenerse a sí mismas, a las minas de plata en Taxco y Pachuca y a la ciudad que las vinculaba con un nuevo imperio y con el comercio mundial. En el corazón de un nuevo reino, conocido como la Nueva España, conservaron tierras para aprovisionar a sus familias, ganaron el derecho de autogobierno y adaptaron nuevas culturas que tenían por centro la devoción a la Virgen de Guadalupe. Forjaron autonomías (agrarias, políticas y culturales) que les permitieron dar forma a un dinámico capitalismo de la plata que marcó el mundo hasta 1810.

Después de 1700, el renovado crecimiento poblacional limitó su capacidad de vivir de la tierra. Mantuvieron con vida a sus familias y sus culturas comunitarias complementando la producción familiar con el trabajo asalariado estacional, pues la minería y el cultivo comercial prosperaban a su derredor. Las repúblicas del centro negociaron para conservar sus autonomías y limitar las exigencias de los capitalistas, en tanto el capitalismo de la plata alcanzaba alturas históricas. Pasado 1810, insurgentes concentrados en el Bajío, una región justo al norte (donde las repúblicas agrarias no habían frenado las depredaciones capitalistas), pusieron fin al capitalismo de la plata y al Imperio español. A partir de 1821, mientras los políticos luchaban por el poder, las comunidades del núcleo de México se volvieron hacia la tierra para reforzar sus autonomías. Cuando a mediados de ese siglo el renacimiento de la minería y una nueva manufactura trajeron consigo presiones comerciales, las comunidades retrocedieron para defender sus tierras y sus autonomías. Después de 1870, el poder estatal se solidificó; aunado a ello, el crecimiento poblacional se combinó con las concentraciones de tierras y la producción mecanizada, haciendo que las tierras y el trabajo se hicieran escasos. Los habitantes del centro resistieron durante décadas y en 1910 se unieron al líder revolucionario

local, Emiliano Zapata, en una década de revolución. Perdieron la guerra, pero consiguieron una reforma que les dio más tierras en la década de 1920. Así, reconstruyeron sus autonomías, lo que les permitió dar forma al experimento de capitalismo nacional en México.

Si bien ese experimento parecía destinado al éxito, a partir de 1950 la explosión poblacional se conjugó con una mecanización acelerada de la industria y la agricultura, lo que acabó con las autonomías; la producción se elevó al mismo tiempo que disminuían las oportunidades de trabajo y las ganancias. Las familias del centro resistieron como pudieron. El vuelco hacia el cultivo comercial trajo consigo más deudas que ingresos o sustento. Privadas de sus autonomías, las personas huyeron hacia la ciudad de México buscando medios para subsistir conforme ésta se expandía a lo largo del área nuclear. Ante la situación de empleos escasos, construyeron pujantes barrios urbanos con el sudor de su frente: así dieron forma y subsidiaron un nuevo capitalismo urbanizador.

Después de 1980 el proyecto nacional se derrumbó y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) ató a los mexicanos a los Estados Unidos y a un mundo en proceso de globalización. Hacia el año 2000, los habitantes del centro hacían pocas cosas esenciales para sus vidas; menos aún cosas que parecieran esenciales para el capitalismo. Muchos siguen construyendo sus casas y sus barrios, mas dependen del capitalismo globalizante para resolver las necesidades de la vida, dictadas al mundo por Walmart, sus subsidiarios mexicanos y otros distribuidores mundiales. Desde el siglo XVI, las comunidades del centro habían producido dinero para el mundo y dependían casi nada de lo que el resto del mundo más amplio hacía. En el año 2000, tras cinco siglos de dificultades, poco hacían que contribuyera a su propia subsistencia y poco que el mundo considerara esencial. Luchan por vivir con ingresos inseguros, con frecuencia en barrios marginales. Los capitalistas globalizantes ahora obtienen ganancias de la pobreza dependiente en que se encuentran las comunidades del centro, aquellas que durante siglos dieron forma y sostuvieron el ascenso del capitalismo.

Las comunidades del corazón de México formaron, abastecieron y subsidiaron el capitalismo (comercial, industrial y nacional) hasta que la urbanización las despojó de las autonomías, que durante medio milenio les permitieron mantenerse a sí mismas, como también la ciudad de México, las minas y el comercio mundial, las industrias locales y nacionales. Ahora los habitantes de los barrios urbanos batallan por encontrar trabajo e ingresos y dependen de la economía global para sobrevivir. Los capitalistas obtienen ganancias; el capitalismo florece. Los habitantes del centro intentan seguir adelante, buscando nuevas maneras de sostener a sus familias, de forjar comunidades y de dar forma a un mundo que perjudica cada vez más sus vidas.

Capitalismo: una nueva visión emergente

Durante 500 años el capitalismo ha impulsado la expansión del comercio mundial y la concentración de la riqueza y el poder, mientras las comunidades de todo el mundo han tenido que lidiar con sus presiones y extracciones. Los estudios sobre el poder del capitalismo, sus vínculos con Estados cambiantes, sus tránsitos por la guerra y la paz, esclarecen el curso de la historia moderna.[1] Sus impactos —poderosos, diversos y cambiantes— sobre las vidas en todo el mundo no pueden pasarse por alto; sin embargo, rara vez vemos cómo las personas que trabajaban las tierras para mantener a sus familias y sus comunidades vehicularon el capitalismo durante siglos.

Por mucho tiempo, la historia del capitalismo se observó desde una perspectiva a la que Karl Marx dio forma. Su análisis crítico e influyente se erigió en la Europa del siglo XIX y se enfocó en la Gran Bretaña industrial. Reconoció la importancia del comercio y las ramificaciones mundiales de las concentraciones del capital; no obstante, consideraba que el capitalismo se desarrollaba principalmente en unidades nacionales, al interior de las cuales se desplegaron conflictos de clase. Honró el dinamismo y lamentó las explotaciones en el corazón del capitalismo industrial. Su visión era limitada, porque no veía que el capitalismo no era nacional, no podía serlo. La Revolución industrial británica, que fue el foco de su pensamiento, exigía entradas de mercancías (incluyendo algodón hecho por esclavos) provenientes de todo el mundo, y mercados para sus mercancías, también en todo el mundo. No haber visto el alcance global del capitalismo (o restarle énfasis) llevó a Marx y a otros a enfocarse en la productividad de la industria y la riqueza de las naciones industriales, así como a imaginar que otros podrían prosperar si seguían ese modelo, siempre y cuando distribuyeran los beneficios en formas socialistas. Marx analizó procesos fundamentales —económicos, políticos y sociales— que moldearon a las regiones industriales en el siglo XIX. Su relevancia se ha desteñido conforme vemos al capitalismo como un proceso mundial que comenzó mucho antes de la industrialización y que sigue dominando en tanto las concentraciones industriales dan paso a dispersiones mundiales.

Una visión más global comenzó con Fernand Braudel. Su inmenso *Civilización material, economía y capitalismo* exploró los orígenes del capitalismo desde el siglo XV hasta el XVIII. Al escribir sobre las décadas de 1950 a 1980, cuando el capitalismo industrial se enfrentó (en guerras frías y calientes) al socialismo industrial, Braudel subrayó ciertos aspectos clave: que el capitalismo comenzó mucho antes de la Revolución industrial, que su fuerza

[1] Los estudios modernos comienzan con Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism,* trad. Sian Reynolds, 3 vols., Harper and Row, Nueva York, 1982-1984, y culminan con Ronald Findlay y Kevin O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium,* Princeton University Press, Princeton, 2007.

conductora era el comercio de larga distancia en busca de ganancias y que fue global desde sus orígenes. Así, puso énfasis en que, cuando el capitalismo se extendió por primera vez en el mundo en el siglo XVI, la mayoría de las personas vivían en comunidades que usaban la agricultura para sostenerse, tanto a ellas mismas como a las ciudades y los pueblos cercanos. Las ciudades concentraban redes comerciales que se estaban volviendo globales, por lo que, puede imaginarse, cumplían con la visión de los economistas clásicos de intercambios mutuamente benéficos. Braudel insistió, no obstante, en que, desde un inicio, financieros, comerciantes y nacientes productores a gran escala dominaban formas de producción y comercio cada vez más complejas, adjudicándose la mayoría de las ganancias. Él consideró a los capitalistas como depredadores en un mundo que a lo largo de los siglos concentró la riqueza y el poder, erosionó las autonomías de comunidades y familias y creó dependencias cada vez mayores.[2]

Otros siguieron el camino que inauguró Braudel. Immanuel Wallerstein también consideró que el comercio se encontraba en el centro de un sistema mundial en evolución. En cuatro volúmenes que abordan el mundo a partir de 1450, no pudo deshacerse de la idea de que el poder y la prosperidad se concentraron en Europa desde los inicios del capitalismo.[3] Eric Wolf ofrece una potente visión global que pone de relieve el papel de diversos pueblos en *Europa y la gente sin historia,* un título que refleja el persistente eurocentrismo y mantiene el énfasis de Marx en que el capitalismo había esperado a la Revolución industrial británica para nacer. En la década de 1980, Braudel, Wallerstein y Wolf guiaron conversaciones en las que Europa se ubicaba en el centro de la búsqueda de una historia global amplia del capitalismo.

Esa conversación perdió intensidad con la caída de la alternativa socialista en la década de 1980 y el vuelco hacia la globalización una década después. Al finalizar el siglo XX, André Gunder Frank insistió en *re-orientar* para ver la prolongada primacía de Asia y el ascenso tardío de Europa.[4] Con el comienzo del nuevo siglo, Kenneth Pomeranz suscribió esa visión, resaltando la *gran divergencia* de una época tardía que llevó a Gran Bretaña —y no a China— a dominar el mundo del siglo XIX.[5] Conforme más estudiosos hacían aportaciones a una historia global del capitalismo, Ronald Findlay y Kevin

[2] Ese énfasis queda claro en Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism,* vol. 2, *The Wheels of Commerce,* Princeton University Press, Princeton, 1983, pp. 229-230 [*Civilización material, economía y capitalismo,* trad. Felipe Ruiz Martín, Alianza, Madrid, 1984].

[3] Immanuel Wallerstein, *The Modern World System,* 4 vols., University of California Press, Berkeley, 1974-2011 [*El moderno sistema mundial,* trad. Pilar López Mañez, Siglo XXI Editores, México, 2011].

[4] André Gunder Frank, *ReOrient. Global Economy in the Asian Age,* University of California Press, Berkeley, 1998 [*Re-orientar. La economía global en la era del predominio asiático,* trad. Pablo Sánchez León, Universitat de Valencia, Valencia, 2008].

[5] Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence. China, Europe and the Making of the Modern World Economy,* Princeton University Press, Princeton, 2000.

O'Rourke ofrecieron *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium* [Poder y abundancia. El comercio, la guerra y la economía mundial en el segundo milenio], en el que ponían el énfasis en los cambios de los centros de poder a largo plazo y de las formas de producción e integración global. Así, continuaron y complicaron la visión de Braudel del capitalismo como un sistema global cuya supremacía databa de mucho tiempo atrás y que, no obstante, se encontraba en continua evolución.

Su historia del capitalismo mundial hace hincapié en la guerra y el comercio en economías geopolíticas cambiantes. Findlay y O'Rourke consideran cuatro eras principales: una prehistoria en que el comercio integró a Eurasia y sus vecinos, mientras el resto del mundo vivía en gran medida hecho a un lado; un capitalismo comercial global de 1500 a 1800, en que los imperios europeos se expandieron para aprovechar la riqueza de Asia e incluir en su red al continente americano y a una parte mayor de África; una era industrial de 1800 a 1930, en que Gran Bretaña fue el centro de un eje noratlántico que regía el mundo, mientras un vasto "resto del mundo" enviaba mercancías y compraba manufacturas, y una era de guerras y depresión que llevó a la globalización, la cual se aceleró desde la década de 1980, provocando la concentración del poder financiero y la dispersión de la producción, la prosperidad y la desigualdad en el mundo.

Findlay y O'Rourke se enfocan en Europa y Asia hasta que los Estados Unidos se impusieron en el mundo a partir de las postrimerías del siglo XIX: la última potencia hegemónica del capitalismo industrial, el primer motor de la globalización. Consideran el papel que la plata andina desempeñó en la apertura de un comercio que vinculó a los continentes desde el siglo XVI; observan cómo el comercio de azúcar y de esclavos del Atlántico promovió la acumulación europea en el siglo XVIII. Sin embargo, las distintas partes de América —y África— se mantienen en la periferia según una visión analítica enfocada en los centros del poder geopolítico y económico (que ubican en Asia antes de 1800 y en Europa y América del Norte al producirse el auge del industrialismo). El resto del mundo vivió los cambios del capitalismo global principalmente como productores sometidos y consumidores limitados.

Comencé a cuestionar ese énfasis en *Creando un nuevo mundo,*[6] que detalla un auge temprano del capitalismo en el Bajío, al noroeste de la ciudad de México, donde, en 1500, pueblos no sujetos a Estados vivían dispersos en ricas tierras. Bajo el gobierno español, una mezcla expansiva de minas plateras, haciendas comerciales y talleres textiles generó flujos crecientes de plata que estimularon el comercio mundial desde finales del siglo XVI. Después de 1700, el Bajío fue el motor americano del capitalismo comercial mundial, pues dominaba el suministro de dinero del mundo (que seguía bajo una monarquía

[6] John Tutino, *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario Zamudio Vega, FCE, México, 2016].

española que enfrentaba dificultades en la política euroatlántica del poder). Al tener pocas repúblicas agrarias, el Bajío se construyó para servir al dinamismo capitalista. Los pueblos originarios, atraídos por los ingresos crecientes, y una minoría de africanos a los que forzaba la esclavitud se entremezclaron en vidas de dependencia laboral. Inusitadamente pudieron dar forma al capitalismo, hasta que las nuevas depredaciones se volvieron insoportables después de 1780. En 1810 se alzaron para derribar el capitalismo de la plata. En el proceso dieron una nueva fisonomía a la Nueva España, al tiempo que ésta se convertía en México, socavaron la economía histórica de China y abrieron América del Norte a la hegemonía estadunidense.[7]

En *El imperio del algodón,* Sven Beckert amplía nuestra comprensión de las integraciones globales que dieron forma al capitalismo. Beckert subraya que el algodón cultivado por esclavos y, por consiguiente, los dueños de plantaciones y los esclavos del sur de los Estados Unidos fueron tan esenciales para la Revolución industrial que se extiende de 1800 a 1860 como los emprendedores e inventores, las máquinas y los trabajadores de una Gran Bretaña en proceso de industrialización. Según argumenta, la transformación que moldeó al siglo XIX llegó en un medio siglo crucial, que ató el "capitalismo de guerra" del imperio y la esclavitud al capitalismo industrial de las máquinas y el trabajo asalariado. Asimismo, demuestra que el capitalismo industrial siempre fue global y nunca simplemente europeo, excepto en los puntos más altos del poder y las ganancias.

Si nos basamos en Braudel, adaptamos el marco que sintetizaron Findlay y O'Rourke, añadimos mi hincapié en el papel que desempeñó la plata hispanoamericana en el capitalismo comercial temprano e incorporamos el reconocimiento de Beckert de que la esclavitud fue algo tan esencial como la maquinaria para la Revolución industrial, llegamos a una nueva historia del capitalismo. El capitalismo comercial de la modernidad temprana vinculó diversos centros productivos en el mundo: a China y el sur de Asia, que estaban al frente de la manufactura (en el sentido literal de hacer con las manos); a los imperios europeos, que luchaban por las ganancias; y a las minas y las plantaciones del Nuevo Mundo, que impulsaban el comercio a través de los océanos. El capitalismo hispanoamericano de la plata y el capitalismo atlántico de la guerra se mezclaron, haciendo a América esencial para un capitalismo comercial y mundial con muchos centros de 1550 a 1800.

Después de 1750, los imperios europeos en competencia impulsaron las guerras del Atlántico. Entre las batallas por el poder y las ganancias se difundieron promesas de derechos populares. Los imperios llegaron a su fin, surgieron naciones en toda América y la Gran Bretaña imperial luchó contra la Francia revolucionaria por el control. En esa época de violencia, los esclavos

[7] Sobre las ramificaciones de la revolución del Bajío, véase los ensayos incluidos en John Tutino (coord.), *New Countries. Capitalism, Revolution, and Nations in the Americas, 1750-1870,* Duke University Press, Durham, 2016.

revolucionarios tomaron su libertad y destruyeron las plantaciones de Santo Domingo en la década de 1790; después de 1810, los obreros del Bajío que enfrentaban nuevas depredaciones tomaron las armas para destruir la economía novohispana de la plata. El capitalismo de la plata, que convirtió a la América española en un motor del comercio, se vino abajo. El capitalismo de guerra terminó en Haití, sólo para revivir conforme el azúcar y la esclavitud se expandían en Cuba, el café y la esclavitud se afianzaban en Brasil, y el algodón y la esclavitud se extendían en el sur de los Estados Unidos para abastecer a las industrias británicas. La caída del capitalismo comercial y el auge del capitalismo industrial tuvieron lugar con el auspicio de guerras políticas e insurgencias sociales en toda América.[8]

El capitalismo industrial del siglo XIX concentró la mecanización de la producción y el poder geopolítico a lo largo de un eje que comenzaba en Gran Bretaña, y más tarde se extendió desde el noroeste europeo hasta el noreste de los Estados Unidos. América se adaptó de formas distintas y divergentes. En los lugares en que los exportadores de mercancías obtuvieron ganancias suministrando insumos industriales y vendiendo alimentos y estimulantes a las sociedades industriales urbanas, la prosperidad resurgió: para unos cuantos en las sociedades esclavistas; estuvo mejor repartida en la pampa argentina y las planicies de los Estados Unidos, donde los productores libres cultivaban alimentos básicos para los centros industriales (a la vez que expulsaban a los pueblos indígenas, si no es que algo peor). El capitalismo industrial que cambió la forma del mundo en el siglo XIX no sólo surgió de los vínculos que unían a fábricas y obreros británicos con las plantaciones y los esclavos de los Estados Unidos, sino que creció al ligar los centros de la producción industrial con regiones en expansión de las exportaciones de productos básicos en América y el mundo. El capitalismo industrial condensó el poder, las ganancias y las máquinas en centros relacionados con regiones cada vez más amplias de producción de mercancías en un mundo integrado de poder concentrado y pobreza dispersa.

En el incipiente mundo del capitalismo industrial, los mexicanos se enfrentaron al derrumbe de la plata, mientras los Estados Unidos cosechaban ganancias del algodón y la esclavitud. Esto provocó una guerra en la década de 1840 cuya finalidad fue reclamar Texas para el algodón y la esclavitud, y California para el oro y otras cosas. En la década de 1860 la república norteamericana se dividió para pelear una guerra mortal que pretendía terminar con la esclavitud y preservar la unión; salió de ella para alzarse a la hegemonía continental. México también encontró estabilidad política y un naciente capitalismo agroindustrial después de 1870, pero, atrapada en territorios reducidos, su industria tuvo que hacer frente a mercados limitados; sus exportaciones tenían poco espacio para crecer. El dinamismo de finales de siglo propició

[8] Véase John Tutino, "The Americas in the Rise of Industrial Capitalism", en *ibid.*, pp. 25-70.

desigualdades hasta que en 1910 llegó la revolución; ésta alcanzó su punto más álgido cuando las potencias europeas se enfrentaban en la Gran Guerra en 1914. Los rusos, en los bordes del mundo industrial, afrontaron una guerra que no podían costear y se volcaron hacia la revolución en 1917, en busca de un socialismo industrial. Los Estados Unidos se sumaron a la guerra para preservar la hegemonía atlántica y el capitalismo industrial. Una década de guerra y revolución sacudió a un mundo industrial que se tambaleaba hasta colapsar con la depresión de la década de 1930.

A medida que el capitalismo industrial se disolvía en guerra, revoluciones y depresión, los pueblos de todo el mundo (incluidos muchos en imperios europeos en Asia y África) buscaron una mayor independencia. Aparecieron visiones del desarrollo nacional que imaginaban que las industrias que se habían concentrado para beneficiar a unos pocos podían dispersarse para servir a la mayoría: cada nación podía encontrar un futuro industrial. Liderada por México y Brasil, América se volcó hacia proyectos nacionales durante la Gran Depresión y la segunda Guerra Mundial. Con las grandes potencias deshabilitadas por la Gran Depresión y atrapadas durante la guerra, los sueños de desarrollo se alzaron como la espuma, para desvanecerse cuando los años de posguerra y la competencia de la Guerra Fría revelaron los límites del capital, los mercados y los recursos nacionales, a la vez que ocurría una explosión poblacional. Para la década de 1970, la promesa del capitalismo nacional se había convertido en un espejismo.

Entre las grandes potencias, la reconstrucción de la posguerra se convirtió en una Guerra Fría conforme la Unión Soviética disputaba la hegemonía capitalista estadunidense, las colonias en África y el sur de Asia luchaban por convertirse en naciones, China se lanzaba hacia una revolución socialista distinta y los latinoamericanos seguían soñando con el desarrollo nacional. Los Estados Unidos eligieron financiar un renacimiento capitalista entre sus antiguos enemigos, con lo que comenzó el vuelco hacia la globalización. La explosión demográfica en todo el mundo puso en entredicho los proyectos nacionales, volviendo más profundas las crisis de deuda que provocaron la caída de los capitalismos nacionales. El derrumbe del socialismo soviético y el ascenso de una China socialista lista para sumarse a las formas capitalistas encaminaron al mundo hacia la globalización en la década de 1990.[9]

Comunidades con el capitalismo a cuestas

El bosquejo previo de la trayectoria del capitalismo global se concentra en la mitad —una mitad importante— del entendimiento de Braudel: el dinamismo

[9] Véase John Tutino y Martin Melosi (coords.), *New World Cities. The Challenges of Globalization and Urbanization in the Americas,* The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2018, para exploraciones de la urbanización del siglo xx.

capitalista y su alcance mundial conforme evolucionó a partir del siglo XVI, la expansión de imperios y del comercio mundial, el surgimiento de nuevas formas de producción en plantaciones y fábricas, la proliferación de la esclavitud y el trabajo asalariado, en última instancia, el crecimiento mundial de las concentraciones del capital, la producción y el comercio en busca de ganancias ligadas a la expansión de las dependencias laborales, libres y no libres.

La otra mitad de la visión de Braudel es igualmente importante, aunque rara vez se pone énfasis en ella. El capitalismo, insistió, se ha definido también por la concentración de poderes y la aceleración de intercambios que, a lo largo de los siglos, carcomieron las autonomías: las formas independientes de subsistencia que por mucho tiempo sustentaron las vidas de familias y comunidades en todo el mundo. Incluso cuando reconocemos las fábricas de porcelana de China y los talleres de algodón de la India, las minas de Hispanoamérica y las plantaciones del Atlántico americano, las antiguas concentraciones de trabajadores en las ciudades mediterráneas y las nuevas en los Países Bajos e Inglaterra, durante el siglo XVIII la mayoría de los pueblos del mundo siguieron afianzados en la tierra.

En el siglo XIX las concentraciones industriales y urbanas se condensaron en el noroeste de Europa y el noreste de los Estados Unidos. El capitalismo industrial atrajo a los productos y la mano de obra de muchos que seguían bien afianzados en la tierra, a la vez que se volvía contra los pueblos independientes al interior de América, África y Eurasia. Sin embargo, antes de 1900, la gran mayoría de las personas cuyas vidas fueron moldeadas por el largo ascenso del capitalismo seguían viviendo afianzadas en la tierra. Muchas participaron en el dinamismo capitalista. Muchas resistieron cuando los Estados y los capitalistas exigían demasiado: los pueblos indígenas lucharon contra la subyugación; las comunidades defendieron su tierra y su autogobierno. Los pueblos cimentados en autonomías —y quienes las defendían— fueron tan importantes para el prolongado ascenso del capitalismo como aquellos que tenían el poder e impulsaban las formas comerciales e industriales, y los trabajadores, esclavizados y libres, que vivían en una dependencia laboral.

En última instancia, el prolongado y disputado ascenso del capitalismo es una historia de la creciente comercialización (y, por consiguiente, la monetización de la producción y el comercio) de la vida. La proliferación de formas comerciales creó oportunidades para controlar, canalizar y obtener ganancias de la producción, el trabajo y el comercio, generando un capital que consolidó la concentración de poderes. Quienes celebran el capitalismo se enfocan en el aumento de la producción y la productividad (analizados cuantitativamente). Sin duda, hubo ganancias, pero su costo fueron las autonomías.

Las fuentes del análisis cuantitativo del capitalismo cuentan la producción, el trabajo, el comercio y las acumulaciones monetizadas. Conforme se monetizaban más cosas, las estadísticas que cuentan las actividades monetizadas aumentaron. Esto no significa que se haya producido más o que se ganara

más con el trabajo. La historia del capitalismo en el corazón de México y en otras partes se centra en un largo proceso de desplazamiento de la producción y el consumo que cambian de formas autónomas y no monetizadas, centradas en comunidades y hogares, a formas comerciales y monetizadas vinculadas con mercados en expansión. Los recuentos de la producción y el comercio monetizados se elevaron de manera inevitable: muestran la expansión del capitalismo. El desafío analítico consiste en encontrar la manera de sopesar las ganancias cuantificables del capitalismo frente a los beneficios incuantificables de las autonomías.

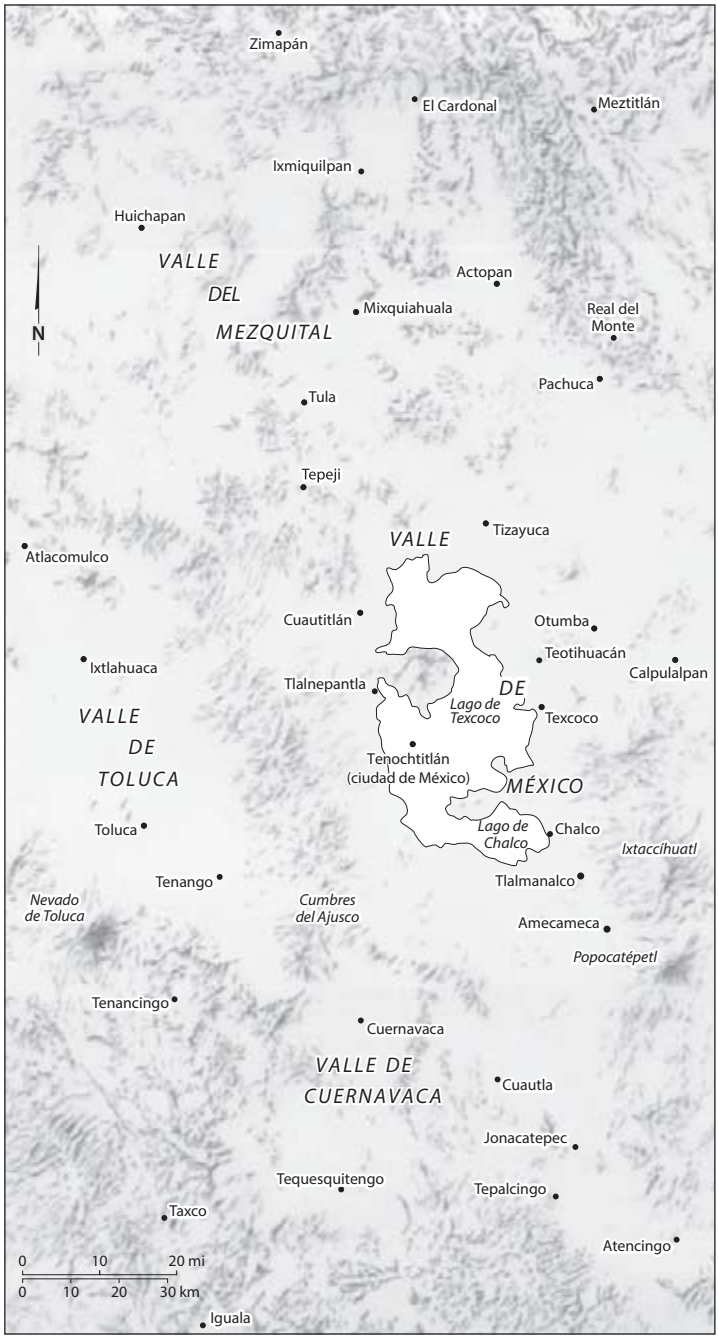
El valor de las autonomías puede estimarse por medio de una medida muy diferente: los esfuerzos históricos de las comunidades por mantenerlas —el enfoque de la presente historia—. En ese proceso no rechazaron las ganancias monetarias. Los pueblos del centro mostraron una disposición persistente a vender en los mercados y trabajar a cambio de un salario cuando su participación se fincaba en los fundamentos del sustento autónomo. Ellos mantuvieron el control del sustento básico a la vez que ganaban ingresos. La producción doméstica complementó su integración a los mercados; las comunidades negociaban sus relaciones laborales con los capitalistas. En el proceso, las comunidades que se mantenían a sí mismas dieron forma y subsidiaron la producción comercial y las ganancias. Las comunidades del centro sólo recurrieron a la resistencia directa cuando la aceleración de la producción amenazó las autonomías que sustentaban a sus familias y les permitió dar forma al capitalismo mientras vivían dentro de su red creciente.

Cabe señalar que cuando las comunidades rurales encontraron un lugar en la "gran historia", ha sido, usualmente, como pueblos que resisten el capitalismo: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* de Barrington Moore y *Las luchas campesinas del siglo xx* de Eric Wolf guiaron una generación de estudios de ese tipo. Mi contribución puede encontrarse en *De la insurrección a la revolución en México*.[10] Concentrándome en los momentos en que los habitantes del campo se alzaron para desafiar a los poderes prevalentes, exploré las razones por la que las personas del Bajío tomaron las armas en 1810 y los campesinos zapatistas optaron por la revolución en 1910. En esos conflictos, los habitantes del campo, en efecto, desafiaron al capitalismo. No obstante, un elemento implícito en mi análisis es que los productores del Bajío sostuvieron el capitalismo durante dos siglos antes de luchar contra él en 1810 y que los campesinos del centro le dieron forma y lo llevaron a cuestas por tres siglos, desafiándolo durante veinticinco años antes de alzarse en 1910. Las comunidades de la Nueva España y México pasaron siglos sosteniendo, impugnando, limitando y dando forma al capitalismo; lucharon contra él en breves décadas de violencia.

[10] John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940,* trad. Julio Colón, Era, México, 1990].

Los momentos históricos de oposición violenta importan; los siglos de negociaciones para sostener y limitar, y, por lo tanto, moldear al capitalismo importan en la misma medida o más. Todos ellos deben analizarse para entender el largo ascenso del capitalismo, sus formas cambiantes y los momentos clave de conflicto. El desafío llega cuando vemos que las comunidades afianzadas en la tierra en diversas regiones de la Nueva España, México, América y en todo el mundo han vivido en autonomías locales y han tratado con el capitalismo en una variedad infinita de formas. Las diversidades locales definieron los tratos de las comunidades con el capitalismo. La mayoría de éstas tenían raíces en la tierra y sus relaciones con los gobernantes antecedían a los vínculos con el comercio mundial. Diversas geografías, formas de producción, relaciones sociales y visiones culturales subyacen en las historias divergentes de cómo se formaron y sostuvieron, se limitaron y resistieron las formas estandarizadoras del capitalismo. Las comunidades cimentadas en autonomías locales garantizaron que el auge del capitalismo no se diera de modo estable y directo ni estuviera libre de cuestionamientos ni fuera homogéneo.

Mapa 1. *La Nueva España, el corazón y el Bajío*



Mapa 2. *El corazón de México*

Con el fin de abordar las historias de las comunidades agrarias dentro del capitalismo, es necesario batallar con los desafíos compartidos y respuestas diversas. En *Los dominados y el arte de la resistencia,* James Scott destacó las numerosas maneras en que las personas de las comunidades agrarias, las plantaciones de esclavos y las fábricas forjaron concepciones diversas de vida frente al poder. En *The Art of Not Being Governed* [El arte de no ser gobernados] detalla cómo los pueblos de los altos del sudeste asiático se defendieron durante siglos de potencias externas, empleando formas que tuvieron particularidades locales. Los procesos más largos del capitalismo deben verse en sus dimensiones globales; sus realidades sociales y culturales deben estudiarse en los detalles locales.

El corazón de México

Me concentro en las comunidades del centro de México no porque fueran típicas, sino porque vivieron cinco siglos de interacciones intensas con poderosos promotores del capitalismo, primero comercial, luego industrial, brevemente nacional y ahora globalizador. Compromisos profundos con familias cimentadas en autonomías afianzadas en la tierra dieron forma a sus participaciones, negociaciones y oposiciones. La historia de las comunidades del corazón puede ser un caso límite. Desde sus papeles fundacionales en el capitalismo de la plata en la década de 1530 hasta su desafío revolucionario del capitalismo industrial después de 1910, tuvieron una importancia crucial en la construcción de un mundo que primero las incluyó, luego las marginó y, por último, las dejó virtualmente carentes de poder, ahogadas en la expansión de una ciudad de México a la que habían alimentado por siglos.

Los Estados, las comunidades y culturas que definen a la región surgieron en cuencas internas que se encuentran a entre 1 500 y más de 2 500 metros sobre el nivel del mar. La ciudad de México-Tenochtitlán fue fundada en el siglo XIV, en una isla cercana al centro de lagos poco profundos rodeados de ricas tierras cultivadas. En 1500 era la capital política, el centro comercial y el centro de oficios de un régimen que con demasiada frecuencia se nombra como el Imperio azteca, pero para el que un mejor nombre es el de Estado mexica. Tras ser devastada por la viruela en 1520 y derrotada por una alianza de los invasores españoles con enemigos indígenas en 1521, la ciudad revivió para convertirse en el eje administrativo, financiero y comercial de las economías plateras de la Nueva España, ligando así el centro, el Bajío y las regiones del norte con el Imperio español y el comercio global. En 1821 la ciudad se convirtió en la capital de la nación a la que dio nombre. Entre las luchas por construir un nuevo Estado y adaptarse al capitalismo industrial en el siglo XIX, por sobrevivir a una revolución y promover el capitalismo nacional en el siglo XX y ahora por adaptarse a la globalización, la ciudad de México ha sobre-

vivido a un mandato tras otro para permanecer como la metrópolis más grande de América, un eje que sigue uniendo a los pueblos de México con el mundo.

La ciudad de México ocupa el centro del corazón de México. Sin embargo, no me concentro en ella sino hasta su crecimiento explosivo después de 1950. Esta historia vuelve primero la mirada hacia las comunidades afianzadas en la tierra en cuencas rodeadas de elevados volcanes: el Nevado de Toluca al poniente, el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl al oriente. En el núcleo se asienta el valle de México: el borde de sus montañas bloquea el drenaje natural; lagos, ricas chinampas (plataformas en el lecho del lago de gran productividad) y planicies fértiles dieron forma a su centro hasta que la ciudad ahogó todo. Justo al oeste, el valle de Toluca es más elevado y más seco; lo drena el río Lerma, que corre por el norte alimentando de agua al Bajío para desembocar luego en el Pacífico. Al norte, El Mezquital es aún más seco; cerca yacen las minas de Pachuca y Real del Monte, tan importantes para el mundo después de 1550. Hacia el sur, la cuenca de Cuernavaca ofrece un contraste tropical: a una altitud de 1 500 metros, sus ríos corren por el sur hacia el Pacífico; rica en azúcar desde la década de 1530, la minería de plata comenzó en la misma década en Taxco, justo al poniente.

La ciudad y el interior conformaban en conjunto el Anáhuac, que se convirtió en el corazón de México. Eran el núcleo del régimen mexica y de la economía que lo sostenía; siguieron siéndolo en la Nueva España durante los siglos de gobierno español y dinamismo platero. Cuando México se convirtió en una nación en 1821, la ciudad se volvió su capital; el Estado de México que la rodeaba incluía las populosas y productivas cuencas del centro. A mediados del siglo XIX, El Mezquital se separó para unirse al nuevo estado de Hidalgo; más tarde, la cuenca de Cuernavaca se transformó en el estado de Morelos. Las nuevas políticas regionales no disminuyeron los lazos con la ciudad de México.

Después de 1950, el centro se reintegró de nuevas maneras. El crecimiento que tuvo la metrópolis hasta llegar a 20 millones de personas hizo que la ciudad se volviera más dependiente del mundo y que cada vez la sostuvieran menos las comunidades cercanas, que estaban quedando enterradas en suburbios obreros y arrabales bullentes. En esa transición, las comunidades rurales que quedaban enviaron a las mujeres a servir en hogares urbanos y a los hombres a trabajar en la construcción y en obras públicas. La metrópolis absorbió casi todo el valle de México, mientras se fundía con las ciudades de Toluca, Cuernavaca y Pachuca que dominan el resto del centro. El centro sigue siendo el corazón de México; allí la gente lucha por reconstruir comunidades, ahora urbanas, en un mundo globalizado en el que priman una dependencia, una marginalidad y una inseguridad cada vez mayores.

Capitalismo, autonomías y comunidades

Como observó Braudel, las comunidades de todo el mundo vivían ancladas en autonomías cuando, en el siglo XVI, la expansión de las redes de comercio las insertó en vínculos más complejos. En buena parte de Asia, los arroceros se alimentaban a sí mismos y a los pueblos cercanos, a la vez que sostenían el comercio y los imperios; en Europa, quienes cultivaban trigo hacían lo mismo, como también quienes cultivaban maíz en gran parte de América. Y, si bien el crecimiento poblacional y las concentraciones de tierra pudieron debilitar las autonomías, éstas siguieron dando a las comunidades bases de independencia que les permitieron negociar con los gobernantes (a menudo éstos dependían de ellas para su sustento). La presente historia se concentra en esas negociaciones. Sus detalles dejan claro que, en buena medida, la autonomía se relaciona con la tierra y el sustento, aunque también con el poder y la cultura.[11]

Entiendo la autonomía en tres dimensiones: ecológica, política y cultural. La autonomía ecológica existe cuando una familia o comunidad produce la mayor parte de las cosas esenciales para sobrevivir a partir de la tierra u otros recursos que controla (o usa con libre acceso).[12] Para los agricultores, las tierras de cultivo son fundamentales, ya sea que las tengan por derecho comunal, sean dueños de ellas como propietarios o las usen en arrendamiento. Las aguas ricas en pesca proporcionan autonomía, de igual forma que los montes y los bosques. Mantener animales para el transporte y para obtener carne, piel y lana refuerza la autonomía, como también lo hace construir alojamientos con recursos de las familias o la comunidad y trabajo. Del mismo modo, las telas y la ropa hechas en casa son importantes. La autonomía ecológica no sólo es económica y se relaciona con algo más que la tierra. Nunca es absoluta: siempre hay dependencias al interior de las familias y las comunidades; pero, si se mantienen limitadas y locales, la familia o la comunidad pueden presentar una cara de autonomía a las potencias cercanas y al mundo.

Las autonomías ecológicas varían: una familia o una comunidad puede gozar de una independencia de sustento casi total, de medios parciales de soporte o de un huerto y unos cuantos animales para limitar la dependencia. Asimismo, estas autonomías cambian con el tiempo —algo de lo que da cuenta esta historia—. Pueden cambiar con variaciones en los cultivos y las formas de producción, recursos nuevos o perdidos, adjudicaciones de tierras o ero-

[11] Véase *idem,* y John Tutino, "The Revolutionary Capacity of Rural Communities", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, pp. 211-268.

[12] Tutino, *Making..., op. cit.,* vincula los fundamentos ecológicos, las coacciones políticas y los constructos culturales.

siones. De modo más importante, en el centro de México han cambiado con las modificaciones demográficas. Las familias y las comunidades consolidaron los recursos que sostenían a las autonomías tras la despoblación del siglo XVI; las autonomías se derrumbaron cuando la población se disparó después de 1950; los siglos intermedios estuvieron acompañados de un crecimiento poblacional lento, que puso presión sobre las autonomías y estimuló los esfuerzos dirigidos a defenderlas.

En última instancia, la autonomía ecológica se relaciona con la biología: es la habilidad de sostener la vida humana. Con todo, en sociedades complejas —y la del Anáhuac era compleja mucho antes de que los europeos vincularan la región al capitalismo—, los Estados —o instituciones similares— definen los derechos sobre los recursos y arbitran disputas sobre su uso. Por consiguiente, la autonomía ecológica también es política; se vincula con los regímenes y sus facultades para legislar, adjudicar, etc. Resulta importante entender cuándo los poderes gobernantes crean, protegen o amenazan a las autonomías agrarias. La autonomía política del autogobierno local es, en términos simples, aún más política. Por lo general, un Estado delega tales derechos y éstos pueden limitarse o negarse: la monarquía española sancionó las tierras comunitarias y el autogobierno en las repúblicas indígenas; los liberales mexicanos impugnaron ambos derechos después de la independencia. La autonomía política importa y, aun así, sigue siendo un límite a la dependencia sólo mientras lo permitan las negociaciones con los poderes superiores.

La autonomía cultural, en cambio, parece absoluta y universal. En todas partes las personas se involucran con sus vecinos, con quienes tienen el poder y con el mundo a medida que los ven y forjan entendimientos propios. Crean y adaptan visiones de la verdad y la justicia, ideas de lo erróneo y guías para la vida cotidiana.[13] No obstante, las culturas nunca evolucionan de manera independiente de los poderes económicos y las autonomías ecológicas, de los poderes del régimen y las autonomías políticas. Los poderosos rara vez, si es que alguna, imponen sus ideas sobre los pueblos subordinados; sin embargo, quienes tienen el poder restringen, en efecto, las vidas de las personas, por lo que las comunidades y las familias adaptan creencias y entendimientos sobre las cosas en contextos de restricciones cambiantes. La cultura es un dominio autónomo que permite a las personas adaptarse a los poderes económico-ecológicos y coercitivos del Estado, a la vez que negocian con ellos y les oponen resistencia.[14]

Por consiguiente, hago hincapié en las *autonomías:* una mezcla de bases ecológicas, relaciones políticas y constructos culturales. La autonomía ecoló-

[13] Sobre la legitimidad moral, véase *idem,* y James Scott, *Domination and the Arts of Resistance,* Yale University Press, New Haven, 1990 [*Los dominados y el arte de la resistencia,* trad. Jorge Aguilar Mora, Era, México, 2000].

[14] Tutino, *Making…, op. cit.,* pp. 44-62.

gica demostró ser la más importante para los campesinos del centro. La defendieron durante siglos. Aunque la autonomía política también era importante, cuando se esfumó en el siglo XIX, se enfocaron en defender la tierra y la exigieron con una revolución después de 1910. Todo ese tiempo mantuvieron las autonomías culturales: con los cambios en el poder y la producción hicieron y rehicieron visiones religiosas y políticas centradas en la justicia de los derechos agrarios, las autonomías locales y (entre los hombres) el patriarcado y la injusticia que suponían los intentos de negárselos.

El poder en las comunidades

Comprometidas durante mucho tiempo con las autonomías, las comunidades del centro siempre se estructuraron con base en el poder en el interior y se vincularon a los poderes superiores cercanos y del mundo exterior. Antes de la llegada de las enfermedades ibéricas y eurasiáticas, las comunidades del Anáhuac se organizaban como *altepetl,* cabeceras con pueblos dependientes. Los señores locales gobernaban con el apoyo de nobles, *pipiltin*, todos ellos mantenidos por plebeyos que cultivaban: *macehualtin.* Al consolidarse el gobierno español y la economía de la plata, los señores indígenas perdieron poder. Los *pipiltin* pasaron a ser "principales" que gobernaban las repúblicas nativas mediante consejos y gobernadores elegidos de entre ellos, al tiempo que mantenían grandes partes de las tierras comunitarias. Los *macehualtin* se volvieron "macehuales", que poseían tierras suficientes para mantener sus hogares: a la vez, trabajaban para beneficio de los líderes locales y de una nueva economía comercial.[15] Con el paso de los siglos, las desigualdades persistieron y mudaron de piel, pero siempre hubo élites comunitarias que se involucraban con los poderes externos, mientras se esforzaban por gobernar al interior. En algunas ocasiones servían a los poderosos; en otras, defendían a las comunidades y sus autonomías; la mayor parte del tiempo trabajaban para seguir siendo esenciales al negociar entre aquéllos y éstas conforme cambiaban las circunstancias.

Las relaciones de género patriarcales orquestaban el poder dentro de las familias y las comunidades del centro. Los hombres dominaban la política local y controlaban la mayor parte de las tierras. La hombría, según la definían las culturas patriarcales prehispánicas, exigía el control masculino de la política, la guerra, el cultivo y de muchos oficios; las mujeres criaban a los

[15] Véase Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810,* Stanford University Press, Stanford, 1964 [*Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810,* trad. Julieta Campos, Siglo XXI Editores, México, 2003]; James Lockhart, *The Nahuas after the Conquest,* Stanford University Press, Stanford, 1992 [*Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVII,* trad. Roberto Reyes Mazzoni, FCE, México, 1999].

hijos, preparaban comida, hacían telas y ropa y dominaban los mercados locales.[16] Durante el gobierno español, los hombres seguían controlando la política y la producción, pero los cargos militares estaban negados para los hombres indígenas; las mayoría de las mujeres vivían como antes, aunque con la despoblación obtuvieron más tierras. Después de 1810, las guerras políticas y los levantamientos populares hicieron que los cargos militares fueran accesibles nuevamente para diversos hombres, a medida que se derrumbaba el capitalismo de la plata y los gobernantes nacionales amenazaban las autonomías. La violencia patriarcal desembocó en la revolución después de 1910.

El patriarcado no sólo sostenía el dominio dentro de los hogares. Los hombres gobernaban desde las alturas del poder, pasando por los notables de la comunidad, hasta llegar a las familias que cultivaban. En cada nivel, los hombres (y algunas mujeres poderosas) privilegiaban a los hombres que estaban debajo de ellos, permitiéndoles desempeñar papeles de intermediarios, productores y peones. Los hombres que estaban arriba hacían que los hombres de abajo aceptaran la subordinación como el precio de mantener su dominio en el hogar. Las jerarquías del patriarcado integraron y estabilizaron los poderes desiguales que organizaban las comunidades del centro y sus vínculos con el capitalismo. Sin embargo, las pretensiones patriarcales nunca estuvieron exentas de cuestionamientos. Como muestra Steve Stern en *La historia secreta del género,* una conversación duradera dio forma a las relaciones patriarcales en las comunidades del centro: los hombres reivindicaban sus derechos de gobernar a sus esposas e hijos, *porque* proveían, *porque* proporcionaban sustento. Las mujeres respondían que los hombres ganaban el respeto para gobernar como patriarcas *si* proveían y que *ellas* decidirían si la provisión bastaba o no.

Las aspiraciones patriarcales y las conversaciones controvertidas moldearon el poder al interior de las comunidades del centro, así como las negociaciones que las vinculaban con capitalistas y administradores, magistrados y comerciantes. El capitalismo del centro prosperaba cuando sostenía a familias patriarcales y a comunidades que forjaban sus autonomías; se enfrentaba a desafíos cuando los impulsos depredadores provocados por la búsqueda de ganancias amenazaban la mezcla estabilizadora de patriarcado, familia y autonomías comunitarias. Los vínculos complejos que enlazan la búsqueda de ganancias que incentivan el capitalismo y el patriarcado y las autonomías que históricamente lo estabilizaron en el centro de México son el foco de este texto.

Las comunidades que reconstruyeron sus autonomías bajo el gobierno español instaron a sostener largas negociaciones con el régimen y los empre-

[16] Véase Inga Clendinnen, *Aztecs. An Interpretation,* Cambridge University Press, Cambridge, 1991 [*Los aztecas. Una interpretación,* trad. Alejandro Usigli, Nueva Imagen, México, 1998].

sarios; así, ligaban el poder y las ganancias a la habilidad de los patriarcas de proveer y, por consiguiente, a la capacidad de las familias para sobrevivir y de los hombres para reafirmar su hombría en hogares y comunidades. Cuando el crecimiento poblacional y la concentración de tierras, las reformas liberales y el capitalismo agroindustrial erosionaron las autonomías, amenazaron el patriarcado y la supervivencia familiar; ello provocó conflictos que derivaron en la revolución a partir de 1910. Cuando la reforma agraria revivió autonomías cimentadas en el patriarcado (sólo los hombres recibían cesiones), los campesinos se sostuvieron a sí mismos y nutrieron el experimento del capitalismo nacional. Cuando la explosión poblacional y la producción mecanizada terminaron con las autonomías, la provisión patriarcal se volvió prácticamente imposible para muchos después de 1980. Sin una revolución, la violencia corrosiva endémica persiste.

Explotaciones capitalistas: simbióticas y predatorias

El capitalismo explota. Concentra el control de la producción y el comercio, ganancias y propiedad, riqueza y poder en pequeños grupos de personas ubicadas en lugares clave de los regímenes y las corporaciones dominantes.[17] Dentro del capitalismo, las mayorías han enfrentado vidas que van desde una prosperidad modesta hasta la pobreza laboral y la exclusión marginal. Las desigualdades dominan; sin embargo, la explotación es un concepto romo. Se enfoca en la desigualdad y la privación, poniendo poco énfasis en sus complejas evoluciones y sus diversos impactos sobre sociedades cambiantes. El patriarcado explota a mujeres y niños; con todo, en ocasiones ha sostenido y estabilizado a la sociedad, mientras que en otras opera como una exclusión que amenaza a las familias y provoca conflictos.

Las explotaciones sociales del capitalismo han evolucionado de manera similar: en ocasiones sostienen a la gente y estabilizan el dinamismo capitalista; en otras, provocan privaciones y exclusiones, generando conflictos que pueden volverse desestabilizadores, destructivos o transformadores. Las explotaciones capitalistas —y patriarcales— pueden ser simbióticas, pues sostienen el poder y la producción, a los productores y las familias, estabilizando sus interacciones. Pueden volverse predatorias, pues llevan a maximizar las ganancias al mismo tiempo que amenazan la vida de los productores y las familias, dando lugar a conflictos desestabilizadores. Cuando el patriar-

[17] Thomas Piketty, *Le Capital au xxi^e siècle*, Éditions du Seuil, París, 2013; *Capital in the Twenty-First Century,* trad. Arthur Goldhammer, Harvard University Press, Cambridge, 2014 [*El capital en el siglo xxi,* trad. Eliane Cazenave-Tapie Isoard, colab. de Guillermina Cuevas, rev. de la trad. de José Carlos Hoyos, rev. técnica de la trad. de Gerardo Esquivel, 2a ed., FCE, México, 2015], es la declaración más reciente y poderosa de esta verdad.

cado beneficia a hombres poderosos, privilegia a los hombres que producen y les permite sostener a sus familias y hogares, pudiendo funcionar como una explotación simbiótica estabilizadora. Cuando se vuelve predatorio, amenazando la capacidad de los hombres para proveer y llevando a las familias a una búsqueda desesperada de sustento, se vuelve desestabilizador e incluso violento, con frecuencia primero dentro de los hogares y, más tarde, en conflictos sociales.

La presente historia del centro de México hace hincapié en la manera en que el patriarcado llegó entrelazado con explotaciones sociales más grandes que, en conjunto, se volvieron simbióticas para mantener el capitalismo de la plata; éstas fueron conflictivas de cara al capitalismo industrial y predatorias cuando provocaron la revolución de Zapata, volviéndose destructivas en la época de la globalización y la urbanización. Las explotaciones simbióticas sostienen al capitalismo cuando sus desigualdades son *esenciales* para el sustento y la supervivencia de las familias y las comunidades productoras. Las explotaciones predatorias llevan a productores, familias y comunidades hacia vidas insostenibles, haciendo al capitalismo inestable e, incluso, insostenible (como ocurrió en el Bajío después de 1810 y en todo el centro después de 1910).

En el centro, las comunidades cimentadas en autonomías negociaron derechos agrarios y relaciones laborales para mantener explotaciones simbióticas que dieron forma y sostuvieron al capitalismo de la plata. Los ataques contra los derechos políticos de las comunidades después de 1821 y contra las autonomías de tierras comunales a partir de 1870 dieron lugar a explotaciones predatorias que primero provocaron conflictos corrosivos dentro de las familias y las comunidades, llevando, posteriormente, a la revolución desde 1910. En las comunidades afianzadas en la tierra, las autonomías sustentaron negociaciones que preservaron las explotaciones simbióticas, sosteniendo y dando forma a las familias y al capitalismo durante siglos. Cuando las depredaciones quebraron las autonomías, las explotaciones predatorias condujeron a la violencia familiar y la conflagración social.

En las regiones industriales, donde las autonomías cimentadas en la tierra son limitadas, las organizaciones laborales posibilitaron, tradicionalmente, negociaciones paralelas que volvieron simbióticas las explotaciones, a veces, y también dieron forma al capitalismo al tiempo que sustentaban su dinamismo. El fin de las autonomías agrarias y los nuevos ataques contra las organizaciones laborales (que se aceleraron tanto en México como en América del Norte, y en buena parte del mundo después de 1970) han vuelto al capitalismo globalizador cada vez menos simbiótico. Cada vez más se le considera predatorio, mientras demasiados enfrentan vidas de inseguridad marcadas por la violencia endémica. El camino hacia el futuro resulta incierto.

Entre el capitalismo y las comunidades: regímenes de mediación y de coacción

El ascenso del capitalismo de la plata, su caída en el giro hacia el capitalismo industrial, la búsqueda de un capitalismo nacional y la propagación de la globalización moldearon la historia del centro de manera potente. Las comunidades comprometidas con las autonomías cimentadas en la tierra negociaron y disputaron esa historia, dando forma a su curso y limitando las subordinaciones que marcaban las vidas familiares. Las posibilidades patriarcales fundamentaron las explotaciones simbióticas que se alzaron y cayeron en la intersección del capitalismo y las comunidades. A lo largo del camino, regímenes cambiantes funcionaron para sustentar el dinamismo capitalista, mientras mantenían la subordinación productiva de familias y comunidades. A medida que el capitalismo y las comunidades se modificaron, también cambiaron los regímenes: pusieron énfasis en la mediación judicial cuando las autonomías, el patriarcado y las explotaciones simbióticas conservaban su fuerza; se volvieron hacia la coacción cuando las formas de producción estabilizadoras dieron paso a depredaciones que provocaron conflictos.

Una vez que los conflictos armados y la despoblación ocasionada por las enfermedades desmantelaron los Estados militares que gobernaban Mesoamérica antes de 1520, el ascenso del capitalismo de la plata y la fundación de repúblicas indígenas cimentadas en autonomías afianzadas en la tierra permitieron que el régimen español gobernara principalmente a través de la mediación judicial y mantuviera en reserva un poder militar acotado.[18] A partir del siglo XVII, los tribunales negociaban los conflictos entre los empresarios y las comunidades de las que dependían para tener productos agrícolas y trabajadores. Una mezcla de dinamismo económico, autonomías sólidas, desigualdades limitadas, patriarcado arraigado y mediación judicial sostuvo a las comunidades y el capitalismo de la plata más allá de 1800.[19]

El régimen borbónico comenzó a fortalecer las milicias de la Nueva España en la década de 1760, dando lugar a una resistencia que restringió su efecto. La mediación judicial continuó ocupando el centro del gobierno del régimen, hasta que la invasión napoleónica a España provocó el golpe de Estado de 1808 en la ciudad de México; éste movilizó unidades militares para

[18] Sobre los regímenes tempranos, véanse Joseph Strayer, *On the Medieval Origins of the Modern State,* Princeton University Press, Princeton, 1970 [*Sobre los orígenes medievales del Estado moderno,* trad. Horacio Vázquez Real, Ariel, Barcelona, 1981]; y James Collins, *The State in Early Modern France,* ed. rev., Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

[19] Véanse Brian Owensby, *Empire of Law and Indian Justice in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2008; Esteban Sánchez de Tagle, *Del gobierno y su tutela. La reforma a las haciendas locales del siglo XVIII y el Cabildo de México,* INAH, México, 2014; y Annick Lempérière, *Entre Dios y el rey: la república. La ciudad de México de los siglos XVI al XIX,* trad. Ivette Hernández Pérez Vertti, FCE, México, 2013.

derrocar al virrey e insistir en que la plata de la Nueva España fluyera hacia Sevilla y la lucha contra Napoleón.[20] Ese golpe de Estado clausuró las mediaciones en la cúpula del régimen, contribuyendo al descontento que desataría las insurgencias en el Bajío en 1810. Las élites provincianas, enojadas por las exclusiones políticas, y las comunidades, que se enfrentaban a depredaciones capitalistas, se unieron en conflictos armados que derribaron el capitalismo de la plata y el gobierno español. La política, el poder estatal y la resistencia se militarizaron, antes de que México luchaba por convertirse en una nación después de 1821.

Los poderes militares dominaron las disputas para encontrar un sistema político nacional y una nueva economía durante décadas en el siglo XIX, proclamando siempre visiones de soberanía popular. Cuando los liberales legislaron las privatizaciones de tierras comunitarias, cuestionando las autonomías y provocando la resistencia, intentaron fortalecer el poder del Estado con una nueva policía: tuvieron poco éxito hasta la expansión económica y la estabilización política que llegó después de 1870. Por un tiempo, la policía y las patrullas comunitarias sostuvieron el poder y la producción, mientras las autonomías se corroían, las desigualdades se volvían más profundas y la provisión patriarcal se volvía difícil. Al mismo tiempo, se armaba a los hombres para mantener la paz. Éstos se volvieron violentos en casa y después de 1910 se convirtieron en revolucionarios.

Las décadas de 1910 y 1920 fueron testigos de conflictos armados por reclamar y rehacer el Estado nacional de cara a insurgencias armadas desde abajo. La militarización parecía estar en todas partes. No obstante, a medida que la reforma agraria fue reconstruyendo las autonomías patriarcales, el poder militar se fue retirando de las alturas de la política. Cuando el presidente Lázaro Cárdenas extendió los derechos patriarcales sobre la tierra y los derechos laborales en la década de 1930, retiró a las fuerzas armadas de las alturas del régimen, volviéndose hacia una mediación política que incluyó a las comunidades rurales y los sindicatos, a la vez que estabilizaba su subordinación. Las fuerzas armadas siguieron estando presentes y se usaban cuando la mediación no servía a los intereses del Estado. Los poderes limitados de coacción aún marcaban al régimen mexicano de desarrollo nacional de medio siglo.[21]

La desmilitarización resultó breve. Conforme las tierras entregadas durante la década de 1920 dejaron de sostener a poblaciones crecientes, las autonomías desaparecieron y el patriarcado se corroyó. Los grupos rurales y

[20] Ese giro hacia el poder militar se detalla en John Tutino, *Mexico City, 1808. Power, Sovereignty, and Silver in an Age of War and Revolution,* University of New Mexico, Albuquerque, 2018.

[21] Véanse Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo,* Era, México, 1974; y Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy. Post-Revolutionary Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1982 [*México. Los límites de la autonomía del Estado,* trad. Ana María Palos, Era, México, 1983].

urbanos exigían una mejor situación y enfrentaron la represión.[22] A medida que se ampliaron las exclusiones, las protestas de obreros y estudiantes en la década de 1960 hicieron frente a represiones violentas, conmocionando a muchos que conocían la historia reciente de México. Cuando después de 1980 las autonomías rurales y el capitalismo nacional se derrumbaron, un régimen otrora mediador recurrió con fuerza a las facultades de coacción. La policía proliferó y el ejército reclamó nuevos recursos, armas y poder, enmascarados por un célebre giro hacia la democratización.

En una historia compleja dentro del capitalismo, las autonomías comunitarias y las coacciones del régimen siguieron caminos opuestos. Cuando las autonomías tenían fuerza, el régimen español gobernó a través de la mediación judicial. Cuando las autonomías se debilitaron, mientras los mexicanos imaginaban una nación, la militarización del régimen aumentó. Cuando las comunidades se acercaron al colapso hacia 1900, tomaron las armas en una revolución y forzaron la reconstrucción de las autonomías, lo que permitió un breve regreso a la mediación estatal. Cuando las autonomías se desvanecieron con la urbanización y la globalización, los poderes militares y policiacos llegaron a definir a un Estado que proclamaba la democratización.[23]

Auge y caída de los desafíos revolucionarios

La historia de México en el capitalismo está marcada por dos décadas de violencia revolucionaria, que comenzaron en 1810 y en 1910. La razón por la que una historia marcada por las autonomías comunitarias y las luchas por mantenerlas estuvo puntuada por revoluciones es una clave para entender a México y la capacidad de las comunidades del corazón para dar forma a la historia mundial. Reconocer que el reciente final de las autonomías acabó con los levantamientos revolucionarios efectivos es igualmente importante, si la historia ha de informar al presente. Las autonomías que permitieron a las comunidades sostenerse y llevar a cuestas el capitalismo por dos siglos también fueron esenciales para mantener los levantamientos que disciplinaron a los regímenes que lo sostuvieron cuando las explotaciones predatorias amenazaron a las comunidades, las familias y el patriarcado. El final de las autonomías clausuró la posibilidad de revoluciones construidas desde los intereses de las comunidades agrarias que los defendieran.

[22] Thomas Rath, *Myths of Demilitarization in Post-Revolutionary Mexico, 1920-1960,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2013.

[23] Véanse Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States, AD 990-1992,* Blackwell, Oxford, 1992; Douglas North, John Joseph Wallis y Barry Weingast, *Violence and Social Orders. A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History,* Cambridge University Press, Cambridge, 2009; y sobre el Estado y la coacción en el México del siglo xx, véase Rath, *Myths…, op. cit.*

Con el fin de montar una resistencia duradera después de 1810, los dependientes de las haciendas del Bajío y los campesinos tomaron tierras, cultivos y ganado en El Mezquital; así, rehicieron las autonomías para mantener a sus familias y a los guerrilleros durante la mayor parte de una década. Los campesinos del centro que apoyaron a Zapata después de 1910 hicieron lo mismo. Las insurgencias efectivas exigen la capacidad de mantener familias, comunidades y una resistencia armada por tiempo suficiente para obligar a que haya un cambio. Hace décadas, Eric Wolf llamó a las principales revoluciones del siglo xx, de México y Rusia a China y Vietnam, "guerras campesinas"; hizo hincapié en que sus triunfos dependieron de comunidades que seguían afianzadas a la tierra y luchaban por obtener más, aun cuando los regímenes a los que ayudaron a obtener el poder no tardaron en volcarse hacia programas industriales que atacaron esos ideales.[24]

Ambas décadas de revolución en México vieron comunidades aún sustentadas en autonomías limitadas, que tomaban las armas para reconstruirlas y mantenían insurgencias que derribaron regímenes y formas de producción establecidos. Ambas condujeron a la reafirmación de las autonomías: de manera informal, pero poderosa, después de 1820; sancionada por el Estado y limitada después de 1920. Ambas marcaron giros clave en el capitalismo: el viraje global del capitalismo comercial al industrial después de 1810; la caída del capitalismo industrial y el ascenso del experimento nacional de México después de 1910.

Cuando la explosión poblacional se mezcló con la urbanización y un capitalismo agroindustrial mecanizado y químicamente dependiente, terminando con las autonomías en el centro y el resto de México a finales del siglo xx, ningún levantamiento popular perdurable desafió a los poderes encargados de gestionar las inseguridades, las marginalidades y los límites al patriarcado que marcaron el giro hacia la globalización. Sin autonomías y sin forma de reconstruirlas, la capacidad de movilizar algo más que una resistencia breve también desapareció. México y su lugar en el mundo se están reconstruyendo una vez más, esta vez sin la participación asertiva de comunidades ancladas en autonomías afianzadas en la tierra. Una era histórica se cerró hacia el año 2000.

Comunidades del corazón que dan formas cambiantes a un mundo capitalista

Las comunidades del centro de México construyeron, mantuvieron, subsidiaron, resistieron y cambiaron el capitalismo en formas demasiado complejas

[24] Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century,* Harper and Row, Nueva York, 1968 [*Las luchas campesinas del siglo xx,* trad. Roberto Reyes Mazzoni, Siglo XXI Editores, México, 1976]; Tutino, "The Revolutionary Capacity…", *op. cit.*

para que sea posible capturarlas en una introducción. La historia que sigue explora tres épocas: la primera, el ascenso y la caída del capitalismo de la plata de 1500 a 1820; la segunda, las comunidades del centro en el mundo del capitalismo industrial de 1820 a 1920; la tercera, el renacimiento de las autonomías bajo el capitalismo nacional después de 1920 y su colapso con la urbanización y el giro hacia la globalización antes del año 2000.

He invertido la práctica común de detallar las economías políticas del poder y las ideologías que las respaldan a la vez que se ofrecen resúmenes generales (con frecuencia demasiado generales y prejuiciados) de la obra, la vida y la cultura de las personas que sostienen todo. En la presente obra, los capítulos de síntesis ofrecen nuevas visiones del poder y la producción, de aquellos que gobernaban y de los conflictos que conmocionaron sus poderes. Los capítulos detallados observan la producción, el poder, las relaciones familiares, las culturas comunitarias y las insurgencias populares. Las viñetas de la vida cotidiana buscan ilustrar las participaciones comunitarias en historias disputadas.

El enfoque en personas subordinadas, pero nunca impotentes, muestra que los poderosos importaban, pero hicieron la historia en una negociación constante con el pueblo al que suponían gobernar. Los poderosos rara vez hacen historia cumpliendo sus deseos; durante cinco siglos, las personas de las comunidades del centro hicieron todo lo que estaba en sus manos por asegurarse de que no los cumplieran.

En una historia que busca observar la vida dentro de las comunidades en su relación con formas cambiantes del capitalismo y los regímenes que buscaron sostenerlo durante más de cinco siglos, preguntas cambiantes y diferentes fuentes llevaron a explorar diversas comunidades y regiones en un centro que nunca ha sido homogéneo.[25] Con el financiamiento provisto por el capitalismo de la plata, el régimen español produjo una gama de fuentes detalladas sobre la población y la producción, las haciendas y las comunidades y los conflictos que llegaban a la corte en busca de mediación. La caída del capitalismo de la plata, las luchas por la construcción de la nación y los límites de las fuentes estatales después de 1820 exigieron el traslado a registros privados de los operadores de haciendas, el clero y los observadores externos. La consolidación del Estado después de 1870 trajo consigo materiales cuantitativos reveladores sobre la población y la producción, el crimen y la violencia a partir de ese año, que, desde la década de 1890, fueron complementados con las voces de participantes, a menudo registradas por antropólogos. Fuentes similares y poderosos estudios históricos y antropológicos ilustran el siglo XX. Al abordar varias fuentes, la exploración minuciosa de comunidades que se

[25] Una investigación primaria, con frecuencia de archivo, fundamenta los capítulos tercero, cuarto, sexto, séptimo, octavo y noveno. Los capítulos de síntesis y los estudios de las comunidades en los siglos XVI y XX se basan en las investigaciones de historiadores, antropólogos y también de economistas. Las interpretaciones son mías.

enfrentaban a un mundo cambiante al que también daban forma demostraron ser muy reveladoras.

Un estudio de las comunidades que moldearon el capitalismo en una región esencial durante más de cinco siglos plantea preguntas comparativas. Desde la época prehispánica, pasando por los siglos de gobierno español y del capitalismo de la plata, hasta las largas luchas para forjar una nación conforme el mundo afrontaba la industrialización y luego la globalización, el corazón fue único por la fortaleza perdurable de sus comunidades agrarias mientras se enfrentaban a intensas concentraciones de poder cuyo foco era la ciudad llamada México. En comparación, en el Bajío, justo al norte, el capitalismo dominaba una región con pocas comunidades agrarias, lo que aceleró la comercialización de 1600 a 1810; más tarde, ello provocó el vuelco temprano hacia la insurgencia que destruiría el capitalismo de la plata, cuando la mayor parte de las comunidades del centro continuaban dando forma a la contrainsurgencia y a la nación mexicana resultante.

En un contraste muy marcado, las comunidades localizadas al sur del núcleo negociaron por siglos afianzadas en la tierra, sin la cercanía del estímulo de la plata o la presencia adyacente de una ciudad que concentrara el poder. El Bajío y las regiones al norte compartían con el centro las instituciones del gobierno español y el ímpetu comercial, pero la escasez de comunidades agrarias limitó las habilidades populares para negociar el poder hasta que estalló la insurgencia en 1810.[26] Las regiones al sur y al oriente, en Oaxaca, Chiapas y Yucatán, compartían con el corazón las instituciones del gobierno español y la presencia duradera de comunidades agrarias, que se enfrentaron a los desafíos del capitalismo global en encuentros tardíos y acotados. Vivieron historias regionales diferentes, con una importante insurgencia en Yucatán en la década de 1840 y un levantamiento limitado en Chiapas en 1994.[27] Otras regiones de México tienen sus propias variantes de la historia, construidas en

[26] Ése es el enfoque de Tutino, *Making…, op. cit.*

[27] Sobre Yucatán, véanse Nancy Farris, *Maya Society under Colonial Rule,* Princeton University Press, Princeton, 1984; Terry Rugeley, *Yucatán's Maya Peasantry and the Origins of the Caste War,* University of Texas Press, Austin, 1996; Allen Wells y Gilbert Joseph, *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval. Elite Politics and Rural Insurgency in Yucatán, 1876-1915,* Stanford University Press, Stanford, 1996 [*El verano del descontento, épocas de trastorno: élites políticas e insurgencia rural en Yucatán, 1876-1915,* trad. Ari Bartra, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 2011]. Sobre Chiapas, véanse Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidos en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia,* Era, México, 1985; y John Womack, Jr., *Rebellion in Chiapas. An Historical Reader,* New Press, Nueva York, 1999 [*Rebelión en Chiapas. Una antología histórica,* Debate, México, 2009]; para estudios de largo plazo que forman un paralelo con este libro sobre las regiones mixtecas de Oaxaca, véanse Rodolfo Pastor, *Campesinos y reformas. La mixteca, 1700-1856,* El Colegio de México, México, 1987; Ethelia Ruiz Medrano, *Mexico's Indigenous Communities. Their Lands and Histories, 1500-2010,* trad. Russ Davidson, University Press of Colorado, Boulder, 2010; y Benjamin Smith, *The Roots of Conservatism in Mexico. Catholicism, Society, and Politics in the Mixteca Baja, 1750-1962,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2012.

torno a encuentros particulares entre los poderes del régimen, las diversas expresiones del capitalismo global y comunidades y culturas con particularidades locales.[28]

Más allá de las comparaciones con el Bajío y de reflexiones restringidas sobre otras regiones de la Nueva España y México, las preguntas comparativas reciben poca atención directa en el presente libro. El desafío de entender a las comunidades del corazón a través de cinco siglos de capitalismo demostró ser lo suficientemente abrumador; un vuelco hacia un análisis comparativo más amplio hubiera sido selectivo, limitado y probablemente erróneo. Tengo la esperanza de que otros respondan a esta historia con estudios paralelos sobre otras regiones de México, el continente americano y el mundo, que exploren la manera en que comunidades diversas han dado forma al capitalismo —o en que el capitalismo les ha dado forma— en regiones específicas. En el futuro se presentarán comparaciones reveladoras. En el proceso, debemos recordar y enfatizar que los entrelazamientos comunes en procesos históricos compartidos de comunidades en ambientes distintos, con historias previas diversas y posibilidades económicas particulares, en repetidas ocasiones han llevado a trayectorias políticas, sociales y culturales localmente variadas y con frecuencia divergentes: en el corazón, en todo México y en lugares distantes.[29]

Aun así, las historias particulares conformadas por las diversas intersecciones de las comunidades y el capitalismo comparten una trayectoria común: mientras las comunidades conservaron cuando menos autonomías limitadas en la tierra, pudieron —como en efecto hicieron— mantener al capitalismo, resistirse a él y desafiarlo —con lo que cimentaron su largo ascenso a la dominancia mundial—. Cuando las autonomías se derrumbaron en casi todos lados a finales del siglo XX, las familias y las comunidades siguieron manteniendo a los capitalistas y al capitalismo como trabajadores y consumidores, pero su habilidad de resistir y desafiar y, por tanto, de dar forma al capitalismo se vio tajantemente restringida en un mundo con dependencias cada vez más complejas. Única en el ámbito regional, la historia del corazón de México ilustra ambos rostros de una historia general que resulta esencial para entender procesos globales axiales: la larga era de comunidades que negocian para mantener, resistir y, por consiguiente, formar el capitalismo, y la nueva historia de comunidades privadas de autonomía, que siguen llevando

[28] Sobre Michoacán, justo al oriente del centro y al sur del Bajío, una región de encuentros importantes, aunque menos intensos, entre el capitalismo y comunidades terratenientes atrincheradas, véanse Rodrigo Martínez Baracs, *Convivencia y utopía. El gobierno indio y español en "la ciudad de Mechuacan", 1521-1580,* FCE, México, 2018; Felipe Castro Gutiérrez, *Los tarascos bajo el Imperio español, 1600-1740,* UNAM, México, 2004; Fernando Pérez Montesinos, *Poised to Break. Liberalism, Land Reform, and Communities in the Purépecha Highlands of Michoacán, México, 1800-1915*, tesis doctoral, Georgetown University, 2015.

[29] Éste es el énfasis de los estudios que se reúnen en Tutino, *New Countries…, op. cit.*

el capitalismo a cuestas, aunque con poco poder para modelar su trayectoria y las vidas de sus propios integrantes.

La primera parte explora los siglos del capitalismo de la plata. El primer capítulo delinea los orígenes y la trayectoria del Imperio español en el continente americano y la emergencia de tres sociedades distintas de la plata: la Sudamérica andina, construida sobre los restos del Imperio inca, concentrada en la montaña de plata de Potosí, a la que por mucho tiempo sostuvieron y dieron forma señores y comunidades nativas duraderas; la Mesoamérica española, ubicada en el centro, impulsada por la plata de Taxco y Pachuca, que fue sustentada y formada por repúblicas indígenas, y la Norteamérica española, forjada en el Bajío, impulsada por las minas de Guanajuato y Zacatecas, que, con pocas repúblicas indígenas, fue una región plenamente comercial desde sus orígenes, capitalista sin restricciones en el siglo XVIII. Todas ellas compartían el estímulo de la plata. Distintos pasados indígenas y adaptaciones llevaron a diversas negociaciones con los poderes españoles; mientras la plata impulsaba el comercio global, se alzaron tres órdenes sociales diferentes para mantener el capitalismo de la plata.

El segundo capítulo se enfoca en los orígenes del capitalismo de la plata en el corazón mesoamericano, mientras las comunidades enfrentaban la despoblación, el auge de la plata y la consolidación de repúblicas nativas. Se adaptaron para modelar y sostener la economía novohispana de la plata de 1500 a 1700, a la vez que forjaban nuevas culturas religiosas. El tercer capítulo examina esa región después de 1700, cuando la producción de plata se disparó, la población aumentó y las autonomías declinaron. Comunidades que se enfrentaban a la escasez de tierra enviaron hombres a trabajar en los campos de las haciendas, quienes ganaban salarios que complementaban las cosechas familiares; así, crearon explotaciones simbióticas que mantuvieron familias, comunidades y el capitalismo de la plata por otro siglo. El cuarto capítulo explora una excepción clave: las comunidades otomíes en El Mezquital se enfrentaron al crecimiento poblacional y a la escasez de tierras en una cuenca seca; las autonomías declinaron a la vez que las haciendas ofrecían poco trabajo. Las explotaciones simbióticas, que podrían haber sostenido a las comunidades y el capitalismo, se volvieron imposibles. El conflicto se agudizó después de 1800, la insurgencia comenzó en 1810. Los campesinos atacaron las haciendas locales durante cinco años.

El quinto capítulo expande ese análisis para mostrar la manera en que las guerras del Atlántico agitaron y militarizaron el gobierno español, abriendo el camino para que los hombres que hacían frente a explotaciones predatorias en el Bajío se alzaran y atacaran el capitalismo de la plata, con el apoyo de otros de El Mezquital que se enfrentaban al derrumbe de las explotaciones simbióticas. Juntos reclamaron autonomías, atacaron la minería y el cultivo en las haciendas; entretanto, la mayoría de las comunidades del centro seguían en paz y produciendo, con lo que sostuvieron a la ciudad de México y el frágil

régimen español en su lucha contra los insurgentes. En medio de las guerras imperiales, las comunidades en cursos diferentes mantuvieron un *impasse* violento que socavó el capitalismo de la plata y terminó con el gobierno español. Cuando los militares defensores del poder de España se unieron a los empresarios que tenían la esperanza de revivir el capitalismo de la plata para proclamar el Imperio mexicano en 1821, inició una nueva era.

La segunda parte aborda el paso de México por el mundo decimonónico del capitalismo industrial. El sexto capítulo explora la caída de la plata, el fin del cultivo comercial y los primeros experimentos con la industria. Los hombres que buscaban el poder soñaban con revivir la plata, algunos pedían una industria y otros defendían un giro hacia las exportaciones. Cuando en la década de 1840 la plata comenzó a revivir y las nuevas industrias se afianzaron, los Estados Unidos invadieron los territorios del norte de México. En las décadas de 1850 y 1860 la nación enfrentó reformas liberales, una guerra política, una invasión francesa y el imperio de Maximiliano. Sólo después de 1870 el régimen se estabilizó, al tiempo que la minería, la industria y las exportaciones se expandían; ello alimentó un dinamismo económico que condujo a la concentración de tierras, la mecanización, la ampliación de las desigualdades y a la corrosión de la autonomía.

Con el fin de detallar la ruta de las comunidades del centro a lo largo de ese siglo, el séptimo capítulo observa a Chalco, el granero tradicional de la ciudad de México, y a Iztacalco, un lugar de ricas chinampas, en una época en que los campesinos reivindicaban nuevas autonomías de 1820 a 1845. Los terratenientes de Chalco se quejaban de que no podían obtener ganancias y pagaban demasiado por la mano de obra; el sacerdote de Iztacalco se lamentaba de que no pudiera regir la vida religiosa, pues los chinamperos usaban la independencia económica para imponer una independencia cultural. El octavo capítulo sigue la vida en Chalco después de la guerra con los Estados Unidos: las haciendas expandieron la irrigación y probaron nuevos cultivos; los campesinos se resistieron para mantener sus autonomías. Negociaron, se amotinaron y finalmente se rebelaron en 1868, cuando los liberales, guiados por Benito Juárez, retomaron el poder nacional. Derrotado, el levantamiento dejó claros los compromisos que los campesinos tenían con las autonomías.

El noveno capítulo explora la vida en la zona sur del núcleo de México después de 1870, cuando el dinamismo capitalista se vio renovado. La privatización de tierras llevó a concentraciones dentro de las comunidades conforme crecía la población; las haciendas mecanizaron la cosecha de trigo y la refinación de azúcar; los ferrocarriles se apoderaron del transporte a los mercados citadinos. Los hombres se volvieron pobres de tierras mientras una nueva economía, que ofrecía pocos trabajos, prosperaba. Las autonomías se corroyeron; los hombres no podían proveer. La violencia creció al interior de las familias y las comunidades, lo que llevó a que los hombres se unieran a Zapata en una revolución después de 1910.

El décimo capítulo explora la revolución que dividió a los mexicanos mientras las potencias industriales se enfrentaban en la Gran Guerra de 1914 a 1918. Los zapatistas y otros bandos tomaron tierras por la fuerza, reconstruyeron autonomías y sostuvieron una guerrilla en busca de autonomías renovadas; sus enemigos constitucionalistas ganaron el Estado con ejércitos a los que mantenían el petróleo y otras exportaciones, obteniendo así riqueza de un mundo en guerra. Los constructores del régimen luchaban por renovar el capitalismo y construir una cultura nacional; los campesinos luchaban por rehacer las autonomías. Los capitalistas ganaron; aun así, las comunidades de Zapata forzaron una reforma agraria que trajo consigo autonomías renovadas por un tiempo.

La tercera parte explora el intento de México con el capitalismo nacional después de 1920 y el camino hasta su derrumbe con la globalización después de 1980. El decimoprimer capítulo delinea el ascenso de un proyecto nacional que primero revivió las exportaciones, luego construyó industrias y, en el camino, se vio obligado a distribuir tierras para calmar las presiones populares. Tras la caída financiera de 1929, que clausuró los mercados de exportaciones, las políticas populistas llevaron a un giro hacia la industria que se mantuvo mientras México apoyaba a los Estados Unidos en la segunda Guerra Mundial. Finalizada la guerra, la explosión poblacional se mezcló con la producción, que ahorraba trabajo para alimentar una urbanización marcada por crisis recurrentes y una migración creciente hasta que sobrevino el derrumbe del proyecto nacional en la década de 1980.

El decimosegundo capítulo ve hacia el interior de las comunidades del sur del corazón de México, después de que pelearon en la revolución de Zapata; ganaron tierras en la década de 1920 para renovar autonomías; en la década de 1930 el crecimiento poblacional había comenzado a erosionarlas; a la vez, el Estado promovía las formas comerciales. Para los campesinos otrora revolucionarios, el capitalismo nacional trajo consigo una breve renovación de las autonomías seguida por décadas de corrosión y conflicto, de fragmentación social, hasta que las autonomías llegaron a su fin en la década de 1970. El decimotercer capítulo explora las vidas de las personas que construyeron la ciudad de México después de 1940. A medida que aumentaba la población y las vidas rurales se venían abajo, las personas partieron a raudales hacia la ciudad. El régimen proporcionó poca estructura y pocos servicios; los capitalistas construyeron industrias que ahorraban trabajo. Números crecientes de personas enfrentaron inseguridades persistentes que alimentaron la violencia cotidiana; para sobrevivir, las familias en apuros construyeron casas y barrios con sus manos. Usaron el trabajo y la organización local para construir una ciudad que proporcionaba trabajos e infraestructura, educación, atención médica y otros elementos esenciales en formas que siempre llegaban tarde y nunca eran suficientes para cubrir las necesidades de una población en aumento.

El epílogo explora el triunfo de la globalización y el giro hacia la democratización después de 1980, enfocándose en la prevalencia de la inseguridad y la corrosión del patriarcado (sin que se abrieran más que trabajos escasos e inseguros para la mayoría de las mujeres). Las olas de violencia persisten; la coacción del Estado aumenta, en busca de una seguridad que no ha llegado; las crisis políticas continúan. Con todo, en medio de esas crisis ningún levantamiento popular conmocionó a los poderes gobernantes: México no ha visto una tercera revolución; sin autonomías la revolución parece imposible. El final de las autonomías en el centro, en todo México y en el mundo marca el fin de una era. Las autonomías ecológicas han desaparecido; las dependencias capitalistas dominan. La globalización urbanizadora ha completado el proceso que Braudel consideró la esencia del capitalismo. La manera en que las personas harán comunidades y colmarán sus necesidades en nuestro nuevo mundo de dependencias completamente monetizadas es algo que aún está por verse.

Hay mucho que aprender de la persistencia histórica de las comunidades del corazón de México. Las autonomías que dieron forma y sostuvieron la producción y la adaptación, la negociación y la resistencia durante siglos, han desaparecido. Aun así, sus esfuerzos nos ayudan a entender el presente y ofrecen nuevas formas de pensar el futuro; con la conciencia de que la historia de comunidades agrarias que hacen, dan forman y disputan el capitalismo *no* se repetirá.

Una nota sobre la terminología

Escribir una historia del corazón mexica(no) a lo largo de cinco siglos y representar de manera fidedigna a sus participantes clave exige un lenguaje que sorprenderá a muchos lectores angloparlantes. México no existía antes de 1821; el único lugar con ese nombre antes de esa fecha era la ciudad. El reino norteamericano, que se gobernaba desde la ciudad de México y llegaba hasta Nuevo México (que recibía su nombre por la ciudad), se llamaba Nueva España. Me refiero a él como tal.

Las personas de prosapia ibérica nacidas en la Nueva España se llamaban a sí mismas "españoles". Los recién llegados de España recibían el apelativo de "españoles peninsulares" o inmigrantes. Me refiero a ellos como tales. Con demasiada frecuencia, los historiadores imponen la categoría "criollo" a personas que se denominaban a sí mismas "españoles". El uso de ese término sólo se generalizó durante las guerras de independencia. Imaginar criollos o intereses criollos antes de 1810 es un anacronismo que afirma una búsqueda de independencia antes de que ésta se imaginara.

Las personas con poder y riqueza, los europeos y los españoles americanos y los nobles indígenas también usaban los prefijos *don* y *doña* para mostrar su estatus superior durante los siglos de gobierno español, y, en

ocasiones, después. Estas fórmulas constituían una parte inherente de los nombres y se presentaban para anunciar la nobleza distintiva de hombres y mujeres que ejercían el poder y buscaban ganancias; con frecuencia se trataba de un artilugio para ocultar metas capitalistas (objetivos que los académicos anglófonos aceptan con demasiada frecuencia). Se conservan para ilustrar aquellos complejos usos sociales y culturales.

Evito el uso del término "indio" para los pueblos indígenas de la Nueva España y México. *Indio* era un estatus asignado a diversos pueblos mesoamericanos; marcaba sujeción a tributos, derechos a repúblicas y acceso a los juzgados. Las vidas de los "indios" eran tan diferentes de las de los pueblos a los que llamaban "indios" en las tierras convertidas en los Estados Unidos que me rehúso a usar una traducción que resulta engañosa. Utilizo identificadores étnicos en los casos en que es posible, "indígena" como categoría general e "indio" e "india" cuando es útil.

Por último, los mexicanos pelearon entre sí en un violento conflicto revolucionario después de 1910. A lo largo de dos décadas, grupos populares lucharon por reclamar autonomías: los zapatistas en el centro, los villistas en el norte, los cristeros en el poniente. Un movimiento constitucionalista que promovía el capitalismo los aplastó a todos y forjó un nuevo Estado y un proyecto capitalista nacional, a la vez que afirmaba ser La Revolución. Esa etiqueta era una máscara política, que muchos historiadores adoptan de forma acrítica. Yo evito esa etiqueta para concentrarme en el régimen en el tiempo en que se afanaba por derrotar —y luego contener— a comunidades que lucharon por cambios revolucionarios.

Parte 1

EL CAPITALISMO DE LA PLATA, 1500-1820

I. IMPERIO, CAPITALISMO Y LAS ECONOMÍAS DE LA PLATA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

De formas importantes, el primer capitalismo global se desarrolló en el Imperio español que surgió en el siglo xvi. No había un gran plan. Los ibéricos y otros europeos que buscaban poder y ganancias se movieron hacia el exterior para adjudicarse la soberanía donde pudieran y extender el comercio tan lejos como fuera posible. En ese esfuerzo se enfrentaron a diversos gobernantes y comerciantes, así como a las comunidades más diversas que los sostenían. Bajo la vigilancia española, la plata americana llevó las telas y otros bienes asiáticos a los mercados globales, insertando en ese proceso a los pueblos de América y el mundo en redes de producción, ganancias y comercio que se vivían de forma local, pero tenían impulso global.[1]

Con el fin de mantener la producción platera que encauzó el capitalismo comercial durante tres siglos, los españoles negociaron la formación de diversos órdenes sociales en regiones clave de América. En los Andes, la plata se sujetó a fundamentos políticos y sociales indígenas para tener un auge a partir de 1570, caer después de 1640 y hacer frente a insurgencias indígenas en la década de 1780. En Mesoamérica, se apoyó en comunidades agrícolas afianzadas para mantenerse en el centro de un poder financiero dotado de dinamismo duradero desde el siglo xvi hasta el xix. En el Bajío y la Norteamérica española la extracción de los escasos indígenas abrió tierras fértiles y ricas minas a inmigrantes europeos, mesoamericanos y africanos esclavizados, quienes, en conjunto y de manera desigual, forjaron una nueva sociedad profundamente comercial que surgió hacia el año 1600, remontó después de 1700 y se derrumbó con la insurgencia de 1810.

Comprender los orígenes y el desarrollo del Imperio español y las historias divergentes de sus tres sociedades plateras nucleares resulta esencial para entender el primer capitalismo global. Si bien los Andes estuvieron al frente del primer auge de la plata y el Bajío y la Norteamérica española dominaron la minería después de 1700, el corazón mesoamericano demostró

[1] Muchas investigaciones abordan lo anterior; prefiero Henry Kamen, *Empire. How Spain Became a World Power, 1492-1763,* Harper Collins, Nueva York, 2003; mi exploración del capitalismo de la plata comenzó con John Tutino, *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario A. Zamudio Vega, fce, México, 2016]; sobre el papel esencial que desempeñó Asia, véase Arturo Giráldez, *The Age of Trade. The Manila Galleons and the Dawn of the Global Economy,* Rowman and Littlefield, Lanham, 2015.

ser la piedra angular que dio forma y mantuvo al capitalismo de la plata durante tres siglos. Todas ellas se desarrollaron dentro del Imperio español, todas estimularon el comercio mundial después de 1550. Sus diferencias respondían a sus distintas geografías, sus legados indígenas y sus formas de incorporación al capitalismo de la plata. Las autonomías comunitarias eran esenciales: estaban limitadas por una ecología accidentada en los Andes; prácticamente ausentes en el Bajío comercial, y profundas y duraderas en Mesoamérica.

El primer imperio global

El primer imperio de alcance global se consolidó bajo la soberanía española de los Habsburgo hacia el año 1600. Tras un siglo de duelos entre las monarquías ibéricas para orquestar la expansión del poder y el comercio europeo, en 1580 Felipe II tomó Portugal y sus dominios americanos, africanos y asiáticos bajo su gobierno Habsburgo. Hasta 1640, la monarquía con base en Madrid era el principal régimen europeo en América. Sus dominios y comercios se expandían por todo el mundo. El comercio de plata americana, sedas, algodones y especias asiáticas, aunado al del azúcar y esclavos del Atlántico, se alzó como la espuma, enriqueciendo a los comerciantes de toda una economía mundial Habsburgo y llenando las arcas de Madrid, que aún se enfrentaba a bancarrotas periódicas debido a los costes y las competencias inherentes a la expansión imperial.

En 1600, la plata extraída por trabajadores indígenas de las minas de Potosí, en lo alto de los Andes, impulsó la expansión del comercio. La mayor parte de ese metal, que era el principal dinero del mundo, fluía hacia el este, beneficiando a mercaderes de Sevilla y más allá, financiando el poder de España, estimulando la producción y el comercio en toda Europa, para luego pasar a través de Medio Oriente y el sur de Asia hasta llegar a China. A cambio, bienes chinos y de otras partes de Asia fluían hacia Europa. Un segundo flujo enviaba plata de Potosí, Zacatecas y otros centros mineros americanos a Acapulco, desde donde zarpaba hacia el poniente a Manila, el puerto hispanoasiático en que los mercaderes chinos comerciaban con mercancías asiáticas a cambio de lingotes americanos. La plata de la América española promovió un comercio que para 1600 había rodeado el mundo, expandiendo radicalmente el suministro mundial de dinero al tiempo que estimulaba la producción en Europa, América y Asia.[2]

Mientras tanto, Brasil, también bajo la soberanía española de los Habsburgo, construyó la primera gran sociedad azucarera y esclavista del Atlántico; con ello estimuló el creciente comercio de esclavos y promovió la refinación

[2] Arturo Giráldez, *The Age…, op. cit.,* proporciona una poderosa síntesis del alcance mundial de la plata.

y la venta de azúcar en Europa, además de la compra de bienes para abastecer el comercio africano. Y, si bien la economía de la plata y el comercio de azúcar y esclavos podrían parecer independientes (la plata atraía sedas, especias y otros productos de lujo asiáticos a Europa y América, mientras que los azucareros hacían que africanos esclavizados trabajaran para suministrar ganancias y estimulantes dulces a los europeos), se enlazaban en una intersección clave: con el fin de comprar africanos esclavizados, los europeos debían entregar telas de algodón estampadas hechas en la India; y el precio de los algodones indios se pagaba (por insistencia de la India) principalmente con plata americana. Por consiguiente, aun cuando su desarrollo en el Nuevo Mundo era aparentemente independiente, la economía de la plata y el comercio de azúcar y esclavos se erigieron como sectores vinculados de una economía mundial floreciente bajo la vigilancia de los Habsburgo españoles.[3]

El rápido crecimiento de los imperios ibéricos y del comercio global, que se fusionaron bajo el gobierno español en 1580, es bien conocido. Se reconoce igualmente bien y suele enfatizarse que ese primer imperio global se enfrentó a una mezcla de ataques y emulaciones que desafiaron su hegemonía a finales del siglo XVI, restringiendo su poder después de 1640. Los neerlandeses se rebelaron para escapar del gobierno de los Habsburgo y crearon una república en la década de 1560; atacaron los puertos y el comercio portugueses en Asia; tomaron regiones clave de la economía de plantaciones de Brasil en la década de 1620, lo que llevó a que los portugueses rompieran con el gobierno de los Habsburgo en 1640. Mientras tanto, los monarcas de Gran Bretaña y Francia vieron que no podían competir por el poder en el Atlántico, a menos que se unieran a la lucha por el imperio y el comercio; hacia 1600, esto envió a ambas nuevas potencias en busca de colonias y ganancias.

Lo que siguió es material de los libros de texto. Los neerlandeses dominaron la economía europea y el comercio asiático a lo largo del siglo XVII. Los británicos y los franceses construyeron poder en su país y colonias en América. Para el siglo XVIII, competían por dominar Europa y el Atlántico, y en el siglo XIX Gran Bretaña se encaminó hacia el dominio mundial. España y su imperio llegaron a ser sinónimos de fracaso. En 1640 Portugal se separó para gobernar un imperio reducido principalmente a dominios en el sur del Atlántico, centrado en el azúcar y la esclavitud. Una monarquía española debilitada se enfrentó a una rebelión en casa y a la derrota en la guerra; 1648

[3] El entendimiento del Brasil colonial comienza con Stuart Schwartz, *Sugar Plantations and the Formation of Brazilian Society. Bahia, 1550-1835,* Cambridge University Press, Nueva York, 1985. Sobre la economía mundial, véase Ronald Findlay y Kevin O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium,* Princeton University Press, Princeton, 2007. Para el papel que desempeñó la plata en la obtención de bienes de algodón necesarios para sostener el comercio de esclavos africanos, véase Prasannan Parthasarathi, *How Europe Grew Rich and Asia Did Not. Global Economic Divergence, 1600-1850,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

es famoso por marcar su descenso a potencia de segunda categoría en Europa. Durante siglo y medio, quienes buscaban gobernar España, los Habsburgo y luego los Borbón, y reactivar la economía española, escribieron interminables lamentaciones que convencieron a sus contemporáneos —y posteriormente a los historiadores— de que España era una calamidad arraigada; su imperio, una crisis sin fin.[4]

Durante mucho tiempo, esa visión resonó de manera incómoda en quienes estudiaban la América española. Si la economía de la plata bajó su velocidad después de 1640, a partir de 1700 revivió y se disparó a niveles sin precedentes en la Nueva España. Si financieros y comerciantes, mineros y terratenientes se quejaban en la ciudad de México y la Nueva España, no era por su fin inminente, sino porque se oponían a las políticas disruptivas impuestas por los reformistas en España. Mientras España se desvanecía como potencia europea y los gobernantes borbónicos buscaban reformas para evitar el colapso, la Nueva España prosperaba y negociaba para quitar filo a las políticas romas impuestas por gobernantes lejanos asentados en España, quienes se denigraban a sí mismos y en ocasiones eran autodestructivos.[5]

Es momento de entender el Imperio español como un dominio mundial complejo, diverso y cambiante que duró más de tres siglos y estimuló interacciones económicas globales esenciales para el surgimiento del capitalismo. El dinamismo económico del imperio continuó incluso cuando España se difuminaba como potencia imperial. La América española fue fundamental para la expansión global de la producción y el comercio desde el siglo XVI y hasta el XVIII.

Enfermedades, despoblación y reconstrucción, 1500-1600

Todos saben que el Imperio español comenzó con la violencia que destruyó los sistemas gubernamentales amerindios: desde el Imperio inca que gobernaba en los Andes, hasta los Estados mexica (azteca), tarasco y otros inmersos en guerras constantes para dominar Mesoamérica. Muchos saben también que los europeos trajeron enfermedades que devastaron a los pueblos amerindios, provocando una despoblación continental que en un siglo se acercó a 90%. Sin embargo, de esa violencia y esa destrucción, después de 1550 se alzó una economía platera que movilizó a europeos que buscaban ganancias,

[4] Stanley Stein y Barbara Stein abordan esos muchos lamentos en *Silver, War, and Trade. Spain and the Americas in the Making of Early Modern Europe,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2000; y *Apogee of Empire. Spain and New Spain in the Age of Charles III, 1759-1789,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2003.

[5] Mi crítica de los entendimientos perdurables del Imperio español es un reflejo de Tutino, *Making..., op. cit.*

a africanos esclavizados y a escasos amerindios en una nueva economía que transformó las vidas en América e impulsó integraciones mundiales sin precedentes. Tales resultados no justifican sus orígenes en la destrucción —ni pueden hacerlo—; no obstante, si buscamos entender el papel desempeñado por España y sus dominios americanos en los orígenes del mundo moderno, debemos explorar la manera en que la despoblación, la caída de los Estados amerindios, el surgimiento de un imperio global y las adaptaciones creativas de los pueblos de América condujeron a un nuevo mundo que se estaba volviendo capitalista.

Desde la primera, las conquistas ibéricas fueron esfuerzos empresariales financiados por inversionistas con fines de lucro, impulsados por hombres dispuestos a usar la violencia con el fin de ganar algo y que la monarquía sólo sancionaba cuando el éxito parecía estar al alcance de la mano y los ingresos fluían. Esas metas originales y duraderas no deben ser oscurecidas por las legitimaciones religiosas del gobierno español o las creativas adaptaciones culturales de los pueblos amerindios que se enfrentaban a nuevas potencias.[6]

Asimismo, las adaptaciones de los indígenas americanos no sólo fueron culturales. La "conquista" nunca fue una guerra de europeos contra amerindios. Antes de que los extranjeros se encontraran accidentalmente con América en 1492, ese hemisferio era un dominio vasto de complejos sistemas gubernamentales, formas de producción, relaciones sociales y disputas culturales. Diversos Estados se enfrentaban a enemigos tanto al interior como más allá de sus fronteras; luchaban contra rivales, súbditos resistentes y contendientes que desafiaban su gobierno. Cuando los europeos se inmiscuyeron, las batallas de "conquista" en todas partes vieron a europeos ampliamente superados en número que usaron las ventajas del poder naval, las armas de metal y de fuego y la movilidad que permitían los caballos y los cerdos para aliarse con amerindios descontentos contra antiguos enemigos o gobernantes resentidos. Los ibéricos reclamaron el poder con el apoyo de ejércitos compuestos en su mayoría por indígenas.

¿Cómo fue que conquistadores empresariales superados en número expresaron pretensiones de gobernar, afirmaron la soberanía de un rey lejano y proclamaron el poder universal de Dios? La viruela y las otras enfermedades que dieron paso a un siglo de despoblación determinaron ese resultado. La primera batalla de la conquista resultó desastrosa para Hernán Cortés y sus hombres en la famosa Noche Triste. En 1520, la viruela traída por los

[6] Véanse James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560,* University of Wisconsin Press, Madison, 1968 [*El mundo hispanoperuano, 1532-1560,* FCE, México, 1982]; y James Lockhart y Enrique Otte (coords.), *Letters and People of the Spanish Indies. Sixteenth Century,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976. Sobre las adaptaciones indígenas véase James Lockhart, *The Nahuas after the Conquest,* Stanford University Press, Stanford, 1992 [*Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVII,* trad. Roberto Reyes Mazzoni, FCE, México, 1999].

españoles, mataba a un número incontable de mesoamericanos: gobernantes y comandantes; sacerdotes y comerciantes; soldados y campesinos; hombres, mujeres y niños. La desesperación cultural excedió a la destrucción física. En 1521, Cortés movilizó a los sobrevivientes tlaxcaltecas y a otros aliados indígenas para derrotar a los mexicas, reclamar el poder para Castilla y proclamar la soberanía de Dios.[7]

En América del Sur, la viruela llegó por tierra desde Panamá y atacó los dominios incas antes de la llegada de los europeos. La enfermedad mató al emperador inca en 1527, desatando una guerra de sucesión mientras miles morían por una plaga desconocida. Sólo ese contexto de muerte y división explica que Francisco Pizarro pudiera capturar a Atahualpa en Cajamarca en 1532 con apenas 168 europeos en su compañía. Sólo la combinación de esa primera conquista limitada y la despoblación continua provocada por las enfermedades permite comprender las tres décadas siguientes de guerras, antes de que el gobierno español comenzara a consolidarse en los dominios incas que se extendían en los Andes.[8]

Durante las décadas posteriores a las fechas celebradas como conquistas (1521 en Mesoamérica, 1532 en los Andes), una competencia política persistente y conflictos continuos entre las facciones europeas y diversos señores y comunidades indígenas dieron forma a un Nuevo Mundo incierto. Los españoles afirmaban gobernar a través de "encomiendas", derechos de tributos en bienes y trabajo que por mucho tiempo se pagaron a los gobernantes supremos originarios.[9] Los señores indígenas sobrevivientes solían ver las encomiendas como alianzas, una compartición de derechos a gobernar y recolectar tributos en las comunidades, que seguían siendo súbditas de los señores nativos y ahora se aliaban con los recién llegados, quienes traían nuevos bienes, nuevas tecnologías y nuevas creencias junto con nuevas enfermedades. Incluso en la forma en que las imaginaban los españoles, las encomiendas hicieron que el poder europeo se traslapara con las tradiciones indígenas. Los conquistadores obtenían tributos antes reclamados por los señores nativos; dependían de intermediarios locales y de formas indígenas de producción y trabajo, aun cuando exigían un cambio cultural radical.[10]

[7] Alfred Crosby puso hincapié en este punto esencial hace mucho en *The Columbian Exchange. Biological and Cultural Consequences of 1492,* Greenwood, Westport, 1972 [*El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492,* trad. Cristina Carbó, UNAM, México, 1991].

[8] *Idem.;* James Lockhart, *The Men of Cajamarca,* University of Texas Press, Austin, 1972.

[9] Los primeros intentos de los españoles de gobernar Mesoamérica se exploran con una mirada clara y crítica en Ethelia Ruiz Medrano, *Reshaping New Spain. Government and Private Interest in the Colonial Bureaucracy, 1535-1550,* trad. Julia Constantino y Paulette Marmasse, University of Colorado Press, Boulder, 2006 [*Gobierno y sociedad en Nueva España,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1991].

[10] Las alianzas entre españoles e indígenas se enfatizaron primero en Steve Stern, *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest,* University of Wisconsin Press, Madison, 1982

Durante un tiempo, algunos europeos se enriquecieron con los productos agrícolas indígenas. Algunos movilizaron los derechos laborales nativos, pusieron a trabajadores a cribar en busca de oro y encontraron riquezas prometedoras. Empero, la criba de oro no tardó en agotarse y la continua despoblación socavó la riqueza de los encomenderos y desvalorizó el papel de los señores indígenas en las alianzas con los avariciosos recién llegados. Los señores indígenas morían con la misma frecuencia que los plebeyos, lo que restringía las pretensiones de un gobierno legítimo que podría haber servido a los intereses de los españoles. Asimismo, con la caída de la población, también se desplomaron los tributos de encomienda en bienes y servicios. Una subvención de 6 000 hogares tributarios podía hacer rico a un conquistador/encomendero y volver crucial a su aliado/intermediario indígena. Una comunidad reducida a 1 000 hogares pagaba tributos radicalmente menores, lo que hizo que muchos conquistadores que estaban lejos de casa se preguntaran por qué se habían quedado en un inhóspito Nuevo Mundo.[11]

Hacia 1550, la despoblación estaba haciendo que el gobierno colonial fuera aún menos prometedor para los ibéricos; los señores indígenas que aún vivían se enfrentaban a una disminución del valor de las alianzas con los nuevos gobernantes y las mayorías indígenas batallaban por mantener a familias y comunidades que morían en oleadas de plagas. El gobierno español comenzó a consolidarse y los amerindios sobrevivientes experimentaron con el cristianismo, pero el futuro de un Nuevo Mundo forjado en la conquista empresarial y la despoblación devastadora resultaba incierto.

En la década de 1550, un aumento de la demanda global de plata cambió el curso de la historia. Desde los primeros contactos en el Caribe en la década de 1490 y durante las primeras décadas de conflicto y conquista en el continente, el oro tomado en arroyos y depósitos superficiales financió la empresa americana de España y estimuló el comercio atlántico.[12] Antes del contacto, el oro no era dinero en América, sino que fungía como un medio para hacer arte valioso. Los nativos extraían oro y entregaban una parte a los españoles

[*Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española,* trad. Fernando Santos Fontenla, Alianza, Madrid, 1986]; la realidad, a pesar de la retórica española, es evidente en obras que se extienden de Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810,* Stanford University Press, Stanford, 1964 [*Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810,* trad. Julieta Campos, Siglo XXI Editores, México, 2003], a Karen Spalding, *Huarochirí. An Andean Society under Inca and Spanish Rule,* Stanford University Press, Stanford, 1984; Nancy Farriss, *Maya Society under Colonial Rule,* Princeton University Press, Princeton, 1984; René García Castro, *Indios, territorio y poder en la provincia matlazinca,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1999; y Rodrigo Martínez Baracs, *Convivencia y utopía. El gobierno indio y español en "la ciudad de Mechuacan", 1521-1580,* FCE, México, 2018.

[11] Véanse Lockhart, *Spanish Peru…, op. cit.;* y Gibson, *The Aztecs…, op. cit.*

[12] Sobre el oro, véase Pierre Vilar, *A History of Gold and Money, 1450-1920,* trad. Judith White, Verso, Londres, 1984 [*Oro y moneda en la historia, 1450-1920,* 2ª ed., trad. Armando Sáez Buesa y Juana Sabater Borrell, rev. de la trad. de Jordi Nadal Oller, Ariel, Barcelona, 1972].

como un tributo de encomienda; los encomenderos enviaban cuadrillas tributarias a cribar en busca de más, pero las ganancias disminuyeron en unas cuantas décadas. Los americanos también conocían la plata, una vez más, no como moneda sino como elemento de ornamentación. Los andinos y los mesoamericanos refinaban la mena con fuego. A principios de la década de 1530, los nativos de Taxco, al suroeste de la ciudad de México, se enteraron de la demanda de plata de los europeos e incrementaron la minería para obtener ganancias mientras los europeos batallaban por gobernar un régimen y una sociedad que apenas conocían.[13]

En la década de 1540, cuando el oro empezó a escasear y Taxco dejó claras las posibilidades de la plata, los españoles buscaron nuevas minas; es decir, presionaron a sus aliados indígenas para que les revelaran los depósitos que conocían. En 1544 supieron de la existencia de ricas vetas en Potosí, en lo alto de los Andes; en 1546, guías indígenas mostraron a los europeos las minas de Zacatecas, muy al norte de la ciudad de México. Poco tiempo después, China estimuló una nueva demanda de plata; a principios de la década de 1550, el Imperio Ming ordenó que los impuestos y las cuentas internacionales se pagaran en plata, convirtiéndola en la moneda dominante en la economía más grande y dinámica del mundo. Durante más de dos siglos China pagó una prima por la plata, con frecuencia el doble del precio europeo. A partir de ese momento histórico, China, la América española y Europa quedaron interconectadas en comercios que crecieron a partir de 1550, disminuyeron un poco después de 1640 y luego se dispararon durante el siglo XVIII; así se impulsó la primera economía global y se sentaron las bases del capitalismo moderno.[14]

La América española comenzó con pretensiones de conquista; gracias a la plata, se consolidó hasta volverse fundamental para el capitalismo comercial. Desde la década de 1550 y hasta la de 1620, el régimen promovió reconstrucciones que colocaron a las diezmadas poblaciones americanas en la base de un próspero imperio de la plata. Las metas del régimen reflejaban la visión del poder que tenían los europeos. No obstante, los resultados económicos, sociales y culturales divergieron en regiones clave de la producción española de plata: los Andes, Mesoamérica y el Bajío. El estímulo compartido de la plata y las políticas comunes de reconstrucción, mientras los nativos hacían frente a la enfermedad y la despoblación, condujeron a trayectorias sociales divergentes en regiones con geografías, legados políticos autóctonos, relaciones sociales y visiones culturales diferentes.

[13] Sobre las primeras etapas de la minería en Taxco, véase José Enciso Contreras, *Taxco en el siglo XVI. Sociedad y normatividad en un real de minas novohispano,* Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 1999.

[14] Sobre la demanda china y el comercio de plata, véanse Dennis Flynn y Arturo Giráldez, "Born with a 'Silver Spoon'. The Origins of World Trade in 1571", *Journal of World History,* vol. 6, núm. 2, 1995, pp. 201-221; y "Cycles of Silver. Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century", *Journal of World History,* vol. 13, núm. 2, 2002, pp. 391-427.

Después de 1550, la despoblación continuó, mientras la plata se afianzaba; esto debilitó a los gobernantes locales e hizo que los productores indígenas fueran cada vez más escasos, dejando vacía buena parte de la tierra. El estímulo de la plata en tiempos de despoblación propició reorganizaciones fundamentales del régimen español y de las comunidades nativas, determinando el surgimiento de una economía mundial. Antes de la plata, los españoles ejercían el poder mediante alianzas inestables con señores indígenas. Todo dependía de los tributos de comunidades originarias que batallaban para mantener las formas acostumbradas ante la despoblación. Conforme la plata fue erigiéndose como fuente de ganancias e ingresos, el régimen se esforzó por negar los derechos de encomienda que favorecían el gobierno de los conquistadores, los señores nativos aliados y sus herederos. Los oficiales acapararon nuevas facultades, crearon juzgados y llevaron tributos al erario del imperio. El régimen confirmó las adjudicaciones de la minería y distribuyó las tierras liberadas a medida que los nativos morían; redefinió los derechos de propiedad y se esforzó por monopolizar la justicia, a fin de estimular la plata, el comercio y los ingresos que la minería y el comercio entregaban a sus arcas.[15]

Mientras se esforzaban por acabar con los derechos de encomienda y el poder de los conquistadores españoles y los señores indígenas, así como por promover la minería y el comercio, las ganancias de los comerciantes y los ingresos del régimen, los funcionarios se unieron a los clérigos (que con frecuencia eran los únicos europeos en comunidades periféricas) para impulsar la reconstrucción de la vida rural. En los Andes y en Mesoamérica los indígenas sobrevivientes fueron llevados a asentamientos nucleares; se les cedieron tierras suficientes para las poblaciones en disminución y quedaron organizados como repúblicas gobernadas por notables indígenas mediante consejos locales.

La intención proclamada era facilitar la supervivencia de los nativos evanescentes y enseñar el cristianismo para salvar a los moribundos. Un resultado deseado obvio era liberar tierras para que los españoles construyeran haciendas, cuya finalidad era abastecer a las ciudades y los centros mineros. Los indígenas de los Andes y Mesoamérica consolidaron sus derechos sobre las tierras comunitarias; gobernadores y consejeros indígenas gobernaban a nivel local, siendo el primer recurso en cualquier búsqueda de justicia. Ese proceso no fue sencillo ni uniforme: algunas congregaciones perduraron; otras vieron cómo las personas regresaban a sus antiguos asentamientos. No obstante, en términos generales, a comienzos del siglo XVII la mayoría de las familias rurales de los Andes y Mesoamérica conservaban tierras y volvieron a cimentar las autonomías en comunidades dirigidas por notables indígenas. Los números se estabilizaron en niveles bajos conforme las personas comen-

[15] Véanse Spalding, *Huarochirí…, op. cit.*; y Stern, *Peru's…, op. cit.*

zaron a identificarse como cristianas, aun cuando muchos clérigos dudaban de sus creencias.[16]

Las comunidades congregadas, organizadas como "repúblicas de indios", se convirtieron en refugios de supervivencia y adaptación indígena, mientras la plata se disparaba. Los señores locales, gobernadores y consejeros trataban con el clero cercano y los magistrados españoles (que a menudo también eran comerciantes). Las repúblicas poseían derechos que les permitían ir a los juzgados cuando se presentaba un conflicto, donde ganaban representación legal y acceso a una justicia mediadora que buscaba mantener la paz y la producción. Desde inicios del siglo XVII, el régimen español en América gobernó a las mayorías indígenas con una fuerza militar escasa. El poder cotidiano dependía de la mediación de líderes indígenas y juzgados coloniales (los primeros sobre todo en los Andes y los segundos en Mesoamérica).[17]

Lo anterior fue posible gracias al auge de la plata en regiones repentinamente despobladas (que por mucho tiempo fueron el hogar de Estados y comunidades de cultivo). Los españoles obtuvieron ganancias de la minería y el comercio, del pastoreo y el cultivo; la tierra era abundante, pero pocos indígenas se quedaban a trabajarla. La mayoría de los sobrevivientes vivían en comunidades con abundantes tierras y se autogobernaban. Las reconstrucciones de finales del siglo XVI solidificaron las autonomías. Nadie —ni los mineros españoles en ciernes ni los empresarios agrarios ni los cultivadores indígenas— se enfrentó a la escasez de recursos. Los españoles tenían suficiente para prosperar; los indígenas, suficiente para sobrevivir.

La coacción se retiró del centro del proyecto del régimen; las milicias permanecieron, la mayoría dirigidas por élites empresariales, algunas comandadas y compuestas por artesanos y pastores mulatos. Se trataba de fuerzas limitadas, cuya habilidad y fiabilidad eran inciertas, y sólo se movilizaban contra las comunidades nativas (y de otros tipos) como último recurso. A medida que la coacción desaparecía, fue dando paso a la mediación judicial, que negociaba el mantenimiento del gobierno imperial, la producción comercial y las desigualdades sociales. Los poderes militares no regresarían al centro del gobierno imperial hasta después de 1760, un momento de crecimiento po-

[16] Para la Nueva España, véase John Tutino, "Urban Power and Agrarian Society. Mexico City and Its Hinterland in the Colonial Era", en Gisela von Wobeser y Eric van Young (coords.), *La ciudad, el campo y la frontera en la historia de México,* UNAM, México, 1992, pp. 507-552; sobre los Andes véase Jeremy Mumford, *Vertical Empire. The General Resettlement of Indians in the Colonial Andes,* Duke University Press, Durham, 2012.

[17] William Taylor, *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages,* Stanford University Press, Stanford, 1979; Woodrow Borah, *Justice by Insurance,* University of California Press, Berkeley, 1982 [*El juzgado general de indios en la Nueva España*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 1985]; Brian Owensby, *Empire of Law and Indian Justice in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2008.

blacional, de recursos recientemente escasos, de divisiones sociales cada vez más profundas y de inseguridades económicas en aumento.[18]

Si bien compartían el estímulo de la plata y las metas comunes del régimen en un incipiente Imperio español, los Andes, Mesoamérica y el Bajío desarrollaron relaciones sociales y adaptaciones culturales notablemente distintas durante la primera bonanza de la plata, entre 1550 y 1650. Su divergencia era reflejo del entorno regional, del legado político indígena y de las relaciones sociales locales, mientras abordaban las perspectivas de la plata en una época de despoblación.

Economías plateras divergentes, 1550-1700

En todas partes, la mano de obra fue el desafío principal que debieron enfrentar el régimen, los empresarios con aspiraciones y las nuevas economías plateras. Un análisis de la manera en que los Andes y el centro de Mesoamérica reconstruyeron comunidades con formas diferentes de gobierno y sustento locales, y en que el Bajío construyó asentamientos muy diferentes afianzados en dependencias comerciales, da cuenta de la existencia de importantes divergencias.[19] Si Taxco, ubicado en el centro de Mesoamérica, experimentó con la plata desde la década de 1530, el notable aumento que la volvió crucial para la economía mundial se centró en Potosí, en lo alto de los Andes. El análisis comienza allí.

Potosí fue el principal productor de plata del mundo entre 1570 y 1640, e impulsó el comercio global en la era formativa del capitalismo comercial: 70% de la plata americana venía de los Andes.[20] Allí, los señores, las comunidades y las formas de trabajo indígenas, en su pervivencia, se volvieron fundamentales para la plata. ¿Por qué? En primer lugar, el Imperio inca era, por mucho, el régimen indígena más grande de las Américas, y, puede decirse, el más legítimo antes de la llegada de los europeos y sus plagas. El poder inca se basaba en la inclusión de curacas, señores regionales que tradicionalmente supervisaban los intercambios de bienes esenciales (algodón costeño, maíz del valle, papas, lamas y alpaca de los altos) entre comunidades situadas en nichos ecológicos verticalmente distintos. Los curacas no tardaron en

[18] Sobre el poder español véase Alejandro Cañeque, *The King's Living Image. The Culture and Politics of Viceregal Power in Colonial Mexico,* Routledge, Londres, 2004; sobre el tardío ascenso del ejército véanse Christon Archer, *The Army in New Spain, 1760-1810,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1977 [*El ejército en el México borbónico, 1760-1810,* FCE, México, 1983], y Ben Vinson, *Bearing Arms for His Majesty. The Free Colored Militia in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2001.

[19] La historia muy diferente del Bajío y de la Norteamérica española se detalla en Tutino, *Making..., op. cit.*

[20] D. A. Brading y Harry Cross, "Colonial Silver Mining. Mexico and Peru", *HAHR,* vol. 52, núm. 4, 1972, pp. 545-579. El estimado de 70% se encuentra en la p. 571.

MAPA I.1. *Hispanoamérica,* ca. *1770*

demostrar que eran tan esenciales para el gobierno español como para el poder inca.[21]

La viruela mató al último inca legítimo y desató una guerra de sucesión. Ese conflicto ayudó a Pizarro y sus aliados a entrar a un mundo de poder que apenas entendían. Sin embargo, la conquista de Perú resultó lenta, pues facciones variables de europeos y andinos buscaban sacar provecho de conflictos rápidamente cambiantes. Cuando los europeos se enteraron de la existencia de la plata potosina en la década de 1540, el gobierno español seguía siendo incierto; el régimen no se consolidó hasta la década de 1570, cuando el virrey

[21] El énfasis puesto en las continuidades del poder curaca de la época preincaica, pasando por la inca y la española, es una contribución clave de Spalding, *Huarochirí…, op. cit.*

don Francisco Toledo implementó reformas que promovían la producción de plata, el comercio y los ingresos del régimen con base en el poder de los curacas para movilizar las formas indígenas de producción y trabajo.[22]

Los incas habían gobernado los escarpados Andes desde Cuzco, en los altos, y extendieron su poder hasta regiones que ahora forman parte de Ecuador, Perú, Bolivia y más allá, incorporando a señores regionales —los curacas—, que vinculaban a las comunidades en diferentes nichos ecológicos del paisaje andino. Los papeles esenciales desempeñados por los curacas en los conflictos de los años de "conquista" mantuvieron la fuerza de las formas indígenas de producción, de intercambio regional y de poder hasta el siglo XVI. Cuando Toledo dio pasos en el sentido de promover la economía de la plata en la década de 1570, se dio cuenta de que gobernar a través de los curacas para mantener intacta la producción local y los intercambios verticales, aunado a que el sistema de trabajo obligatorio conocido como mita se adaptaba a la plata, podía servir para afianzar el poder del régimen, la estabilidad social y la movilidad laboral. Una vez que las comunidades decrecientes se convirtieron en repúblicas agrarias, que seguían dependiendo de intercambios de altura, continuaron siendo gobernadas por los curacas, tanto a nivel local como regional. Las familias cultivaban para obtener sustento y para abastecer los intercambios negociados, enviando a los hombres reclutados por la mita a hacer un peligroso trabajo en Potosí.[23] La economía de la plata andina se desarrolló transformando las formas nativas de gobierno, de producción, intercambio y trabajo, para que sostuvieran la minería, el poder español y el comercio global.

Esa adaptación sirvió bien al poder español y a la producción de plata; consolidó a los curacas como negociadores en toda la extensión de los Andes. No obstante, el gobierno delegado en curacas para promover la producción de plata impuso cada vez más exigencias a un número menguado de campesinos andinos que debían mantenerse a sí mismos, a los señores locales y regionales, el intercambio vertical, a los nuevos pueblos y a las minas de Potosí. Las adaptaciones continuaron.

Con la caída de la población, los hombres de los pueblos que podían ser asignados a la mita se volvieron más escasos y mostraron mayor resistencia a emprender las largas travesías necesarias para cumplir turnos de seis meses trabajando a cambio de una paga mínima en las peligrosas minas. Con frecuencia los acompañaban sus esposas, que les proporcionaban apoyo y sustento. Con el paso de los años, un número cada vez mayor de ellos rompió

[22] Crosby, *The Columbian…, op. cit.;* Lockhart, *Spanish Peru…, op. cit.*; John Hemming, *The Conquest of the Incas,* Macmillan, Londres, 1970 [*La conquista de los incas,* trad. Stella Mastrangelo, FCE, México, 2000].

[23] Véanse Peter Bakewell, *Miners of the Red Mountain. Indian Labor in Colonial Potosí,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984 [*Mineros de la Montaña Roja. El trabajo de los indios en Potosí, 1545-1650,* trad. Mario García Aldonate, Alianza, Madrid, 1989]; Spalding, *Huarochirí…, op. cit.;* Stern, *Peru's…, op. cit.;* Mumford, *Vertical Empire…, op. cit.*

con las comunidades en las que residían y con la obligación de unirse a largos reclutamientos laborales. Muchos se quedaron en Potosí, donde los hombres obtuvieron habilidades para reclamar mayores ingresos en el arriesgado trabajo de la minería y la refinación, y las mujeres se volcaron a las actividades de mercado en la próspera ciudad de la plata en lo alto de los Andes. Después de 1600, Potosí creció, alcanzando una población de 150 000 habitantes, tornándose la ciudad más grande del continente para ese entonces. Los mitayos (plural de trabajadores de la mita) conservaron su importancia y conformaron una mezcla de formas europeas y andinas; pero el valor de los trabajadores reclutados disminuyó conforme los hombres se quedaban a trabajar a cambio de salarios si su salud lo permitía, y las mujeres se unían a los pujantes mercados. Mientras los gobernantes y los empresarios españoles se adaptaban a las formas andinas para construir una economía de la plata, los hombres y las mujeres de los Andes crearon nuevas vidas.[24]

Además, los españoles compraron africanos esclavizados y los pusieron a trabajar en la economía de la plata. A medida que el número de indígenas se desplomaba y los sobrevivientes negociaban sus papeles y su remuneración, los empresarios percibieron las ganancias que conllevaba pagar el elevado precio inicial y los costos constantes de sustento necesarios para obligar a los africanos a servir. Al ser trabajadores dependientes permanentes, adquirían habilidades e incluso tenían puestos administrativos, no sin que se reprimiera su capacidad para seguir adelante y exigir vidas y ganancias mejores. En tanto eran demasiado valiosos para arriesgarlos bajo tierra, los africanos se volvieron esenciales para la refinación, el trabajo con metales y madera y el transporte. Trabajaban en las plantaciones que los españoles desarrollaron en tierras de regadío alrededor de Lima y otras ciudades costeras, las cuales habían quedado vacías cuando los productores nativos murieron.[25] Antes de 1650, las economías de la plata de los Andes (y la Nueva España) eran tan importantes como las plantaciones de azúcar de Brasil para estimular el comercio de esclavos en el Atlántico.[26]

La economía inicial de la plata, más dinámica en América, surgió en dominios que otrora fueran incas bajo el gobierno español, estimulada por la demanda china. Se basó en formas de gobierno y trabajo andinas e impulsó

[24] Jane Mangan, *Trading Roles. Gender, Ethnicity, and the Urban Economy of Colonial Potosí,* Duke University Press, Durham, 2005. Para la minería y el trabajo más allá de Potosí, véase Ann Zulawski, *They Eat from Their Labor. Work and Social Change in Colonial Bolivia,* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1995.

[25] Frederick Bowser, *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650,* Stanford University Press, Stanford, 1972 [*El esclavo africano en el Perú colonial (1524-1650),* trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI Editores, México, 1977]. Sobre la economía andina en la era de la plata, el punto de partida es Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. El mercado, regiones y espacio económico,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1982.

[26] Véase. Phillip Curtin, *The African Slave Trade. A Census,* University of Wisconsin Press, Madison, 1972.

el comercio de africanos esclavizados para generar una producción comercial con ramificaciones globales. Debido al papel duradero desempeñado por curacas y mitayos, el capitalismo andino de la plata se ha presentado como una adaptación española de las formas de gobierno y de producción indígenas, y en un grado significativo lo fue. También resulta importante reconocer que, conforme se expandieron las formas comerciales, las formas andinas se adaptaron y cambiaron. Los comerciantes hispánicos competían con los curacas en los intercambios verticales. Los trabajadores y las mujeres de los Andes abandonaron sus comunidades para escapar de las exigencias de la mita, dejando dominios gobernados por curacas para negociar nuevos papeles definidos por empleadores, comerciantes y jueces españoles. Una economía de la plata que inició anclada a las formas andinas desarrolló dinámicas comerciales que erosionaron los poderes nativos, aunque los curacas siguieran siendo los principales intermediarios.

Esa transformación resulta evidente cuando vemos la manera en que la economía se concentró en Potosí y el centro financiero y administrativo en Lima se extendió para incorporar regiones que alguna vez estuvieron en la periferia del Imperio inca y transformarlas. Desde áreas que están en lo que ahora es Ecuador, al norte, hasta el norte de Chile y el noroeste de Argentina, al sur, los incas habían conquistado, construido caminos para afirmar su poder e integrado a los curacas (a los que a veces los europeos llamaban *caciques*) para recibir tributos y gobernar. Los españoles vincularon las mismas regiones a la nueva economía de la plata. En Quito construyeron "obrajes", talleres textiles en los que los trabajadores indígenas hacían telas para enviarlas al sur, hacia Lima y Potosí. Guayaquil era el centro de la construcción de barcos para el comercio del Pacífico; esclavos africanos y obreros indígenas construyeron navíos que vinculaban los puertos americanos y navegaban con cargas de plata desde Acapulco hasta Manila, para regresar con mercancías chinas y de otras partes de Asia. Hacia el sur, en las elevadas llanuras pampeanas del interior, los empresarios españoles asentaron a pastores africanos e indígenas para que se ocuparan de mulas y caballos, ovejas y reses, con el fin de abastecer la minería y el transporte en Potosí. Asimismo, en torno a Santiago, ubicado en el valle central de Chile, los terratenientes edificaron haciendas en las que trabajaban arrendatarios hispánicos y obreros indígenas para crear una réplica americana de la dieta mediterránea de trigo, vino y aceite de oliva destinada a quienes prosperaban en Lima, Potosí y otras partes.

En todo lo anterior, los españoles regían la producción comercial; los comerciantes hispánicos se beneficiaban del comercio interregional, y, en casi todas partes (la excepción era el ganado llevado por tierra a Potosí), las rutas marinas integraron el intercambio a través de grandes distancias (pues los caminos incas se estaban deteriorando).[27] Paulatinamente, los empresarios

[27] Una vez más, véase Assadourian, *El sistema…, op. cit.*

españoles fueron tomando el control de dominios otrora pertenecientes a los incas, aun cuando los curacas seguían siendo esenciales en el núcleo andino, ya que aún integraban los intercambios verticales y enviaban mitayos a Potosí. Para las comunidades del núcleo de los altos andinos, lo más importante fue la reconsolidación de los derechos agrarios, lo que, a la vez, reforzó las autonomías y las mantuvo limitadas, pues los intercambios verticales regidos por los curacas seguían siendo fundamentales para la supervivencia. La geografía y la permanencia de los señores restringieron las ganancias en autonomía que llegaron con la despoblación. Aun así, los curacas y las comunidades andinas continuaron dando forma al capitalismo de la plata durante siglos.

Mientras el capitalismo andino de la plata se construyó sobre los legados del poder curaca y el gobierno inca, la Nueva España generó economías paralelas en regiones a las que dieron forma tradiciones nativas distintas: Mesoamérica, donde Estados militarizados tomaban tributos de comunidades agrícolas, en tanto el comercio integraba los mercados locales y de larga distancia, y el Bajío y las regiones del norte, donde antes de 1520 no gobernó ningún Estado y diversos pueblos cazadores, recolectores y cultivadores repelieron a las potencias mesoamericanas.

En Mesoamérica, potencias regionales, sostenidas por comunidades afianzadas en la tierra, gobernaron durante milenios desde los entornos de la ciudad de México hasta Guatemala, al sur, y Yucatán, al oriente. Si Teotihuacán integró un imperio dominante durante el primer milenio (d. C.) y Tula extendió los poderes estatales hacia el norte entre 1000 y 1200, cuando los europeos llegaron después de 1500 ningún sistema de gobierno único regía Mesoamérica. Los mexicas nunca conquistaron al régimen tarasco ubicado en las costas del lago de Pátzcuaro, hacia el poniente, ni a los tlaxcaltecas, al oriente. Tras algunos éxitos, que implicaron el sometimiento de mixtecos y zapotecos en Oaxaca, los ejércitos mexicas apenas comenzaban a avanzar hacia las zonas mayas del este y el sur, cuando los europeos y la viruela los detuvieron. Además, tanto los mexicas como los tarascos fueron incapaces de imponer su poder sobre los chichimecas sin Estado del Bajío y las regiones del norte.[28]

En 1519 Cortés llegó a una región de guerra endémica, no al dominio de un imperio consolidado. Ese mundo en guerra facilitó la "conquista", primero de los mexicas y luego de sus enemigos. El poder "azteca" puede haber encontrado legitimidad en la ciudad capital y entre los aliados cercanos, beneficiarios de las guerras que llevaron tributos y mercancías de comercio al valle de México;[29] pero los pueblos conquistados —que veían cómo sacrificaban a sus

[28] Véase Ross Hassig, *War and Society in Ancient Mesoamerica,* University of California Press, Berkeley, 1992.

[29] Inga Clendinnen, *Aztecs. An Interpretation,* Cambridge University Press, Cambridge, 1991 [*Los aztecas. Una interpretación,* trad. Alejandro Usigli, Nueva Imagen, México, 1998].

hijos por miles y debían tributos en forma de trabajo, maíz, otros cultivos y telas— guardaban resentimientos profundos.[30] Muy pronto Cortés se enteró de las fisuras en la sociedad mesoamericana. Si se enfrentó a la derrota a manos de los mexicas en la Noche Triste de 1519, una vez que la viruela cobró su devastadora cuota en 1520 reunió una coalición de enemigos de los mexicas y súbditos resentidos para destruir la capital en 1521. Tras la victoria, y mientras la viruela mataba a los nativos en todas partes, tarascos, tlaxcaltecas, mixtecos y zapotecos negociaron alianzas con los europeos recién llegados, lazos que los españoles vieron como una subordinación.

La soberanía española y el gobierno de encomiendas se asentaron pronto en regiones que habían enfrentado y disputado el poder mexica. Llevó más tiempo incorporar a las zonas mayas de Yucatán y Guatemala. Cuando era posible, los españoles tomaban tributos en forma de bienes y trabajo de ciudades-Estado que afrontaban la despoblación. Algunos entraron en comercios que habían sido esenciales para la sociedad mesoamericana; otros enviaron cuadrillas de trabajo para extraer oro superficial. A diferencia de los lares incas, donde los señores imperiales y regionales tomaban tributos en forma de trabajo y dominaban redistribuciones conocidas como intercambios recíprocos, en Mesoamérica los tributos tomados en forma de bienes impulsaban comercios activos, locales y de larga distancia. Los mercados integraban Mesoamérica, algo que revelan los muchos pueblos con nombres que terminan en *tenango* (mercado). Los comerciantes de larga distancia, *pochtecatl,* mercantilizaban productos raros y valiosos, entre ellos semillas de cacao, que servían como "moneda" para equilibrar las transacciones (y eran la base de una bebida valorada). Con la "conquista" y la despoblación, los españoles tomaron el control de comercios esenciales en Mesoamérica, incluida la adquisición de cacao de las costas de Chiapas y Guatemala.[31]

Los europeos no eran los únicos que buscaban ganancias después de 1520. Desde la década de 1530, los mineros nativos estuvieron al frente de una bonanza temprana de la plata en Taxco; los cultivadores locales vendían suministros y sustento; los hombres indígenas vieron las ganancias en las minas como una forma de escapar de las disrupciones posteriores a la conquista. Los españoles resentían las ganancias de los indígenas, por lo que exigieron derechos exclusivos sobre la extracción y el comercio de plata; pero, antes de 1560, los funcionarios carecían de los medios para respaldar dichos reclamos. Los señores, mineros y trabajadores mesoamericanos buscaban ganancias a

[30] Robert C. Padden, *The Hummingbird and the Hawk. Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico, 1503-1541,* Harper and Row, Nueva York, 1970; Hassig, *War…, op. cit.*

[31] Inga Clendinnen, *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatán, 1517-1570,* Cambridge University Press, Cambridge, 1982; Gibson, *The Aztecs…, op. cit.;* Lockhart, *The Nahuas…, op. cit.;* Murdo MacLeod, *Spanish Central America. A Socioeconomic History, 1520-1720,* University of California Press, Berkeley, 1973 [*Historia socioeconómica de la América Central española, 1520-1720,* trad. Irene Piedra Santa, Piedra Santa, Guatemala, 1980].

partir de la plata cuando se presentaba la oportunidad; inicialmente, los europeos tuvieron que negociar con ellos para adquirir plata.[32]

Cuando el aumento de la demanda y de los precios en China estimuló la producción en la década de 1550, Taxco seguía siendo un centro importante, al que se habían unido Pachuca y muchas excavaciones menores. En Pachuca, Bartolomé de Medina perfeccionó el proceso de patio, esto es, la amalgamación con mercurio; esto permitió refinar menas no tan finas. Con la innovación tecnológica y el mercurio de Almadén en la Sierra Morena, al norte de Sevilla en España, Nueva España se convirtió en un productor importante de plata: el segundo después de Potosí en impulsar el comercio global. La plata reconstruyó la ciudad de México como el eje norteño del poderío americano de España. El régimen congregó a los sobrevivientes indígenas en repúblicas agrarias, profundizando las autonomías en entornos que permitieron a las comunidades producir la mayor parte de los alimentos vitales: maíz, frijoles, chile y pulque fermentado, que proporcionaban nutrientes esenciales. El corazón incluía las cuencas templadas de México y Toluca, el seco Mezquital al norte, y las tierras bajas semitropicales que rodean Cuernavaca, inmediatamente al sur. Todos estos lugares producían los alimentos mesoamericanos básicos para la vida.[33]

La reconstrucción que creó repúblicas y consolidó las autonomías comunitarias abrió tierras desocupadas a empresarios españoles que construyeron haciendas comerciales con la intención de obtener ganancias alimentando a la ciudad y a los centros mineros. Los aldeanos aún manejaban el suministro de productos nativos (maíz, frijol, chile y pulque) para la ciudad de México y las minas; las haciendas de los españoles se enfocaron en el cultivo de trigo europeo en las cuencas templadas, de azúcar en las tierras bajas de Cuernavaca y en la cría de ovejas y otros tipos de ganado en el seco Mezquital. El pastoreo exigía escasa mano de obra, frecuentemente proporcionada por africanos esclavizados y sus descendientes mulatos libres. Con el fin de proveer mano de obra a los nuevos campos de trigo y azúcar, el régimen adaptó el reclutamiento laboral mexica, llamado *cuatequil,* que exigía que los campesinos tomaran turnos semanales (llamados después "repartimientos") para trabajar en las minas, las ciudades y las haciendas cercanas.[34]

En los Andes y Mesoamérica, las primeras economías de la plata estimularon el comercio global, adaptando las instituciones indígenas a un nuevo mundo comercial. Sin embargo, había diferencias clave. En los Andes, los cu-

[32] Véase Enciso Contreras, *Taxco…, op. cit.*

[33] William Sanders y Barbara Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* Random House, Nueva York, 1968, pusieron énfasis hace mucho en la importancia de las cuencas templadas y tropicales adyacentes para la concentración histórica del poder en el centro desde el ascenso de Teotihuacán.

[34] El análisis clásico de lo anterior se encuentra en Gibson, *The Aztecs…, op. cit.* El segundo capítulo sondea el tema a partir de Gibson y fuentes nuevas.

racas siguieron siendo esenciales para la integración regional y para el poder español durante siglos; en el corazón de Mesoamérica, los señores indígenas vieron cómo su poder disminuía después de 1550, para colapsar hacia 1600. En los Andes, la mita hizo que los trabajadores atravesaran largas distancias para servir por periodos de seis meses en Potosí; en Mesoamérica, los repartimientos enviaban a los trabajadores a cumplir turnos semanales en lugares cercanos. En los Andes, los curacas mantuvieron el control del intercambio regional, limitando las autonomías comunitarias; en Mesoamérica, las repúblicas indígenas consolidaron las autonomías: casi todo lo que necesitaban podía hacerse en tierras locales u obtenerse en los mercados locales. En los Andes, los curacas y la mita se volvieron cruciales para el gobierno español. En Mesoamérica, el poder, la producción y el trabajo indígenas se concentraron en las repúblicas locales, que también darían forma al capitalismo de la plata durante siglos.

Cuando la primera bonanza de la plata declinó en la década de 1640, la ciudad de México se consolidó como la segunda ciudad en América (después de Potosí), eje del poder imperial, las finanzas y el comercio para toda la Nueva España. En todo el centro, las repúblicas gobernadas por notables locales se entremezclaron con nuevas haciendas comerciales. Los campesinos se mantenían y vendían productos autóctonos a las ciudades y las minas; las haciendas enviaban bienes europeos a los mismos mercados. Las comunidades y las haciendas se disputaban las mejores tierras y las relaciones laborales. El repartimiento terminó en la década de 1630 (excepto a pequeña escala para las minas y el proyecto de desagüe que intentaba alejar de la ciudad las crecidas); los líderes aldeanos negociaban la provisión de trabajadores estacionales a las haciendas. El poder, la producción y las culturas indígenas se arraigaron en las comunidades del corazón de Mesoamérica.[35]

Cuando la población llegó a su punto más bajo y la producción de plata al más alto, las comunidades reconstituidas como repúblicas se mantuvieron con firmeza como sitios de supervivencia económica y adaptación cultural. La vida comercial se aceleró en lugares en que el estímulo de la plata era fuerte: el corazón y las regiones cercanas. Las haciendas se desarrollaron rápidamente y presionaron con fuerza a las aldeas al este, en la cuenca de Puebla (donde los tlaxcaltecas y otros pueblos se aliaron a los españoles en las guerras de conquista). Allí, pronto aparecieron los obrajes, talleres textiles que fabricaban lanas para la nueva economía comercial. En el valle de México, bastión del poder mexica, las repúblicas indígenas se mantuvieron firmes y las haciendas tardaron más tiempo en aparecer. Las formas comerciales prosperaron directamente en el sur, estimuladas por las minas de Taxco y las haciendas azucareras localizadas en torno a Cuernavaca; sin embargo, también

[35] Lockhart, *The Nahuas…, op. cit.,* pone énfasis en las adaptaciones creativas de las repúblicas.

ahí los empresarios españoles debían negociar con las repúblicas lideradas por notables locales y pobladas por pocas familias afianzadas en la tierra. Más al sur, el estímulo de la plata resultó débil. En Oaxaca, Chiapas, Yucatán y Guatemala los españoles negociaron para gobernar regiones redefinidas por repúblicas indígenas con tierras, aunque con economías comerciales limitadas. Las comunidades se mantuvieron firmes.[36] Las repúblicas nativas con autonomías definieron la Mesoamérica española.

Con el tiempo, las minas más productivas y la economía comercial más dinámica de la Nueva España se erigieron al norte de Mesoamérica, en las tierras donde los chichimecas habían bloqueado el gobierno de mexicas y tarascos, disputando más tarde el poder español, hasta finales del siglo XVI. Allí, la vida comercial no comenzó con la "conquista" española, sino con incursiones de pueblos mesoamericanos que iban hacia el norte para establecerse en el fértil Bajío, mientras Cortés, sus aliados nativos y la viruela desmantelaban el poder mexica, y las enfermedades debilitaban a los chichimecas.[37]

En la década de 1530, colonos otomíes se trasladaron hacia el norte para fundar Querétaro, acompañados de algunos franciscanos. Crearon una sociedad otomí-cristiana que se construyó a partir de la irrigación de tierras muy productivas. Dos décadas más tarde, Querétaro era una comunidad mesoamericana trasplantada, que se consolidó como república indígena cuando la plata comenzó a fluir desde las minas de Guanajuato, al poniente inmediato, y de Zacatecas, al norte. Las posibilidades que brindaba la plata atrajeron a europeos y mesoamericanos hacia el norte, para enfrentarse a los chichimecas, que se resistían en guerras que se extendieron hasta la década de 1590. Esos conflictos redujeron la velocidad de la minería norteña hasta que la mayoría de los chichimecas murieron de enfermedades o huyeron para refugiarse en las montañas cercanas o más al norte.

A partir de la década de 1590, y hasta la de 1640, el Bajío y la Norteamérica española devinieron la principal región platera de la Nueva España, la segunda en el continente después de Potosí. Al finalizar esa década pasó a ser la primera. Al norte de los dominios moldeados por los Estados mesoameri-

[36] Sobre Puebla véase Juan Carlos Grosso y Juan Carlos Garavaglia, *La región de Puebla en la economía novohispana,* Instituto Mora, México, 1996; sobre Cuernavaca, Cheryl Martin, *Rural Society in Colonial Morelos,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985; sobre Taxco, José Enciso Contreras, *Taxco…, op. cit.;* y sobre Oaxaca, el estudio clásico es Rodolfo Pastor, *Campesinos y reformas. La mixteca, 1700-1856,* El Colegio de México, México, 1987; al que ahora complementan Kevin Terraciano, *The Mixtecs of Colonial Oaxaca. Ñudzahui History, Sixteenth through Eighteenth Centuries,* Stanford University Press, Stanford, 2002 [*Los mixtecos de la Oaxaca colonial. La historia ñudzahui del siglo XVI al XVIII,* trad. Pablo Escalante Gonzalbo, FCE, México, 2013], y Yanna Yannakakis, *The Art of Being In-Between. Native Intermediaries and Local Rule in Colonial Oaxaca,* Duke University Press, Durham, 2008 [*El arte de estar en medio. Intermediarios indígenas, identidad india y régimen local en la Oaxaca colonial,* trad. Mónica Portnoy Binder, UABJO Oaxaca, 2011].

[37] Este análisis de la Norteamérica española sintetiza Tutino, *Making…, op. cit.*

canos y las comunidades de cultivo, la economía platera del Bajío no pudo fundarse en una adaptación de las instituciones indígenas. Para generar ganancias y nutrir el comercio global, los recién llegados expulsaron a los chichimecas y crearon una nueva sociedad comercial.

Sólo unos cuantos poderosos eran europeos. Los otomíes originaron el asentamiento agrícola en el Bajío y lucharon junto a españoles, mexicas, tarascos y otros pueblos en las guerras chichimecas que abrieron la región a la minería, el pastoreo y el cultivo. Los españoles y unos cuantos nativos, como la familia Tapia (fundadores otomíes de Querétaro), regían y se beneficiaban. Los migrantes indígenas (otomíes, tarascos y mexicas que huían del caos del sur) llegaron a trabajar en las minas, en la tierra y en el transporte. Los africanos esclavizados fueron obligados a trabajar en los centros mineros (una vez más, rara vez bajo tierra) y como pastores, artesanos y transportistas. La migración se aceleró a partir de la pacificación en la década de 1590. Una región de ricas minas y con gran potencial agrícola, ahora libre de sus habitantes originales, el Bajío, se desarrolló con la llegada al norte de empresarios, colonos y trabajadores: los europeos, atraídos por las posibilidades de ganancias, los mesoamericanos, por la apertura de tierras fértiles, y los africanos, obligados por la esclavitud.

La mayoría de los primeros mineros de Zacatecas y Guanajuato eran migrantes indígenas que recibían salarios altos y partes de la mena por hacer el peligroso trabajo que impulsaba el comercio global; con el tiempo, diversos nativos se mezclaron entre sí y con los africanos para convertirse en mulatos libres que trabajaban.[38] El cultivo en el rico Bajío sostenía la minería allí y hacia el norte. Los operadores de las haciendas y los productores familiares otomíes dominaban las inmediaciones de Querétaro. Los europeos construyeron una economía paralela de haciendas en Celaya y en regiones localizadas al oeste, donde las familias otomíes, tarascas y mexicas se establecieron como arrendatarias y empleadas en las tierras de las haciendas. Ellos también se mezclaron con los africanos para crear comunidades amalgamadas, con frecuencia calificadas de "indias". Los africanos, que quizá constituían 20% de la población que fundó el Bajío y las regiones del norte (en las que los europeos nunca fueron más de 2%), encontraron caminos hacia la libertad: hombres esclavizados procreaban con mujeres indígenas (que por ley eran libres, al igual que sus hijos); las mujeres esclavizadas renunciaban a sus bebés para que los adoptaran familias indígenas, separándose de sus hijos para liberarlos.[39]

[38] *Idem;* Peter Bakewell, *Silver Mining and Society in Colonial Mexico. Zacatecas, 1546-1700,* Cambridge University Press, Cambridge, 1971 [*Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas, 1546-1700,* trad. Roberto Gómez Cirisa, FCE, México, 1976]; María Guevara Sanginés, *Guanajuato diverso. Sabores y sinsabores de su ser mestizo,* Ediciones La Rana, Guanajuato, 2001.

[39] Una vez más, véanse Guevara Sanginés, *Guanajuato…, op. cit.;* y Tutino, *Making…, op. cit.*

Finalizadas las guerras chichimecas, la minería se expandió en Zacatecas, Guanajuato y en una ciudad que tenía el apto nombre de San Luis Potosí. En el Bajío se desarrolló una mezcla de minería, cultivo y manufactura de telas para sostener a la Norteamérica española como la principal zona de producción de plata en la Nueva España. Se trataba de una región con bases comerciales, poblaciones migrantes y comunidades construidas, nuevamente, para servir al estímulo de la plata. Más allá del Querétaro otomí, las repúblicas eran pocas, las autonomías escasas. Las dependencias patriarcales definían las relaciones laborales y sociales; la escasez de mano de obra mantenía la seguridad.

La ciudad de México, donde se congregaban los principales financieros y comerciantes, también regía el Bajío y las regiones del norte. Inicialmente, los norteños compraban telas de Puebla; luego, Querétaro se erigió como un centro de producción textil, que primero empleaba a otomíes a cambio de salarios; cuando éstos resultaron ser demasiado libres para mantener el nivel de ganancias recurrió a los africanos esclavizados. Desde el comienzo, la Norteamérica española fue promovida por la plata, se organizó con base en el comercio y se definía por las dependencias sociales, contrastando tajantemente con Mesoamérica, donde el gobierno español y las formas comerciales se afincaban en repúblicas con autonomías duraderas, y con los Andes, donde el gobierno español y las limitadas autonomías dependían del poder persistente de los curacas. En el Bajío, un dinámico capitalismo temprano dio forma a las nuevas comunidades, hasta que las depredaciones desenfrenadas las llevaron a una insurgencia que derribó la plata y el mundo que había construido.

Para la década de 1640, la América española giraba en torno a las economías de la plata que estimularon el comercio global vinculado a Europa, el mundo islámico, el sur de Asia y China a través de España, y directamente a China y Asia por los mercaderes chinos de la Manila española. Inglaterra y Francia estaban comenzando a construir imperios, en gran medida en respuesta al poder y las ganancias generadas por España gracias al carácter pionero de su alcance mundial. En la América española, las economías de la plata crecieron gracias al estímulo compartido de la plata y a las metas comunes de los Habsburgo españoles. Empero, a inicios del siglo XVII exhibían organizaciones sociales divergentes, pues las minas y el comercio de la plata y las costumbres españolas se habían adaptado a entornos y precedentes indígenas distintos.

En la América andina, los curacas dominaban comunidades en nichos ecológicos diversos: limitaban las autonomías locales y permitían los intercambios mediados por ellos, volviéndose esenciales para mantener la mita que extraía trabajadores de las comunidades para sostener las minas de plata al proliferar las formas comerciales. En Mesoamérica, el poder de los señores indígenas se difuminó, los europeos ingresaron al comercio y las comunidades reconstituidas como repúblicas indígenas reclamaron autonomías para

convertirse en la base de una economía mixta que sostenía a la ciudad de México y las minas. En el Bajío y la Norteamérica española, los chichimecas presentaron resistencia y fueron desplazados. Después de 1600 prácticamente todos sus habitantes eran inmigrantes, ya que los europeos gobernaban y los esclavos africanos y diversos mesoamericanos se mezclaban para vivir como dependientes comerciales que trabajaban en minas, talleres textiles y haciendas; así, forjaron una sociedad capitalista temprana prácticamente desnudada de autonomías cimentadas en la tierra.

Las tres sociedades de la plata vieron cómo las minas alimentaban el comercio global. La demanda china estimulaba la plata, mientras que las poblaciones, escasas en toda América, permitieron a las comunidades adaptarse y crear nuevas formas de supervivencia y nuevas adaptaciones culturales. En la década de 1640, todo pareció colapsar.

La plata cayó en Potosí y Zacatecas. La economía europea entró en una recesión cuando las guerras hicieron que España batallara como potencia de segunda clase. La demanda china de plata también decayó cuando los Ming dieron paso a los Qing en una época de guerra y disrupción. La primera economía global se enfrentó a la primera recesión mundial. ¿Acaso la América española había producido demasiada plata, generando una inflación que inhibió el desarrollo económico español y socavó el poder hispánico mientras las industrias neerlandesa, francesa y británica ganaban? ¿Acaso las minas de Potosí habían cavado tan profundo que se enfrentaban a costes insostenibles conforme las menas se vaciaban? ¿Acaso la plata había inundado los mercados globales, haciendo bajar su precio en relación con el oro (que seguía siendo moneda en la mayor parte del mundo excepto en China)? ¿Acaso la demanda china se redujo con la suerte de los Ming y el inicio del mandato Qing? Resulta creíble que todos esos desafíos hayan contribuido a la crisis de la primera economía global.

Esos tiempos de crisis fueron también una era de transición que llevó a un renacimiento de la plata en el siglo XVIII, bajo una monarquía española debilitada. Un siglo de declive en España y depresión en Europa hizo que el centro de la economía imperial española se trasladara a la Nueva España.[40] La producción de plata nunca revivió del todo en Potosí. En la Nueva España, la minería se había movido a nuevos centros en el norte después de 1640, en particular a Parral.[41] La estabilización y la consolidación dominaban, hasta que la minería alcanzó nuevas alturas después de 1700, cuando una demanda china renovada y la aceleración del comercio atlántico dieron nueva energía a las viejas minas de Taxco y Real del Monte, Zacatecas y Guanajuato, así como a centros nuevos en puntos tan lejanos del norte como Chihuahua.

[40] John Lynch, *Spain under the Habsburgs,* vol. 2, *Spain and America, 1598-1700,* Blackwell, Londres, 1969.

[41] Robert West, *The Mining Community in Northern New Spain. The Parral Mining District,* University of California Press, Berkeley, 1949.

Una aceleración de la divergencia: los Andes y la Nueva España, 1700-1825

Durante el siglo XVIII, España se desdibujó como potencia europea, mientras su imperio en el Atlántico, en América y en el Pacífico seguía siendo fundamental para un capitalismo comercial mundial en constante crecimiento. Tres acontecimientos clave marcaron esa época en toda la América española: el crecimiento poblacional, el resurgimiento de la plata y las reformas borbónicas; juntos promovían la expansión comercial y amenazaban el bienestar popular. El número de indígenas aumentó en todas partes después de 1700, acarreando nuevas presiones sobre las repúblicas agrarias y limitando las autonomías a medida que se proporcionaban más trabajadores a las economías en expansión. La plata registró un poderoso resurgimiento en la Nueva España, alzándose para producir casi 70% de la plata americana hacia finales del siglo XVIII. El crecimiento comercial creó trabajo en las haciendas, al tiempo que las autonomías se debilitaban en las comunidades del corazón de Mesoamérica; asimismo, generó ganancias y profundizó las polaridades en el Bajío, donde las familias dependientes hacían lo que podían de cara a inseguridades cada vez más intensas. En cambio, la expansión de la plata en los Andes resultó restringida: limitó los mercados y el trabajo, al mismo tiempo que las autonomías se corroían.[42] Mientras tanto, las reformas borbónicas buscaron centralizar el poder, promover la producción, estimular el comercio y apuntalar los ingresos del régimen con el respaldo de nuevas fuerzas militares. Tuvieron poco éxito en el fortalecimiento de España en Europa, resultaron brevemente disruptivas en la década de 1760 en la Nueva España y provocaron rebeliones violentas en los Andes en la de 1780.

La aceleración de esa divergencia marcó a la América española del siglo XVIII. Las tres regiones plateras comenzaron con estructuras sociales y adaptaciones culturales construidas durante la primera bonanza de la plata. Todas se enfrentaron al crecimiento poblacional y a las reformas borbónicas después de 1700. No obstante, antes de que Napoleón quebrantara la monarquía española en 1808, sólo los Andes vivieron décadas de conflictos violentos. En el Bajío tuvo lugar una década de insurgencia después de 1810, que destruyó el Imperio español y el capitalismo de la plata. Mientras tanto, el corazón mesoamericano en torno a la ciudad de México siguió avanzando, sosteniendo al Imperio español y el capitalismo de la plata hasta que ambos desaparecieron. La pregunta es *por qué*.

La importancia duradera de los curacas marcó a los Andes hasta el siglo XVIII. Allí las comunidades habían conservado suficientes tierras para el sustento y el intercambio vertical cuando las poblaciones llegaron a su punto más

[42] Brading y Cross, "Colonial Silver…", *op. cit.,* pp. 576-579.

bajo después de 1600. Pasado 1700, enfrentaron un crecimiento poblacional que hizo que los recursos limitados tuvieran una capacidad menor para satisfacer las necesidades locales o hacer productos destinados al intercambio, a la vez que los curacas hicieron frente a la creciente competencia de los comerciantes hispánicos. La economía platera, que podría haber ofrecido empleos alternativos y aperturas comerciales, creció con límites. La producción aumentó de dos millones de pesos al año hacia 1700 a casi siete millones en los albores de los levantamientos de 1780; un crecimiento que estaba en la mitad de los niveles que impulsaron la expansión comercial en la Nueva España.[43]

En ese contexto de presiones poblacionales y aperturas comerciales limitadas, las reformas borbónicas llegaron a las comunidades andinas como demandas de tributos más elevados y de otras exacciones —exigencias que se esperaba que implementaran los curacas—. Los más afectados fueron los "repartos", comercios locales regidos por magistrados de distrito españoles, que se implementaban a través de los señores indígenas. Conociendo que la mayor parte de la producción de las tierras altas se quedaba en las comunidades, los funcionarios y los comerciantes buscaron incrementar la extracción de bienes, ganancias e ingresos, promoviendo exigencias comerciales con respaldo del poder oficial (y con los curacas como negociadores clave). Los magistrados entregaron herramientas, telas, ganado y otros bienes, sin importar si los aldeanos querían o no; las familias tenían deudas que se esperaba que pagaran en efectivo o en especie. Los curacas fueron presionados para imponer las recolecciones, con poco poder más allá de su legitimidad histórica. Los nuevos comercios no podían enmascararse como reciprocidades.[44]

Los aldeanos comenzaron a ver a los curacas como agentes de opresión. Esos señores, que mantuvieron un papel esencial durante dos siglos, mediando entre el poder español y los pueblos andinos, afrontaron decisiones difíciles. Podían aprovechar la creciente indignación comunitaria y dirigir la resistencia a las exigencias del régimen o convertirse en blanco de esa indignación.[45] A partir de la década de 1740, la resistencia se alzó en oleadas de violencia en los Andes. Algunos curacas dirigieron a comunidades rebeldes; otros enfrentaron su ira, mientras la minería mostraba un crecimiento lento y la mayoría hacía frente a una crecida de los tributos, el reparto y las exigencias de impuestos.

En la década de 1770, desesperados por estimular la economía andina, los reformistas españoles establecieron un nuevo virreinato en Buenos Aires

[43] Véase Nils Jacobsen, *Mirages of Transition. The Peruvian Altiplano, 1780-1930,* University of California Press, Berkeley, 1993, p. 43, fig. 2.1.

[44] Sergio Serulnikov, *Revolution in the Andes. The Age of Tupac Amaru,* trad. David Frye, Duke University Press, Durham, 2013, pone énfasis en el impacto disruptivo de los repartos.

[45] Véanse Spalding, *Huarichorí…, op. cit.*; y Steve Stern (coord.), *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World. 17th to 20th Centuries,* University of Wisconsin Press, Madison, 1987.

y abrieron el puerto para enviar plata directamente al comercio atlántico. Las minas de Potosí fueron retiradas del dominio de las autoridades, los financieros y los comerciantes de Lima, para ser controladas por los de Buenos Aires, quienes acogieron la oportunidad; sin embargo, al tratarse de recién llegados inseguros al comercio de plata y las complejidades andinas, batallaron con ella. En una época de conflictos crecientes, los curacas y las comunidades tenían que esperar la llegada de la justicia desde autoridades nuevas y distantes. Justo al norte, las comunidades atadas desde hacía mucho a Potosí seguían dependiendo de Cuzco y Lima.

El cambio administrativo dividió el núcleo de los altos andinos, mientras las exigencias del régimen y las tensiones locales aumentaban. Los inicios de la década de 1780 trajeron consigo el levantamiento en Cuzco y sus alrededores, dirigido por Túpac Amaru, un descendiente de los incas que construyó una alianza de curacas y españoles de las provincias para alzar a las comunidades populares contra las crecientes imposiciones. Conflictos más grandes se extendieron desde Cuzco hasta Potosí y demostraron ser mucho más complejos que la rebelión de Túpac Amaru. Si el aspirante inca buscaba guiar a las comunidades para defender el poder de los curacas y el bienestar comunitario, el levantamiento previo, paralelo e independiente al sur del lago Titicaca, que dirigió Tomás Katari luchaba primero por los derechos comunitarios. El levantamiento radical que se gestó en torno a Túpac Katari cerca de Potosí atacó a los curacas (localmente llamados caciques) en defensa de las exigencias populares. El aumento en la violencia dividió a los poderosos; con los curacas divididos, la mayoría de los españoles de las provincias volvieron a apoyar al régimen, mientras la violencia disponía a los enojados pueblos indígenas contra quienes estaban en el poder. A medida que las élites hispánicas se unían contra los rebeldes indígenas, algunos curacas dirigieron levantamientos, otros se convirtieron en sus blancos y otros más se unieron a la represión, lo que hizo que el régimen comenzara a verlos como lastres para el capitalismo de la plata.[46]

Para 1784, una alianza del poder español y curacas temerosos aplastó los levantamientos con una violencia sanguinaria. La economía andina se conmocionó. El régimen se inclinó hacia una reorganización que retiró del poder a casi todos los curacas, rebeldes y defensores del régimen. Los culpaban, ya

[46] Véanse Ward Stavig, *World of Tupac Amaru,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1999; Charles Walker, *Smoldering Ashes. Cuzco and the Creation of the Peruvian Republic, 1780-1840,* Duke University Press, Durham, 1999, y *The Tupac Amaru Rebellion,* Harvard University Press, Cambridge, 2014 [*La rebelión de Túpac Amaru,* trad. Óscar Hidalgo Wuest, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2015]; Sergio Serulnikov, *Subverting Colonial Authority. Challenges to Spanish Rule in the Eighteenth-Century Southern Andes,* Duke University Press, Durham, 2003, y *Revolution…, op. cit.;* y Sinclair Thomson, *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency,* University of Wisconsin Press, Madison, 2003 [*Cuando sólo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia,* trad. Silvia Rivera Cusincanqui, Muela del Diablo, Bolivia, 2006].

fuera que hubieran dirigido rebeliones o que no hubieran logrado evitarlas, y los remplazaron por magistrados españoles que también solían ser comerciantes, incluso si los repartos se prohibieron en lo que constituyó una victoria popular clara, pero limitada. Los nuevos funcionarios tenían mucho que aprender del mundo andino, al mismo tiempo que la fuerza militar asumía un nuevo papel en el poder del régimen. La producción de plata se desplomó durante los levantamientos y revivió en la década de 1790, para volver a caer después de 1800, cuando las guerras napoleónicas desestabilizaron al Imperio español. La América andina entró al siglo XIX dando traspiés, en tanto los españoles soñaban con glorias económicas pasadas que no resurgirían y los nativos se preguntaban si los sueños de revivir las autonomías y las reciprocidades locales mediante la restauración de las formas incas no eran sino delirios.[47]

Cuando Napoleón invadió España en 1808, desatando conflictos que terminarían llevando a la independencia en toda la América española, la mayoría de las élites andinas se congelaron por el miedo que dejaron los levantamientos y la represión de la década de 1780. Los españoles andinos no proclamarían la soberanía popular, pues temían que los pueblos andinos reclamaran sus beneficios. Las comunidades indígenas conocían los resultados mortales de los levantamientos previos; en su mayoría esperaron el momento adecuado. La independencia llegó tarde y, en buena medida, desde fuera, gracias a los ejércitos bolivarianos. La plata revivió, aunque lentamente, pues Perú y Bolivia se dividieron en naciones en aprietos.[48]

El siglo XVIII fue radicalmente distinto en la Nueva España. Allí la producción de plata se incrementó al cuádruple, pasando de cosechar cinco millones de pesos al año hacia 1700 a mantenerse aproximadamente en 12 millones a mediados de siglo y elevándose por encima de los 20 millones de pesos anuales a partir de la década de 1790, hasta que todo se desmoronó con la insurgencia de 1810.[49] La economía comercial de la Nueva España creció bastante más que su población, la cual, cuando mucho, se triplicó. Los reformistas borbónicos promovieron la plata, el comercio y los ingresos; cuando sus demandas amenazaban esas metas, aprendieron a negociar. No podían permitirse distanciar a los empresarios que estaban al frente de la economía más dinámica de América o perturbar la minería que sostenía el comercio mundial y los restos del poder español. Hubo veranos de conflictos en la década

[47] Sobre la plata, Jacobsen, *Mirages…, op. cit.,* p. 43, fig. 2.1; sobre las consecuencias más amplias véanse Walker, *The Tupac…, op. cit.;* y, en especial, Walker, *Smoldering Ashes…, op. cit.;* Thomson, *We Alone…, op. cit.;* y Serulnikov, *Revolution…, op. cit.*

[48] Véanse John Tutino, "The Americas in the Rise of Industrial Capitalism", en John Tutino (coord.), *New Countries. Capitalism, Revolution and Nations in the Americas, 1750-1870,* Duke University Press, Durham, 2016, pp. 25-70; y Sarah Chambers, "From One Patria, Two Nations. The Andean Heartland, 1750-1850", en *ibid.*., pp. 316-349.

[49] Tutino, *Making…, op. cit.,* pp. 550, Apéndice D, tabla D.1.

FIGURA I.1. *El poder de la plata: Santa Prisca de Taxco, 1758*

de 1760, pero, en términos generales, la Nueva España del siglo XVIII se caracterizó por el crecimiento poblacional, el dinamismo económico, la polarización social y los debates culturales con una estabilidad notoria hasta que Napoleón quebrantó la legitimidad del régimen en 1808. Entonces, las explotaciones simbióticas mantuvieron la paz en la mayoría de las repúblicas del centro, mientras miles de dependientes del Bajío se sublevaban en una insurgencia en 1808. A ellos se unieron los campesinos del seco Mezquital. Juntos derrumbaron el capitalismo de la plata.

En el centro, la minería creció antes de 1750 en Taxco (su imponente iglesia se muestra en la figura I.1) y, a partir de la década de 1760, en Real del Monte, cerca de Pachuca. La ciudad de México prosperó como eje administrativo, financiero y comercial de las economías de la plata en auge, y su población se acercó a las 130 000 personas hacia el año 1800, con lo que remplazó al disminuido Potosí como la ciudad más grande de América. Alrededor de la capital, la gran mayoría se mantuvo en repúblicas agrarias rodeadas de haciendas comerciales; hacia el sur, las repúblicas seguían dominando la vida rural, pues haciendas pequeñas suministraban a pequeñas ciudades y pue-

blos.[50] Conforme los campesinos se volvían inmunes a las enfermedades de la época de la conquista, su número se duplicó entre las décadas de 1680 y 1730, momento en que una epidemia de tifoidea ralentizó el crecimiento por un periodo.[51] La población volvió a crecer a partir de la década de 1770. Ambos aumentos en el crecimiento carcomieron las autonomías de las familias en las repúblicas nativas. Los excedentes de maíz, frijol y chile, que antes se enviaban a las ciudades y las minas, ahora se consumían localmente. Las nuevas generaciones descubrieron que las tierras cada vez eran más insuficientes; minorías sin tierras comenzaron a aparecer y a expandirse.[52]

Mientras tanto, la demanda de productos agrícolas se elevó conforme la minería prosperaba y la ciudad de México crecía. Las haciendas que tradicionalmente habían cultivado bienes europeos (trigo, azúcar y ganado) añadieron cultivos locales a los campos comerciales. El azúcar y el trigo seguían predominando en los campos de regadío; el maíz se expandió en las tierras de secano. El ganado dejó la región en busca de pasturas al norte, en tanto filas de magueyes trasplantados se apoderaban de las zonas secas del centro, conformando la base de una industria pulquera que abastecía bebida a los mineros y a las pulquerías de la ciudad. Los hacendados de la ciudad de México obtuvieron ganancias al expandir la producción y ofrecer trabajo asalariado estacional a hombres y muchachos del campo que no tenían suficientes tierras y necesitaban ingresos para mantener a sus familias en crecimiento. A medida que aumentaba la población, la bonanza de la plata permitió a los empresarios tener ganancias y a los campesinos sobrevivir y seguir siendo campesinos. Las autonomías restantes, cimentadas en la tierra, se mezclaron con el trabajo estacional para volver simbiótica la explotación, estabilizando las repúblicas indígenas y el capitalismo de la plata después de 1700.

Conforme las autonomías menguaban y crecía la dependencia del trabajo, las disputas entre campesinos, entre campesinos y haciendas y entre campesinos y funcionarios locales se elevaron. Aun así, los juzgados mediaban para mantener la paz.[53] Los notables de las aldeas se afianzaron y fortalecieron como negociantes (en la misma época en que el papel de los curacas se vino abajo debido a la violencia), y organizaban cuadrillas de trabajo que vincularon a las repúblicas agrarias con las haciendas comerciales. Ganancias radicalmente desiguales (ingresos amplios para unos cuantos, sobrevivencia para la mayoría) hicieron que esos vínculos fueran explotadores. La necesidad mutua, pues las ganancias son tan esenciales para el capitalismo como la supervivencia lo es para las familias y las comunidades, los volvió simbióticos.

[50] Lo anterior resume el tercer capítulo; véanse las citas que aparecen allí.

[51] América Molina del Villar, *La Nueva España y el matlazahuatl,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1998.

[52] Todo eso se detalla con citas en el tercer capítulo.

[53] Véase William Taylor, *Drinking…, op. cit.*

Las explotaciones simbióticas demostraron tener un efecto estabilizador. Cuando la insurgencia se esparció en el Bajío en 1810, la mayoría de las repúblicas del corazón se mantuvieron leales a un régimen español cada vez más endeble; sus habitantes se quedaron en casa y en sus trabajos. En una excepción que refuerza la conclusión comparativa, en el centro sólo El Mezquital y otras zonas secas fueron testigos de insurgencias duraderas en comunidades nativas más allá de 1810. El crecimiento poblacional impulsó el declive de las autonomías después de 1750, mientras las haciendas con tierras secas se volcaron hacia el pulque, que generaba ganancias empleando mínima mano de obra. El resultado fue una explotación sin simbiosis, y la insurgencia después de 1810.[54]

Al norte de Mesoamérica, en el Bajío y más allá, la plata y la población aumentaron con mayor rapidez durante el siglo XVIII. La minería se disparó en Zacatecas y en Chihuahua, en el norte lejano, antes de 1750; alcanzó nuevas alturas en Guanajuato y San Luis Potosí después de 1770. Las viejas minas produjeron nuevas menas y ganancias; las nuevas, trajeron nuevas bonanzas.[55] La migración desde regiones mesoamericanas que enfrentaban presiones poblacionales reforzó la reproducción del norte, para alimentar el crecimiento demográfico y la expansión septentrional. El Bajío prosperó, en tanto la minería, las fábricas de textiles y de tabaco y el cultivo comercial se expandían juntos en una economía de dinamismo capitalista creciente, construida sobre relaciones sociales de dependencia comercial.[56] La minería, el pastoreo y la siembra de regadío (donde los riachuelos lo permitían) llevaron al norte a consolidarse en torno a San Antonio en Texas, transformando las relaciones entre españoles y pueblos indígenas y de otra extracción en Nuevo México, y a atravesar California hacia San Francisco en la década de 1770.[57]

El Bajío estuvo al frente de una expansión del capitalismo de la plata que estimuló el comercio global y las guerras en el Atlántico en el siglo XVIII. Las relaciones sociales arraigadas en la dependencia comercial sostuvieron una producción desorbitada; no obstante, no fueron capaces de estabilizar las desigualdades en proceso de rápida polarización. Más allá de Querétaro, la

[54] El Mezquital y sus excepcionales comunidades insurgentes son el foco del cuarto capítulo.

[55] Véanse Philip Hadley, *Minería y sociedad en el centro minero de Santa Eulalia, Chihuahua, 1709-1750,* FCE, México, 1979*;* Frédérique Langue, *Los señores de Zacatecas. Una aristocracia minera del siglo XVIII novohispano,* FCE, México, 1979; y D. A. Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810,* Cambridge University Press, Cambridge, 1971 [*Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810,* trad. Roberto Gómez Ciriza, FCE, México, 1975].

[56] Esta última sección sobre el Bajío y la Norteamérica española nuevamente resume mi libro *Making..., op. cit*

[57] Véanse Juliana Barr, *Peace Came in the Form of a Woman. Indians and Spaniards in the Texas Borderlands,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007; Ross Frank, *From Settler to Citizen. New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820*, University of California Press, Berkeley, 2000; y Marta Ortega Soto, *Alta California. Una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1848,* UAM, México, 2001.

mayoría de los indígenas y de extracción mixta dedicados al trabajo vivían sin repúblicas agrarias, sin autonomías. Después de 1780 se enfrentaron a una caída de los salarios, un aumento de las rentas y los desalojos, sin mucho a lo que pudieran recurrir. El Bajío se convirtió en la región capitalista más dinámica del continente americano, al mismo tiempo que generaba polarizaciones sociales y culturales cada vez más profundas. Entre las sociedades de la plata de la América española, sólo el Bajío vivió una revolución social transformadora después de 1810.

La minería platera floreció en Guanajuato hasta la década de 1750; luego enfrentó una pausa ocasionada por una caída de la demanda china.[58] Cuando la participación de España en la Guerra de los Siete Años, entre 1756 y 1763, trajo consigo nuevas deudas y después exigencias de ingresos y de reclutamiento militar para los mineros de Guanajuato y San Luis Potosí, trabajadores y artesanos organizaron una revuelta entre 1766 y 1767. Los agentes borbónicos no tardaron en descubrir que las reformas que amenazaban la producción de plata también amenazaban el régimen y su imperio, por lo que se aliaron con los empresarios y las milicias regionales para contener los levantamientos. Entonces, el régimen se volcó a promover la plata con concesiones tributarias y mercurio subsidiado; la minería se elevó a nuevas alturas después de 1770.[59] El Bajío se mantuvo en paz y produciendo durante las décadas de 1770 y 1780, mientras la Norteamérica británica luchaba por su independencia y los andinos se alzaban contra el poder español. La plata del Bajío ayudó a financiar la independencia de los Estados Unidos y la represión que sostuvo el gobierno de España en unos Andes fracturados.[60]

La producción de plata creció en Guanajuato y en todo el norte, superando cuatro veces el nivel de 1700 en la década de 1790, para mantener su punto máximo más allá de 1800. La minería, el cultivo comercial y la fabricación textil en el Bajío crecieron rápidamente; una nueva tabacalera en Querétaro atrajo la segunda concentración más grande de trabajadores en América, en su mayoría mujeres. Las bonanzas impusieron amenazas en vidas atrapadas en dependencias. Los empresarios mineros presionaron para acabar con las partes de menas que habían convertido a los trabajadores calificados en socios de las ganancias, recortando sus salarios tanto como fue posible. La resistencia hizo que hubiera negociaciones interminables, mientras la minería avanzaba para llegar a nuevas alturas. En los textiles, las políticas borbónicas favorecieron las importaciones de España (lo que ayudó a las nuevas industrias en torno a Barcelona) e hizo que grandes obrajes del Bajío quebraran. Los mercaderes locales encontraron ganancias presionando a las familias de

[58] Flynn y Giráldez, "Cycles of Silver…", *op. cit.*, pp. 391-427.

[59] Véanse Felipe Castro Gutiérrez, *Nueva ley y nuevo rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1996; y el cuarto capítulo de Tutino, *Making…, op. cit*.

[60] Véase el cuarto capítulo de Tutino, *Making…, op. cit*.

los talleres domésticos para que trabajaran más tiempo por ingresos menores, a fin de que la producción siguiera creciendo. Las haciendas rurales expandieron el riego para cultivar trigo y vegetales destinado a consumidores urbanos privilegiados; dejaron el maíz a los arrendatarios de antiguas pasturas con una producción incierta. Cuando la sequía y las heladas de 1785 y 1786 destruyeron las cosechas de maíz en el Bajío, una carestía sin precedentes desató años de hambruna y muerte.

Aun así, el estímulo de la plata siguió su camino. Los operadores de minas negociaron con los trabajadores para mantener la fuerza de la producción. Tras la hambruna, los cultivadores de las haciendas plantaron maíz en campos de regadío, lo que demostró ser una buena decisión de negocios, pues los precios se mantuvieron elevados. El cambio, no obstante, llevó a rentas más elevadas y desalojos de arrendatarios, así como a sueldos y raciones alimentarias más bajos para los trabajadores. La economía creció, los empresarios se beneficiaron y las familias trabajadoras afrontaron una disminución de sus ganancias y nuevas inseguridades. Con el crecimiento poblacional, los trabajadores ya no eran escasos; después de 1780, los desalojos y la reducción de los salarios socavaron la capacidad de los hombres para proveer, por lo que la práctica patriarcal de dirigir el hogar se vio rodeada de amenazas.

Éstas también provenían de que números crecientes de mujeres se empleaban a cambio de salarios bajos para refinar menas en las refinerías de plata y liar puros en la tabacalera de Querétaro. Los hombres batallaban para proveer; los hogares para sobrevivir. Cuando dejó de haber escasez de mano de obra en una región de familias atrapadas en la dependencia, los capitalistas exprimieron a las personas que hacían todo en la región más dinámica de América. Sin repúblicas agrarias, había poco que las familias del Bajío pudieran hacer. Unas cuantas recurrieron a los juzgados en busca de derechos como repúblicas: tierras, autogobierno y acceso judicial. En su mayoría fracasaron. La población de ascendencia mixta vivían en propiedades privadas sin derecho a la república. Los productores patriarcales y sus familias se esforzaron por adaptarse, pues se enfrentaban a presiones crecientes que no pudieron mitigar después de 1780.[61]

El estímulo de la plata mantuvo el crecimiento económico y un orden social polarizado en paz después de 1800. Si bien había trabajo disponible, sus recompensas disminuían cada vez más. Después de 1790, las guerras se intensificaron en todo el mundo atlántico, perturbando el comercio y provocando exigencias de elevar los impuestos y otros ingresos. Cuando Napoleón quebrantó la monarquía de España en 1808, los debates en torno a los derechos y la soberanía se multiplicaron conforme las personas, desde el centro hasta el Bajío, hacían frente a nuevos años de sequía y escasez. Las élites

[61] *Idem.* La relación entre el género y las polarizaciones sociales del Bajío es el foco de la segunda parte.

provinciales, dirigidas por el cura Miguel Hidalgo, desataron una insurgencia masiva en 1810, inaugurando una década de revolución y transformando una región que durante un siglo había sido el motor de Norteamérica que sostenía al Imperio español, el capitalismo de la plata y el comercio mundial.[62]

La insurgencia no fue grande en Querétaro, la única área del Bajío en que una minoría otomí nuclear mantenía derechos republicanos. Hacia el norte del Bajío, donde las presiones poblacionales eran menores y los empresarios seguían ofreciendo oportunidades a los mineros y seguridades firmes a las familias rurales, hubo poca insurgencia,[63] como también en las regiones más fértiles del centro, donde las explotaciones simbióticas se mantuvieron de cara a la soberanía quebrada y la carestía provocada por la hambruna después de 1808. Sólo en el seco Mezquital y en las zonas pulqueras cercanas, donde las explotaciones simbióticas resultaban imposibles, los insurgentes se unieron a los rebeldes del Bajío en la búsqueda violenta de tierras y autonomías que quebró el capitalismo de la plata y socavó el gobierno español en la Nueva España.

Una década de violencia política y social después de 1810 derribó el capitalismo de la plata. La plata novohispana se redujo a la mitad y se mantuvo en ese punto hasta 1840. Mientras los hispanoamericanos luchaban por construir naciones, las comunidades volvieron a afianzarse en la tierra. La Nueva España, China y el mundo nunca volverían a ser los mismos. Una lección que nos enseña esta historia es que, a la larga, el capitalismo necesita estabilidad para prosperar y la estabilidad exige tanto la generación de ingresos como la provisión de vidas sostenibles a las familias que cargan con el capitalismo a cuestas. Las comunidades del centro de México demostraron ser las más efectivas para dar forma al capitalismo de la plata —y, por consiguiente, para estabilizarlo— durante tres siglos. Un siglo después impulsarían la revolución de Zapata en un poderoso ataque al capitalismo. Vale la pena contar su historia.

[62] John Tutino, "The Revolution in Mexican Independence. Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855", *HAHR,* vol. 78, núm. 3, 1998, pp. 367-418.

[63] Sobre las relaciones sociales y los límites de la insurrección al norte del Bajío, véase John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940,* trad. Julio Colón, Era, México, 1990].

II. EL CAPITALISMO DE LA PLATA Y LAS REPÚBLICAS INDÍGENAS: LA RECONSTRUCCIÓN COMUNITARIA, 1500-1700

Hacia el año 1500, el centro mesoamericano era un lugar de Estados en guerra basados en comunidades de cultivo que trabajaban para alimentarse y vestirse, así como para pagar los tributos en bienes y trabajo de servicios que sostenían a las ciudades y los Estados, a los gobernantes y sus guerras. En 1700 el centro seguía siendo mesoamericano en muchos sentidos: las familias continuaron cultivando maíz, frijol y chile y haciendo pulque en tierras comunitarias, pagaban tributos a quienes gobernaban y proveían mano de obra para mantener los ingresos y la vida urbana de los poderosos. Con todo, muchas cosas habían cambiado: la guerra ya no plagaba al centro, los gobernantes en la ciudad de México servían a un régimen instalado en Madrid, los tributos y el trabajo se pagaban en reales de plata y la economía local estaba atada al comercio global, así como a guerras en lugares distantes.

Las comunidades reconstruidas como repúblicas reforzaron las autonomías basadas en la tierra, al tiempo que se convertían en participantes fundacionales de un nuevo capitalismo global. Para 1600, las enfermedades del Viejo Mundo habían reducido la población del centro a 10% de los niveles previos al contacto. Las formas mesoamericanas y eurocristianas de involucrarse con los poderes divinos competían para explicar el cosmos y ofrecer asistencia con las penurias de la vida cotidiana. Las adaptaciones indígenas del cristianismo pasaron a primer plano. Los notables indígenas seguían rigiendo los asuntos comunitarios, ahora a través de consejos que dirigían repúblicas a las que un régimen español, que había pacificado el centro, además de vincularlo al comercio global, había otorgado tierras y acceso a la justicia. Asimismo, al enfrentar la despoblación, los empresarios concentrados en la ciudad de México construyeron haciendas, que buscaban obtener ganancias abasteciendo a la capital y a las minas y dependían de mano de obra proveniente de repúblicas firmemente arraigadas a la tierra. Para 1700, las comunidades y las haciendas se mezclaron en todo el centro para dar forma al capitalismo de la plata y sostenerlo.

Dos siglos de destrucción, adaptación y creatividad trajeron consigo una transformación histórica. Las formas mesoamericanas duraderas (en particular, los compromisos familiares y comunitarios con las autonomías) sostenían un nuevo imperio y el comercio mundial en un núcleo fundacional del capitalismo comercial. Dos siglos de conflictos y negociacio-

nes complejas rehicieron el centro para que mantuviera el capitalismo y las comunidades afianzadas en la tierra.

El crisol mesoamericano hasta 1520

El corazón se construyó en el crisol de la civilización mesoamericana mucho antes de que los europeos llegaran y vincularan a sus pueblos con un mundo más amplio. Los acontecimientos fundacionales comenzaron en un pasado distante, a lo largo de las tierras bajas costeras del golfo. El cultivo de maíz permitía la formación de comunidades y sostuvo el surgimiento de nuevos centros de poder y de culto. Desde el golfo, gobernantes olmecas tempranos impusieron su poder militar y redes de comercio, lo que ayudó a extender el maíz y las ciudades, los ejércitos y el comercio hacia el interior, a través de Oaxaca y Chiapas, Yucatán y Guatemala, y en las cuencas de las tierras altas que se convertirían en el corazón.[1]

En el primer milenio (d. C.), el poder y la producción comenzaron a concentrarse en la cuenca que ahora conocemos como valle de México. Al no contar con drenaje natural, su centro estaba conformado por una serie de lagos superficiales, con una vida acuática rica, que facilitaban el transporte en pequeños botes. Hacia el año 200, las potencias emergentes en Cuicuilco, al sur de los lagos, y Teotihuacán, al noreste, se disputaban el dominio de comunidades de cultivo. Cuando una explosión volcánica derribó Cuicuilco, propiciando la concentración del poder —y del favor de los dioses— en Teotihuacán. A partir de ese año, Teotihuacán se erigió como una ciudad de templos y pirámides, artesanos y mercados. Quizá alcanzó una población de 200 000 personas, a las que mantenían la irrigación por arroyos y las plataformas a las orillas del lago, que más tarde recibirían el nombre de "chinampas". Las minas de obsidiana de las colinas cercanas cimentaron la preeminencia económica y el poder militar; los artesanos de la ciudad trabajaban esa dura piedra hasta convertirla en cuchillas y más que facilitaban la producción local, un comercio creciente y la expansión militar. El poder, el comercio y la cultura de Teotihuacán se extendieron hasta Guatemala, al sur, y Yucatán, al este, antes de caer en la década de 600 debido a una mezcla incierta, pero devastadora, de insurgencia, colapso económico e invasiones, probablemente de habitantes del norte que se resistían al poder de Teotihuacán y buscaban su abundancia económica.[2]

[1] Ross Hassig, *War and Society in Ancient Mesoamerica,* University of California Press, Berkeley, 1992.

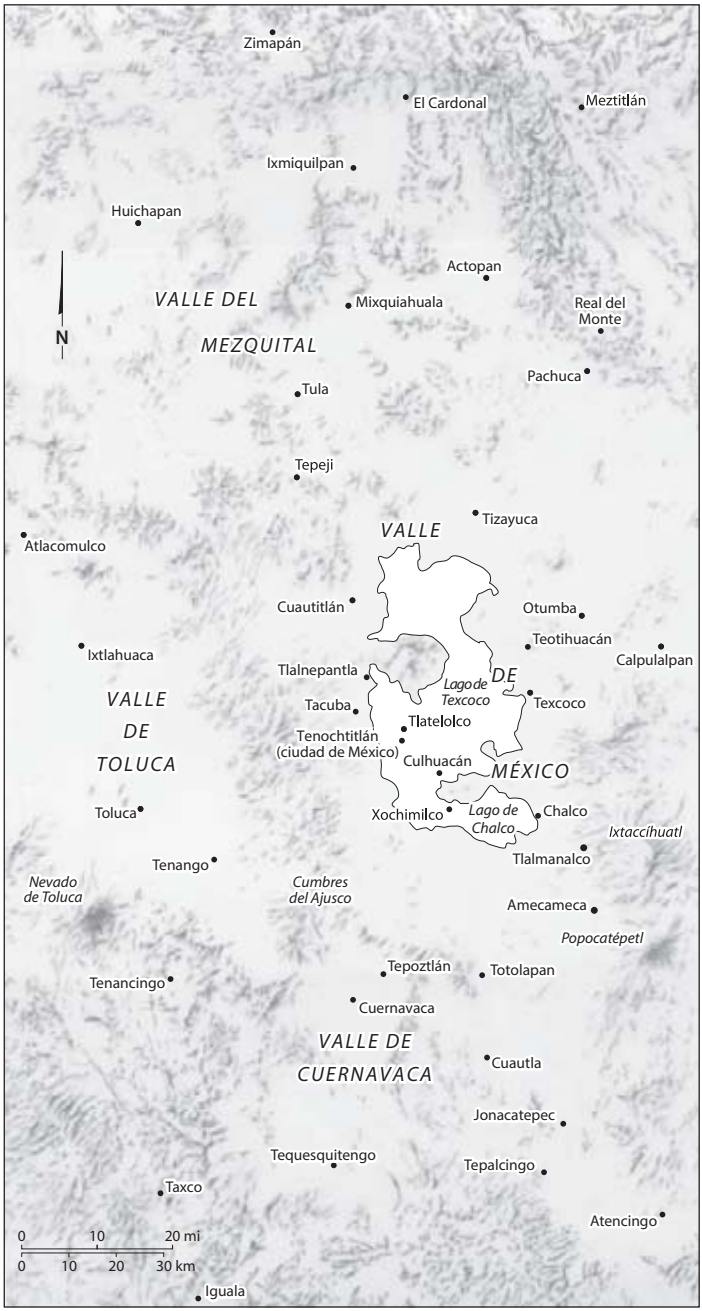
[2] Véanse René Millon, Bruce Drewitt y George Cowgill, *Urbanization at Teotihuacán,* 2 vols., University of Texas Press, Austin, 1975; y William Sanders y Barbara Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* Random House, Nueva York, 1968.

Tras una época de competencia y reconstrucción, hacia el año 1000 el poder del centro se concentró en Tula, al norte de Teotihuacán, en la seca cuenca de lo que ahora llamamos el Mezquital. El ascenso de Tula forzó formas mesoamericanas de poder estatal, cultura religiosa y comercio al norte por el fértil Bajío y a lo largo de las cuestas orientales de la Sierra Madre Occidental hasta llegar a la parte superior del valle del río Bravo (que más tarde recibiría el nombre de Nuevo México). El comercio se movió hacia el norte a lo largo de la costa del Golfo hasta entrar al Río Misisipi y llegar a Cahokia y otros centros emergentes en el corazón de América del Norte. El comercio de Tula y sus vínculos culturales también se extendieron hacia el sur, hacia centros mayas como Chichen Itzá en Yucatán. Tula fue el segundo gran centro de poder en el corazón mesoamericano, también sostenido por un cultivo intenso y los oficios en comunidades arraigadas fuertemente en la tierra.[3]

Tula cayó hacia 1150 debido a una mezcla de conflictos militares, levantamientos internos y cambio climático (una época de sequía que perjudicó los cultivos). Su caída dio forma al mundo mesoamericano al que Cortés ingresó con su pandilla de saqueadores en 1519. Desde el centro hasta Oaxaca y Yucatán y más allá, la caída de Tula y de los grandes centros mayas condujo a una fragmentación estatal y a guerras interminables. No existiría un nuevo régimen dominante hasta que los ibéricos vincularan a Mesoamérica con el mundo amplio. Tras la caída de Tula, Mesoamérica —de igual forma que Europa en esa época— era una región de Estados en guerra. Sus extensiones norteñas retrocedieron hacia el sur: los vínculos con Nuevo México eran pocos; el comercio con Cahokia terminó. Los vínculos con el mundo maya, desde Yucatán hasta Guatemala, eran limitados; sin embargo, el comercio continuó.

Esos milenios, en que la expansión y la consolidación imperiales alternaron con siglos de fragmentación y conflicto, forjaron un orden social duradero en Mesoamérica. La unidad fundacional era el *altepetl:* una ciudad-Estado con una cabecera dirigida por señores militares y sacerdotes (que en ocasiones eran las mismas personas) que tomaban tributos en maíz, telas y otros bienes producidos por cultivadores y artesanos (con frecuencia también las mismas personas) de comunidades periféricas. El poder era militar, legitimado con aserciones religiosas, como en buena parte de la Europa contemporánea. Las familias de cultivadores trabajaban la tierra para alimentarse, comerciar en los mercados locales y pagar tributos a quienes gobernaban, y, a menudo, comerciaban en regiones amplias. Las épocas de conflicto traían consigo cambios en las alianzas y guerras. El ascenso de un *altepetl* a un po-

[3] Véanse Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Mexico's Indigenous Past,* trad. Bernardo Ortiz de Montellano, University of Oklahoma Press, Norman, 2005 [*El pasado indígena,* FCE, México, 2014]; y Enrique Florescano, *Los orígenes del poder en Mesoamérica,* FCE, México, 2009.



Mapa ii.1. *El corazón de la Nueva España, 1500-1700*

der superior implicaba la estratificación de sus jefes militares y deidades legitimadoras sobre los vecinos derrotados, cuyos gobernantes se convertían en intermediarios en jerarquías de toma de tributos. En la base de todo eso se encontraban familias y comunidades afianzadas en la tierra, que producían casi todo, mientras los gobernantes usaban la fuerza para tomar los excedentes que mantenían a ciudades y Estados en guerra.

Una vez que la caída de Tula terminó de empujar hacia el norte a los Estados mesoamericanos, los guerreros del norte invadieron el centro: los más famosos entre ellos fueron los mexicas. Tras llegar como nómadas marciales, primero fungieron como mercenarios para Estados más viejos en guerra. Después de 1300 fundaron la ciudad isleña de Tenochtitlán, que en el siglo XV se convirtió en el centro mismo de un núcleo que seguía en guerra. El ascenso militar de los mexicas está bien documentado, como también las aserciones religiosas que incitaban guerras para capturar víctimas sacrificiales a fin de que sirvieran a Huitzilopochtli y alimentaran el cosmos con sangre humana. De manera igualmente esencial, el poder militar mexica y sus instituciones religiosas dependían de los productos agrícolas cultivados por familias asentadas en tierras ricas reclamadas de los lagos y de tributos tomados de los pueblos conquistados.

Los mexicas encontraron refugio en una isla próxima a la costa occidental del lago que separaba —y conectaba— los poderes cercanos al lago de Azcapotzalco al norte, de Tacuba al poniente y de Texcoco al oriente. Los recién llegados aprendieron a construir chinampas en las aguas poco profundas para alimentar a su ciudad. Pelearon en los ejércitos de Azcapotzalco; luego derrotaron a la otrora poderosa ciudad-Estado y se aliaron con Tacuba y Texcoco. Mientras tanto, los mexicas construyeron diques para separar el agua salada de la dulce y convirtieron las ciénagas libres de sal en vastas planicies de chinampas, abrieron canales que vinculaban la ciudad con las costas que la rodeaban y construyeron calzadas que podían bloquearse ante la presencia de fuerzas invasoras.

A mediados del siglo XV, México-Tenochtitlán era una ciudad fortaleza isleña, rodeada de una zona de intenso cultivo en el lecho del lago y protegida por lagos y diques. Era el hogar de los gobernantes y sus palacios, los sacerdotes y sus templos, así como de diversos artesanos y ricos mercados; estos últimos se expandieron con la incorporación por conquista de Tlatelolco, un centro comercial adyacente al norte. Familias organizadas en comunidades dirigidas por señores locales —a su vez sometidos a los grandes señores de la ciudad— cultivaban las chinampas. Las familias trabajaban en tierras que, en última instancia, pertenecían a las comunidades; los cultivadores se mantenían a sí mismos, comerciaban en las plazas locales y pagaban tributos a señores y jefes supremos en maíz, telas, artesanías y mano de obra. Los hombres luchaban en los ejércitos mexicas; las mujeres dominaban los mercados locales. Los tributos de los plebeyos y su trabajo sostenían al régimen mexi-

ca, sus templos y devociones religiosas, además de los ejércitos que impulsaban su poder en toda la cuenca y más allá. Dichos tributos permitían a los señores que los recibían buscar ganancias en los mercados de la ciudad y unirse a empresas con comerciantes de larga distancia. Hacia 1500, la mayoría producía para el sustento, el comercio y el tributo, manteniendo a señores, ejércitos, sacerdotes y visiones religiosas, y mercados que beneficiaban a los poderosos.[4] Las autonomías familiares y comunitarias sostenían el comercio y los poderes militares.

Tras haber derrotado a sus jefes supremos en Azcapotzalco e incorporado el emporio isleño de Tlatelolco, los mexicas, aliados con Texcoco y Tacuba, gobernaron las costas del lago y el núcleo del valle circundante, y comenzaron a avanzar hacia el exterior. Para 1500, persistía la retórica de una triple alianza, pero los mexicas dominaban el valle de México y reafirmaban su poder en la gran cuenca al este, en torno a Cholula y Huexotzingo. Avanzaron hacia el sur entre los pueblos mixtecos y zapotecos de Oaxaca. Su poder era impresionante: Tenochtitlán superaba los 150 000 habitantes, a quienes sustentaban las chinampas cercanas y los tributos tomados de las comunidades conquistadas.

Aun así, ese poder tenía límites. Más allá de las costas del lago, el transporte dependía de cargadores humanos, que sólo podían transportar granos por distancias acotadas antes de consumir más de lo que llevaban. Las conquistas lejanas traían lujos, no productos básicos, a una creciente ciudad imperial. Las personas de Tenochtitlán y las chinampas cercanas, junto a los aliados de las costas del lago, podían beneficiarse de la expansión imperial: el poder de movilizar mano de obra resultaba esencial para construir la zona de chinampas en expansión que sostenía a tantos; el mismo poder respaldaba el comercio que llenaba los ricos mercados urbanos; miles de forasteros capturados en batalla complacían a Huitzilopochtli y mantenían el cosmos.

Las personas que estaban fuera del centro de poder veían pocas ganancias. Los tributos pagados a Tenochtitlán restringían el sustento y el poder de las ciudades-Estado derrotadas. Los cautivos eran productores, guerreros y parientes perdidos para familias en duelo. Los jefes militares sometidos podían seguir siendo intermediarios, pero gobernaban comunidades despojadas de guerreros, productores y bienes. Como resultado, los mexicas enfrentaban la resistencia continua de los señores y la gente de Tlaxcala, que

[4] Véanse Robert C. Padden, *The Hummingbird and the Hawk. Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico, 1503-1541,* Harper and Row, Nueva York, 1970; Inga Clendinnen, *Aztecs. An Interpretation,* Cambridge University Press, Cambridge, 1991 [*Los aztecas. Una interpretación,* trad. Alejandro Usigli, Nueva Imagen, México, 1998]; Ross Hassig, *Trade, Tribute, and Transportation. The Sixteenth-Century Political Economy of Mexico,* University of Oklahoma Press, Norman, 1985; Ángel Palerm, *Obras hidráulicas prehispánicas en el valle de México,* INAH, México, 1973; y Frances Berdan, *Aztecs of Central Mexico. An Imperial Society,* Wordsworth, Nueva York, 2004.

seguían siendo independientes al norte de Cholula, y de la federación tarasca ubicada en Tzintzuntzan, en las costas del lago de Pátzcuaro, al oeste. La cuenca de Toluca, justo al oeste de Tenochtitlán, continuaba operando como una tierra fronteriza disputada, que separaba a mexicas de tarascos. Con ese punto muerto armado, ni mexicas ni tarascos podían avanzar hacia el norte —al Bajío—, por lo que sus fértiles tierras quedaron en manos de los acérrimos chichimecas (pueblos sin Estados). El dominio de Estados y aldeas de cultivo terminaba apenas 200 kilómetros al norte de Tenochtitlán. Mientras tanto, las ciudades-Estado mixtecas y zapotecas disputaban la expansión hacia el sur y el poder mexica nunca se solidificó más allá de Tehuantepec en las zonas mayas de Chiapas, Yucatán y Guatemala, también regiones de ciudades-Estado en guerra, cimentadas en comunidades de cultivo.

Cuando Cortés se entrometió, la ciudad de Tenochtitlán-Tlatelolco había superado los 150 000 habitantes. El poder y la riqueza se concentraban en su interior; muchos de los artesanos y vendedores de la ciudad, junto a familias que cultivaban las chinampas cercanas, mantenían vínculos fuertes con el régimen mexica. Su poder era esencial para el control acuífero que había construido —y mantenía— sus ricas tierras en el lecho de un lago; peleaban en sus ejércitos y compartían un poco de la riqueza que sus conquistas llevaban a la capital.[5] No obstante, en regiones tan cercanas como Chalco —la rica llanura entre el lago de Chalco, lleno de chinampas, y los volcanes Iztacíhuatl y Popocatépetl—, la vida era más violenta e incierta. El gobierno mexica nunca logró afianzarse ahí; durante décadas las potencias establecidas junto al lago enviaron ejércitos en busca de gobierno y tributos, e instalaban a los recién llegados que atropellaban a comunidades más antiguas para conseguir tierras. Se exigía que los hombres arriesgaran su vida en los ejércitos de otros: al servicio de Huitzilopochtli y otros dioses nuevos en los panteones locales. Las fuertes extracciones de maíz convirtieron a Chalco en el granero de Tenochtitlán, las chinampas del lecho del lago se dedicaron al cultivo de frutas y vegetales. Ante el enfrentamiento con gobernantes y al aumento de las exigencias, los aldeanos de Chalco tenían las mismas posibilidades de sentir que el poder mexica los explotaba como de sentirse honrados por compartir sus hazañas.[6]

Los desafíos paralelos de la guerra, la reubicación, la producción y la toma de tributos afectaron a las personas del seco Mezquital; Tula estaba en ruinas cuando los nahuas de Texcoco llevaron el poder de la triple alianza a las comunidades otomíes.[7] Incorporaciones más inciertas se extendieron, al

[5] En *Aztecs…, op. cit.,* Clendinnen hace hincapié en que la sociedad mexica estaba integrada y era legítima en la capital, no fuera de ella.

[6] Esta visión de Chalco antes de 1520 se basa en Tomás Jalpa Flores, *La sociedad indígena en la región de Chalco durante los siglos XVI a XVII,* INAH, México, 2009.

[7] Gilda Cubillo Moreno, *Los dominios de la plata. El precio del auge, el peso del poder. Los reales de minas de Pachuca y Zimapán, 1552-1620,* 2ª ed., INAH, México, 2006, pp. 49-71.

mismo tiempo que los ejércitos mexicas marchaban hacia el este y hacia el sur. Lejos de los centros de poder, la legitimidad daba paso a resentimientos en un mundo en guerra constante. La rebelión, en ocasiones dirigida por Estados periféricos, otras impulsada por plebeyos contra los gobernantes locales, se diseminó.[8]

En 1519 los europeos ingresaron a un centro definido por una ciudad dominante, Estados en guerra, una religión que afirmaba su legitimidad mediante la guerra y los sacrificios humanos; todo ello sostenido por los tributos tomados de comunidades de cultivo autosuficientes. ¿Quién podría haber imaginado en el primer encuentro de Moctezuma y Cortés que, tras un siglo de devastación e innovación, los sobrevivientes del mundo mesoamericano mantendrían comunidades con poblaciones radicalmente disminuidas, aún fuertemente arraigadas a la tierra, reconstruidas como repúblicas y vinculadas por la plata a un comercio que llegaba a Europa y a China?

Invasiones y destrucciones, alianzas e innovaciones, 1520-1550

Los europeos invadieron el centro en 1519, buscando conquistar y obtener ganancias al vincular a los mesoamericanos con el mundo, política, cultural y económicamente. La viruela sitió la región en 1520. La devastación de los regímenes y las comunidades nativas causada por la enfermedad permitió que los europeos reclamaran el poder y abrió a los desesperados sobrevivientes nativos a nuevas verdades. En las décadas posteriores a 1520, europeos en busca de poder y mesoamericanos que se esforzaban por sobrevivir se enfrentaron a desafíos insospechados, aprendiendo unos de otros en una época de conflictos y cambios sin precedentes.

Los conflictos y las transformaciones que iniciaron con la llegada de Cortés en 1519 reciben repetidamente el nombre de "la conquista". No obstante, si se ve más allá de las pretensiones de superioridad de los europeos y se incluyen las acciones y reacciones de los mesoamericanos, se revela una mezcla de conflictos y alianzas, negociaciones y adaptaciones: un proceso mucho más complejo que una simple conquista. En efecto, los ibéricos llegaron con armas de hierro más mortales que cualquier cosa que existiera en Mesoamérica. Sus caballos proporcionaban ventaja en la batalla; los cerdos proporcionaban un sustento móvil. El poder naval proveía suministros y refuerzos que llegaban desde lejos. Los motivos que vinculaban la búsqueda de

[8] Sobre el poder mexica véase Hassig, *Trade..., op. cit.;* sobre las rebeliones véase Friedrich Katz, "Rural Uprisings in Pre-Conquest and Colonial Mexico", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988 [*Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX,* trad. Paloma Villegas, Era, México, 2004].

poder y ganancias a una misión religiosa los hacían avanzar. Aun así, los europeos eran pocos: menos de 500 en 1519, quizá 1 500 en 1521, cuando Tenochtitlán cayó ante el asedio. La victoria de Cortés dependió de vastos ejércitos de aliados indígenas (tlaxcaltecas y de otros pueblos) y, en especial, de la epidemia de viruela de 1520, que mataría a un tercio de la población indígena y la moral entre la gente de ambos bandos de las batallas de 1521; ello dio una ventaja a los españoles, casi todos inmunes después de haber estado expuestos a la viruela durante su infancia.[9]

La caída de Tenochtitlán fue la victoria de una amplia alianza mesoamericana respaldada por unos cuantos europeos bien armados. Rápidamente Cortés recompensó a sus compañeros de armas europeos, adjudicándoles comunidades del centro en encomienda. Al recibir tales cesiones, un "conquistador" reclamaba derechos a tributos y servicios laborales de un señor mesoamericano y sus súbditos, por lo general definidos por un *altepetl* existente. El receptor (encomendero) adquiría la obligación de fomentar la conversión al cristianismo y proporcionar protección contra la explotación. Una encomienda otorgaba derechos a los europeos favorecidos para tomar tributos de las comunidades indígenas. En la práctica, no obstante, un español sólo podía gobernar a través de un señor local establecido (u otro que se establecía rápidamente). Los señores nativos se quedaban con parte de los tributos; las formas mesoamericanas de producción y trabajo continuaron, de igual forma que los derechos sobre la tierra, las formas mercantiles, etc. La promoción del cristianismo suponía presionar a los señores nativos para que se convirtieran públicamente y perseguir a quienes se aferraban a las antiguas deidades. Los señores dirigieron bautizos masivos, rituales que reconocían públicamente la soberanía española y el poder de un dios distante. Eran signos inciertos de compromisos internos. (La figura II.1 muestra un anfiteatro-capilla al aire libre, construido en fechas tempranas para reunir a las personas de Tlalmanalco.) En última instancia, los encomenderos europeos y los señores cristianos nativos se aliaron para compartir los tributos. La única protección ofrecida a comunidades que enfrentaban enfermedades mortales y verdades en debate era limitar la explotación por otros europeos u otros señores indígenas.[10]

[9] Véase el análisis clásico de Alfred Crosby, *The Columbian Exchange. Biological and Cultural Consequences of 1492,* Greenwood, Westport, 1972 [*El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492,* trad. Cristina Carbó, UNAM, México, 1991].

[10] Véanse Lesley Byrd Simpson, *The Encomienda in New Spain,* ed. rev., University of California Press, Berkeley, 1950; Silvio Zavala, *La encomienda indiana,* Porrúa, México, 1935; Robert Himmerich y Valencia, *The Encomenderos of New Spain, 1521-1555,* University of Texas Press, Austin, 1996; Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810,* Stanford University Press, Stanford, 1964 [*Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, trad. Julieta Campos, Siglo XXI Editores, México, 2003]; James Lockhart, *The Nahuas after the Conquest,* Stanford University Press, Stanford, 1992 [*Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVII,* trad.

FIGURA II.1. *Proclamar la verdad eurocristiana: el altar abierto de Tlalmanalco, Chalco, 1532.*

Mientras los españoles imaginaban una conquista, los señores nativos veían una alianza. A menos que creamos que los europeos eran superhombres, unos cuantos miles con la capacidad de dominar a decenas de millones de mesoamericanos otrora militantes, aunque ahora desventurados, debemos reconocer que las décadas que siguieron a la caída de Tenochtitlán fueron de coaliciones entre europeos y mesoamericanos. Los europeos eran participantes poderosos, pero escasos, en alianzas nuevas y mudables, cuya meta era gobernar a una sociedad que seguía siendo mesoamericana.[11] Las formas nativas de producción, las extracciones de tributos, las relaciones sociales y las tradiciones culturales persistieron, dando forma a la vida durante décadas después de "la conquista".[12]

En esa época de alianzas negociadas y continuidades sociales iniciaron cambios importantes. Las verdades cristianas desafiaron comprensiones mesoamericanas ligadas desde mucho tiempo atrás con las formas políticas y sociales establecidas. La caída de Huitzilopochtli y Moctezuma y el ascenso de Dios y Carlos V en un momento de muerte epidémica no podían aislarse

Roberto Reyes Mazzoni, FCE, México, 1999]; René García Castro, *Indios, territorio y poder en la provincia matlazinca,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1999; y Jalpa Flores, *La sociedad…, op. cit.*

[11] Los primeros intentos por construir un régimen europeo, en continua negociación, concentran la atención de Ethelia Ruiz Medrano, *Reshaping New Spain. Government and Private Interest in the Colonial Bureaucracy, 1535-1550,* trad. Julia Constantino y Paulette Marmasse, University of Colorado Press, Boulder, 2006 [*Gobierno y sociedad en Nueva España,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1991].

[12] Véanse Rodrigo Martínez Baracs, *Convivencia y utopía. El gobierno indio y español en "la ciudad de Mechuacan", 1521-1580,* FCE, México, 2018; y Andrea Martínez Baracs, *Un gobierno de indios. Tlaxcala, 1519-1750,* FCE, México, 2008.

de la vida cotidiana.[13] Si bien los encomenderos y los señores nativos buscaron mantener continuidades en la producción, las relaciones sociales y las formas de extracción, aunadas a las exigencias de tributos, presionaron a las comunidades mientras la población caía radicalmente. No tardaron en presentarse nuevas demandas.

La expansión europea, encabezada por los ibéricos a partir del siglo XV, perseguía ganancias en el comercio con Asia. La meta era acceder a telas finas de seda y algodón, porcelanas y especias que también fungían como conservadores (pimienta, clavo y canela). Los asiáticos deseaban pocas cosas que hicieran los europeos y exigían pagos en especie: oro y plata. Si bien inicialmente América pareció un obstáculo para el comercio con Asia, el oro americano y más tarde la plata aceleraron el comercio mundial. Los mesoamericanos habían extraído y trabajado ambos metales, principalmente por razones artísticas. Los europeos que buscaban ganancias convirtieron el oro y la plata en monedas también en Mesoamérica.

La extracción de oro demostró ser fácil dentro de las formas de producción y trabajo mesoamericanas. Desde un inicio, los europeos armados tomaron ese metal como botín. Pronto, los encomenderos trabajaron con señores nativos para exigirlo como tributo. En tanto pretendían más oro del que los botines o los tributos podían proporcionarles, enviaron cuadrillas de trabajadores tributarios a cribar en tierras bajas, con frecuencia distantes. Tenemos bases para suponer que los señores y plebeyos nativos no tardaron en ver el valor comercial del oro, por lo que buscaban por cuenta propia y vendían lo que encontraban a los españoles, quienes lo enviaban a comercios en expansión. El oro proveniente del saqueo y la producción estimuló el comercio, perturbando sólo en un grado mínimo las formas mesoamericanas.[14]

Más disruptivo y transformador, al tiempo que establecía precedentes para mucho de lo que vendría, fue el auge temprano de la extracción de plata en Taxco, ubicada en altos irregulares al suroeste de la ciudad de México.

[13] El estudio clásico es Robert Ricard, *The Spiritual Conquest of Mexico,* trad. Lesley Byrd Simpson, University of California Press, Berkeley, 1966 [*La conquista espiritual de México,* trad. Ángel María Garibay K., FCE, México, 2014]. Véanse también Louise Burkhart, *The Slippery Earth. Nahua-Christian Moral Dialogue in Sixteenth-Century Mexico,* University of Arizona Press, Tucson, 1989; Inga Clendinnen, *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatán, 1517-1570,* Cambridge University Press, Cambridge, 1982; y David Tavárez, *The Invisible War. Indigenous Devotions, Discipline, and Dissent in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2011 [*Las guerras invisibles. Devociones indígenas, disciplina y disidencia en el México colonial,* trad. David Tavárez Bermúdez, UABJO, Oaxaca, 2012].

[14] Véase Pierre Vilar, *A History of Gold and Money, 1450-1974,* trad. Judith White, Verso, Londres, 1984 [*Oro y moneda en la historia, 1450-1920,* trad. Armando Sáez Buesa y Juana Sabater Borrell, rev. de la trad. de Jordi Nadal Oller, 2ª ed., Ariel, Barcelona, 1972]; y José Miranda, *La función económica del encomendero en los orígenes del régimen colonial. Nueva España, 1521-1531,* UNAM, México, 1965.

Desde la década de 1530, los empresarios indígenas se dedicaron a la explotación de la plata. Las primeras minas seguían estando cerca de la superficie; la refinación se realizaba mediante la cocción en hornos. El conocimiento local prevaleció, las necesidades de capital eran pocas y los nativos hacían la mayor parte de la extracción y la refinación: vendían menas o plata a los europeos, quienes lo comercializaban. Los españoles podían adjudicarse sitios mineros, como sancionó la Corona en 1526; el régimen reclamaba una quinta parte en impuestos. Antes de 1550, mientras Taxco era testigo de la primera bonanza de la plata en el continente americano, los europeos obtenían ganancias del comercio; los indígenas las encontraban en la producción y el suministro. Un nuevo régimen batallaba por regular todo y tomar su parte en impuestos.[15]

Los españoles intentaron gobernar y cosechar ganancias, aunque tuvieron un éxito limitado. Trajeron africanos esclavizados para trabajar; los siervos locales capturados en la conquista (a los que llamaban esclavos, pese a que su estatus no era hereditario) también trabajaban en las minas mientras sobrevivieran. Los habitantes de la cuenca de Cuernavaca y del valle de Toluca llegaron como tributarios, trasladados por señores indígenas y españoles (incluido Cortés, quien tenía derechos en ambas cuencas) para trabajar, en cuadrillas rotativas, en tareas que iban desde la construcción hasta el transporte. Las quejas y regulaciones de los operadores de minas —escritas en 1542— muestran que, sin importar lo que afirmaran los europeos, los indígenas dominaban la producción y que comerciaban con la plata e insumos como sal, leña y maíz; así como con los lujos que la minería permitía obtener.

Mientras los africanos y un número decreciente de indígenas trabajaban como esclavos y otros llegaban en cuadrillas tributarias, una cantidad incontable de hombres nativos dejaron comunidades que afrontaban la despoblación y la disrupción para jugarse su suerte en las minas. Estaban al frente de la excavación, la extracción y la fundición. Vendían mena y plata refinada a los españoles; otros comerciaban con insumos y lujos. Los europeos se quejaban de la especulación de los indígenas y exigieron una regulación que les permitiera concentrar el poder y las ganancias en manos propias y reducir a los indígenas al papel de trabajadores dependientes. El régimen escribió regulaciones cuya imposición resultó imposible. En los

[15] Sobre la extracción de plata en fechas tempranas en Taxco véase Margarita Menegus Bornemann, "Organización económico-espacial del trabajo indígena en el valle de Toluca, 1530-1830", en Manuel Miño Grijalva (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1910,* Conaculta, México, 1991, pp. 21-59, quien vio vínculos con la cuenca de Toluca; en "Our Suffering with the Taxco Tribute", *HAHR,* vol. 71, núm. 3, 1991, pp. 447-475, Robert Haskett vio vínculos con Cuernavaca; José Enciso Contreras, *Taxco en el siglo XVI. Sociedad y normatividad en un real de minas novohispano,* Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 1999, considera a Taxco desde la perspectiva de los operadores locales de minas.

primeros momentos de la minería en Taxco, los europeos regían los vínculos con el mercado mundial y obtuvieron suficientes ganancias para mantenerse en la economía de la plata. Los mesoamericanos, cuyo número se reducía mientras estaban afianzados en comunidades agrícolas, dominaban la producción, el suministro y el sustento, listos para obtener ganancias en una nueva América.[16]

Al mismo tiempo, Cortés se unió a otros españoles para comenzar el cultivo de caña y la refinación de azúcar en los alrededores de Cuernavaca, en las tierras bajas ubicadas al este de Taxco. Por tratarse de un dulce con el que se hacían golosinas elegantes para los prósperos y que permitía conservar las frutas y sus nutrientes más allá de los días de cosecha, la demanda de azúcar creció entre los europeos en América. Cuernavaca era cálida, fértil e irrigada; conforme los nativos morían a causa de las enfermedades, las tierras quedaron disponibles. Las primeras plantaciones se dieron paralelamente a la minería en Taxco: los productores compraron a algunos africanos de las islas del Atlántico y el Caribe para que fungieran como supervisores calificados y refinadores; los indígenas esclavizados trabajaban todo el año; los aldeanos a los que los derechos de encomienda llevaban en cuadrillas rotativas hacían el trabajo duro de cortar la caña con machetes y de alimentar los toscos molinos de piedra.[17]

Desde un inicio, los dueños de las plantaciones de caña buscaron obtener ganancias. Su principal mercado era la población europea de la ciudad de México, que revivía como capital de la Nueva España. En las minas de Taxco, los indígenas también compraban azúcar. A ésta siguieron otras fusiones: el cacao de las lejanas tierras bajas del Pacífico producía una fuerte bebida amarga; sus granos servían como moneda para pagar deudas en Mesoamérica. Su fuerte demanda en Taxco durante el siglo XVI sugiere un viraje lento del cacao hacia la plata como moneda, y una mezcla temprana del cacao con azúcar para endulzar el chocolate y volverlo más apetecible para los europeos.

Las minas de Taxco y los molinos de caña de Cuernavaca convirtieron la región al sur y al sureste de la ciudad de México en un primer crisol de emprendimientos, adaptación nativa e innovación cultural. Rápidamente, los europeos pasaron de la toma de tributos a la búsqueda de lucro; los africanos esclavizados asumieron papeles en la producción; los siervos nativos trabajaban en empresas con fines de lucro y diversos mesoamericanos —señores y plebeyos, hombres trabajadores y mujeres en el mercado— se volcaron

[16] Ésa es mi interpretación de Enciso Contreras, *Taxco…, op. cit.*

[17] Sobre Cortés y el cultivo temprano de azúcar véanse Ward Barrett, *The Sugar Hacienda of the Marqueses del Valle,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1970 [*La hacienda azucarera de los marqueses del Valle,* trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI Editores, México, 1977]; y G. Michael Riley, *Fernando Cortés and the Marquesado in Morelos, 1522-1547,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1973.

a la búsqueda de ganancias como pudieran, en una economía comercial estimulada por la plata.[18] Cortés buscó obtener ganancias vinculando las minas de Taxco, las haciendas azucareras de Cuernavaca y los derechos de encomienda en el valle de Toluca. Obtuvo maíz y mano de obra de comunidades afianzadas en la tierra para sostener sus empresas (mientras él y otros españoles pastoreaban ganado donde fuera posible). Taxco se convirtió en la primera ciudad platera próspera de América, encabezando un proteico capitalismo de la plata cimentado en comunidades mesoamericanas.

Todos los conflictos, las continuidades y los cambios que dieron forma a Mesoamérica después de 1520 generaron profundos debates culturales. Tenemos mucha información sobre los objetivos del clero europeo que llegó a promover el cristianismo, poca sobre las primeras reacciones de los indígenas, más allá del rápido fin de los sacrificios humanos, el aumento de bautizos públicos masivos, la amplia colaboración de las élites nativas con la evangelización y algunos casos de resistencia de hombres que mantuvieron las viejas costumbres y se retiraron a los cerros ubicados en la periferia de las cuencas centrales. Las mayorías buscaron respuestas a desafíos de vida o muerte que carecían de precedentes, aferrándose a devociones antiguas al tiempo que experimentaban nuevos acercamientos a lo divino. El socorro en la enfermedad, la muerte, la sequía y otros desafíos terrenales era la meta común.[19]

Las regiones localizadas alrededor de Taxco y Cuernavaca, lugares de intensa actividad económica y mezclas culturales tempranas, se convirtieron en crisoles de innovación religiosa. En 1543, en Totolapan, en lo alto de las montañas que separan a la capital de Cuernavaca, un indígena desconocido entregó al fraile agustino Antonio de Roa una imagen de Cristo crucificado elaborada con materiales nativos en un estilo español. Éste declaró que la imagen era milagrosa y la convirtió en el centro de cultos de autoflagelación.

El fraile pretendía enseñar un cristianismo penitente, haciendo que las personas que tenía a su cargo consideraran la muerte como una penitencia por una historia de pecado de siglos sin Cristo. Los habitantes de Totolapan veían la verdad de otra manera. Se resistían a las ideas de pecado y veían el sufrimiento y la muerte de Cristo como paralelos divinos de sus dificultades cotidianas. Roa no tardó en irse, pero las personas de Totolapan conservaron al Cristo como su imagen religiosa más preciada. Ésta atrajo a la comunidad hacia Él, ayudó a hacer que las vidas con desafíos insondables se volvieran

[18] Sobre la adaptación indígena a los estímulos comerciales en Potosí, véase Jane Mangan, *Trading Roles. Gender, Ethnicity, and the Urban Economy of Colonial Potosí,* Duke University Press, Durham, 2005.

[19] Véase Ricard, *The Spiritual Conquest…, op. cit.;* complementado con Serge Gruzinski, *Man-Gods in the Mexican High-Lands. Indian Power in Colonial Society, 1520-1800,* trad. Eileen Corrigan, Stanford University Press, Stanford, 1989, pp. 1-62.

tolerables, tuvieran sentido y, en última instancia, fueran cristianas. El suyo no era el cristianismo del fraile, sino uno propio.[20]

Lejos de Taxco y Cuernavaca, a mediados de siglo seguían predominando las formas de producción indígenas. La mayor parte del sustento para la ciudad de México y Taxco provenía de productores nativos que seguían sembrando maíz, frijol y chile en tierras comunitarias y pagaban tributos a los señores nativos y los encomenderos españoles en esos alimentos básicos y en telas confeccionadas por sus esposas e hijas; éstos las vendían en los mercados regionales. La mano de obra para la reconstrucción urbana procedía de cuadrillas que fungían como tributo de encomienda de comunidades que seguían fuertemente afianzadas en la tierra. Los productores se autosostenían y entregaban bienes y trabajo como tributos sin paga, esto es, sin costo para los señores nativos y los encomenderos españoles.[21]

Mientras tanto, el hecho de que los colonos españoles prefirieran el trigo llevó a los europeos a sembrarlo en cuestas despobladas cercanas a Tacuba, al oeste de la capital, y a depender de los tributos en mano de obra de las comunidades cercanas para la cosecha. El ganado del Viejo Mundo se esparció por las tierras secas, al norte de Toluca y El Mezquital, lo que presionó a las comunidades que ya enfrentaban la despoblación ocasionada por las enfermedades. Reses, ovejas y cerdos llenaron los espacios que dejaron disponibles los humanos que morían; el pastoreo exigía poco trabajo para generar ganancias a los europeos.[22]

Las décadas de 1520 a 1550 no fueron de conquista sino de conflictos y alianzas, destrucciones e innovaciones, y trajeron muchas novedades europeas y comerciales, aunque se conservaba mucho de lo mesoamericano en la producción, la organización social y la cultura; notablemente las comunidades afianzadas en la tierra. Cuando en 1550 la enfermedad redujo a la mitad la población del centro,[23] el oro y la plata, así como el azúcar y el trigo, impusieron nuevas demandas de trabajo. Los recién llegados ejercían poder negociando con señores establecidos. Juntos tomaban tributos, promovían el cristianismo y buscaban nuevas formas de obtener ganancias. Mientras tanto, los mesoamericanos morían.

[20] Ésta es mi síntesis del análisis de Jennifer Scheper Hughes, *Biography of a Mexican Crucifix. Lived Religion and Local Faith from the Conquest to the Present,* Oxford University Press, Nueva York, 2010.

[21] Hassig, *Trade…, op. cit.;* Miranda, *La función…, op. cit.*

[22] Elinor Melville, *A Plague of Sheep. Environmental Consequences of the Conquest of Mexico,* Cambridge University Press, Nueva York, 1994 [*Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México,* trad. Gabriel Bernal Granados, FCE, México, 1999]; Crosby, *The Columbian Exchange…, op. cit.*

[23] Los estudios más detallados de la despoblación se encuentran en Sherburne Cook y Woodrow Borah, *Essays in Population History,* 3 vols., University of California Press, Berkeley, 1971-1979. Muchos han cuestionado detalles particulares, pero las disputas se han enfocado en si la caída fue de 90 o 95%, un resultado devastador sea cual fuere el caso.

Pueden imaginarse las devastadoras consecuencias sociales, culturales y emocionales en las comunidades del centro. Conocemos los lamentos de los europeos por las pérdidas de bienes, de la mano de obra que les proporcionaba tributos, de la prosperidad y la rentabilidad. Tardaron en ajustar las exigencias a la caída de la población, aumentando las imposiciones y provocando en los sobrevivientes la certeza de que estaban siendo explotados. Hacia la década de 1540, la promesa de una Mesoamérica perdurable, cristianizada y vinculada con un mundo más amplio se desvanecía junto con la mayoría de los mesoamericanos. La mortal epidemia de *matlazahuatl* (tifoidea) entre 1545 y 1548 hizo que lo anterior pareciera un hecho. Los señores europeos e indígenas, aliados en busca del poder y la prosperidad, se enfrentaron a una disminución de los tributos y a la fragilidad de sus poderes. La mayoría mesoamericana hacía frente a la muerte de sus parientes, a la reducción de las comunidades y a verdades que no se sostenían. Hacia 1550, en el centro, pocos podían avizorar un futuro prometedor.

Muchas cosas habían cambiado en Mesoamérica; muchas otras no. El poder mexica y el mandato de Huitzilopochtli habían desaparecido. La soberanía de la monarquía española y de Dios avanzaba. El gobierno español funcionaba mientras los aliados nativos y los emisarios de Dios batallaban para promover el cristianismo tal como lo conocían. La mayor parte de la producción seguía siendo competencia de familias que cultivaban tierras comunitarias; sus tributos en forma de bienes y mano de obra mantenían a los señores nativos y a los españoles recién llegados. La búsqueda de oro y las minas de plata en Taxco, como también las cosechas de caña de azúcar y de trigo, aumentaron la demanda de mano de obra. A mediados de siglo, las comunidades del centro se enfrentaban a continuidades en la producción, las relaciones laborales y la exacción de tributos, así como a innovaciones que prometían ganancias para los europeos. Éstos exigían más trabajo, mientras la despoblación volvía escasas a las personas. Las verdades se tornaban cuestionables y el futuro incierto.

Otros dos acontecimientos, cargados de continuidad y cambio, se consolidaron hacia 1550: la reconstrucción de la ciudad de México y la desmilitarización de la sociedad mesoamericana. La ciudad se había tambaleado con el sitio de 1521 y la destrucción de templos por los europeos, pues consideraban que estaban dedicados a deidades malévolas. Puesto que los patógenos prosperaban en barrios urbanos cerrados, la despoblación se produjo rápidamente. De las 150 000 personas que había hacia 1520, probablemente quedaban unas cuantas decenas de miles en las décadas de 1530 y 1540, además de unos cuantos miles de europeos recién llegados.[24] Aun así, el régimen

[24] Barbara Mundy, *The Death of Aztec Tenochtitlan, the Life of Mexico City,* University of Texas Press, Austin, 2015 [*La muerte de Tenochtitlan, la vida de México,* trad. Mario Zamudio Vega y Alejandro Pérez Sáez, GS, México, 2018], pone énfasis en las continuidades indígenas en la ciudad.

español estableció la audiencia (tribunal supremo), que rigió a partir de 1530 en la antigua capital mexica. El primer virrey, don Antonio de Mendoza, llegó en 1535, trayendo consigo nuevas burocracias fiscales y judiciales.

La construcción de la nueva capital sobre los restos de la antigua anunciaba que el gobierno español remplazaba al poder mexica. La audiencia y el virrey de Mendoza mantuvieron a la ciudad como eje del corazón; ellos también viajaban por calzadas y canoas en torno a la cuenca que fungía como centro del poder en Mesoamérica. A través de los canales, ellos y sus aliados encomenderos atraían bienes en tributo y nuevos productos hacia la capital: frutas y vegetales, nativos y nuevos, provenían de las chinampas que seguían prosperando; el maíz llegaba desde Chalco, el azúcar de Cuernavaca. Los nuevos funcionarios establecieron un aparato fiscal en la capital, para regular y establecer impuestos sobre la minería, logrando un éxito limitado. El núcleo del poder en el centro no cambió; pero sí lo hicieron sus formas y medios con el colapso de la población y el auge de la plata.

Mientras tanto, la guerra prácticamente desapareció del Anáhuac. La victoria de la alianza española-tlaxcalteca en 1521, la consolidación de los vínculos que unían a encomenderos europeos con señores nativos supervivientes, la negociación para incorporar al régimen tarasco (todos condicionados por la rápida despoblación) condujeron a una desmilitarización profunda en una región que por mucho tiempo fue definida por guerras constantes.[25] Antes de 1520, el gobierno de los mexicas y de otros señores combinaba el poder militar con la eminencia religiosa, sosteniéndose con tributos tomados de las comunidades agrarias. La nobleza mexica, los señores gobernantes y su progenie masculina *(pipiltin)* reclamaban derechos de poligamia. Tener múltiples esposas demostraba poder sobre las mujeres, la reproducción y la sociedad en general. En los puntos más altos de la sociedad mexica, el poder era patriarcal en formas que fusionaban el poder militar, político, extractivo y sexual de los hombres dominantes, todos honrados en aserciones religiosas.[26]

Los plebeyos *(macehuales),* hombres que tenían permitida una sola esposa, cultivaban la tierra, hacían diversas artesanías y se enfrentaban al peligro en el campo de batalla, cuando peleaban para capturar a enemigos destinados a los sacrificios y evitar ser capturados con el mismo fin. La vida cotidiana entre los plebeyos también era patriarcal, pero los hombres con una esposa enfrentaban pesadas cargas debido a la demanda de producción y de tributos, además de arriesgar su vida en la batalla. Los papeles que desempeñaban también eran honrados en la cultura religiosa; de igual forma que, en segundo lugar, los esfuerzos de las mujeres en la producción y la reproducción,

[25] Sobre Tlaxcala véase Andrea Martínez Baracs, *Un gobierno…, op. cit.;* sobre Michoacán véase Rodrigo Martínez Baracs, *Convivencia…, op. cit.*

[26] Lo anterior se detalla desde perspectivas diferentes en Padden, *The Hummingbird…, op. cit.;* Clendinnen, *Aztecs…, op. cit.;* y Berdan, *Aztecs…, op. cit.*

en el sustento familiar y los mercados locales. El poder y la producción se combinaban con los papeles marciales y las legitimaciones religiosas en las desigualdades patriarcales.[27]

Para 1550, una vez que los europeos consolidaron su poder y vieron una necesidad menor de aliados armados, desmilitarizaron a la sociedad mesoamericana. Los señores nativos podían seguir recolectando tributos, supervisando la justicia local y dirigiendo las ciudades-Estado sobrevivientes, pero no comandarían tropas. Los plebeyos continuarían sembrando cultivos, haciendo artesanías y pagando tributos, pero no serían guerreros. Las guerras chichimecas mantuvieron el patriarcado marcial en el norte durante un tiempo; después de 1590 el desarme se aceleró, al mismo tiempo que el derecho católico y la cultura española prohibían la poligamia. El gobierno y el clero trabajaron para hacer del matrimonio la unión de un patriarca y una esposa entre los poderosos y los pobres.[28] Aunque el centro mantuvo su carácter patriarcal después de 1550, sólo los europeos portarían armas.

Mientras tanto, los funcionarios del imperio buscaban nuevas formas de gobernar. Con la caída de la población y la carestía del oro, los tributos se convirtieron en fuentes inciertas de riqueza e ingresos. En la década de 1540, un conjunto de leyes nuevas buscó regular los tributos, terminar con la servidumbre de los nativos y limitar la herencia de encomiendas y derechos de tributo. Imaginando que la explotación fuera el origen de la despoblación, el régimen envió a nuevos magistrados españoles para supervisar la impartición de justicia y ayudar al clero a atraer a los indígenas sobrevivientes a la verdad.[29] La enfermedad resultó ser el principal promotor del cristianismo: los bautizos prometían la salvación después de la muerte, y ésta estaba en todas partes. La compasión de Cristo ayudó a los nativos a enfrentar la muerte epidémica.[30]

Los encomenderos se resistieron al cambio, pues no veían un camino alternativo hacia el poder en una región de moribundos. Estaban seguros de su derecho a gobernar, pero, ya que buscaban poder y ganancias, ¿qué podía mantenerlos en Mesoamérica cuando el oro y las personas se desvanecían? Entre la destrucción y la incertidumbre, un vuelco en la economía mundial atrajo a la América española hacia la expansión comercial, abriendo oportunidades de ganancia que estimularon la reconstrucción radical en el centro mesoamericano forjando el corazón de nuevo.

[27] Lo anterior se explora de forma comprensiva en Clendinnen, *Aztecs…, op. cit.*

[28] Véase John Tutino, *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011, caps. 1 y 2 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario A. Zamudio Vega, FCE, México, 2016].

[29] Esos cambios se discuten en Simpson, *The Encomienda…, op. cit.;* y Gibson, *The Aztecs…, op. cit.* Para un análisis más reciente, véase Ruiz Medrano, *Reshaping…, op. cit.*

[30] Lo anterior es un énfasis clave en Scheper Hughes, *Biography…, op. cit.*

El estímulo de la plata, 1550-1610

En la década de 1550, la plata se convirtió en una moneda-mercancía clave para el comercio mundial. Su bonanza reorientó la historia del corazón mexica(no). Medio siglo de extracción de oro en el Nuevo Mundo había incrementado sus existencias globales, lo que elevó el precio de la plata.[31] La demanda de plata creció aún más cuando el Imperio Ming la decretó su única moneda para el pago de impuestos internos y de cuentas internacionales de China en 1551.[32] Desde la década de 1530, Taxco había demostrado las posibilidades de la plata en Mesoamérica. Una década después, los indígenas mostraron a los europeos ricos depósitos de plata en Potosí, en lo alto de los Andes y en Zacatecas, al norte de Mesoamérica, en las tierras de los chichimecas. En el centro, la minería se aceleró en Taxco y en Pachuca, al norte de la capital.

La plata abrió oportunidades para obtener ganancias en una época de incertidumbre para el gobierno español y de rápida despoblación nativa. Una vez que se vaciaron los depósitos superficiales, la minería exigía la excavación de túneles profundos en las accidentadas montañas; la refinación de las menas, excepto las más ricas, requería la amalgama con mercurio, un proceso desarrollado en fechas recientes en Alemania, que América adaptó en Pachuca en 1555. Como la mayoría del mercurio provenía de Almadén, en la Sierra Morena, entre Madrid y Sevilla, la extracción de plata se convirtió en un proceso complejo, ligado a insumos distantes y a los mercados globales.[33] A nivel local, exigía grandes cantidades de trabajadores para construir los túneles subterráneos y refinar las menas con el venenoso mercurio. Ese trabajo exigía habilidades adquiridas gracias al servicio permanente y venía acompañado de riesgos mortales. La mano de obra tributaria rotativa no podía ser la base de la minería platera; la población mesoamericana estaba desapareciendo y la mano de obra era escasa. La plata creó oportunidades y desafíos para los europeos y posibilidades cargadas de riesgos para los mesoamericanos sobrevivientes.

La nueva rentabilidad de la plata comenzó a transformar el corazón entre 1551, un año de crisis en Taxco, y 1555, una época de creatividad en Pachuca. En 1551, 38 operadores de minas de Taxco presentaron una petición al virrey, don Luis de Velasco: todos eran dueños de "cuadrillas de esclavos" (presuntamente africanos, aunque no lo decían). En conjunto, los peticionarios debían 450 000 pesos y no podían alimentar a los esclavos, su mayor inversión. Atribuían la crisis a las muertes ocurridas entre 1545 y 1548, que

[31] Lo anterior se detalla en Vilar, *A History…, op. cit.,* pp. 39-75.

[32] Dennis Flynn y Arturo Giráldez, "Born with a 'Silver Spoon'. The Origins of World Trade in 1571", *Journal of World History,* vol. 6, núm. 2, 1995, pp. 201-221.

[33] Vilar, *A History…, op. cit.,* pp. 103-118.

los dejó sin trabajadores nativos y sin la posibilidad de comprar maíz para alimentar a los que ya tenían, incluidos los esclavos. Mientras tanto, mercaderes especulaban con suministros esenciales y superfluas sedas. Los nativos iban y venían, tomaban adelantos y trabajaban cuando querían, lo que elevaba los salarios; los aldeanos exigían demasiado a cambio del escaso maíz. Las deudas de los operadores crecían y la minería se enfrentaba a una crisis.[34]

En 1552 los españoles supieron de la existencia de plata en Pachuca, al norte de la ciudad de México, en las montañas al este de El Mezquital. En 1555, Bartolomé de Medina adaptó allí el proceso de "patio", para refinar por amalgamación con mercurio, permitiendo que fuera rentable extraer menas de grado medio.[35] Así, la llegada a la Nueva España del estímulo de la creciente demanda china de plata puede fecharse entre 1551 y 1555. Los desafíos que suponían la despoblación y la escasez de mano de obra persistieron. La búsqueda de ganancias de todos los que pudieran (operadores de minas y mercaderes españoles, señores indígenas, agricultores, trabajadores y mujeres del mercado) continuó, tal era el atractivo de la plata. A partir de mediados de la década de 1550, se superaron todos los obstáculos. (La figura II.2 muestra una iglesia-fortaleza del siglo XVI en Taxco, fruto y símbolo de la creciente economía de la plata.)

Las exportaciones hispanoamericanas de plata se elevaron de menos de dos millones de pesos al año en la década de 1550 a un promedio de cerca de tres millones en la de 1570, a más de cinco millones en la de 1580 y a casi siete millones en la de 1590. Una cuarta parte, aproximadamente, llegaba a la Corona en forma de impuestos y pagos por mercurio. Para estimular la producción, entre 1571 y 1602 el régimen bajó el precio del mercurio 30%, cuando aumentó la producción en Almadén, España, el principal proveedor de la Nueva España, y en Huancavelica, Perú, la fuente para Potosí. Tres cuartos de los flujos crecientes de plata entraban a los mercados globales a través del comercio.[36] Una encuesta de 1597 reportó que más de 15% del total hispanoamericano provenía de Taxco y sus inmediaciones, más de 20% de la totalidad del centro, incluyendo Pachuca. Más de un tercio del total provenía de la Nueva España, incluyendo Zacatecas y Guanajuato una vez terminadas las guerras chichimecas, a partir de lo cual aumentó la extracción en el norte. El Potosí andino estaba al frente, pero la plata del centro era un estímulo esencial para el comercio global (véase Apéndice, tabla A.1).

La minería llevó a una mercantilización de las relaciones sociales, marcada por las dependencias laborales. En 1569, en Taxco, 93 españoles prosperaron como dueños de minas, refinadores y comerciantes; 616 esclavos africanos trabajaban para beneficio de sus dueños; 905 nativos servían en cuadrillas, realizando trabajos peligrosos. El informe añadía que los indígenas

[34] Enciso Contreras, *Taxco…, op. cit.,* pp. 101-104.
[35] Cubillo Moreno, *Los dominios…, op. cit.,* pp. 22-23, 133-134.
[36] *Ibid.,* pp. 135 y 152-154.

FIGURA II.2. *Los cimientos de la plata: iglesia-fortaleza en Taxco, siglo XVI.*

que comerciaban en los mercados locales, incluidas muchas mujeres, superaban en número a los hombres que trabajaban en minas y refinerías.[37] Para 1580, Taxco reportaba 150 españoles, 600 esclavos africanos, 200 nativos que hacían trabajo tributario y 2 300 "naboríos", indígenas libres que trabajaban a cambio de salarios y sustento. Si se añaden las minas cercanas de Zacualpa, Sultepec y Temascaltepec, había 300 españoles, 1 050 esclavos, 550 trabajadores tributarios y 2 600 "naboríos" que producían plata en Taxco y sus inmediaciones.[38] Los africanos comprados como mercancía y los mesoamericanos atraídos por los incentivos comerciales efectuaron el trabajo de hacer dinero para China y el mundo.

En la década de 1570, los españoles que presumían gobernar y obtener ganancias de Taxco seguían quejándose de la especulación indígena. Demasiados naboríos se comprometían a entregar costales de mena a múltiples operadores y refinadores; demasiados trabajaban de noche con poca vigilancia, sin preocuparse por dar mantenimiento al túnel; entregaban algo de la mena a los dueños, pero guardaban lo mejor para venderlo en los mercados negros. Otros naboríos aceptaban adelantos en efectivo, comprometiéndose

[37] Enciso Contreras, *Taxco…, op. cit.,* pp. 24 y 46.
[38] *Ibid.,* p. 39.

a trabajar para múltiples españoles; trabajaban un poco para uno y luego desaparecían con el dinero, vendiendo la mena al refinador local que ofreciera la mejor oferta. Desesperados por mano de obra, los empleadores permitían tal independencia y repetidamente ofrecían una mejor paga a hombres que habían aceptado adelantos de otros operadores de minas, refinadores o constructores. Se decía que los naboríos indígenas y los esclavos africanos robaban constantemente la mena, el mercurio, la sal y más, para luego especular en el mercado abierto de Taxco. Las regulaciones emitidas en 1575 exigían que los naboríos sirvieran a un solo empleador a cambio de adelantos que debían pagarse con trabajo y que los mercados fueran públicos con precios regulados. Su implementación resultó imposible.[39]

Mientras en Taxco se aceleraba el ritmo de la extracción de plata y la comercialización social empezaba en la década de 1530, Pachuca despegó dos décadas más tarde. Allí, don Bartolomé de Medina empezó la refinación con mercurio y prosperó moderadamente. Los principales empresarios de Pachuca eran miembros de la familia Guerrero, encomenderos de la cercana Actopan, por lo que podían obtener bienes en tributo y trabajadores para subsidiar sus primeras empresas. El clan Rivadeneyra gozaba de beneficios similares. Al carecer de una encomienda, don Alonso de Villaseca dependió de sus habilidades comerciales (y de tratos cuestionables con mercurio y otras cosas) para convertirse en el minero y terrateniente más rico del centro en la década de 1570. En 1556 era dueño de 68 de los 348 esclavos africanos que trabajaban en Pachuca. Otros cinco empresarios tenían entre 20 y 40, lo que sumaba un total de 198, mientras que 10 operadores pequeños poseían entre dos y 14 cada uno (existiendo un total de 82). La dependencia temprana de costosos esclavos en una época de escasez de mano de obra condujo a concentrar el control de la minería.[40]

Para 1569, el número de esclavos reportados en Pachuca e Ixmiquilpan, al oeste, había disminuido a 186; los superaban por mucho los 1 163 naboríos nativos. Cuando en la década de 1570 la Corona comenzó a enviar cuadrillas rotativas de aldeanos (mediante el repartimiento), que cumplían turnos semanales para complementar el trabajo de los obreros permanentes, los indígenas se convirtieron en la fuerza laboral dominante en Pachuca. En 1575 se preveía el envío semanal de 1 108 conscriptos, aproximadamente el mismo número de naboríos. Sin embargo, la despoblación continua redujo rápidamente el número de conscriptos: en 1580, tras una nueva ronda de enfermedades, sólo se esperaba enviar 692 hombres semanalmente; para 1610, apenas se esperaban 250. El cambio al uso de mano de obra dependiente y naboría es confirmado por la encuesta de 1597 sobre la minería del centro: 109 esclavos africanos permanecían en Pachuca, respaldados por

[39] *Ibid.,* pp. 115-131, 134-145.
[40] Cubillo Moreno, *Los dominios…, op. cit.,* pp. 87, 98, 122-125, 137-139 y 189.

sólo 390 trabajadores reclutados, mientras que 1 168 naboríos conformaban el núcleo de la fuerza laboral del segundo centro platero del centro de México. Como en Taxco, aumentaron las quejas por naboríos que aceptaban adelantos sin trabajar, lo que enfrentaba a un empleador contra otro; además, robaban minerales e insumos, vendiéndolos para obtener ganancias. Hacia 1600, tanto en Pachuca como en Taxco, la mano de obra naboría se consolidó cuando los trabajadores nativos libres ganaron adelantos contra salarios en efectivo, raciones de comida y partes de la mena para extraer plata.[41]

A medida que los naboríos indígenas que trabajaban por incentivos comerciales se convertían en los principales trabajadores, el control de las minas en Pachuca se dispersó: en 1584, entre los 43 receptores de los 337 quintales de mercurio, la poderosa familia Rivadeneyra obtuvo 70, otros cuatro ganaron entre 20 y 27 y otros cuatro se llevaron entre 10 y 16, mientras que 34 tomaron 10 o menos (la mayoría obtuvo apenas entre dos y cinco quintales).[42] Un puñado de hombres seguía dominando la minería, pero la participación se amplió para incluir a más productores y refinadores pequeños. La mano de obra de los naboríos y la negociación del trabajo hicieron posible un mercado más abierto.

La producción de plata creció rápidamente. En 1590 se distribuyeron 929 quintales de mercurio en Pachuca, lo que indica que allí la producción se había triplicado. Taxco obtuvo 1 171 quintales, los alrededores de Taxco 2 794 (más de la mitad de los 4 987 que se distribuyeron en toda la Nueva España). Mientras las guerras chichimecas se propagaban, Zacatecas sólo recibió 697 y Guanajuato apenas 377. La plata extraída en el centro excedía por mucho a la proveniente del norte en fechas tan tardías como 1590.[43]

Con la pacificación, la minería creció en el norte. En 1597, los alrededores de Taxco seguían siendo el principal productor de la Nueva España, pero su predominio cayó a 45%. El porcentaje de Pachuca también disminuyó, mientras que en Zacatecas y Guanajuato la minería se elevó casi 30%, un signo de la supremacía que no tardaría en llegar. En Taxco y sus alrededores, 96 molinos hidráulicos y 94 impulsados por caballos pulverizaban la mena; seguían trabajando 737 esclavos africanos, superados en número por 1 776 naboríos y 931 hombres reclutados por repartimiento. En Pachuca, 59 molinos de agua superaban a los 23 impulsados por caballos; los esclavos eran pocos: 109; 1 168 naboríos dominaban la mano de obra, mientras que 394 hombres reclutados por repartimiento servían en rotaciones. El desarrollo temprano de Taxco llevó a una mezcla de poder hidráulico e impulsado por caballos, así como a una mayor inversión en esclavos (cerca de las tierras bajas de Cuernavaca, donde los africanos esclavizados trabajaban en la caña

[41] *Ibid.,* pp. 161-62, 174-181 y 198-210.
[42] *Ibid.,* pp. 137-139.
[43] Enciso Contreras, *Taxco…, op. cit.,* p. 147.

y las refinerías). El desarrollo posterior de Pachuca trajo consigo una menor inversión en esclavos, una mayor dependencia del trabajo negociado con los naboríos y una inversión en molinos de agua para pulverizar la mena y refinarla con mercurio. En 1597, en las regiones más al norte los molinos de agua eran poco comunes, los esclavos africanos eran escasos y la mano de obra por repartimiento casi estaba ausente; los naboríos dominaban el trabajo en esa zona, lo que subraya el desarrollo tardío y la rápida comercialización (véase el apéndice, tabla A.1).

Después de 1600, en Pachuca se establecieron las formas comerciales. En 1605 sólo quedaban 73 esclavos, mientras 950 naboríos mantenían con vida la minería. La población reportada como española se había elevado a 744, lo que incluía a operadores de minas y mercaderes, artesanos y pequeños comerciantes, así como a trabajadores.[44] Una encuesta detallada de 1610 registra a la población de origen europeo como 764: 186 inmigrantes de España, 11 de Portugal, nueve de Génova; y 558 americanos. La mayoría de los inmigrantes eran hombres: 166 en comparación con 20 mujeres. Entre los españoles americanos, las mujeres superaban a los hombres por 260 a 46. Los inmigrantes dominaban la minería en Pachuca y se casaban con mujeres americanas; en conjunto habían engendrado 242 niños americanos. Si cada inmigrante se casaba, seguía habiendo 20 mujeres españolas americanas solteras (o viudas) en Pachuca en 1610, lo que sugiere que las mujeres independientes encontraron papeles en los mercados, el mantenimiento de posadas y otras cosas. La población indígena se había elevado a 2 422: 850 hombres, 816 mujeres y 756 niños. La mayoría de los hombres trabajaban como naboríos, las mujeres indígenas se dedicaron a la producción y venta de alimentos y bebidas y al comercio en los mercados locales. La cantidad de niños entre españoles e indios demostraba que Pachuca se había convertido en una comunidad establecida que se estaba reproduciendo.

Para 1610, la esclavitud de africanos en Pachuca estaba terminando: cuatro hombres y cuatro mujeres se enlistaban como "negros" (probablemente esclavos). Había 168 mulatos: 70 hombres, 65 mujeres y 33 niños. Si bien su condición no se enlista, para convertirse en mulatos debieron nacer de madres libres nativas y, por consiguiente, eran libres. Se unieron a los naboríos conformando una población creciente legalmente libre, que llevaba vidas de negociación comercial. Sólo 25 (16 hombres y nueve mujeres) fueron catalogados como mestizos o "castas", con una mezcla de ascendencia española e indígena, y vivían en el mismo mundo comercial.[45] Después de 1600, se incrementaron las personas que afirmaban tener estatus español. Los naboríos indígenas y sus familias dominaban el trabajo y los mercados, los esclavos africanos disminuían y los descendientes de antiguos esclavos

[44] Cubillo Moreno, *Los dominios…, op. cit.,* p. 265, fig. 5.
[45] *Ibid.,* pp. 266-267, fig. 6.

se convertían en mulatos libres. Los trabajadores esclavizados y los reclutados por repartimiento se volvieron escasos después de ese año. El estímulo de la plata superó los desafíos que planteaba la mano de obra, al comercializar el trabajo y la vida en las minas.

La gran reconstrucción, 1550-1650

El auge de la plata en Taxco y Pachuca creó comunidades urbanas. Hacia 1600 los centros mineros en torno a Taxco sumaban 15 000 personas; los de Pachuca, 10 000. Mientras tanto, las funciones administrativas, fiscales, comerciales, judiciales, religiosas y educativas se concentraron en la ciudad de México. Los empresarios y mercaderes que vinculaban a la Nueva España y la economía de la plata con Europa y Asia vivían allí. Excepto por los obreros del metal y la construcción, necesarios para la minería, la mayoría de los artesanos trabajaban en la capital, sirviendo a sus mercados y a los centros mineros. La ciudad de México revivió hasta albergar aproximadamente 80 000 personas en 1570, la mayoría de ellas mesoamericanas; a su vez, las personas europeas y mestizas representaban casi 40%. Para 1640, cerca del final de la primera bonanza de la plata, la ciudad había crecido a 85 000 personas, casi 70% de las mismas se clasificaban como europeas o mestizas (véase el apéndice, tabla A.2).

Los centros mineros y la ciudad de México se combinaron para crear una población urbana de 100 000 personas en el centro hacia 1600. Considerando la caída de la población rural en el valle de México, ésta representaba aproximadamente 135 000 personas. Un estimado de 250 000 personas para el total de la población rural del corazón parece razonable. Con la despoblación, un cuarto de millón de sobrevivientes que cultivaban poseían tierras suficientes para mantenerse. Tenían poca necesidad de suministrar artículos a los centros urbanos. Las quejas constantes de los empresarios de Taxco y Pachuca —los notables indígenas especulaban con todo, los cultivadores tomaban demasiado a cambio de maíz, las mujeres del mercado hacían todo demasiado caro y los hombres que trabajaban como naboríos tomaban demasiado en adelantos en efectivo, daban muy poco en trabajo y mena y ganaban demasiado por sus esfuerzos— muestran que los mesoamericanos enfrentados a tiempos difíciles conseguían ganancias de la economía de la plata.

Mientras los europeos buscaban obtener ganancias y el número de indígenas disminuía, los productores se volvieron escasos y ganaron poder de negociación conforme aumentaban las oportunidades proporcionadas por la plata. Para las autoridades y los empresarios el desafío era reducir el ritmo de la despoblación y limitar la independencia de la mayoría indígena. Empero, sólo la lenta adquisición de inmunidades terminaría con la despoblación

ocasionada por enfermedades. A fin de hacer frente a la independencia nativa, los funcionarios y el clero congregaron a los sobrevivientes en repúblicas indígenas. Habiendo recibido el derecho de autogobierno bajo notables locales y tierras suficientes para mantener a las poblaciones decrecientes, las repúblicas permitieron la producción nativa, la integración social y la creatividad cultural, convirtiéndose en la base duradera de la economía platera del centro al organizar la independencia indígena.

La reconstrucción demostró ser un asunto complejo; no hubo una planeación centralizada. Aun así, los acontecimientos se sobrepusieron en una secuencia clara: primero, los mesoamericanos sobrevivientes fueron llevados a pueblos compactos y se les otorgaron derechos de gobierno local y tierras para mantener la gobernanza local y la vida religiosa, el poder de los notables y el sustento de los plebeyos; segundo, los españoles consiguieron tierras que habían quedado vacías para construir haciendas que abastecieran las minas y los mercados citadinos; tercero, se presionó a los indígenas congregados y autosuficientes para que enviaran cuadrillas de trabajo a las minas y las haciendas. Mientras esto ocurría, los juzgados mediaban en los inevitables conflictos.

Desde mucho tiempo atrás el clero había promovido que los sobrevivientes mesoamericanos se congregaran, con el objetivo de facilitar la vigilancia de una población indígena que moría rápidamente, dejando a los sobrevivientes dispersos en la tierra. Cuando en la década de 1550 el régimen retomó esa propuesta, las congregaciones se establecieron con el objetivo adicional de limitar el poder de los señores indígenas y los encomenderos españoles y de solidificar el gobierno del régimen. Las reubicaciones comenzaron en esa década y se realizaron en oleadas hasta inicios del siglo XVII. Bajo la vigilancia de los nuevos Alcaldes Mayores (magistrados de distrito), el clero colaboró con los notables indígenas para atraer a las familias dispersas a los pueblos. Los notables ganaron derechos de regir como gobernadores, magistrados y regidores. Los funcionarios rotaban por elección entre los "principales", herederos de los *pipiltin* (quizá 15% de las poblaciones locales). Los señores tradicionales (*tlatoque,* que ahora recibían el nombre de caciques) perdieron los derechos hereditarios a los cargos, pero solían seguir gobernando por un tiempo, al tomar y dejar cargos como gobernadores. Los *altepetl* (ciudades-Estado) despoblados y reconformados como repúblicas ganaron dominio sobre tierras asignadas para mantener la gobernanza local y la vida religiosa, así como para sostener a las familias de acuerdo con su posición. Los caciques y los principales poseían tierras suficientes para obtener ganancias como productores comerciales; los plebeyos tenían parcelas suficientes para el sustento y el comercio local. Los oficios, desde la fabricación de textiles hasta la alfarería, siguieron existiendo, como también los mercados locales dominados por mujeres. (La figura II.3 muestra la nueva iglesia construida en el centro de Tlalmanalco, congregada como la cabecera de Chalco.)

FIGURA II.3. *Centrando la república indígena: el templo de San Luis Obispo, Tlalmanalco, Chalco, 1591.*

Las cabeceras rigieron las ciudades-Estado mesoamericanas mientras las familias de las aldeas periféricas trabajaban la tierra. La despoblación hizo que los sobrevivientes quedaran cada vez más dispersos, incluso aislados. Las congregaciones llevaron a que muchos se establecieran como "barrios" en las cabeceras y cerca de ellas; otros se quedaron en aldeas cercanas. Los cabildos gobernaban desde las cabeceras; los funcionarios locales y los líderes religiosos estaban al frente de los barrios y las aldeas, sostenidos por porciones de tierra. Las nuevas repúblicas llegaron cargadas de posibles conflictos entre notables y plebeyos, cabeceras y aldeas. También forjaron solidaridades en defensa de la tierra, el autogobierno y la independencia cultural: la esencia de las autonomías.[46]

[46] Para la cuenca de Cuernavaca, véase Robert Haskett, *Indigenous Rulers. An Ethnohistory of the Town Government in Colonial Cuernavaca,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1991; sobre Toluca véase Stephanie Wood, "Corporate Adjustment in Colonial Mexican Indigenous Towns. The Toluca Region, 1550-1810", tesis doctoral, University of California at Los Angeles, 1984, y "La evolución de la corporación indígena en la región del valle de Toluca, 1550-1810", en Manuel Miño Grijalva (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1910,* Conaculta, México, 1991, pp. 117-142; para el centro en general, véase Lockhart, *The Nahuas…, op. cit.*

De manera inevitable e intencional, en una época de población decreciente las congregaciones vaciaron tierras extensas. Con una aceleración hacia 1570, el régimen otorgó grandes áreas a los españoles en forma de concesiones (mercedes) que combinaban caballerías (la porción de un "noble" era de aproximadamente 40 hectáreas) para cultivos y sitios de pastoreo (cerca de 800 hectáreas, principalmente destinadas a ovejas). Los descendientes de los encomenderos y los recién llegados que tenían vínculos con los virreyes construyeron haciendas. Conforme los excedentes tomados como tributos y servicios laborales se encogían y la plata promovía los asentamientos urbanos, se erigieron haciendas para beneficiar a las élites y abastecer a ciudades y minas. Las cesiones de tierras se concentraron entre 1570 y 1620. A inicios del siglo XVII se completó una gran transferencia agraria, lo que supuso conflictos inevitables.[47]

A medida que la minería se incrementó en Taxco y Pachuca, y que la ciudad de México creció como el eje de todo, los constructores de haciendas satisfacían la demanda urbana de productos del Viejo Mundo. En las cuencas con distintos potenciales ecológicos se cultivaban diferentes productos. La caña de azúcar se concentró en las tierras bajas tropicales que rodeaban Cuernavaca y Cuautla, donde el desarrollo se aceleró después de 1550, atrayendo números crecientes de africanos esclavizados para trabajar en los molinos y las tierras de regadío. La región al sur de la ciudad de México, donde la plata de Taxco se encontraba con el azúcar de Cuernavaca, atrajo grandes cantidades de africanos esclavizados y fue testigo de la comercialización más rápida y de complejas interacciones étnicas. En el valle de México, las cuestas de Tacuba, al poniente, y las llanuras de Texcoco y Chalco, al oriente, vieron cómo las haciendas se expandieron después de 1570 para sembrar trigo donde la irrigación lo permitía; el sur del valle de Toluca mezcló el trigo con el pastoreo. En las zonas secas, desde el valle de México al noreste en torno a Otumba, pasando por El Mezquital cerca de Pachuca, y a través del norteño valle de Toluca, predominaba el pastoreo de puercos, ovejas y reses.

Los favores políticos y los caprichos de las herencias forjaron una nueva élite terrateniente. Algunos tenían derechos de encomienda, otros adquirieron riqueza en la minería y el comercio después de 1550. Muchos se unieron en matrimonios estratégicos para concentrar el poder terrateniente. La familia Cortés, que vivía en Europa a finales del siglo XVI, tenía importantes propiedades azucareras en la cuenca de Cuernavaca al terminar la época colonial. El clan Rodríguez Altamirano, vinculado con Cortés y con encomenderos tempranos en el sureño valle de Toluca y unido por vínculos matrimoniales con la familia de los virreyes Velasco, obtuvo tierras para construir las ricas haciendas de Atengo. Como condes de Santiago Calimaya, siguieron siendo

[47] Gibson, *The Aztecs…, op. cit.,* pp. 257-299; Margarita Menegus Bornemann, *Del señorío a la república de indios. El caso de Toluca, 1500-1600,* Escuela de Artes y Oficios, Toluca, 1991.

la principal familia terrateniente en la ciudad de México durante el siglo XVIII. Alonso de Villaseca, el gran minero de la Pachuca temprana, construyó haciendas comerciales desde el noreste del valle de México hasta El Mezquital para abastecer las minas de Pachuca y los mercados de la ciudad de México. En tanto carecía de herederos, dejó sus propiedades a los recién llegados jesuitas, quienes operaron durante siglos las propiedades de Santa Lucía, manteniendo a los colegios de la ciudad durante siglos.[48]

La mayoría de las primeras haciendas cultivaban productos del Viejo Mundo (trigo y caña de azúcar, ovejas, reses y cerdos) para abastecer a la población hispana de la ciudad de México, españoles y mestizos, cuyo número pasó de 30 000 hacia 1570 a casi 60 000 en 1640. Los pueblos indígenas urbanos —una mayoría de aproximadamente 50 000 en 1570, una minoría de 25 000 para 1640— vivían de maíz y otros alimentos que vendían los productores nativos en las chinampas cercanas y en las repúblicas periféricas. En tiempos de población escasa y muchas tierras, la mayoría de las familias rurales poseía suficientes tierras para producir el sustento y un poco para los mercados: vendían maíz y otros alimentos a los consumidores citadinos. Los notables indígenas cultivaban y vendían abundantes excedentes, algunos en tierras personales, otros en tierras dedicadas a financiar el gobierno local y la vida religiosa.[49]

La reconstrucción de 1550 a 1650 creó economías agrícolas paralelas: una basada en repúblicas que producían cultivos nativos; la otra en haciendas comerciales que cultivaban alimentos del Viejo Mundo y tenían ganado. Compartían el campo; las haciendas empujaban a las repúblicas en todas partes, al tiempo que sus productos convergían en los mercados de la ciudad. Juntas, sortearon los desafíos que implicó la mano de obra en una época de población evanescente. Si bien la plata y la urbanización crearon aperturas comerciales, la despoblación vació las tierras y volvió escasa la mano de obra. Así, los indígenas que poseían tierras para el sustento veían poca necesidad de trabajar para que otros se beneficiaran, a menos que los atrajera una mezcla de tradición, mandato e incentivos. En los cultivos, al igual que en la minería, el desafío estaba dado por la mano de obra. En ambos, después de 1600, los mandatos iniciales dieron paso a la negociación comercial.

Los africanos esclavizados trabajaban en todas partes, incluso en los centros mineros, aunque eran demasiado valiosos para arriesgarlos bajo tierra o

[48] Sobre el valle de México véase Gibson, *The Aztecs…, op. cit.;* sobre el noreste, Herman Konrad, *Santa Lucía. A Jesuit Hacienda in Colonial Mexico, 1576-1767,* Stanford University Press, Stanford, 1980 [*Una hacienda de los jesuitas en el México colonial. Santa Lucía, 1576-1767,* FCE, México, 1989]; sobre el Mezquital, Melville, *A Plague…, op. cit.;* sobre Cuautla y Cuernavaca, Barrett, *The Sugar Hacienda…, op. cit.;* y Cheryl Martin, *Rural Society in Colonial Morelos,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985.

[49] Lo anterior queda claro en trabajos que van de Gibson, *The Aztecs…, op. cit.*, a Lockhart, *The Nahuas…, op. cit.*

con el mercurio. Realizaban oficios urbanos y servicios del hogar para los prósperos y los poderosos. Proporcionaban trabajo de supervisión, calificado y permanente en las haciendas azucareras de las cuencas de tierras bajas. Pastoreaban ganado en las zonas secas que se extendían al norte. En el siglo XVI, los africanos esclavizados no eran "mano de obra barata". La llegada de decenas de miles da cuenta de la rentabilidad de la economía platera del centro. Su rápida incorporación a una población creciente de trabajadores mestizos y cada vez más libres también resulta reveladora. La mayoría de los africanos que llegaban eran hombres que debían trabajar entre una mayoría mesoamericana.

A lo largo de la Nueva España, en la ciudad de México, en los centros mineros, en las haciendas azucareras y en las propiedades para pastoreo, los africanos esclavizados tuvieron hijos con mujeres nativas (por ley libres, igual que sus hijos); esto aceleró el crecimiento de una población mestiza, libre y excluida del poder. Algunos vivían con sus madres en las repúblicas nativas. Otros se unieron al número creciente de personas que trabajaban en las minas, las ciudades y el transporte, así como en las haciendas. La esclavitud forzó una migración que alimentó el crecimiento de una población de trabajadores dependientes libres. Para 1650, la mayoría realizaba el mismo trabajo que sus abuelos esclavizados en 1570.[50] La esclavitud y el mestizaje étnico crearon un núcleo de trabajadores dependientes permanentes, a menudo calificados.

Sin embargo, la minería, el cultivo y la construcción urbana exigían grandes números de trabajadores menos calificados para un trabajo frecuentemente difícil, en ocasiones peligroso y siempre estacional. Antes de 1550, las cuadrillas no pagadas que proporcionaban servicios a los señores nativos y a los encomenderos españoles como tributo llevaban a los hombres a ese tipo de trabajo sin paga. La desaparición de los señoríos nativos y los derechos de encomienda hizo que el trabajo por reclutamiento desapareciera y las tradiciones mesoamericanas de las cuadrillas laborales se adaptaron a un mundo en proceso de comercialización. En las primeras repúblicas indígenas los hombres trabajaban en campos comunales para mantener el gobierno local y la religión, así como en tierras de notables para cultivar maíz y para los mercados.

En un inicio ese trabajo carecía de paga; se realizaba por obligaciones comunitarias o como tributo que se debía a los notables. Con el tiempo, el clero y los funcionarios españoles presionaron a los notables para que pagaran, aunque el trabajo sin paga continuó en tierras dedicadas a mantener los cultos locales.

[50] Sobre la esclavitud en el azúcar véanse Barrett, *The Sugar Hacienda…, op. cit.,* y Martin, *Rural Society…, op. cit.* Para una propiedad que mezclaba agricultura y pastoreo, véase Konrad, *Santa Lucía…, op. cit.* Sobre la ciudad de México véase María Elisa Velázquez Gutiérrez, *Mujeres de origen africano en la capital novohispana, siglos XVII y XVIII,* UNAM, México, 2006.

Las minas, los proyectos de construcción en la ciudad y las haciendas que buscaban mano de obra para la cosecha también codiciaban el trabajo de los hombres de las repúblicas. Con el fin de movilizar mano de obra después de 1550, el régimen recurrió a la tradición indígena del *cuatequil:* un sistema de trabajo obligatorio que convocaba a los hombres a trabajar en obras públicas y otros proyectos realizando turnos rotativos. El fin de las encomiendas en el centro, la limitación de los tributos a dinero en efectivo y maíz, aunados a la presencia de magistrados españoles en muchas cabeceras, llevó a que, a partir de la década de 1550, el régimen presionara a los notables nativos para que reunieran cuadrillas que trabajaran semanalmente en las minas.[51]

En la década de 1570, en tanto las muertes continuaban y la producción comercial crecía, se formalizó el trabajo obligatorio que exigía el envío de mano de obra a las haciendas cada lunes. Para ello, los magistrados de distrito obligaban a los funcionarios locales a reunir a 4% de los hombres en edad laboral. Cada trabajador iba entre tres y cuatro semanas al año (distaba mucho de los periodos de seis meses de la mita andina) a hacer trabajo obligatorio (repartimiento) por el cual se le pagaba un salario (primero un real al día, luego dos). Los hombres que mantenían a sus familias con el cultivo de tierras en las repúblicas eran llevados a realizar un trabajo rotativo en las minas, los proyectos urbanos y las cosechas en las haciendas. Ganaban dinero para pagar tributos y comprar en los mercados.[52]

En las repúblicas agrarias, los productores enviaban alimentos básicos nativos a las minas y los mercados citadinos; trabajaban de manera estacional en la minería, las cosechas de las haciendas y la construcción citadina.

A inicios del siglo XVII, la economía de la plata se había injertado en comunidades nativas sobrevivientes reconstituidas como repúblicas. Después de 1600, tras haber trabajado durante décadas para congregar a las comunidades, fundar repúblicas, ceder tierras y organizar el trabajo obligatorio, el régimen dio un paso atrás y se concentró en la mediación judicial. Las repúblicas indígenas proveían justicia local. Los magistrados españoles retomaban las disputas entre comunidades y contra las haciendas. Los conflictos no resueltos pasaban a un juzgado general indígena en la ciudad de México, donde los demandantes indígenas obtenían abogados y traductores. Al negociar las resoluciones, los tribunales ganaron creciente legitimidad.[53]

[51] Véase Haskett, "Our Suffering…", *op. cit.,* y Menegus Bornemann, "Organización económico-espacial…", *op. cit.*

[52] La fuente esencial para el repartimiento sigue siendo Gibson, *The Aztecs…, op. cit.,* pp. 220-256.

[53] Woodrow Borah, *Justice by Insurance,* University of California Press, Berkeley, 1982 [*El juzgado general de indios en la Nueva España,* trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 1985]; Brian Owensby, *Empire of Law and Indian Justice in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2008.

Adaptarse a la reconstrucción

La reconstrucción, que fundó las repúblicas agrarias y dio tierras a las haciendas comerciales, uniéndolas para mantener los mercados urbanos y una economía de la plata en ascenso en una época de despoblación, parece un triunfo adaptativo de cara a la calamidad y la oportunidad. No obstante, las épocas de desafíos y cambios nunca son simples y tersas. Las tragedias personales, las exigencias desmedidas y los conflictos por la tierra y el trabajo marcaron esas difíciles décadas. Los detalles locales sobre la vida de los plebeyos en la era de la reconstrucción son escasos. Cuando están disponibles, resultan reveladores.

Culhuacán se ubica al sur de la ciudad de México, en la costa occidental del lago de Chalco. Las familias vivían del cultivo en las ricas chinampas y de las secas tierras adyacentes cubiertas de magueyes que proporcionaban fibras para cordajes y telas ásperas, además de savia para fermentar el pulque. Ese pueblo dominaba una ciudad-Estado otrora gobernada por descendientes de los reyes toltecas de Tula; tras la caída de Tula lucharon por el poder durante un tiempo y luego cayeron bajo el gobierno mexica. Para 1580, Culhuacán poseía ricas chinampas en las que trabajaba una población en descenso; la favorecía su ubicación en el cruce de rutas terrestres y acuáticas que convergían para abastecer a la ciudad de México.

Sabemos más sobre las vidas, las luchas y las creencias en Culhuacán que sobre las de cualquier otra comunidad del centro a finales del siglo XVI, gracias a la preservación de docenas de testamentos.[54] Éstos muestran a una comunidad que seguía enfrentándose a la muerte como una devastación cotidiana en la década de 1580. La muerte condicionaba todo, a la vez que la vida se volvía comercial, el patriarcado se debilitaba y cuajaban nuevas concepciones religiosas. La pobreza material no era un problema importante; los sobrevivientes conservaban abundantes recursos. La explotación por parte de los españoles tampoco era una preocupación. Hacia 1580, los europeos eran escasos en Culhuacán: un magistrado de distrito y su familia, y un fraile agustino o dos, quienes vinculaban al pueblo con la ciudad de México y la cultura católica. Un gobernador, magistrados y consejeros indígenas dirigían la república, además del notario que escribió los testamentos; éstos revelan una comunidad adaptándose a la despoblación.

Los testamentos dan cuenta de personas con tierras ampliamente distribuidas. Tanto prósperos como pobres cultivaban, comerciaban y trabajaban en oficios que iban desde la carpintería, en el caso de los hombres, hasta el tejido, en el de las mujeres. Hombres y mujeres poseían abundantes tierras,

[54] Ésta es mi interpretación de la investigación y análisis excepcionales de S. L. Cline, *Colonial Culhuacan, 1580-1600. A Social History of an Aztec Town,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1986.

la mayoría de ellas chinampas obtenidas por herencia o compradas. En los testamentos, redactados ante la posibilidad de la muerte, distribuían tierra a una comunidad con una escasez de vivos cada vez mayor. Las mujeres heredaban tierras con regularidad, que luego asignaban a su elección. La despoblación había acabado con las preferencias patriarcales en la tenencia de tierras, incluso si la república seguía reservando los cargos para los hombres notables. El cultivo aún era un trabajo de hombres (incluso en tierras pertenecientes a mujeres); las mujeres tejían y comerciaban. Mientras tanto, la vida se monetizó, calculada en pesos de plata, reales y tomines. Aunque el cacao seguía presente, las tierras y las casas, el ganado y los botes, las herramientas y la ropa, incluso las misas, tenían precios en plata.

La muerte también marcaba el cristianismo indígena en Culhuacán. Si en la década de 1540 una imagen milagrosa puso a Cristo en el centro de la devoción comunitaria en Totolapan, en la de 1580, en las accidentadas montañas al sur y en las ricas tierras bajas de Culhuacán, el culto se había vuelto profundamente personal y notablemente comercial. Los moribundos nunca legaron tierras a los frailes o para mantener las devociones comunitarias. En su lugar, hombres y mujeres que enfrentaban la muerte solían designar tierras que debían venderse para pagar misas en busca de la salvación. Mantenían al clero dependiente de pagos por servicios sacramentales, alimentaban un mercado de tierras creciente y mostraban fuertes compromisos con la búsqueda de la paz eterna. Para 1600, los habitantes de Culhuacán eran profundamente cristianos a su propia manera.

Los testamentos de Culhuacán ayudan a resolver un gran debate en torno a las comunidades del centro: ¿las tierras se tenían a título personal o eran propiedad de comunidades corporativas? Las fuentes que ven desde el exterior sugieren, reiteradamente, que la tierra pertenecía a la comunidad, aunque la trabajaban algunas familias. Las demandas presentadas por repúblicas nativas en los tribunales argumentan lo mismo. No obstante, en repetidas ocasiones, los testamentos de Culhuacán muestran cómo la tierra se compraba y vendía, se heredaba y disputaba al interior de la república. Los funcionarios solían interceder cuando se disputaban derechos, cuando la tierra se liberaba o cuando un ciudadano pretendía venderla fuera de la comunidad.

En la reconstrucción, el régimen español concedió un dominio eminente a las repúblicas indígenas; después de todo eran *repúblicas*. Resolvían disputas locales relativas a propiedades, asignaban las tierras que nadie reclamaba e intervenían cuando un ciudadano tenía la intención de venderlas a forasteros (personas que no eran miembros de la república ni estaban sujetas a su decreto y revisión). Desde el exterior, la tenencia de tierras parecía —y era— corporativa. Al interior, prosperaba un régimen de derechos privados monetizados. En la década de 1580, cuando la tierra abundaba para una población que se reducía, las mujeres sobrevivientes obtuvieron partes copiosas,

la plata estimuló las formas comerciales y las chinampas se compraban y vendían dentro de la república.

Las obligaciones tributarias sustentadas en la tenencia de tierras también cambiaron, pues pasaron de los bienes diversos y el trabajo al maíz y la plata, y cada vez más frecuentemente a la plata. Dentro de las comunidades podían recolectarse tributos de los hogares o mediante la producción en tierras designadas. Las autoridades de la ciudad de México dictaminaban los tributos que debían pagar las comunidades (calculados a partir de la cantidad de hogares dirigidos por hombres) y esperaban que las repúblicas los pagaran, sin importar qué medios tuvieran para hacerlo. El régimen reconocía el dominio eminente de las repúblicas tanto en la tenencia de tierra como en la obtención de ingresos. Al interior, florecieron diversas formas de propiedad y producción, trabajo y apoyo al gobierno y la religión.

Los testamentos de Culhuacán también muestran que, en tiempos de despoblación, los notables sobrevivientes poseían abundantes tierras que no podían cultivar; como tenían pocos herederos, solían venderlas a compradores españoles (con o sin la aprobación del Consejo). Los documentos sobre adquisiciones de tierras que crearon haciendas muestran en repetidas ocasiones compras a las élites o repúblicas indígenas, tratos que más tarde se cubrían con cesiones del régimen. ¿Por qué buscar cesiones reales para tierras ya compradas? En caso de futuras disputas —y éstas, en efecto, se presentaban—, los títulos bajo el dominio de la Corona resultarían una ventaja. A finales del siglo XVI, no obstante, con las muertes de indígenas, las tierras en Culhuacán eran abundantes. Mantenían familias, repúblicas y devociones, con excedentes que se vendían a los recién llegados con espíritu empresarial.[55]

Hacia 1600, conforme los habitantes de Culhuacán se adaptaban, quienes residían en la ciudad de México hacían frente a tiempos difíciles, aun cuando la economía de la plata florecía, los empresarios prosperaban y el régimen se solidificaba. Reconstruida sobre las ruinas de Tenochtitlán, la capital enfrentó desafíos ecológicos en un centro despoblado. Antes de 1520, el sustento de la ciudad venía en primer lugar de los productos agrícolas de las chinampas que la rodeaban, una parte de los cuales eran pagados como tributos y la mayoría vendidos como excedentes en los mercados de la ciudad. A medida que la ciudad creció y el poder mexica se expandió, los tributos atrajeron maíz y otros alimentos básicos de Chalco y otras partes.

Tras el sitio de 1521, la población de la ciudad cayó de más de 150 000 habitantes para estabilizarse cerca de los 80 000 hacia 1600. Mientras la demanda de la ciudad se redujo a la mitad, la población que cultivaba chinampas disminuyó 90%. Como muestran los testamentos de Culhuacán, las

[55] Sobre la mezcla de compras y cesiones en las adquisiciones territoriales españolas véase las fuentes de la nota 46. Sobre la despoblación y las tierras de las aldeas véase Wayne Osborn, "Indian Land Retention in Colonial Meztitlán", *HAHR,* vol. 53, núm. 2, 1973, pp. 217-238.

familias se autosostenías fácilmente, pero proveían excedentes limitados. Sólo podían producir determinada cantidad con las manos que quedaban. Entretanto, el sistema de control de aguas, esencial para mantener la producción chinampera, se degradaba. Amplios repartimientos de mano de obra habían construido y mantenido diques y calzadas para proteger a las chinampas de la salinidad y sostener abiertos los canales. El colapso poblacional y la transferencia de la escasa mano de obra a las minas y los cultivos en las haciendas dejaron sin resolver el mantenimiento hidráulico.

A medida que el cultivo en las chinampas disminuía, la ciudad enfrentó el aumento de las aguas. En 1555 llegaron las inundaciones. Como consecuencia, las autoridades españolas e indígenas movilizaron suficiente mano de obra nativa para reconstruir el gran dique que separaba las aguas salinas del lago de Texcoco de las chinampas que rodeaban la capital. Sin embargo, las inundaciones regresaron en 1580 y una vez más en 1604-1607. Para entonces, estaba claro que una población radicalmente disminuida y la transferencia de la mano de obra disponible a la economía de la plata impedían mantener el sistema mexica de diques y calzadas. Las autoridades españolas recurrieron a los planes debatidos por mucho tiempo para desviar el río Cuautitlán hacia el norte, haciendo que sus aguas desembocaran en El Mezquital mediante un túnel o un corte en las montañas. El húmedo valle de México podía volverse más seco; la ciudad podía enfrentarse a menos inundaciones; el seco Mezquital podía volverse más húmedo, con más aguas para el riego. Ese proyecto, conocido como el "desagüe", comenzó en 1608; las devastadoras inundaciones de 1629 dejaron penosamente claros sus límites. Los trabajos continuaron durante décadas; en ocasiones, las inundaciones urbanas disminuyeron, pero nunca se eliminaron. Con el desagüe, los cultivos chinamperos se redujeron al norte de la ciudad; continuaron en torno a Culhuacán, Xochimilco y Chalco, y mantuvieron los canales esenciales para el transporte en esa zona. Las comunidades chinamperas del sur avanzaron con poblaciones disminuidas, mientras los mercados de la ciudad dependían cada vez más del maíz cultivado en las repúblicas periféricas y del trigo irrigado en haciendas comerciales.[56]

A inicios de la década de 1600, la ecología del poder en el centro había cambiado. Si la riqueza aún se concentraba en la ciudad de México, ahora provenía en primer lugar de su papel en la vinculación de la economía de

[56] Véanse Jonathan I. Israel, *Race, Class, and Politics in Colonial Mexico, 1610-1670,* Oxford University Press, Oxford, 1975 [*Razas, clases sociales y vida política en el México colonial, 1610-1670,* trad. Roberto Gómez Ciriza, FCE, México, 1980]; y Louisa Hoberman, *Mexico's Merchant Elites. Silver, State, and Society, 1590-1660,* Duke University Press, Durham, 1991. Humboldt consideró a las chinampas que vio hacia 1800 los campos más productivos que hubiera encontrado en cualquier lugar. Véase Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España,* Porrúa, México, 1966. Sobre las inundaciones, el desagüe y la persistencia de las chinampas en la cuenca del sur véase Vera Candiani, *Dreaming of Dry Land. Environmental Transformation in Colonial Mexico City,* Stanford University Press, Stanford, 2014.

la plata novohispana al comercio global y el poder español. La ciudad gobernaba mediante el poder económico y la mediación judicial, no por la fuerza militar. Con la despoblación y el declive del cultivo chinampero, los consumidores urbanos dependían de las repúblicas nativas y las haciendas comerciales, pues la despoblación hizo que los productores de las repúblicas y los trabajadores de las haciendas se volvieran escasos. Las inundaciones de 1629 mostraron los límites del poder del régimen sobre el agua y la mano de obra, elementos esenciales en una sociedad cuya base seguía siendo agraria. Desde la década de 1570, los funcionarios imperiales habían trabajado mediante notables nativos para enviar mano de obra obligatoria a las minas, los proyectos citadinos y las cosechas en las haciendas. Para la década de 1620, los escasos trabajadores se rehusaban a servir y los gobernadores indígenas a presionarlos, lo que no sorprendía en repúblicas que hacían frente a un régimen con poco poder de coacción. En la década de 1630, los funcionaros aceptaron la realidad y pusieron fin al trabajo obligatorio en el centro (con excepciones en el caso de la minería y las obras de desagüe). Se trató de una liberación que reconocía el poder limitado del régimen.[57]

A pesar de que se suprimió el trabajo obligatorio, el reclutamiento de hombres y jóvenes de las repúblicas para que trabajaran en las haciendas del centro continuó. Antes bien, el trabajo que antes era obligatorio (primero como cuatequil sin paga y después como repartimientos pagados) se volvió completamente comercial. Los líderes locales seguían organizando cuadrillas de trabajo. Ofrecían mano de obra a operadores de las minas, constructores urbanos y administradores de las haciendas a cambio de efectivo: cuotas para los capitanes de trabajo y salarios para los trabajadores (por lo general de dos reales diarios). El dinero fluía hacia las comunidades para complementar el cultivo y la producción de artesanías. Los notables seguían produciendo excedentes que vendían en los mercados de la ciudad; los plebeyos se autosostenían: los hombres con cultivos, las mujeres haciendo telas y otras cosas. Las ganancias del trabajo estacional proporcionaban dinero a los trabajadores para pagar tributos, que ahora se calculaban en plata, y gastar en los prometedores mercados. Los aldeanos compraban caballos y mulas, ovejas y pollos, velas y zapatos, artículos religiosos y telas finas, en una economía de mercado en expansión.

La escasez poblacional y la consolidación de las repúblicas agrarias permitieron que los aldeanos del centro ingresaran a la economía de la plata con una base de autonomía ecológica. Los notables prosperaron; los plebeyos mantenían a sus familias. En los lugares en que las mujeres tenían tierras cuantiosas, el cultivo de los hombres y sus salarios en efectivo conservaban

[57] Una vez más es Gibson, *The Aztecs…, op. cit.,* la fuente clave sobre el colapso del trabajo obligatorio y su posterior abolición.

el patriarcado.[58] A inicios de la década de 1600, las comunidades mesoamericanas habían sobrevivido a un siglo de despoblación, adaptándose al gobierno español como repúblicas indígenas, a la vez que se unían a las formas comerciales estimuladas por la plata. Se autosostenían, vendían maíz y otros bienes nativos en la ciudad y los pueblos mineros, y enviaban trabajadores a cosechar trigo y azúcar en las haciendas comerciales.

La ciudad de México seguía siendo la metrópolis fundamental: capital de la Nueva España y eje de una economía de la plata con vínculos globales. En ella se concentraba el poder del régimen: el virrey, que representaba a un rey distante; la audiencia, cuyos jueces ofrecían mediación judicial; la casa de moneda, que convertía la plata en pesos; los funcionarios, que reclamaban los ingresos del rey, etc. También se asentaban allí el arzobispo, unas instituciones religiosas-educativas y los principales conventos de las órdenes misioneras. La ciudad era hogar de financieros mercaderes que integraban la Nueva España al comercio mundial y de empresarios terratenientes que operaban las haciendas comerciales en busca de ganancias, alimentando a la ciudad y las minas cercanas: desde los poderosos condes de Santiago, cuyas haciendas en Atengo dominaban el sur del valle de Toluca, y los jesuitas, cuyas propiedades en Santa Lucía hacían lo mismo con el noreste del valle de México, hasta muchos otros productores modestos. Sin embargo, para obtener ganancias y abastecer a la ciudad, los terratenientes, grandes y pequeños, tenían que tratar con negociadores laborales para obtener trabajadores de las repúblicas.

Como los hombres que trabajaban de forma estacional eran cultivadores con tierras, con que los salarios bastaran para pagar tributos y comprar bienes que mejoraran el sustento y proporcionaran lujos modestos era suficiente. Las repúblicas agrarias, por consiguiente, subsidiaban la producción de las haciendas y la economía de la plata, trabajando por salarios inferiores al costo del sustento. Así, dieron forma a la economía de la plata y la cargaron a cuestas de dos maneras: alimentaron a ciudades y pueblos mineros, mientras subsidiaban las ganancias con salarios bajos.

La reconstrucción social vino acompañada de creaciones culturales que construyeron legados indígenas para entender y facilitar vidas atadas al Imperio español, la Iglesia católica y el comercio mundial. Los mesoamericanos forjaron visiones del cosmos y formas de actuar en el mundo que eran nuevas e indígenas, cambiantes, pero mesoamericanas. Conforme las decrecientes ciudades-Estado se convirtieron en repúblicas, construyeron culturas de gobernanza registradas en náhuatl. Llevaron registros de la administración y los mercados, los testamentos y los derechos sobre la tierra, en la lengua de los mexicas, escrita en el alfabeto de Europa. Produjeron

[58] Ese cambio crucial resulta evidente en varias fuentes. Véanse Gibson, *The Aztecs…, op. cit.;* Konrad, *Santa Lucía…, op. cit.;* y Martin, *Rural Society…, op. cit.*

"títulos primordiales": títulos ancestrales de propiedad de la tierra y de autogobierno que afirmaban derechos antiguos, virajes independientes hacia el cristianismo y lealtad a los monarcas españoles. Se negaron a someterse como pueblos conquistados, afirmando la soberanía local en una monarquía cristiana.[59]

Las comunidades del corazón crearon cristianismos mesoamericanos. Como insistían los títulos primordiales, no hubo conversión forzada. En una época de plagas inimaginables, de muerte sin precedentes, de soberanías disputadas, de nuevas formas económicas y verdades en competencia, las familias y comunidades adaptaron nuevos entendimientos que buscaban dar significado a vidas que cambiaban rápidamente. La caída de Tenochtitlán había demostrado la falsedad del poder de Huitzilopochtli; su exigencia de sangre no había logrado mantener el poder mexica. El poder de Dios, la eminencia de la monarquía española, las ganancias de la plata y el comercio eran demostrablemente ciertas después de 1550, cuando los pueblos del centro vivían epidemias devastadoras y se abría un mundo comercial bendecido por el cristianismo. Prácticamente todos acogieron el bautizo y la promesa de salvación; la mayoría de los testadores de Culhuacán vendieron tierras para pagar misas que facilitaran su viaje hacia la paz eterna. Pocos mesoamericanos aceptaban las enseñanzas de los frailes en torno al pecado y la penitencia, como descubrió Roa en Totolapan en la década de 1540 y como lamentaban muchos clérigos frustrados hacia 1600.

Más importante aún, los poderes y prácticas antiguos que habían facilitado la salud y la reproducción, la lluvia y el cultivo, fueron puestos en duda en una época de enfermedades, muertes y desafíos ecológicos, por lo que los mesoamericanos se volvieron hacia Cristo, la virgen María y diversos santos en busca de compasión, socorro y protección. Dos dimensiones regían los cristianismos indígenas emergentes: la primera, un involucramiento con la muerte, evidente en las devociones a Cristo, los pagos de misas para la salvación y las celebraciones del Día de Muertos; la segunda, una búsqueda de ayuda con la vida mundanal, como revelan las devociones a la virgen y los santos. En ambas caras del cristianismo mesoamericano, los cultos dirigidos por notables y financiados por las repúblicas unieron a las comunidades

[59] Véanse Lockhart, *The Nahuas…, op. cit.,* y *Nahuas and Spaniards. Post-Conquest Central Mexico in History and Philology,* Stanford University Press, Stanford, 1991; Haskett, *Indigenous Rulers…, op. cit.,* y Robert Haskett, *Visions of Paradise. Primordial Titles and Mesoamerican History in Cuernavaca,* University of Oklahoma Press, Norman, 2005; Stephanie Wood, *Transcending Conquest. Nahua Visions of Spanish Colonial Mexico,* University of Oklahoma Press, Norman, 2003; Susan Schroeder, *Chimalpahin and the Kingdom of Chalco,* University of Arizona Press, Tucson, 1991 [*Chimalpahin y los reinos de Chalco,* trad. Joaquín Francisco Zabala Omaña, El Colegio Mexiquense, Toluca, 1994]; Cline, *Colonial Culhuacan…, op. cit.;* y Rebecca Horn, *Postconquest Coyoacán. Nahua-Spanish Relations in Central Mexico, 1519-1650,* Stanford University Press, Stanford, 1997.

para buscar compasión y ayuda en festivales que centraban vidas religiosas que eran, a la vez, mesoamericanas y cristianas.[60]

Los cristianismos indígenas no dejaron de verse disputados. A principios de la década de 1600, el clero se esforzó por erradicar lo que consideraba idolatría: las devociones explícitamente mesoamericanas. Se mostraron activos en los alrededores de Taxco y el sur del valle de Toluca, donde hombres locales y algunas mujeres ofrecían formas independientes de curación, de llamar a la lluvia y de ocasionar dificultades a los enemigos. El *Tratado de las supersticiones* de don Hernando Ruiz de Alarcón, de 1629, se lee como un manual de cultivo y curación: en él se detallan los enfoques indígenas de los cultivos nativos, las lluvias locales y las enfermedades indígenas. Resulta notable que no haya habido formas "supersticiosas" de cultivar trigo o azúcar, extraer plata o curar la viruela.[61] Los desafíos del Viejo Mundo exigían entendimientos cristianos; los persistentes problemas indígenas mantenían vivas las formas nativas. En torno a Taxco, después de 1600, las formas cristianas y las prácticas indígenas se fusionaron en vidas complejas. Los videntes y curanderos indígenas incomodaban al clero español y a los indígenas que estaban al frente de cultos cristianos; las campañas contra la idolatría tuvieron poco efecto en su intento de limitar la mezcla de devociones indígenas y cristianas.

Las campañas se concentraron alrededor de Taxco. El auge temprano de la plata en ese lugar, así como del azúcar cercana; la presencia precoz de europeos, africanos y formas comercializadoras, a lo que se sumó el rápido vuelco de los pueblos indígenas a la búsqueda de ganancias en un mundo comercial, mientras enfrentaban enfermedades y muertes desenfrenadas, llevaron a una vida cultural disputada al sur y al oeste de la ciudad de México. Resulta notable que Ruiz de Alarcón dirigiera la campaña contra la "idolatría". Era el hijo ordenado de un empresario platero de Taxco, hermano de don Juan Ruiz de Alarcón, quien llegaría a las cimas del poder y la eminencia literaria en España, se sentaría en el Consejo de Indias y sería un dramaturgo destacado del Siglo de Oro español. ¿Acaso la campaña de don Hernando contra las prácticas indígenas tenía su origen en el impulso de un hijo

[60] Además de los estudios mencionados en la nota 32, sobre religión véanse María Alba Pastor, *Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII,* FCE, México, 1999, y *Cuerpos sociales, cuerpos sacrificiales,* FCE, México, 2004; y William Taylor, *Shrines and Miraculous Images. Religious Life in Mexico before the Reform,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2010, y *Magistrates of the Sacred. Priests and Parishioners in Eighteenth-Century Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 1976 [*Ministros de lo sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII,* trad. Óscar Mazín y Paul Kersey, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1999].

[61] Hernando Ruiz de Alarcón, *Treatise on the Heathen Institutions that Live Today among the Indians Native to This New Spain,* trad. Richard Andrews y Ross Hassig, University of Oklahoma Press, Norman, 1984, pp. 9-12 [*Tratado de las supersticiones y costumbres gentilicias que hoy viven entre los indios naturales de esta Nueva España,* Linkgua, Barcelona, 2005].

pródigo por purificar las reverberaciones culturales de la riqueza de su padre y el poder de su hermano?[62]

Entre todas las devociones cristianas mesoamericanas surgidas en el corazón durante la era de la reconstrucción, la más conocida es la Virgen de Guadalupe. Justo al norte de la ciudad de México, los nahuas en torno al templo del Tepeyac, consagrado desde mucho tiempo atrás a Tonantzin (una poderosa madre, protectora y promotora de la fertilidad en las madres y las milpas en la época mexica), volvieron su mirada hacia la Virgen de Guadalupe (quien proporcionaba una ayuda similar en Extremadura, al suroeste de España) poco después de la llegada de los españoles. Para la década de 1550, los franciscanos se oponían a la adopción de la Virgen de Guadalupe por los indígenas: ellos parecían demasiado independientes y ella demasiado indígena.

Largos debates entre los españoles, el clero y otros revelan cultos en expansión en el este del valle de México. De cara a la enfermedad y la sequía, ella ofrecía curas y prometía lluvias, además de compasión cuando éstos no llegaban. En la década de 1640, el clero y otros comenzaron a promover a la Virgen de Guadalupe en la ciudad de México. Fue sólo entonces que la narración de su aparición en 1532 ante Juan Diego, un converso indígena, se asentó en un texto en náhuatl y español. ¿Acaso las luchas recientes contra el aumento de las aguas llevaron a los citadinos hacia la Virgen de Guadalupe?[63]

La Virgen de Guadalupe era uno de los muchos poderes cristianos a que se acogieron los nativos en el corazón durante los siglos XVI y XVII. Con el fin de la reconstrucción fue adoptada por el clero y otros en la ciudad de México.

La devoción a la Virgen de Guadalupe fue primero indígena. La Iglesia y los poderosos la retomaron tardíamente. Los indígenas rigieron las adaptaciones religiosas. Su adopción por el clero da cuenta de la fortaleza de las devociones indígenas y de la búsqueda española por unir —y quizá dar forma— a los cristianismos mesoamericanos que dominaban el corazón en la década de 1640. Tras un siglo de reconstrucción, las repúblicas indígenas que controlaban su propia producción, gobernanza y culturas cristianas estaban afianzadas en la base de la economía de la plata que alimentaba el comercio global.

[62] Tavárez, *The Invisible War…, op. cit*.

[63] Véanse Stafford Poole, *Our Lady of Guadalupe. The Origins and Sources of a Mexican National Symbol,* University of Arizona Press, Tucson, 1995; Lisa Sousa, Stafford Poole y James Lockhart, *The Story of Guadalupe. Luis Laso de Vega's* Huei tlamahuiçoltica *of 1649,* Stanford University Press, Stanford, 1998; D. A. Brading, *Mexican Phoenix. Our Lady of Guadalupe. Image and Tradition across Five Centuries,* Cambridge University Press, Cambridge, 2001 [*La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición,* trad. Aura Levy y Aurelio Major, Taurus, México, 2002]; y Taylor, *Shrines…, op. cit*.

La consolidación, 1640-1700

Tras un siglo de expansión, en la década de 1640 las economías de la plata se estancaron. La producción y la población en el Potosí andino cayeron en picada; en Zacatecas, la desaceleración siguió a reveses tempranos en Taxco y Pachuca. La minería continuó en la Nueva España con nuevos descubrimientos en Parral, en el norte lejano. La demanda global de plata disminuyó debido a las guerras y las crisis dinásticas en Asia y Europa; los costes de producción se elevaron, mientras las minas antiguas cavaban en lo profundo del subsuelo. Al detenerse el crecimiento en el centro, la producción en Parral y otros centros norteños conservó la importancia de la ciudad de México como el centro novohispano de las finanzas y el comercio, de la gobernanza y la justicia. Su población urbana y su demanda de productos agrícolas se mantuvo estable después de 1650, mientras la población de las repúblicas del centro comenzaba a crecer. Las décadas de consolidación vieron cómo la plata se sostenía, la ciudad de México se convertía en la primera ciudad de América y las repúblicas del centro conservaban tierras, autogobierno y culturas religiosas dinámicas. Una carestía de pleitos relacionadas con la tierra en los valles de México y Toluca entre las décadas de 1620 y 1680 indica que, en una época de dinamismo comercial acotado y baja población, las haciendas y las repúblicas del centro avanzaron con conflictos limitados (véase el apéndice, tablas A.2, A.3 y A.4).

La estabilidad y la escasez de documentos hicieron que las décadas posteriores a 1640 fueran poco estudiadas. Con todo, investigaciones clave en torno a ellas han llegado a conclusiones compartidas sobre la vida en el centro durante esa época. En las regiones azucareras que rodeaban Cuernavaca, en los maizales de Chalco en el sureste del valle de México y en las haciendas de Santa Lucía administradas por los jesuitas en las regiones secas donde el noreste de la cuenca de México se extiende hacia El Mezquital, los campesinos seguían concentrados en comunidades con tierras; las haciendas tenían poblaciones pequeñas que incluían a esclavos y personas libres de ascendencia mixta y los notables locales gobernaban las repúblicas y organizaban a hombres y muchachos de las aldeas para realizar trabajo estacional a cambio de salarios en los campos de las haciendas. Dentro de las repúblicas y entre las haciendas y las comunidades había fricciones, pero la estabilidad reinaba mientras repúblicas y haciendas alimentaban conjuntamente a la ciudad a mediados del siglo XVII.[64]

El norte del valle de Toluca fue testigo de diferentes adaptaciones. Tratándose de una frontera poco poblada entre los Estados mexica y tarasco

[64] Martin, *Rural Society…, op. cit.;* Jalpa Flores, *La sociedad indígena…, op. cit.;* y Konrad, *Santa Lucía…, op. cit.*

en 1520, las décadas posteriores a la conquista vieron a comunidades otomíes de tierras áridas enfrentarse a invasiones de ganado del Viejo Mundo, que ocurrieron paralelamente a los famosos acontecimientos que tuvieron lugar inmediatamente al este, en El Mezquital. La reconstrucción posterior a 1550 trajo consigo la congregación de poblaciones en declive en las repúblicas de Ixtlahuaca y Atlacomulco, mientras los españoles y los notables nativos construían haciendas de pastoreo. Las minas en Tlalpujahua, de importancia local, aunque eran secundarias en relación con Taxco y Pachuca, trajeron estímulo comercial, oportunidades de trabajo y mercados para la comunidad y los productos agrícolas de las haciendas. Cuando terminó la reconstrucción y la plata declinó, hacia 1640, el valle de Toluca mezclaba repúblicas nativas y haciendas comerciales, como el resto del centro, pero las haciendas tenían más tierras y más población que las zonas más fértiles.

Después de 1640, la población creció rápidamente en torno a Ixtlahuaca. Inicialmente, los nacimientos y el crecimiento se concentraron en haciendas que estaban abriendo tierras para el cultivo al irrigar los bancos del río Lerma en su recorrido hacia el Bajío. Familias jóvenes llegaron a establecerse tras la recesión minera en Taxco y Pachuca; rentaban tierras, trabajaban en los campos de las haciendas y se ocupaban del ganado. Después de 1670, la población de Ixtlahuaca siguió expandiéndose, mientras los nacimientos y el crecimiento se transferían a las repúblicas. ¿Acaso las haciendas habían conseguido toda la población que necesitaban? ¿Acaso los colonos descubrieron que la vida en las haciendas venía acompañada de dependencia? Las ventas de alimentos básicos a las minas y la ciudad de México disminuyeron, en tanto los mercados locales prosperaban. Las haciendas de Ixtlahuaca usaban la lana de los crecientes rebaños para emplear a nativos residentes en "obrajes", que hacían telas para los mercados regionales. En las secas tierras al norte del centro, empresarios españoles y notables nativos competían por la mano de obra; las familias sembraban en las tierras de las haciendas y recibían adelantos en efectivo. Tras recibir sus pesos, muchos partían antes de entregar el trabajo prometido. La dependencia tenía límites en épocas de escasez de mano de obra.[65]

Aun cuando en el corazón se mitigaban los conflictos, llegaban a un punto álgido en los salones del poder de la ciudad de México. Cuando Portugal se separó de la monarquía de los Habsburgo en 1640, al mismo tiempo que la producción de plata y el comercio oceánico disminuían, los financieros de ascendencia portuguesa, por mucho tiempo esenciales para la economía de la plata novohispana, fueron acusados de prácticas judías y expulsados del comercio. Los mercaderes y terratenientes, un clero diverso, españoles

[65] Lo anterior es una síntesis de Celia Islas Jiménez, *El real de Tlalpujahua. Aspectos de la minería novohispana,* INAH, México, 2008; y María de los Ángeles Velasco Godoy, *Ixtlahuaca. Población y haciendas, pueblos y sistema de trabajo colonial, 1600-1711,* 2 vols., UAEM, Toluca, 2012.

establecidos y migrantes recién llegados compitieron por la prominencia.[66] Mientras la plata dejó de crecer y se lograba la consolidación social, quienes pretendían el poder y el prestigio se volvieron unos contra otros.

Mientras tanto, una cultura hispanoamericana se arraigaba en la capital. Veía sus raíces en el pasado mexica, pero sentía desprecio por los nativos contemporáneos que vivían en repúblicas, se regían por consejos locales, estaban afianzados en la tierra y eran esenciales para los intentos de obtener ganancias. Los "españoles americanos" imaginaban que descendían de los gobernantes mexicas y reclamaban derechos ancestrales para gobernar la Nueva España.[67] Generaron intelectuales con influencia global y una importancia perdurable: don Carlos de Sigüenza y Góngora, un promotor de la Virgen de Guadalupe que más tarde sería bienvenido en la corte de Luis XIV; sor Juana Inés de la Cruz, hija del administrador de una hacienda en los altos de Chalco, quien encontró eminencia poética en un convento de la ciudad de México y en los salones de los virreyes.[68] La cultura hispanomesoamericana que prosperó en medio de conflictos en la ciudad de México adoptó a la Virgen de Guadalupe. La mayoría de los mesoamericanos vivían en repúblicas agrarias y sostenían a sus familias, los mercados de la ciudad, una floja economía de la plata y cristianismos indígenas. El corazón se consolidó en la Mesoamérica española.

[66] Muchas de estas discusiones se detallan en el clásico de Israel, *Race…, op. cit.*

[67] D. A. Brading desarrolla esa tesis en *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriotism, and the Liberal State, 1492-1867,* Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

[68] Octavio Paz, *Sor Juana, or the Traps of Faith,* trad. Margaret Sayer Peden, Harvard University Press, Cambridge, 1990 [*Obras completas, 5. Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe,* FCE, México, 1994].

III. COMUNIDADES CON EL CAPITALISMO A CUESTAS: EXPLOTACIONES SIMBIÓTICAS, 1700-1810

La plata novohispana impulsó la economía mundial durante el siglo xviii. La producción se triplicó, pasando de cuatro millones de pesos al año antes de 1700 a casi 13 millones para 1750, manteniéndose estable cerca de los 12 millones en la década de 1760; luego dio un salto, llegando a un promedio de más de 23 millones en la década de 1790; alcanzó su pico de 26 millones de pesos en 1809, antes de que todo se viniera abajo al darse una combinación de crisis imperial e insurgencia popular. Entre 1740 y 1780 la Nueva España produjo más de la mitad de la plata del mundo; de 1781 a 1800 su cuota se elevó a casi dos tercios de un total más grande. Dado el carácter central de la plata en el comercio mundial, en especial en el que vinculaba a Europa y Asia, la Nueva España fue un motor esencial de la economía mundial durante un siglo de dinamismo y transformación.[1]

Ese dinamismo estimuló una economía comercial vibrante en el corazón. La minería volvió a crecer en Taxco antes de 1750 y tuvo un gran auge en Real del Monte, cerca de Pachuca, en las décadas de 1760 y 1770. La ciudad de México creció como la metrópolis que gobernaba el virreinato y financiaba las economías de la plata del centro, el Bajío y las regiones del norte (donde el crecimiento dieciochesco fue aún más dinámico). Como sede del gobierno y la justicia, centro de la administración y la educación eclesiástica, hogar de los mercaderes que financiaban la minería y el comercio, y de los clanes terratenientes que dominaban la economía agrícola del centro, todos ellos atendidos por una cantidad creciente de profesionales, artesanos, comerciantes y sirvientes, la ciudad de México creció hasta sobrepasar los 130 000 habitantes hacia el año 1800.

Aún obtenía la mayor parte de su sustento de las cuencas del corazón, donde las haciendas empujaban a las repúblicas; pero, a lo largo del siglo xviii, un número creciente de campesinos se enfrentaron a la falta de tierras, pues la población se duplicó y aún más, mientras las propiedades comunita-

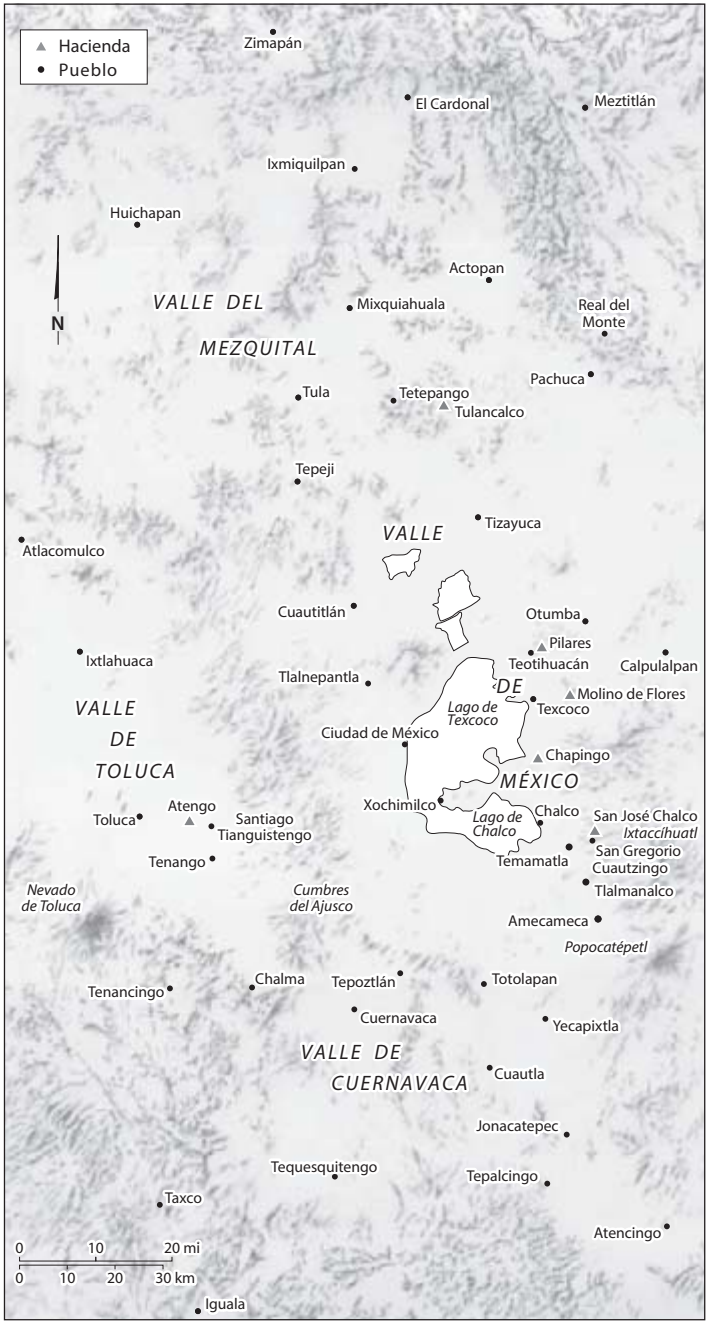
[1] La producción de plata se encuentra en John Tutino, *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011, p. 550, Apéndice D, tabla d.1 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario A. Zamudio Vega, fce, México, 2016]; los porcentajes mundiales provienen de Jenaro González Reyna, *Riqueza minera y yacimientos minerales de México,* El Banco de México, México, 1947; la importancia global de la Nueva España se confirma en Arturo Giráldez, *The Age of Trade. The Manila Galleons and the Dawn of the Global Economy,* Rowman and Littlefield, Lanham, 2015.

rias no podían expandirse. Por otro lado, la producción de las haciendas se amplió para conseguir las ganancias que implicaba abastecer los crecientes mercados de la ciudad. El dinamismo comercial se mezcló con el aumento de las desigualdades dentro de las comunidades. Aunque podría haber sido una receta para el conflicto, la persistencia de las repúblicas agrarias, la defensa del régimen de su derecho a la tierra y a la rectificación en los juzgados, y la dependencia de los productores comerciales de hombres y muchachos provenientes de las repúblicas para sembrar y cosechar cultivos esenciales condujeron a explotaciones simbióticas. Las haciendas y las comunidades quedaron atrapadas en vínculos negociados de desigualdad, esenciales para las ganancias de las primeras y la supervivencia de las últimas. Juntas mantuvieron la estabilidad social y la creciente economía de la plata durante el siglo XVIII. Mientras la violencia social marcó los Andes desde la década de 1740 hasta la de 1780, y conmocionó al Bajío en la de 1760 y nuevamente en 1810, las comunidades del centro sostuvieron el capitalismo de la plata.

Bonanza platera y adaptación comercial, 1680-1750

Hacia 1700, la economía política del corazón novohispano parecía establecida: la ciudad de México vinculaba a la Nueva España con España y la economía mundial, mientras las repúblicas indígenas y las haciendas comerciales compartían las cuencas circundantes. La mayoría de las personas vivían en repúblicas; buena parte de las tierras pertenecía a las haciendas. Las dos estaban relacionadas en una economía en la que los indígenas se autosostenían y enviaban bienes nativos a la ciudad, mientras las haciendas contrataban a aldeanos por temporadas, para producir cultivos del Viejo Mundo dirigidos a los consumidores urbanos. Los terratenientes y comerciantes de la ciudad, los notables nativos y los tribunales integraban todo. Una cultura hispanocristiana dominaba la ciudad; los cultos cristianos indígenas daban forma a la vida en las repúblicas, que estaban unidas por la Iglesia y la devoción a la Virgen de Guadalupe. Al comenzar el nuevo siglo, el corazón era una sociedad de economías paralelas y desigualdades integradas.

Pronto aparecieron nuevos desafíos. Entre 1690 y 1735 la población casi se duplicó. La ciudad creció de aproximadamente 80 000 habitantes a 100 000 (carecemos de censos). Ese crecimiento exigía incrementar la producción de comida, mientras la gran mayoría seguía concentrada en repúblicas que pocas veces podían expandir sus tierras. A partir de 1690, en los valles de México y Toluca aumentaron las disputas agrarias, que alcanzaron su punto más álgido en 1710 (véase el apéndice, tablas A.3 y A.4). En 1692, los habitantes de la ciudad de México se amotinaron cuando una sequía hizo que los alimentos escasearan y se volvieran costosos. Los citadinos creían que los poderosos,



Mapa III.1. *El corazón de México en el siglo XVIII*

incluido el virrey, especulaban, en tanto la gente pagaba con su hambre. Una multitud de hombres y mujeres indígenas, a la que no tardaron en unirse mulatos y mestizos, quemaron el palacio del virrey y saquearon los mercados. La erosión de las tradicionales obras hidráulicas y el declive del cultivo chinampero habían hecho que la ciudad dependiera de tierras de secano para obtener su suministro de maíz y otros alimentos básicos nativos. El nuevo crecimiento poblacional conservaba el maíz en las repúblicas para alimentar a las crecientes familias, al tiempo que las necesidades urbanas aumentaban. La sequía trajo escasez y oportunidades para los especuladores durante una recesión de la economía de la plata. A medida que se acercaba el nuevo siglo, los especuladores obtenían ganancias y los habitantes de la ciudad se sublevaban.[2]

A pesar de ello, las presiones que revelaron las disputas por tierras rurales y las rebeliones en la ciudad no condujeron a una crisis social ni a cambios estructurales en el centro. Carlos II, el último de los Habsburgo, murió en 1700 sin dejar herederos. En la Guerra de Sucesión española que siguió, Francia y Gran Bretaña construyeron facciones dentro de España y alianzas en Europa para pelear en suelo español, con la intención de colocar a un nuevo monarca en Madrid. Una década de disputas de poder en España generó pocos conflictos en la Nueva España. En su lugar, después de 1700 las presiones crecientes que evidenciaron los conflictos en tierras rurales y las rebeliones urbanas fueron absorbidos en el corazón mediante adaptaciones de formas de vida y producción establecidas, a las que sustentaba un renacimiento de la economía de la plata.

En 1692 comenzaron las revueltas urbanas: las disputas por tierras rurales alcanzaron su punto más crítico hacia 1710, disminuyendo en la década de 1740. La población rural siguió creciendo hasta la epidemia de *matlazahuatl* (tifoidea) de 1738-1739.[3] Las presiones al interior de las repúblicas persistieron durante décadas, aunque los conflictos por tierras se redujeron después de 1710. El aumento de las disputas por tierras en la década de 1680 sugiere que el crecimiento poblacional comenzó en ese momento, previamente al conteo de tributos de 1692. Los límites que supusieron los excedentes de maíz (que se redujeron repentinamente a causa de la sequía) alimentaron la especulación y las revueltas urbanas ese mismo año. Para los funcionarios, los motines marcaron el límite de la tolerancia urbana al maíz escaso y costoso. Los operadores de haciendas del centro vieron oportunidades.

El aumento en la producción de plata trajo consigo una expansión de los mercados urbanos. La demanda de alimentos básicos se elevó, al mismo

[2] Véase Natalia Silva Prada, *La política de una rebelión. Los indígenas frente al tumulto de 1692 en la ciudad de México,* El Colegio de México, México, 2007.

[3] América Molina del Villar, *La Nueva España y el matlazahuatl,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1998.

tiempo que las ganancias de plata permitieron que hubiera capital disponible para la inversión agraria (siguiendo el camino bien establecido de obtener riqueza de la minería y un comercio riesgosos e invertirlo en haciendas comerciales).[4] Conforme la población creció, los excedentes de las aldeas disminuyeron y la plata se disparó, las haciendas del centro se volvieron hacia los alimentos básicos nativos, notablemente el maíz y el pulque, para conseguir ganancias comerciales.

En las repúblicas establecidas más de un siglo antes, el crecimiento poblacional dejó a cada vez más familias sin tierras, debiendo enfrentar un declive de las autonomías.[5] Los testamentos en náhuatl que dejaron notables y plebeyos, hombres y mujeres, en docenas de comunidades del valle de Toluca en las que se cultivaban granos, muestran cómo la escasez de tierras tuvo reverberaciones en los hogares nativos.[6] Los clanes de notables seguían gobernando a nivel local, tenían cargos locales, dirigían el culto de la comunidad y mantenían grandes áreas de tierras que seguían usando para cultivar excedentes comercializables, en su mayoría maíz. La mayor parte de los hogares de plebeyos seguían teniendo tierras, pero éstas se reducían con cada generación y las herencias concentraban las que quedaban. Un heredero favorecido, con frecuencia el hijo mayor, obtenía la casa y el terreno familiar (incluido el huerto) y suficiente tierra periférica para el sustento del hogar, pero rara vez para tener excedentes. Otros herederos podían obtener un poco de tierra, o nada. A finales del siglo XVI (una época de declive poblacional), las mujeres de Culhuacán eran herederas regulares; después de 1700, alrededor de Toluca, consiguieron tierras con mucha menor frecuencia que sus hermanos. Cuando no había herederos varones, las hijas heredaban terrenos en los pueblos, casas, huertos y tierras periféricas. En la nueva época de presión poblacional, las mujeres se vieron perjudicadas, no excluidas. Si bien el cultivo seguía siendo un trabajo masculino, las mujeres dominaban la producción y venta de pulque y el comercio en los mercados locales. El patriarcado se fortaleció, incluso si algunas mujeres prosperaban.

Las haciendas del centro, que ganaron tierras hacia 1600, se habían concentrado en la producción de alimentos básicos del Viejo Mundo: caña de azúcar en los alrededores de Cuernavaca, trigo en los valles centrales y sureños de México y Toluca, ganado en las zonas secas al norte de Toluca y en El Mezquital. Después de 1700, con el crecimiento de la demanda urbana y la disminución de los excedentes, las haciendas añadieron campos comerciales

[4] Véase John Tutino, *Making…, op. cit.,* pp. 159-227; sobre Taxco véase Laura Pérez Rosales, *Minería y sociedad en Taxco en el siglo XVIII,* Universidad Iberoamericana, México, 1990.

[5] Sobre el valle de Toluca véase Deborah Kanter, *Hijos del Pueblo. Gender, Family, and Community in Rural Mexico, 1730-1850,* University of Texas Press, Austin, 2010.

[6] Los testamentos son analizados con gran habilidad en Caterina Pizzigoni, *The Life Within. Local Indigenous Society in Mexico's Toluca Valley, 1650-1800,* Stanford University Press, Stanford, 2012.

FIGURA III.1. *La hacienda como una empresa capitalista jesuita (y después liberal): San José de Chalco, alias La Compañía, siglos XVIII a XIX.*

de maíz y pulque. Los condes de Santiago, los mayores terratenientes desde finales del siglo XVI, añadieron el maíz al trigo y al pastoreo de ganado en las vastas propiedades de Atengo, cerca de Toluca. En el valle de México, los jesuitas adquirieron San José de Chalco y Chapingo cerca de Texcoco, convitiéndose en importantes cultivadores de maíz.

La transición en San José de Chalco (que aparece en la figura III.1), el mayor productor de cereal del centro, resulta muy reveladora. Antes de 1700, esa hacienda cultivaba principalmente trigo en campos de regadío y sólo sembraba maíz para alimentar a los trabajadores y a los cerdos. En respuesta a los nuevos mercados, de 1717 a 1721 San José cosechó un promedio de 781 cargas de trigo y 2 126 cargas de maíz. Entre 1732 y 1738, el trigo aumentó 40%, alcanzando un promedio de 1 076 cargas; el maíz se triplicó hasta lograr un promedio de 6 627 cargas. El rápido aumento en la producción de alimentos básicos nativos en las haciendas exigió un incremento paralelo de trabajadores estacionales provenientes de las repúblicas cercanas. Los jesuitas obtenían ganancias abasteciendo los mercados de la ciudad y financiaban los colegios para los hijos de los ricos y poderosos. Los notables indígenas ganaban honorarios para organizar cuadrillas de trabajo. Los hombres y muchachos de las aldeas ganaban salarios que les permitían seguir siendo campesinos, mientras sus familias crecían y la tierra se volvía escasa.[7]

[7] Sobre San José de Chalco véase James Riley, *Hacendados jesuitas en México. La administración de los bienes inmuebles del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, 1687-1767,* SEP, México, 1976, en especial la tabla en las pp. 103-104; sobre Chapingo véanse *ibid.*,

Una transición diferente condujo a resultados similares en las tierras bajas alrededor de Cuernavaca.[8] Las haciendas azucareras afontaron una disminución de la producción y la rentabilidad hacia 1680, pues décadas de plantación de caña agotaron los nutrientes del suelo. El azúcar destinado a la capital y las minas de Taxco provenía de haciendas más nuevas, cercanas a Tenancingo, al sur de la cuenca de Toluca, y de las tierras bajas del Golfo y el Pacífico. Las haciendas de Cuernavaca comenzaron a rentar ranchos a pequeños productores mestizos que cambiaron la caña de azúcar por el maíz, a menudo en campos de regadío. Asimismo, éstos reclutaron aldeanos para sembrar y cosechar cultivos que abastecían a las minas de Taxco y los mercados de la ciudad de México. El maíz de las tierras bajas irrigadas sufrió menos con la sequía; complementó las nuevas plantaciones comerciales en los valles de México y Toluca para satisfacer el aumento de la demanda en la ciudad de México. El viraje hacia el maíz cultivado en las haciendas mantuvo los precios de ese producto básico nativo esencial a niveles costeables en la ciudad de México hasta mediados de la década de 1730.[9]

Un incremento similar de la producción de las haciendas transformó el suministro de pulque a la capital. En el noreste del valle de México y El Mezquital, la lluvia era escasa e irregular; el pastoreo temprano de ovejas trajo consigo una desecación que le ganó el nombre de Mezquital: una tierra seca cubierta de mezquites dispersos.[10] Los pueblos otomíes —súbditos de los mexicas antes de 1520— habitaban la mayor parte de las repúblicas, tenían derechos a tierras y al autogobierno y adaptaron devociones para guiar, integrar y proteger a las comunidades en apuros.[11] Como las escasas lluvias y las tierras secas volvían inseguras las cosechas de maíz, aprovecharon los ubicuos magueyes para hacer pulque destinado a las tabernas de la ciudad y las

p. 49, y Silvia González Marín, "Chapingo", en Enrique Semo (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, México, 1977, p. 19; sobre San Javier véase Herman Konrad, *Santa Lucía. A Jesuit Hacienda in Colonial Mexico, 1576-1767,* Stanford University Press, Stanford, p. 300 [*Una hacienda de los jesuitas en el México colonial. Santa Lucía, 1576-1767,* FCE, México, 1989]; sobre Atengo véanse Kanter, *Hijos…, op. cit.,* y John Tutino, *Creole Mexico. Spanish Elites, Haciendas, and Indian Towns, 1750-1810*, tesis doctoral, University of Texas, Austin, 1976, caps. 5-7.

[8] Cheryl Martin, *Rural Society in Colonial Morelos,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985, que analiza a partir de Ward Barrett, *The Sugar Hacienda of the Marqueses del Valle,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1970 [*La hacienda azucarera de los marqueses del Valle,* trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI Editores, México, 1977].

[9] Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810,* El Colegio de México, México, 1969*,* pp. 130-134, gráficas 10 y 13.

[10] Elinor Melville, *A Plague of Sheep. Environmental Consequences of the Conquest of Mexico,* Cambridge University Press, Nueva York, 1994 [*Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México,* trad. Gabriel Bernal Granados, FCE, México, 1999].

[11] William Taylor, *Shrines and Miraculous Images. Religious Life in Mexico before the Reform,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2010, pp. 63-94, explora dicha devoción y sus vínculos con la ciudad de México.

minas de Pachuca y Real del Monte, donde también vendían hojas de maguey como combustible.

Ante el crecimiento poblacional después de 1700, los aldeanos consumían todo el maíz que podían cultivar y buena parte del pulque. Mientras tanto, la demanda de pulque creció en la ciudad de México y en Real del Monte, donde la minería se aceleró a partir de la década de 1730. En la misma década, los jesuitas enviaron grandes rebaños de ovejas que pastoreaban en las haciendas de Santa Lucía a las pasturas del norte, y comenzaron a trasplantar vastos campos de maguey para extraer pulque. Pronto, don Manuel Rodríguez de Pedroso, un mercader e inmigrante español que comerciaba con plata en todo el mundo, adquirió tierras para hacer lo mismo.

Su objetivo era obtener ganancias abasteciendo a las pulquerías de la ciudad de México, pero existían restricciones: el pulque se echaba a perder en 24 horas, por lo que el éxito comercial exigía grandes campos que se sangraran todos los días, una rápida fermentación y una rápida entrega. Las secas tierras de la costa norte del lago de Texcoco hasta el noreste de Otumba, Apan y el sur del Mezquital cumplían con la necesidad: un viaje en mula al lago y luego un traspaso en canoas llevaban la bebida a las pulquerías a tiempo. Las haciendas trasplantaron amplios campos de plantas jóvenes, esperaban cinco años a que maduraran y luego se extraía lo suficiente cada día para abastecer el mercado. Las plantas se mantenían maduras durante 15 años; luego volvía a comenzar el ciclo de trasplante, maduración y sangrado.

El maguey prosperaba en los campos más secos; no era necesario desplazar el maíz. Su trasplante periódico empleaba grandes cuadrillas de trabajadores por algunas semanas o meses, pero pocos trabajaban durante los años de maduración y la producción requería poca mano de obra. Sangrar la savia (tlachique) y fermentarla para que se convirtiera en pulque empleaba a unos cuantos tlachiqueros calificados, la mayoría otomíes; el transporte exigía algunos hombres más, con frecuencia mestizos. Para 1750, los jesuitas y Rodríguez de Pedroso abastecían cada uno 20% del mercado de la ciudad de México; su éxito atrajo a otros al negocio. No obstante, excepto durante el trasplante, el pulque comercial ofrecía poco trabajo a los aldeanos otomíes.[12]

Después de 1700, cuando las haciendas comerciales se hicieron cargo de suministrar maíz y pulque a la ciudad de México, los consumidores urbanos contaban con cantidades suficientes. Los precios del maíz permanecieron estables hasta mediados de la década de 1730, alzándose moderadamente hasta mediados de la década de 1750 y luego cayeron hasta la década de 1770.[13] Los productores obtenían las mayores ganancias cuando podían guardar cultivos hasta que los años de sequía reducían las cosechas y elevaban los precios. En paralelo, tanto en los años buenos como en los malos, hombres y

[12] Konrad, *Santa Lucía…, op. cit.,* pp. 100-103. Sobre Chapingo véase González Marín, "Chapingo", *op. cit.,* p. 18.

[13] Florescano, *Precios…, op. cit*.

muchachos de las repúblicas ganaban salarios estacionales, lo que les permitía alimentar a sus familias mientras aumentaba la población. Ellos mezclaron el cultivo en declive con una nueva dependencia del trabajo estacional para mantener la solidez de los papeles patriarcales como proveedores de la familia. En comparación, los operadores de las haciendas pulqueras obtenían ganancias abasteciendo a las tabernas de la ciudad de México, a la vez que proporcionaban poco trabajo a hombres y muchachos desesperados por ingresos. Los hombres otomíes enfrentaban inseguridades para proporcionar el sustento e incertidumbres para mantener el patriarcado en hogares rurales en apuros.

Los testamentos en náhuatl del valle de Toluca revelan adaptaciones de la organización comunitaria, las relaciones familiares y las devociones locales en una época de crecimiento poblacional, escasez de tierras y una nueva dependencia del trabajo estacional. Las ventas de tierras eran poco comunes. Los testamentos se volvieron el principal medio de transferencia de tierras; los funcionarios locales se convirtieron en testigos omnipresentes que daban fe del dominio último de las repúblicas y de los derechos de uso de testadores y receptores.[14] Mientras tanto, en las identidades comunitarias se produjo un vuelco hacia lo local y en las prácticas religiosas hacia lo personal. Aunque las repúblicas que combinaban cabeceras y aldeas periféricas persistieron, muchos aldeanos fueron a los juzgados para reclamar su independencia; los testamentos muestran que muchos simplemente actuaron como si hubieran ganado.[15] Los cultos comunitarios conservaron su fuerza, aunque se enfocaron más en la aldea que en la república. Los vecinos cercanos se unieron para buscar protección de cara a la sequía y curas en épocas de enfermedad, lo que reforzó la unidad bajo el patrocinio de los notables locales.

Asimismo, se puso nuevo énfasis en los santos del hogar. La mayoría de las familias tenían muchos santos: vírgenes, Cristos y demás, hombres y mujeres. A la vez, se produjo un distanciamiento de Cristo —tan central para los nativos que enfrentaban la muerte en el siglo XVI— y un acercamiento a la Virgen, que ofrecía compasión y ayuda con las lluvias, la enfermedad y otros desafíos en tiempos de presiones agrarias. Los hogares que rara vez eran capaces de acumular tierras buscaban ayuda y protección acumulando santos. Los compraban, eran sus dueños y los heredaban. Los santos podían reproducirse; la tierra, no. Cuando se dejaban casas a los herederos favorecidos, los santos favorecidos las acompañaban. Cuando otros herederos ganaban pocas tierras o ninguna, seguían recibiendo santos. Conforme la tierra se

[14] Pizzigoni, *The Life…, op. cit.*

[15] Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810,* Stanford University Press, Stanford, 1964 [*Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810,* trad. Julieta Campos, Siglo XXI Editores, México, 2003], muestra búsquedas de independencia legal; Pizzigoni, *The Life…, op. cit.,* presunciones de independencia.

volvió escasa y se concentró en las manos de los hombres, los santos servían, protegían y ofrecían compasión a quienes heredaban poco o nada.[16]

Nuevas relaciones marcaron los vínculos entre repúblicas, aldeas y hogares. Las cabeceras conservaron consejos completos con un gobernador y magistrados, patrocinaban fiestas importantes dedicadas a los santos patronos y afirmaban su dominio sobre las tierras. Las aldeas promovían devociones y fiestas propias y reclamaban dominio sobre las tierras. Los hogares mantenían los derechos de uso de las tierras familiares, la mayoría de las cuales se transmitían por herencia de hombres a hombres. Los hogares también se enfocaban en devociones personales y familiares.[17]

La búsqueda de independencia de los aldeanos de las periferias se produjo cuando pequeños pero prósperos grupos de españoles y otras personas con poder local participaban en el comercio, los oficios, el transporte y otras actividades en las cabeceras. Se unieron a clanes de notables indígenas, a veces casándose para obtener cargos en la gobernanza local y la religión, así como parte de las tierras, aun si las propiedades se reducían para la mayoría. Los cargos locales y la posesión de tierras exigían el estatus de "indio"; muchos hispánicos recién llegados se casaron con integrantes de familias nativas de élite, hicieron valer sus derechos de "indio" y prosperaron en las cabeceras.[18] El clan De la Cruz dominó Tepemajalco, al sur de Toluca, hasta la década de 1750. Poseía abundantes tierras, cargos en el Consejo y liderazgo religioso. Sin embargo, el apellido De la Cruz solía marcar orígenes mulatos en la Nueva España, una dedicación a Cristo de los niños nacidos de hombres africanos y mujeres indígenas: libres por nacimiento, pero con derechos inciertos.[19] ¿Acaso los miembros de la familia De la Cruz de Tepemajalco, con su eminencia local, habían salido del crisol de mestizaje en las cercanas ciudades de Taxco y Cuernavaca para convertirse en notables "indígenas" poderosos?

A medida que el poder y los forasteros hispánicos se concentraban en las cabeceras, los plebeyos voltearon la mirada hacia aldeas y hogares, santos personales y cultos locales. Volvieron más profunda la autonomía cultural en una época en que el acceso a la tierra estaba en declive y la dependencia del trabajo asalariado aumentaba: un trabajo organizado por agentes de la aldea más que por funcionarios de la república. Conforme crecía la población y la tierra se volvía escasa, las cabeceras vincularon las repúblicas con el régimen

[16] Pizzigoni, *The Life…, op. cit.*

[17] Una vez más, lo anterior es mi síntesis de materiales incluidos en *idem.*

[18] Lo anterior se documenta en Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.,* caps. 5-7; y América Molina del Villar, *Diversidad socioétnica y familias entre las calamidades y crisis del siglo XVIII,* CIESAS, México, 2009.

[19] Sobre la ciudad de México véase María Elisa Velázquez Gutiérrez, *Mujeres de origen africano en la capital novohispana, siglos XVII y XVIII,* UNAM, México, 2006; sobre el Bajío, Tutino, *Making…, op. cit.*

y el comercio regional, mientras que las aldeas y las familias se concentraban en conservar tierras, en el trabajo asalariado y en el culto. Las repúblicas nunca fueron igualitarias; la vida estaba llena de contradicciones, que los pueblos del corazón negociaron con habilidad después de 1700.

Los desafíos de medio siglo: enfermedad, recesión y resistencia, 1735-1770

Si bien la economía de la plata y la producción de las haciendas siguieron expandiéndose hasta mediados de siglo, las comunidades del centro se enfrentaron a nuevos desafíos a partir de la década de 1730. Tras medio siglo de crecimiento poblacional, la *matlazahuatl* asestó su golpe en 1736 y 1737, seguida por la viruela en 1761 y 1762.[20] Las poblaciones disminuyeron, mientras que las disputas por tierras se estabilizaban, para declinar en la década de 1740 (véase el apéndice, tablas A.3 y A.4).[21] Los aldeanos del centro volvieron a afrontar el dolor de las enfermedades mortales y el alivio de las presiones sobre sus tierras. La caída de la población rural permitió que hubiera más maíz, que ahora solía cosecharse en los campos de las haciendas, para que fluyera hacia la ciudad de México. Allí, los precios cayeron a partir de la década de 1730 y se mantuvieron bajos hasta la de 1770. Los consumidores de la ciudad obtuvieron suministros copiosos y costeables.[22]

La producción de plata de la Nueva España superó los 10 millones de pesos anuales durante las epidemias de la década de 1730 y se elevó a cerca de 13 millones a principios de la de 1750. El estímulo comercial se mantuvo firme, mientras los campesinos batallaban. Entonces, la demanda china cayó y la producción de plata se estabilizó cerca de los 12 millones de pesos anuales a lo largo de la década de 1760; entre 1756 y 1763 las guerras trastornaron el comercio y llevaron al régimen a buscar nuevos ingresos.[23] Tras décadas en que la población, la producción y el comercio habían crecido en conjunto, el corazón se enfrentó a un medio siglo con declive poblacional, estancamiento comercial y presiones de ingresos.

En la década de 1760, el arzobispo de la ciudad de México ordenó que se hicieran censos que detallaran la vida en todo el centro.[24] Éstos confirman que en las zonas agrícolas fértiles (el este del valle de México, el centro del valle de Toluca, las tierras cálidas del sur) las familias indígenas aún se concentraban en repúblicas, la mayoría en aldeas periféricas. Los residen-

[20] América Molina del Villar, *La Nueva España…, op. cit.*
[21] Esta sección se basa en Molina del Villar, *Diversidad…, op. cit.*
[22] Florescano, *Precios…, op. cit.,* gráficas 10 y 13.
[23] Esas presiones se examinan en Tutino, *Making…, op. cit.,* pp. 229-260, cap. 4.
[24] Esos informes se analizan en Molina del Villar, *Diversidad…, op. cit.*

tes hispánicos vivían en las cabeceras, y en haciendas azucareras donde los esclavos y su descendencia mulata formaban núcleos de trabajadores permanentes. Los aldeanos indígenas cultivaban lo que podían y por temporadas enviaban a hombres y muchachos a cosechar azúcar, trigo y maíz. En los altos al oeste de Toluca, las personas estaban más dispersas y mezclaban el cultivo con pastoreo y trabajo en las minas cercanas. En las secas tierras del norte que rodeaban Ixtlahuaca y Atlacomulco, aproximadamente la mitad de la población vivía en repúblicas, la mitad como arrendatarios y trabajadores en las haciendas.

Entre 1736 y 1739, cuando la población del centro hacía frente a la *matlazahuatl* y luego a años de sequía, la muerte llegó puntuada por la escasez. Muchos campesinos se mudaron para sobrevivir: algunos fueron al norte y se establecieron en haciendas al norte de Toluca o en el Bajío. Otros se trasladaron al sur buscando trabajo en las haciendas azucareras que estaban reviviendo. El tifus resultó menos mortal en tierra caliente, donde la sequía era menos severa y el riego podía expandirse; el trabajo estacional en los campos de caña y las tierras dedicadas al maíz mantuvieron a muchos con vida durante años difíciles. Mientras tanto, las haciendas de los altos que sembraban maíz en años de muerte y sequía lamentaban la escasez de mano de obra. Transcurridos los años de desafíos, las comunidades fueron testigos de muchos (re)casamientos. Los sobrevivientes reconstruyeron sus hogares; en la década de 1760 la población comenzó a crecer nuevamente.

Durante ese desafiante medio siglo, en el centro despertaron los movimientos populares. Una oleada profundamente religiosa se difundió por las ricas zonas agrícolas que rodeaban las tierras cálidas de Chalco y Cuautla. Conforme los aldeanos se adaptaban a una tenencia de tierras reducida y a una mayor dependencia del trabajo asalariado, al tiempo que enfrentaban la tifoidea y la sequía, el arzobispo ilustrado y censista se lanzó contra los cristianismos indígenas. Retiró a muchos de los frailes que se habían adaptado a los cultos locales, remplazándolos con sacerdotes diocesanos que respondían directamente a la Catedral Metropolitana de la ciudad de México. El arzobispo y el clero trabajaron para acabar con las devociones de las comunidades, en especial con los autos sacramentales, comunes desde el siglo XVI, que invocaban la compasión de Cristo ante los sufrimientos de los aldeanos. Las comunidades y las familias negociaron, presentaron resistencia y se volvieron hacia las devociones del hogar más allá del alcance del clero. Los campesinos seguían buscando la compasión y el socorro de sus santos, a menudo en casa; se resistían a la religión "racional" que se concentraba en el pecado y la moralidad.[25]

[25] Véase el análisis detallado en Gerardo Lara Cisneros, *¿Ignorancia invencible? Superstición e idolatría ante el Provisorato de Indios y Chinos del Arzobispado de México en el siglo XVIII*, UNAM, México, 2015.

En 1760 Antonio Pérez se convirtió en un venerado hombre santo en los altos entre Chalco y Cuernavaca, con devotos en ambas cuencas. Esa región era famosa por su creatividad religiosa. Esos altos habían engendrado al Cristo de Totolapan en la década de 1540; después de que los frailes agustinos lo llevaran a la ciudad de México en 1580, un nuevo Cristo con más seguidores surgió al poniente, en Chalma. Sor Juana Inés de la Cruz creció en una hacienda en el paso entre Chalco y Cuautla a mediados del siglo XVII. Allí, Antonio descubrió su vocación y encontró congregaciones en 1760. Había sido pastor en los cerros y hablaba español y náhuatl con fluidez. Un fraile le presentó recetas para curar vinculadas con oraciones comunes y Antonio comenzó a innovar. Descubrió una imagen de la Virgen en las cuestas del Popocatépetl, el gran volcán que se erige sobre Chalco. Se convirtió en su sirviente, mientras ofrecía sanaciones y lluvias, curas para una crisis disparada por la tifoidea y la sequía. Cargaba una hostia de maíz y con ella santificaba ese alimento básico indígena. Convirtió a Dios y a Cristo en maíz y al maíz en Dios y Cristo. Se convirtió en sacerdote y profeta de un renacimiento cristiano nativo y encontró comunidades receptivas desde Chalco hasta Cuautla y más allá. En una última profecía, Antonio vio una epidemia y un terremoto que mataba a todos los españoles (la mayoría de ellos nacidos en América), mientras el Diablo se llevaba al arzobispo. El corazón pertenecería a los campesinos indígenas, que serían libres de cultivar y adorar como quisieran.[26]

El sacerdote de Yecapixtla, en los hombros del Popocatépetl, capturó a Antonio cuando predicaba ante más de 100 devotos. Los interrogatorios del profeta y de una docena de seguidores revelaron a 500 participantes activos en una región que se extendía 100 kilómetros de norte a sur, desde Chalco, a través de las montañas y a lo largo de las tierras bajas de Cuernavaca. Los arrestos y los interrogatorios terminaron con las devociones públicas; muchos sin duda continuaron con ellas en los aislados altos. Antonio y sus devotos no se oponían al cristianismo; revivieron y revisaron devociones cristianas profundamente indígenas de cara a una época difícil. Entretanto, las comunidades buscaban recursos. En 1763, San Francisco Acuautla, en las colinas que se elevan sobre Chalco, se rebeló para impulsar una disputa contra la hacienda de Zoquiapan relacionada con el acceso a los "montes": altos boscosos que permitían a las familias cortar leña, hacer carbón y sembrar pequeñas milpas. La contienda se mantuvo en las colinas y en los juzgados y dejó claras las necesidades de la comunidad, limitando el poder de la hacienda.[27] Poco después de que los aldeanos del sur del núcleo se volvieran hacia Antonio en busca de esperanza, los trabajadores de Real del Monte se rebela-

[26] Véase Serge Gruzinski, *Man-Gods in the Mexican High-Lands. Indian Power in Colonial Society, 1520-1800,* trad. Eileen Corrigan, Stanford University Press, Stanford, 1989, cap. 5.

[27] Alejandro Tortolero Villaseñor, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920,* Siglo XXI Editores, México, 2008, pp. 201-211.

ron buscando derechos laborales. La década de 1760 trajo consigo nueva vida a las minas. Don Pedro Romero de Terreros empleó capital que había ganado en el comercio de Querétaro, en el Bajío, invirtiéndolo en nuevos pozos y drenaje profundo. Los costos eran elevados; al mismo tiempo, en las décadas de 1750 y de 1760 la demanda de plata se redujo. Para continuar con las obras, Romero de Terreros disminuyó las cuotas de la mena con que se recompensaba a los trabajadores calificados y redujo los salarios de hombres que enfrentaban los peligros subterráneos. Mineros curtidos con habilidades esenciales debieron hacer frente a salarios y partes de mena más bajos. Viendo que sus salarios disminuían, los hombres de las repúblicas otomíes periféricas se rebelaron en 1766, apoderándose de las minas; mataron al administrador y casi logran capturar a Romero de Terreros. Regresaron a trabajar sólo cuando el juez de un tribunal superior, respaldado por milicias de la ciudad de México, prometió una mejor paga y obligó a Romero de Terreros a cumplir. El juez medió para reanudar la producción de plata y el empleo.[28]

Cuando las personas de todo el centro luchaban para superar las dificultades de mediados de siglo, se volcaban en renacimientos religiosos en las fértiles zonas del sur, en disputas por las tierras en los montes y en protestas laborales en Real del Monte, el crecimiento poblacional se reanudó. La producción de plata volvió a remontar después de 1770 y los conflictos por las tierras nuevamente se intensificaron. Aun así, la mayoría encontró su resolución en los juzgados (véase el apéndice, tablas A.3 y A.4). La estabilidad regresó.

Poder y desigualdad en la tierra, 1770-1810

Después de 1770, el crecimiento de las poblaciones persistía; ello intensificó las presiones experimentadas por las familias con tierras limitadas; la plata, la ciudad y la economía comercial prosperaron, generándose una nueva demanda de productos básicos y mano de obra; una combinación de heladas y sequías trajo consigo una hambruna sin precedentes en 1785 y 1786. Después, en la década de 1790, las guerras del Atlántico crearon una nueva demanda de plata, al mismo tiempo que el transporte oceánico y el comercio hacían frente a nuevas interrupciones. Lo anterior podría haber sido la receta perfecta para el conflicto y la inestabilidad social. En cambio, la vida en el corazón demostró ser extraordinariamente pacífica y, sobre todo, estable hasta 1810. La causa de ello estriba en la consolidación de las explotaciones

[28] Edith Couturier, *The Silver King. The Remarkable Life of the Count of Regla in Colonial Mexico,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2003; y Doris Ladd, *The Making of a Strike. Mexican Silver Workers' Struggles in Real del Monte, 1762-1775,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1985.

simbióticas: estructuras de desigualdad tan esenciales para las ganancias de los poderosos y la supervivencia de la mayoría.

La producción de plata en la Nueva España aumentó de 12 millones de pesos al año en la década de 1760 a 20 millones anuales a inicios de la de 1780; cayó un poco con la hambruna de 1785-1786, para elevarse y luego mantenerse entre 23 y 26 millones de pesos al año entre 1790 y 1809. Todo pasaba a través de la ciudad de México, donde la población se acercaba a los 150 000 habitantes: por mucho la ciudad más grande y más rica de América (véase el apéndice, tabla A.2). Las oportunidades de obtener ganancias eran fuertes.[29] Un puñado de grandes empresarios se quedaron con la mayoría de los beneficios de la agricultura. Ellos estaban al frente de clanes de la ciudad de México que, a lo largo de los siglos, habían invertido las ganancias de la minería y el comercio en haciendas operadas como empresas comerciales. Algunos, como los condes de Santiago, se habían mantenido firmes en la tierra desde 1600. Otros, como el conde de Regla, quien compró Santa Lucía y otras haciendas ricas de los jesuitas después de su expulsión en 1767, tomaron el capital del comercio y la minería para asegurar su riqueza en las haciendas.[30] Unas cuantas docenas de clanes poderosos operaban aproximadamente la mitad de las haciendas que obtenían ganancias abasteciendo a la capital; se enfocaban en cereales y pulque en el centro, dejando el azúcar y sus costos más elevados de capital a los mercaderes advenedizos. Muchos operaban ricas propiedades en el Bajío y en tierras secas de pastoreo en el lejano norte. Más de un centenar de familias menores, la mayor parte de las cuales también residían en la capital y estaban limitadas a propiedades más pequeñas en las cercanías, se esforzaban por competir.[31]

Entre los grandes clanes, las concentraciones de haciendas en una zona se complementaban con dispersiones estratégicas en busca de una rentabilidad duradera. Las haciendas de los Santiago en Atengo dominaban el centro y el sur del valle de Toluca; esa familia también poseía el irrigado Molino de Flores en el este, cerca de Texcoco, y producía pulque en Tulancalco, en el sur del Mezquital. Los jesuitas dominaban los alrededores de Santa Lucía, desde el noreste del valle de México, hasta El Mezquital, con lo que estuvieron al frente del viraje hacia el pulque comercial en el siglo XVIII. Además, eran dueños de San José, la principal hacienda de cereales en Chalco. Tras la expulsión de la orden en 1767, don Pedro Romero de Terreros reclamó las propiedades de Santa Lucía (para abastecer sus minas en Real del Monte), pero no San José de Chalco. El plan de los grandes clanes estaba claro: concentrarse para dominar una región o el mercado de un producto; diversificarse hacia otros cultivos y regiones.[32]

[29] Sobre la vida comercial véase Tutino, *Making…, op. cit.,* parte 2.
[30] Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.,* p. 20, tabla 1.1.
[31] *Ibid.,* pp. 30 y 41, tablas 1.3 y 1.8, cap. 1.
[32] *Ibid.,* pp. 48-86. Sobre el Bajío y el norte, véase Tutino, *Making…, op. cit.,* pp. 263-299.

En la economía más grande de haciendas que abastecían a la ciudad de México había una mezcla similar de concentración y diversificación. Un sondeo de los productos de las haciendas en el distrito diezmal de Otumba, que se extendía de las costas fértiles del lago de Texcoco en torno a Acolman y Teotihuacán, pasando por las tierras pulqueras de Otumba, a la zona ganadera alrededor de Calpulalpan, al noreste, resulta revelador. Cerca del lago, donde el riego complementaba una buena cantidad de lluvias, las haciendas se concentraban en el trigo, el maíz y la cebada, aunque también producían pulque y pastoreaban algo de ganado. Desplazándose hacia el interior y las tierras altas, conforme las tierras se volvían más secas, el trigo desaparecía, en tanto el maíz se mantenía, complementando un enfoque en el pulque, la cebada y el ganado. Más lejos del lago y los mercados de la ciudad, el maíz, el pulque y la cebada se conservaban, mientras el pastoreo dominaba; los cerdos eran la especialidad de la región (iban a pie al mercado).[33] La concentración y la diversificación sustentaban el capitalismo agrario de finales del siglo XVIII en el corazón de la Nueva España.

Las ganancias eran buenas, en especial para aquellos que poseían explotaciones grandes y diversas. Un recuento de operaciones realizado en 1782 para las docenas de haciendas que dejó don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, muestra ganancias de 8%.[34] Las cuentas de dos grandes haciendas operadas para la marquesa de Vivanco, menor de edad, entre 1800 y 1805 reportan ganancias en años de lluvias y mercados cambiantes. En la gran hacienda de cereales de Chapingo, al sur de Texcoco, las ganancias anuales variaban entre 2.5 y 10.5%, con un promedio de 6%. En Ojo de Agua, importante productor de pulque al norte de Texcoco, durante casi seis años las ganancias superaron el 7%.[35]

Las ganancias eran menores para los productores con un capital limitado y propiedades más pequeñas y menos diversificadas, quienes solían mantenerse más cerca del 5% que cobraban los banqueros eclesiásticos por los fondos hipotecarios que los profesionales en apuros aprovechaban para ingresar a la economía de haciendas. Aun así, los empresarios terratenientes, grandes y pequeños, obtenían ganancias y vivían con prosperidad en la ciudad capital a la que sostenían.[36]

La vida era radicalmente distinta en las repúblicas del centro. Los testamentos de las comunidades del valle central de Toluca, donde los aldeanos competían con las haciendas de los condes de Santiago en Atengo, documentan una concentración continua de tierras entre los hombres y una minoría

[33] Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.,* p. 304, tabla 6.1.

[34] *Ibid.,* pp. 78-79, 169, tablas 2.5 y 3.10.

[35] *Ibid.,* pp. 171-173, tablas 3.11 y 3.12.

[36] Las vidas económicas y sociales de los empresarios de la ciudad de México se detallan en John Tutino, *Mexico City, 1808. Power, Sovereignty, and Silver in an Age of War and Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2018, caps. 2 y 3.

de mujeres después de 1770. Las propiedades de las familias se reducían con cada generación; cada vez más personas heredaban poco o nada. Los hombres continuaban cultivando, en la mayoría de los casos tres parcelas dispersas o menos. Las mujeres seguían haciendo y vendiendo pulque, y comerciaban en los mercados locales.[37] Una minoría de notables, con frecuencia funcionarios de las repúblicas y líderes religiosos, prosperaban; la mayoría de las familias batallaban por sobrevivir.

No obstante, muchas repúblicas, en especial las cabeceras, poseían tierras no asignadas a familias, que se usaban para obtener ingresos destinados al gobierno local y las fiestas religiosas. Algunas eran cultivadas con mano de obra comunitaria y los productos obtenidos se vendían para financiar asuntos de la comunidad. A menudo, las tierras eran rentadas a familias hispánicas para que las operaran como ranchos, a fin de obtener algunas ganancias mientras pagaban rentas que financiaban los consejos locales y sus actividades. Un sondeo de la región de Texcoco en 1809 indicaba que cuatro grandes pueblos obtenían ingresos de tierras rentadas: Texcoco ganaba 1 010 pesos al año, Tepetlaoxtoc 283 pesos sólo por la renta de tierras, Papalotla conseguía 164 pesos y Chiautla 80 pesos de la renta de tierras y los pagos de agua.[38]

Hacia 1800, en la jurisdicción de Otumba, las cuatro cabeceras reportaron rentas de tierras, ventas de maíz y de pulque. La vieja cabecera de Otumba no era la más rica en tierras ni en ingresos. Esa distinción pertenecía a Axapusco, que anualmente obtenía 770 pesos en ventas de pulque, 522 pesos en rentas de tierras y 40 pesos en ventas de maíz, registrando un ingreso total de 1 332 pesos. Otumba declaró obtener 236 pesos en rentas de tierras, 150 pesos en ventas de pulque y sólo 60 pesos del maíz: un total de 446 pesos. Ostoticpac recaudó 434 pesos, la mayor parte correspondiente a 284 pesos de rentas. La más pobre entre las cuatro, Cuautlanzingo, sólo ganó 210 pesos, tres cuartas partes de los cuales provenían del maíz. Todas las repúblicas de Otumba usaban tierras comunitarias para obtener ganancias corporativas, mientras muchas familias luchaban por sobrevivir.[39]

Los registros de tres de las cuatro muestran que en 1794 las rentas beneficiaron a rancheros hispánicos estrechamente vinculados a los notables de la comunidad. Axapusco rentaba a 15 arrendatarios; Otumba a nueve, Ostoticpac a cinco; éstos sembraban de menos de una a casi 10 fanegas de maíz y pagaban rentas de 10 pesos por fanega en promedio. La siembra de una fanega mantenía fácilmente a una familia, pues los productos daban un rendi-

[37] Una vez más véase Pizzigoni, *The Life…, op. cit.*

[38] AGN, AHH, vol. 397, exp. 3, 1809; el informe se encuentra en John Tutino, "La estructura agraria en el valle de México, 1600-1800", en María Teresa Jarquín Ortega y Manuel Miño Grijalva (coords.), *Historia general ilustrada del Estado de México,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2011, p. 511, fig. B.2.

[39] AGN, AHH, vol. 376, exp. 4; vol. 386, exp. 4 y 8, 1791-1794; vol. 440, exp. 4, 1787-1789; los totales se encuentran en Tutino, "La estructura agraria…", *op. cit.,* p. 514, fig. B.3.

miento de entre 50 a 100 por uno y una familia consumía entre 10 y 15 fanegas al año. La mayoría de los arrendatarios eran productores comerciales modestos, que mantenían con facilidad a sus familias y obtenían pequeñas ganancias en los mercados regionales.[40] Algunos eran miembros de familias locales de notables; otros pertenecían a familias hispánicas residentes, algunos clasificados como españoles y otros como mestizos. Los funcionarios de las repúblicas se rentaban tierras a sí mismos, a familiares y aliados que no tardarían en convertirse en familiares. Las élites comunitarias se hispanizaron: usaban apellidos españoles y hablaban español y náhuatl (u otomí); producían para su sustento y para los mercados, contratando hombres y muchachos de la localidad en sus tierras, al tiempo que organizaban a los mismos plebeyos para trabajar en las haciendas cercanas. La renta de tierras corporativas reforzaba a las élites locales, que vinculaban a las comunidades, sus tierras y su trabajo a la economía concentrada en la ciudad de México.[41]

Mientras tanto, se profundizaron las desigualdades y la escasez de tierra se propagó. San Gregorio Cuautzingo (su modesta iglesia se muestra en la figura III.2) se ubicaba junto a San José de Chalco, en la llanura del mismo nombre, que seguía siendo el principal granero de la ciudad de México. Una demanda judicial dio lugar a una agrimensura de las tierras comunitarias, a su redistribución y a una segunda medición. En 1790, 112 hogares tenían un total de 224 parcelas de tierras de cultivos: por hogar había dos parcelas "disponibles", además de los terrenos de casas con huertos. No obstante, las generaciones de crecimiento poblacional y las herencias llevaron a una distribución desigual. Cuatro hogares favorecidos poseían entre cinco y siete terrenos cada uno, lo que permitía una modesta comodidad. Poco más de la mitad de la comunidad, 67 hogares, tenía entre dos y cuatro parcelas. Cuatro terrenos producían el sustento básico; las tres parcelas trabajadas por 40 familias producían menos de un año de alimento; dos parcelas eran claramente insuficientes. Cinco hogares tenían un lote para su casa y una parcela, y 27 sólo un lote y un huerto. Nueve familias no tenían nada, ni lote en casa ni huerto ni tierra para sembrar. Si se incluyen los lotes con huertos, más del 90% de la comunidad tenía algo de tierra; menos de 70% sembraba tierras de cultivo. Sólo cuatro hogares tenían suficiente para lograr un sustento abundante. La gran mayoría debía buscar ingresos complementarios. Una amplia minoría obtuvo poco o nada de las tierras comunitarias (véase el apéndice, tabla A.5).

Después de la agrimensura de 1790, el juez ordenó una redistribución; hubo protestas e impugnaciones. Una medición realizada en 1800 revela el porqué: San Gregorio había crecido hasta tener 127 hogares. La nueva agri-

[40] La lista completa se encuentra en Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.,* pp. 266-267, tabla 5.7.
[41] *Ibid.,* caps. 5-7; Martin, *Rural Society…, op. cit.;* Pizzigoni, *The Life…, op. cit*.

FIGURA III.2. *Una comunidad trabada en explotaciones simbióticas: la iglesia de San Gregorio Cuautzingo.*

mensura enlistaba la tenencia de tierra por área, no por parcelas, documentando cuán pequeñas eran las parcelas. En 1800, ninguna familia tenía una hectárea completa de tierra. Siete tenían entre 0.8 y 0.9 hectáreas, aproximadamente 80 áreas cada una; otras dos tenían entre 60 y 80 áreas. La redistribución llevó a una nueva concentración o se produjo la intervención del efecto concentrador de las herencias. En ese momento, nueve hogares favorecidos tenían suficiente tierra para lograr un sustento sólido. La reasignación también llevó a un mayor reparto en el medio: en 1800, 34 familias trabajaban entre 0.3 y 0.6 hectáreas; otras 35 tenían apenas entre 0.1 y 0.3. La mayoría podía cultivar una parte más o menos importante del sustento, pero nunca el sustento completo. Un grupo de 30 enlistadas como poseedoras de "poco" sin duda sólo tenían los terrenos de sus casas, en comparación con las 27 que existían previamente. El calificador "poco" muestra que los lotes de casas en San Gregorio, como los de Toluca, se habían subdividido a lo largo de los años para proveer a una población creciente y para 1800 sólo permitían pequeños huertos. Después de la redistribución, quienes carecían de tierras aumentaron de nueve a 13 hogares. Los que poseían "poco" o nada constituían un tercio de los hogares de San Gregorio en 1800 (véase el apéndice, tabla A.6).

Ese tipo de agrimensuras y redistribuciones eran poco comunes. El resultado de San Gregorio sugiere el porqué. El poder de los notables locales perduró. Unos cuantos presionaron para que hubiera una redistribución y sólo ellos ganaron. La distribución hacia arriba llevó a un mayor reparto de la insuficiencia en el medio; la carencia de tierras se extendió en la base. Mientras la población crecía, la tierra no podía hacerlo. La mayoría sembraba algo de maíz, chile y frijol, rara vez lo suficiente para el sustento familiar. Cada vez más personas tenían pocas tierras o ninguna. En San Gregorio, como en el resto del centro, después de 1770 la mayoría de las familias debieron buscar el sustento fuera de sus tierras. Muchas comunidades contaban con "montes", tierras boscosas en las que los residentes cortaban leña, hacían carbón, recolectaban un poco, quizá sembraban una milpita. Las mujeres sangraban el maguey y hacían pulque, vendiéndolo a sus vecinos; hacían telas para vestir y vender en los mercados locales. Todo lo anterior era posible gracias a las tierras comunitarias, sin importar cuán mal distribuidas estuvieran. Con todo, la producción de una comunidad rara vez era suficiente, lo que obligaba a hombres y muchachos a trabajar a cambio de salarios en las haciendas que prosperaban a su alrededor.

El trabajo como explotación simbiótica, 1770-1810

Mientras las haciendas expandían su producción para alimentar a la ciudad y obtener ganancias, la gran mayoría de los habitantes del centro vivían en repúblicas con tierras cada vez menos adecuadas para las poblaciones en crecimiento. Sus necesidades pusieron a disposición de las haciendas mano de obra flexible, costeable, que se negociaba de formas que volvían simbióticas, explotadoras y, por lo general, estables las relaciones entre haciendas y comunidades.

La concentración de la población en las repúblicas está documentada en cuatro jurisdicciones del valle de México para 1790.[42] Iztapalapa, al sur de la ciudad de México, cerca de Culhuacán, en una zona de cultivo chinampero a lo largo del canal que entregaba productos de Chalco y las cuencas azucareras del sur. Allí, 94% de la población (un tercio clasificada como española) vivía en el pueblo y sus aldeas, y sólo 6% lo hacía en pequeñas haciendas. Al oriente, en Chimalhuacán Chalco, entre Texcoco y Chalco, 93% de una población cuyo 94% era indígena vivía en comunidades. Al norte, en Huexotla, cerca de Texcoco, 91% de una población cuyo 96% era indígena residía en comunidades. En cambio, en Calpulalpan, al noreste de Otumba, en el seco borde del centro, menos de 60% vivía en repúblicas (73% era indígena). En-

[42] AGN, AHH, vol. 672, exps. 1 y 9, 1792; vol. 675, exp. 11, 1793; los conteos totales se reproducen en Tutino, "La estructura agraria…", *op. cit.,* p. 510, fig. A.3.

tre el 40% que vivía como arrendatario y empleado de haciendas, 63% era indígena.

Las diferencias en las condiciones ecológicas y las orientaciones económicas daban forma al centro. En las fértiles zonas dedicadas a cereales en los valles central y sureño de México y Toluca, los residentes de haciendas eran pocos. Los productores que abastecían de granos a la capital reclutaban a casi todos sus trabajadores de las repúblicas cercanas. En la zona pulquera del noreste del valle de México y El Mezquital, las haciendas también reclutaban trabajadores de las repúblicas cercanas, aunque de manera más esporádica y en cantidades menores. En las zonas más secas del norte del valle de Toluca, en el norteño Mezquital y hasta Calpulalpan y Apan, donde la tierra arable era escasa y la distancia impedía vender pulque a la capital, las haciendas se dedicaban al pastoreo de ganado, cultivando sólo donde la irrigación lo permitía. Allí, las haciendas reclutaban a poblaciones de residentes, a menudo arrendatarios, pero seguían siendo minorías. Al sur, las haciendas azucareras de las cuencas cálidas y con frecuencia irrigadas de Cuautla y Cuernavaca también mantenían minorías nucleares de trabajadores residentes, algunos aún esclavizados, la mayoría mulatos libres, descendientes de esclavos y mujeres nativas.[43] La mezcla de cultivo y refinería que hizo de la caña de azúcar una agroindustria exigía más trabajadores permanentes. Aun así, la mayoría de los hombres que sembraban caña y proporcionaban mano de obra en las temporadas de cosecha y molienda venían de las repúblicas cercanas.

El cultivo comercial exigía minorías de empleados permanentes, en su mayor parte personal calificado encargado de la supervisión, más en el sector del azúcar, pocos para los cereales y muy pocos para el pulque. Los trabajadores estacionales hacían la mayor parte del trabajo: hombres y muchachos contratados para trasplantar maguey y sembrar y cosechar trigo, maíz y caña de azúcar. Las necesidades de temporada se presentaban en ciclos de años en las haciendas pulqueras; de meses en las propiedades de cereales y azucareras. Al emplear trabajadores temporales, las haciendas maximizaban las ganancias. Al pagar jornales a hombres y muchachos para complementar el cultivo en tierras comunitarias cada vez menos adecuadas, el empleo estacional permitía a los hombres fortalecer las aserciones patriarcales, mientras las familias seguían viviendo en las repúblicas.

Antes de concentrarnos en la mano de obra estacional que era el eje de la explotación simbiótica, resulta revelador echar un vistazo a las vidas y las ganancias de los pocos trabajadores dependientes de largo plazo en las haciendas del centro. Las cuentas de las haciendas muestran la existencia de tres tipos: sirvientes, empleados de cultura hispánica y con frecuencia de linaje

[43] Lo anterior se documenta en Martin, *Rural Society…, op. cit.,* y Molina del Villar, *Diversidad socioétnica…, op. cit.*

mestizo; tlachiqueros, hombres indígenas que sangraban el maguey y fermentaban el pulque, y gañanes, jornaleros nativos residentes a los que se solía permitir usar pequeñas parcelas de tierra. Ellos desempeñaban papeles diferentes y ganaban remuneraciones diferentes en las distintas cuencas.

Los "sirvientes" eran administradores menores, supervisores de campo, pastores, arrieros y carreteros, y artesanos calificados como herreros y carpinteros. El término "sirviente" no se traduce como *servant* al inglés (los sirvientes del hogar eran *criados*). También conocidos como "dependientes", el equivalente más cercano en inglés es *employee* (empleado). Eran pocos y disminuyeron conforme el ganado, que exigía cuidados constantes, se trasladó hacia el norte después de 1700. Pilares, una pequeña hacienda cercana a Acolman dedicada a los cereales, empleó a 20 hombres durante cinco años en la década de 1790, para proveer un promedio de siete sirvientes más o menos permanentes. Ganaban salarios de tres pesos al mes, más dos reales y una cuartilla de maíz a la semana, lo que generaba un total anual de 50 pesos y 12 fanegas de maíz (el alimento básico no se cobraba). Ése era el sustento básico de una familia en las zonas rurales del centro. Sin embargo, sólo un hombre sirvió en Pilares durante los cinco años; los demás iban por un año o dos y luego seguían su camino.[44]

El trabajo como sirviente era un paso hacia la hombría entre una minoría hispánica rural que trabajaba en los ranchos (que solían rentar de las repúblicas indígenas) y operaba recuas de mulas. Para atraer a jóvenes hispánicos, las haciendas ofrecían adelantos de salarios o maíz. Retenerlos resultaba difícil, algo documentado en las cuentas de Pilares. Reclamar los adelantos solía ser imposible. Las propiedades de los Santiago en Atengo tenían un gran número de sirvientes, docenas en haciendas dispersas entre las comunidades de la cuenca de Toluca. Cuando las propiedades pasaron a una nueva generación en 1800, se presentó una disputa, pues ningún heredero aceptó las deudas pendientes de los sirvientes. Eran imposibles de cobrar y no garantizaban el trabajo, la dependencia ni la permanencia. Los sirvientes continuamente seguían su camino y conservaban los adelantos que los operadores consideraban un costo de operaciones, uno que desafortunadamente tenían que asumir.[45] El trabajo como sirvientes proporcionaba un ingreso constante a un puñado de hombres hispánicos del centro, garantizándoles el maíz para mantener a sus jóvenes familias hasta que pudieran encontrar un rancho y ofrecer servicios de transporte.

Los tlachiqueros, a quienes con frecuencia también se llamaba sirvientes y dependientes, eran más escasos que los sirvientes y sólo hombres in-

[44] Los conteos de Pilares y Tlalteguacán se encuentran en AGN, Vínculos, vols. 53-55; los registros de trabajo de sirvientes y las ganancias se analizan en Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.*, pp. 308-310.

[45] Lo anterior es una síntesis de la discusión detallada que aparece en Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.*, pp. 306-313.

dígenas recibían ese título. Cuando los operadores de haciendas destacadas se hicieron cargo de la producción de pulque y su venta en el siglo XVIII, convirtieron las tierras de pastoreo del noreste del valle de México y el sur del Mezquital en campos de maguey, contratando cuadrillas de hombres y muchachos de las aldeas por algunos meses para que hicieran el trasplante. Usaron su poder financiero y sus conexiones políticas para obtener algo cercano a un monopolio de las pulquerías de la ciudad de México. No obstante, la habilidad de sangrar el maguey para obtener su savia (tlachique) y fermentarla para hacer pulque siguió siendo monopolio de los indígenas. Las mujeres de comunidades nahuas y otomíes del centro hacían pulque y lo vendían localmente. Las suposiciones de los empresarios españoles los llevaron a insistir en que los hombres indígenas hicieran el trabajo en las haciendas comerciales. Dividieron sus propiedades en ranchos, cada uno de los cuales ocupaba a entre uno y tres tlachiqueros que sangraban el maguey, fermentaban el tlachique para obtener pulque en un tinacal y lo enviaban rápidamente a las pulquerías.

En Pilares, dos tlachiqueros permanecieron durante los cinco años de las cuentas. Ganaban 12 reales (1.5 pesos) a la semana y, por consiguiente, 65 pesos al año, más 12 fanegas de maíz. Los tlachiqueros eran indígenas que poseían habilidades esenciales para el sector más rentable de la economía de las haciendas; obtenían ingresos en metálico superiores a los de la mayoría de los sirvientes hispánicos, además de raciones de maíz. Los tlachiqueros eran pocos, por lo que los empresarios podían costearlos. En las zonas secas, donde nahuas y otomíes enfrentaban el crecimiento poblacional, tierras limitadas y pocas oportunidades de obtener ganancias más allá del trabajo esporádico de trasplantar el maguey, los tlachiqueros permanecían en el trabajo, mientras sus familiares experimentaban dificultades en las aldeas cercanas.[46]

Los gañanes (trabajadores indígenas y familias que vivían de modo permanente en las haciendas) eran más numerosos que los sirvientes hispánicos y los tlachiqueros nativos del centro, aunque seguían siendo una pequeña minoría. Un censo de la intendencia de México hecho en 1793 reportaba que 15% de la población indígena fungía como gañanes, pero la jurisdicción se extendía hacia el norte hasta San Juan del Río y Querétaro, regiones del Bajío en que la mitad de los nativos, la mayoría de ellos otomíes, vivían en haciendas.[47] En el centro, menos de 10% de los nativos vivían como dependientes de haciendas; la mayoría lo hacía en propiedades grandes, cerca de las márgenes, en tierras elevadas o en las zonas secas del norte.

Muchas de las haciendas del centro, quizá la mayoría, carecían de gañanes. Una propiedad cercana a la ciudad de México reportó 29 cabañas para

[46] *Ibid.,* pp. 308-310.

[47] Véase Tutino, *Making…, op. cit.,* en especial caps. 1 y 7.

gañanes, y otra 43; las grandes propiedades de Chapingo y Atengo incluían a algunos más. En el sur del Mezquital, las haciendas adyacentes a Temoaya y Tulancalco reportaban 25 familias de gañanes cada una, lo que daba un total de 212 residentes nativos. En 1810, los gañanes de Tulancalco ganaban 1.5 reales al día, mientras que los hombres reclutados en aldeas cercanas obtenían dos; todos compraban maíz a precios de mercado; ninguno tenía garantizado trabajo todo el año.[48] Los gañanes eran una minoría sin tierras que se enfrentaba a la dependencia con una seguridad limitada y a quienes se pagaba menos que a los jornaleros. Algunos eran descendientes de familias que buscaron seguridad como residentes de haciendas mucho tiempo atrás; otros se habían volcado hacia las haciendas durante la época de disrupción de mediados del siglo XVIII.[49] Los hombres que poseían algo de tierra solían quedarse en las aldeas y cultivaban lo que podían, al mismo tiempo que obtenían salarios por trabajo estacional.

La correspondencia entre los empresarios de la ciudad de México y los administradores de las haciendas detalla la manera en que los notables locales operaban como capitanes de cuadrillas, que organizaban grupos de trabajo y negociaban el trabajo y los salarios. Los capitanes conseguían estipendios para ellos y jornales más altos para los trabajadores. La organización de la mano de obra estacional reforzaba el poder y la prosperidad de los notables de las aldeas, al tiempo que mantenía los jornales de los aldeanos por encima de los de los gañanes dependientes. Muchos capitanes negociaban vínculos estables entre haciendas que necesitaban trabajadores y hombres y muchachos de las aldeas que necesitaban jornales para sostener a sus familias y las prerrogativas patriarcales.[50] Esas relaciones no estaban libres de tensiones y conflictos periódicos, pero, antes de abordar esas disputas y negociaciones, los conteos laborales de Pilares y Tlalteguacán en la década de 1790 (únicos en su supervivencia) nos permiten observar con mayor detalle la demanda de mano de obra estacional de las haciendas y la manera en que cientos de hombres y muchachos de las aldeas asumieron el trabajo.

De 1791 a 1795, 342 hombres y muchachos trabajaron en Pilares, la mayoría por menos de cuatro semanas al año. A partir de 1797 y hasta 1800, 77 trabajaron en Tlalteguacán por periodos igualmente cortos. La demanda de mano de obra era estacional; los aldeanos la satisfacían con una irregularidad flexible. A principios de la década de 1790, Pilares contrató aproximadamente 150 jornaleros cada año: 80 trabajaban 20 días o menos, 40 entre 21 y 80 días, 17 entre 81 y 140 días, nueve entre 141 y 200 días, y sólo dos más de 200 días. Los adultos sobrepasaban a los jóvenes en una relación de dos a uno. Ya que se suponía que eran cabezas de familia capacitadas, los hombres ganaban dos reales al día. Los jóvenes que estaban aprendiendo y completa-

[48] Véase detalle y fuentes en Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.,* pp. 312-316.
[49] Molina del Villar, *Diversidad socioétnica…, op. cit.*
[50] Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.,* p. 319.

ban las ganancias de sus padres ganaban en una escala que comenzaba en medio real al día y se elevaba a uno y luego a un real y medio según adquirían experiencia, edad y responsabilidad.[51]

En Tlalteguacán, que tenía campos más pequeñas y menos trabajadores en tierras más secas, la demanda de mano de obra era similar, como también los jornales. Entre el promedio de 32 trabajadores contratados cada año, 21 de ellos se presentaban por 20 días o menos, nueve trabajaban entre 21 y 140 días, y sólo dos trabajaban más de 140 días. En Tlalteguacán, los hombres adultos proveían más de 75% de la mano de obra; los muchachos eran menos numerosos y nunca se contrataban por más de 140 días. Las haciendas podían usar a trabajadores estacionales para satisfacer necesidades de mano de obra que cambiaban durante el ciclo de cultivo. La mayoría de los que trabajaban menos de 20 días llegaban para la cosecha; los empleados por entre 20 y 80 días lo hacían para la siembra de primavera, las semanas de cultivo durante el verano y la cosecha de otoño. Quienes eran empleados por más tiempo, de manera notable los pocos que trabajaban más de 140 días, se unían durante todo el ciclo agrícola y en diversos proyectos de construcción y reparación, y su número era muy reducido.

La variación en las necesidades laborales de las haciendas permitía que hombres y muchachos de las aldeas trabajaran más o menos, según variaban las necesidades familiares. Los pocos que trabajaban todo el año carecían de tierras o tenían pocas. Aquellos que llegaban sólo por unos días o semanas durante la época de cosecha ganaban efectivo para complementar cosechas familiares sólidas. A medida que variaban las tierras familiares de adecuadas a limitadas o inexistentes, los hombres y muchachos de las aldeas trabajaban para ganar complementos proporcionales a las necesidades del hogar.

Para satisfacer la demanda anual de aproximadamente 150 trabajadores, 342 hombres y muchachos diferentes fueron a Pilares en cinco años. Los trabajadores estacionales que vivían en aldeas, a los que se pagaban reales en efectivo y nunca se ofrecían adelantos que pudieran crear deudas, eran los únicos trabajadores a los que se llamaba "peones" en las cuentas. Llegaban a pie. El número más grande, 108 hombres y 54 muchachos, casi la mitad del total, sólo fue una vez en cinco años y sólo para trabajar en la cosecha. Es probable que hayan pertenecido a grupos que habían negociado trabajar en haciendas diferentes a lo largo de los años. Otros 52 hombres y25 muchachos también fueron sólo para las cosechas, pero regresaron durante dos o tres de los cinco años y trabajaron algunos días más cada año. Vivían en comunidades próximas donde los notables habían construido vínculos cercanos con Pilares. Lo mismo ocurría con los pocos que trabajaban más cada año y

[51] Una vez más, las cuentas se encuentran en AGN, Vínculos, vols. 52-54; el análisis que se resume aquí se presenta con mayor detalle en Tutino, "Creole Mexico…", *op. cit.*, pp. 319-336, tablas 6.2-6.6.

fueron durante cuatro o cinco años. Cuanto más trabajaban los aldeanos, más dependían de Pilares y más regresaban. Sólo dos adultos y tres muchachos trabajaron todo el año; sólo los adultos se quedaron los cinco años. La flexibilidad y la movilidad de los trabajadores eran la norma.

Las remuneraciones de los trabajadores también resultan reveladoras. A los jornaleros se les pagaba semanalmente y en efectivo; podían usar una parte de sus salarios para comprar maíz (a precios de mercado). Aquellos que sólo iban a la cosecha recibían pequeños sueldos en efectivo (entre dos y tres pesos los hombres; uno o dos los muchachos) y compraban pequeños complementos de maíz (normalmente, menos de media fanega). En cambio, los pocos hombres que trabajaban todo el año ganaban un promedio de 55 pesos al año y compraban casi 12 fanegas de maíz (un soporte básico para los hogares rurales). Los hombres de las aldeas que trabajaban en Pilares por más tiempo que durante la cosecha, pero menos de tiempo completo, ganaban entre 20 y 70% del sustento familiar en efectivo y maíz, y regresaban durante varios años.

Las cuentas de Tlalteguacán entre 1797 y 1800 muestran patrones de trabajo similares (sin que detallen las compras de maíz). La gran mayoría iba por una cosecha y ganaba sueldos pequeños: un promedio de 2.7 pesos para los hombres; 1.5 para los muchachos. Los pocos que trabajaban más cada año, regresaban durante varios años; muy pocos trabajaban cerca de tiempo completo para ganar salarios de alrededor de 45 pesos al año. Tlalteguacán ofrecía menos trabajo; los hombres que necesitaban algo más que salarios de cosecha buscaban trabajo más regular en haciendas más grandes, como Pilares. Aun así, el trabajo temporal, las grandes variaciones en los días trabajados y la movilidad prevalecían en ambas propiedades. Ese tipo de relaciones laborales atendía las necesidades de flexibilidad de las haciendas, y permitía a hombres y muchachos de las aldeas trabajar según lo necesitaban para complementar el cultivo.

El trabajo de los muchachos en Pilares revela más. Quince jóvenes aparecieron durante dos o más años y progresaron a través de dos o más de los niveles de jornales, que comenzaban en medio real al día para los más jóvenes y llegaban a dos reales con la adultez. Sus historias laborales muestran patrones de crecimiento: los muchachos, que apenas ganaban medio real al día trabajaban casi 150 días al año y ganaban menos de 10 pesos (que seguía siendo un complemento significativo para la familia). Conforme aumentaba su edad y su experiencia y obtenían ingresos más altos, reducían el número de días trabajados. El aumento a un real al día permitía a los muchachos trabajar sólo un poco más de 100 días, pero ganaban ingresos que se elevaban a más de 13 pesos. Otros aumentos llevaban a una reducción en los días de trabajo y a ganancias un poco mayores: ganando un real y medio trabajaban un promedio de 80 días y obtenían casi 15 pesos; al llegar al salario adulto de dos reales al día, los muchachos que estaban en proceso de conver-

tirse en hombres reducían los días de trabajo a menos de 60 y ganaban un poco más de 14 pesos al año; al obtener tierras y comenzar una familia, el trabajo estacional asalariado se convertía en un complemento adulto. En poco tiempo, un hijo empezaría a trabajar por medio real al día para complementar la cosecha, los jornales y las compras de maíz de un padre joven. El ciclo de sustento familiar basado en la comunidad y vinculado a las haciendas continuaba.

El registro de las compras de maíz que hicieron los casi 350 hombres y muchachos que trabajaban en Pilares muestra otro lado de la relación: la seguridad de sustento a cambio de un precio. La hacienda vendía ese producto básico a los trabajadores al precio de mercado, por lo que obtenía ganancias vendiendo maíz a los hombres y muchachos que lo cosechaban. Los trabajadores calibraban las compras según variaban los precios con la sequía y la escasez, con lo que negociaban la mezcla de autonomía, dependencia y seguridad que venía con la mezcla de cultivo y trabajo estacional.

De enero de 1791 a agosto de 1793 las lluvias fueron buenas, el cultivo abundante y los precios bajos. Pilares vendía maíz a los trabajadores a tres reales por cuartilla (12 reales por fanega). La mayoría de los adultos gastaban un cuarto de sus ganancias semanales en maíz. Cuando las lluvias se volvieron escasas y la cosecha de 1793 se redujo, Pilares elevó el precio a cuatro reales por cuartilla. Los trabajadores respondieron gastando 36% de sus ingresos en compras incrementadas de maíz y redujeron su paga en efectivo con miras al futuro. Cuando las lluvias no llegaron en abril de 1794, Pilares volvió a elevar el precio, en esa ocasión a cinco reales. Los trabajadores pagaban más del 40% de los jornales de una semana por una cuartilla de maíz, reduciéndose a esa cantidad básica. Ya no podían costear protegerse para el futuro. La sequía continuó en agosto de 1794, confirmando otra cosecha fallida; Pilares elevó el precio del maíz a seis reales, lo que reclamaba la mitad de las ganancias semanales para comprar una cuartilla. Los trabajadores volvieron a hacer recortes y gastaban sólo un tercio de sus salarios en compras reducidas de maíz. ¿Habían acumulado suficiente para alimentar a sus familias? No podemos saberlo. La vida era difícil para los habitantes de las aldeas en los meses de escasez; mientras tanto, Pilares y otras haciendas ganaban del maíz que los hombres y muchachos de la aldea sembraban y cosechaban.

La explotación simbiótica regía. Las haciendas no podían obtener ganancias sin la mano de obra estacional, flexible y costeable de los aldeanos del centro. Las familias de las aldeas que se enfrentaban a la reducción en la tenencia de tierra no podían sobrevivir sin los salarios y el maíz que ganaban con su trabajo en las haciendas cercanas. El vínculo era simbiótico: las haciendas no podían obtener ganancias sin los aldeanos y éstos no podían sobrevivir sin las haciendas. También era explotador: las élites tenían ganancias y vivían en el lujo, o al menos cómodas; los aldeanos batallaban en los

buenos tiempos y hacían frente a carestías costosas, en ocasiones mortales, en los años de sequía.

La explotación simbiótica reforzaba el patriarcado en el hogar. A medida que las tierras se volvieron escasas de cara al crecimiento poblacional, los patrones de herencia concentraron las propiedades entre los hombres. Conforme una disminución del cultivo llevó a un aumento de las necesidades de salarios y compras de maíz, las haciendas del corazón (y los capitanes de los trabajadores en las aldeas) sólo ofrecían trabajo a hombres y muchachos. Los hombres dominaban el cultivo y monopolizaban el acceso al dinero y el maíz. Una conversación recurrente negociaba las relaciones de género: los hombres reclamaban el derecho a dominar a sus esposas y sus hogares porque proveían el sustento; las mujeres respondían que aceptarían el gobierno de los hombres si éstos proveían. Los debates y las tensiones ocurrían en casas, plazas y juzgados.[52] Mientras tanto, la explotación simbiótica llevaba a los hombres de las aldeas a trabajar por temporadas en las haciendas, fortaleciendo el gobierno del hogar, mientras las desigualdades y las explotaciones se profundizaban. Las relaciones de explotación simbiótica que negociaban los administradores de las haciendas y los notables de la comunidad reforzaban el poder patriarcal (también una explotación simbiótica) negociado entre esposos y esposas, con lo que solidificaban la estabilidad social en una época en que las polaridades materiales se volvían cada vez más hondas.

La negociación de las explotaciones simbióticas, 1770-1810

La estabilidad social que sostenía el capitalismo de la plata en el corazón dependía de complejas negociaciones. Los crecientes conflictos relacionados con la tierra entre las haciendas y las comunidades, así como entre las aldeas, iban a juzgados cuyo objetivo era encontrar soluciones pacificadoras (los números se documentan en el apéndice, tabla A.4). Cuando las disputas no podían resolverse localmente, los disturbios solían enviarlos a los tribunales superiores, que mediaban en las resoluciones. Cuando los programas de reforma religiosa "ilustrada" pusieron en riesgo las devociones de las comunidades, los sacerdotes negociaron para mantener la paz cultural, además de los papeles que desempeñaban y sus ingresos.[53] Las mujeres estuvie-

[52] Lo anterior se detalla en Steve Stern, *The Secret History of Gender. Men, Women, and Power in Late Colonial Mexico,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995 [*La historia secreta del género. Mujeres, hombres y poder en las postrimerías del periodo colonial,* trad. Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1999].

[53] William Taylor detalla las mediaciones judiciales y clericales en *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Stanford University Press, Stanford, 1979, y en *Magistrates of the Sacred.Priest and Parishioner in Eighteenth-Century Mexico*, Stanford University Press,

ron al frente de muchos disturbios; constituían una mayoría en las multitudes de gran parte de las protestas en los pueblos. Cuando los hombres no respaldaban sus aserciones patriarcales con provisiones sólidas o se volvían violentos, las mujeres acudían a aliados de la familia y a juzgados locales buscando reparación.[54]

De igual importancia para la estabilidad social después de 1770 fueron las negociaciones entre empresarios terratenientes, administradores de las haciendas, capitanes de trabajadores de la comunidad y habitantes de las aldeas que necesitaban trabajo y jornales. Entre las negociaciones cotidianas del poder en el hogar y los vuelcos periódicos hacia los juzgados en busca de mediación judicial, las negociaciones de la explotación simbiótica sostuvieron el capitalismo de la plata en esa época.

Esas negociaciones no sólo abordaban el trabajo. Para atraer y recompensar a los capitanes y a los trabajadores de las aldeas, las haciendas solían abrir el acceso a los "montes", pasturas en tierras elevadas y bosques. Allí, los aldeanos podían pastorear animales, favoreciendo a los notables con grandes rebaños, y recolectar madera para hacer carbón, una fuente de ingreso para los más pobres. Los jesuitas permitían el acceso a los habitantes de las aldeas que trabajaban en las vastas haciendas de Santa Lucía, al noreste del valle de México, una apertura que emprendió el conde de Regla en la década de 1770.[55] No obstante, esos acuerdos podían venirse abajo. Durante la hambruna de 1785 y 1786, Otumba no envió trabajadores a una hacienda que luego les negó el acceso a los montes, lo que mandó la disputa a un juzgado.[56]

Una negociación efectiva de la explotación simbiótica se detalla en el caso de Molino de Flores, una gran propiedad cercana a Texcoco con vastas tierras irrigadas, un molino de harina y montes que se extendían hacia las tierras que se elevaban al oriente. La hacienda pertenecía al conde de Santiago y complementaba sus grandes propiedades en la cuenca de Toluca (su casa y sus oficinas centrales en la ciudad de México aparecen en la figura III.3). En las semanas de siembra y cosecha, esa finca reclutaba a 100 hombres y muchachos o más, muchos de ellos provenientes de siete aldeas ubicadas en tierras elevadas cuyos terrenos cada vez eran más insuficientes. Para facilitar la vida en las aldeas y el reclutamiento de mano de obra, Molino de Flores negoció una fusión de los montes. Los aldeanos podían pastorear animales, recolectar leña y sembrar milpas en cualquier punto de las tierras

Stanford, 1976 [*Ministros de lo Sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII,* trad. Óscar Mazín y Paul Kersey, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1999].

[54] El activismo de las mujeres se detalla en Taylor, *Drinking…, op. cit.;* y en Stern, *The Secret History…, op. cit.*

[55] Riley, *Hacendados jesuitas…, op. cit.,* pp. 267-268; sobre la transferencia al conde de Regla, PCRun, "Posesión de San Javier…1777".

[56] AGN, Tierras, vol. 2381, exp. 3, fols. 1-4, 1785.

FIGURA III.3. *Poder construido en la tierra: la casa y oficinas centrales de los condes de Santiago en la ciudad de México, siglo XVIII.*

elevadas compartidas; la hacienda pastoreaba su propio ganado, talaba madera y hacía carbón también allí, obteniendo la cooperación de los aldeanos. Ellos sabían negociar. A finales de la década de 1770, una epidemia dejó a la hacienda con trabajadores insuficientes. Los capitanes de la mano de obra exigieron un aumento a 2.5 reales al día.[57] El administrador lo pagó e informó al conde con orgullo sobre una cosecha exitosa.

En 1783 un operador joven y menos experimentado de una hacienda vecina desafió los títulos de los aldeanos sobre los montes que compartían con Molino de Flores. El conde prestó fondos a los aldeanos para que contrataran abogados y dijo a su administrador que había usado un contacto en los juzgados para asegurar la victoria de éstos.[58] En marzo de 1785, ante la amenaza de sequía y escasez, el administrador informó cómo había mantenido la paz laboral y las ganancias de la hacienda. Había ofrecido un mejor trato, cumpliendo con las necesidades de los aldeanos de maíz y sin infligir ningún castigo físico. Siempre pagaba los jornales a tiempo el sábado por la mañana, nunca los retenía hasta el domingo, permitiendo a los trabajadores y sus familias tener efectivo para gastar en el mercado dominical de Papalotla (así,

[57] PCR, vol. 75, 23 de septiembre de 1775; vol. 78, 15 de septiembre de 1776; vol. 81, 7 de diciembre de 1777; vol. 88, 31 de mayo y 22 de diciembre de 1779; vol. 101, 1º de abril y 22 de octubre de 1784.

[58] PCR, vol. 97, 16 de junio y 9 de octubre de 1783; vol. 101, 9 y 14 de noviembre de 1784.

además, complacía a los comerciantes de ese lugar). Mantenía buenas relaciones con los aldeanos tratándolos "como hijos".[59] El paternalismo reforzó el patriarcado de los hombres de la aldea. Resultó útil para un administrador con la posibilidad de pagar jornales más elevados cuando era necesario y para un poderoso conde dispuesto a defender los montes de la aldea.

Las relaciones entre las haciendas y los aldeanos también podían dar lugar a años llenos de conflictos, como ocurrió una década después en las propiedades de Santiago en Atengo, en el valle de Toluca. Allí, los aldeanos también se enfrentaban a tierras limitadas que se concentraban en unas cuantas manos, en su mayoría masculinas. Muchos dependían del trabajo estacional en las haciendas. Como era común, los líderes de las aldeas habían ganado acceso a los bosques de la hacienda a cambio de organizar cuadrillas de trabajadores, un acuerdo complementado periódicamente con otros tratos: los aldeanos podían aceptar limpiar un canal de irrigación a cambio de poder usar unos campos de cultivo.[60] El intercambio de trabajo por acceso a los montes estaba cimentado en las aldeas de Toluca, por lo que el administrador de Atengo llamaba el "repartimiento de toros": anualmente, las haciendas enviaban toros y otros tipos de ganado a los notables, a los que llamaban "caudillos", quienes patrocinaban fiestas, incluidos festines y corridas de toros. La cuenta de un caudillo podía llegar a los 1 000 pesos, pero los administradores no esperaban que se les pagara; los Santiago consideraban que financiar el poder de los notables y las fiestas de la comunidad era un costo del negocio.[61]

El conflicto se presentó en la década de 1790. En 1793, tras la muerte del conde que había gobernado por tanto tiempo, don Juan Lorenzo Gutiérrez Altamirano y Velasco, las haciendas de Atengo fueron rentadas a un español de la provincia, don Juan José Yrigoyen, mientras se determinaba la herencia. Con la mirada puesta en las ganancias a corto plazo, el arrendatario exigió que los aldeanos pagaran los toros y dinero en efectivo por el uso de los montes.[62] Varias comunidades, con San Lucas Tepemajalco a la cabeza, recurrieron al juzgado reclamando título sobre tierras que usaban desde mucho tiempo atrás. Los Santiago recuperaron el control de Atengo, pero los nuevos conflictos resultaron difíciles de contener. En ocasiones los juzgados respaldaban a las comunidades, argumentando el uso prolongado y la falta de títulos claros.[63]

[59] PCR, vol. 105, 30 de marzo de 1785.

[60] PCR, vol. 121, fol. 68, 28 de mayo, fol. 91, 12 de agosto, y fol. 102, 1º de septiembre de 1800; vol. 123, fols. 73-74, 30 de septiembre de 1801.

[61] El repartimiento y las negociaciones con caudillos se detallan en cartas en PCR, vols. 118, 121, 123 y 1799-1800.

[62] "Ayuntamientos, alcaldes y ciudadanos, 1826", Archivo del conde de Santiago, Biblioteca Nacional de México, México.

[63] PCR, vol. 118, fol. 21, 29 de marzo, fol. 27, 23 de abril, fol. 64, 17 de julio, fols. 84-85, 11 de septiembre, y fol. 110, 14 de diciembre de 1799; vol. 121, fol. 58, 7 de mayo de 1800.

En 1797, doña María Isabel Velasco y Ovando heredó Atengo como condesa de Santiago. Su hermana y administradora general, doña María Josefa, trabajó para restablecer las formas probadas.[64] Abrió tierras a los aldeanos, quienes enviaron cuadrillas de trabajadores y terminaron los tratos con aquellos que seguían demandando.[65] Ella mantuvo aliados, pero los enemigos no cedieron. La hermana de la condesa se lamentaba de los "indios en rebeldía contra la hacienda".[66] Los disturbios lastimaron a varios dependientes de la hacienda y mataron a uno. El administrador general fue atacado, aunque sólo su caballo y su dignidad salieron heridos.[67] Lo más dañino era que las haciendas no lograron reclutar aldeanos suficientes para sembrar y cosechar.[68] Las hermanas contraatacaron en los juzgados de la ciudad de México. Cuando una comunidad reclamó una parte de los montes de Atengo, los abogados de la familia disputaron los títulos sobre todas sus tierras.[69] Solían ganar ante la audiencia, donde un pariente, don Cosme de Mier y Trespalacios, era el juez principal. Una orden sentenciaba a 200 azotes y al exilio en los presidios del norte a cualquier "indio" capturado en un disturbio.[70] Esas órdenes no sirvieron de mucho para calmar los conflictos entre las aldeas de Toluca y las haciendas de Atengo.

Los grandes terratenientes y sus administradores comenzaron a ver que se estaban enfrentando a más que sólo aldeanos inflexibles en los campos y en los juzgados. Detrás de cada demanda encontraban a un español provincial.[71] Los sacerdotes de los pueblos instaban a los feligreses a reclamar tierras.[72] Un magistrado de distrito hizo lo mismo.[73] Los cultivadores-mercaderes locales promovían demandas, para obtener el uso de las tierras para sí mismos.[74] Para los Santiago, lo más frustrante era que, cuando ganaban órdenes que castigaban a los rebeldes, ordenaban la recolección de deudas o exigían que los aldeanos abandonaran las tierras disputadas, los funcio-

[64] Para un análisis de las prescripciones de la condesa y de su hermana, véase John Tutino, "Power, Class, and Family. Men, Women, and Power in the Mexico City Elite, 1750-1810", *Americas,* vol. 39, núm. 3, 1983, pp. 359-381.

[65] PCR, vol. 118, fol. 27, 23 de abril, y fol. 36, 29 de mayo de 1799; vol. 121, fol. 58, 7 de mayo, fol. 83, 23 de julio, y fol. 88, 9 de agosto de 1800; vol. 124, fol. 7, 30 de enero de 1802.

[66] PCR, vol. 121, fol. 83, 23 de julio de 1800.

[67] PCR, vol. 123, fol. 6, 17 de enero de 1800; fol. 9, 24 de enero, fol. 43, 27 de marzo, y fol. 44, 30 de marzo de 1801.

[68] PCR, vol. 121, fol. 77, 9 de julio, fol. 80, 12 de julio, y fol. 82, 19 de julio de 1800; vol. 123, fol. 55, 4 de julio, fol. 91, 20 de noviembre, y fol. 93, 28 de noviembre de 1801.

[69] PCR, vol. 121, fol. 21, 20 de marzo, fol. 62, 17 de julio, y fol. 110, 14 de diciembre de 1799.

[70] PCR, vol. 121, fol. 84, 30 de julio de 1800.

[71] PCR, vol. 121, fol. 93, 16 de agosto de 1800; vol. 123, fol. 8, 24 de enero, y fol. 48, 13 de junio de 1801; vol. 124, fol. 7, 30 de enero, fol. 87, 27 de octubre, y fol. 90, 13 de noviembre de 1802.

[72] PCR, vol. 123, fol. 50, 17 de junio, y fol. 86, 4 de noviembre de 1801.

[73] PCR, vol. 118, fol. 116, diciembre de 1799.

[74] PCR, vol. 121, fol. 75, 2 de julio, fol. 77, 9 de julio, fol. 82, 19 de julio, fols. 85-86, 2 de agosto, fol. 87, 6 de agosto, y fol. 129, 19 de octubre de 1800.

narios locales bloqueaban su implementación. Las victorias obtenidas en la ciudad de México resultaban difíciles de aplicar en las comunidades de Toluca.[75]

Con el tiempo, doña María Josefa hizo que su hermana, dueña de los títulos, y los administradores de la familia aceptaran que tenían que vivir con ese fermento de conflictos para mantener operaciones rentables en Atengo. Escribió a su administrador general que, aunque los vecinos españoles y los funcionarios pudieran ofenderlo y oponerse a los intereses de la hacienda, era necesario respetarlos.[76] Era posible oponerse a un sacerdote en conflictos relacionados con las tierras y el trabajo, y después recompensarlo con cerdos y ovejas si alguna vez actuaba en favor de la hacienda.[77] Se consideraba que el magistrado de distrito era un acérrimo oponente de los Santiago, opinión respaldada por muchas de sus acciones. Aun así, se le pidió ayudar en disputas legales y para el reclutamiento de trabajadores; dados sus cercanos vínculos con los notables de las comunidades, sólo él era capaz de proporcionar esa asistencia clave. Cuando el magistrado ayudó a los Santiago, algo en extremo poco común, también fue colmado de regalos y halagos.[78]

Con el fin de estabilizar la confrontación en Atengo y permitir que la producción continuara, don Manuel Moncada se convirtió en el principal enemigo de los Santiago y en un mediador esencial. Un español provincial, mercader, cultivador y teniente de un magistrado, respaldaba las demandas de la aldea que reclamaban las tierras de las haciendas. Presionó a los aldeanos para que redistribuyeran las tierras que tenían, con consecuencias desfavorables para Atengo y favorables para Moncada. No obstante, cuando Atengo tenía necesidad de trabajadores para la cosecha, sólo Moncada podía hacer tratos con los líderes de la comunidad que organizaban las cuadrillas de trabajadores. Así que los administradores trabajaban con él, sin importar cuán infelices fueran por tener que hacerlo.[79] Las autonomías rurales, cargadas de desigualdades, podían dificultar la negociación de las explotaciones simbióticas, incluso volverla conflictiva.

[75] PCR, vol. 123, fol. 41, 13 de mayo, y fol. 75, 10 de octubre de 1801; vol. 124, fol. 2, 13 de enero de 1802.

[76] PCR, vol. 121, fol. 30, 5 de marzo de 1800.

[77] PCR, vol. 118, fol. 9, 29 de enero, y fol. 52, 26 de junio de 1799; vol. 121, fol. 90, 12 de agosto de 1800; vol. 123, fol. 76, 10 de agosto, y fol. 78, 17 de octubre de 1801.

[78] PCR, vol. 123, fol. 3, 10 de enero, fol. 24, 14 de marzo, fol. 27, 19 de marzo, fol. 50, 17 de junio, fol. 77, 17 de octubre, y fol. 91, 20 de noviembre de 1801; vol. 124, fols. 2-3, 13 de enero de 1802; vol. 125, fol. 7, 9 de febrero de 1803.

[79] PCR, vol. 121, fol. 25, 21 de febrero, fol. 35, 8 de marzo, fol. 59, 14 de mayo, fol. 75, 2 de julio, fol. 77, 9 de julio, fol. 82, 19 de julio, fol. 85, 30 de julio, fol. 86, 2 de agosto, fol. 87, 6 de agosto, fol. 101, 30 de agosto, y fol. 129, 19 de octubre de 1800; vol. 123, fol. 12, 4 de febrero, y fol. 14, 7 de febrero de 1801; vol. 127, fol. 12, 22 de agosto, fol. 13, 29 de agosto, y fol. 14, 12 de septiembre de 1804.

Aun así, éstas perduraban. Las explotaciones simbióticas podían operar con tersura, como en Molino de Flores en las décadas de 1770 y 1780 o volverse conflictivas, como en Atengo en la década de 1790 e inicios de la de 1800. Sin embargo, persistieron en las cuencas más fértiles del centro para mantener rentable la producción de las haciendas y garantizar la supervivencia de los aldeanos conforme el crecimiento poblacional volvía las tierras cada vez más escasas.

Estabilizar el capitalismo

La producción de plata de la Nueva España se quintuplicó durante el siglo XVIII, alcanzando máximos históricos entre 1790 y 1810. El virreinato siguió siendo un motor clave del comercio mundial, mientras las guerras imperiales y las revoluciones de Francia y Haití desestabilizaban el mundo atlántico. La ciudad de México prosperó como la metrópolis más grande de América, y sus financieros comerciantes y empresarios agrarios eran los más ricos del hemisferio. Las tiendas de la ciudad vendían finas telas, porcelanas y otras mercancías de Asia y Europa. El trigo y el maíz, el azúcar y el pulque, elaborados en las haciendas del corazón, abastecían los mercados de la ciudad y proporcionaban ganancias a las grandes familias terratenientes y a muchos productores de menor tamaño.

El capital generado por la plata y el comercio mundial financió y permitió la expansión de la producción de las haciendas; el cultivo fue facilitado por la necesidad de jornales estacionales de aldeanos cuyas familias crecían mientras su tenencia de tierras disminuía. Hombres y muchachos trabajaban para ganar el sustento y reforzar los reclamos del patriarcado. Las explotaciones simbióticas estabilizaron el dinamismo económico y profundizaron las desigualdades en el núcleo del centro y en las zonas azucareras del sur. Los empresarios obtenían ganancias; las repúblicas conservaban tierras y derechos de autogobierno que mantenían autonomías reales, aunque decrecientes; a la vez, el crecimiento poblacional generaba desigualdades. Los notables locales se mantuvieron como intermediarios esenciales, negociantes que trabajaban entre un mundo de prosperidad y comunidades que luchaban por sobrevivir, y sostuvieron a ambos con vida.

Las explotaciones simbióticas reforzaron el patriarcado. Los administradores de las haciendas y los capitanes de la mano de obra proveniente de aldeas siempre eran hombres; se aseguraban de que el trabajo asalariado fuera sólo para hombres y muchachos. Los salarios y las compras de maíz permitieron que los hombres de las aldeas "proveyeran" a medida que las propiedades de tierras se reducían. La importancia de la consolidación del patriarcado entre los españoles provinciales, los notables de las aldeas y los plebeyos indígenas fue subrayada por una fórmula que se repetía cada vez que una

inspección judicial medía tierras disputadas entre comunidades y haciendas, desde Santa Lucía hasta Atengo. Se exigía la asistencia de los notables de las aldeas; las mujeres indígenas estaban excluidas de manera explícita. Las mujeres, insistía esa fórmula, se amotinaban con demasiada frecuencia.[80] Los hombres negociaban el poder mediante el patriarcado; las mujeres manifestaban a gritos su oposición, pugnando por derechos familiares y comunitarios. Las explotaciones simbióticas reforzaron el poder y el patriarcado, estabilizando el capitalismo de la plata que sostenía a la ciudad de México y alimentaba el comercio global.

Cuando el cura Hidalgo y miles de rebeldes del Bajío llegaron al valle de Toluca en el otoño de 1810, la mayoría de los aldeanos locales, sin importar sus peleas con las haciendas de Atengo, se abstuvieron de participar en la insurgencia. Los hombres de las comunidades de Amecameca, en las tierras elevadas de Chalco, se rehusaron a marchar para pelear contra los rebeldes de Hidalgo. La mayoría de los habitantes de las aldeas del centro se quedaron en casa, trabajando las tierras comunitarias y los campos de las haciendas.[81] Dos años después, cuando José María Morelos acampó en Cuautla, en el corazón de la zona azucarera, la mayoría de los aldeanos también permanecieron en sus casas. Las autonomías agrarias y las explotaciones simbióticas conservaron la lealtad de la mayoría de las repúblicas del corazón, lo que sostuvo a la ciudad de México y su defensa del imperio hasta 1821. La vida era diferente en el seco Mezquital y en las zonas pulqueras cercanas. Al carecer de explotaciones simbióticas, los campesinos de esa zona impulsaron las insurgencias después de 1810.

[80] PCRb, "Posesión de la Florida, 1777", fol. 2; "Posesión de San Javier, 1777", fols. 3-4, 39-40 y 75-78; PCR, vol. 121, fol. 104, 1º de septiembre de 1800. Los papeles de las mujeres en los levantamientos locales se documentan en Taylor, *Drinking…, op. cit.*

[81] Tortolero Villaseñor, *Notarios…, op. cit.,* pp. 212-230.

IV. DESAFÍOS COMUNITARIOS AL CAPITALISMO: LA INSURGENCIA EN EL MEZQUITAL, 1800-1815

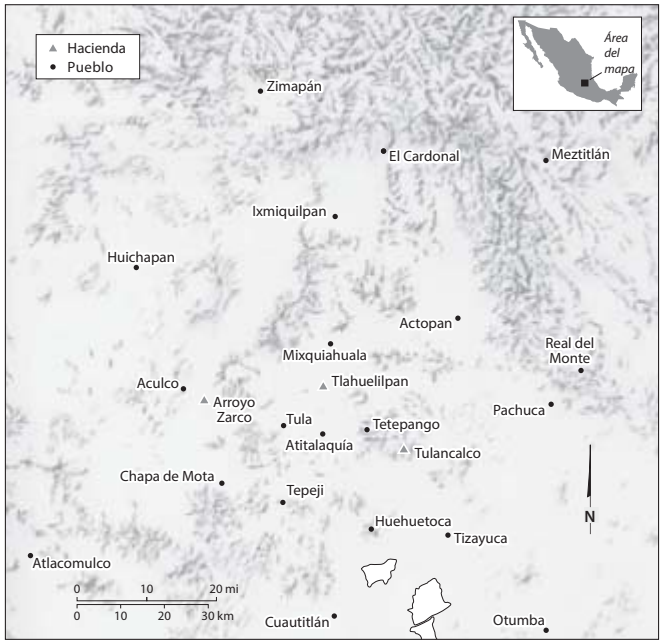
En la década de conflictos que sacudió a la Nueva España después de 1810, mientras la mayoría de los pueblos indígenas del corazón permanecieron en las repúblicas y trabajaban en las haciendas, los otomíes de muchas comunidades de El Mezquital encauzaron insurgencias que desafiaron el poder hacendario y la economía regional entre 1810 y 1815. Con el crecimiento de las poblaciones nativas durante el siglo xviii, la aridez, las escasas tierras arables y el auge del pulque comercial volvieron difíciles, si no es que imposibles, las explotaciones simbióticas y su consiguiente efecto estabilizador. A partir del otoño de 1810, tras levantamientos que se multiplicaron por el Bajío, los aldeanos de El Mezquital y de las zonas pulqueras que rodeaban Otumba y Apan tomaron las armas para atacar a las haciendas y el capitalismo de la plata.[1]

Después de 1800, las relaciones entre las haciendas y las aldeas se volvieron cada vez más conflictivas en El Mezquital. La vida demostró ser excepcionalmente dura con los aldeanos de esa zona durante la sequía que comenzó en 1808. Muchos optaron por la insurgencia en el otoño de 1810. Fuentes únicas permiten examinar detenidamente el aumento de los conflictos, los años de hambruna y las insurgencias regionales: se trata de cartas escritas por el administrador de la hacienda de Tulancalco entre 1800 y 1812 que detallan la intensificación de los conflictos laborales y proporcionan una profunda perspectiva local de los primeros años de la insurgencia;[2] una investigación de la sequía y la hambruna que se extendió entre 1808 y 1810 revela los desafíos que enfrentaron las personas de la cuenca más seca del corazón; el informe de un comandante local, quien detalla su lucha contra los insurgentes entre 1800 y 1815, proporciona otra visión de la profundidad, el curso y las consecuencias de la insurgencia.[3] En conjunto, esas fuentes nos

[1] Sobre los levantamientos en Cuautitlán y Atlacomulco véanse Eric van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Struggle for Mexican Independence, 1810-1821,* Stanford University Press, Stanford, 2001 [*La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821,* trad. Rossana Reyes Vega, fce, México, 2006]; y Eric van Young, "Of Tempests and Teapots. Imperial Crisis and Local Conflicts in Mexico at the Beginning of the Nineteenth Century", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, pp. 23-59. Sobre las insurgencias en las zonas pulqueras que rodean a Otumba y Apan véase Virginia Guedea, *La insurgencia en el departamento del Norte,* unam, México, 1996.

[2] Las cartas de Olguín se encuentran en pcr.

[3] vft. Eric van Young llamó mi atención hacia este informe esencial.



MAPA IV.1. *El norte del corazón y El Mezquital,* ca. *1810*

permiten tener un entendimiento cercano de una insurgencia importante, aunque excepcional: el único levantamiento en el centro del país que cimbró el capitalismo de la plata.

LA AGUDIZACIÓN DE LOS CONFLICTOS: TULANCALCO, 1800-1810

Tulancalco se desarrolló durante la primera bonanza de la plata. Construida por la familia López de Peralta, atrapada en un mayorazgo inalienable y atada al título de marqués de Salvatierra, fue una de las propiedades de pastoreo responsables de la primera erosión de El Mezquital.[4] A finales del siglo XVIII, los condes de Santiago tenían el título de Salvatierra y sus propiedades. A medida que crecían los mercados en la ciudad de México y Real del Monte, las ovejas fueron trasladadas hacia el norte y Tulancalco se volcó hacia la producción de pulque en amplios campos de maguey y a la siembra de maíz donde el riego lo permitía.

[4] Ése es el tema del ahora clásico de Elinor Melville, *A Plague of Sheep. Environmental Consequences of the Conquest of Mexico,* Cambridge University Press, Nueva York, 1994 [*Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México,* trad. Gabriel Bernal Granados, FCE, México, 1999].

Don Manuel Olguín se convirtió en su administrador en 1791. Nombrado por don Juan Lorenzo, el conde que dominó los asuntos de la familia Santiago durante décadas, Olguín sirvió a la nueva condesa y a su hermana y administradora, doña María Josefa, durante la década de 1790, permaneciendo en el cargo cuando ésta rentó la hacienda en 1801. Olguín aportó estabilidad administrativa al cambiar el liderazgo del poderoso clan. Nacido y educado en el cercano Tetepango, conocía El Mezquital. Su función era conseguir ganancias para los propietarios, vigilando la producción, la comercialización y la mano de obra. Durante 20 años tuvo éxito, hasta que la insurgencia asestó su golpe.[5] Olguín ganaba un cuantioso salario y vastas raciones de maíz, además de tener acceso a medicamentos y pequeños lujos enviados desde la ciudad de México. En 1801 ganó el uso libre de renta de un rancho lo suficientemente grande para cosechar entre 400 y 600 fanegas de maíz. En los buenos años cosechaba ese producto básico, lo almacenaba y lo vendía para conseguir ganancias en tiempos de escasez. Al mismo tiempo que servía a terratenientes urbanos y obtenía ganancias propias, Olguín trataba con los residentes de la hacienda y los aldeanos otomíes.[6]

Si bien en Tulancalco aún se pastoreaban algunas ovejas por su carne y su lana, y se enviaban recuas de mulas a Real del Monte y la ciudad de México, la mayor cantidad de ganancias se obtenían del pulque y el maíz. Las ventas semanales de pulque financiaban las operaciones continuas, principalmente los costes de la mano de obra para sembrar y cosechar maíz en campos de regadío que producían cosechas variables y ganancias menos regulares.

De forma periódica, la hacienda trasplantaba entre 3 000 y 4 000 brotes de maguey, para esperar que maduraran y produjeran cinco años después. Las ventas se elevaron durante la mayor parte de la década después de 1800, registrando un promedio de 175 cargas al mes entre 1800 y 1806, que se elevó a más de 220 de abril de 1806 a inicios de 1809 (cuando la sequía y la disminución de la demanda redujeron las ventas a 190 cargas mensuales en 1810). Las ganancias variaron de acuerdo con lo anterior: alcanzaron su máximo de 175 pesos al mes en 1807 y 1808, cayendo a 140 pesos en 1810.[7] El pulque generaba ingresos regulares. No obstante, en 1799 Olguín se lamentaba de que Tulancalco ya no vendía a las pulquerías de la ciudad de México: la hacienda producía "pulque ordinario"; los consumidores de la ciudad exigían "pulque fino", pues se encontraba en el límite norte de la zona

[5] Véase John Tutino, "Power, Class, and Family. Men, Women, and Power in the Mexico City Elite, 1750-1810", *Americas*, vol. 39, núm. 3, 1983, pp. 359-381.

[6] Sobre los papeles que desempeñaba Olguín y sus remuneraciones véase PCRun, "Autos 1810", fols. 7, 24 y 59, 1791; PCR, vol. 123, fol. 38, 28 de abril de 1801; PCR, vol. 138, 16 de diciembre de 1809.

[7] La compilación y los cálculos son míos a partir de informes en PCR, vols. 121, 125, 127, 137, 138, 141 y 143, 1800-1811.

capaz de distribuir pulque en 24 horas; los costos de transporte eran altos en comparación con el de los competidores más cercanos. Así que la hacienda vendía pulque ordinario en los cercanos Tetepango, Actopan y Real del Monte, mercados que alguna vez abastecieron las mujeres otomíes.[8] ¿Acaso este desplazamiento contribuyó a la escalada de los conflictos?

La venta de pulque en El Mezquital hacía que los costos de transporte se mantuvieran bajos, pero también que la hacienda estuviera sujeta a las fluctuaciones de una economía regional que dependía de lluvias escasas e inciertas, y de minas que atravesaban temporadas difíciles en tiempos de guerra y perturbaciones en el mercado. (La figura IV.1 muestra el seco Mezquital cerca del final de una reciente temporada de lluvias.) En mayo de 1802 Olguín se lamentaba de las pobres ventas de pulque, consecuencia de la escasez de maíz y del cierre de minas en Pachuca y Real del Monte, debido a la falta de mercurio español. En agosto las ventas continuaban siendo débiles y los mineros seguían esperando la llegada del mercurio. Había pobreza por todas partes.[9] Asimismo, si bien las ventas fueron particularmente malas algunos años, siempre sufrían de julio a septiembre, mientras los locales esperaban la cosecha de maíz en la seca cuenca.[10]

Si bien la aridez era un desafío para todos, Tulancalco se vio favorecido por su capacidad de sembrar maíz en campos de regadío. Muchos trabajadores se dedicaron a dar mantenimiento a diques, canales y cunetas. Aunque en El Mezquital el riego ofrecía cierto grado de protección contra cosechas fallidas, dependía de arroyos que se alimentaban de las lluvias y se secaban en los años de sequía. Tulancalco también vendía maíz en Actopan, Tetepango y Real del Monte. Los costos de transporte eran bajos; era ventajoso ser uno de los pocos productores que contaban con riego en una cuenca seca.[11] Las cosechas fluctuaban: más de 1 200 fanegas de maíz en 1798-1799, menos de 1 000 en 1799-1800, casi 3 000 en 1802-1803 y 1803-1804, menos de 900 en 1804-1805 y más de 2 500 en 1805-1806.[12] Los precios también fluctuaban: alcanzaban su punto más bajo después de la cosecha y, en años buenos, el más alto justo antes de la cosecha y en los años de sequía. Como todos los

[8] PCR, vol. 118, 59, 10 de julio de 1799; vol. 124, 24, 21 de abril de 1802; vol. 124, 83, 16 de octubre de 1802; vol. 124, 95, 23 de diciembre de 1802; vol. 126, 18 de octubre de 1803; vol. 127, 7, 9 de mayo de 1804.

[9] PCR, vol. 214, 32, 12 de mayo de 1802; vol. 124, 71, 11 de agosto de 1802.

[10] PCR, vol. 143, 4 de agosto de 1811.

[11] PCR, vol. 118, 83, 11 de septiembre de 1799; vol. 121, 14, 29 de enero de 1800; vol. 121, 59, 7 de mayo de 1800; vol. 121, 96, 20 de agosto de 1800; vol. 124, 88, 3 de noviembre de 1802; vol. 125, 19, 10 de agosto de 1803; vol. 125, 24, 9 de noviembre de 1803; vol. 129, 2, 2 de marzo de 1805; vol. 132, 16, 8 de octubre de 1806.

[12] PCR, vol. 118, 4, 12 de enero de 1799; vol. 118, 39, 5 de enero de 1799; vol. 121, 61, 14 de mayo de 1800; vol. 123, 10, 28 de enero de 1803; vol. 125, 6, 2 de febrero de 1803; vol. 127, 2, 15 de febrero de 1804; vol. 127, 19, 22 de diciembre de 1804; vol. 129, 1, 9 de enero de 1805; vol. 132, 2, 22 de enero de 1806; vol. 132, 4, 12 de febrero de 1806.

FIGURA IV.1. *El Mezquital: el seco norte del corazón*

productores comerciales, Olguín guardaba el maíz de buenas cosechas para venderlo en tiempos de escasez. El maíz casi siempre costaba más en El Mezquital que en la ciudad de México. En la primavera de 1800, después de una cosecha reducida en el centro, Alhóndiga la ciudad vendió maíz a 20 reales por fanega; en Pachuca y Real del Monte el precio llegó a los 24. En los buenos años, los precios en la ciudad podían caer a 12 reales por fanega; Tulancalco casi nunca vendía por debajo de 20.[13]

La combinación de la comercialización regular de pulque y la venta de maíz en tiempos de escasez produjo buenas ganancias a doña María Josefa. Entre agosto de 1799 y noviembre de 1801, Olguín le envió 5 100 pesos. Tulancalco generaba localmente más de 2 200 pesos al año después de gastos, y también había ventas en la capital.[14] Comerciar con la bebida favorita y el cultivo esencial de la mayoría indígena era buen negocio.

Las cartas intercambiadas por Olguín y doña María Josefa sugieren que la producción y la comercialización de pulque sólo eran eso: un negocio. Sus intercambios siempre se relacionaban con costos y precios, mercados y ganancias. Las mismas preguntas estaban siempre presentes en las discusiones sobre el maíz; sin embargo, en los tratos con el alimento básico mesoamericano siempre había algo más: la producción, la comercialización y la ganan-

[13] PCR, vol. 118, 70, 7 de agosto de 1799; vol. 118, 71, 7 de agosto de 1799; vol. 121, 59, 7 de mayo de 1800; vol. 129, 5, 29 de mayo de 1808.

[14] PCR, vol. 118, 76, 24 de agosto de 1799; vol. 121, 69, 28 de mayo de 1800; vol. 121, 31, 22 de octubre de 1800; vol. 123, 71, 23 de septiembre de 1801; vol. 123, 83, 4 de noviembre de 1801.

cia siempre se acompañaban de un significado religioso, vinculado a la justicia. Se trataba de un lenguaje de las ganancias que revela mucho sobre las contradicciones de la vida en El Mezquital en la década anterior a 1810.

A inicios de 1800, cuando se cosecharon menos de 1 000 fanegas, doña María Josefa ordenó detener todas las ventas grandes de maíz. El precio era de sólo 20 reales por fanega en la capital y esperaba que aumentara. Aun así, dio instrucciones a Olguín para que siguiera vendiéndolo en lotes pequeños en el granero de la finca. El objetivo, según insistía, era ayudar a "los pobres"; luego apuntaba que los ingresos continuos ayudarían a financiar los costes de mano de obra.[15] La caridad y las ganancias eran inseparables. Para julio, las lluvias estaban retrasadas y fueron escasas. Olguín ordenó la celebración de misas en la capilla de la hacienda, con la esperanza de que santo Cristo y santa Teresa proporcionaran su ayuda. La meta, según escribió, era asistir tanto a la hacienda como a "los pobres"; una colecta aseguró que todos contribuyeran con los costos.[16] En octubre, un cultivo maduro se secaba en los campos; en enero fue de 1 650 fanegas: bueno, pero no abundante. El precio se mantuvo elevado y la hacienda tuvo maíz para vender. Olguín visitó el Colegio de Pachuca para hacer ejercicios espirituales, ganándose elogios entusiastas de doña María Josefa por la buena cosecha y por su devoción.[17]

En junio de 1801, la escasez de lluvias indicaba que el maíz sembrado en mayo tendría un rendimiento limitado en la cosecha. Una vez más, doña María Josefa detuvo todas las ventas, excepto a "los pobres" y a los "indios trajineros" (comerciantes nativos que vendían en las aldeas locales). Ella ponía énfasis en que los pobres comerían y los comerciantes mantendrían a sus familias con pequeñas ganancias. No declaraba lo que tanto ella como Olguín sabían: la venta en lotes pequeños mantenía elevado el precio; vender sólo en la hacienda dejaba los costos de transporte, físicos o monetarios, al comprador, y mantenía altas las ganancias. En noviembre estaba claro que la escasez de lluvias haría que la cosecha fuera pequeña; doña María Josefa repitió la orden de detener las ventas: "pero en el troje puede vender a los pobres que lo busquen para comer, en moderadas partidas, y con alguna gracia".[18] La venta a los comerciantes locales se detuvo. Sólo los agradecidos pobres podían comprar y sólo en pequeñas cantidades a precios inflados.

¿Por qué se enmascaró el lucro con el maíz en el lenguaje de la caridad, incluso en las cartas privadas entre la operadora en la ciudad y el administrador de la hacienda? El maíz había sido el sustento sagrado de la vida durante milenios y sólo en fechas recientes comenzó a ser comercializado por quienes buscaban ganancias. Se buscaba legitimar las ganancias, incluso entre ellos mismos. El lenguaje de la caridad no evitaba el afán de lucro.

[15] PCR, vol. 121, 14, 29 de enero de 1800.
[16] PCR, vol. 121, 80, 16 de julio de 1800.
[17] PCR, vol. 121, 128, 15 de octubre de 1800.
[18] PCR, vol. 123, 49, 17 de junio de 1800; vol. 123, 83, 4 de noviembre de 1801.

En las relaciones de Tulancalco con la Iglesia existían ambigüedades. Las cartas de doña María Josefa y de don Manuel Olguín dan cuenta de un profundo catolicismo.[19] No obstante, cuando la hacienda obtuvo su mayor cosecha en años, a inicios de 1803, doña María Josefa ordenó a Olguín que pagara el diezmo en efectivo, a los bajos precios del momento. La alternativa era pagar una décima parte del cultivo, el cual, si se guardaba uno o dos años, duplicaría su precio. Doña María Josefa se aseguró de que fuera ella —y no el arzobispo— quien se quedara con las ganancias.[20] En octubre de 1804, cuando la sequía y las heladas llevaron a otro fracaso, ella tenía esa cosecha. Una vez más lamentó el daño a los pobres y detuvo todas las ventas para maximizar sus ganancias.[21]

Las ventas de maíz eran rentables, aunque moralmente problemáticas; y, después de 1800, las relaciones laborales involucradas en la producción de maíz se volvieron particularmente conflictivas en Tulancalco. No existía una explotación simbiótica que vinculara a las haciendas y a los habitantes de las aldeas que trabajaban por temporadas en la siembra y la cosecha de ese cultivo esencial (véase el tercer capítulo). Comprender por qué el trabajo en Tulancalco se volvió conflictivo a partir de 1800 abre una ventana para entender el vuelco hacia la insurgencia después de 1810.

Olguín se quejaba permanentemente de la carencia de mano de obra. En abril de 1803 tuvo que suspender el trabajo de limpieza de un tanque que almacenaba agua para irrigación a fin de tener suficientes trabajadores para la siembra de maíz. Un año más tarde, aún no había podido completar esa limpieza, trabajo que se retrasó durante años. En enero de 1804, la escasez de mano de obra a causa de una enfermedad retrasó la cosecha hasta febrero. En mayo de 1807, la siembra se realizó lentamente debido a la falta de trabajadores (no se ofrecía ninguna explicación).[22] En una cuenca marcada por la aridez, la insuficiencia de tierras arables, familias en crecimiento y haciendas que ofrecían trabajo asalariado y la oportunidad de comprar maíz, los informes de escasez de mano de obra resultan sorprendentes. Tulancalco no podía reclutar trabajadores cuando quería a los salarios que estaba dispuesta a pagar.

El trabajo en Tulancalco contrastaba con las formas prevalecientes en regiones más fértiles del sur, donde dominaban las explotaciones simbióticas. Allí, los administradores y los pocos empleados permanentes trataban principalmente con trabajadores de comunidades agrarias, lo que hacía

[19] PCR, vol. 125, 24, 9 de noviembre de 1803; vol. 127, 11, 15 de agosto de 1804; vol. 141, 14 de julio de 1810.

[20] PCR, vol. 125, 6, 2 de febrero de 1803.

[21] PCR, vol. 127, 16, 3 de octubre de 1804.

[22] PCR, vol. 123, 31, 1º de abril de 1801; vol. 124, 15, 6 de marzo de 1802; vol. 124, 20, 1º de abril de 1802; vol. 127, 1, 25 de enero de 1804; vol. 127, 3, 21 de febrero de 1804; vol. 134, 2 de mayo de 1807.

esenciales los vínculos entre haciendas y comunidades y permitía a los notables desempeñar papeles clave de negociación. Olguín nunca menciona agentes laborales en sus interminables lamentos posteriores a 1800. ¿Por qué? Y ¿por qué las relaciones laborales en El Mezquital se volvieron tan conflictivas? Eran simultáneamente múltiples, irregulares e inseguras, y, por consiguiente, inestables y conflictivas.

Olguín era originario de Tetepango; la mayoría de sus asistentes venían de la ciudad de México, elegidos por su dominio del lenguaje, su capacidad de llevar cuentas y su lealtad a los propietarios urbanos. Doña María Josefa se esforzaba por mantener su lealtad. Durante la epidemia de enero de 1804, se percató del padecimiento del administrador del rancho. Rezó por su recuperación; su muerte sería una gran pérdida para la hacienda.[23] En abril de 1806 envió a un nuevo guardián del granero, para supervisar el almacenamiento y las ventas de maíz. Podía escribir y llevar las cuentas; era soltero y hábil con las formas rurales, pero necesitaba aprender sobre pulque. Ganaba 150 pesos al año, más raciones de comida y chocolate, un lujo que lo distinguía de la mayoría trabajadora. Llegó con una mula de carga que llevaba una cama y ropa.[24]

Es poco lo que sabemos sobre los arrendatarios hispánicos que rentaban ranchos en las fronteras de la hacienda, dispuestos a proteger sus tierras de las comunidades cercanas. Olguín enviaba listados anuales de arrendatarios y rentas, pero no se conserva ninguno.[25] Los arrendatarios proporcionaban ingresos a doña María Josefa sin los costos que suponía reclutar trabajadores; éstos también competían por los trabajadores llegado el momento de la cosecha. El propio Olguín operaba un rancho, libre de renta, lo que le permitía obtener ganancias de los mercados regionales de pulque y maíz; su rancho competía con la hacienda que administraba por mano de obra para la cosecha. Alrededor de Otumba, más cerca de la capital, los rancheros obtuvieron tierras rentadas a las comunidades; en Tulancalco las rentaban a la hacienda. Ello da cuenta de la existencia de un pequeño estrato intermedio, algunos rentaban a haciendas, otros a repúblicas: todos buscaban prosperar entre los terratenientes urbanos y las repúblicas agrarias. Cuando los rancheros rentaron a las repúblicas, desarrollaron vínculos cercanos con las élites indígenas. Doña María Josefa y Olguín atrajeron esas lealtades a Tulancalco (véase el tercer capítulo). En cuestiones de tierra, tuvieron éxito; en cuestiones de mano de obra, compitieron.

Los "sirvientes meseros", empleados con salarios mensuales, eran pocos. Por lo general ganaban cuatro pesos al mes, 48 pesos al año, más raciones de maíz suficientes para alimentar a sus familias sin pagar los costos inherentes a la repetida escasez. La seguridad de empleo y de sustento era

[23] PCR, vol. 127, 1, 25 de enero de 1804.
[24] PCR, vol. 132, 7, 8, 30 de abril de 1806.
[25] PCR, vol. 141, 14 de julio de 1810.

complementada por el acceso a la comida y a otros bienes con adelantos de salarios, registrados como deudas a la hacienda. Rara vez se saldaban en efectivo o con trabajo, por lo que producían un ingreso por encima de los niveles asignados. Los "sirvientes" hispánicos eran dependientes seguros, leales a la hacienda y a su administrador.[26]

Los hombres otomíes que hacían la mayor parte del trabajo en Tulancalco se dividían en tres categorías: tlachiqueros que sangraban el maguey y fermentaban el pulque; gañanes que vivían en la hacienda, disponibles como mano de obra durante todo el año, y peones, aldeanos que iban y venían. Olguín rara vez mencionaba a los tlachiqueros; su trabajo lo satisfacía. Pocos en número, esenciales para las ganancias y bien pagados, sus existencias favorecidas sin duda destacaban a ojos de la mayoría otomí.

En Tulancalco vivían aproximadamente 25 familias de gañanes. Sus chozas eran propiedad de la hacienda; vivían sin pagar renta y cultivaban pequeños huertos. No hay indicios de que tuvieran acceso a parcelas para sembrar maíz; las compras regulares sugieren que no las tenían. Los otomíes residentes podían proporcionar hasta 50 trabajadores, padres e hijos, disponibles todo el año, los que sólo se empleaban cuando era necesario. Los gañanes siempre eran llamados "indios"; de adultos, ganaban un real y medio al día. Si un hombre trabajaba 200 días, un máximo poco común, ganaba menos de 40 pesos al año. Para comprar 10 fanegas de maíz a 12 reales cada una, el precio más bajo reportado en el corazón entre 1800 y 1810, debía pagar 15 pesos, más de un tercio de sus ganancias, a fin de obtener el producto básico que su trabajo había hecho. En los años de escasez, en que el maíz llegaba a los 20 reales, daba casi dos tercios de su paga a cambio del maíz esencial.

Muchos gañanes llevaban a uno de sus hijos al campo; éste ganaba menos, pues empezaba con medio real al día, que se elevaba a un real cuando era adolescente. Si el hijo trabajaba 200 días, el ingreso del hogar aumentaba y el precio del maíz se volvía más costeable. Los gañanes eran profundamente dependientes. Con esfuerzos se las arreglaban, en formas que reforzaban el patriarcado de los hombres. Tomaban adelantos en maíz y en otros productos esenciales, siempre en niveles menores que los favorecidos sirvientes. Los adelantos reforzaban la dependencia patriarcal y la supervivencia del hogar.[27] Entre 1800 y 1810, Olguín no reportó problemas con los gañanes. En una época de crecimiento poblacional y aumento de los precios, la dependencia asegurada mantuvo la paz laboral entre los residentes de Tulancalco: inquilinos y sirvientes hispánicos, tlachiqueros y gañanes otomíes.

[26] Poco preocupaban a Olguín. Véase PCR, vol. 141, 5 y 12 de marzo, 14 de julio y 4 de agosto de 1810.

[27] PCR, vol. 124, 71, 11 de agosto de 1802; vol. 129, 4, 8 de mayo de 1805; vol. 138, 11 de noviembre de 1809; vol. 141, 20 de enero, 3 de febrero, 12 de marzo y 4 de agosto de 1810.

El contraste con la escalada de conflictos entre la hacienda y los peones otomíes que venían de comunidades cercanas resulta sorprendente. Éstos eran esenciales en épocas en que la demanda laboral alcanzaba su pico: durante las semanas en que la hacienda trasplantaba entre 3 000 y 4 000 magueyes jóvenes, cuando era necesario limpiar los canales de riego, durante la siembra y la cosecha de maíz. Se les pagaba diariamente un estándar de dos reales para los adultos (25% más que a los gañanes que trabajaban con ellos en el campo). Los peones también podían comprar maíz a precios de mercado, pero sólo cuando trabajaban y pagaban en efectivo. Ellos no obtenían adelantos, lo que limitaba la dependencia y la supervivencia en años difíciles.[28] Los peones de Tulancalco ganaban un salario diario que les proporcionaba lo mismo que a los sirvientes hispánicos, 50 pesos al año si trabajaban 200 días. Por lo general sólo iban por unos cuantos días o semanas, compraban maíz al mismo precio que los gañanes, destinando una parte menor de su paga al alimento básico (cuando trabajaban).

Olguín informó de la existencia de conflictos regulares con las comunidades otomíes y de la escasez de peones en momentos clave. En 1802 los funcionarios locales respaldaron a los notables de la comunidad en un conflicto con los administradores relacionado con tributos que debían los gañanes. Aunque éstos estaban registrados en las repúblicas, los líderes de las aldeas no podían cobrar en propiedades de la hacienda. Olguín se resistió y doña María Josefa lo apoyó. Tendrían que pagar y luego intentar cobrar a los gañanes que ya debían a la hacienda. Escapar de los tributos había llevado a muchos a Tulancalco. Hacer que la hacienda recolectara, es decir, pagara, incrementaría los costos laborales. El virrey respaldó a los funcionarios, Olguín pagó y doña María Josefa se unió a las quejas. Según Olguín, los notables otomíes imponían costos a la hacienda. Eran enemigos, no aliados ni negociadores.[29]

Los conflictos recrudecieron en 1805. En junio, una cuadrilla de trabajadores reclutados en Atitalaquía fueron encerrados durante la noche para evitar que huyeran (una práctica que doña María Josefa consideraba normal). Un peón murió. Una investigación liberó a Olguín de cualquier infracción; no hubo castigo "excesivo", sólo la práctica —que, según se decía, era común en El Mezquital— de retener a los aldeanos para asegurar su servicio. Cuando comenzó la cosecha en diciembre de 1806, Olguín nuevamente encerró a los trabajadores de la aldea, con la aprobación del magistrado de distrito. Doña María Josefa temía que hubiera problemas.[30]

En junio de 1807, Olguín volvió a tener problemas para reclutar peones. Llamó a los indios de las aldeas cercanas "muy insolentes" y ofreció una ex-

[28] Véase los informes sobre la mano de obra en la nota 31; además PCR, vol.127, 3, 15 de febrero de 1804.

[29] PCR, vol. 124, 40, 2 de abril de 1802; vol. 124, 43, 5 de junio de 1802.

[30] PCR, vol. 129, 6, 12 de junio de 1805; vol. 132, 18, 23 de diciembre de 1806.

plicación. Preferían trabajar en las minas o en el desagüe, el proyecto para que el valle de México desembocara en El Mezquital. Ganaban más, pero trabajaban menos: "Trabajan a su voluntad".[31] Los habitantes de las aldeas de El Mezquital eran pobres y tenían cada vez menos tierras; empero, tenían opciones y esperaban trabajar cuándo y dónde ellos eligieran. El trabajo en las minas y en el proyecto de desagüe era peligroso y pagaba mejor. El trabajo en Tulancalco y otras haciendas era por temporadas y pagaba menos, así que los administradores encerraban a los trabajadores, a fin de asegurar hombres para la cosecha.

Otros indicadores dan cuenta de que los aldeanos consideraban a las haciendas de El Mezquital como adversarios. En agosto de 1805, cuando el maíz de la pequeña cosecha del año previo casi se había acabado y estaba en su punto más costoso, un grupo de indios fue atrapado sacrificando a una vaca en Tulancalco. Olguín dispuso un castigo público: "para desalentar a los otros", insistía. En octubre de 1809, las escasas lluvias vaticinaban una cosecha pequeña y el problema se volvió múltiple. Los indios de varios pueblos robaron ganado en Tulancalco y en haciendas cercanas.[32] El trabajo en las haciendas no había convertido a los notables de la aldea en negociadores laborales esenciales, no permitió la supervivencia de las familias de la aldea y no estaba solidificando el patriarcado de los hombres otomíes. Algunos resolvieron probar su hombría robando su sustento.

¿Por qué El Mezquital no logró desarrollar explotaciones simbióticas similares a aquellas que mitigaron las desigualdades en las cuencas del centro localizadas inmediatamente al sur? La aridez es importante. Un potencial agrícola limitado debido a las pocas lluvias implicaba que, conforme crecía la población, la tierra que le quedaba a los hogares de El Mezquital producía menos sustento con menos regularidad que la que estaba a disposición de familias con parcelas en regiones más fértiles. La aridez también importó cuando las haciendas se volvieron hacia productos nativos en el siglo XVIII. En El Mezquital, el maíz de la hacienda estaba circunscrito a los campos de regadío; el pulque dominaba y exigía poco trabajo, con excepción de los trasplantes irregulares. A causa de la aridez, los habitantes de las aldeas de El Mezquital necesitaban más trabajo y las haciendas locales ofrecían menos y una buena parte de él iba a los gañanes residentes.

Olguín se quejaba de la escasez de mano de obra en los momentos pico de la demanda. Los aldeanos locales tenían opciones: podían trabajar en Real del Monte, ubicado inmediatamente al oriente, o en el proyecto de desagüe, justo al poniente. Ambos involucraban la construcción de túneles y otros peligros, y ambos eran inseguros: el trabajo en las minas dependía de los caprichos del financiamiento y el acceso al mercurio; el desagüe dependía

[31] PCR, vol. 134, 6, junio de 1807.
[32] PCR, vol. 129, 8, 19 de agosto de 1805; vol. 138, 21 de octubre de 1809.

del financiamiento del régimen: todo era incierto en años de guerras costosas y prolongadas. Si bien los hombres de las aldeas de El Mezquital tenían opciones, todas eran inciertas y estaban cargadas de riesgos.

En una región de inseguridades, las haciendas de El Mezquital pudieron reclutar gañanes: trabajadores asalariados otomíes residentes y dependientes, y sus familias. Los de Tulancalco recibían pagas pobres y gastaban buena parte de las mismas en comprar maíz; pero tenían trabajo regular y acceso al maíz, incluso aunque no pudieran pagarlo de inmediato. En El Mezquital los gañanes eran una minoría, pero eran esenciales para la producción, las relaciones laborales y los conflictos crecientes entre las haciendas y las repúblicas otomíes. Cuanto más dependían las haciendas de gañanes, menos trabajo había a disposición de los hombres y muchachos de las aldeas. En Tulancalco, los gañanes monopolizaban las oportunidades de trabajar 100 o más días del año. Ello dejaba sólo breves periodos de trabajo estacional trasplantando magueyes y cosechando maíz a números crecientes de hombres y muchachos de las aldeas que buscaban salarios para sostener a sus familias y los reclamos patriarcales.

La dependencia franca que las haciendas tenían de los gañanes, aunada a su decisión de recurrir a los habitantes de las aldeas sólo en los picos de demanda, impidieron la formación de explotaciones simbióticas. Los notables de la comunidad resentían las ofertas de refugio que hacían las haciendas a los aldeanos sin tierras, quienes escapaban de los tributos mientras encontraban sustento. Los trabajadores de las aldeas no llegaban a trasplantar y cosechar en cantidades que administradores como Olguín consideraran aceptables. Así que encerraban a los trabajadores que sí se presentaban, alejándolos de otras oportunidades que, aunque eran peligrosas, estaban a su disposición (cuando las minas funcionaban y el desagüe tenía financiamiento). Las haciendas de El Mezquital hicieron frente a la escasez de mano de obra al mismo tiempo que los aldeanos buscaban ganancias en una zona de inseguridades crecientes.

El aumento de la importancia de la producción hacendaria para la economía de El Mezquital y el sustento de los hogares reforzaba el patriarcado, pero también lo debilitaba. La absorción del pulque por las haciendas redujo el papel de las mujeres nativas como abastecedoras de la bebida preferida. La dependencia creciente de las familias nativas de los salarios de las haciendas y las compras de maíz, que sólo estaban a disposición de los hombres, fortalecieron su dominio en tanto proveedores del sustento del hogar. Los pocos tlachiqueros favorecidos y números más grandes de gañanes —que eran dependientes, pero tenían seguridad— solidificaron los papeles patriarcales. Sin embargo, la mayoría de los hogares otomíes de El Mezquital se encontraban en comunidades en crecimiento cuyas tierras eran cada vez más inadecuadas y muy secas. Gradualmente fueron dependiendo más de los salarios y las compras de maíz, como se mencionó, sólo a disposición de los

hombres; no obstante, el acceso de éstos a salarios era cada vez más incierto, mientras el maíz se volvía escaso y costoso en una cuenca seca que enfrentaba repetidos años de sequía. Cuando los hombres de las aldeas robaban ganado, conseguían el sustento y afirmaban una provisión masculina que se iba volviendo más incierta.

Política, sequía e insurgencia, 1808-1810

Los giros hacia la insurgencia nunca son fáciles. Los riesgos de ataques violentos contra el poder, la propiedad y las personas que los defienden son reales. La pobreza creciente, la profundización de las inseguridades, el aumento de los conflictos laborales y las incertidumbres del patriarcado que se extendieron en El Mezquital después de 1800 no condujeron simplemente a la insurgencia. Dos años de crisis del régimen, agravada por una profunda sequía y las dolorosas carestías que comenzaron en el verano de 1808, trajeron consigo nuevos desafíos para las personas de la Nueva España. La manera en que las comunidades del corazón vivieron esos años revela mucho acerca de por qué la insurgencia surgió en el Mezquital y en otras zonas áridas después de 1810, mientras que los aldeanos de las cuencas más fértiles, localizadas inmediatamente al sur, envueltos en explotaciones simbióticas, permanecieron en casa y en sus trabajos.

Las noticias de que Napoleón había invadido España, de la captura de los reyes Borbones, padre e hijo; del despertar de guerrillas y juntas en España, de los llamamientos a una junta americana en la ciudad de México y del golpe militar que la bloqueó llegaron al corazón entre mayo y septiembre de 1808. Los reclamos de derechos populares y las aserciones del poder armado pasaron a primer plano en la capital.[33] En todo El Mezquital, las personas oyeron esos reclamos, al tiempo que enfrentaban dificultades en la producción y el trabajo, la supervivencia y el patriarcado, y la sequía agudizaba la escasez desde 1808 hasta 1810.

En agosto de 1809 los funcionarios en la ciudad de México vieron que a la pobre cosecha de 1808 seguiría una peor en 1809. Ordenaron la elaboración de informes sobre los cultivos y los precios en todo el centro, sabiendo que los debates políticos recientes y su propia ilegitimidad (habían llegado al poder mediante un golpe de Estado) hacían que los tiempos fueran frágiles. A finales del mes, las respuestas daban cuenta de dificultades generalizadas, pero los problemas más graves se presentaron en El Mezquital y en otras zonas secas del norte. En las tierras del centro y el sur de la cuenca de Toluca, donde las haciendas de los Santiago en Atengo involucraban a repúblicas

[33] Éste es el enfoque de John Tutino, *Mexico City, 1808. Power, Sovereignty, and Silver in an Age of War and Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2018.

en conflictos por tierras y explotaciones simbióticas, los funcionarios de Toluca y Santiago Tianguistengo reportaron buenas lluvias, buenos cultivos y precios moderados de 19 a 20 reales por fanega. Chalco y Texcoco, en el rico sureste del valle de México, reportaron sequías, cultivos reducidos y precios que se elevaban de 24 a 26 reales. Aun así, no todo estaba perdido. Los aldeanos de Chalco cosecharían algo de maíz en las milpas y las parcelas de sus casas; las haciendas con campos irrigados seguían contratando trabajadores, esperaban cosechas razonables y conservaban provisiones de los años previos. Alimentarían a sus trabajadores y abastecerían los mercados de la ciudad conforme los precios aumentaban. El maíz seguía llegando de la tierra cálida del sur. Ese alimento básico estaba disponible en los mercados de Chalco, mientras los comerciantes lo enviaban por el canal a la ciudad de México. En Chalco los precios eran elevados, pues los productores guardaban existencias esperando los picos en los mercados de la ciudad.[34] De todos modos, la explotación simbiótica, la estabilidad social y la producción de las haciendas se mantuvieron en las cuencas fértiles dedicadas a los cereales.

Los reportes del seco Mezquital y de otras zonas pulqueras pintaban una imagen desoladora. En Tula, otrora una gran capital mesoamericana a la que favorecía el río homónimo, las haciendas habían producido una buena cosecha de trigo el invierno anterior, gracias al riego, pero la cosecha de maíz del verano, que dependía de la lluvia en haciendas y comunidades, estaba "perdida la mayor parte". El precio se había elevado a 24 reales (el precio bajo en El Mezquital era igual al precio alto en Chalco). Una carestía similar se cernía sobre el pueblo minero de Zimapán, en los altos ubicados en el borde norte de El Mezquital. Sólo en Ixmiquilpan, en los alcances norteños de la cuenca, y donde los aldeanos irrigaban sus parcelas, crecía bien el maíz veraniego. No obstante, el reporte añadía que la mayoría de las parcelas eran demasiado pequeñas para mantener a las familias. Pronto tendrían que comprar maíz y no había nada a la venta. Cerca de Tulancalco, los reportes de Tetepango y Actopan declaraban que en diciembre se produciría sólo un cuarto de la cosecha esperada. No había existencias a la venta, aunque las haciendas seguían alimentando a sus trabajadores. Los precios para gañanes y peones eran de 28 reales por fanega en Actopan y se elevaban de 28 a 32 reales en Tetepango, cerca de Tulancalco.[35] Las amenazas a la supervivencia y el patriarcado se estaban volviendo más intensas.

El reporte de Apan, al noreste de Otumba, en el borde del valle de México, otra región seca de cultivo limitado que se concentraba en el pulque y el

[34] AGN, Intendentes, vol. 73, exp. 9, fol. 10, 25 de agosto de 1809; fol. 22, agosto de 1809; fol. 37, 26 de agosto de 1809; fols. 71-72, 31 de agosto de 1809; exp. 5, fols. 15-20, 25 de octubre de 1809; fol. 52, 5 de noviembre de 1809.

[35] AGN, Intendentes, vol. 73, exp. 9, fol. 17, 26 de agosto de 1809; fol. 49, 1º de septiembre de 1809; fol. 52, 31 de agosto de 1809; fol. 73, 31 de agosto de 1809; fol. 92, 31 de agosto de 1809.

pastoreo de ganado, era casi igual de funesto. No se cosecharía más de la mitad del maíz esperado a causa de la sequía, las heladas y el granizo. No había nada a la venta en las haciendas ni en los mercados de los pueblos. Los suministros de otras áreas costaban 27 reales.[36] Los contrastes en todo el centro resultaban claros: la sequía producía escasez y precios elevados en todas partes, pero en las zonas dedicadas a los cereales, del Valle de Toluca a Chalco, el trabajo asalariado y el maíz seguían estando disponibles y los precios se mantenían entre 20 y 26 reales. En las regiones secas al norte, el maíz moría en los campos y desaparecía de los mercados al mismo tiempo que los precios se elevaban de 24 a 32 reales. La explotación simbiótica se mantuvo en las zonas dedicadas a cereales; la desesperación se agudizó en El Mezquital.

Esos desafíos empeoraron en 1810. En marzo, Olguín reportó que indios de Tecomate estaban robando ganado de Tulancalco y de otras haciendas. Aunque veía sus necesidades, añadía que habían capturado a varios y que debían encarcelarlos para disuadir a los demás.[37] La sequía también afectaba al ganado de Tulancalco. Sus mulas estaban demasiado débiles para transportar maíz al mercado. En mayo reportó la muerte de 450 animales, la mayoría de ellos ovejas. En junio, la falta de pastizales bloqueó los envíos de maíz a Actopan y Pachuca. Para agosto, las pérdidas de ovejas como consecuencia de la sequía y los robos llegaron a 715, un tercio del rebaño de Tulancalco.[38]

Aun así, Olguín intentó mantener la producción. En mayo sembró maíz y lo irrigó con el agua que quedaba.[39] En julio cayó un poco de lluvia y tenía esperanzas de que la sequía se interrumpiera, pero, por el momento, la carestía de maíz y la profunda pobreza habían traído consigo una caída pronunciada de los mercados pulqueros. Las ventas, que se mantuvieron alrededor de 200 cargas al mes desde enero hasta finales de junio, cayeron a 130 en julio y a 113 en septiembre. Las pulquerías de los pueblos cercanos dejaron de comprar pulque porque los indios ya no las visitaban. Olguín cerró un rancho.[40] Mientras tanto, el precio del maíz llegó a 36 reales en agosto de 1810 en Tulancalco y en el Mezquital.[41] Un peón que trabajaba a tiempo completo hubiera gastado 90% de sus ganancias sólo en maíz, si es que podía encontrar trabajo y maíz a la venta.

La compasión de Olguín finalmente igualó a su frustración. Al comenzar septiembre, lamentaba estar rodeado de "pobres gentes" que enfrentaban

[36] AGN, Intendentes, vol. 73, exp. 72, fol. 10, 25 de agosto de 1809.

[37] PCR, vol. 141, 12 de marzo de 1810.

[38] PCR, vol. 141, 12 de marzo, 9 de mayo y 4 de agosto de 1810; PCRun, "Autos 1810", fols. 40-42, 2 de junio de 1810.

[39] PCR, vol. 141, 26 de mayo de 1810.

[40] PCR, vol. 141, 7 y 14 de julio de 1810; además los reportes de pulque de enero a septiembre: mis cálculos.

[41] PCRun, "Autos 1810", fols. 40-41, 2 de junio y 31 de agosto de 1810.

"mucha necesidad". Los hombres trabajaban los campos de día y robaban ganado de noche para sobrevivir. Sabiendo que los animales no tardarían en morir a causa de la sequía, Olguín no buscó castigarlos. Se mostró igualmente comprensivo cuando reportó que ningún arrendatario había pagado la renta; la sequía los había dejado sin cultivos, sin animales y sin ingresos.[42] Días antes de que el padre Hidalgo llamara a la insurrección en el Bajío, la vida de muchos en El Mezquital se había vuelto desesperada.

La insurgencia: la visión desde Tulancalco, 1810-1812

La insurgencia no se originó en El Mezquital, sino en el Bajío el 16 de septiembre de 1810, cuando el padre Miguel Hidalgo llamó a sus feligreses a tomar las armas en Dolores. Los habitantes de El Mezquital se enteraron del levantamiento por las proclamas de los insurgentes y la propaganda del régimen; multitudes de rebeldes marcharon en octubre y noviembre desde el Bajío hasta la cuenca de Toluca y de regreso. Alrededor de Toluca pocos se unieron al levantamiento; en El Mezquital muchos lo hicieron. Durante los primeros 16 meses de insurgencia, Olguín batalló por mantener Tulancalco en funcionamiento. Regularmente escribía a doña María Josefa, que estaba en la ciudad de México; sus cartas ofrecen una visión de primera línea de la insurgencia indígena, redactadas por un administrador que, aunque se oponía a los levantamientos, nunca tomó las armas para combatirlos.

Olguín menciona la insurgencia por primera vez en una carta del 13 de octubre, en la que informa de su temor al levantamiento "tierradentro", en el norte.[43] Para el 10 de noviembre sabía más y sus temores eran más profundos. Al mismo tiempo que llamaba "esta malvada gente" a los rebeldes, se alegraba de sus derrotas. Sabía de una reunión de insurgentes cerca de Toluca; otros rebeldes controlaban San Juan del Río, Huichapan y Xilotepec, una línea hacia el oeste de El Mezquital. En Tula un magistrado recibió un comunicado que exigía que se aliara al levantamiento. Olguín oyó que en El Mezquital los insurgentes estaban ofreciendo a los indios cuatro reales al día en fondos capturados de la monarquía, el doble del salario vigente, para que se unieran. Transmitió la noticia de que los indios se habían ido por montones a Arroyo Zarco buscando al líder de los rebeldes, Ignacio Allende, sólo para enfrentarse a don Félix Calleja, quien mató a entre 2 000 y 3 000 de ellos. El magistrado de Tula, varios empleados de las haciendas de Tlahuelilpan pertenecientes al conde de la Cortina y muchos "gachupines" (inmigrantes españoles) habían huido a la ciudad de México. Olguín envió a su esposa y a su hija a Actopan, lejos del levantamiento. Mandó ganado a los montes, porque

[42] PCR, vol. 141, 3 de septiembre de 1810.
[43] PCR, vol. 141, 13 de octubre de 1810.

tanto los productos como la propiedad de las fincas eran blancos de los insurgentes. Aun así, ningún insurgente se acercó más que hasta Xilotepec, que estaba bastante al poniente.[44]

No sabía que los insurgentes de Hidalgo habían peleado en Monte de las Cruces, inmediatamente al poniente de la capital, retirándose luego hacia Arroyo Zarco, donde Calleja los derrotó en Aculco el 6 de noviembre. El informe de muertes masivas de indios llegó a Olguín cuatro días después. ¿Qué hay de los informes que decían que los insurgentes ofrecían salarios altos a los aldeanos para unirse al levantamiento? Los insurgentes habían saqueado la gran ciudad minera de Guanajuato y tomado una cantidad incalculable de plata. Cuando Olguín informó que las ventas de pulque en Tulancalco habían saltado de 144 cargas en octubre a 248 en noviembre, quedaba claro que quienes asistían a las pulquerías habían encontrado nuevas fuentes de ingresos en los días de pobreza antes de que comenzara la contratación para la cosecha. Alguien estaba inyectando dinero a las economías de las aldeas; los insurgentes, con fondos capturados, parecían ser buenos candidatos. Las ventas y las ganancias provenientes del pulque llegaron a su máximo entre noviembre de 1810 y finales de enero de 1811.[45] Aunque se mostraba receloso de los insurgentes, Olguín estuvo presto a ganar de las bebidas financiadas con los reales de éstos.

Olguín siguió operando Tulancalco mientras los rebeldes se acercaban; el 17 de noviembre se reportó la presencia de 1 500 a tres leguas (16 kilómetros) al poniente. El yerno de Olguín, un gachupín, huyó. Para el 24 de noviembre, Julián Villagrán lideraba a los insurgentes que deambulaban por El Mezquital, manteniendo el control de los caminos que rodeaban Tula. El administrador de Tlahuelilpan le dijo a Olguín que quizá todas las tropas locales se retirarían a la ciudad de México, una huida ante el poder de los insurgentes. Los ciudadanos prominentes (es decir, hispánicos) de Ixmiquilpan huyeron a Actopan, dejando el norte de El Mezquital a los otomíes. Olguín se quedó en Tulancalco esperando la cosecha. Le atemorizaban la escasez de trabajadores y los robos de ganado; vendió pulque en cantidades récord.[46]

Los insurgentes atacaron la hacienda el 14 de diciembre, cuando comenzaba la cosecha. ¿Acaso llegaron a reclamar el maíz que se transportaba desde los campos? Olguín no lo revela. Informó del ataque al administrador en Tlahuelilpan, quien ahora dirigía una tropa contrainsurgente. Rápidamente persiguieron a los rebeldes y capturaron a seis, además de 21 caballos y cinco rifles; el líder y otros siete escaparon.[47] Los rebeldes atacaban haciendas en todo El Mezquital; las tropas de Tlahuelilpan defendían las propiedades.

[44] PCR, vol. 141, 10 de noviembre de 1810.

[45] PCR, vols. 121, 125, 127, 137, 138, 1800-1809; PCR, vols. 141, 143, 1810 y 1811: los cálculos son míos.

[46] PCR, vol. 141, 17 y 24 de noviembre de 1810.

[47] PCR, vol. 141, 14 de diciembre de 1810.

FIGURA IV.2. *Tulancalco: granero en ruinas, maíz victorioso*

(La figura IV.2 muestra el granero de Tulancalco, ahora en ruinas, quizá como resultado de la insurgencia.)

En enero de 1811 Olguín atrapó a dos empleados de la hacienda, un vaquero y un pastor, padre e hijo, robando ovejas. Los envió con el nuevo magistrado de distrito en Actopan, renombrado por perseguir enérgicamente a los insurgentes, pero los malhechores escaparon antes de enfrentarse a la justicia. Luego vino una pequeña cosecha: sólo 334 fanegas. ¿Acaso debe culparse a la sequía continua o los insurgentes habían tomado gran parte? Lo último parece probable, y es algo que Olguín dudaba en informarle a doña María Josefa. Mientras el administrador batallaba para salir adelante en medio de la insurgencia, reportaba dificultades tales como una pequeña cosecha, pero no sus causas ni las muchas soluciones intermedias que había negociado. Al llegar la cosecha, los gañanes exigieron su paga en maíz, no en efectivo. El maíz era su primera necesidad, más valioso que el dinero. Doña María Josefa consideraba la pequeña cosecha como una fuente de ganancias; insistió en que Olguín pagara en efectivo y vendiera el maíz a los trabajadores a los elevados precios vigentes.[48] La discusión acabó allí, pero, según parece, Olguín aceptó la demanda de los gañanes en tiempos de insurgencia. A partir de 1811, "dar raciones" (distribuir el maíz) significaba pagar a los trabajadores. El maíz que mantenía a las familias y al patriarcado se convirtió en la moneda esencial para sostener la producción en Tulancalco.[49]

[48] PCR, vol. 143, 5, 19 y 26 de enero, y 5 de febrero de 1811.

[49] PCR, vol. 143, 24 de mayo y 14 de diciembre de 1811, y 13 de enero de 1812.º

A inicios de marzo, Olguín reportó un aumento del dominio de los insurgentes sobre El Mezquital. Los rebeldes controlaban el pueblo minero de Zimapán, al norte, y Huichapan, al noroeste. El 24 de marzo atacaron Tula, robaron tiendas y tomaron todo el "dinero del rey" (recibos de impuestos). Lo más preocupante para Olguín era que los insurgentes ocuparan las haciendas de San José, San Antonio, El Marqués, Tendexé, Nextlapa y La Goleta, en los alrededores de Tula. Tres de ellas pertenecían a españoles americanos, lo que mostraba que los insurgentes atacaban el poder terrateniente, no al gobierno de los inmigrantes españoles. Olguín enfatizó que los rebeldes "destruían" cultivos y ganado (sin duda se los llevaban) y ocupaban tierras.[50]

Entre aquellos que supuestamente gobernaban, "destrucción" se convirtió en el término utilizado para referirse a la conversión de las propiedades que antes generaban ganancias en recursos que producían sustento para la vida. Olguín adoptó el lenguaje cotidiano de la contrainsurgencia. Los rebeldes eran insurgentes, lo que les negaba visión o legitimidad. Los defensores del régimen eran patriotas, lo que les daba la legitimidad antes reclamada para sí por los revolucionarios de la América británica. Los insurgentes tomaban los cultivos y el ganado de las haciendas para alimentarse a sí mismos y a sus familias. Como el lenguaje de la contrainsurgencia exigía que Olguín sólo reportara destrucción, no podemos saber si los insurgentes que ocuparon las haciendas en torno a Tula en marzo de 1811 comenzaron una producción familiar de maíz en las tierras liberadas. Dichos esfuerzos eran comunes en el Bajío; sin duda, los rebeldes de El Mezquital intentaron hacer lo mismo.

Olguín enfatizaba en que, Tulancalco, nada se había destruido, por lo que comenzó a arar a fin de prepararse para la siembra de primavera. Pronto saldaría las cuentas anuales de los trabajadores residentes, algo que solía hacerse en marzo. Esperaba viajar luego a la ciudad de México para aclarar las cuentas a doña María Josefa, pero escuchó que Julián Villagrán se acercaba a Pachuca con 60 000 hombres (un número poco probable; aun así, una fuerza imparable) y que los rebeldes controlaban los caminos en todas partes. Olguín canceló su viaje; por su seguridad, dijo, y probablemente para evitar tener que compartir las soluciones intermedias esenciales que permitían la supervivencia y la producción en una época de insurgencia.[51]

A finales de abril informó que los insurgentes se concentraban entre Ixmiquilpan y El Cardonal. Con 500 tropas, Calleja mató allí a más de 1 000 indios allí, perdiendo sólo a un soldado en la batalla. Las tropas derrotaron a rebeldes mal armados. Aun así, más de 2 000 indios insurgentes permanecieron cerca de El Cardonal, con otros 3 000 en Alfajayucan.[52] A principios de mayo, 1 500 rebeldes amenazaban Tulancalco desde las colinas de Tepetitlán.

[50] PCR, vol. 143, 2, 9 y 30 de marzo de 1811.
[51] PCR, vol. 143, 30 de marzo de 1811.
[52] PCR, vol. 143, 26 de abril de 1811.

Olguín reportaba la presencia de otros en los altos entre la hacienda de El Zoquital y el pueblo de Meztitlán, al norte. Las tropas mataron a otros 1 000 indios en El Cardonal.[53] Esas cifras dan cuenta de grandes levantamientos de aldeanos en El Mezquital, al norte, mal armados, pero a los que poco disuadían las matanzas infligidas por los defensores del poder del régimen y de la propiedad de las haciendas. El conflicto social se convirtió en violencia mortal, en su mayor parte infligida por tropas leales a un régimen tradicionalmente sostenido, sobre todo, por la mediación judicial.

Mayo y junio de 1811 llevaron la violencia a Tulancalco. El cercano pueblo de Nopala fue tomado por residentes liderados por un herrero; el sacerdote y sus vicarios huyeron a Tula y excomulgaron a sus feligreses. El clero de Huichapan también se refugió en Tula, huyendo de Julián Villagrán en el elevado pueblo del poniente de El Mezquital.[54] A mediados de mayo, el comandante de caballería don Miguel del Campo otorgó amplios poderes a Olguín "asegurar, perseguir, aniquilar e indultar a todo insurgente". Sin embargo, el administrador prefería reunir noticias; así, capturó a un emisario de los insurgentes que reveló que el padre y el hijo que habían escapado de la justicia por robar ovejas en enero se habían unido a Villagrán y enviado al mensajero para alzar la rebelión en San Nicolás Tecomate, un pueblo famoso en Tulancalco por sus conflictos laborales y los robos de ganado.[55]

Los habitantes de Tecomate no se rebelaron, a pesar de lo cual los problemas no tardaron en llegar a Tulancalco. A finales de mayo atacaron 50 rebeldes montados, llevándose una cantidad incalculable de ganado; tres indios residentes se unieron a los insurgentes. Dos propiedades cercanas del conde de Regla también sufrieron invasiones. San Javier perdió ganado. En Temoaya, los rebeldes saquearon la casa grande, tomando los bienes y el dinero del almacén de la hacienda. Allí, la mayoría de los indios residentes se unieron al levantamiento, aunque no queda claro si se fueron con los rebeldes o sólo se unieron al saqueo. En Tesoutlapa, los empleados hispánicos defendieron la propiedad; tres de ellos murieron. Olguín escuchó rumores de que indios insurgentes de Meztitlán marchaban sobre Actopan. La tropa de Tlahuelilpan persiguió a los rebeldes que atacaron Tulancalco y las haciendas vecinas, mientras se retiraban hacia Mixquiahuala.[56]

Tras el ataque, Olguín se fue a vivir a Actopan con su familia; diariamente acudía a supervisar la producción y "dar raciones". A la vez, seguía distribuyendo maíz como pago por el trabajo, irrigó el cultivo en los campos a finales de mayo y contrató indios para trasplantar maguey en junio. En medio de la insurgencia, pretendía mantener la producción a largo plazo. Las ventas de pulque conservaron su fuerza entre enero y junio de 1811, alcanzando

[53] PCR, vol. 143, 4 de mayo de 1811.
[54] *Idem.*
[55] PCR, vol. 143, 18 de mayo de 1811.
[56] PCR, vol. 143, 22 y 24 de mayo de 1811.

un promedio de más de 220 cargas al mes (un poco menos en relación con los picos registrados a inicios de la insurgencia, pero bastante por encima de los niveles históricos). Las ventas en las tabernas locales generaban pesos para sostener la producción en funcionamiento. Los rebeldes enfrentaron las consecuencias. Olguín convenció al sacerdote que decía misa en Tulancalco para que ordenara azotar a tres indios que se habían unido al reciente ataque. Con el fin de mantener la paz local, no los entregaron a las autoridades.[57]

El verano de 1811 trajo consigo un sinfín de reportes sobre conflictos. En mayo la tropa de Tlahuelilpan atacó a los insurgentes dirigidos por el capitán Centeno cerca de Actopan; capturaron a ocho hombres y tres mujeres, además de pólvora y 200 animales. En la misma carta, Olguín informaba de un ataque de Calleja a El Cardonal y de rumores de que "un inglés" estaba llevando a los indios de Aculco hacia el poniente.[58] En junio los insurgentes dejaron Actopan para concentrarse en Alfajayucan, donde el sacerdote había huido, y cerca de El Cardonal, donde seguía habiendo entre 4 000 y 6 000 indios insurgentes. Al iniciar julio, 200 atacaron Tepeji del Río; a mediados de mes, bandas montadas y bien armadas ocuparon Arroyo Zarco, Xilotepec y Tula, bloqueando el camino a San Juan del Río y el Bajío. El hijo de Villagrán controlaba Zimapán, mientras que "mucha indiada" dominaba El Cardonal. Olguín comunicó todo esto con creciente ansiedad; a la vez, lamentaba que los lealistas hubieran decomisado los caballos de Tulancalco.[59]

Cuando agosto se convirtió en septiembre, Olguín veía una región atrapada en conflictos. Julián Villagrán dirigía a 600 hombres armados y a caballo, respaldados por siete cañones en Huichapan. Un insurgente hispánico que desafiaba el poder del régimen, posiblemente fuera el menos ideológico de los rebeldes políticos; peleaba para gobernar su bastión en las tierras altas del sur.[60] El administrador temía más a los 13 000 indios insurgentes que dominaban Ixmiquilpan, la república de El Mezquital favorecida con tierras irrigadas. El sacerdote había huido. Alfajayucan, Tepetitlán, Chilcuautla y Tasquila se volcaron hacia la insurgencia, y el clero también huyó de ahí.

Mientras los otomíes tomaban el control de las repúblicas y expulsaban a los funcionarios y el clero, los ataques se enfocaron en las haciendas, volviéndose cada vez más mortales. Cuando los insurgentes atacaron la hacienda de Batá, tomaron bienes y dinero, y mataron al dueño, don Francisco Villa-

[57] PCR, vol. 143, 24 de mayo, 1º y 22 de junio de 1811; los reportes del pulque: los cálculos son míos.

[58] PCR, vol. 143, 1º de junio de 1811.

[59] PCR, vol. 143, 1º y 22 de junio, 13 y 30 de julio de 1811.

[60] Sobre Villagrán, véase Brian Hamnett, *Roots of Insurgency. Mexican Regions, 1750-1824,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986 [*Raíces de la insurgencia en México. Historia regional, 1750-1824,* trad. Agustín Bárcena, FCE, México, 2012]; y Van Young, *The Other Rebellion…, op. cit.*

verde. La familia Regla había rentado la hacienda de Jalpa, en el poniente, cerca de Chapa de Mota, a don Francisco Morales. Capturado, éste pagó 2 000 pesos por su libertad. Un administrador apenas si logró escapar de Casa Blanca y la hacienda de Salto perdió 80 caballos. Los rebeldes saquearon las haciendas de Huipustla. La economía comercial enfrentaba un cerco. Don Francisco Villaldea, el "conductor de platas" que enviaba plata de Real del Monte a la ciudad de México para la familia Regla, resguardaba 200 000 pesos en Pachuca. No podía entregar esos fondos que se necesitaban con desesperación en la capital porque 600 insurgentes armados y a caballo bloqueaban el camino a Singuilucan.[61]

Los inicios de septiembre trajeron consigo conflictos polarizadores en Actopan. La cabecera, sus funcionarios y la mayoría de los habitantes seguían siendo leales al régimen; los sacerdotes y otras personas se habían retirado buscando seguridad. Cinco pueblos cercanos fueron capturados por insurgentes locales. Los jueces de Actopan estaban ocupados, la cárcel estaba llena. Los "patriotas de Actopan" se unieron a la tropa de Tlahuelilpan para atacar a las comunidades rebeldes y mataron a 300 personas. Los rebeldes siguieron adelante.

Lo mismo ocurrió con la producción de Tulancalco. Gracias a la irrigación, el maíz que maduraba en los campos prometía una buena cosecha. En otros lugares, éstas se vieron amenazadas por las esporádicas lluvias (y las depredaciones de los insurgentes). Las ventas de pulque disminuyeron desde julio hasta finales de septiembre, alcanzando un mínimo de 134 cargas, lo que sugiere que el dinero en efectivo era escaso en ciudades y aldeas. Tulancalco no había enfrentado ningún ataque reciente, pero el administrador creía que "los indios de estos pueblos inmediatos se han insolentado". Todas las noches robaban ganado de Tulancalco y otras haciendas; los dependientes leales capturaron a dos que fueron sorprendidos hurtando.[62] Otros escaparon con 20 cabezas. Mientras los insurgentes controlaban los pueblos y saqueaban haciendas, ¿cómo salía adelante Olguín? Con maíz irrigado y soluciones intermedias cuidadosamente negociadas. En septiembre, cuando todavía faltaban meses para la cosecha, el maíz era escaso y caro, lo que limitó las ventas de pulque. La búsqueda de sustento llevaba a los habitantes de las aldeas a robar ganado por las noches, en tanto el maíz maduraba en los campos.

La producción siguió y las ventas de pulque volvieron a aumentar, alzándose hasta 174 cargas en octubre y 187 en noviembre. Los rebeldes controlaban los caminos desde El Mezquital hasta la ciudad de México. Los insurgentes tomaron Mixquiahuala, robando tiendas y las casas de residentes destacados. La tropa de Tlahuelilpan atacó allí a 500 insurgentes, mató a

[61] PCR, vol. 143, 31 de agosto de 1811.

[62] PCR, vol. 143, 5 de septiembre de 1811; reportes de pulque, julio-septiembre: mis cálculos.

cinco y capturó a cuatro. La mayoría escapó. Los pueblos insurgentes seguían rodeando Actopan. Olguín celebró el rodeo anual de ganado, al que se unieron, como siempre, los administradores de las haciendas vecinas, para asegurarse de que sólo los animales de Tulancalco obtuvieran la marca de la hacienda. Las conversaciones detallaban las pérdidas ocasionadas por los insurgentes: San Javier había perdido incontables caballos; en Temoaya los rebeldes se habían llevado caballos, 200 pesos y la ropa del administrador, dejándolo desnudo frente a sus trabajadores.[63]

El 15 de noviembre Olguín detallaba otra ronda de conflictos en Actopan. Los insurgentes tomaron el pueblo de Lagunilla y quemaron "la casa curato", es decir, la casa del sacerdote. Los rebeldes controlaban las aldeas desde Actopan hasta Pachuca. El día siguiente, Olguín escribió que la hacienda de Casa Blanca, cerca de Huipustla, fue atacada y saqueada; habían matado al administrador y profanado su cuerpo. Entonces Olguín escuchó que los insurgentes se acercaban a Tulancalco. Huyó y pasó una noche embargada de preocupaciones en las colinas. No se produjo ningún ataque. La horda se presentó en Tetepango, haciendo que su magistrado huyera a Actopan.[64]

Hacia diciembre, el conflicto se propagaba en torno a Tulancalco. Cerca de Tizayuca, 200 insurgentes tomaron una caravana que transportaba cebada y paja a la ciudad de México; tres recuas de mulas del conde de la Cortina fueron capturadas; San Javier perdió sus últimos 60 caballos. Las haciendas de Sebastián y Batá fueron saqueadas y robadas ("destruidas", escribió Olguín). Tula volvió a ser atacada, en esta ocasión por una horda de Zimapán. Las tiendas, las tabacaleras bajo monopolio y las casas de los ciudadanos destacados fueron vaciadas. A medida que 1811 llegaba a su fin, los insurgentes controlaban al norte de Tula y montaban ataques hacia el sur, más allá de Tulancalco, cada vez más cerca de la capital. Olguín pidió a los funcionarios locales que enviaran a la ciudad de México a los dos indios cuatreros que habían capturado. Doña María Josefa prometió que buscaría que los castigaran.[65] ¿Qué más podía hacer el administrador? No podía tomar armas contra los aldeanos de los que dependía Tulancalco para sembrar y cosechar maíz. Estaba consternado, pero seguía a salvo; las ventas de pulque se elevaron; pronto comenzaría la cosecha.

Todo cambió el 10 de diciembre. Sin que mediara una advertencia, los insurgentes atacaron a las 6 de la mañana; como no encontraron dinero y el administrador estaba fuera, se llevaron ropa y algunas joyas. Regresaron tres días después. Olguín y su familia se ocultaron en la casa del asistente. Los residentes de la hacienda, incluidos los gañanes a los que se había ganado con el cambio al pago en maíz, no lo traicionaron. Olguín volvió a enviar a su familia a un lugar seguro, en esta ocasión a Tetepango; él se fue a Actopan

[63] PCR, vol. 143, 2 de noviembre de 1811.
[64] PCR, vol. 143, 15-17 de noviembre de 1811.
[65] PCR, vol. 143, 7 de diciembre de 1811.

y visitó Tulancalco para vigilar la cosecha y "dar raciones".[66] Su siguiente carta, la última a doña María Josefa, fechada el 8 de enero, fue enviada desde Actopan. Había ido a misa buscando apoyo divino o al menos de resolución personal, y estaba a punto de irse a Tulancalco para vigilar la cosecha y distribuir maíz.[67]

Olguín escribió su último informe sobre Tulancalco y la insurgencia el 13 de enero, esta vez dirigido a don Joaquín Echarte, un comerciante de la ciudad de México. El administrador señaló que los insurgentes operaban todos los días como "cuadrillas de ladrones", pues robaban los pueblos de Tepeji del Río y Villa de Carbón y saqueaban las haciendas de Batá y Casa Blanca. Olguín se quedó en Actopan; viajaba diariamente para vigilar la cosecha en Tulancalco. Sin su presencia, el maíz no llegaría al granero de la hacienda. Escribió a Echarte porque el contrato de arrendamiento de doña María Josefa terminaba con esa cosecha; ella no lo renovaría. Olguín propuso tomar el contrato él mismo y buscó el apoyo de Echarte.[68]

Olguín creía haber encontrado una forma de seguir adelante en medio de la insurgencia. A la vez que mantenía la producción de pulque y las ventas locales, cultivaba maíz irrigado y pagaba a los indios residentes con maíz (y también a los aldeanos; desde inicios de 1811 no hay mención alguna a reales, sólo a raciones), Olguín forjó una mezcla de dependencia segura y explotación simbiótica. La paz se mantuvo en la localidad; Tulancalco siguió produciendo. La hacienda se había rentado por 4000 pesos anuales; Olguín ofreció 3000, un descuento a causa de la insurgencia. Echarte no daría una "fianza" y el conde de Santiago no rentaría sin ella.[69] Olguín demostró ser un administrador excepcional en medio de la insurgencia; pero ni Echarte ni el conde anticipaban la continuación de su éxito. No se sabe qué ocurrió con Tulancalco después de enero de 1812.

Insurgencia y contrainsurgencia, 1810-1815: el informe de Tlahuelilpan

La persistencia de la insurgencia y la pacificación de 1815 son reportadas en una fuente muy diferente a las cartas de Olguín. En 1816, cuando El Mezquital finalmente estaba en paz, el conde de la Cortina y su administrador en Tlahuelilpan —un conjunto de propiedades que reunían campos de regadío con pastoreo al norte de Tula— enviaron un largo documento a los funcionarios de la ciudad de México. Cortina buscaba ser recompensado por los costos inherentes a la defensa de su propiedad y del régimen; don Vicente Fernández

[66] PCR, vol. 143, 14 de diciembre de 1811.
[67] PCR, vol. 143, 8 de enero de 1812.
[68] PCRun, "Autos 1810", 13 de enero de 1812.
[69] PCRun, 10 de abril y 8 de mayo de 1812.

esperaba que se reconocieran sus años de arriesgado servicio. Se trataba de opiniones y reclamos interesados. Fernández escribió cuando la guerra pareció estar decidida, lo que contrasta con la inmediatez de las cartas de Olguín. Aun así, ambas fuentes, con perspectivas antiinsurgentes, coinciden en muchas cosas relacionadas con los meses transcurridos entre 1810 y 1812, y Fernández inaugura una visión local de la insurgencia desde 1812 hasta su final en 1815.

Al escribir en 1815, el largo título de Fernández ponía énfasis en que guio a los "patriotas de Tlahuelilpan" para defender "la justa causa". El patriotismo y la justicia estaban del lado de su tropa. Documentó la lucha de los insurgentes otomíes que combatieron a funcionarios y clérigos, atacaron haciendas que abastecían a las minas de plata y se adjudicaron ganado para mantener a los guerrilleros y a las comunidades durante los años de insurgencia. Reclamaron autonomías para hacer retroceder el capitalismo de la plata; imaginaban un futuro basado en comunidades agrarias, y, al final, tuvieron cierto éxito.

Fernández estaba orgulloso de sus esfuerzos. Compartió el crédito con sus hombres, destacando que eran sirvientes de Tlahuelilpan, Ulapa, Pozos, Tenguedó, Atotonilco y Teocalco, todas propiedades del conde de la Cortina administradas por Fernández desde Tlahuelilpan.[70] Insistió en que se habían apresurado a defender a Fernando VII (en cautiverio desde 1808; de regreso en el poder en 1814) y la santa religión: "A las primeras noticias de la infernal rebelión y del veraz fuego de la seducción con que sus principales corifeos iban encendiendo traidoramente los sencillos y tranquilos corazonés de los habitantes de este reino". Hidalgo se había alzado para defender a Fernando y la verdadera religión en 1810; en 1815, Fernández, como muchos lealistas, reiteró que ése había sido su papel. El foco de la seducción colocaba a los insurgentes otomíes en papeles dependientes, femeninos y, en última instancia, perdonables, un énfasis importante si se toma en cuenta la forma en que terminó la insurgencia. En cuanto a los pocos que lideraron los levantamientos, Fernández veía las cosas con simplicidad: "no obraba con justicia ni con autoridad [...] Perseguían a los Europeos para apropiarse de sus caudales", visión revelada por su propia narración y las cartas de Olguín.[71] Aunque esa visión explicaba poco, legitimaba la tenaz persecución de líderes como Julián Villagrán y los indultos finales para la mayoría de los otomíes.

El 30 de octubre de 1810 Fernández comenzó a armar y entrenar hombres para defender a su rey y la verdadera religión: honró a "un puñado de sirvientes de Tlahuelilpan" como los primeros defensores. No hay ningún indicio de que Fernández haya considerado huir, como escribió Olguín entonces. Fernández subrayó que él y 15 tropas partieron el 10 de noviembre

[70] VFT, fols. 52v-53.
[71] VFT, fols. 53-54.

en una "primera salida", cabalgando hacia el poniente, en dirección a Tepeji del Río y Villa de Carbón. Liberaron dos vagones de artillería, así como a varios soldados capturados por Hidalgo en Monte de las Cruces y a 20 000 ovejas. Los soldados regresaron a sus unidades; las ovejas, a sus dueños.[72] Fernández marchó por el campo tras la retirada de los insurgentes de Monte de las Cruces y de su derrota en Aculco. Conocía el arte de lo posible.

El 20 de noviembre, de regreso a Tlahuelilpan, otros 30 sirvientes se unieron a la tropa. Se dispusieron a advertir a los pueblos cercanos de la amenaza que representaban "los bandidos de Tepetitlán": una comunidad otomí cercana a Tlahuelilpan cuyos aldeanos habían trabajado por mucho tiempo en la hacienda, ganándose la reputación de bandidos en conflictos recientes. Las similitudes con Tulancalco son claras. Las haciendas y las aldeas de El Mezquital se habían convertido en enemigas, atrapadas en explotaciones que estaban lejos de ser simbióticas.[73]

Durante cuatro meses, los soldados de Tlahuelilpan entrenaron e hicieron sonar alarmas, mientras observaban cómo Villagrán tomaba el control de Huichapan. Fernández intentó mantener a los insurgentes fuera de la cuenca alrededor de Tula, Tetepango y Actopan —el núcleo del sur de El Mezquital—. Tuvo éxito hasta el 24 de marzo de 1811, fecha en que los rebeldes tomaron Tula. No podía pelear contra 2 000 rebeldes con 45 patriotas cuando los ciudadanos prominentes huían en vez de unirse a la defensa.[74] Pasado el ataque, condujo a su pequeña tropa hacia Tula. "Pero no bien había marchado media legua cuando me presentaron todos los demás sirvientes del Señor Conde de la Cortina haciéndome propuestos más vivas e insinuantes de morir primero antes que seguir el partido de los amotinados." Exigieron armas para servir como "fieles vasallos del rey". La tropa ampliada acampó en el Cerro de Buena Vista, que miraba hacia Tula. Fernández envió notas a los sacerdotes de Atitalaquía y Tetepango, pidiéndoles que enviaran feligreses a unirse a su fuerza. Nadie asistió. Al día siguiente, los rebeldes dejaron Tula.[75] Fernández creía que habían huido de su fuerza; es probable que hayan efectuado un asalto y retirada.

El 29 de marzo, 200 tropas leales llegaron a Tula. El 3 de abril, Villagrán volvió a atacar, con 15 000 insurgentes según el conteo de Fernández. La tropa de Tlahuelilpan, con 40 hombres, ocupó el Paso del Puente, evitando que otros 1 500 rebeldes pelearan.[76] Los aldeanos locales respaldaron a Villagrán y sus rebeldes en el segundo asalto. Los números probablemente están exagerados, pero sugieren que muchos otomíes se unieron al saqueo de casas y tiendas de los poderosos y los prósperos de Tula.

[72] VFT, fols. 53v-54.
[73] VFT, fol. 53v.
[74] VFT, fol. 54.
[75] *Idem*.
[76] VFT, fol. 55v.

Tras rechazar a Villagrán —o habiendo éste saqueado y retrocedido nuevamente—, un coronel de nombre Andrade tomó el control de Tula el 5 de abril. Fernández proporcionó 40 de los mejores caballos de Tlahuelilpan. Durante abril y mayo, el administrador siguió entrenando a sus "patriotas", que ahora sumaban 80, visitó los "pueblos inmediatos", persiguió a sus enemigos "sin olvidar de desengañar como podía las miserables gentes que ya se hallan infestadas de papeles incendiarios del los enemigos que recogían algunos ejemplares impresos y manuscritos". Fernández "recolectó algunos ejemplos, impresos y manuscritos".[77] Mientras las tropas regulares tenían el control de Tula, los patriotas de Tlahuelilpan intentaban impedir que los aldeanos otomíes se unieran al levantamiento.

El 29 de mayo, Fernández recibió noticias de que "el cabecilla Centeno célebre por sus inauditos robos y asesinatos se hallaba con una gavilla considerable" cerca de Actopan. Fernández partió con 34 patriotas para pelear contra Centeno, fuerte en un bastión elevado con más de 100 hombres. El administrador comandante alardeaba:

> Los derrotó completamente [...] Esta milagrosa victoria solidó los buenos sentimientos de mis patriotas, desengaño a muchos pueblos que aun no se decidían por la justa cause, llenó un terror pánico a los malvados, y aumentó considerablemente el número de los fieles que desde el principio se habían decidido por el partido de la verdad y justicia a ser esta hacienda de Tlahuelilpan el punto de apoyo donde venían a refugiar los que huían del enemigo y la vía de seguridad desde México a Querétaro.[78]

Fernández consideraba el conflicto de El Mezquital como una lucha por obtener la lealtad de la mayoría, principalmente otomí. La victoria sobre Centeno cerca de Actopan aseguró que los insurgentes no obtuvieran una rápida hegemonía, que las cabeceras —desde Tula hasta Actopan— se mantuvieran leales (aunque expuestas a ataques periódicos) y que el sur de El Mezquital siguiera en disputa. Tlahuelilpan se convirtió en un oasis leal entre la capital y el Bajío. En el verano de 1811 eso contaba como un triunfo. Para Fernández fue el momento de capturar y matar a los cabecillas rebeldes, regresar el ganado robado a las haciendas y reprender a las mujeres: "Recogí también porción de mujeres abandonadas por sus maridos en sus campamentos, a las que di libertad". Las bases insurgentes se habían convertido en comunidades que incluían a mujeres que sostenían la insurgencia patriarcal. Fernández tenía la esperanza de que las mujeres a las que había capturado y liberado persuadieran a "sus maridos, hijos y deudos" de rendirse y aceptar los perdones. No obstante, reportó que sólo un "indio, cabecilla,

[77] VFT, fol. 56.
[78] VFT, fols. 56v-57.

gobernador del pueblo de Santa María" aceptó el indulto.[79] Mientras tanto, Fernández forjó ocho cañones, compró 36 rifles e hizo 80 lanzas para defender a las "muchas familias decentes emigradas a la hacienda".[80]

A inicios del otoño, la tropa atacó a los rebeldes dirigidos por Casimiro Gómez cerca de Actopan y mató a 150. Una vez más capturaron a muchas "indias". Fernández añadía: "Las instruí por medio de intérprete". Insistió en que ofreció compasión y pidió a las mujeres otomíes que convencieran a sus "maridos, hijos y hermanos" de aceptar la amnistía. En esta ocasión, más de 1 000 aceptaron el perdón y prometieron vivir como "buenos patriotas". La victoria sobre Gómez contó con el respaldo de los pueblos de Yolo y Lagunilla, bastiones de lealtad "india".[81] La división y la violencia marcaban El Mezquital.

A partir del último día de octubre, la tropa persiguió a los atracadores por los pueblos de Tepetitlán, Chapatongo y Alfajayucan, recuperando 2 000 ovejas para don Ángel Puyade. A mediados de noviembre, Fernández ayudó una vez más a fortificar Tula. En diciembre y enero, mientras las haciendas cosechaban lo que podían, la tropa persiguió a los cabecillas que tenían la intención de alzar a los pueblos y tomar el maíz conforme iba llegando. Tras reportar a muchos sacerdotes que huyeron del levantamiento, un clérigo rebelde, de nombre Correa, adquirió notoriedad y una excomunión. Desde octubre de 1811 hasta febrero de 1812, cuando los informes de Olguín terminaron, Fernández detalló persecuciones interminables y ninguna victoria.[82] El conflicto guerrillero se estableció. Las mayorías otomíes controlaban muchas aldeas, negando la autoridad del régimen, al tiempo que expulsaban sacerdotes y capturaban ganado. En repetidas ocasiones la tropa de Tlahuelilpan entró a pueblos, mató cabecillas, dio instrucciones a las mujeres (no se detalla con qué medios, pero es probable que no sólo fueran verbales) y recuperó ganado. Pocos aceptaron los indultos. Al reclamar las cosechas de maíz y el ganado, los insurgentes de El Mezquital convirtieron los productos de las haciendas en sustento para las familias.

Tras un violento *impasse,* en abril de 1812 se entró en una nueva fase. A la vez que seguía patrullando pueblos y reclamando ganado, la tropa de Fernández comenzó a escoltar convoyes que transportaban plata de Real del Monte a la ciudad de México. La minería se reanudó, reactivando la demanda de mano de obra y de productos de las haciendas y creando fondos para el régimen. En octubre, Fernández condujo a 200 "patriotas" respaldados por 300 indios de los "fieles pueblos de Yolo y Lagunilla" contra los insurgentes que rodeaban Ixmiquilpan. Muchos huyeron hacia el norte, a El Cardonal.[83]

[79] VFT, fol. 57.
[80] VFT, fol. 56.
[81] VFT, fol. 58.
[82] VFT, fols. 58v-59v.
[83] VFT, fols. 60-64.

En 1813 se realizaron salidas similares.[84] Ese verano, Fernández condujo a 210 patriotas respaldados sólo por 106 indios de los "fidelísimos pueblos de Yolo, Lagunilla y Santiago" en un ataque contra Huichapan. Los Villagrán fueron capturados y ejecutados, lo que quebró la insurgencia hispánica que desafió el poder del régimen durante tres años. Fernández se regodeó de esa victoria, pero no ofreció ninguna explicación sobre el cambio de fortuna.[85]

Como suele ocurrir en la historia de México, la enfermedad dio forma al conflicto social. La tifoidea atacó Cuautla, al sur de la ciudad de México, durante el sitio de febrero de 1812, impidiendo que la fuerza rebelde dirigida por José María Morelos llegara a la capital y resultando mortal para muchos de los que se refugiaron en la ciudad en marzo de 1813; en el verano afectó a Cuautitlán, justo al sur de El Mezquital; en octubre asoló Atlacomulco, en el norte del Valle de Toluca.[86] La enfermedad desmovilizó a insurgentes y lealistas por igual, al mismo tiempo que la reactivación de la minería abrió oportunidades de empleo. En ese contexto, la tropa de Tlahuelilpan reunió a algunos indios para que ayudaran a derrotar a los Villagrán. La rebelión política hispánica terminó en El Mezquital.[87]

Las insurgencias de los pueblos otomíes continuaron por mucho tiempo tras la derrota de los Villagrán, dejando clara la independencia de los levantamientos populares. En mayo de 1814 el conflicto en El Mezquital dio un nuevo giro. Fernández dirigió una pequeña patrulla de 15 patriotas hacia el bastión insurgente de Tepetitlán, para ofrecer amnistía y el derecho de organizar una compañía de 100 patriotas a caballo para mantener la paz y defenderse de los ataques.[88] Los rebeldes otomíes consiguieron ser sancionados como milicia armada, oficialmente para defender el régimen, inevitablemente para consolidar el poder local. Aunque no se trataba de una victoria insurgente, sin duda no fue una derrota. Si el objetivo era la autonomía, la amnistía dio a los rebeldes gran parte de aquello por lo que habían luchado. Tlahuelilpan pudo reanudar la producción y contratar hombres del pacificado Tepetitlán. Sin duda, las relaciones laborales encontraron un nuevo tono cuando aldeanos, otrora rebeldes, sancionados en su uso de las armas, dominaron el pueblo.

Durante el resto de 1814 y hasta 1815 la tropa ofreció amnistías con derechos de mantener las milicias en todo El Mezquital. Oficialmente se trataba de una pacificación victoriosa. El mito acabó con la insurgencia otomí. Los pueblos accedieron a las proclamas lealistas de victoria; el régimen sancionó

[84] VFT, fols. 65-66.

[85] VFT, fol. 66.

[86] América Molina del Villar, "Santa María de Guadalupe, Atlacomulco, ante los aciagos años de principios del siglo XIX. Conflictos locales, crisis agrícolas y epidemia, 1809-1814", *Relaciones*, vol. 31, núm. 121, 2010, pp. 109-136.

[87] VFT, fols. 66v-67.

[88] VFT, fol. 68.

las milicias de los pueblos. Los hombres en las repúblicas otomíes ganaron la facultad de usar armas, que había estado prohibida desde el siglo XVI. Quizá el régimen podía gobernar, pero la autonomía de los pueblos (que seguía siendo limitada en tierras áridas) encontró nueva fuerza cuando los indios conservaron sus armas y ganaron nuevo respeto. ¿Conservaron también el ganado que reclamaron durante la insurgencia? ¿Obtuvieron acceso a los montes de las haciendas para pastorear manadas más grandes y quizá acceso a tierras para sembrar maíz? Esas ganancias son probables; Fernández no las reportaría a los funcionarios de la capital. La gente de todo El Mezquital negoció nuevos futuros con autonomías reforzadas y acceso renovado al trabajo asalariado en los campos de las haciendas y en las minas de Real del Monte. En marzo de 1815 la insurgencia terminó en El Mezquital, pero continuó alrededor de Otumba y en el Bajío.[89]

Para finalizar su informe, Fernández tomó testimonios de ciudadanos españoles que vivieron el conflicto. Uno consideraba que la tropa de Tlahuelilpan peleó "cuatro años de insurrección […] cuatro años de amarguras de desolación".[90] Otro simplemente declaró que la tropa había controlado a los "indios rebeldes". Manuel Olguín, que tenía 61 años en 1815, vivía en Tetepango y se describía a sí mismo como "Español, Vecino y Labrador", declaró que la tropa patrullaba los pueblos y "los desengañaba, haciéndoles ver el error a que los inducían los rebeldes".[91] Olguín seguía viendo un conflicto que enfrentaba a defensores de la justicia contra rebeldes malintencionados, que competían por la lealtad de los indios. Fernández y él compartían un mito que facilitó la pacificación: los otomíes eran gente simple, que había sido engañada para participar en la rebelión. Las cartas de Olguín y el informe de Fernández muestran que los indios insurgentes tenían visiones propias: un sustento justo fundamentado en las autonomías de los pueblos. Con la pacificación, obtuvieron una buena parte de ello.

Los costos de la insurgencia: las cuentas del conde de la Cortina, 1816

El conde de la Cortina, dueño de Tlahuelilpan, pagó los costos de la tropa de Fernández y organizó el informe que detallaba la lucha contrainsurgente. El conde pretendía lograr una compensación: su factura ascendía a un total de 79 750 pesos. Según argumentaba, la tropa había permitido que continuara, cuando menos, una producción limitada en las haciendas, crucial para la defensa del régimen durante los años difíciles. Añadía que, en las zonas pulqueras que rodean Zempoala, Otumba y Apan, en el noreste del valle

[89] VFT, fols. 68-70v.
[90] VFT, fol. 1.
[91] VFT, fols. 18-19.

TABLA IV.1. *Recolección de impuestos al pulque en El Mezquital, 1804-1815 (en pesos)*

Años	*Actopan y Tetepango*	*Tula*	*Total*
1804-1809	22 580	22 588	45 168
1810-1815	17 300	10 535	27 835
Porcentaje de declive	23	53	38

FUENTE: VTF, fol. 77v.

TABLA IV.2. *Recolección de diezmos en Actopan, Tetepango y Tula, 1805-1814*

Años	*Costales de maíz*	*Cargas de pulque*	*Corderos*
1805-1809	11 391	4 594	7 350
1810-1814	7 442	4 016	4 400
Porcentaje de declive	35	13	40

FUENTE: VTF, fols. 79v-80.

de México, no había existido tal defensa y allí la producción comercial y la recolección de impuestos se habían detenido.[92]

Para documentar la persistencia de la producción en el Mezquital, el conde usó los registros de impuestos y diezmos que mostraban que la economía de las haciendas había caído casi 40% durante la rebelión. El hecho de que un empresario destacado pudiera celebrar un declive tal era un indicador de cuán destructiva fue la época. Sus datos, resumidos en las tablas IV.1 y IV.2, sugieren que el declive fue real, pero más complejo.

Las cifras del conde comparaban, en primer lugar, la recolección de impuestos sobre el pulque durante los seis años previos a la insurgencia, de 1804 a 1809, contra seis años que incluían la insurgencia, de 1810 a 1815. El declive de 53% en Tula reflejaba una mayor actividad insurgente en esa región; la caída de sólo 23% en Actopan y Tetepango mostraba la persistencia de la producción en esa zona, algo confirmado por las cartas de Olguín. Los informes del diezmo incluían tres productos clave: maíz, pulque y ovejas. Los diezmos se determinaban sobre las cosechas en el campo, no sobre las ganancias que suponía su venta. Como los agricultores indígenas estaban exentos, esos informes reflejan la producción comercial. Comparan las recolecciones de 1805-1809 con las de 1810-1814. La caída de las cosechas de maíz en 35% sigue de cerca la caída de los impuestos sobre el pulque en 38%, algo que quizá calcule con exactitud el declive comercial. Por supuesto,

[92] VFT, fol. 71v.

el maíz que tomaron los aldeanos y los insurgentes no estaba sujeto a diezmo, lo que sugiere que, en realidad, no cayó la producción, sino las recolecciones. Los diezmos del pulque se redujeron sólo 13%, mientras que los impuestos lo hicieron 38%, lo que indica que las haciendas hicieron grandes ventas en pequeñas cantidades en los mercados locales (como reportó Olguín) y evadieron impuestos. El declive de 40% en las ovejas entregadas como diezmo después de 1810 documenta la liberación de ovejas por los aldeanos.

Las cifras de los impuestos y el diezmo sugieren que los ingresos del régimen cayeron abruptamente (entre 35 y 45%), los diezmos disminuyeron menos (quizá 30%) y la producción aún menos (quizá 20%). La diferencia es una medida de la transferencia de productos a los aldeanos insurgentes. La producción limitada permitió a las haciendas y a los aldeanos salir adelante durante los años del violento *impasse*. Las haciendas obtenían escasas ganancias y el régimen seguía desesperado por obtener ingresos, en tanto los aldeanos tomaban los productos y reforzaban las autonomías. La búsqueda de ganancias de los empresarios y la necesidad de ingresos del régimen ayudan a explicar la pacificación que concedió autonomías a los pueblos en 1815. Sancionar el gobierno local de antiguos insurgentes armados resultó ser la única forma de hacer que El Mezquital volviera a producir para apoyar a las minas de Real del Monte y a los ingresos para la ciudad de México. Los otomíes conservaron el control de las comunidades, sembraron maíz como pudieron y trabajaron cuando fue posible, mientras las batallas menguaban. Las comunidades de El Mezquital y en torno a Otumba y Apan, donde la insurgencia continuó durante todo 1816, generaron pérdidas a los empresarios comprometidos con el pulque y a un régimen que vivía de sus ingresos. Los aldeanos reforzaron las autonomías, al mismo tiempo que debilitaron a los capitalistas, al régimen y a la economía de la plata.

V. INSURGENCIAS E IMPERIOS: LA CAÍDA DEL CAPITALISMO DE LA PLATA, 1808-1821

A PARTIR de 1808 todo pareció venirse abajo en la Nueva España. Napoleón invadió España y capturó a sus reyes Borbones. En la ciudad de México, un verano de intensa política debatía qué hacer con una soberanía que había quedado vacía de repente: muchos presionaron en favor de derechos populares hasta que los poderes militares depusieron al virrey, proclamando que actuaban como el pueblo. En 1810, unas élites provinciales del Bajío se sublevaron para exigir derechos políticos y desataron una insurgencia masiva que desafió el poder y la propiedad durante una década en la región más dinámica del capitalismo de la plata. Los habitantes otomíes de las aldeas de El Mezquital y zonas cercanas también se unieron a la insurgencia. Los levantamientos estrangularon la extracción de plata en Guanajuato y Real del Monte. Para 1811, la entrega de plata al mundo se había reducido a la mitad.

Los poderosos no tardaron en movilizarse para defender el capitalismo de la plata y a un régimen español incierto. A lo largo de una década de conflicto, las repúblicas indígenas de las regiones más fértiles del centro siguieron alimentándose a sí mismas y al capital, mientras sostenían la lucha contra insurgentes políticos y populares. Mantuvieron al régimen cuando el capitalismo de la plata avanzaba cojeando, en una época de crisis imperial, desafíos políticos e insurgencia. Tras una década de *impasse* violento, el capitalismo de la plata se vino abajo, el gobierno español terminó y la Nueva España se convirtió en México en 1821.

A comienzos de 1808, la Nueva España conservaba su dinamismo económico, su profunda desigualdad y su estabilidad social; era el lugar más rico de América, la fuente de la plata esencial para el comercio mundial y las potencias europeas en tiempos de guerra, la base del intento de España de seguir siendo una potencia mientras Gran Bretaña y la Francia napoleónica peleaban por el dominio del Atlántico. En 1821 un nuevo régimen anunció un Imperio mexicano, pero el capitalismo de la plata había desaparecido, dejando tras de sí a políticos debatiendo visiones monárquicas, el liberalismo constitucional y otros caminos hacia una nación política, al tiempo que buscaban una nueva economía. Cuando México se volvió independiente en 1821, todo estaba en duda.[1]

[1] El mejor análisis breve de esos años es Alfredo Ávila, *En nombre de la nación. La formación del gobierno representativo en México, 1808-1824,* Taurus, México, 2002; Jaime Rodríguez, *"We Are Now True Spaniards." Sovereignty, Revolution, Independence, and the Emergence of the Fede-*

Del quebrantamiento de la soberanía a insurgencias inesperadas, 1808-1810

Antes de mayo de 1808, a pesar de las exigencias de ingresos y el aumento de la presión social, la Nueva España se mantenía estable y generaba plata en picos históricos, mientras la guerra asolaba a Europa y al mundo atlántico.[2] Se discutieron y debatieron los ejemplos de los Estados Unidos y Haití, pero en la Nueva España pocos imaginaban una guerra de independencia; menos aún previeron insurgencias populares.[3] Todo cambió después de que los ejércitos de Napoleón tomaron Madrid, capturaron a los Borbones Carlos IV y Fernando VII, padre e hijo, e intentaron imponer a José Bonaparte como José I, dejando un vacío de soberanía legítima en España y sus dominios. *El 3 de mayo* de Goya dice todo sobre ese momento en Madrid. Los españoles se opusieron al gobierno francés.

Quienes gobernaban y prosperaban en la Nueva España se conocían a sí mismos como "españoles" —la mayoría como "americanos", más unos cuantos inmigrantes de España—. En efecto, al conocerse las noticias del quebrantamiento de la soberanía y la resistencia popular en España después de meses de debate el virrey don José de Iturrigaray y el Ayuntamiento de la ciudad de México llamaron a una junta. En la tradición hispánica, la soberanía era un regalo de Dios a los pueblos, que delegaban su soberanía en el monarca a cambio de justicia.[4] Gracias a la invasión de Napoleón y el rechazo de los españoles a José, no había un monarca legítimo que gobernara ni hiciera justicia en España o la Nueva España.[5] Apoyados en la tradición, Iturrigaray y el Consejo intentaron convocar a delegados de las ciudades españolas de toda la Nueva España (así como de las repúblicas indígenas de la capital) para reunirse y discutir la reconstrucción de la soberanía. El virrey representaba a los monarcas capturados; la Junta propuesta representaba a las élites terratenientes y a los profesionales, la mayoría americanos de nacimiento,

ral Republic of Mexico, 1808-1824, Stanford University Press, Stanford, 2012, ofrece interpretaciones más detalladas y con frecuencia en debate.

[2] Sobre las guerras de la década de 1790 y la crisis de 1808-1810, véase Barbara Stein y Stanley Stein, *Edge of Crisis. War and Trade in the Spanish Atlantic, 1789-1808,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009; y *Crisis in an Atlantic Empire. Spain and New Spain, 1808-1810,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2014.

[3] El análisis de 1808-1810 es una síntesis de John Tutino, *Mexico City, 1808. Power, Sovereignty, and Silver in an Age of War and Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2018.

[4] Annick Lempérière, *Entre Dios y el rey, la república. La ciudad de México de los siglos XVI al XIX,* trad. Ivette Hernández Pérez Vertti, FCE, México, 2013.

[5] Sobre los conflictos en España, véase José Gregorio Cayuela Fernández y José Ángel Gallego Palomares, *La Guerra de independencia. Historia bélica, pueblo y nación en España, 1808-1814,* Editorial Universidad, Salamanca, 2008.

FIGURA V.1. *El Palacio Virreinal, ciudad de México: eje de la política, 1808.*

aunque muchos estaban vinculados con inmigrantes emprendedores de España. La Junta de Nueva España propuesta reuniría a representantes de los poderosos para discutir la soberanía en ausencia del monarca.[6]

En septiembre, no obstante, una alianza de oficiales del ejército, jueces del tribunal superior de la ciudad de México y una camarilla de comerciantes frustrados, casi todos inmigrantes españoles, movilizaron hombres armados para destituir al virrey y bloquear la oportunidad de la Nueva España de unirse a la reconstrucción de la soberanía (todo se negoció e impuso en el Palacio Virreinal que aparece en la figura V.1). Los líderes del golpe que derribó al régimen establecido con la fuerza armada, autodenominados "el pueblo", insistieron en que la Nueva España debía reconocer y financiar a la Junta de Sevilla, que en ese momento se proclamaba suprema. El poder español gobernaría con el respaldo del poder armado; los inmigrantes españoles dominarían el gobierno y el comercio. El golpe buscaba asegurar que la plata, que seguía fluyendo en picos históricos, financiara la lucha contra

[6] Sobre los sucesos que se extienden de 1808 a 1810 véase Nettie Lee Benson (coord.), *Mexico and the Spanish Cortes, 1810-1822,* University of Texas Press, Austin, 1968 [*México y las cortes españolas (1810-1822),* Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, México, 2014], y obras recientes como François Xavier Guerra, *Modernidades e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas,* FCE, México, 2001; Ávila, *En nombre…, op. cit.;* y Roberto Breña (ed.), *En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810,* El Colegio de México, México, 2010.

Napoleón. Si el virrey y el Consejo buscaban la unidad de las élites novohispanas, la alianza golpista entre oficiales del ejército, jueces de la corte suprema y aspirantes a mercaderes colocó a España y a los inmigrantes españoles en primer lugar, en un momento en que ningún régimen efectivo gobernaba en Madrid. El virrey, el Consejo y sus aliados no opusieron resistencia. Los hombres que promovían el derecho de la Nueva España a participar en la reconstrucción de la soberanía no estaban dispuestos a pelear. Dieron un paso atrás, al tiempo que hombres armados deponían al virrey, bloqueaban la Junta de la Nueva España y quebrantaban el régimen de mediación judicial, con el fin de conservar el vínculo entre España y la Nueva España.[7]

En unas cuantas semanas se plantearon, debatieron y zanjaron las preguntas más básicas sobre la soberanía en formas que no dejaron participar a los habitantes de la Nueva España; a la vez, éstos se enteraban (con retrasos y distorsiones) de que, en España, la gente peleaba contra Napoleón y luchaba por construir un nuevo régimen. Élites poderosas, notables provinciales y comunidades populares de toda la Nueva España quedaron atrapadas en la incertidumbre porque españoles armados, en su mayoría inmigrantes, bloquearon la Junta de la Nueva España. Los principales empresarios de la ciudad de México, americanos e inmigrantes, aceptaron ese resultado. La plata fluyó hacia España a niveles máximos en 1809. En las provincias, esas exclusiones molestaron a líderes menos poderosos que también se consideraban españoles, con todos los derechos de los españoles.

Entre septiembre de 1808 y septiembre de 1810, en España y en la Nueva España se debatieron los derechos populares y la reconstitución de la soberanía. En España, la resistencia política y las fuerzas guerrilleras generaron juntas regionales en todo el país. La de Sevilla buscaba forjar una soberanía central para el imperio, convocando delegados de las juntas de toda España y permitiendo que los reinos americanos enviaran representantes (pero no que crearan juntas). Catorce ciudades en Nueva España se unirían para enviar un delegado; todas podían enviar peticiones con quejas y metas. Dicha participación carecía de precedentes, aunque era mínima en comparación con la apertura a los movimientos de resistencia en toda España. El proceso de generación de peticiones y selección del representante de la Nueva España se desarrolló durante 1809.

La Junta Central apenas había comenzado a trabajar cuando las fuerzas francesas tomaron Sevilla. En el verano de 1810 se disolvió, dejando una regencia en su lugar, y llamó a las cortes (un parlamento), para reunirse en Cádiz, el puerto que vinculaba España con América, la última ciudad importante fuera del control francés. Los consejos españoles de todo el imperio obtuvieron una representación mayor. Aun así, los nueve delegados de la Nueva España eran muchos menos que los reservados para la resistencia

[7] Lo anterior se detalla en Tutino, *Mexico City…, op. cit.*

española. Si la representación proporcional reclamada para España (en ese momento mayoritariamente bajo control francés) se hubiera permitido para la Nueva España, sus delegados hubieran conformado un bloque poderoso, acorde a su destacado papel económico en el reino de la plata. Una vez más, la oferta de representación carecía de precedentes y la subrepresentación radical era descarada. Las principales ciudades de la Nueva España eligieron delegados; éstos iban de camino a Cádiz cuando en Dolores, cerca de las minas de Guanajuato, comenzó la rebelión de Hidalgo, en septiembre de 1810. Ocho días después, al inaugurarse las cortes, los delegados novohispanos no habían llegado y los que estaban en Cádiz desconocían que todo había cambiado en la Nueva España.[8]

La apertura política que condujo a Cádiz en la Nueva España fue limitada. Sólo los hombres de los consejos españoles de ciudades importantes obtuvieron papeles. Sin embargo, la invasión de Napoleón, la captura de los monarcas, el llamamiento a una Junta de la Nueva España, el golpe de Estado que la rechazó y las promesas y los límites del proyecto de Sevilla-Cádiz se combinaron para crear un revuelo que llegó más allá de los pocos a los que se convocó a participar. A medida que las restricciones de la voz y los votos de la Nueva España se esclarecían, las élites provinciales, primero en Valladolid (ahora Morelia) y luego en Querétaro, buscaron papeles en la recreación de la soberanía. Al buscar juntas seguían el precedente ibérico. No conspiraron en busca de independencia. En ambas ciudades, las incipientes juntas se revelaron a las autoridades que siguieron al golpe como leales a una España con poderes inciertos. De cara al arresto inminente, los participantes periféricos en el movimiento de Querétaro, el padre don Miguel Hidalgo y el teniente de milicias don Ignacio Allende, provocaron el levantamiento de Dolores el 16 de septiembre de 1810.

Personas menos políticas también enfrentaron desafíos en la Nueva España entre septiembre de 1808 y septiembre de 1810. En las plazas y las pulquerías de las ciudades, en los centros de los pueblos y los mercados de las aldeas, las noticias provenientes de España y la ciudad de México dieron lugar a pláticas interminables. Los ideólogos y los militares proclamaban derechos populares, mientras que los últimos bloqueaban su implementación. Los sacerdotes anunciaban la presencia del mal personificado por Napoleón y pedían a la Virgen de Guadalupe que protegiera a la Nueva España en tiempos aciagos. En paralelo, dos años de profunda sequía habían vuelto escaso y costoso el maíz en las tierras elevadas, desde el centro hasta el Bajío y más allá. Las familias en apuros vivían en la desesperación; los empresarios ricos (que solían ser hombres que reclamaban representación) se beneficiaban del hambre. La hambruna y la especulación no eran nuevas: habían golpeado

[8] Sobre el proceso de Cádiz, la obra esencial es Roberto Breña, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824,* El Colegio de México, México, 2006.

con intensidad mortal en 1785 y 1786; pero 1809 y 1810 trajeron sequías y hambruna, desesperación y especulación, en medio de una crisis de soberanía y de reivindicaciones de derechos populares.[9]

La rebelión de Hidalgo llegó después de dos años en que se quebrantó la soberanía, se debatió la participación y el hambre acechó la tierra. Con todo, sólo las élites provinciales y las comunidades rurales de regiones acotadas (aunque de importancia estratégica) se unieron al levantamiento. Cuando su vasta pero incipiente movilización fue aplastada a principios de 1811, algunos regresaron a casa para impulsar insurgencias regionales duraderas —políticas y populares—; otros encontraron diferentes caminos a lo largo de años de conflicto e incertidumbre. La rebelión de Hidalgo de 1810 comenzó como una alianza no planeada de élites provinciales, que exigían derechos políticos, con los pueblos del Bajío, mestizos e indígenas, que en su mayoría vivían como dependientes comerciales sin derechos a repúblicas, recientemente indignados por la desesperación impuesta en sus vidas cotidianas.

Insurgencias, políticas y populares, 1810-1812

La rebelión que comenzó la mañana de ese domingo de septiembre de 1810 sorprendió a todos. Hidalgo y Allende esperaban que en Dolores se les unieran unos cientos y algunos cientos más en los alrededores de San Miguel. ¿Acaso imaginaban que para cuando capturaron Celaya, días más tarde, los rodearían miles de hombres enojados, algunos a caballo y armados, la mayoría a pie y sólo blandiendo machetes? Inicialmente, la mayoría llegó de comunidades de las haciendas del Bajío: asentamientos en propiedades privadas sin derechos de república. Los rebeldes no tardaron en vaciar los graneros de las haciendas. Cuando tomaron la ciudad de Guanajuato, se unieron a ellos miles de mineros. De camino hacia el sur, a través de Michoacán, reclutaron a otros miles, algunos procedentes de repúblicas indígenas. Cuando la masa rebelde se acercó a la ciudad de México a finales de octubre, era una multitud en movimiento de más de 40 000 insurgentes.

Conforme se aproximaron a la capital por la cuenca de Toluca, los insurgentes del Bajío comenzaron a descubrir los límites de su movimiento. Pocos aldeanos se les unieron, a pesar de los conflictos que bullían desde mucho tiempo atrás con las poderosas haciendas de Atengo. Muchos resentían

[9] Sobre los orígenes de las insurgencias de 1810, véase John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940,* trad. Julio Colón, Era, México, 1990], y *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario A. Zamudio Vega, FCE, México, 2016].

las demandas de alimento de los insurgentes en un momento en que el primer buen cultivo en dos años maduraba en los campos. En la capital, muchos temían a los rebeldes. Contando con poco apoyo local, Hidalgo envió a sus fuerzas a una escaramuza en Monte de las Cruces, en las montañas entre Toluca y la ciudad de México, y luego se volvió hacia el Bajío. Al retirarse y enfrentar la derrota en Aculco, las noticias de la insurgencia llegaron a las comunidades otomíes de El Mezquital. Aunque no se unieron a Hidalgo, se volvieron contra los pueblos y las haciendas locales, dando inicio a una larga insurgencia local. Hidalgo, Allende y los sobrevivientes de Aculco regresaron al Bajío, consolidaron su base y luego marcharon en dirección oeste, hacia Guadalajara, tomaron la ciudad y ganaron un amplio apoyo rural.[10]

Durante los meses en que la revuelta de Hidalgo amenazó al régimen, una contradicción clave dio forma al movimiento. Hidalgo, Allende y otros rebeldes políticos demandaban derechos para sumarse a una refundación de la soberanía, en nombre de Fernando VII, siempre contra Napoleón y los "impíos" franceses, siempre con una ira virulenta hacia los "gachupines", inmigrantes españoles que parecían monopolizar los cargos del régimen y el comercio rentable, y encabezaron el golpe de Estado de 1808, que obstaculizó la participación política en la Nueva España. Las masas de insurgentes, en cambio, saqueaban tiendas y haciendas, tomaban de gachupines y americanos por igual lo requerido para cubrir sus necesidades vitales. Allende, hijo de un inmigrante que le dejó una modesta hacienda con tierras, e Hidalgo, un sacerdote americano, administrador de una hacienda en apuros, intentaron desviar a sus seguidores de ese tipo de ataques, sin éxito. Retóricamente, el levantamiento atacaba a los gachupines y a los franceses; físicamente, atacaba al régimen y sus milicias, a los ricos y sus acumulaciones. Los ricos terratenientes y las milicias eran en su mayoría americanos.

Mientras líderes rebeldes e insurgentes populares intentaban resolver sus contradicciones, quienes esperaban gobernar y obtener ganancias redescubrieron la unidad, fracturada en el verano de 1808. Los participantes clave de las reuniones de Querétaro, que incluyeron a Hidalgo y Allende, en particular el corregidor don Miguel Domínguez, declararon su lealtad y se movilizaron contra los insurgentes. Las élites de la ciudad de México, que habían debatido la soberanía y exigido derechos políticos, no veían nada bueno en levantamientos que atacaban a los funcionarios, tomaban cultivos y ganado, y arremetían contra el orden social. Los depositarios del poder se unieron para respaldar a las fuerzas contrainsurgentes, dirigidas por Félix Calleja y las milicias de San Luis Potosí, al norte del Bajío. Aplastaron a los rebeldes de Hidalgo en Puente de Calderón, cerca de Guadalajara, en enero de 1811. Hidalgo, Allende y otros líderes rebeldes huyeron al norte y pronto fueron

[10] Véanse Tutino, *From Insurrection…, op. cit.;* y Carlos Herrero Bervera, *Revuelta, rebelión y revolución en 1810. Historia social y estudios de caso,* Miguel Ángel Porrúa, México, 2010.

capturados, juzgados y ejecutados. Aunque los defensores del poder seguían gobernando, la opción de la insurgencia había aparecido.[11]

Después de Puente de Calderón, cuando algunos líderes se dispersaban, esforzándose por continuar, la mayoría insurgente regresó a casa en el Bajío, con frecuencia a las haciendas en que vivían y trabajaban desde mucho tiempo atrás. Una buena parte de ellos aceptaron jornales para sembrar y cosechar otro cultivo y luego tomaron las armas para reclamar la comida que habían hecho. Expulsaron a los administradores, se apoderaron de los campos y se dedicaron a la producción familiar, construyendo nuevas autonomías en una región marcada durante mucho tiempo por la dependencia comercial.[12] Alimentaron a los guerrilleros rebeldes acampadas en los bastiones de tierras altas para ahuyentar a los lealistas y asaltar caravanas que transportaban plata desde Guanajuato. En paralelo, en las aldeas de El Mezquital los insurgentes otomíes atacaron las haciendas cercanas a las minas de Real del Monte. El control popular del Bajío y El Mezquital amenazaba la minería, esencial para la prosperidad de la Nueva España y la guerra contra Napoleón. Calleja recuperó Guanajuato y pasó 1811 intentando contener a los insurgentes del Bajío. Su fracaso condujo a prolongados conflictos políticos y sociales.[13]

Calleja se enfocó en los insurgentes que ponían en riesgo la plata. En 1811 la producción de plata de la Nueva España cayó a la mitad del nivel que había mantenido antes de 1810, manteniéndose deprimida durante la década de insurgencia y mucho tiempo después. Dos conflictos afectaron simultáneamente al capitalismo de la plata. En la Nueva España, los insurgentes inhibían la minería en Guanajuato y Real del Monte, limitando la inversión y haciendo que los suministros fueran inciertos y caros; además, forzaban a acompañar las cargas con costosas escoltas armadas a través de la región. En España, después de que las fuerzas francesas ocuparan la mayor parte del sur en 1810, el acceso al mercurio de Almadén, en la Sierra Morena, se interrumpió por los vaivenes de la guerrilla. La minería disminuyó al tiempo que crecía la exigencia de ingresos para pelear contra los franceses en España y los insurgentes en la Nueva España. El capital para invertir en túneles y desagüe se desvaneció. La economía de la plata que sostenía a la Nueva España, el poder evanescente de España y el comercio mundial se volvieron frágiles cuando las guerras y las insurgencias exigieron ingresos.[14]

[11] Hugh Hamill, *The Hidalgo Revolt, Prelude to Mexican Independence,* University of Florida Press, Gainsville, 1966, sigue siendo esencial.

[12] John Tutino, "The Revolution in Mexican Independence. Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855", *HAHR,* vol. 78, núm. 3, 1998, pp. 367-418.

[13] John Tutino, "De Hidalgo a Apatzingán. Insurgencia popular y proyectos políticos en la Nueva España, 1811-1814", en Carolina Ibarra *et al.* (coords.), *La insurgencia mexicana y la Constitución de Apatzingán,* UNAM, México, 2014, pp. 49-78.

[14] Sobre la minería durante la década de insurgencia, véase María Eugenia Romero Sotelo, *Minería y guerra. La economía de Nueva España, 1810-1821,* El Colegio de México, México, 1997.

El arraigo de las insurgencias populares en el Bajío y El Mezquital, aunado a la concentración de Calleja en Guanajuato, ayudó a los insurgentes políticos dispersos a sobrevivir. Don Ignacio López Rayón, hijo de un empresario minero de Tlalpujahua, abogado y auxiliar de Hidalgo, proclamó una Junta Soberana Americana el verano de 1811 en Zitácuaro, en las montañas al sur del Bajío y el oeste de El Mezquital. José María Morelos, un sacerdote cercano a Hidalgo y formalmente leal a la Junta de Rayón, movilizó la resistencia en tierra caliente, a lo largo de las accidentadas colinas del Pacífico. Mientras Calleja se dio cuenta de su incapacidad para erradicar a los insurgentes populares en el Bajío y El Mezquital, los rebeldes políticos aglutinados en torno a la Junta de Rayón y las guerrillas de Morelos se habían convertido en amenazas duraderas, si bien estaban lejos de los centros de poder y producción. Observaron el proceso que llevó a la Constitución de Cádiz en 1812, pues ofrecía derechos limitados, con el objetivo de conservar el gobierno español en la Nueva España. Pidieron la participación plena de los americanos, reclamaron el poder en los dominios locales y despotricaron contra gachupines y franceses, acusando a ambos de negar al pueblo novohispano sus derechos como españoles.[15]

La retórica antigachupina se convirtió en el rostro público de la insurgencia política. Marcaba a los inmigrantes españoles como una minoría poderosa, responsable de las penurias de la Nueva España.[16] Buscaba vincular a todos los nacidos en la Nueva España (españoles, mestizos, mulatos e indios) como americanos oprimidos por España y sus agentes gachupines. Si bien la tensión entre españoles europeos y americanos era antigua, por mucho tiempo había estado acotada. Los españoles inmigrantes, favorecidos con los cargos altos del régimen y el comercio imperial, se habían casado repetidamente con herederas americanas terratenientes, dejando descendencia americana. Debajo de las alturas del poder, el dinamismo de la plata había generado una prosperidad amplia, que moderaba las tensiones. El golpe de 1808 creó una división abierta: los gachupines habían forzado la adhesión a la Junta de Sevilla, deponiendo a un virrey respaldado por una clase dirigente que mezclaba a europeos y americanos poderosos.[17]

[15] Ernesto Lemoine, *Morelos y la revolución de 1810,* UNAM, México, 1979, sigue siendo esencial. Sobre las raíces de Rayón, véase Celia Islas Jiménez, *El real de Tlalpujahua. Aspectos de la minería novohispana,* INAH, México, 2008, pp. 40-41.

[16] Peter Guardino, *In the Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850,* Duke University Press, Durham, 2005 [*El tiempo de la libertad. Cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* trad. Mario Brena P., UABJO, Oaxaca, 2009], detalla la ocupación de Oaxaca por Morelos en 1812.

[17] D. A. Brading, *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriotism, and the Liberal State, 1492-1867,* Cambridge University Press, Cambridge, 1993, detalla divisiones; Tutino, *Making…, op. cit.,* y Tutino, *Mexico City…, op. cit.,* ponen énfasis en las integraciones del poder previas a 1808.

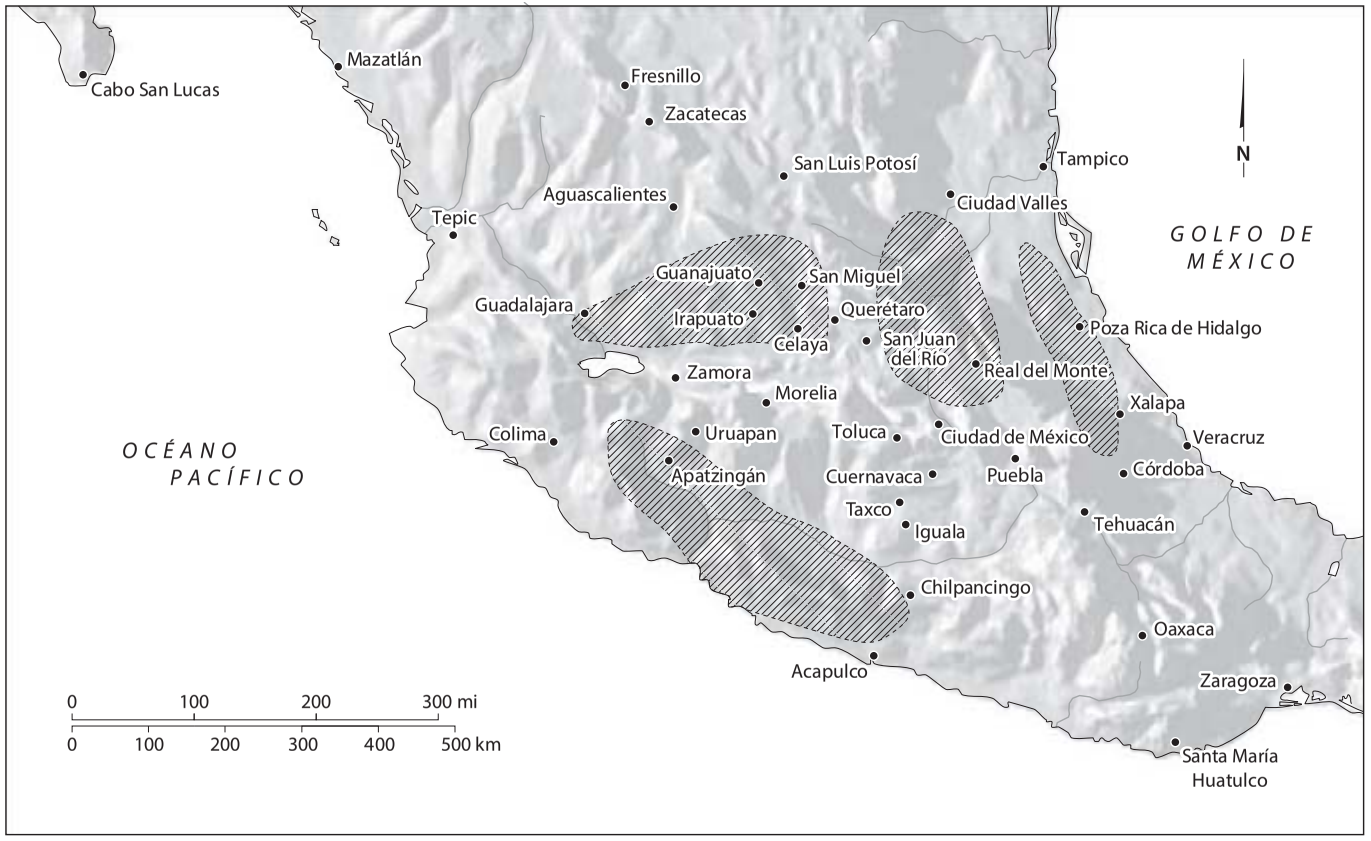
En 1810 y después, la retórica contra los gachupines entre los españoles americanos rebeldes — Hidalgo y Allende, Rayón y Morelos— se intensificó. Éstos enfocaron su enojo en los inmigrantes, súbditos favorecidos del régimen, al mismo tiempo que los funcionarios fundadores del liberalismo en Cádiz proclamaban la soberanía popular, aunque ofreciendo una participación mínima a los americanos. Los españoles europeos y americanos más poderosos se unieron para pelear contra la rebelión de Hidalgo y las insurgencias políticas y populares que siguieron. El pueblo que se unió a Hidalgo en 1810 y continuó las insurgencias en los años siguientes peleaba contra los gachupines cuando eran funcionarios locales o mercaderes abusivos; también atacaba las haciendas de los americanos poderosos. La lealtad al capturado Fernando VII, la aversión a los "impíos" franceses, la devoción a la Virgen de Guadalupe y el enojo contra los gachupines conformaron la retórica que mediaba los tenues vínculos entre las insurgencias políticas y populares que desgarraron la Nueva España después de 1810.[18]

Guerra social y paz, 1810-1812

Mientras los insurgentes políticos exigían participar en la soberanía, atacaban gachupines y se refugiaban en retiros aislados, las insurgencias populares dominaban el Bajío, El Mezquital y la zona pulquera al noreste de la ciudad de México, junto con la región alrededor de Guadalajara, los altos de la costa del golfo y la tierra caliente del Pacífico. En las fértiles cuencas al sur del centro y en las tierras altas que se extienden hacia el sur, a través de Oaxaca hasta Chiapas y Guatemala, y en las tierras bajas de Yucatán, la mayoría de las repúblicas nativas se abstuvieron de participar. Un análisis de las razones por las que la insurgencia prosperó en el Bajío que rodea a Guanajuato, pero no en torno a Querétaro, y por las que los insurgentes dominaban El Mezquital y la zona pulquera, pero no los valles de México, Toluca y Cuernavaca en el centro, abre una ventana hacia las raíces y los límites de la insurgencia, antes de que la opción del liberalismo llegara desde Cádiz en 1812.[19]

[18] Véanse Hamill, *The Hidalgo Revolt…, op. cit.;* Lemoine, *Morelos…, op. cit;* Tutino, *From Insurrection…, op. cit.;* Brian Hamnett, *Roots of Insurgency. Mexican Regions, 1750-1824,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986 [*Raíces de la insurgencia en México. Historia regional, 1750-1824,* trad. Agustín Bárcena, FCE, México, 2012]; y Eric van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Struggle for Mexican Independence, 1810-1821,* Stanford University Press, Stanford, 2001 [*La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821,* trad. Rossana Reyes Vega, FCE, México, 2006].

[19] Las repúblicas indígenas de Oaxaca y Yucatán buscaron autonomías políticas dentro de las posibilidades del liberalismo gaditano. Véanse Guardino, *In the Time…, op. cit.;* y Karen Caplan, *Indigenous Citizens. Local Liberalism in Early National Oaxaca and Yucatán,* Stanford University Press, Stanford, 2009.



Mapa v.1. *La Nueva España en tiempos de insurgencia*

Los habitantes de las zonas rurales localizadas alrededor de la ciudad de México y el Bajío se enfrentaban a una explotación cada vez más profunda, exacerbada por la sequía y la hambruna entre 1808 y 1810. Tomaron decisiones diferentes sobre unirse —o no— a Hidalgo en 1810 y sobre las insurgencias locales en los años siguientes.[20] ¿Por qué? La revuelta de Hidalgo comenzó en las inmediaciones de Dolores y San Miguel; las personas de las comunidades hacendarias cercanas se unieron a ella en cantidades crecientes; tras ser derrotadas regresaron a casa para impulsar insurgencias que persistieron hasta 1820. Quienes habitaban alrededor de Querétaro, al este próximo, se enteraron inmediatamente de la revuelta de Hidalgo, en septiembre, pero pocos se unieron y pocos tomaron las armas durante los años en que los insurgentes dominaron esa región (en San Miguel, la Sierra Gorda, Huichapan, El Mezquital).

Los habitantes de El Mezquital se enteraron de la revuelta de Hidalgo conforme avanzaba hacia el oeste de donde estaban en el otoño de 1810. Pocos se unieron a Hidalgo, pero muchos se sumaron a insurgencias locales que se extendieron hasta Otumba, en el noreste del valle de México, y a través de la planicie de Apan más allá; estos levantamientos perduraron hasta 1815 y 1816. En cambio, los habitantes de las repúblicas del sur del núcleo descubrieron la rebelión de Hidalgo cuando miles de rebeldes acamparon cerca de Toluca en octubre de 1810; pocos se le unieron entonces o después, cuando Morelos llegó a Cuautla en 1812. ¿Por qué las comunidades de regiones vecinas respondieron de manera tan diferente a la opción de la insurgencia?

Las insurgencias son movilizaciones violentas que desafían el poder y la propiedad durante meses, con frecuencia durante años. Traen consigo riesgos mortales para los rebeldes y amenazas profundas para quienes creen gobernar. Las comunidades del corazón tenían una larga tradición de movilizarse en "tumultos" locales, disturbios en los que se apoderaban de las plazas por uno o dos días; en ocasiones, éstos provocaban lesiones y algunas muertes. Luego acudían a los juzgados para negociar soluciones. Después de 1810, los habitantes de las aldeas del corazón seguían recurriendo a los tumultos, a menudo insinuando vínculos con los levantamientos violentos tan temidos por los poderosos (con buenos resultados).[21] Sin embargo, los tumultos no eran insurgencias que amenazaran el poder y la propiedad, perturbaran la producción comercial ni desafiaran el orden social. Más bien pretendían restaurarlo.

[20] Sobre el Bajío, véase Tutino, *Making…, op. cit.,* parte 2; sobre regiones más indígenas, véanse Van Young, *The Other Rebellion…, op. cit.,* y Eric van Young, "Of Tempests and Teapots. Imperial Crisis and Local Conflicts in Mexico at the Beginning of the Nineteenth Century", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, pp. 23-59.

[21] Van Young, *The Other Rebellion…, op. cit.;* Herrero Bervera, *Revuelta…, op. cit.*

Las insurgencias definieron al Bajío entre 1810 y 1820, con la importante excepción del campo que rodea Querétaro. A diferencia de las cuencas localizadas alrededor de la ciudad de México, donde el capitalismo de la plata se sustentaba en repúblicas agrarias indígenas, el Bajío se fundó de nueva cuenta en el siglo XVI. Fueron principalmente inmigrantes quienes se establecieron allí: algunos europeos, más africanos, mesoamericanos la mayoría. Había pocas repúblicas indígenas, excepto en la franja sur, donde otomíes y tarascos obtuvieron derechos comunitarios. Para el siglo XVIII, la mayoría de los pueblos del Bajío eran españoles, la mayoría de las comunidades rurales se asentaban en tierras privadas y la mayoría de las personas eran mestizas, con numeros mulatos (incluidos muchos clasificados como indios). Las familias vivían como dependientes de las haciendas, sin derechos a la tierra o a repúblicas.[22]

En el Bajío, las jerarquías patriarcales organizaron la desigualdad.[23] Los hombres dominantes (y algunas herederas) eran dueños y operarios de las haciendas comerciales, que obtenían ganancias alimentando a ciudades y centros mineros. Empleaban administradores (siempre hombres) que, a su vez, empleaban a trabajadores de tiempo completo (siempre hombres), de tiempo parcial (siempre hombres y muchachos) y arrendatarios (en su mayoría hombres, más unas cuantas viudas) que trabajaban la tierra. En cada nivel de la sociedad rural del Bajío, los hombres se unían en relaciones de reciprocidad desigual, negociaban el poder y la subordinación, las ganancias y el trabajo, asegurando su dominio sobre mujeres y niños en hogares que abarcaban desde las élites urbanas hasta los pobres rurales. Las jerarquías patriarcales sostuvieron el capitalismo de la plata en su región más dinámica, siempre y cuando los patriarcas trabajadores obtuvieran acceso seguro a medios para proveer a sus familias dependientes.

Cuando a la hambruna de 1785-1786 siguió un crecimiento poblacional continuo, un aumento de los precios de los alimentos, una presión descendente sobre los salarios y la expansión de los desalojos, la capacidad de proveer de los hombres enfrentó desafíos cada vez mayores. La producción de las haciendas continuó; a la vez, generaba crecientes desigualdades e imponía nuevas inseguridades, todas llevadas a los extremos con el regreso de la escasez y el hambre durante la crisis política de 1808 a 1810. Los hombres y las familias de las comunidades hacendarias del Bajío se vieron muy afectados: sin tierras propias, sin la mediación de los notables locales y con un acceso limitado a los tribunales.[24] Al aumentar las presiones, los hombres, incapaces de proveer, batallaron por defender sus reclamos patriarcales: pérdidas que pueden atribuirse directamente a terratenientes y administradores, quienes recortaron las ganancias, aumentaron las rentas y forzaron

[22] Tutino, *Making…, op. cit.*

[23] Esta opinión se desarrolla en Tutino, "The Revolution…", *op. cit.;* y Tutino, *Making…, op. cit.*

[24] Tutino, *Making…, op. cit.*

desalojos, al mismo tiempo que especulaban abiertamente con los escasos granos. El patriarcado dejó de ser una explotación siquiera mínimamente simbiótica. En el Bajío, miles de hombres se unieron a Hidalgo en 1810.

En el centro, las familias también afrontaban desafíos. Las poblaciones crecían, mientras las oportunidades para los productores comerciales se incrementaban vertiginosamente. Allí, la mayoría de las familias, no obstante, vivían en repúblicas agrarias. Cuando el crecimiento poblacional del siglo XVIII hizo que las tierras comunitarias fueran cada vez más insuficientes para satisfacer las necesidades, los notables locales organizaron cuadrillas de trabajadores para permitir a hombres y muchachos obtener jornales en las haciendas cercanas, que prosperaban con el auge de la plata y el crecimiento del capital. Ellos forjaron explotaciones simbióticas que fortalecieron el patriarcado, relaciones que se mantuvieron para sostener la producción y la estabilidad social durante la crisis de hambruna de 1808 a 1810, excepto en el árido Mezquital y en las zonas pulqueras cercanas.

La mayoría de los campesinos mesoamericanos permanecieron en casa y en sus trabajos cuando miles de hombres del Bajío, iracundos ante las inseguridades que atacaban sus reclamos patriarcales, se unieron a Hidalgo en 1810 y sostuvieron las insurgencias locales por una década. No obstante, hubo zonas de excepción tanto en el centro como en el Bajío. En este último, las comunidades de las haciendas localizadas en torno a Querétaro generaron poca insurgencia después de 1810, en tanto que en el centro las comunidades indígenas de El Mezquital y las zonas pulqueras tomaron las armas en levantamientos que duraron años. La mayoría de los pobladores de El Mezquital y los residentes de las haciendas de Querétaro eran otomíes, pero, si había un excepcionalismo otomí, éste condujo a decisiones encontradas: a la insurgencia en El Mezquital; a la estabilidad laboral alrededor de Querétaro. ¿Por qué?

En El Mezquital, la mayoría otomí vivía en repúblicas rodeadas de haciendas comerciales, pero en la franja árida que se extendía del norte del valle de Toluca, a través de El Mezquital y el noreste del valle de México, hasta Apan, el pastoreo fue durante por mucho tiempo la actividad principal de las haciendas, con un cultivo limitado donde lo permitía el riego. Si la mayoría de los indígenas vivían en repúblicas, grandes minorías se convirtieron en gañanes que residían en haciendas y aceptaban la dependencia buscando seguridad. El crecimiento poblacional del siglo XVIII y el vuelco de las haciendas hacia la búsqueda de ganancias a partir del pulque crearon una exigua demanda de mano de obra y la mayor parte la recibieron los gañanes, haciendo que un número creciente de aldeanos debiera luchar para sobrevivir en tierras secas. Los gañanes dependientes continuaron en la pobreza, aunque con ciertas seguridades. Mientras tanto, los habitantes de las aldeas se enfrentaron a inseguridades crecientes que eran explotadoras, sin indicios de simbiosis. Los conflictos entre haciendas y habitantes de las aldeas se intensificaron después de 1800; la sequía de 1808-1810 resultó devastadora.

Las insurgencias comunitarias se extendieron por El Mezquital y la zona pulquera en 1810.

En contraste, la mayoría otomí que vivía en las haciendas que rodeaban Querétaro rara vez se alzó en rebelión. Allí, las familias rurales vivían y trabajaban en ambientes geográficos y económicos que poco diferían de los de las cuencas del Bajío ubicadas inmediatamente al poniente, donde la insurgencia fue generalizada, intensa y duradera. Las tierras en torno a Querétaro, como las del Bajío, eran fértiles y solían estar irrigadas; las haciendas cultivaban lo mismo en la misma economía regional que abastecía las minas de Guanajuato, las fábricas de Querétaro y a otros pueblos. A partir de la década de 1790, los residentes de las haciendas de Querétaro se enfrentaron a las mismas presiones ocasionadas por el aumento de las rentas y los desalojos forzados, a los mismos límites en los salarios y las raciones, a la misma alza en los precios del maíz, a la misma especulación con el hambre a que se enfrentaban las personas de Dolores y San Miguel. Sin embargo, los hombres de las haciendas de Querétaro rara vez se unieron a la rebelión de Hidalgo o a las prolongadas insurgencias que siguieron.

¿Qué explica esa diferencia? En las tierras bajas del Bajío, al oeste de Celaya, diversos pueblos indígenas se habían mezclado con africanos, convirtiéndose en indios dependientes de las tierras de las haciendas;[25] en las tierras altas del norte que rodeaban a San Miguel y Dolores, africanos y otomíes se mezclaron constituyendo una mayoría mulata, también dependiente de las tierras de las haciendas. Al enfrentar presiones cada vez mayores después de 1790, sin autonomías ni derechos de república, la gente de las tierras bajas del Bajío y sus altos al norte se volcaron en insurgencias generalizadas y persistentes.[26]

En los alrededores de Querétaro, en cambio, las comunidades de las haciendas vivían profundas divisiones étnicas internas. En la ciudad, los cimientos otomíes habían creado una república duradera con ricas huertas irrigadas que mantenían a muchas familias y una fuerte identidad otomí. Había pocas repúblicas en el campo queretano; las haciendas dominaban a comunidades dependientes, como ocurría en la mayor parte del Bajío, pero una división tajante separaba a las minorías hispánicas y a las mayorías otomíes en las haciendas de Querétaro, mayorías que crearon réplicas informales de las repúblicas indígenas, con ancianos, capitanes de trabajo y líderes religiosos, aunque sin tierras y sin derechos políticos. En septiembre de 1810, los líderes de la república otomí urbana proclamaron su lealtad; como muchas de las repúblicas del centro, no veían ganancia alguna en alzarse contra un régimen que sancionaba sus tierras y sus derechos. Cuando las insurgencias rurales se extendieron en el Bajío en 1811, las haciendas de

[25] Luis Fernando Granados, *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina,* Era, México, 2016.

[26] Tutino, *Making…, op. cit.*

Querétaro armaron a los residentes hispánicos como milicias, pagándoles salarios y raciones cuatro veces superiores a las tasas dominantes. La misión declarada era repeler a los insurgentes; el objetivo era el control social interno. Con las milicias listas, las haciendas de Querétaro duplicaron los jornales y pusieron nuevas tierras a disposición de los hombres otomíes residentes, reforzando su patriarcado para mantener la paz y la producción. Mientras los rebeldes dominaban en el Bajío y El Mezquital, las haciendas de Querétaro salieron adelante, manteniendo a la ciudad como un segundo polo de contrainsurgencia, sólo por debajo de la ciudad de México.[27]

Conflictos divisivos y mortales se vivieron a través de culturas profundamente religiosas. Hidalgo portaba un estandarte con la Virgen de Guadalupe. En Querétaro, españoles y otomíes declararon su lealtad a la Virgen del Pueblito, la virgen otomí que los ayudaba con sus dificultades cotidianas. Los habitantes de las leales repúblicas indígenas del valle de México y Toluca también eran devotos de la Virgen de Guadalupe; en El Mezquital, los aldeanos otomíes mantenían devociones locales que sancionaban sus insurgencias. Cada acción, cada reacción, cada resistencia, cada lealtad era entendida como algo religioso.[28]

En los años de crisis, que combinaron presiones sociales, una soberanía disputada, sequía, hambruna y especulación con alimentos, las familias del centro y el Bajío se enfrentaron a profundos aprietos. En aquellos lugares en que los agravios pusieron en entredicho la seguridad de familias atrapadas en una dependencia comercial —*y amenazaron al patriarcado*—, miles de hombres en todo el Bajío tomaron las armas en una insurgencia. Los hombres de El Mezquital y las zonas pulqueras también se unieron cuando el colapso de las autonomías y un trabajo estacional escaso e inseguro bloquearon las explotaciones simbióticas, *y desafiaron el patriarcado*. En cambio, en aquellos lugares en que los hombres conservaron cuando menos tierras limitadas y el acceso al trabajo, se reforzaron las explotaciones simbióticas, el patriarcado se mantuvo y la insurgencia en la zona central y el sur del corazón de México resultó acotada. En los lugares en que las inseguridades económicas desafiaron al patriarcado entre los dependientes de las haciendas en torno a Querétaro y la división étnica obstaculizó los levantamientos tempranos, las haciendas erigieron milicias, reforzaron el patriarcado y entregaron un sustento seguro a las familias para mantener la paz.

[27] Sobre Querétaro en la década de insurgencia véase John Tutino, "Querétaro y los orígenes de la nación mexicana. Las políticas étnicas de soberanía, contrainsurgencia e independencia, 1808-1821", en Laura Rojas y Susan Deeds (coords.), *México a la luz de sus revoluciones,* vol. 1, El Colegio de México, México, 2014, pp. 17-64.

[28] Van Young, *The Other Rebellion…, op. cit.;* William Taylor, *Magistrates of the Sacred. Priests and Parishioners in Eighteenth-Century Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 1976 [*Ministros de lo sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII,* trad. Óscar Mazín y Paul Kersey, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1999]; Tutino, *Making…, op. cit*.

Los pueblos rurales del Bajío y el centro tomaron decisiones sobre la insurgencia con base en desafíos regionales, locales y familiares, en las oportunidades de obtener compensaciones a partir de otros medios y en los despliegues locales de fuerza. Los levantamientos generalizados y duraderos en el Bajío y el árido Mezquital demostrarían tener poder suficiente para amenazar el capitalismo de la plata. La paz y la producción alrededor de Querétaro y el fértil sur del corazón sostuvieron al régimen durante los años del violento *impasse*.

Rebeldes políticos e insurgentes populares, 1810-1812

Ese estancamiento se produjo durante los dos años posteriores a la rebelión de Hidalgo en septiembre de 1810. La Nueva España experimentó una mezcla volátil de rebeliones políticas y levantamientos populares, mientras en España avanzaba el proceso que condujo a la Constitución de Cádiz. Hidalgo y Allende eran rebeldes políticos que provocaron levantamientos masivos que se esforzaron por dirigir hasta su derrota y ejecución en 1811. Después de eso, Rayón dirigió la Junta Americana en Zitácuaro, al tiempo que Morelos construía una insurgencia política en la tierra caliente de Michoacán, llegando luego a las montañas de Veracruz, así como a las tierras bajas de Cuautla, al sur de la capital, para establecerse por un tiempo en Oaxaca. La familia Villagrán dominaba el movimiento político en Huichapan, en las montañas entre El Mezquital y Querétaro; en paralelo, José Francisco Osorno luchaba por mantener el poder en la sierra de Puebla.[29]

Los rebeldes políticos buscaban gobernar local y regionalmente en un imperio que luchaba por sobrevivir cuando las fuerzas francesas controlaban la mayor parte de España. En ocasiones se unieron con los insurgentes populares para luchar contra enemigos comunes: desde las primeras batallas de la rebelión de Hidalgo hasta las escaramuzas en que los Villagrán se aliaron a los insurgentes otomíes en ataques contra funcionarios, mercaderes y el clero (gachupín y americano) en los pueblos de El Mezquital. No obstante, se trataba de alianzas tácticas. Las comunidades insurgentes buscaban metas profundamente locales. Desde un inicio, los rebeldes populares del Bajío y El Mezquital tomaron maíz y ganado para mantener a sus familias y comunidades (y reafirmar el patriarcado); a la vez, impedían las ganancias de las haciendas. Muchos en el Bajío y algunos en El Mezquital tomaron el control de tierras de las haciendas para expandir la producción familiar, promoviendo la autonomía, el patriarcado y el bienestar familiar de formas más duraderas. Los rebeldes populares atacaron, expulsaron y, en ocasiones,

[29] Hamnett, *Roots…, op. cit.;* Van Young, *The Other Rebellion…, op. cit.;* y Virginia Guedea, *La insurgencia en el Departamento del Norte,* UNAM, México, 1996.

mataron a los administradores de las haciendas, a los mercaderes de los pueblos y al clero local, la mayoría de ellos españoles americanos.

Rayón, Morelos y otros rebeldes políticos luchaban por reconstituir la soberanía quebrantada en 1808. Veían la participación limitada que España les ofrecía como una excusa para la continuación del gobierno español. Esgrimieron una retórica en contra de los gachupines, buscando la unidad entre los americanos. Ofrecieron un alivio de los tributos y otros impuestos. Con todo, ningún rebelde político apoyaba el ataque de los insurgentes populares contra la propiedad. Las insurgencias políticas y populares diferían en sus bases y sus metas. Aun así, se reforzaban mutuamente. Las fuerzas lealistas se afanaron por pelear simultáneamente contra rebeldes políticos e insurgentes populares. Las comunidades insurgentes, desde el Bajío hasta Jalisco, de El Mezquital a Otumba y Apan, otorgaron protección estratégica a Rayón y Morelos, a los Villagrán, a Osorno y a otros.[30] Las campañas del régimen contra los rebeldes políticos restringían los pasos que podían darse contra los insurgentes populares. Las guerras simultáneas por el poder político y la autonomía popular mantuvieron la fuerza de la oposición hasta 1812.[31]

El control por los realistas de la ciudad minera de Guanajuato, de la ciudad comercial y textil de Querétaro y su rico campo, y de la ciudad de México y el rico sur del corazón con sus haciendas y repúblicas productivas, se combinó para mantener al régimen con vida y a la economía en pie ante las insurgencias políticas y populares. Si bien el régimen sobrevivió, no pudo enviar ingresos sustanciales para financiar la guerra contra Napoleón en España. La economía de la plata continuó en niveles que limitaban la inversión en infraestructura y desagüe, lo que aseguró problemas futuros. Los rebeldes políticos conservaban el poder en regiones marginales. Los insurgentes populares dominaban zonas estratégicas. El futuro de la Nueva España se disputaba y era incierto a inicios de 1812.

Aperturas liberales y los tiempos de la tifus, 1812-1814

Cuando las noticias de la Constitución de Cádiz llegaron a la Nueva España en el verano de 1812, las insurgencias, populares y políticas, seguían planteando desafíos a quienes gobernaban. El nuevo orden político confirmaba el catolicismo como la religión universal de una nación transatlántica, esencial en una Constitución que buscaba unidad contra los "impíos" franceses. En 1813 comenzaron nuevas participaciones políticas. Las ciudades leales obtuvieron oportunidades de elegir delegados para las nuevas "cortes" que

[30] El mejor estudio de caso es Virginia Guedea, *La insurgencia…*, *op. cit.*
[31] Tutino, "De Hidalgo…", *op. cit.*

encabezarían el gobierno imperial en España. El amplio electorado incluía a hombres adultos españoles, indios y mestizos, pero excluía a aquellos de ascendencia africana (con el fin de refrenar a Cuba y su creciente economía azucarera y de esclavos en el imperio). Una compleja votación en tres niveles limitaba la influencia popular: la votación parroquial incluía a la mayoría de los hombres adultos; los electores escogidos en ella casi siempre eran hombres con propiedades y un manejo supremo del lenguaje, que dominaban las votaciones y el poder en los niveles más altos. La Constitución de Cádiz creó diputaciones provinciales, asambleas regionales que aconsejaban a gobernadores que seguían nombrándose en España; también ofrecía a ciudades y pueblos, a hispánicos e indígenas, derechos municipales sin restricciones étnicas, lo que abrió nuevas representaciones locales.[32]

La Constitución acabaría con las repúblicas indígenas independientes que mantenían a tantos y estabilizaban el centro y las regiones ubicadas al sur. Los consejos dirigidos por notables nativos darían paso a una política municipal abierta a comerciantes y rancheros hispánicos. Los derechos de dominio eminente de las repúblicas terminarían, la tierra se privatizaría bajo el dominio español transatlántico, abriendo toda la propiedad a todas las personas (beneficiando a aquellos que pudieran comprar). A medida que los consejos se abrieron a los residentes hispánicos, la votación se abrió a los plebeyos, indígenas o no. En busca de un sueño igualitario, Cádiz terminaría con las repúblicas indígenas y corroería las autonomías que durante mucho tiempo sostuvieron a las familias indígenas (si la Constitución se implementara por completo).

Para Félix Calleja, quien ahora era virrey, la contrainsurgencia era su primera preocupación, por lo que implementó los programas liberales teniendo eso en mente. Promovió las diputaciones provinciales y las elecciones estratificadas que seleccionaban a los representantes de la Nueva España en las cortes españolas, con la esperanza de ganar aliados y limitar la insurgencia política. Habilitó las municipalidades rurales, rompiendo el gobierno exclusivamente indígena en las repúblicas; permitió que las comunidades pequeñas fundaran municipalidades, lo que servía a los aldeanos que resentían a las cabeceras. No privatizó las tierras comunitarias, sabiendo que eso hubiera puesto en riesgo las autonomías que conservaban la lealtad de tantos en una época de insurgencia.

Los primeros experimentos con el liberalismo gaditano en 1813 ocurrieron en regiones libres de insurgencia. Aun así, revelaron dificultades y divi-

[32] Esta sección se basa en Ávila, *En nombre…, op. cit.;* Claudia Guarisco, *Los indios del valle de México y la construcción de una nueva sociabilidad política, 1770-1835,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2003; y Antonio Annino, "The Two-Faced Janus. The Pueblos and the Origins of Mexican Liberalism", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform and Revolution in Mexico,* Duke Universitu Press, Durham, 2003, pp. 60-90, para delinear el proyecto de Cádiz y su aplicación en regiones rurales.

siones; Calleja anuló las elecciones de la ciudad de México cuando ganaron los opositores del régimen. Mientras tanto, los habitantes de toda la Nueva España se enfrentaban a la tifus, la plaga más mortal desde la década de 1730.[33] En la ciudad de México murieron 20 000 personas; otras 40 000, en el centro. La enfermedad se mezcló con las aperturas liberales para limitar las insurgencias políticas. Las insurgencias populares continuaron.

El proyecto de Cádiz tuvo poco impacto en el Bajío, una región con muchos mulatos, pocas repúblicas nativas, dominado en 1813 (al poniente de Querétaro) por insurgentes populares.[34] En torno a la ciudad de México, las repúblicas indígenas eran omnipresentes; cada cabecera era una parroquia. Cádiz ofrecía derechos municipales a las parroquias con 1 000 personas (y 200 hombres adultos); comunidades más pequeñas que no eran parroquias también crearon municipios. El final de las exclusiones étnicas (excepto para los mulatos) abrió la política local a todos los hombres adultos casados, españoles y mestizos, notables indígenas y plebeyos nativos. Los españoles y los mestizos que adoptaron el estatus de indios para unirse a una gobernanza republicana ya no enfrentaban restricciones. La política de las repúblicas indígenas terminó formalmente. Aun así, en una época de conflicto, las nuevas municipalidades mantuvieron mucho de lo que había formado las repúblicas: tierras comunes sujetas a un dominio local eminente, representación para los barrios étnicos y las aldeas periféricas. Alrededor de la ciudad de México, Cádiz condujo a municipalidades híbridas: una mezcla de aperturas liberales con formas republicanas indígenas.[35] Allí, la paz y la producción continuaron de cara a la mortal tifoidea.

Una vez más, El Mezquital resultaría diferente. La insurgencia mantuvo su fuerza en 1813, principalmente en las aldeas periféricas de las repúblicas otomíes. En muchas cabeceras comenzó la participación liberal. En el verano de 1813 se celebraron elecciones parroquiales en Actopan, Tetepango e Ixmiquilpan, mientras los insurgentes dominaban las aldeas cercanas. Las aperturas de Cádiz competían con la opción de la insurgencia. Esta última bloqueó las aperturas liberales en Otumba, el corazón de la zona pulquera en el noreste del valle de México. Allí no surgieron municipalidades antes de que se clausurara la opción liberal en 1814.[36]

El crucial año 1813 también trajo consigo una disputa declarada entre la promesa de Cádiz y las insurgencias políticas dirigidas por Rayón y Morelos.[37]

[33] Los estudios que presentaron América Molina del Villar y Juan Ortiz Escamilla en el Colegio de México en 2008 revelaron el impacto de la epidemia de tifoidea de 1813. Véase también América Molina del Villar, "Santa María de Guadalupe, Atlacomulco, ante los aciagos años de principios del siglo XIX. Conflictos locales, crisis agrícolas y epidemia, 1809-1814", *Relaciones*, vol. 31, núm. 121, 2010, pp. 109-136.

[34] Tutino, *Making…, op. cit.*

[35] Guarisco, *Los indios…, op. cit.*

[36] Ávila, *En nombre…, op. cit.,* pp. 128-129; Guarisco, *Los indios…, op. cit.,* pp. 131-150.

[37] Se detalla en el caso de Oaxaca en Guardino, *In the Time…, op. cit.*

Cuando Calleja promovía elecciones que permitieran a los ciudadanos de toda la Nueva España elegir representantes para las cortes en España, Morelos convocó a un Congreso Nacional Americano en Chilpancingo, el 6 de noviembre, con el fin de declarar la independencia de España. Pocos respondieron a ese llamado. Morelos se acercó a Valladolid (más tarde Morelia) en diciembre y el apoyo local limitado hizo que fuera derrotado por Agustín de Iturbide. La insurgencia política llegó a su cumbre y comenzó a declinar de cara a la tifoidea, a la persistencia de los levantamientos populares y a las participaciones que ofrecía Cádiz: liberalismo al servicio del imperio. Morelos resistió en zonas aisladas.[38]

La monarquía restaurada y la negociación de la paz, 1814-1820

La opción de Cádiz resultó breve. En 1814 la alianza de fuerzas británicas, liberales españoles y la resistencia popular terminó con el gobierno napoleónico en España y restauró a Fernando VII en el trono de Madrid. En mayo anuló la Constitución, por lo que el experimento liberal concluyó. Las noticias llegaron a la Nueva España en agosto. El regreso de Fernando y el final de Cádiz no redujeron la velocidad de la caída de Morelos y de su propuesta de una independencia dirigida por insurgentes. Sus aliados escribieron una primera constitución mexicana en Apatzingán en noviembre de 1814. Su visión de una nación libre del gobierno español incluía una profunda oposición a los insurgentes populares que desafiaban la propiedad en todo el Bajío, El Mezquital y la zona pulquera.[39] Sin una fuerte base popular y en fuga, Morelos fue derrotado, capturado y ejecutado en 1815. Unos cuantos rebeldes políticos resistieron, en especial Vicente Guerrero, en la tierra caliente alrededor de Acapulco, pero no representaban una amenaza para el régimen.[40]

Fernando (la fuente imaginada de legitimidad, estabilidad y justicia), a quien se había deseado por tanto tiempo, fue restaurado; pero el Fernando de la imaginación resultó tener mayor aptitud política que el monarca real. En el trono madrileño, Fernando fue incapaz de entender que los liberales habían peleado en su nombre para restaurar la independencia española en casa, mantener la lealtad de la Nueva España y conservar el flujo de plata. Por un tiempo, eso importó menos en la Nueva España. Las fuerzas que pelearon contra los insurgentes, políticos y populares, en nombre de Fernando y de Cádiz, lucharon contra ellos después de 1814, en nombre de Fernando y

[38] Lemoine, *Morelos…, op. cit.;* Ávila, *En nombre…, op. cit.*

[39] Tutino, "De Hidalgo…", *op. cit.*

[40] José Antonio Serrano Ortega (coord.), *El sexenio absolutista. Los últimos años insurgentes, Nueva España, 1814-1820,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 2014, presenta importantes nuevos estudios sobre la política en largos años desatendidos.

de una monarquía restaurada. En última instancia, la meta era defender y restaurar el capitalismo de la plata. Con la insurgencia política en declive, a partir de 1814 concentraron la pelea en los levantamientos populares.[41]

La revivida monarquía mantuvo un legado clave de Cádiz: los nuevos impuestos. La antigua "alcabala", 6% recolectado sobre las ventas antes de 1810, se elevó a 12% y luego a 16%. Después de 1814, con la continuación de las innovaciones liberales, se impusieron impuestos directos. De 1814 a 1820, la recolección de ingresos en la ciudad de México y en toda la Nueva España fue aproximadamente 50% más alta que durante las décadas previas a 1810. Para pagar por la contrainsurgencia, el régimen también siguió obteniendo préstamos de los intereses financieros, comerciales y terratenientes de la ciudad de México.[42] Los poderosos pagaron con el objetivo de restaurar la paz y la economía de la plata. En el proceso, los impuestos y préstamos al régimen extrajeron capital de la economía que tenían por meta revivir, lo que llevó a la pacificación y al derrumbe de la economía en 1820.

Fue necesario un año para pacificar El Mezquital. Los Villagrán y la insurgencia política que dirigían en Huichapan fueron derrotados en el verano de 1813. El año siguiente, mientras Cádiz ofrecía derechos municipales a las repúblicas indígenas, las tropas lealistas perseguían con poco éxito a aldeanos insurgentes en Tlahuelilpan. En mayo de 1814, cuando Fernando regresaba a Madrid, el comandante regional negoció la paz en Tepetitlán, una de las primeras comunidades insurgentes. Los antiguos rebeldes declararon su lealtad al régimen (que, hasta donde sabían, seguía siendo Cádiz), ganando derechos para gobernar localmente y seguir armados como una milicia "patriótica", compuesta por 100 hombres. Durante el año siguiente, pactos similares apaciguaron El Mezquital. Las comunidades otomíes que habían pasado años en rebelión declararon su lealtad, después de agosto de 1814, al restaurado Fernando, con lo que obtuvieron derechos de gobierno local y conservaron sus armas como milicias.

La confirmación del gobierno local en las repúblicas indígenas restauradas reforzó las formas establecidas. Las milicias fortalecieron a los antiguos insurgentes, cuyo patriarcado obtuvo fuerza militar. Fueron necesarios dos años más para pacificar las regiones pulqueras que rodean a Otumba y Apan, pero el proceso fue similar. Asimismo, las milicias indígenas no estaban limitadas a las antiguas comunidades insurgentes. En todo el centro, con el término de los derechos municipales y la reanudación de las repúbli-

[41] Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México,* Universidad de Sevilla, Sevilla, 1997.

[42] Sobre los impuestos durante los años de contrainsurgencia, véase Ernest Sánchez Santiró, *Las alcabalas mexicanas, 1821-1857. Los dilemas en la construcción de una hacienda nacional,* Instituto Mora, México, 2009, pp. 29-62; sobre los préstamos y la deuda al momento de la independencia, véase Jesús Hernández Jaimes, *La formación de la hacienda pública mexicana y las tensiones centro-periferia,* El Colegio de México, México, 2013, pp. 35-66.

cas indígenas, las milicias patrióticas se propagaron en defensa del régimen. En torno a la ciudad de México, las repúblicas reafirmaron su autonomía una vez clausurado Cádiz, las insurgencias terminaron y las milicias reforzaron el patriarcado local (véase el cuarto capítulo).[43] Como la insurgencia y la contrainsurgencia habían militarizado a la Nueva España, las milicias llevaron un patriarcado armado a muchas familias y comunidades.

Fue necesario más tiempo para pacificar el Bajío, quizá porque era la patria original de la insurgencia popular, quizá porque allí los insurgentes habían logrado los mayores beneficios en cuanto a tomar el control de las tierras, quizá porque había pocas repúblicas para negociar acuerdos. La toma de tierras por los insurgentes amenazaba la propiedad de empresarios otrora poderosos. A partir de 1818, la pacificación combinó la presión militar con concesiones que otorgaban a los insurgentes el uso continuo de las tierras que habían ocupado. Los rebeldes aceptaron amnistías con obligaciones —y derechos— a permanecer en las tierras de las haciendas como arrendatarios. Algunos conservaron sus armas como miembros de milicias patrióticas encargadas de defender la nueva paz. Los funcionarios realistas alardeaban de haber logrado pacificaciones triunfantes; sin embargo, acabaron con los levantamientos en el Bajío, confirmando los derechos de los insurgentes a cultivar las tierras que tomaron por la fuerza. Los acuerdos reconocían la propiedad de las fincas, al mismo tiempo que daban a los arrendatarios el control sobre la producción en la región más rica de la Nueva España. Los insurgentes del Bajío no obtuvieron propiedades ni derechos como repúblicas; aun así, consiguieron nuevas autonomías.[44]

Dos ejemplos resultan reveladores: Puerto de Nieto, una gran propiedad al este de San Miguel, fue una de las primeras comunidades de haciendas que se unieron a Hidalgo en 1810 y la última en ser pacificada en 1820. Tras una década de insurgencia, las familias residentes ganaron derechos a las tierras de la hacienda a cambio de rentas moderadas (que se pagaban sólo en parte). La producción de la hacienda terminó. Las familias de arrendatarios, algunas de ellas prósperas, otras que cultivaban el sustento mínimo para sobrevivir, moldearon nuevamente la comunidad. Un grupo de mujeres se convirtieron en "rancheras" arrendatarias, estando al frente de un tercio de los hogares de la hacienda, a menudo los más prósperos. Con los hombres lejos o muertos, las mujeres tomaron un nuevo control de la producción, papel que siguieron desempeñando a lo largo de la década de 1820. La búsqueda de autonomía y patriarcado había llevado a los hombres de Puerto de Nieto a la insurgencia; la pacificación confirmó la propiedad de la hacienda y dio control de la producción a arrendatarios, entre los que se incluían muchas mujeres.[45]

[43] Guarisco, *Los indios…, op. cit.,* pp. 151-169.
[44] John Tutino, "The Revolution…", *op. cit.*
[45] *Idem.*

En La Griega, al este de Querétaro, la división étnica reforzada por una milicia hispánica mantuvo la paz y fortaleció el patriarcado durante la década de insurgencia. Cuando llegó la pacificación a las zonas circundantes entre 1818 y 1820, la milicia se disolvió. La mayoría de los hombres a los que se pagaba bien para defender la propiedad y la producción se fueron. Los trabajadores que permanecieron, empleados y arrendatarios, vieron cómo desaparecían los salarios más altos y los arrendamientos expandidos que se ganaron en los años de insurgencia. Ningún papel, ni siquiera con poder limitado o una prosperidad modesta, se abrió para las mujeres. La gente de La Griega se había quedado a trabajar, obtuvo beneficios por un tiempo y mantuvo su dependencia, mientras el patriarcado resistía.[46]

Las insurgencias populares terminaron en el verano de 1820, excepto en algunas regiones marginales. Las concesiones que pacificaron El Mezquital y el Bajío trajeron consigo ganancias reales: gobierno local y milicias en El Mezquital, producción de los arrendatarios en el Bajío. La insurgencia fortaleció las autonomías. Algunas mujeres encontraron nuevas autonomías en el Bajío. Con la militarización del patriarcado, las comunidades y las familias tornaron a realizar nuevas negociaciones del patriarcado.

La insurgencia y la pacificación resultaron costosas para el capitalismo de la plata. Después de alcanzar un promedio de más de 21 millones y medio de pesos al año entre 1801 y 1810, la producción se desplomó a menos de nueve millones de pesos en 1812, mientras los insurgentes populares dominaban el Bajío y El Mezquital. La mayor parte de la plata que quedaba provenía de Zacatecas y de regiones localizadas al norte del Bajío; esto contribuyó a mantener la paz allí; poco llegaba a la ciudad de México para pagar los costos de la contrainsurgencia. La producción se mantuvo alrededor de los 10 millones de pesos de 1813 a 1817 y la parte acuñada en la ciudad de México volvió a elevarse a 75%. Un aumento a más de 14 millones de pesos en 1819 financió la pacificación final (véase el apéndice, tablas A.7, A.8 y A.9).

En el verano de 1820, cuando el Bajío finalmente se tranquilizó, la gran mina de la Valenciana en Guanajuato se inundó, como resultado de años de producción sin invertir en desagüe y en otros tipos de infraestructura. La producción de plata cayó a 12 millones de pesos y en 1821 estuvo por debajo de los 10 millones. Ésa fue la victoria final de los insurgentes populares. La producción de plata se mantuvo alrededor de los 10 millones de pesos durante las décadas de 1820 y 1830, a la mitad de los niveles alcanzados entre 1780 y 1810. Con el fin de la insurgencia llegó también el final del capitalismo de la plata.[47]

[46] Lo anterior es un avance de John Tutino, *Remaking the New World. Bajío Revolution, Mexican Independence, and the Transformation of North America, 1800-1860,* Duke University Press, Durham, en producción.

[47] Romero Sotelo, *Minería…, op. cit.*

Independencia monárquica y autonomías populares, 1821

El final de la insurgencia popular y el derrumbe del capitalismo de la plata llegaron junto con nuevos desafíos políticos que conmocionaron a la monarquía española. A inicios de 1820 el coronel Rafael Riego y otros comandantes se reunieron en Cádiz, listos para defender el gobierno de España en América del Sur, rehusándose a zarpar hasta que Fernando reinstaurara la Constitución de Cádiz. Riego y sus aliados habían luchado para expulsar a Napoleón y dar forma a un régimen liberal para expandir la ciudadanía y preservar el imperio y, en fin, regresar a Fernando al gobierno como monarca constitucional. Sin mostrar agradecimiento ni apertura a las formas constitucionales, Fernando se opuso con fuerza a los que apoyaban el proyecto de Cádiz. Con todo, de cara a las exigencias de los oficiales militares, cedió, lo que demostraba que estaba al corriente del lugar en que residía efectivamente la soberanía. En mayo, los novohispanos escucharon que la Constitución de Cádiz se volvió a proclamar. Fernando VII gobernaría, a regañadientes, como monarca constitucional. Mientras la plata se venía abajo y los insurgentes conseguían la paz con autonomías, volvieron a plantearse las preguntas relacionadas con la soberanía y el liberalismo.[48]

Los líderes eclesiásticos y los católicos poderosos estaban preocupados por un nuevo anticlericalismo que se alzaba dentro del liberalismo español. Al dejar de pelear contra los ejércitos franceses y enfrentarse a persecuciones de parte de Fernando y sus aliados clericales, los liberales españoles se volvieron contra la Iglesia. En la Nueva España, donde la pacificación llegó acompañada del derrumbe económico, los lealistas y los insurgentes políticos que sobrevivieron también estaban preocupados. Vicente Guerrero, quien por mucho tiempo había sido aliado de Morelos en la tierra caliente del Pacífico, sabía que el regreso de Cádiz significaba la exclusión de los mulatos de la ciudadanía.[49] A don Agustín de Iturbide, un comandante lealista, lo inquietaba que el regreso del liberalismo con una virulencia anticlerical perturbara el renacimiento de la Nueva España que había luchado por restaurar. El nuevo liberalismo de 1820 volvía alarmante el vínculo con España entre los políticos de la Nueva España, dirigidos por comandantes que habían luchado por preservar la monarquía.

[48] Esta sección se basa en Ávila, *En nombre…, op. cit.;* y en Jaime del Arenal Fenocchio, *Un modo de ser libres. Independencia y constitución en México, 1816-1822,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 2002.

[49] Sobre Guerrero y la tierra caliente véase Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State, 1800-1857,* Stanford University Press, Stanford, 1997 [*Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero, 1800-1857,* trad. Jorge Alberto Sánchez Ortega, Congreso del Estado Libre y Soberano de Guerrero, Chilpancingo, 2001].

Iturbide construyó una coalición que buscaba la autonomía mexicana bajo el gobierno de Fernando. Hijo americano de un inmigrante español, pudo haberse unido a aquellos que buscaban la autonomía de la Nueva España después de 1808, hasta que se enfrentó a las pasiones de los rebeldes políticos contra los gachupines, así como a los ataques a la propiedad de los insurgentes populares. Iturbide defendió el régimen mientras éste forjaba el liberalismo gaditano, sosteniendo campañas contra los insurgentes del Bajío. Mantuvo a Morelos fuera de Valladolid en 1813. En 1815 (bajo Fernando) perdió el comando, siendo acusado de uso excesivo de la fuerza. En 1820 (bajo Fernando y el liberalismo restaurado) obtuvo una comisión para luchar contra Guerrero en la tierra caliente del Pacífico.

En vez de luchar, Iturbide negoció, con base en el aborrecimiento que Guerrero sentía por la exclusión de los mulatos (por consiguiente, de Guerrero y muchos de sus seguidores) en la Constitución de Cádiz. Iturbide proclamó el Plan de Iguala el 24 de febrero de 1821; Guerrero lo suscribió dos semanas después. El programa, que unió al comandante lealista y al insurgente político, exigía una monarquía constitucional mexicana. Fernando VII seguiría siendo rey, invitado a reinar en la ciudad de México (hasta 1810 la capital del dominio más rico de España). La Constitución de Cádiz se mantendría hasta que las cortes mexicanas escribieran una nueva apropiada para México. Iguala prometía una monarquía borbona constitucional, sin anticlericalismo y sin límites a la participación de hombres que ahora se proclamaban mexicanos.

El plan ofrecía tres garantías: religión, independencia y unión. Religión significaba catolicismo, que conservaría su monopolio con respaldo del régimen. Independencia insistía en que la soberanía residía en el pueblo mexicano. Unión significaba que todos los mexicanos (americanos e inmigrantes españoles, junto con aquellos clasificados como indios, mulatos y cualquier mezcla posible) serían iguales, y que los vínculos con España se mantendrían a través de Fernando u otro Borbón. El catolicismo, en efecto, unía a casi todas las personas que ahora se afirmaban como mexicanas. Las exigencias de soberanía y unión con España presentaban una contradicción flagrante, como también la promesa de unidad entre personas que acababan de salir de una década de lucha entre sí envueltos en conflictos mortales.

¿Acaso Iturbide creía que Fernando u otro Borbón aceptarían un trono constreñido por una constitución mexicana? ¿Esperaba un vuelco repentino hacia la unidad social y la aceptación cultural entre personas atrapadas tan recientemente en batallas violentas? Lo que importaba en 1821 era proclamar iguales a los españoles europeos y americanos. La visión de Iturbide sobre México aborrecía la retórica antigachupina que marcó las insurgencias políticas después de 1810. La alianza de Iguala buscaba reunificar la comunidad de poder que gobernaba y obtenía ganancias en la Nueva España entre los españoles. Las promesas de religión, independen-

cia y unión hacían hincapié en el catolicismo, la autonomía mexicana y la unidad entre los españoles, fueran europeos o americanos, lealistas o insurgentes políticos. Iturbide orquestó un momento de unidad mediante una coalición de hombres que creían gobernar: una unidad cargada de contradicciones.

El ejército lealista se centró en la coalición de Iguala. Forjado en la contrainsurgencia, ese ejército tenía como base las antiguas milicias, ampliadas a un alto precio después de 1810. En 1820 finalmente pacificó el Bajío. Luego, en 1821, Iturbide lo llevó a una alianza que incluía a funcionarios del régimen, clérigos con cargos elevados y empresarios destacados, europeos y americanos, más unos cuantos insurgentes políticos como Guerrero. La coalición había financiado la contrainsurgencia pagando impuestos más elevados y proporcionando préstamos crecientes a las arcas reales. Para 1820 el régimen borbónico debía 70 millones de pesos (10 años de la producción de plata en ese momento) a los financieros de la ciudad de México. Para atraerlos a Iguala, Iturbide hizo que el nuevo régimen se comprometiera a pagar las deudas de la contrainsurgencia y a reducir los impuestos, mientras la economía se desplomaba.[50] En ese momento nadie entendía la profundidad de dicho colapso ni la dificultad de una reactivación. En tiempos de incertidumbre política, prevalecían las expectativas de un regreso a la prosperidad de la Nueva España. Promesas imposibles hechas por un costoso ejército arraigaron deudas inmensas en los cimientos del Imperio mexicano.

Las promesas públicas de unidad cultural y política enmascaraban compromisos subyacentes con el ejército y sus financieros. Las clases política y empresarial se unieron en un momento histórico para volver independiente a México. Se trataba de una coalición de los poderosos y sus aliados profesionales e intelectuales, hombres que buscaban ejercer el poder. Los ejércitos profesionales, orgullosos de derrotar a los insurgentes populares, estaban al frente del nuevo régimen. Un ejército firme en la defensa del orden y la propiedad rigió la fundación de México en 1821, sin importar cuáles fueran sus proclamas en torno a la soberanía.

Iguala promovió una transición ordenada hacia un gobierno mexicano. Los ejércitos marcharon para proclamar el Imperio mexicano. Ni las comunidades ni las milicias patriotas fueron convocadas a las armas. Conservando los modelos liberales de Cádiz, la participación popular en el nuevo régimen que proclamaba soberano al pueblo estaba limitada a votaciones locales en elecciones con diversos escalones. Iturbide y sus aliados rechazaron los límites establecidos por Cádiz y Fernando para el ejercicio de la soberanía de la Nueva España en el Imperio español, aunque se unieron a éstos para oponerse a la insurgencia popular y mantuvieron los límites que Cádiz imponía

[50] Hernández Jaimes, *Formación..., op. cit.,* p. 51.

al ejercicio popular de la soberanía en el Imperio mexicano. Iguala buscaba unificar a los americanos y a los inmigrantes españoles, a los lealistas y a los rebeldes políticos. La alianza entre las élites provinciales y los insurgentes populares que se movilizaron dirigidos por Hidalgo se había fracturado durante una década de conflicto, perdiéndose en 1821. Iguala acallaba la retórica en contra de los gachupines, haciendo un llamado a la unidad de las élites. Los hombres que buscaban el poder vieron una oportunidad y la tomaron.

Las comunidades insurgentes se hicieron a un lado, mientras Iguala traía la separación política de España. La retórica de Iguala prometía mucho: independencia y religión, unidad y soberanía. ¿Por qué no esperar a ver los resultados de esas elevadas metas que, después de todo, contaban con el respaldo del popular Guerrero? En paralelo, quienes habían negociado pacificaciones que confirmaban autonomías locales, reforzaban patriarcados y creaban milicias locales se concentraron en la reconstrucción de las vidas y las comunidades. Una vez más, los desafíos y las metas locales dominaron los involucramientos populares con la política imperial y nacional.[51] Iturbide e Iguala forjaron una alianza de los poderosos, dejando a un lado a las comunidades populares. En un momento histórico, éstas cedieron: firmes en autonomías locales, viejas y nuevas.

Sin importar si la independencia comenzó el 28 de septiembre, cuando la Junta provisional de Iguala emitió el Acta de Independencia; el 2 de noviembre, al proclamarse el imperio en la ciudad de México, o cuando llegaron noticias de que las cortes españolas rechazaban los Tratados de Córdoba (que sancionaba Iguala) y Fernando VII rechazaba el trono mexicano, la trayectoria estaba clara. México se separó de España como una monarquía constitucional que proclamaba la soberanía popular. Ante la negativa de Fernando, Iturbide tomó el trono, en tanto el gobierno español en América del Norte finalizaba. La economía de la plata que había sostenido la fortaleza de los vínculos entre la Nueva España y España durante siglos, además de financiar las últimas aserciones de España al poder, se había derrumbado en una década de guerra internacional, política y popular. Los insurgentes de comunidades que por mucho tiempo mantuvieron la producción de plata, enfrentándoce luego a depredaciones que hicieron que las vidas —y el patriarcado— fueran insostenibles, derribaron el capitalismo de la plata y el Imperio español.

La alianza de Iguala proclamó la independencia, intentó conservar un vínculo monárquico con España, exigió unidad entre españoles y europeos americanos y soñó con el renacimiento de la plata. Los fundadores de México estaban de acuerdo en eso y en pocas cosas más. Una vez que la separación de España quedó clara, el movimiento se fragmentó. El Imperio mexicano

[51] Van Young, *The Other Rebellion…*, *op. cit.,* y Van Young, "Of Tempests…", *op. cit*.

de Iturbide se disolvió de cara a visiones radicalmente divergentes de las promesas de Iguala en una época de derrumbe económico. La soberanía se volvió mexicana. ¿Acaso la ejercería un poder central que reclamaría el legado del virreinato, las provincias (pronto serían estados) arraigadas en intendencias creadas en la década de 1780 o las ciudades y pueblos, hispánicos e indígenas, sancionados en tradiciones españolas de la soberanía de los pueblos? Los liberales mexicanos presionaron en contra de los privilegios clericales, las repúblicas indígenas y las propiedades comunitarias. Los republicanos, que buscaban soberanía sin monarquía, se aliaron con comandantes del ejército contrariados para deponer a Iturbide en 1823. El momento de unidad involucionó para dar paso a conflictos políticos, mientras la mayoría de las comunidades permanecieron en silencio, concentradas en mantener sus autonomías. Las movilizaciones armadas, políticas y populares habían desafiado el futuro de la Nueva España a partir de 1810; siguieron siendo una opción en las luchas para construir México después de 1821.[52]

Ese año marcó el final del Imperio español a nivel global, incluso si se mantuvo durante unos años más en los Andes y durante la mayor parte del siglo en Cuba y Filipinas. El capitalismo de la plata que sostuvo a España, la Nueva España y el capitalismo comercial mundial se había venido abajo. Para aquellos que pudieron advertirlo, los años que van de 1810 a 1821 demostraron el poder de las comunidades insurgentes en regiones limitadas pero fundamentales: en el fértil Bajío, donde hombres atrapados en dependencias se enfrentaron a depredaciones que amenazaban el patriarcado y el sustento familiar; en el árido Mezquital, donde los hombres de repúblicas otomíes vieron el colapso de las autonomías aunado a la falta de acceso al trabajo que haría posible mantener a sus familias y sus reclamos patriarcales. Allí, las depredaciones irrestrictas colocaron a los insurgentes en luchas que destruyeron el capitalismo de la plata. Quienes quisieran verlo también podrían haber descubierto que allí donde las explotaciones se volvieron profundas, pero siguieron siendo simbióticas para mantener a familias patriarcales, las repúblicas del sur del centro y las haciendas de Querétaro, las personas permanecieron en sus trabajos, apoyando al gobierno de España y el capitalismo de la plata. Pocos demostraron estar dispuestos a descubrirlo

[52] Sobre Iturbide, véase Timothy Anna, *The Mexican Empire of Iturbide,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1990 [*El imperio de Iturbide,* trad. Adriana Sandoval, Alianza, México, 1991]. Sobre la caída del imperio, véase Alfredo Ávila, *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del imperio, 1822-1823,* UNAM, México, 2005. Annino, "The Two-Faced Janus…", *op. cit.,* explora las disputas tempranas relacionadas con la soberanía. Sobre el federalismo, véanse Nettie Lee Benson, *The Provincial Deputation in Mexico. Harbinger of Provincial Autonomy, Independence, and Federalism,* University of Texas Press, Austin, 1992 [*La diputación provincial y el federalismo mexicano,* trad. Mario A. Zamudio Vega, El Colegio de México, México, 2012], y Timothy Anna, *Forging Mexico, 1821-1835,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1998.

después de 1821, cuando los hombres en busca del poder batallaban por construir una nación y encontrar una nueva economía. Mientras tanto, las comunidades del corazón y a través del Bajío, se arraigaron nuevamente en autonomías cimentadas en la tierra: su definición de independencia. Décadas de inestabilidad política, de atropellos sociales e incertidumbre económica marcarían los intentos de construir una nación mexicana, al mismo tiempo que el mundo se volcaba hacia las innovaciones industriales.

Parte 2

EL CAPITALISMO INDUSTRIAL, 1820-1920

VI. MÉXICO EN LA ERA DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL, 1810-1910

Mientras se esforzaba por recuperarse de las guerras políticas y las insurgencias populares, el pueblo proclamado como mexicano en 1821 tuvo que inventar una nación sin la ventaja que le proporcionaba la plata. Las nuevas formas industriales vincularon las concentraciones de capital y la producción mecanizada de Gran Bretaña, los Estados Unidos y Europa con regiones en crecimiento de exportadores y consumidores de mercancías.[1] China y México, el eje histórico del capitalismo de la plata, se deslizaron hacia la marginalidad. En México, el capital de repente era escaso, en tanto las comunidades se aferraban a la tierra. Se constató la dificultad para construir un Estado nacional y una nueva economía, lo que trajo consigo debates interminables sobre las formas de gobierno y sobre si México debía construir industrias o volcarse hacia las exportaciones. La pérdida de Texas y de su naciente economía del algodón en 1835 clausuró la opción de las exportaciones; la industria mexicana comenzó poco tiempo después, creciendo a pesar de los mercados y recursos limitados; ambos se restringieron aún más cuando los Estados Unidos tomaron vastos territorios en la guerra de 1846-1848.

Sólo después de 1870 México mezcló un renacimiento de la plata con una industria que servía a mercados nacionales y nuevas exportaciones. El vuelco de las grandes potencias hacia el patrón oro devaluó la plata y volvió costosa la maquinaria en México; a la vez, estimulaba sus exportaciones. Aun así, la política se estabilizó y la economía creció, pero el régimen gobernaba con exclusiones crecientes, ya que la economía entregaba riquezas a unos cuantos y prosperidad a unos cuantos más, al tiempo que generaba desigualdades y explotaciones cada vez más profundas para una mayoría en aumento. Todo se desmoronó con la revolución en 1910.

El siglo xix mexicano suele verse como una época de construcción de nación fallida, que terminó con una revolución devastadora (y transformadora). Se entiende mejor como una época en que los mexicanos se enfrentaron al colapso del capitalismo de la plata, que había dado a la Nueva España un papel destacado en un mundo de comercio. Quienes construían el Estado y los que buscaban ganancias trataron de encontrar nuevas formas de avanzar en un nuevo mundo industrial en el que México no tenía ninguna ventaja.

[1] Ése es el énfasis central de Sven Beckert, *Empire of Cotton. A Global History,* Knopf, Nueva York, 2014 [*El imperio del algodón. Una historia global,* trad. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2016].

En paralelo, las comunidades aprovecharon un respiro comercial para intensificar sus autonomías. Entre los constructores de nación hubo largos debates, conflictos políticos, una industrialización temprana, invasiones de los Estados Unidos y Francia, programas liberales que buscaban terminar con las autonomías de las comunidades y, finalmente, una consolidación del liberalismo autoritario que promovió la industria y las exportaciones. Su celebrado éxito condujo a la corrosión de las autonomías y el patriarcado en regiones clave, en particular en el sur del núcleo. La revolución llegó en 1910.

Una nueva era industrial

La plata novohispana fue una mercancía esencial, además de fungir como dinero en el comercio mundial a partir del siglo XVI; puede decirse que fue la moneda-mercancía más importante en el mundo después de 1700. Atrajo bienes chinos y del sur de Asia a Europa, África y América. Con el auge de las economías de plantaciones en el Atlántico y la consiguiente búsqueda de números crecientes de trabajadores esclavizados, la plata de la Nueva España era crucial para la compra de telas de algodón indias que los mercaderes y príncipes africanos exigían como el precio de los esclavos. Hacia 1750, el comercio chino cayó temporalmente, mientras en el Nuevo Mundo crecían las economías del azúcar; a partir de la década de 1770, China atrajo cantidades cada vez mayores de plata, en tanto el comercio de esclavos y de azúcar también florecían. La plata de la Nueva España se volvió imprescindible para las ganancias de los europeos en el comercio mundial. Gran Bretaña y Francia pelearon para reclamarla, estimulando guerras y revoluciones de 1789 a 1825.[2]

Una demanda global sin precedentes, básicamente china e india, llevó la plata a nuevas alturas en la Nueva España después de 1770. La minería y la acuñación alcanzaron nuevos máximos históricos durante las guerras de la década de 1790 y principios de la siguiente.[3] Una perdurable escuela de pensamiento argumenta que la economía novohispana de la plata se enfrentó a desafíos debilitadores desde la década de 1790: las disrupciones ocasionadas por tiempos de guerra, el aumento de los impuestos y otras ex-

[2] Analizo esta transformación en John Tutino, "The Americas in the Rise of Industrial Capitalism", en John Tutino (coord.), *New Countries. Capitalism, Revolution, and Nations in the Americas, 1750-1870,* Duke University Press, Durham, 2016, pp. 25-70.

[3] El pico de la demanda china de plata posterior a 1775 se detalla en Man-Huang Lin, *China Upside Down. Currency, Society, and Ideology, 1808-1850,* Harvard University Press, Cambridge, 2006; sobre el pico simultáneo de la producción novohispana de plata y las polarizadoras consecuencias sociales, véase John Tutino, *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario A. Zamudio Vega, FCE, México, 2016].

tracciones.[4] A pesar de ello, la plata mantuvo su fuerza a lo largo de la década posterior a 1800 y alcanzó su pico histórico en 1809. La economía comercial más amplia de la Nueva España mostró un crecimiento estable desde la década de 1770 hasta 1800, seguido de una estabilidad cercana a los niveles máximos.[5] El punto más alto de la producción del capitalismo novohispano de la plata en las décadas previas a 1810 demuestra la fuerza y la resiliencia de esa poderosa economía, que florecía pese a las perturbaciones provocadas por la guerra y la extracción de ingresos; mejor aún, estimulada por la demanda creada por el comercio, la guerra y el aumento de las necesidades de ingresos.

Simultáneamente, apareció un desafío al papel desempeñado por la plata en la economía mundial. En la década de 1770, cuando perdía el dominio de las colonias que se convirtieron en los Estados Unidos, Gran Bretaña fomentó un nuevo poder en el sur de Asia. Uno de sus objetivos era controlar los bienes de algodón indios, tan importantes para el comercio mundial; los agentes británicos se esforzaban arduamente por dominar la exportación de telas, dispersa entre incontables hogares y talleres, y los mercaderes británicos necesitaban plata para comprar las telas indias. Mientras los comerciantes británicos intentaban conseguir la plata novohispana mediante la guerra y el comercio, los inventores y empresarios británicos comenzaron a mecanizar el hilado de algodón y a promover el tejido en Inglaterra.[6]

La industrialización británica empezó como un intento por remplazar la tela india con productos industriales británicos en el comercio africano y de otras zonas. A finales del siglo XVIII aparecieron inventos esenciales concentrados en el hilado; durante las guerras de 1790 a 1810, la producción británica de telas creció, pero siguió siendo una parte limitada del comercio mundial. La extracción de plata llegó simultáneamente a un pico en la Nueva España, lo que mantuvo la fuerza de los viejos comercios y la producción india hasta los años de las disrupciones provocadas por la guerra. Sin embargo, para cumplir con el aumento de la demanda de plata impulsado por los europeos que estaban en guerra, los fabricantes indios de telas y los mercados chinos, los empresarios del Bajío impusieron una caída en los ingresos y nuevas inseguridades a mineros y productores rurales. Los comerciantes mundiales y los empresarios locales obtenían ganancias, mientras los hombres que extraían la plata y muchos de quienes los sostenían batallaban por sobrevivir, hasta que Napoleón invadió España

[4] Cimentada en la obra de David Brading, John Coatsworth y Carlos Marichal, esta opinión se sintetiza con habilidad en Enrique Cárdenas Sánchez, *El largo curso de la economía mexicana. De 1780 a nuestros días,* FCE, México, 2015, pp. 38-75.

[5] *Ibid.,* p. 38.

[6] Lo anterior es una contribución esencial de Prasannan Parthasarathi, *Why Europe Grew Rich and Asia Did Not. Global Economic Divergence, 1600-1850,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

en 1808 y quebrantó su monarquía, abriendo el camino a las insurgencias políticas y populares de 1810 en la Nueva España; éstas derribarían la plata, socavarían a China y despejarían los mercados globales para la industria británica.

En 1811 la producción novohispana de plata se redujo a la mitad, lo que fue reforzado por el acceso incierto al mercurio durante la guerra de España contra Napoleón. El comercio histórico del Pacífico, que enviaba plata novohispana para comprar sedas, porcelanas y otras mercancías, chinas se vino abajo. El flujo a través del Atlántico para comprar bienes europeos y hacia la India para adquirir telas de algodón que se cambiaban por esclavos africanos disminuyó de manera tajante. Los comerciantes británicos descubrieron una nueva forma de atraer plata a la India: vendían opio a China y tomaban plata como paga. Los almacenes chinos de esa moneda que se habían acumulado a lo largo de los siglos ahora fluían hacia la India en las manos de comerciantes británicos. China se convirtió en una fuente de plata, en una nueva "mina", durante la primera mitad del siglo XIX, generando ganancias para los comerciantes británicos y los productores indios de opio y sosteniendo a los fabricantes de telas del sur de Asia por un tiempo. China enfrentó una reducción del sector manufacturero, ingresos estatales escasos, conflictos políticos, la polarización social y las debilidades provocadas por el aumento del uso de opio. Con excepción de esto último, la Nueva España vivió desafíos similares al convertirse en México. El comercio histórico, que vinculaba a los fabricantes chinos con la plata novohispana, se quebró en la crisis transpacífica que tuvo lugar cuando los insurgentes populares derribaron el capitalismo novohispano de la plata.[7]

Gran Bretaña se convirtió en la beneficiaria de todo lo anterior. Al tratarse de una isla, nunca vivió la destrucción ocasionada por las guerras de 1790 a 1815. Construyó una gran marina sostenida por el comercio global; éste atraía oro, azúcar y café elaborados por esclavos en Brasil, así como algodón cultivado por esclavos del sur de los Estados Unidos, para abastecer el rápido crecimiento de la producción mecanizada de tela de algodón que desplazó a los textiles indios de los mercados africanos, europeos y atlánticos. Los logros comerciales y técnicos de la industrialización británica resultarían transformadores y serían facilitados por los insurgentes del Bajío y El Mezquital, que redujeron a la mitad la plata disponible en el comercio mundial. Esto perjudicó a los fabricantes chinos e indios y privilegió a los capitalistas británicos, capaces de producir y exportar sin depender de la plata.[8] El gran auge de la producción y exportación de telas y algodón británicos

[7] En *China Upside Down…, op. cit.,* Lin detalla cómo la sequía de plata trajo consigo las crisis económica, política y social de China y el comercio de opio. El vínculo con acontecimientos similares en México es mi adición a su esencial interpretación.

[8] Parthasarathi, *Why Europe…, op. cit.,* detalla el desplazamiento británico de las telas indias en los mercados globales.

llegó después de 1810.[9] La caída de los antiguos comercios mundiales y el ascenso de las nuevas industrias británicas coincidieron con la derrota de Napoleón a manos de Gran Bretaña en 1815, abriendo una nueva era en la economía mundial: el capitalismo industrial.

La lucha para convertirse en México

La caída del capitalismo de la plata y la transformación económica global, la primera ocasionada y la segunda precipitada en gran parte por la insurgencia novohispana después de 1810, plantearon desafíos inesperados a quienes buscaban fundar una nación mexicana en 1821. Los Estados necesitan ingresos; éstos se toman mucho más fácilmente de una economía comercial sujeta a impuestos en puntos clave de la producción, el transporte y el comercio que de millones de hogares que consumen buena parte de lo que hacen y participan en pequeños comercios opacos para los agentes del Estado. El flujo de plata, que alcanzó un promedio de aproximadamente 22 millones de pesos al año entre 1790 y 1810, cayó a 11 millones de pesos anuales de 1811 a 1840. Los estímulos comerciales y los ingresos estatales vinculados a la plata se vinieron abajo (véase el apéndice, tablas A.7 y A.8). La decisión de Iturbide de retomar las deudas del régimen español con sus otrora poderosos patrocinadores mexicanos trajo consigo un imperio mexicano fundado en un profundo déficit. Cuando fracasó, el primer presidente de la república federal, el antiguo insurgente político Guadalupe Victoria, cubrió esas deudas y pagó su presidencia tomando préstamos de banqueros británicos, acuerdos que exigían la apertura de México a la inundación de importaciones de telas británicas. Victoria cumplió su periodo como presidente; las deudas nacionales se elevaron, mientras los artesanos enfrentaban el desplazamiento.

Los Estados mexicanos, nacional y provinciales, fueron fundados —y disputados— por fuerzas armadas construidas en la contrainsurgencia; era necesario pagarles. Los costos del gobierno se elevaron muy por encima de los del régimen poco militarizado y principalmente judicial de la Nueva España, en tanto los ingresos se desplomaban con la caída del capitalismo de la plata.[10] Los déficits ocasionados por los costos del ejército se acercaban a 40% de los ingresos anuales. Al finalizar el gobierno de Victoria a principios

[9] Robert Allen, *The British Industrial Revolution in Global Perspective,* Cambridge University Press, Cambridge, 2009, hace hincapié en los logros técnicos de 1780-1810 y muestra que la hegemonía global sólo se presentaría después de 1810.

[10] El derrumbe fiscal de México posterior a 1821 se analiza de manera brillante en Jesús Hernández Jaimes, *La formación de la hacienda pública mexicana y las tensiones centro-periferia,* El Colegio de México, México, 2013.

MAPA VI.1. *México,* ca. *1830*

de 1829, los conflictos políticos militarizados aumentaron aún más los costos y las deudas, inaugurando un círculo vicioso duradero en que los ingresos mínimos, los costos militares y una política militarizada que aseguraba que se pagara a los ejércitos volvieron insostenibles los primeros regímenes nacionales.[11]

Las entradas del capitalismo de la plata sostuvieron a la Nueva España, el régimen español de La Habana y Nueva Orleans hasta San Francisco y Manila, enviando los excedentes a Madrid. Los impuestos sobre la plata, sobre el comercio que ésta estimulaba, los tributos (impuestos de capitación

[11] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.*, p. 99.

sobre los hombres indígenas y mulatos) y, en la segunda mitad del siglo XVIII, los ingresos de un monopolio del tabaco pagaban el régimen en todos los vastos dominios de la Nueva España y en España, mientras el capitalismo de la plata prosperaba. Hidalgo y los liberales de Cádiz abolieron los tributos, pues ambos tenían por objetivo ofrecer algo a la población insurgente sin tocar la propiedad de los poderosos. Después de 1821, con el colapso de la plata, los ingresos cayeron y las alcabalas sobre las ventas internas se vinieron abajo. Cuando en 1824 el imperio de Iturbide dio paso a la república federal, los estados recibieron los impuestos de la plata y las alcabalas. El monopolio del tabaco batalló en debates sobre quién obtenía sus ingresos. El régimen nacional sólo podía establecer impuestos sobre el comercio internacional, que había disminuido con la caída de la plata. Los aranceles bajos sobre las importaciones británicas mantuvieron los ingresos bajos.

El derrumbe de la plata también desintegró, literalmente, la economía que alguna vez vinculara las diversas regiones y comunidades de la Nueva España en un todo dinámico. Si bien las provincias del sur, de Yucatán a Oaxaca, se habían mantenido al margen del comercio estimulado por la plata y, por ende, profundamente indígenas y autónomas, la ciudad de México había dominado e integrado vastas regiones del centro que se extendían hacia el norte, vinculada al mundo por el capitalismo de la plata. Los caminos que conducían al este a través de Puebla hacia Veracruz, al sur hacia Acapulco y al norte y noroeste hacia el Bajío habían establecido a la capital virreinal como eje de un comercio con dinamismo global. A lo largo de esas rutas, la plata estimulaba la producción comercial; estímulo que después de 1770 llegaba hasta Texas, Nuevo México y California. Hasta 1810, toda la plata se acuñaba en la ciudad de México, lo que reforzaba su poder y facilitaba la recolección de ingresos (véase el apéndice, tabla A.7).

Cuando los insurgentes derribaron la plata después de 1810, el comercio desapareció; la economía del Bajío se desplomó y las regiones al norte se desconectaron de la ciudad de México. Buscando nuevos vínculos con los mercados globales, se volvieron hacia los cercanos puertos del golfo y el Pacífico. De 1810 a 1820, la minería se redujo a la mitad y 30% se acuñaba en el norte. Después de 1821, los flujos de plata permanecieron bajos y alimentaban las economías del norte, vinculadas directamente con el mundo en un 70%. La independencia no reintegró la economía que alguna vez se concentrara en la plata, las finanzas y el comercio en la ciudad de México. Los estados reclamaron derechos de provincia, con lo que promovieron las economías regionales y nuevas relaciones con un mundo cambiante.

A partir de 1821, la minería continuó principalmente al norte del Bajío. En la década de 1820 menos de 30% de la producción de plata mexicana (reducida ya a la mitad) pasaba por la ciudad de México; sólo 10% se acuñó allí en la década de 1830; a la vez, la producción llegaba a sus niveles más

bajos desde la década de 1750. Durante decenios, los beneficios aportados por la plata al régimen nacional y a los financieros comerciantes de la ciudad de México fueron pocos (véase el apéndice, tabla A.8). Mientras tanto, la producción de Zacatecas se duplicó entre inicios de la década de 1820 y finales de la de 1830, cuando se extrajo y acuñó más de 45% del total, aún reducido, de México.[12] Zacatecas se había librado de la insurgencia popular que perjudicó la minería en Guanajuato de 1810 a 1820. Empresas conjuntas británico-mexicanas llevaron bombas de vapor para drenar las minas, realizaron innovaciones en la construcción de túneles y avances en la aleación con mercurio. Las ganancias regresaron y proporcionaron ingresos desorbitados al estado de Zacatecas (casi soberano de 1824 a 1835) y permitieron otorgar salarios elevados que atrajeron hombres calificados a un trabajo peligroso.

La economía de la plata de Zacatecas servía principalmente a Zacatecas. El ejército del estado respaldó el primer experimento de México con un gobierno liberal en 1832-1833, con la meta de mantener las autonomías (y los ingresos) regionales dispuestos en la Constitución de 1824. Sin los ingresos de la plata, los liberales nacionales que Zacatecas puso en el poder intentaron expropiar las riquezas de la Iglesia para pagar la creciente deuda nacional de la década de 1820. El ataque contra la Iglesia generó una división política en el país que llevó a un regreso al gobierno central en 1835. Los estados, incluido Zacatecas, perdieron derechos políticos y los ingresos provenientes de la plata. Y el gobierno central aceleró la secesión de Texas: la autonomía provincial había cubierto la expansión de la esclavitud, esencial para la producción de algodón en ciernes en esa zona después de la abolición nacional en 1829; el cambio a un gobierno central en 1835 convirtió la abolición en una ley nacional. Los anglotexanos se movilizaron para separarse de México. La caída del capitalismo de la plata llevó la desintegración a México.

La plata prosperó localmente en Zacatecas a lo largo de la década de 1830, acercándose a la mitad de una producción nacional que aumentó un poco, pero se mantuvo sólo a la mitad del nivel previo a 1810. La década de 1840 fue testigo del renacimiento de la minería en Guanajuato; la producción nacional creció, acercándose a los 16 millones de pesos anuales después de 1845, lo que estimuló la vida comercial, pero apenas tres cuartas partes de los niveles previos a la insurgencia (véase el apéndice, tabla A.9). La plata comenzó a recuperar importancia, aunque estaba lejos de ser el sector principal que volvió a la Nueva España esencial para el comercio mundial. Para prosperar comercialmente en un nuevo mundo industrial, México debía hacer algo más que extraer plata.

[12] Harry Cross, *The Mining Economy of Zacatecas, Mexico, in the Nineteenth Century*, tesis de doctorado, University of California en Berkeley, 1976. Ésta es una obra esencial que, por desgracia, permanece inédita.

Una economía de autonomías

Para muchos mexicanos, quizá para la mayoría, el derrumbe comercial ocurrido en las décadas posteriores a la independencia no fue un problema, sino un respiro bienvenido. Quienes después de 1810 pelearon para restaurar o crear autonomías agrarias, derribando al capitalismo de la plata en el proceso, a partir de 1820 se concentraron en mantener a sus familias y comunidades. Las familias del Bajío obtuvieron arrendamientos de algunas de las tierras más ricas de la nación, con frecuencia irrigadas. En Chalco y otras regiones del centro, los aldeanos que conservaban tierras y no participaron en la insurgencia en 1810 aprovecharon el colapso comercial posterior a 1820 para reclamar jornales más altos para el trabajo estacional. En el Valle de Toluca, las aldeas que disputaron las tierras de las haciendas de los condes de Santiago en Atengo desde la década de 1790 obtuvieron una victoria en la corte en la década de 1820, lo que envió oleadas de euforia a las comunidades del centro y sembró miedo entre los dueños de haciendas, que ya estaban en pie de lucha. Los habitantes de las aldeas de todo México afirmaron las autonomías en la década de 1820, mientras los productores comerciales se quejaban del derrumbe (haciendo referencia al derrumbe de las ganancias).[13]

Los registros de los diezmos que reportan las colectas antes de la insurgencia de 1806 a 1809 y luego bastante después, de 1829 a 1832, documentan un amplio fin de los cultivos comerciales. Los diezmos tomaban el 10% de las cosechas comerciales; los productores indígenas de cultivos originarios no pagaban. En toda la nueva nación, las colectas disminuyeron 50%, en paralelo con la caída de la plata (véase el apéndice, tabla A.10). El ingreso medio por diezmos de 1806 a 1809, multiplicado por 10, indica un cultivo comercial cuyo valor era de 22 millones de pesos al año, casi idéntico al valor de la plata producida en los últimos años de la bonanza (véase el apéndice,

[13] Véanse John Tutino, "Hacienda Social Relations in Mexico. The Chalco Region in the Era of Independence", *HAHR,* vol. 55, núm. 3, 1975, pp. 496-528; y "Agrarian Social Change and Peasant Rebellion in Nineteenth-Century Mexico. The Case of Chalco", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 95-140 [*Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX,* trad. Paloma Villegas, Era, México, 2004]. Generalizo en John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940,* trad. Julio Colón, Era, México, 1990]; y detallo las victorias populares en John Tutino, "The Revolution in Mexican Independence. Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855", *HAHR,* vol. 78, núm. 3, 1998, pp. 367-418. Paul Hart, *Bitter Harvest. The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Coming of the Zapatista Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2007, muestra el declive en las haciendas y las ganancias comunitarias en Morelos.

tabla A.7). La producción de plata y el cultivo comercial se mantuvieron entre 10 y 11 millones de pesos anuales a finales de la década de 1820. En conjunto, el derrumbe de la plata y de las cosechas comerciales asaltó la economía comercial, pero la caída de la plata supuso un declive en la producción; la caída en el cultivo diezmado, en cambio, enmascara un aumento compensatorio de la producción familiar. La agricultura no se derrumbó, pero sus beneficiarios cambiaron radicalmente.

Los cultivos comerciales se redujeron en dos tercios en los obispados de las ciudades de México y Puebla, donde las haciendas comerciales se habían mezclado desde hacía mucho con las repúblicas indígenas. La diócesis de Michoacán vio una caída de sólo 40%. Ésta incluía a los pueblos tarascos que habitaban alrededor de Pátzcuaro y Uruapan, donde las haciendas eran limitadas, y el núcleo de Guanajuato en el Bajío, hogar de haciendas comerciales ahora cultivadas por familias de arrendatarios (muchas de ellas hispánicas que pagaban diezmos).[14] El crecimiento de 15% de recibos de diezmos en la diócesis de Guadalajara refleja la fortaleza regional de la plata en Zacatecas, sostenida por haciendas del cercano Aguascalientes.[15] La pequeña disminución en Durango muestra la continuación de la minería y el cultivo que la sustentaba. La caída de 80% en Monterrey revela el impacto provocado por las incursiones de los comanches y otros en la vida fronteriza.[16]

La caída de los cultivos comerciales en los altos del centro condujo a los bancos conventuales de México, durante mucho tiempo célebres por invertir en haciendas rurales, a trasladar el capital a bienes raíces urbanos después de 1821. Durante el reinado del capitalismo de la plata, los conventos prestaban hipotecas para permitir que operadores de haciendas menos ricos adquirieran o mejoraran sus haciendas.[17] Para la década de 1830, 75% estaba en bienes raíces urbanos; la inversión en la agricultura comercial ya no era redituable (véase el apéndice, tabla A.11).[18] Mientras tanto, los alimentos

[14] Ese viraje se detalla en Tutino, "The Revolution…", *op. cit*.

[15] Lo anterior se detalla también en Cross, "The Mining Economy…", *op. cit*., pp. 287-375, cap. 8.

[16] Véanse Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire,* Yale University Press, New Haven, 2008; y Brian Delay, *War of a Thousand Deserts,* Yale University Press, New Haven, 2008.

[17] Véase Tutino, *Making…, op. cit.,* entre muchas otras fuentes.

[18] Calculo el capital total de 20 millones al estimar el ingreso total de 770 823 como un rendimiento general de 4%. Si se estima en 5%, el total se reduciría a 15 millones. De cualquier forma, sólo entre 24 y 33% se invertía con intereses: la gran mayoría se colocaba en propiedades en renta. En el caso de la ciudad de México, sabemos que 2 450 000 pesos de capital invertido generaban 89 000 pesos de intereses: 3.6%; si se supone que los 383 000 pesos de ingresos por rentas eran 4% del valor de las propiedades, estas últimas llegaban a un total de 9 580 000 pesos. Allí donde los conventos eran más ricos, gracias a la concentración de riqueza en la bonanza de la plata del siglo XVIII, para la década de 1830 retenían aproximadamente 12 millones de pesos de riquezas: 80% en bienes raíces citadinos, sólo 20% en inversiones con intereses. El renacimiento excepcional de las ganancias hacendarias en Michoacán se detalla en Margaret Chow-

seguían siendo abundantes y asequibles, también en tajante contraste con los últimos años del capitalismo de la plata.

Después de 1821, en la mayor parte de México los productores comerciales se esforzaban por obtener ganancias mientras las familias controlaban los cultivos y, según todos los indicadores, comían bien. La mejor serie de precios del maíz proviene de Zacatecas, que no era una región típica a causa de su bonanza minera y la fortaleza de su cultivo comercial. Aun así, dicha serie muestra que los precios de los alimentos básicos permanecieron estables de las décadas de 1820 a 1850, en niveles históricamente bajos para la región y costeables para quienes trabajaban en las minas y las haciendas.[19] Información esporádica sobre los precios en Chalco y en el Bajío, los graneros tradicionales que alimentaban a la ciudad de México, a Guanajuato y al norte, también indican suministros estables y precios bajos, incluso más bajos que en Zacatecas. Asimismo, hubo pocos informes posteriores a la independencia de fracasos generalizados en los cultivos, de que los precios del maíz se dispararon, de una carestía ubicua o de un aumento en las tasas de mortalidad, condiciones que aquejaron a tantos entre 1785 y 1786, y entre 1809 y 1810.[20]

La mejor prueba de que los mexicanos comían bien antes de 1850 está dada por las estaturas de los reclutas militares. El ejército, que exigía ingresos, creaba déficits y perjudicaba la economía con disrupciones políticas, mantenía buenos registros de sus reclutas: hombres jóvenes provenientes de toda la nación. En la década de 1850 sus estaturas se encontraban en la media dentro de la gama de los hombres de Europa Occidental.[21] Si bien los cultivos comerciales fracasaban, los mexicanos estuvieron bien alimentados de 1820 a 1850. El maíz se volvió accesible y costeable con el declive de la producción en las haciendas y el florecimiento de los cultivos familiares. Las familias cultivadoras primero comían y luego vendían sus excedentes en el Bajío. En el corazón, los habitantes de las aldeas presionaron a las haciendas para que pagaran más y rentaran tierras. Los dueños de las haciendas lamentaban las autonomías de las aldeas y los arrendatarios; se quejaban de la escasez de capital y de ganancias, no de la escasez de maíz (ése será el foco de los capítulos séptimo y octavo).

ning, *Wealth and Power in Provincial Mexico. Michoacán from the Late Colony to the Revolution,* Stanford University Press, Stanford, 1999.

[19] Cross, "The Mining Economy…", *op. cit.,* pp. 153-179, cap. 4, y 287-375, cap. 8.

[20] Véase Tutino, "Hacienda…", *op. cit.;* Tutino, "Agrarian Social Change…", *op. cit.;* y Tutino, "The Revolution…", *op. cit*.

[21] Las estaturas y los análisis se encuentran en Moramay López-Alonso, *Measuring Up. A History of Living Standards in Mexico, 1850-1950,* Stanford University Press, Stanford, 2012 [*Estar a la altura. Una historia de los niveles de vida en México, 1850-1950,* trad. Marcela Pimentel y Lusarreta, FCE, México, 2015]. López-Alonso se esfuerza por demostrar que los reclutas militares venían de regiones amplias y representativas, y que las estaturas sirven como un reflejo justo de la nutrición.

Los productores familiares estaban al frente de una nueva economía de autonomía agrícola. Comían primero, guardaban suministros para protegerse de los años de sequía y sólo con verdaderos excedentes abastecían los mercados de los pueblos. Ese cambio llegó en una época de crecimiento poblacional limitado: de aproximadamente seis millones en 1810 a apenas más de siete millones para 1850. La década de insurgencia posterior a 1810 cobró incontables vidas; la tifoidea de 1813 había tomado más. Los mexicanos se enfrentaron al cólera por primera vez en la década de 1830 y una vez más en la de 1850. Las cosechas de las familias extendidas en tiempos de bajo crecimiento poblacional mantuvieron disponible el maíz y escasas las ganancias de las haciendas. Ésos no fueron años utópicos: las epidemias se mezclaron con conflictos políticos y sociales para volver la vida con frecuencia difícil y siempre incierta. Aun así, muchos reclamaron nuevas autonomías y las usaron para comer bien.

Los debates sobre el futuro de México, 1830-1832

Una época definida por el derrumbe de la plata, ganancias e ingresos estatales escasos, autonomías familiares arraigadas y trabajadores renuentes no era aceptable para los hombres que suponían gobernar y obtener ganancias en una nueva nación mexicana. La crisis llegó a su punto crítico en 1829 y 1830. Los préstamos británicos que mantuvieron a flote al primer gobierno republicano de Guadalupe Victoria se habían gastado y no se pagaron a su debido tiempo. La elección presidencial de 1828 fue impugnada: todas las facciones veían irregularidades; todas se aprestaron a realizar movilizaciones militares recubiertas de reclamos constitucionales. Un motín en el cuartel de la Acordada, en la ciudad de México, apoyado por disturbios que saquearon el lujoso mercado del Parián frente al Palacio Nacional, llevó a Vicente Guerrero a la presidencia. El partidario insurgente de Morelos y aliado de Iturbide era un símbolo del poder popular. Su ascenso, marcado por el ataque al Parián (mientras los aldeanos saqueaban las haciendas azucareras ubicadas en torno a Cuernavaca), recordó a muchos de los poderosos los ataques populares que desafiaron la propiedad después de 1810.[22]

Una vez en el cargo, Guerrero respondió a los amotinados de la ciudad, a los productores de algodón de las tierras bajas y a los artesanos de todas partes, prohibiendo las importaciones de algodón británico. Protegería a los mexicanos, no a los tenedores de bonos y fabricantes británicos. Personas

[22] Mi análisis de la política de este periodo tiene por guía a Catherine Andrews, *Entre la espada y la Constitución. El general Anastasio Bustamante, 1780-1853,* Universidad Autónoma de Tamaulipas, Ciudad Victoria, 2008, que ofrece una nueva y convincente visión.

autodesignadas como "hombres de bien" depusieron a Guerrero a finales de 1829, una vez más con la fuerza militar respaldada por aserciones constitucionales. El vicepresidente Anastasio Bustamante, un aliado de Iturbide en 1821 y líder en el arte de la política militarizada, tomó el poder. Con él comenzó una larga era en la que los árbitros militares vigilaban regímenes encabezados por diversos ministros e intentaron diversos programas: Bustamante alternó en ese papel con el (tristemente) célebre Antonio López de Santa Anna de 1830 a 1855; tras un interludio de guerra política y ocupación francesa, Porfirio Díaz reclamó el papel entre 1876 y 1911.

Bustamante estuvo al frente de un gobierno al que en muchos sentidos dio forma Lucas Alamán. En conjunto, buscaron acotar la participación popular, estabilizar la política y revivir la economía comercial.[23] El éxito del gobierno de Bustamante-Alamán fue limitado (cayó en 1832), pero Alamán lideró un debate sobre las causas tras las dificultades de México en un mundo que estaba cambiando rápidamente y cómo superarlas. Nacido en una destacada familia minera y con experiencia en Europa durante la década de insurgencias en México, insistía en que la plata reviviría. Promovió un vuelco hacia la industrialización vinculada a una renovación de los cultivos comerciales. Tadeo Ortiz de Ayala, un liberal que fungía como cónsul de Alamán en Burdeos, ofreció una visión liberal opuesta. Ortiz insistía en que el camino a seguir era unirse a Cuba, Brasil y el sur de los Estados Unidos como exportadores de mercancías (lo cual era una opción en 1830, cuando Texas y su naciente economía del algodón seguían siendo mexicanas). Tanto Alamán como Ortiz veían la necesidad de estabilidad política; ambos pedían la desmovilización de una población rebelde, aunque diferían tajantemente en sus prescripciones para el cambio económico. Alamán expresó sus opiniones en memorias anuales publicadas en 1830, 1831 y 1832. Ortiz primero intentó dar forma a las políticas en memorandos dirigidos a Alamán. Como no logró convencerlo, escribió un libro que se publicó a la caída del gobierno, a finales de 1832, y partió para servir a su sucesor liberal en los Estados Unidos.

Alamán insistía en que la paz política, aunada a cuentas gubernamentales sólidas, daría un "impulso poderoso" a la economía. "Todas las minas, cuyos trabajos habían estado largo tiempo en suspenso, se vuelvan a laborear, se da nueva dirección a la agricultura: se anima el tráfico interior." Para mantener la estabilidad, era necesario contener a una población rebelde y proteger la propiedad aplicando "una administración vigorosa y severa de justicia".[24] Alamán reconocía, si bien de forma indirecta, que los insurgentes

[23] Véase *ibid.*, y Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State, 1800-1857,* Stanford University Press, Stanford, 1997 [*Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero, 1800-1857,* trad. Jorge Alberto Sánchez Ortega, Congreso del Estado Libre y Soberano de Guerrero, Chilpancingo, 2001].

[24] LAM, 1830, pp. 166-167, 172-184.

habían derribado el capitalismo de la plata. La subordinación sustentaría la recuperación.

En tres años de informes, Alamán imaginó que la estabilidad política había llegado y la minería había revivido; a la vez, lamentaba que la agricultura hubiera caído en un estado de plenitud sin ganancias. En 1830 escribió: "La extracción de plata y oro ha aumentado notablemente en los últimos dos años, y todo hace esperar se ponga a la altura en que estuvo en los tiempos más felices de la minería". En 1831 concluía: "Este ramo se halla en un estado floreciente y adelantado cada día mas". En 1832 Alamán promocionaba el auge de la minería en Zacatecas.[25] No imaginaba que más tarde, ese año, su gobierno caería ante una revuelta liberal respaldada por ese rico estado y su plata.

Alamán tuvo dificultades para entender la caída de la agricultura comercial. En 1830 lamentaba la "época desgraciada en los tres años anteriores, por perdido de las cosechas y mortandad del ganado a consecuencia de la falta de lluvias". Afortunadamente, las lluvias fueron buenas en el verano de 1829 y la cosecha de inicios de 1830 fue copiosa. Después de tres cosechas malas, una buena producción trajo consigo abundancia. Un año después anotó: "El año ha sido de tal manera próspero en casi todos los estados, que los frutos han llegado a ponerse a bajísimos precios".[26] La abundancia era un problema.

En la *Memoria* de 1832, Alamán vio el nuevo orden rural: "La irregularidad de la estación de lluvias, y las tempranas heladas del año anterior, causaron que las cosechas de maíz fuesen en lo general escasas, más las grandes existencias de esta semilla que han quedado de los años precedentes, que fueron abundantes, no sólo alejan todo temor de una falta de alimentos de primera necesidad, sino que aun remueven el de que ellos puedan subir a precio exorbitante". Tras tres años de cosechas pobres, dos buenas producciones y luego otra cosecha pobre, la comida seguía estando disponible y los precios eran costeables. Tal plétora "bajo un punto de vista general" podía parecer "un beneficio", pero "si se atiende a que el bajísimo precio a que los frutos habían llegado en algunos estados, arriunaba a los agricultores que no podían sacar ni aun los gastos de la labor, y al mismo tiempo obraba perjudicialmente sobre la moralidad del pueblo, que escento de la necesidad de trabajar perdía el hábito de este, adquiría malas costumbres, y los brazos harían falta para las artes".[27] Alamán lamentaba la plenitud sin ganancias. Los productores comerciales no podían obtener ganancias mientras los pequeños agricultores sobrevivieran sin necesidad de trabajar para otros.

La solución estaba en la industria. Guerrero había prohibido las importaciones de telas británicas para proteger a los cosechadores mexicanos de

[25] LAM, 1830, p. 207; 1831, pp. 282-284; 1832, pp. 372-373 y 428.
[26] LAM, 1830, p. 203; 1831, p. 275.
[27] LAM, 1832, p. 363.

algodón, con frecuencia mulatos dispersos en las tierras bajas de la costa, y a los fabricantes de telas, en su mayoría artesanos que trabajaban desde sus casas a lo largo de la nación. Alamán promovió un giro hacia la producción mecánica liderada por Inglaterra y adoptada por el noreste de los Estados Unidos. En 1830 insistía en que "los tejidos ordinarios de algodón, lino, y lana, precisos para cubrirse la parte mas numeroso de la población, son los que deben fomentarse exitando a los capitalistas nacionales o estrangeros al establecimiento de fábricas con las máquinas necesarias, para que los artefactos resulten a un precio moderado, lo que nunca se conseguirá sin este auxilio".[28] Alamán imaginaba a los capitalistas mecanizando la producción de telas y vendiendo a precios bajos a los consumidores. Los productores de algodón se beneficiarían; los artesanos enfrentarían una competencia difícil.

En 1831 Alamán reportaba buenas noticias sobre "industrial fabril", o fábricas industriales. Las leyes de abril y octubre de 1830 dieron lugar a la fundación del Banco de Avío —un banco de desarrollo—,otorgándole un quinto de los ingresos de los aranceles sobre importaciones de telas, hasta un millón de pesos al año. Éste financiaría "máquinas bastante costosas" y a "maestros [artesanos] que enseñan su establecimiento". El plan: "el fomento de tegidos ordinarios de algodón, comenzando de procurer semilla de este, de la mejor calidad que se cultiva en Tejas, y proporcionando maquinas para despepitar, hilar y tejer".[29]

En 1832 Alamán hablaba con entusiasmo de su triunfo: "Se ha inducido un poderoso impulso por el fomento que la proporcionaba el Banco de Avío [...] que se ha creado un espíritu de empresa [...]". Gracias al financiamiento del banco, "se resolvió, pues, hacer venir de los Estados Unidos las maquinas y los artesanos necesarios para el hilado y tejido de algodón de tela ordinaria, y de Francia todo lo relativo a los paños". Los planes para fábricas de algodón en Tlalpan, cerca de la capital, y Celaya, en el Bajío, estaban en curso; Querétaro obtendría un complejo lanero; San Miguel de Allende esperaba una fábrica de papel. Los fondos estaban dispuestos; los agentes compraron máquinas en Nueva Orleans y Burdeos; artesanos expertos llegaron a enseñar las formas de la industria. La promesa era clara.[30]

Como cónsul en Burdeos, Tadeo Ortiz supervisó las compras de maquinaria para una política industrial a la que se oponía. Nacido en Guadalajara, Ortiz ocupó cargos diplomáticos en servicio de Morelos después de 1810, en el de Iturbide después de 1821 y, brevemente, en el de Guerrero, antes de servir a Bustamante y a Alamán. Estudió con detenimiento la Nueva España y vivió en el mundo atlántico. Ortiz nunca alcanzó poder político; murió en altamar a causa de la plaga bubónica en 1832, cuando se trasladaba a los

[28] LAM, 1830, p. 206.
[29] LAM, 1831, pp. 277-278.
[30] LAM, 1832, pp. 365-370, 408-427.

Estados Unidos para servir a un nuevo gobierno liberal. Publicó *México considerado como nación independiente* justo antes de zarpar.[31]

El ministro y el cónsul diferían tajantemente en su percepción de las raíces históricas de los problemas de México, compartían el objetivo de imponer paz social a un pueblo rebelde y discrepaban radicalmente sobre la solución a los problemas económicos del país. Alamán honraba a la Nueva España y el capitalismo de la plata, lamentando su desaparición por la insurgencia popular; Ortiz culpaba al gobierno español de crear a un "un pueblo generalmente abyecto" que había caído en una "licenciosa anarquía" después de 1810. Ambos consideraban perjudiciales las aserciones populares. Alamán regresaría felizmente a las formas españolas. Ortiz insistía en que México necesitaba "el modelo de los Estados Unidos". Como liberal acérrimo, declaraba al pueblo soberano y luego insistía en que se reformara para obtener los dones del liberalismo.[32]

Para frenar las aserciones populares, el ministro pedía una justicia severa. El cónsul proponía "el establecimiento de cierta autoridad pública administrativa que, superior a todo otro poder, que dirija la sociedad, asegura el libre ejercicio de los derechos y fueros de sus miembros [...] fundado en el interés común".[33] Ortiz buscaba un poder autoritario que respaldara al gobierno liberal. Sin embargo, redujo dos tercios del ejército y dependería de cientos de miles de milicianos para mantener la paz, armando a hombres que no estaban preparados para gobernar. La educación resolvería el dilema, con el respaldo de un sistema penal financiado con los impuestos sobre "vinaterías, pulquerías y pulperías, que son los que mas contribuyen con su tráfico a los descarríos de la juventud, especialmente del pueblo".[34] Para Ortiz el pueblo era soberano y debía estar armado, pero debía ser reeducado para convertir a sus integrantes en ciudadanos liberales que serían encarcelados cuando se desviaran del camino (medidas pagadas con el costo de sus placeres).

Ortiz difería insistentemente de Alamán en sus recetas para el futuro económico de México. En fechas tempranas envió memorandos pidiendo el desarrollo del norte, en especial de Texas, para promover las exportaciones, principalmente de algodón. La fuerza militar haría retroceder a los pueblos nativos, bloquearía la expansión de los Estados Unidos y promovería la inmigración bajo las condiciones del gobierno mexicano. También abogó por el desarrollo de las exportaciones en todas las costas de México. Las exportaciones agrícolas de los Estados Unidos eran más valiosas que la plata mexicana; sin embargo, "nosotros no podemos competirlos en muchos años por

[31] TOM. Los detalles de la carrera de Ortiz se encuentran en un breve prefacio a la reimpresión; su conocimiento de estudios dedicados a la Nueva España se demuestra en las pp. 173-256.

[32] TOM, pp. 11-12, 27, 30, 41 y 47-48.

[33] TOM, pp. 50, 71 y 86.

[34] TOM, pp. 448-450, sobre el ejército y las milicias; pp. 112-118 y 159-164, sobre la educación; pp. 273-274, sobre el sistema penal.

falta de brazos, y porque felizmente no tenemos un millón y medio de esclavos en contradicción a la humanidad". Para el liberal Ortiz, el dilema que aquejaba a México era cómo construir una economía de exportaciones sin la esclavitud.[35]

Como no pudo convencer a Alamán, escribió su libro en el que expuso sus argumentos a las clases políticas de México. Ortiz insistía: "La base fundamental del poder real de las sociedades es la agricultura, y sea considerado como el principio vital de la población, y como el origen material de la industria y la fuente inagotable del comercio, que constituyen la esencial riqueza y fuerza verdadera de las naciones".[36] México tenía una historia de ricos cultivos comerciales en el Bajío y salarios más bajos que los pagados a los hombres libres en los Estados Unidos. México prosperaría si la plata y las haciendas comerciales revivieran en el Bajío y si las exportaciones se desarrollaran en las costas.[37]

En el Bajío, el problema eran los arrendatarios que habían obtenido tierras en la insurgencia, pues no se enfocaban en ventas comerciales.[38] A lo largo de la costa del Golfo, Ortiz vio "hordas de hombres incultos y improductivos que a manera de árabes habitan [...] cuya vida aislada deben procurar corregir sus autoridades locales, estimulando los al amor del trabajo y a otros goces, que al pase los sacaron del estado de barbarie en que yacen sumergidos, proporcionarían brazos y jornaleros al cultivo".[39] Los habitantes mestizos de las costas, libres por demasiado tiempo, tenían demasiada autonomía, demasiada libertad.[40] Si se les corregía (¿coaccionaba?), podían mantener una próspera economía de exportaciones.

¿Acaso la industria podía ser la solución para México? No hasta que los ferrocarriles integraran los mercados internos y redujeran el costo que implicaba cruzar las accidentadas sierras entre la meseta del interior y los puertos costeros. Ortiz conocía la productividad de las máquinas británicas y sabía que desplazaban a grandes cantidades de trabajadores a no ser que sirvieran a grandes mercados, nacionales y externos. Hizo un llamado para que la agricultura y los caminos ocuparan el primer lugar, después la industria. Hizo hincapié en "la benéfica influencia del comercio libre, y funestas consecuencias del sistema prohibitivo".[41] La protección no podía estimular las exportaciones, preservar los oficios o construir la industria. La solución liberal

[35] TOM, pp. 537-538 y 544-552, sobre la colonización; pp. 572-573, sobre las exportaciones y la esclavitud.

[36] TOM, p. 280.

[37] TOM, pp. 284-285.

[38] TOM, pp. 309-310.

[39] TOM, pp. 297-298 y 305-306.

[40] Sobre los pueblos de las costas, véase Antonio García de León, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a sotavento, 1519-1821*, FCE, México, 2011.

[41] TOM, pp. 337-346 (cita p. 337).

era el libre comercio y presionar para promover el trabajo duro y un mayor consumo por parte de la gente.[42]

Ortiz detallaba los beneficios de las exportaciones en Brasil, Cuba y los Estados Unidos y documentaba las expansiones de la esclavitud que estaban en la base de sus prósperas economías. Guerrero había abolido la esclavitud en México en 1829, pero ésta seguía viva y en expansión en Texas, que aún era mexicana y estaba siendo poblada rápidamente por esclavistas que llegaban del sur de los Estados Unidos para cultivar algodón. Ellos reclamaban una autonomía provincial (derechos estatales) para proteger la servidumbre que era esencial para su prosperidad. Ortiz veía la importancia de Texas y documentó la necesidad de la esclavitud para lograr la prosperidad de las exportaciones.

Con base en estudios del Parlamento británico, mostró que Brasil, que sólo tenía cuatro millones de personas, "casi la mitad esclavos", mantenía los impuestos aduaneros de importación en 15% e importaba bienes británicos por un valor de seis millones de libras (30 millones de pesos) al año. México, con (un sobreestimado de) ocho millones de "habitantes libres", importaba sólo 400 000 libras (dos millones de pesos). Los Estados Unidos, con un tercio más de personas que México (aproximadamente 12 millones) "y también con cerca de dos millones de esclavos", importaban anualmente "el inmenso valor de treinta y seis millones de libras, debido a la libertad de su comercio, y la mediocridad de sus derechos, a la civilización y actividad de aquella bien gobernada nación". El libre comercio, la buena gobernanza y la civilización eran compatibles con el trabajo esclavizado y con un comercio cuyo valor era de 80 millones de pesos o dólares (que seguían siendo equivalentes en la década de 1830).[43]

Asimismo, Ortiz se refería a "Cuba que ahora [hace] 40 años necesitaba cuatro millones y medio de pesos que le iban a México". Ahora prosperaba con el "comercio libre ...sociedades patrioticas, el domicilio de estrangeros que se han dedicado y fomentado la agricultura y comercio, y la rebaja de sus derechos de importación, ...con una población de 630 765 almas, de las cuales son mas de un tercio esclavos". Con un décimo de la población de México, Cuba hacía 10 veces su comercio. Gobernada aún por España, todavía importadora de esclavos, comprometida con las exportaciones, principalmente de azúcar más un poco de tabaco, Cuba era, "después de los Estados Unidos […] el primero y más rico mercado de América".[44]

Ortiz celebraba el dinamismo económico brasileño, cubano y estadunidense basado en el libre comercio y el trabajo de esclavos. Para concluir su argumento presentó estadísticas generadas por los Estados Unidos en 1829, a fin de probar que "el trabajo del hombre y la libertad del comercio" eran la

[42] TOM, pp. 349 y 355.
[43] TOM, pp. 357-358.
[44] TOM, pp. 360-362.

base de las ganancias productivas (sin mencionar la libertad de los hombres). Reportó exportaciones estadunidenses por un valor de 49.5 millones de pesos y enlistó el valor de todos los productos menos el algodón. El resto llegaba a un total de menos de 14.7 millones de pesos y dejaba sin explicitar, pero sí documentado, que 70% de las ganancias por exportaciones de los Estados Unidos provenían del algodón cultivado por esclavos.[45] Ortiz conocía el papel que el trabajo esclavizado desempeñaba en los éxitos de Brasil, Cuba y los Estados Unidos.

La clave era Texas. "La provincia de Texas por su situación, dulzura de su clima, fertilidad y sobre todo sus excelentes puertos y proximidad con los Estados Unidos y las Antillas, poseyendo como posee artículos de consumo indispensable a aquellos países, a qué grado de prosperidad no hubiera llegado con solo un sistema de colonización y cultivo regularizado"[46] México no podía desarrollar sus tierras bajas del sur: "El clima cálido y feroz del litoral de ambos mares constituyen un suelo insalubre".[47] Las exportaciones debían venir de Texas.[48] Ortiz no decía quién realizaría o debía realizar el trabajo.

Alamán y Ortiz ofrecían visiones opuestas sobre los problemas y el futuro de México. Alamán honraba el capitalismo de la plata novohispano y soñaba con revivirlo mediante la adición de industrias mecanizadas. Ortiz lamentaba la influencia de España en México a la vez que honraba a la Cuba aún española por la expansión de sus exportaciones hechas por esclavos. Ambos compartían la creencia de que, para prosperar, México debía constreñir a su gente. Ninguna de estas visiones ni contención del pueblo alguna se consolidó cuando Santa Anna desplazó a Bustamante como jefe militar, con el respaldo de la plata zacatecana.[49] En 1833, el vicepresidente Valentín Gómez Farías estuvo al frente de un gobierno que ensayó políticas cercanas a la visión de Ortiz. Empero, los liberales no tardaron en descubrir que un intento de pagar las deudas del régimen expropiando las propiedades eclesiásticas raudamente dividiría a un país profundamente católico. Ese mismo año la nación sufrió su primera epidemia de cólera. ¿Acaso era un castigo por atacar a la Iglesia de Dios?[50]

Santa Anna llegó a la conclusión de que el problema estaba en el federalismo, pues mantenía a estados como Zacatecas ricos y poderosos, dejando al gobierno nacional pobre y débil, y posibilitaba la inminente secesión de Texas. El general encontró nuevos aliados, terminó con el federalismo, des-

[45] TOM, p. 371.

[46] TOM, pp. 429-430.

[47] TOM, p. 459.

[48] TOM, pp. 441-442 y 444-450.

[49] Véanse Andrews, *Entre la espada…, op. cit.;* y Cross, "The Mining Economy…", *op. cit.*

[50] Donald Stevens, "'Temerse la ira del cielo'. Los conservadores y la religiosidad popular en los tiempos del cólera", en William Fowler y Humberto Morales Moreno (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX,* BUAP, Puebla, 1999, pp. 87-101.

carriló el liberalismo y se movió hacia una constitución centralizadora, la de las Siete Leyes, en 1835. Reclamó los ingresos de la plata para el erario nacional y terminó con los derechos estatales que protegían la expansión de la esclavitud en Texas. Los anglotexanos con algunos aliados mexicanos no tardaron en separarse para preservar la esclavitud. Ningún gobierno mexicano tenía los recursos ni el poder armado para evitarlo.[51]

La captura de Santa Anna y su rendición en Texas permitieron a Bustamante regresar como árbitro militar del gobierno nacional. Construyó un nuevo gobierno sin Alamán, intentando usar el poder central para revivir la economía, llenar las arcas del erario y pacificar la política; pero los poderes centralizados en un pequeño congreso constriñeron tanto al presidente y su gabinete que poco pudieron hacer. Las discusiones constantes sobre la recuperación de Texas no eran más que eso: palabras. Fuerzas francesas que exigían 600 000 pesos por el saqueo del Parián ocurrido en 1828 arribaron a Veracruz en 1838, sólo para descubrir que las mortales tierras bajas eran la mejor defensa de México. Bustamante se aferró al poder de 1837 a 1841, mientras las batallas políticas se intensificaron.

La construcción de una industria algodonera mexicana, 1835-1850

El Banco de Avío, que Bustamante y Alamán estaban tan orgullosos de haber fundado a principios de la década de 1830, comenzó a operar justo antes de que Santa Anna, Gómez Farías y sus aliados liberales tomaran el poder, a finales de 1832. Cuando Bustamante regresó al gobierno en 1835, lo revivió, para que operara como el primer banco de desarrollo nacional del mundo.[52] A inicios de la década de 1840, su éxito era notable. De regreso al gobierno, bajo el mando de Santa Anna, Alamán produjo un sondeo de las nuevas industrias (véase el apéndice, tabla A.12). La construcción de casi 60 fábricas en menos de una década, con más de 100 000 husos funcionando y más de 2 500 telares mecanizados, era un logro. Casi 80% estaba en los departamentos (estados bajo el régimen central) de México, Puebla y Veracruz. Las 17 fábricas establecidas alrededor de la ciudad de México, con 23 894 husos y 1 187 telares, fueron pioneras en una industria integrada del algodón. En Puebla y Veracruz, las nuevas fábricas se concentraban en el hilado.

Lo anterior tuvo consecuencias sociales. La mecanización aportó ganancias a los empresarios favorecidos por el Banco de Avío; el número de traba-

[51] En última instancia, la secesión de Texas estuvo relacionada con el algodón y la esclavitud, pero se debatió en un lenguaje de ciudadanía y derechos de los estados; esto queda claro en Randolph Lack, *The Texas Revolutionary Experience. A Political and Social History, 1835-1836,* Texas A&M University Press, College Station, 1992.

[52] Sobre los orígenes del banco, el estudio clásico es Robert Potash, *El Banco de Avío en México. El fomento de la industria, 1821-1846,* FCE, México, 1959.

jadores que obtenían ingresos por hacer bienes de algodón disminuyó. Históricamente, el hilado era un trabajo femenino que se hacía en casa con el fin de elaborar telas para su uso, de apoyar el tejido del esposo o de ganar dinero suministrando a grandes talleres. El hilado mecanizado desplazó a las mujeres; el tejido mecanizado desafió a los artesanos hombres. La industria integrada en la capital y en torno a ella a principios de la década de 1840 desplazó a ambos; las hilanderías de Puebla y Veracruz desplazaron sobre todo a las mujeres. ¿Los resultados divididos en función del género fueron accidentales? Las presiones políticas de finales de la década de 1820 provinieron de los productores de algodón de las tierras bajas y los tejedores urbanos, la mayoría de ellos hombres. La industria de principios de la década de 1840 mantuvo alta la demanda de algodón crudo y redujo el costo de los hilos para los tejedores, lo que benefició a los hombres. Las mujeres enfrentaron nuevas dificultades. En su mayoría vivían en hogares patriarcales: procreaban y educaban niños, mantenían huertos, ayudaban en el campo y preparaban la comida; hilaban, hacían telas y ropa; muchas obtenían ingresos hilando a cambio de dinero. El hilado mecanizado les costó dinero.

Si un huso mecanizado que funcionaba durante 12 horas al día producía lo que dos mujeres podían hilar en casa en el mismo tiempo, los 107 000 husos de 1843 sustituyeron a 214 000 mujeres. La mayor parte de las mujeres de los pueblos del centro y las comunidades de las haciendas del Bajío combinaban el hilado con el cuidado infantil, la preparación de alimentos, la jardinería y la venta en los mercados, hilando una cuarta parte o menos de los días laborales. Las máquinas, que habrían sustituido a más de 200 000 hilanderas manuales de tiempo completo, costaron complementos esenciales para las economías familiares a casi a un millón de mujeres en la década de 1840. Un millón de mujeres contribuía al sustento de cuatro millones de personas, en una sociedad de poco más de siete millones. Éstas son estimaciones; no obstante, el impacto social de la primera industrialización mexicana estuvo fuertemente marcado por el género. Mientras el cultivo se consolidaba en los hogares, las nuevas fábricas reducían la contribución de las mujeres a las economías familiares, con lo que se reforzaba el patriarcado a la vez que se limitaban los ingresos de los hogares.

Los informes de Alamán de 1844 y 1845 confirman el papel secundario del tejido en la temprana industria mexicana (véase el apéndice, tabla A.13). El número de hilanderías aumentó a 62 en 1844, registrándose un incremento de 6% del total de husos en un año. Hubo cierta expansión hacia el norte. Para 1845, el número de hilanderías en operación se redujo a 55; los husos operantes se elevaron 1.5% alcanzando un total de 113 814, con 15 714 registrados como inactivos. La industria se estancó. Las hilanderías débiles cerraron, otras trabajaban por debajo de su capacidad, unas cuantas se expandieron; el empuje hacia el norte se detuvo. Aun así, se había establecido la industria. Manuel Escandón en Puebla, la familia Martínez del Río en la ciu-

dad de México y Cayetano Rubio en Querétaro obtuvieron fama y ganancias. Los tejedores artesanales salieron adelante. Las mujeres se las vieron negras.

Un informe de inicios de la década de 1850, tras la guerra con los Estados Unidos, mostraba que era poco lo que había cambiado; proporciona detalles reveladores sobre los telares, los trabajadores y las nóminas. El total de fábricas había disminuido a 40; los husos en funcionamiento habían aumentado a 120 630, 6% más en menos de una década. El incremento sólo exigió la activación de la mitad de los husos inactivos en 1845. Las hilanderías aún se concentraban en torno a la capital, Puebla y Veracruz. Las de la ciudad de México se integraron más: con 15 husos por telar mecánico. Querétaro construyó una industria integrada paralela a menor escala. Puebla renunció casi por completo al tejido industrial, con 151 husos por telar. En otras partes, desde Veracruz hasta el norte, la industria encontró un punto medio: entre 32 y 43 husos por telar. Allí, el hilado para la venta a tejedores artesanales se mezclaba con el tejido industrial.

Con 120 000 husos mecanizados que perjudicaban cuando menos a un millón de hiladoras en casa, el desafío para las mujeres seguía en pie. Un pequeño incremento en el tejido mecanizado comenzó a amenazar a los artesanos varones. ¿A cuántos artesanos sustituyeron los 3 393 telares industriales? Seguramente a 10 000; quizá a muchos más. Considerando las estimaciones bajas, para mediados de siglo las nuevas industrias habían sustituido a un millón de mujeres de ganancias de medio tiempo y a 10 000 hombres de oficios de tiempo completo. En ese contexto, el empleo industrial total de 11 267 resulta iluminador, como también el elevado salario anual promedio de 150 pesos (entre dos y tres veces los salarios rurales prevalentes). Los hombres hacían la mayor parte del trabajo fabril en México; las nuevas fábricas absorbieron aproximadamente a tantos hombres trabajadores en el tejido y el hilado como los que sustituyeron del tejido artesanal. Las ganancias industriales se concentraron en los empresarios; a los hombres que trabajaban se les pagaba bien, lo que dio origen a una naciente aristocracia laboral. El patriarcado se fortaleció para 10 000 hombres; un millón de mujeres o más enfrentaron nuevas marginalidades en las economías domésticas.

Cuando las nuevas industrias se afianzaron en la década de 1840, en Puebla se elevó la violencia masculina contra las mujeres. En una ciudad en que los hombres seguían siendo tejedores artesanales mientras las máquinas remplazaban a las hiladoras, ¿es posible que los hombres en apuros resintieran la pérdida de ingresos de las mujeres? En 1846 una mujer se rehusó a alimentar a su esposo, un tejedor, cuando llegó tarde a casa. Éste la golpeó con un huso.[53] La negativa a servir una comida fue el problema inmediato.

[53] Sonya Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1856,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2012, explora un vasto conjunto de casos en juzgados que involucran violencia contra mujeres para detallar la cultura duradera del patriarcado, que dio

La elección de un huso como arma ¿fue un simple accidente? ¿O las hilanderías habían sustituido a la esposa, haciendo que el tejedor tuviera que comprar hilo, lo que añadía un costo a su taller? Ante los iracundos ojos patriarcales, ¿ella había fallado dos veces: al no hilar para financiar la economía de la casa y al no cocinar para alimentar a su esposo?

Las nuevas hilanderías de la década de 1840 generaron ganancias, trabajo para los hombres, mercados para los productores de las tierras bajas y telas para los consumidores de toda la nación. El capitalismo industrial había llegado a México, limitado a los mercados nacionales. Alamán había triunfado. Sin embargo, como advertía Ortiz, la limitación de los mercados significaba que la mecanización reduciría el empleo; las pérdidas afectaron principalmente a las mujeres. El estancamiento comercial se mantuvo; las deudas nacionales crecieron. Los debates se reanudaron.

Nuevos debates sobre el futuro: con industria y sin Texas, 1843-1845

Cuando Santa Anna remplazó a Bustamante como árbitro militar en 1842, devolvió el control de los asuntos económicos a Alamán. En una nueva serie de *Memorias,* documentó un renacimiento de la plata cuando Guanajuato se unió a Zacatecas con el fin de generar la primera expansión desde 1810. Alardeó sobre el éxito del Banco de Avío en la fundación de industrias. Comoquiera que sea, la agricultura comercial seguía batallando: la plenitud sin ganancias perduraba, como también los conflictos políticos, las provocaciones militares y los erarios vacíos. En una segunda ronda de debates, Alamán defendió su política industrial, mientras que los liberales seguían presionando en favor de una economía basada en las exportaciones, y un analista, conocido sólo como J. G., documentaba los límites de México en 1845, justo antes de que los Estados Unidos recurrieran a la guerra para estrechar esos límites, capturando vastos territorios del norte.

En 1843 Alamán horó el renacimiento de la minería en Guanajuato, aun cuando la plata estaba lejos de ser el sector líder que fue antes de 1810. Defendió al Banco de Avío: "La industria del algodón ha llegado ya a un punto que merece fijar toda la atención del gobierno". Necesitaba atención porque, si bien la tela costaba dos tercios menos que antes de la mecanización, sin Texas los productores mexicanos no podían abastecer suficiente algodón

forma a relaciones familiares con frecuencia conflictivas en las ciudades de México y Puebla (y sus alrededores) de 1750 a 1856. Al no concentrarse en el cambio durante ese siglo, muestra que supuestos esenciales se mantuvieron. Mi interés en la manera en que las formas económicas alteraron las capacidades familiares de implementar y negociar aquellos valores establecidos condujo a una relectura que indicaba un aumento de la violencia dirigida contra mujeres que no podían honrar el patriarcado tradicional de la década de 1830 a la de 1850, en particular en Puebla.

crudo y el débil consumo nacional de telas suponía una amenaza para las ganancias. El reto era extender la siembra hacia las tierras bajas costeñas y expandir los mercados internos, aunque no decía cómo hacerlo.[54] Un año después, Alamán insistía: "Todos reconocen ya que el único camino de dar impulso a nuestra agricultura, es proporcionarle por medio de la industria el consumo de muchos de los productos de los campos, que no tienen valor alguno si la fábricas no los transforman en artículos de comercio".[55] Los cultivos consumidos por las familias carecían de valor.

"Llenos de antemano los graneros de los labradores con los productos de los años pasados, los frutos han sufrido una baja todavía mayor en sus precios, ya tan abatidos, con la abundancia de las cosechas de maíz del año precedente, sin que haya podido equilibrarlo la pérdida total de los trigos en el Bajío y en otras partes de la República."[56] La persistente agricultura familiar producía cosechas cuantiosas y precios bajos. Las familias rurales y urbanas podían costear lo que comían. Si quienes consumían pan hacían frente a precios elevados del trigo, recurrían al maíz. Alamán lamentó que, incluso alrededor de las minas del norte, los cultivos abundantes mantuvieran bajos los precios del maíz.[57] "Esta grande abundancia de productos sin consumo, es la causa del atraso en que éste ramo se halla." El resultado: "fincas que no se puede enajenar [venderse] sino a vil precio y con condiciones desventajosas".[58]

Concluía: "La industria y la agricultura deben auxiliarse mutuamente, y ambas hacer la felicidad de la Nación".[59] La nación de Alamán era dirigida por empresarios industriales y terratenientes, no por aldeanos, arrendatarios de haciendas u obreros. El camino a seguir era sembrar algodón para abastecer a las fábricas. Los dueños de fábricas y los productores de algodón obtendrían ganancias. Si no podía cultivarse suficiente algodón en las costas, se recurría a la irrigación y el cultivo en la región norteña de La Laguna. Las primeras cosechas abastecieron a las nuevas hilanderías de Durango. La industria era el principal interés de la nación, "ya se considera los capitales en ella invertidos, los productos que rinde y y los brazos que emplea". El crecimiento industrial, no obstante, se había estancado, mientras las máquinas reducían los ingresos de incontables mujeres.[60]

Los liberales mexicanos seguían oponiéndose al desarrollo industrial y encontraron una nueva voz para transmitir la visión de Ortiz. Robert Wyllie representaba a los propietarios británicos de bonos mexicanos que llevaban

[54] LAM, 1843, pp. 22-26 (cita p. 24).

[55] LAM, 1844, p. 89.

[56] LAM, 1844, p. 92.

[57] LAM, 1844, pp. 127-130. Para los precios del siglo XVIII, que rara vez estaban por debajo de los seis reales por fanega, véase Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810,* El Colegio de México, México, 1969; y Tutino, *Making…, op. cit*.

[58] LAM, 1844, p. 93.

[59] LAM, 1844, p. 98, para la cita; el énfasis analítico es, por supuesto, mío.

[60] LAM, 1844, pp. 98-100.

mucho tiempo sin ser pagados. Wyllie escribió un largo informe firmado en la ciudad de México en diciembre de 1843, publicado en inglés en Londres en 1844 y luego en español en la ciudad de México en 1845. Su informe podía haber sido descartado como otra declaración de los objetivos británicos para América Latina, hasta que Ignacio Cumplido, editor de *El Siglo XIX,* el principal periódico liberal de la ciudad de México, lo presentó en español. Cumplido escribe: "La *Memoria* del Sr. Wyllie es la refutación más victoriosa de que los que pretenden que el sistema de libertad mercantil no es aplicable a México".[61] Wyllie sabía que los problemas de México habían comenzado con el desplome de la plata después de 1810. Considerando su recuperación en la década de 1840, insistía en que el camino de México hacia la prosperidad y el pago de sus deudas era dar un vuelco hacia nuevas exportaciones: tabaco, algodón, azúcar, café y añil.[62]

En la década de 1840 México se enfrentó a una crisis de deuda. Wyllie detallaba cómo, para 1810, dos décadas de guerra en el Atlántico habían dejado obligaciones por 11.5 millones de pesos, que se redujeron a tres millones en 1823; no obstante, el costo de la contrainsurgencia después de 1810 creó nuevas deudas que alcanzaron un total de 16.4 millones de pesos (la mayoría de los cuales se debían a acreedores nacionales). Luego, en 1823, la república pidió prestados 3.2 millones de libras con un interés de 5% y en 1824 otros 3.2 millones con un interés de 6%. Una buena parte del segundo préstamo saldó parte del primero y durante algunos años se pagaron los intereses. En 1835 el erario debía a los tenedores británicos de bonos 5.3 millones de libras. Entonces, el costo de la lucha en Texas detuvo los pagos; México debía 9.25 millones de libras en 1840. Con una equivalencia de cinco pesos por libra, los tenedores británicos de bonos reclamaban 46 millones de pesos.[63] Según los cálculos de Wyllie, los ingresos aduaneros, el principal soporte del erario nacional, equivalían a 6.7 millones de pesos al año; los gastos eran de 13.2 millones, de los que ocho millones se pagaban al ejército. Los acreedores extranjeros reclamaban 1.4 millones de pesos, los acreedores nacionales otros 1.3 millones. La amortización de la deuda elevaba los gastos anuales a una cantidad imposible de 16 millones de pesos, más de dos veces los ingresos anuales.[64]

Incapaz de abordar la obviedad de que el desbalance era resultado de los costos de un ejército que no había logrado conservar Texas, Wyllie insistía en que México detuviera su industrialización y se volviera hacia una economía de exportaciones. La industria, según afirmaba, sólo empleaba a 3 410 personas de un total de siete millones de habitantes. Era mejor vender "granos, ganados, azúcar, café, cochinilla, oro, plata, y cobre [...] lo más caro posible,"

[61] RWM, p. 247.
[62] RWM, pp. 266, 268 y 271.
[63] RWM, pp. 286-291 y 312.
[64] RWM, pp. 317-327.

y comprar "tejidos y otras manufacturas [...] lo más barato posible". La siembra de algodón era insuficiente para abastecer a las fábricas nacionales. Si se incluye a los cultivadores y los obreros de algodón, los textiles empleaban a sólo 35 000 personas, mientras los límites a las importaciones costaban cuatro millones de ingresos anuales. El agente de los tenedores de bonos argumentaba que incluso la industria estadunidense (valuada en 11 millones de pesos para una población de 17 millones) no era más valiosa que la industria mexicana (valuada en cuatro millones de pesos para una población de siete millones). La riqueza de los Estados Unidos, insistía Wyllie, provenía de los 61 millones de pesos correspondientes a las exportaciones de algodón.[65]

Wyllie señalaba otro aspecto del éxito estadunidense. El gobierno federal ganó nueve millones de pesos anuales vendiendo tierras públicas entre 1833 y 1840. México debía hacer lo mismo y usar los ingresos para saldar la deuda pública. Asimismo, para tener éxito, México debía imitar a los Estados Unidos en su forma de tratar con "los indios bárbaros de la frontera".[66] Añadía que los funcionarios de los Estados Unidos mantenían un "notorio [infame] proyecto" de anexar territorios mexicanos. México debía colonizar sus territorios del norte o perder más tierras, oportunidades de desarrollo y la capacidad de pagar a los tenedores británicos de bonos.[67]

En 1790 la Nueva España tenía casi seis millones de personas, los Estados Unidos menos de cuatro millones; con la inmigración y la venta de tierras, los Estados Unidos crecieron a 17 millones y México sólo a siete millones.[68] Wyllie agregaba que la población esclavizada de los Estados Unidos había crecido de menos de 700 000 en 1790 a casi 2.5 millones en 1840: un crecimiento más rápido que el de la población libre. Tras ofrecer el algodón como modelo de exportación: "Se debe decir, en honor de los dueños de esclavos en los Estados-Unidos, que ese aumento progresivo de la población de esclavos, sería incompatible con el duro tratamiento para con ellos, de que se les acusa".[69] Wyllie proponía que México vendiera tierras públicas y atrajera inmigrantes (¿y que abriera su territorio a la esclavitud?) para pagar a los tenedores británicos de bonos.

Wyllie incluía una carta de Alexander Forbes, un comerciante británico residente en Tepic, en la costa del Pacífico mexicano. Forbes llamaba a la colonización mexicano-británica de California. Las compañías británicas comprarían tierras, que pagarían con bonos pendientes. El erario mexicano cubriría las deudas que no podía pagar. California se mantendría bajo la soberanía mexicana, dominada por constructores y colonos británicos. "El in-

[65] RWM, pp. 353-362.
[66] RWM, p. 369.
[67] RWM, pp. 370-371.
[68] RWM, pp. 377-380.
[69] RWM, p. 330.

fundir los hábitos ingleses de industria y la moralidad inglesa entre la raza mixta que debe resultar, sería el gran punto que debiera anhelarse. Déjese que el gobierno sea en el nombre de México, y lo demás fíese a los oficiales de la compañía y a los colonos": todos ellos británicos.[70]

La clave estaba en el oro: "se dice haberse [...] encontrado un terreno que contiene oro, cerca de un pueblo llamado Los Ángeles". La extracción sería fácil: "*placer de oro,* que se recoge cavando un poco de el suelo a cierta profundidad, generalmente no más a unos pocos pies, y separando el oro, lavándolo, y donde no hay agua, aventándolo [cribándolo]". Ya que la minería había disminuido en Sonora, "la gente de esta provincia que está acostumbrada al conocimiento y trabajo de esa clase de minas, podría ser fácilmente trasladada a la Alta-California; así es que yo considero este nuevo descubrimiento como una fuente segura de riqueza para este segundo país".[71] Forbes veía California como un nuevo país bajo una soberanía mexicana limitada, dominado por compañías británicas, trabajado por agricultores británicos y por mineros de Sonora. Gracias a que Wyllie publicó el plan de Forbes en Londres en 1844, y en México en 1845, sin duda los emisarios estadunidenses en ambas capitales contemplaron la visión de Forbes de una California rica en oro y su imaginado proyecto británico-mexicano.

Los legisladores de la ciudad de México no tardaron en tener otra opinión. El autor conocido sólo como J. G. escribió para respaldar las políticas industriales de Alamán y mostrar por qué México no podía seguir el modelo de exportaciones promovido por Ortiz, Wyllie, Forbes y los liberales de *El Siglo XIX*. J. G. preguntaba por qué *El Siglo XIX* había publicado el informe de Wyllie. Su premisa "de que la nación hallaría grandes manantiales de riqueza en la agricultura, exportando sus productos al extranjero" era absurda.[72] Si México seguía a Wyllie y a *El Siglo XIX,* "¿[q]ué harían repentinamente los hilanderos y tejedores de León, Celaya, Allende, Querétaro y Acámbaro?" ¿Qué les sucedería a los artesanos en todas partes?[73]

El analista anónimo citaba un informe de 1843 que detallaba por qué México no podía enfocarse en las exportaciones:

> El aspecto físico [...] de nuestro país, nos presente una mesa central, levantado una altura mas o menos considerable sobre el nivel del mar, susceptible a producir todos los frutos de Europa, circundado por uno y otro lado por terrenos que forman la falda de la cordillera y se extiende por las costas de ambos mares, los cuales producen todos los frutos de los trópicos [...] Esta misma configuración del terreno hace muy difíciles las comunicaciones entre la meseta central y las costas, de manera que los frutos de aquella no sólo no son exportables [...] pues

[70] Forbes, en RWM, pp. 381-382.
[71] Forbes, en RWM, p. 383.
[72] JG, pp. 414-416.
[73] JG, p. 417.

> no soportan el transporte, en razón de la distancia, y porque la naturaleza [...] nos negó todos los medios de comunicación interior con las costas, en que abundan los Estados-Unidos del Norte.[74]

Hasta que pudieran franquearse las sierras, México estaría aislado agrícolamente, se mantendría a sí mismo y estaría cerrado al mundo. El resultado: "un año abundante no sólo no enriquece a los labradores, sino que más bien embaraza su giro, llenando sus graneros de semillas para los cuales no tienen expendio".[75] La plenitud sin ganancias seguía reinando.

J. G. se volvía luego hacia los trópicos de México: "Las costas parece que podrían suplir esta falta, pues que en ellas se producen todos aquellos frutos que la naturaleza ha negado a la Europa, y que son de tan gran consumo en ella, frutos a que se debe su prosperidad la isla de Cuba; [...] más circunstancias peculiares hacen imposible el que disfrutemos iguales ventajas. La insalubridad del clima causa la despoblación de nuestros países litorales" y, como resultado de ello, "sus frutos sean de corta cantidad, y a precios que no les permiten competir con los de las Antillas". J. G. sabía que la geografía y las enfermedades bloqueaban una economía mexicana basada en las exportaciones. La nación debía mezclar la agricultura y la industria para prosperar. Añadía con orgullo que la mayoría de los mexicanos eran familias de cultivadores o trabajadores rurales que obtenían ingresos por encima de las normas prevalecientes en la "India oriental" o en "los Estados Unidos, en el Brasil, en las Antillas y en la Asia, donde los trabajadores son pagados con menos, o se hacen del cultivo por esclavos".[76]

Y J. G. no toleraría un retorno a la esclavitud: "Podrá ser pobre la República, pero bajo sus leyes no gemirá la humanidad, ni nuestros frutos serán nunca mojados con el sudor de hombres que maldicen al producirlos a otros hombres que los tratan como bestias". Consciente de que Texas se había separado para mantener la esclavitud, J. G. tomó una frase con la que los texanos habían justificado su secesión y la usó para honrar a México:

> Para imprecarnos [...] se ha tomado de los tejanos el dicho de que somos indignos del sol que nos alumbra y de la tierra que huellan nuestras plantas. Indignos seríamos del sol, si como ellos, éste nos alumbrase conduciendo hombres como bestias bajo el látigo y el palo; y seríamos indignos de la tierra hermosa que nos ha cabido el suerte que nos roban infames aventureros, si la hubiésemos profanado labrándola por brazos envilecidos con mengua de la humanidad, y haciendo que representasen sus frutos la tiranía de la esclavitud y los ayes y gemidos de la desesperación de hombres forzados. Que nuestro suelo se mantenga yermo y

[74] *Idem.*
[75] *Idem.*
[76] JG, p. 419.

> despoblado, si nuestra riqueza ha de depender de mancharnos con autorizar la esclavitud. Seamos pobres, antes de consentirlo.[77]

Con argumentos económicos, ambientales y humanitarios, J. G. explicó la difícil situación de México. El único camino a seguir era favorecer la plata, el único producto valioso de la nación en el comercio. Debía promover la agricultura para el sustento y el abastecimiento de las industrias nacionales. Debería proteger las fábricas de algodón existentes y reconocer la importancia de los artesanos en los oficios de la lana y de otros tipos. "Nuestro sistema industrial fundado en la minería, en la agricultura y en las artes [oficios], atiende a [personas de] todas las condiciones y provee [económicamente] a las diversas circunstancias de las poblaciones."[78] J. G. no presentaba ninguna utopía, sólo un entendimiento claro de la situación de México en 1845, mientras los Estados Unidos se preparaban para ir a la guerra y tomar sus territorios del norte.

El nuevo mundo industrial era testigo de cómo unas cuantas regiones concentraban el poder industrial, en tanto muchas suministraban mercancías en un nuevo capitalismo industrial. En el continente americano de la década de 1840, sólo los Estados Unidos y México se dedicaban a la industria, pero los Estados Unidos habían construido industrias fuertes a las que mantenían fuertes sectores mercantiles, que dependían de la esclavitud en el sur algodonero y de los agricultores migrantes en el Medio Oeste para alimentar al resto. México construyó industrias y se alimentaba a sí mismo en los altos del centro, pero no podía desarrollar exportaciones de mercancías. En 1846, los Estados Unidos llevaban 75 años siendo una nación y la geografía los favorecía en el nuevo mundo de especialización industrial, al tiempo que vivían con la contradicción de proclamar la libertad mientras obtenían ganancias del algodón cultivado por esclavos y de alimentos básicos que se cultivaban en tierras expropiadas a los pueblos originarios. México apenas llevaba 25 años siendo una nación, sus minas apenas estaban reviviendo, sus industrias apenas comenzaban, mientras su geografía y sus compromisos con la libertad impedían las exportaciones.

En ese momento, los Estados Unidos se movilizaron para la guerra, guiados por los intereses de los sureños esclavistas. Su prensa y sus escritores populares buscaron formas de presentar la invasión de México como liberadora. Inventaron la idea del "peonaje por deudas", que presentaba la tradición mexicana de los pagos adelantados —a menudo sobrepagos que rara vez constreñían— como una servidumbre igual o peor que la esclavitud que sustentaba la economía estadunidense del algodón.[79] El objetivo de esa

[77] JG, pp. 420-421.

[78] JG, p. 421.

[79] Esa invención y sus usos ideológicos se detallan en Shelley Streeby, *American Sensations. Class, Empire, and the Production of Popular Culture,* University of California Press, Berkeley,

construcción era desviar el entendimiento de la guerra por América del Norte de 1846 a 1848 como una invasión a manos de una sociedad poderosa que obtenía ganancias de la esclavitud y buscaba capturar territorios de una nación joven en busca de un renacimiento económico tras acabar con la esclavitud.

El México de la posguerra: conflictos políticos y renacimiento económico, 1850-1875

La victoria de los Estados Unidos y las pérdidas territoriales de México en la guerra por América del Norte afianzaron las disparidades evidentes en los debates de 1843 a 1845. Los Estados Unidos obtuvieron el oro de California, la plata de Colorado y el algodón y la esclavitud de Texas, creando la única economía del mundo que mezclaba la industria, la exportación de mercancías y la riqueza minera, todo cimentado en un sector de alimentos básicos que proporcionaba sustento interno y ganancias por exportaciones. México continuó bregando con un sector platero que al fin resurgía, industrias limitadas a los mercados internos y una agricultura que cultivaba abundantes alimentos a precios bajos.

Ninguna de las dos naciones encontró estabilidad en la posguerra. Los Estados Unidos se enfrentaron a la resistencia de los comanches y de otros pueblos independientes que seguían afianzados en las tierras que reclamaron de México.[80] La incorporación de Texas se sumó al poder esclavista, profundizando las divisiones que llevaron a la Guerra de Secesión en 1861 y a una reconstrucción divisiva en la década de 1870. Después los Estados Unidos alcanzaron la hegemonía económica del hemisferio. Los mexicanos también enfrentaron tiempos difíciles entre 1850 y 1870: los conflictos políticos condujeron a una guerra política de 1858 a 1860, a la invasión francesa en 1862, y al imperio impuesto de Maximiliano de 1864 a 1867, que fueron seguidos por años de difícil reconciliación.

El nuevo mapa dejó a México geográficamente pobre en un mundo industrial. Tras años de recriminaciones posteriores a la guerra, los liberales tomaron el poder en 1855 e intentaron llevar a cabo una reconstrucción nacional. Incapaces de crear la economía de exportaciones con que soñaba Tadeo Ortiz, liberarían a los mexicanos de lo que él y otros liberales insistían en considerar un degradante pasado hispánico al que habían dado forma la Iglesia católica y las repúblicas indígenas. Buscaron transformar por decreto

2002; e "Imagining Mexico in Love and War. Nineteenth-Century U. S. Literature and Visual Culture", en John Tutino (coord.), *Mexico and Mexicans in the Making of the United States,* University of Texas Press, Austin, 2012, pp. 110-140.

[80] Véanse Hämäläinen, *The Comanche…, op. cit.;* y John Tutino, "Globalizing the Comanche Empire", *History and Theory,* vol. 52, núm. 1, 2013, pp. 67-74.

MAPA VI.2. *México después de 1855*

la profunda cultura católica de la nación y sus devotas comunidades.[81] Mientras los Estados Unidos enfrentaban una guerra civil para purgar la esclavitud y permitir su ascenso a la hegemonía industrial continental, los mexicanos luchaban por las reformas liberales.

Al finalizar la guerra en 1848, las facciones militares, políticas e ideológicas se culpaban mutuamente por las pérdidas de México. Había mucha culpa que compartir: los líderes provinciales habían dudado en enviar fondos o tropas para pelear contra los Estados Unidos; la mayoría creía que era una causa perdida y se enfocó en desafíos locales.[82] Entre esos desafíos estaban las presiones populares: la mayoría de los habitantes de las aldeas y los arrendatarios se abstuvieron de participar en una guerra para defender a una nación que rara vez tomaba en cuenta sus intereses. Los pueblos originarios de Yucatán y la Sierra Gorda vieron los años de guerra como una oportunidad para afirmar su independencia. En torno a Cuernavaca, los habitantes de las aldeas desafiaron a las haciendas azucareras y los dueños de las plantaciones buscaron la defensa de las tropas estadunidenses; y, mientras los líderes que decían defender a la nación huían a Querétaro, los habitantes de la ciudad de México defendieron sus barrios lanzando adoquines en una resistencia orgullosa, pero fútil, contra los marines estadunidenses.[83] La guerra mostró las debilidades económicas y militares de México; una nación unida seguía siendo una meta imaginada.[84]

A principios de la década de 1850 Santa Anna estuvo al frente de un último gobierno, al que dio forma Alamán hasta su muerte en 1853. Este régimen cayó en 1854 ante un levantamiento liderado por Juan Álvarez, heredero de Guerrero en la tierra caliente del Pacífico. Álvarez era un liberal único. Como Guerrero, basó su poder en las accidentadas sierras y las tierras bajas del Pacífico atendiendo las demandas de diversos pueblos, incluyendo a muchos comprometidos con las comunidades agrarias. Eso le permitió levantar ejércitos y marchar a través de la cuenca de Cuernavaca hasta la capital. Llevó al poder a una coalición liberal, la cual, una vez que estuvo ahí, lo hizo a un lado. Ya en el poder, los liberales urbanos no tenían uso que dar a Álvarez ni a sus compromisos con las comunidades populares. Encontraron apoyo

[81] Erika Pani, *Una serie de admirables acontecimientos. México en el mundo en la época de la Reforma,* Ediciones Educación y Cultura, México, 2013, analiza los conflictos ideológicos y políticos de medio siglo.

[82] Josefina Vázquez, *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos,* El Colegio de México, México, 1997.

[83] La resistencia indígena durante la guerra se esboza en Tutino, *From Insurrection…, op. cit.;* el ascenso en el capital se detalla en Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15, 16 de septiembre de 1847,* Era, México, 2003; sobre los terratenientes y las tropas estadunidenses, véase Hart, *Bitter Harvest…, op. cit.,* pp. 42-44.

[84] Véanse Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México, 1848-1854,* El Colegio de México, México, 1977; y Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios,* El Colegio de México, México, 1992.

en Santiago Vidaurri, un caudillo que dominaba Saltillo y Monterrey, ciudades que habían ganado prosperidad cerca de la restablecida frontera en 1848. Vidaurri no tenía interés alguno en los derechos de las comunidades, que en el norte eran escasas.[85]

Encabezado por el general Ignacio Comonfort, el nuevo régimen emitió decretos esenciales en 1856. La Ley Juárez, nombrada así por el ministro de Justicia Benito Juárez (ex gobernador de Oaxaca, zapoteco de nacimiento, de educación liberal), acabó con la justicia separada de la que gozaban el clero y el ejército. México tendría un sistema judicial. Esa ley buscaba disminuir el poder de la Iglesia y la independencia militar.

La Ley Lerdo decretó la uniformidad de los derechos de propiedad. Sólo las personas podrían ser dueñas de propiedades; ninguna corporación, ninguna institución religiosa ni comunidad indígena tendría bienes raíces, urbanos o rurales, excepto para uso institucional. La meta no era la expropiación. Las instituciones religiosas transferirían la propiedad de casas citadinas a los arrendatarios, quienes pagarían hipotecas a largo plazo para financiar actividades religiosas. Las haciendas rurales se subastarían y la Iglesia obtendría las ganancias. Esa ley imaginaba una Iglesia con menos propiedades, pero no menos financiada. Muchos residentes citadinos se convertirían en propietarios de casas, ciudadanos liberales ideales que dependerían de un gobierno liberal para su nueva propiedad.

El llamado a privatizar las tierras comunitarias apuntaba directamente a las autonomías de los pueblos. La tierra sujeta a dominio comunitario se volvería propiedad personal sujeta al dominio del Estado (por el costo de mediciones y títulos). Los notables que tenían partes más grandes las obtendrían como propiedad; las familias que trabajaban pequeñas parcelas se convertirían también en propietarias. Hasta ese punto, no había expropiación, pero los "montes" que proporcionaban pastura, bosques y más cosas a muchos de los más pobres se subastarían al mejor postor y las ganancias irían a las arcas de la comunidad. Sin importar si los montes quedaban en manos de un comerciante local o de un forastero, muchos de los más pobres perderían acceso a tierras esenciales para la supervivencia. Las tierras rentadas o trabajadas para generar ingresos comunitarios también se subastarían y las ganancias irían a las arcas locales. Los notables de las aldeas o los forasteros podían obtener la propiedad. En cuanto aquellos con poder local obtuvieran sus tierras como propiedad personal, perderían el interés en defender las tierras comunitarias. Una ley liberal que prometía hacer propietarios y movilizar la propiedad rompería la cohesión que defendía los dominios comunales y alimentaría a los mercados locales que, sin duda, concentrarían las propiedades para beneficio de los más prósperos y perjuicio de los pobres.

[85] Lo anterior se detalla en Guardino, *Peasants…, op. cit.*

¿Por qué los liberales mexicanos estaban tan determinados a privatizar las tierras comunitarias? La Constitución de Cádiz de 1812 había reconocido a los pueblos indígenas como ciudadanos completos y exigió privatizar las tierras comunitarias. Los hombres obtendrían derechos políticos personales; los derechos corporativos que sustentaban las autonomías agrarias terminarían. En 1813, una época de levantamientos populares, las autoridades se abstuvieron de realizar privatizaciones. El precedente seguía estando ahí. En la década de 1830, Tadeo Ortiz culpó de las dificultades económicas de México al atraso indígena. Para la década de 1850, los liberales habían consolidado una nueva visión profundamente denigrante de los pueblos originarios. Las comunidades agrarias se convirtieron en obstáculos irredimibles para el progreso. La resistencia indígena a las formas comerciales y al poder nacional llevó a los ideólogos de medio siglo a una nueva construcción racial del "indio": al rehusarse al progreso, los indios se volvieron obstáculos para la nación mexicana.[86]

Los liberales de medio siglo desdibujaron la diversidad de los pueblos originarios: fusionaron a los pueblos de las antiguas repúblicas que sostuvieron el capitalismo de la plata con los apaches y los comanches que luchaban contra la subyugación a cualquier Estado. A todos se les consideraba similares a los mayas que promovían sangrientas "guerras de castas". En la mente liberal los pueblos independientes y los aldeanos republicanos se mezclaron bajo la forma de bárbaros salvajes: rémoras reacias al progreso. Con excepción del tinte racista, los liberales no se equivocaban: los comanches y otros norteños independientes bloqueaban la expansión mexicana hacia el norte. Los habitantes de las antiguas repúblicas se aferraban a las autonomías y la producción para el sustento, lo que provocaba la plenitud sin ganancias que tanto molestaba a Alamán; los mayas de Yucatán y los indígenas de la Sierra Gorda se habían alzado en medio de la guerra con los Estados Unidos. Todo eso frustraba a los liberales, que seguían determinados a modificar las formas de proceder indígenas.

Las leyes Juárez y Lerdo, que tenían una intención política y socialmente transformadora, generaron una profunda oposición. Los conservadores, apoyados por la Iglesia, impulsaron la Guerra de Reforma de 1858 a 1860. En 1859 el presidente Benito Juárez nacionalizó las propiedades eclesiásticas; ante la guerra, las autoridades liberales las venderían y se quedarían con las ganancias, expropiando a la Iglesia. La guerra evitó la privatización generalizada de tierras comunitarias, mientras la mayoría de las comunidades se abstenía de los conflictos mortales entre las facciones políticas. Los liberales liderados por Juárez ganaron en 1860 gracias a su control del puerto de Veracruz y de la mayoría del norte, y a los ingresos del régimen.[87] A esto siguió

[86] Hace mucho, Luis González y González documentó lo anterior en *El indio en la era liberal. El hombre y la tierra, el subsuelo indígena, la escala social,* Clío, México, 1996.

[87] Lo anterior es un énfasis importante de Pani, *Una serie…, op. cit.*

una rápida venta de las propiedades eclesiásticas, lo que creó nuevos propietarios endeudados con el gobierno liberal.[88]

Los desesperados conservadores dirigieron sus miradas hacia Europa. Gran Bretaña, Francia y España seguían teniendo grandes reclamos financieros contra México y los liberales no pagaban. Napoleón III mantenía el sueño de su famoso tío de un poder imperial cimentado en la riqueza de la Nueva España, que ahora era México. Creó una coalición de fuerzas francesas, británicas y españolas con el pretexto de cobrar las deudas; cuando su intención de invadir quedó clara, sus aliados se fueron y dejaron solas a las tropas francesas para enfrentarse a la derrota el 5 de mayo de 1862 en Puebla.

Un año después, fuerzas francesas fortalecidas expulsaron a Juárez de la ciudad de México; en 1864 Maximiliano de Habsburgo llegó al país para tomar el trono con el respaldo de las fuerzas francesas, los conservadores mexicanos y otros desesperados por tener paz. Maximiliano no devolvió las propiedades a la Iglesia (no podía reembolsar sus pagos a los compradores), dedicó atención a las preocupaciones públicas sobre los pueblos originarios mientras mantuvo la Ley Lerdo. Gobernó mientras los ejércitos franceses permanecieron; cuando regresaron a casa para enfrentarse a las amenazas prusianas en 1867, Maximiliano se quedó sólo, para ser capturado, juzgado y ejecutado.[89]

Maximiliano encabezó un gobierno de conservadores y liberales moderados, que anticipó el liberalismo autoritario construido por Porfirio Díaz después de 1876.[90] En 1867 Juárez recuperó la presidencia y estuvo al frente de un mandato que reanudó los programas liberales. La nacionalización de las propiedades eclesiásticas estaba completa, por lo que impulsó la privatización de las tierras comunitarias, lo que provocó una ola de resistencia de las comunidades que se habían mantenido a un lado de los conflictos políticos de 1858 a 1867. Muchos se alzaron para defender los derechos comunitarios en regiones tan cercanas a la capital como Chalco y El Mezquital y tan lejanas como Nayarit y Chiapas. Los liberales incluso presionaron para privatizar en la Sierra de Puebla, donde las comunidades habían sido esenciales para la victoria del 5 de Mayo y durante la larga lucha por expulsar a los franceses. Una vez más, la resistencia llevó a la negociación y a la implementación limitada. Tras recuperar el poder en 1867, Juárez y los liberales descubrieron que no tenían los medios para transformar a las comunidades. No

[88] Jan Bazant, *Alienation of Church Wealth in Mexico,* Cambridge University Press, Cambridge, 1971 [*Los bienes de la Iglesia en México, 1856-1875,* El Colegio de México, México, 1977].

[89] Jack Autrey Dabbs, *The French Army in Mexico, 1861-1867,* Mouton, La Haya, 1963 [*El ejército francés en México, 1861-1867. Estudio sobre el gobierno militar,* trad. Jacinto R. Fombona, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla, Puebla, 2012].

[90] Lo anterior queda claro en Erika Pani, *Para mexicanizar el segundo imperio,* El Colegio de México, México, 2001.

revocaron la Ley Lerdo, pero dejaron su implementación en manos de iniciativas provinciales.[91]

La trayectoria de la economía mexicana durante las décadas que se extienden de 1845 a 1875 ha sido poco estudiada. La extracción de plata aumentó durante la década de 1840, sin ser afectada por la guerra de 1846-1848 o los años de recriminaciones de posguerra, cuando la producción llegó a los 16.5 millones de pesos al año. ¿A qué se debía este renacimiento? La mayoría de las minas habían vuelto a estar bajo el control mexicano. Las tecnologías de bombeo británicas se adaptaron a las formas de producción mexicanas con trabajadores mexicanos. El capital británico seguía siendo importante: los financieros comerciantes Manning y MacIntosh (este último era el cónsul general británico en México) controlaban la mayoría de las casas de moneda hasta 1850 y prácticamente monopolizaban las exportaciones a Londres.

Desde allí, los banqueros mercaderes británicos regían las exportaciones a China, que se elevaron considerablemente a partir de mediados de la década de 1850. La fuga de plata que había drenado a China de 1810 a 1850 se detuvo; con el renacimiento mexicano de medio siglo, China volvió a convertirse en un destacado importador del preciado dinero; pero ahora, en vez de vender finas porcelanas y telas de seda al mundo, enviaba té y seda cruda a Inglaterra, uniéndose a los exportadores de mercancías que mantenían la industria británica en comercios alimentados, una vez más, por la plata mexicana.[92]

El final de la década de 1840 y el inicio de la de 1850 fueron testigos de bonanzas en La Luz, arriba de Guanajuato, y Real del Monte, al noreste de la ciudad de México. El éxito trajo consigo desafíos. Era necesario atraer a los trabajadores ofreciéndoles partes de las menas, tan importantes durante la época española. Cuando la producción aumentó, los operadores pusieron fin a la entrega de partes y recortaron los costos laborales, lo que provocó, como en la época española, conflictos laborales. La producción cayó por debajo de los 16 millones de pesos anuales durante las guerras de 1855 a 1864, elevándose a 18 millones bajo Maximiliano y la República Res-

[91] Sobre las primeras privatizaciones, véase Thomas G. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México, 1850-1870,* SEP, México, 1974; para una visión general, véase Tutino, *From Insurrection…, op. cit.;* el análisis esencial es Romana Falcón, *Las naciones de una república. La cuestión indígena y el congreso mexicano,* Congreso de la Unión, México, 1999. Sobre la Sierra de Puebla, véanse Florencia Mallon, *Peasant and Nation. The Making of Post-Colonial Mexico and Peru,* University of California Press, Berkeley, 1995 [*Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales,* trad. Lilyan de la Vega, CIESAS, México, 2003]; y Guy Thomson y David LaFrance, *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico. Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra,* Scholarly Resources, Wilmington, 1999 [*El liberalismo popular mexicano. Juan Francisco Lucas y la Sierra de Puebla, 1854-1917,* trad. Ariadna Acevedo y David M. J. Wood, BUAP, Puebla, 2011].

[92] Lin, *China Upside Down…, op. cit.,* pp. 71-114.

taurada y llegando a 20 millones a principios de la década de 1870 (véase el apéndice, tabla A.9). Los conflictos políticos no impidieron el renacimiento de la minería.[93]

Entre 1850 y 1880 se disparó la industria textil. Mientras la plata se elevó en 50%, la capacidad textil se duplicó con creces: de 40 fábricas, 120 000 husos y 3 400 telares de inicios de la década de 1850 se pasó a 99 hilanderías, 261 000 husos y 8 800 telares industriales en 1880. La industria (junto con el desafío para las hiladoras en casa y los tejedores artesanales) se expandió en las regiones industriales establecidas en torno a la ciudad de México, Puebla y Veracruz, y del Bajío a Jalisco. Mostró un nuevo crecimiento en el norte y sus inicios en el sur (véase el apéndice, tablas A.14 y A.15). La restauración de la minería y la duplicación de los textiles industriales produjeron una reactivación comercial a mediados de siglo.

La ciudad de México siguió siendo el centro urbano más grande de la nación; las nuevas industrias se concentraban en los suburbios aledaños. Las fábricas salieron para aprovechar la energía hidráulica, a la vez que el centro retenía vibrantes comunidades de artesanos: carpinteros y otros oficios de construcción; zapateros, sombrereros y sastres; impresores, plateros y varios más. Después de 1865, el número de hiladores y tejedores en la ciudad era reducido, pues fueron sustituidos por los obreros de las hilanderías de las periferias. Estos últimos experimentaron una evolución reveladora. En la década de 1850, la mayoría de los trabajadores industriales eran hombres casados, a los que se unían algunas mujeres jóvenes y solteras. Para la década de 1870, la cantidad de hombres solteros era igual a la de los casados; las mujeres seguían siendo una minoría. Con el crecimiento de la clase obrera en los suburbios industriales de la ciudad de México, se recurrió a obreros más jóvenes, lo que redujo los costos laborales y los ingresos de los trabajadores.[94]

Durante las décadas de conflicto político y del renacimiento minero, la industria textil se expandió a la vez que los artesanos se mantenían fuertes (lo que se correspondía precisamente con la visión de J. G.). En la década de 1870, los talleres de los sastres comenzaron a importar máquinas de coser, que ahorraban trabajo a escala personal. En los años siguientes, las mujeres las adoptarían para su uso en el hogar, con lo que harían ropa para la familia y obtendrían algunos ingresos.[95] Los talleres de impresión compraron imprentas mecánicas, con lo que limitaron a los trabajadores y sus habilidades. Los sombrereros se volvieron hacia divisiones laborales que redujeron la demanda de trabajadores calificados. Las dependencias comerciales crecie-

[93] Este bosquejo de la minería a mediados de siglo se sintetiza en Cuauhtémoc Velasco Ávila *et al., Estado y minería en México, 1767-1910,* FCE, México, 1988, pp. 113-252.

[94] Sobre esos ideales, véase Lipsett-Rivera, *Gender…, op. cit*.

[95] Véase. Edward Beatty, *Technology and the Search for Progress in Modern Mexico,* University of California Press, Oakland, 2015.

ron en los talleres artesanales y en los hogares que compraban máquinas de coser a crédito. Los conflictos se intensificaron, con frecuencia en talleres propiedad de inmigrantes europeos resentidos tras la expulsión de las tropas francesas y del imperio de Maximiliano. De 1867 a 1876 los gobiernos liberales de Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada ayudaron a la educación de los artesanos, respaldaron a las sociedades de ayuda mutua y permitieron el surgimiento de una alianza entre artesanos y obreros en el Gran Círculo de Obreros Mexicanos. Esperaban aprovechar el apoyo político de los artesanos negociando reivindicaciones limitadas. Cuando los obreros de las fábricas de la periferia convirtieron las sociedades de ayuda mutua en sindicatos que desataron huelgas en la década de 1870, Lerdo de Tejada apoyó a los dueños de las fábricas a guisa de represión.[96] La política de los artesanos y los conflictos laborales marcaron a un sector industrial urbano en crecimiento.

Entre 1850 y 1870, la agricultura siguió siendo disputada. Los operadores de las haciendas del corazón impulsaron la producción comercial y los liberales legislaron las privatizaciones de las tierras comunitarias; los productores de las comunidades respondieron, en ocasiones reclamando las tierras de las haciendas en los juzgados, a menudo defendiendo las tierras de las aldeas en campos y tribunales.[97] Siempre se llegaba a un punto muerto: los campesinos se alimentaban cultivando las tierras comunitarias y parcelas que rentaban en partes a haciendas en aprietos; las haciendas los empleaban para trabajar en cultivos comerciales cuando los mercados prometían ganancias. Ninguno de estos sectores se impuso claramente antes de 1875.[98]

En el Bajío, mientras las industrias se expandían en Querétaro y la minería recuperaba sus alturas históricas en Guanajuato, la mayoría de los cultivos seguían en manos de los arrendatarios; éstos se alimentaban a sí mismos y a las ciudades cercanas, lo que hacía que las ganancias de los terratenientes fueran limitadas.[99] En Zacatecas, tras mantenerse bajos por décadas, los precios de maíz alcanzaron una cima entre 1850 y 1854, duplicando el nivel de la década de 1830 (que había sido bajo debido a las enfermedades, la se-

[96] Carlos Illades, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876,* El Colegio de México, México, 1996; Mario Trujillo Bolio, *Operarios fabriles en el valle de México, 1864-1884,* El Colegio de México, México, 1997.

[97] Luis González y González, *San José de Gracia. Mexican Village in Transition,* trad. John Upton, University of Texas Press, Austin, 1982 [*Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia,* El Colegio de México, México, 1968]; Jennie Purnell, *Popular Movements and State Formation in Revolutionary Mexico,* Duke University Press, Durham, 1999; y Fernando Pérez Montesinos, *Poised to Break. Liberalism, Land Reform, and Communities in the Purépecha Highlands of Michoacán, México, 1800-1915*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2015.

[98] Véase Hart, *Bitter Harvest…, op. cit.*

[99] Simon Miller, *Landlords and Haciendas in Modernizing Mexico,* Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, University of Amsterdam, Ámsterdam, 1995.

quía y el declive de la minería). Los precios regresaron a sus niveles bajos y estables durante los años de guerras de 1855 a 1864, alcanzaron un máximo entre 1865 y 1869, para volver a mantenerse bajos de 1870 a 1874; la producción de plata mantuvo su fuerza entre 1860 y 1874.[100] Las décadas de mediados de siglo no trajeron reportes de escasez generalizada ni de exceso de producción y precios bajos. ¿Acaso los agricultores familiares y los productores de las haciendas habían encontrado un nuevo equilibrio, manteniéndose a sí mismos, su continuo *impasse* y a los crecientes centros mineros e industrias textiles después de 1850? Ésa pareciera ser una hipótesis justa con base en nuestro conocimiento limitado.

Una apertura a las exportaciones en las tierras bajas del Golfo llevó a las comunidades indígenas a adaptar la privatización liberal para obtener ganancias en los mercados del Atlántico. Desde mucho tiempo atrás los totonacos de Papantla, en el norte de Veracruz, ocupaban un lugar marginal en la economía comercial, concentrada en las montañas del interior. Poseían vastas tierras en comunidades herederas de las repúblicas coloniales, la mayoría usadas para una agricultura de rotación, así como para la caza y la recolección. La vainilla crecía silvestre en los bosques. Hacia 1870, cuando los mercados de exportaciones crecieron, los comerciantes financiaron un aumento de la recolección. Para proteger las tierras comunitarias y aumentar la producción, los líderes totonacos organizaron "condueñazgos": compañías de acciones conjuntas en que los miembros de la comunidad ganaban partes en proporción a las tierras que tenían. Los notables indígenas trabajaban con mercaderes inmigrantes para promover las exportaciones; los plebeyos despejaban, sembraban y cosechaban milpas migratorias al tiempo que obtenían efectivo recolectando y secando vainilla. Por un tiempo, en Papantla pareció que el sueño liberal de las exportaciones, la privatización y el bienestar indígena podía ser una realidad.[101]

Las décadas de mediados de siglo mezclaron conflictos de posguerra, guerras políticas, ocupación extranjera y un renacimiento de la plata, una duplicación de la producción industrial y la promesa de exportaciones. Aun así, las comunidades del centro y las montañas del sur seguían firmemente afianzadas en la tierra, mientras que los arrendatarios dominaban el fértil Bajío. La aceleración del capitalismo industrial en México trajo consigo dos acontecimientos esenciales: las privatizaciones, que corroyeron a las autonomías comunitarias, y los ferrocarriles, que integraron los mercados internos y vincularon a los productores mexicanos con los Estados Unidos y el mundo.

[100] Cross, "The Mining Economy…", p. 168, tabla IV-C.

[101] Emilio Kourí, *A Pueblo Divided. Business, Property, and Community in Papantla, Veracruz,* Stanford University Press, Stanford, 2003 [*Un pueblo dividido. Comercio, propiedad y comunidad en Papantla, Veracruz,* trad. Mario A. Zamudio Vega, FCE, México, 2013].

La aceleración industrial: plata, industria y exportaciones, 1870-1910

La prolongada época de conflictos políticos en México terminó en 1876, cuando un golpe de Estado colocó al general Porfirio Díaz como presidente, el último árbitro militar de la política del siglo XIX. Díaz utilizó el poder militar para estabilizar el régimen y, con el tiempo, acotar los costos militares, que representaban más de 60% del presupuesto nacional cuando Juárez retomó el poder en 1867, reduciéndose a menos de 50% al terminar el primer periodo presidencial de Díaz en 1880.[102] La estabilidad del régimen le permitió recibir crédito por la expansión económica que transformó a México, hasta que todo se vino abajo con la revolución de 1910. La paz política de Díaz y las décadas de expansión capitalista se reforzaron mutuamente.[103] De igual forma que el derrumbe del capitalismo de la plata subyacía en la inestabilidad política de las décadas posteriores a 1820, el renacimiento de la plata y la expansión de la industria desde la década de 1840 trajeron consigo ganancias para los empresarios e ingresos para el régimen, sentando las bases para la consolidación política posterior a 1870. El producto interno bruto per cápita de México (la producción comercial dividida por la cantidad de población) recuperó en 1870 el nivel de 1800-1810.[104] Durante las décadas de guerra y conflicto de mediados de siglo la vida comercial creció, mientras que la producción familiar y las autonomías comunitarias se mantenían fuertes. Después de 1870, la plata y la industria se expandieron con la llegada del ferrocarril y de nuevos sectores de exportaciones. México finalmente fusionó su papel histórico como productor de plata con industrias internas y exportación de mercancías.

En la década de 1870, la producción de plata en México, medida en pesos, finalmente recuperó los niveles de 1790 a 1810, manteniéndose por encima de los 20 millones de pesos anuales. Como la población había aumentado 50%, las ganancias siguieron siendo limitadas, pero siguió un crecimiento rápido. La producción de plata nacional pasó de 70 a 80 millones de pesos anuales de 1900 a 1909, mientras que la población sólo creció otro 50%.[105] La bonanza de la plata a finales del siglo XIX fue un estímulo real, medido en pesos. Estimuló las ganancias y la producción de exportaciones mucho más que el bienestar común. Los salarios rurales se mantuvieron estables: los entre dos y cuatro reales diarios de finales del siglo XVIII a mediados del siglo XIX eran comparables a los entre 25 y 50 centavos diarios de finales del si-

[102] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* p. 184.

[103] François Xavier Guerra, *México. Del antiguo régimen a la revolución,* 2 vols., FCE, México, 1988.

[104] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* p. 106.

[105] Velasco Ávila *et al., Estado…, op. cit.,* p. 274, gráf. XIII.14; mi análisis depende de su fina síntesis, pp. 253-424.

glo XIX. El aumento de la producción de plata superó las ganancias de una población en crecimiento, ambas medidas en pesos.

¿Cómo es posible que la plata se expandiera tanto sin generar al menos un limitado aumento de los salarios y el bienestar? La bonanza de 1875 a 1910 se produjo al mismo tiempo que el valor de la plata y del peso mexicano se desplomaba en la economía mundial. En 1873, la relación oro-plata en los mercados globales de monedas-mercancías era de 16 a 1. Para 1902 se acercaba a 40 a 1.[106] Los 20 millones de pesos de plata producidos anualmente en México hacia 1875 valían aproximadamente 1.25 millones de dólares respaldados por oro; los 70 millones de pesos de plata de 1905 apenas valían 1.75 millones de dólares oro. Mientras la producción de plata se triplicó en pesos, valuada en oro aumentó solamente 40%, esto es, menos que el crecimiento de la población mexicana. La demanda de la principal exportación de México se elevó mientras que su valor disminuía. El resultado fue un auge económico y una polarización social. El viraje no comenzó con la consolidación política de Díaz sino con la consolidación de un patrón oro por las potencias industriales en 1873.

Gran Bretaña adoptó el patrón oro tras las guerras napoleónicas. Históricamente, los vínculos cercanos con Portugal dieron a Gran Bretaña un acceso favorecido al oro brasileño, mientras batallaba (con cierto éxito) por obtener plata novohispana. Después de 1808, el comercio directo con Brasil mantuvo el flujo de oro; a la vez, la alianza con el régimen gaditano que luchaba por liberar a España le dio acceso a la plata novohispana hasta su derrumbe en 1810. El vuelco de Gran Bretaña hacia el oro después de las guerras fue único y estuvo ligado a su ascenso igualmente único a la eminencia industrial. El resto del mundo se mantuvo bimetálico o vinculado con la plata. Los Estados Unidos y México compartieron el peso/dólar plata como moneda durante la década de 1840; China seguía exigiendo plata y sufría cuando salía de sus arcas para comprar opio de la India británica. Las fiebres del oro de California y Australia en la década de 1850 trajeron consigo un aumento en las existencias del metal dinero. Los Estados Unidos obtuvieron oro californiano y plata de Colorado antes, durante y después de la Guerra de Secesión, una época demasiado inestable para cambiar el sistema monetario; pero en 1873 los Estados Unidos y Alemania, ambos unificados después de años de conflictos, se unieron a Gran Bretaña en el patrón oro. Las potencias industriales convirtieron al oro en su moneda principal.[107]

El valor de la plata en el comercio internacional se desplomó; la demanda aumentó, pues la plata seguía siendo dinero, aunque cada vez menos valioso, en la mayoría de las naciones, incluido México. Las mercancías hechas

[106] *Ibid.,* p. 403, fig. XVIII.3.
[107] Mi análisis se basa en *ibid.,* pp. 286-312.

en regiones que usaban plata se volvieron baratas en las sociedades industriales que usaban oro. La división global del trabajo, en la que unas cuantas regiones dominaban las finanzas y la industria pesada mientras el resto del mundo vendía mercancías, definió el mundo del capitalismo industrial. Las mercancías se volvieron más baratas; los bienes industriales podían exportarse gracias a máquinas que ahorraban trabajo y a economías de escala. Las máquinas se volvieron costosas fuera de los núcleos industriales; el capital hecho en oro encontró una entrada fácil en naciones que luchaban con el declive de la plata. El capital y la industria se consolidaron entre los poderosos. Las mercancías y la pobreza se afianzaron en todo el mundo.

Para México, las consecuencias fueron a la vez vigorizantes y polarizadoras. Los inversionistas estadunidenses llegaron a construir ferrocarriles, con el respaldo de subsidios en oro del gobierno mexicano. Muchos presentaron bonos en Londres para obtener capital; México había regresado (a través de los Estados Unidos) a los mercados financieros londinenses. La década de 1870 fue testigo de cómo los ferrocarriles vincularon la ciudad de México con el puerto de Veracruz; la década de 1880 trajo consigo líneas troncales que conectaron la capital con la frontera estadunidense. Si los inversionistas buscaban favorecer las exportaciones, una red cuyo centro era la ciudad de México integró también los mercados nacionales. Gracias a que Díaz financió a los capitalistas estadunidenses, los ferrocarriles superaron finalmente las restricciones de México para incorporarse a mercados de mercancías ahora concentrados en los Estados Unidos. Con la construcción de conectores regionales, los 6 000 kilómetros de vías férreas en 1884 se convirtieron en 20 000 para 1910.[108]

La inversión estadunidense siguió a los ferrocarriles y se afianzó en la plata, el cobre y, después de 1900, en el petróleo. Para producir cantidades crecientes de plata al tiempo que su valor se desplomaba, los inversionistas importaron maquinarias que ahorraban trabajo y costos: la fundición industrial y la refinación a partir de cianuro separaban la plata, el oro y el plomo de la misma mena.[109] La producción de oro en México se elevó a más de 40 millones de pesos al año después de 1905 (el doble del valor de la plata extraída hacia 1800; la mitad del valor de la plata producida a principios del siglo XX). Con grandes fundiciones en Aguascalientes y Monterrey, la familia Guggenheim y su American Smelting and Refining Company (Asarco) dominaron la producción de plata, las exportaciones y las ganancias después de

[108] Sobre la construcción de ferrocarriles, véanse David Pletcher, *Rails, Mines, and Progress. Seven American Promoters in Mexico, 1867-1911,* Cornell University Press, Ithaca, 1958; John Coatsworth, *Growth against Development. The Economic Impact of the Railroads in Porfirian Mexico,* Northern Illinois University Press, DeKalb, 1981 [*El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato. Crecimiento contra desarrollo,* trad. Julio Arteaga Hernández, Era, México, 1984]; y la síntesis que se encuentra en Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 189-291.

[109] Beatty, *Technology…, op. cit.*

1900. Las minas de cobre de Cananea, al sur de la frontera con Arizona, fundadas por William Greene y famosas por su represión del conflicto laboral de 1906, terminaron formando parte del imperio minero Phelps Dodge en 1910. Los réditos fluyeron hacia Nueva York, mientras las formas ahorradoras de trabajo aseguraban que los trabajadores mexicanos recibieran pocas ganancias. Cuando la producción se disparó entre 1897 y 1907, los empleos mineros se mantuvieron cerca de los 120 000 (en una población de 12 millones). En el mejor de los casos, los salarios permanecieron estables, aunque solían reducirse (lo que llevó al conflicto de Cananea). Finalmente, los mexicanos experimentaron una bonanza minera. Los metales y las ganancias fueron a los Estados Unidos; los pocos mexicanos involucrados obtuvieron una prosperidad limitada.[110]

El declive del valor de la plata respecto al oro hizo que las importaciones de bienes fabricados en centros industriales que usaban el patrón oro fueran caras para los mexicanos que pagaban con plata.[111] Esa diferencia protegía a las industrias de consumo que sirvieron a mercados internos desde la década de 1840, lo que permitió continuar la expansión después de 1870. Las fábricas textiles seguían concentrándose en torno a Orizaba, Veracruz, en Puebla y la cercana Atlixco, así como en los suburbios industriales de la ciudad de México, el Bajío y Jalisco. Los ferrocarriles facilitaron el acceso a mercados nacionales más amplios y al algodón producido en La Laguna (lo que eliminó la presión sobre las tierras bajas, asoladas por enfermedades). Si bien los capitalistas con base en los Estados Unidos dominaban los ferrocarriles y la minería, los inmigrantes, con frecuencia franceses que residían en la ciudad de México, estaban al frente de la industria. Los capitalistas extranjeros y los empresarios inmigrantes eran diferentes: todos aprovechaban el capital internacional e importaban maquinaria, pero los extranjeros se llevaban las ganancias y el capital a sus países, en tanto los inmigrantes y sus ganancias se quedaban en México. En una industrialización dual, los capitalistas extranjeros estuvieron al frente de las industrias de exportación de plata, oro, cobre y petróleo, la mayoría en el norte; los inmigrantes dominaron los textiles y otras industrias de consumo en el centro.[112]

Esos sectores se fusionaron en Monterrey, por mucho tiempo una ciudad fronteriza rodeada de tierras de pastoreo. Tras la caída de la plata de 1810 su marginalidad se vio reforzada por los ataques de los comanches. La guerra

[110] La bibliografía dedicada a la minería para exportación del porfiriato se sintetiza en Velasco Ávila *et al., Estado…, op. cit.,* pp. 253-424.

[111] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 202-203.

[112] Sobre la industrialización porfiriana, véase Stephen Haber, Armando Razo y Noel Maurer, *The Politics of Property Rights. Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929,* Cambridge University Press, Nueva York, 2003 [*La política de los derechos de propiedad. Inestabilidad política, compromisos creíbles y crecimiento económico en México, 1876-1929,* trad. Rosana Reyes Vega, Instituto de Investigación Dr. José María Luis Mora, México, 2015].

por América del Norte obligó a los comanches a replegarse hacia el norte y llevó la frontera con los Estados Unidos al cercano Río Bravo. La década de 1850 fue testigo del comienzo de la industria textil, mediante la compra de algodón de La Laguna, apenas al poniente. La Guerra de Secesión de los Estados Unidos trajo consigo nuevas oportunidades; los comerciantes de Monterrey obtenían ganancias trayendo algodón cultivado por esclavos a través del río, lo marcaban como mexicano y lo vendían en Gran Bretaña y en el norte de los Estados Unidos. El comercio construyó capital y un espíritu empresarial en Monterrey. Los mexicanos (de forma notable la familia Madero) y los inmigrantes (el irlandés Patricio Milmo, entre otros) construyeron industrias y fundaron bancos para estimular el crecimiento comercial.[113]

La década de 1890 trajo consigo una segunda ronda de oportunidades. Las vías férreas vincularon Monterrey con Texas y los Estados Unidos, con el Bajío y la ciudad de México, y con Torreón y La Laguna, Chihuahua, El Paso y Zacatecas. Los capitalistas regiomontanos expandieron las industrias de consumo desde los textiles a la cerveza, sus botellas de vidrio y cajas de cartón. En una intersección clave de un sistema ferrocarrilero en expansión, con acceso al carbón y a menas de hierro, los inversionistas de Monterrey construyeron la primera fábrica de hierro y acero en América Latina. Los Guggenheim edificaron su mayor fundición: acarreaban mena de todo el norte de México, refinaban plata, plomo y oro, enviándolos a los Estados Unidos. La mezcla de industrias de consumo, rieles y otros productos de metal para el transporte mexicano y los mercados industriales y el procesamiento de minerales para su exportación, crearon una economía única en Monterrey, que atrajo migrantes de todas partes después de 1890, concentrando una sociedad industrial que transformó el norte de México.

Los ferrocarriles y el declive del valor de la plata alimentaron el primer *boom* de exportaciones agrícolas de México después de 1880. Los cultivos producidos por trabajadores a los que se pagaba en plata ganaban oro en los mercados estadunidense y europeos. Aun así, los diversos productos generaban diferentes resultados sociales en regiones diferentes. Tres ejemplos sirven como ilustración. En Papantla, las exportaciones de vainilla continuaron hasta la década de 1880. Los líderes totonacos se unieron a los exportadores comerciantes para impulsar una segunda ronda de privatizaciones, separando la tierra en parcelas con base en las participaciones que se habían concentrado en la década anterior. Los prósperos obtuvieron tierras; los que vivían cómodamente se esforzaron por mantener el paso; los pobres quedaron marginados; los sin tierra excluidos. Mientras las exportaciones se mantuvieron fuertes, la mayoría encontró caminos para seguir adelante; cuando llegó

[113] Esta imagen de Monterrey es una síntesis de Rodolfo Fernández Martínez, *Revolution and the Industrial City. Violence and Capitalism in Monterrey, Mexico, 1890-1920*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2014.

la recesión en la década de 1890, los levantamientos desafiaron a los líderes locales. Con el apoyo del Estado porfiriano, permanecieron firmes (como también el orden liberal de privatización y polarización).[114]

En la década de 1880, México también se convirtió en un importante exportador de café. En las faldas del Golfo, en Oaxaca y Veracruz, y en las montañas del Pacífico, desde Oaxaca hasta Chiapas, la privatización facilitó la siembra de café en propiedades de diversos tamaños. La mayoría de los productores eran mexicanos; los inmigrantes europeos dominaban las exportaciones, que crecieron de aproximadamente 10 millones de kilogramos al año hacia 1890 a 20 millones hacia 1900 y a 50 millones en 1907, antes de desplomarse. Las ganancias no crecieron a la par. Las crecientes cosechas globales, lideradas por Brasil, saturaron los mercados, mientras árboles que producían granos durante 15 años seguían produciendo.[115] Aun así, el café generaba ganancias a comerciantes y productores en regiones que por mucho tiempo habían estado al margen de la vida comercial. Las máquinas de procesamiento limitaban el trabajo y el costo de preparar los granos para la exportación. La cosecha (que exigía mucha mano de obra, pero era estacional) se insertó en la vida de comunidades dedicadas al cultivo de formas que con frecuencia resultaron estabilizadoras.

El café llegó a las faldas costeras después de 1880, mientras la población crecía en las montañas cercanas. Los cultivos de milpas eran estacionales; también lo era la cosecha de café. Los productores reclutaban a habitantes de las aldeas de los altos, a menudo con adelantos de pagos, para semanas de recolección que no alteraban las cosechas familiares. Hombres, mujeres y niños cosechaban (con pagos desiguales), reforzando las formas patriarcales. Hubo disputas relacionadas con todo: tierra, trabajo, paga y demás, todos indicios de la expansión económica; aun así, las zonas cafetaleras crearon nuevas explotaciones simbióticas que ligaron a los aldeanos con los productores comerciales. El café se expandió; los campesinos siguieron siendo campesinos a la vez que obtenían ingresos. Los funcionarios locales organizaban a los trabajadores y mediaban en las disputas para mantener la producción y la estabilidad; cuando la mediación fracasaba, operaba la coacción.[116]

[114] Sobre la segunda ronda de bonanza de la vainilla y privatización de tierras, véase nuevamente Kourí, *A Pueblo Divided…, op. cit.;* sobre los conflictos de la década de 1890 véase Leticia Reina, *Rebeliones campesinas en México, 1819-1906,* Siglo XXI Editores, México, 1980, y Ramón Ramírez Melgarejo, *Política del Estado mexicano y los procesos agrícolas de los totonacos,* Universidad Veracruzana, Xalapa, 2002.

[115] Sobre las cadenas productivas de finales del siglo XIX, véase Steven Topik y Allen Wells, *Global Markets Transformed, 1870-1945,* Harvard University Press, Cambridge, 2014.

[116] Véase Francie Chassen López, *From Liberal to Revolutionary Oaxaca. The View from the South, Mexico, 1867-1911,* Penn State University Press, University Park, 2004 [*Oaxaca, entre el liberalismo y la revolución. La perspectiva del sur, 1867-1911,* trad. Mario Brena Pinero, Javier Puerto y Francie R. Chassen-López, UABJO, Oaxaca, 2010]; y Heather Fowler-Salamini, *Working*

Una economía de exportaciones muy diferente surgió en las planicies secas del noroeste de Yucatán, hogar durante mucho tiempo de comunidades mayas que apenas si alcanzaban el sustento con el maíz, que crecía en tierras difíciles. Cuando los Estados Unidos desarrollaron la agricultura industrial que permitió a las ricas tierras de la cuenca del Misisipi, libre de pueblos nativos, alimentar a sus ciudades y a buena parte del mundo, las máquinas cosechadoras necesitaban cordeles para atar las cosechas. Yucatán se ubicaba a un viaje breve en barco de Nueva Orleans, siendo sus tierras hogar del henequén, cuyas largas fibras eran aprovechadas por las familias mayas de diversas formas desde tiempo atrás. La promesa de ganancias provenientes de la exportación hizo que las élites de Yucatán movilizaran el poder político y las leyes liberales para construir plantaciones. Los financieros estadunidenses apoyaron los ferrocarriles y financiaron las importaciones de maquinaria de procesamiento. Las privatizaciones y el crecimiento poblacional obligaron a muchos mayas a convertirse en residentes de las plantaciones y en trabajadores permanentes.

La mayoría se quedó cerca de su casa, de su familia y su comunidad, siendo atraída para trasplantar brotes de henequén en hileras a lo largo de vastos campos y luego al arduo trabajo de cortar las fibras de las inmensas hojas. El trasplante se hacía periódicamente; la producción era constante, lo que exigía muchas manos para cortar, transportar y procesar las fibras. Con el crecimiento poblacional, muchos no tuvieron más opción que mudarse a las haciendas. Las plantaciones ofrecían adelantos para atraer a los hombres a vidas de trabajo. Cuando se casaban, las haciendas adelantaban los costos de una boda sencilla; cuando llegaban los hijos, pagaban adelantos para bautizos y otras necesidades. Al tener ganancias por encima de los salarios bajos, a los hombres les resultaba difícil partir, en parte porque su supervivencia dependía del trabajo en la hacienda, en parte porque los salarios y los adelantos reforzaban el patriarcado y en parte porque el crecimiento de las ganancias por exportaciones respaldaba nuevos poderes estatales que ayudaban a los productores a cobrar las deudas de los trabajadores. Cuando se vendían las haciendas, las deudas se vendían con ellas. La larga tradición mexicana de adelanto de pagos y el trabajo obligatorio comenzaron a parecerse a la servidumbre por deudas que los imperialistas con esclavos de los Estados Unidos habían imaginado en la década de 1840.

En 1910 John Kenneth Turner dijo a los lectores de *México bárbaro* que la esclavitud definía a Yucatán.[117] Las explotaciones profundas eran la norma, aunque diferían de la esclavitud en puntos clave: las personas no eran propiedad; los mayas tenían derechos como ciudadanos, si bien era difícil

Women, Entrepreneurs, and the Mexican Revolution. The Coffee Culture of Córdoba, Veracruz, University of Nebraska Press, Lincoln, 2013.

[117] John Kenneth Turner, *Barbarous Mexico,* S. H. Kern, Chicago, 1911 [*México bárbaro,* Colofón, México, 2001].

hacerlos cumplir; además, las deudas consolidaban familias patriarcales, lo que contrastaba con la esclavitud, que a menudo impedía ese tipo de vínculos. El henequén exigía mucho trabajo y era explotador, pero los trabajadores mayas no eran esclavos. Una industria que se financiaba desde los Estados Unidos y servía a sus mercados dependía de trabajadores mayas obligados y con frecuencia coaccionados. Sus esfuerzos eran esenciales para la expansión agroindustrial de los Estados Unidos: los agricultores estadunidenses que se ahorraban trabajo dependían de haciendas henequeneras que necesitaban trabajo intensivo. El pan en las mesas de los Estados Unidos era costeable gracias al trabajo de mayas sin tierras y endeudados.[118]

Mientras las plantaciones de henequén atraían a miles de mayas a trabajar apoyando los cultivos mecanizados en el centro de los Estados Unidos, después de 1900 una nueva economía petrolera comenzó a alzarse en el norte de la costa del golfo, en torno al puerto de Tampico. La innovación del capitalismo industrial llegó al México porfiriano. Cuando el petróleo se convirtió en la fuente de energía que impulsaba el mundo industrial, descubrimientos realizados en Texas llevaron a Edward Doheny al cercano México; pronto lo siguió el magnate británico Weetman Pearson. Durante una década pagaron a terratenientes mexicanos y cultivadores indígenas por los derechos de exploración. La mayoría de los sitios de barrenado se localizaba cerca de los pozos de brea que los guías huastecos revelaron a los buscadores extranjeros. Los terratenientes vivían con holgura gracias a las cuantiosas comisiones; las familias indígenas cultivaban en formas tradicionales, mientras los hombres aceptaban salarios por guiar a los buscadores y vaciar los sitios de excavación. El petróleo trajo consigo la promesa de fortuna para los prósperos y de trabajo para los pobres indígenas, hasta que los pozos se multiplicaron rápidamente entre 1908 y 1910. Doheny y Pearson vieron la promesa del oro negro; llevaron a excavadores experimentados y a otros trabajadores de Texas; los terratenientes mexicanos siguieron recibiendo pagos cuantiosos; la mayoría huasteca vio cómo vaciaban y contaminaban sus tierras, y era relegada a ser una mano de obra con salarios más bajos, al tiempo que sus tierras se degradaban. El petróleo comenzó a fluir de manera rentable en 1910, cuando comenzó la revolución.[119]

[118] Véanse Gilbert Joseph, *Revolution from Without. Yucatán, Mexico, and the United States, 1880-1924,* Stanford University Press, Stanford, 1982 [*Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924,* FCE, México, 1992]; Allen Wells, *Yucatán's Gilded Age. Haciendas, Henequén, and International Harvester, 1850-1915,* University of New Mexico, Albuquerque, 1985; y Allen Wells y Gilbert Joseph, *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval. Elite Politics and Rural Insurgency in Yucatán, 1876-1915,* Stanford University Press, Stanford, 1996 [*El verano del descontento, épocas de trastorno. Élites políticas e insurgencia rural en Yucatán, 1876-1915,* trad. Ari Bartra, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 2011].

[119] Lo anterior lo explora con un detenimiento brillante Myrna Santiago en *The Ecology of Oil. Environment, Labor, and the Mexican Revolution, 1900-1938,* Cambridge University Press, Nueva York, 2006.

México finalmente tenía las exportaciones con que Ortiz y otros de los primeros liberales soñaron. La vainilla se concentraba en las tierras bajas de la costa del norte del golfo, el café se cosechaba en las faldas del golfo y el Pacífico, en tanto el henequén se cultivaba en las planicies secas de Yucatán; todas reportaban ganancias a los comerciantes internacionales y los productores mexicanos, aportando ingresos a los gobiernos locales, regionales y nacional. La plata y el cobre generaban ganancias e ingresos, pero poco trabajo. El petróleo prometía más de lo mismo. Atraídos por los circuitos de producción que sostenían industrias y ciudades en todo el mundo, números crecientes de mexicanos se enfrentaron a diversas explotaciones y oportunidades laborales. Sólo los totonacos conocían la vainilla; los habitantes de las aldeas de los altos eran necesarios para las cosechas de café; sin los hombres mayas, las exportaciones de henequén eran imposibles. El pueblo huasteco encontró ingresos y trabajo en la exploración petrolera.

Las explotaciones: los conflictos, las coacciones y las degradaciones estaban en todas partes: definían el dinamismo del capitalismo industrial. No obstante, los recolectores totonacos mezclaron el cultivo itinerante con la recolección de vainilla para seguir adelante; los campesinos de Oaxaca y Chiapas recibían ingresos con la pizca de café, creando nuevas explotaciones simbióticas que mantenían las exportaciones y la vida en las aldeas; los dependientes de las haciendas mayas encontraron trabajo y seguridades patriarcales, sosteniendo a sus familias a la vez que abastecían de cordeles a la economía agrícola más mecanizada del mundo. El pueblo huasteco alrededor de Tampico enfrentaba la discriminación y un trabajo arduo, pero hasta 1910 el cultivo tradicional continuó al tiempo que llegaba dinero nuevo. Los poderosos se agenciaban ganancias; las economías europeas y estadunidense obtenían productos subsidiados por la pobreza de los mexicanos; los mexicanos seguían trabajando. Las familias totonacas, los campesinos oaxaqueños y chiapanecos, los henequeneros mayas y los jornaleros huastecos del petróleo rara vez se alzaron en levantamientos revolucionarios después de 1910.

Tampoco lo hizo la mayoría de las personas en las ciudades fabriles de Veracruz, los suburbios industriales de la ciudad de México, el dínamo capitalista de Monterrey ni las minas de cobre de Cananea. Negociaban y en ocasiones conseguían derechos y remuneraciones. Sin embargo, también se adaptaron al capitalismo industrial y rara vez recurrieron a movilizaciones revolucionarias, hasta que los revolucionarios rurales de dos regiones clave —el sur del corazón y las fronteras norteñas— socavaron las formas comerciales. Los conflictos laborales industriales del México porfiriano no fueron precursores de los levantamientos revolucionarios.

Después de 1870, los mexicanos vivieron una época de crecimiento comercial sostenido: el producto interno per cápita se elevó a 3.9% al año de 1877 a 1892, saltó a 5.1% entre 1893 y 1902, luego disminuyó hasta detenerse

en un 3.2% anual, fuerte aún, de 1902 a 1910.[120] El crecimiento comercial llegó acompañado de desigualdades cada vez más profundas, a menudo acompañadas de una disminución del bienestar material. La nutrición de los mexicanos y su estatura física se redujeron de 1850 a 1910.[121] A pesar de ello, la revolución no se originó simplemente en la pobreza y la polarización, en la explotación y la exclusión. Sólo en los lugares donde el capitalismo corroyó las autonomías comunitarias y familiares, terminando con las explotaciones simbióticas y bloqueando las oportunidades de los hombres jóvenes en el patriarcado, explotó la revolución, persistiendo durante una década en el sur del corazón de México. Sólo donde el colapso financiero extinguió las oportunidades que prometían las crecientes dependencias comerciales en la frontera norte, amenazando una vez más el patriarcado de los hombres, Pancho Villa reunió los ejércitos que forjaron la revolución del norte. La recesión de 1907 profundizó las presiones del norte; la sequía y la escasez en 1909 plantearon desafíos a la vida en el centro; los conflictos políticos ocasionaron la caída de Díaz en 1911, todo lo cual abrió el camino para levantamientos populares concentrados en las tierras fronterizas y en el sur del corazón. En este último, las comunidades, aferradas a las autonomías históricas, negociaron los desafíos del siglo XIX, hasta que la aceleración agroindustrial las corroyó y planteó una amenaza para el patriarcado después de 1870. A partir de 1910, se volvieron hacia la revolución.

[120] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* p. 204.
[121] Una vez más resulta esencial López-Alonso, *Measuring Up…, op. cit*.

VII. EL ANÁHUAC DE CABEZA: CHALCO E IZTACALCO, 1820-1845

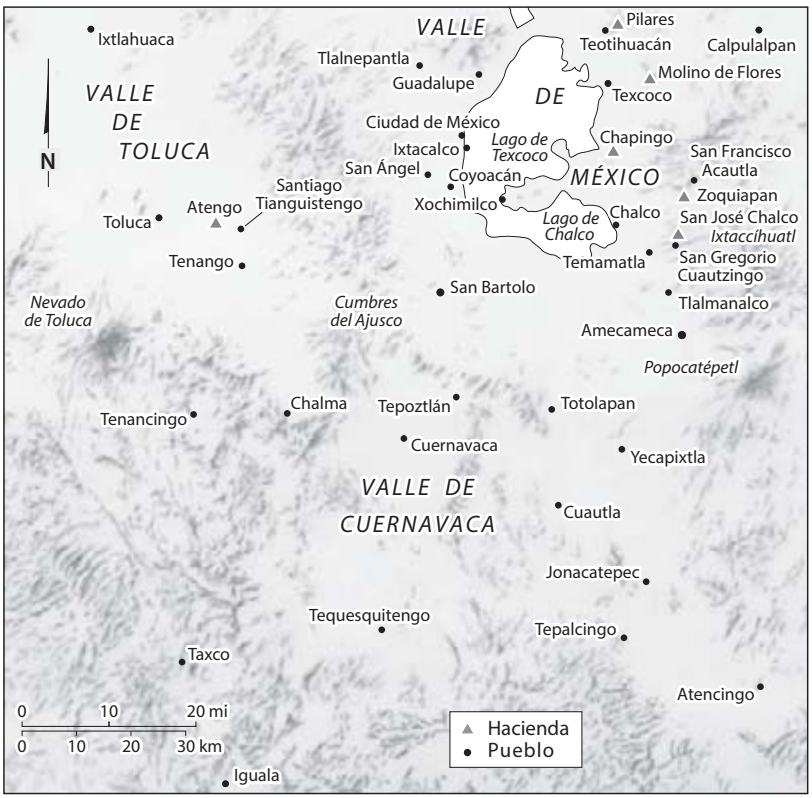
En la nueva nación que luchaba por emerger tras 1821, el Anáhuac se convirtió en el corazón de México. La ciudad de México continuaba dominando; los pueblos rurales seguían viviendo en comunidades que reclamaban tierras y autogobierno; las haciendas continuaban abasteciendo a la capital y a los centros mineros cercanos. Sin embargo, muchas cosas habían cambiado. Con la caída de la plata, el capital era escaso y los empresarios con tierras tenían dificultades. En Chalco, el granero tradicional de la ciudad de México, los políticos intentaban obtener ganancias como productores comerciales y fracasaban en ello. Los sacerdotes se convirtieron en intermediarios esenciales, a veces como servidores de los terratenientes políticos, otras como operarios de sus propias haciendas, siempre en contacto cercano con campesinos que no tardaban en encauzar sus intereses en épocas de peleas comerciales y conflictos políticos. Las comunidades de los alrededores de Cuernavaca se resistieron a los dueños de las plantaciones azucareras; los campesinos de Toluca obtuvieron una victoria en el juzgado con la que consiguieron las tierras que buscaban desde mucho tiempo atrás en luchas contra las propiedades de los condes de Santiago en Atengo.[1]

Las haciendas del corazón seguían necesitando el trabajo de los hombres de las aldeas; los aldeanos conservaban tierras, reclamaban jornales más altos y sólo trabajaban cuando convenía a sus intereses. Durante décadas después de 1821, las haciendas rara vez obtuvieron ganancias; culpaban a los trabajadores renuentes de sus dificultades. En Iztacalco, una comunidad chinampera en el canal que se extendía desde Chalco hasta la ciudad de México, los aldeanos dominaban la producción y la vida cultural. De manera paralela, algunos sacerdotes se volvieron liberales anticlericales, mientras algunos líderes liberales honraban a la Virgen de Guadalupe: la poderosa protectora del pueblo. En todo el centro, las comunidades volvieron a afianzarse en la tierra y encontraron caminos hacia un mejor sustento, ingresos más altos y ganancias en el mercado, así como una independencia cultural. Las inversiones sociales caracterizaban al corazón, en tanto los campesinos consolidaban autonomías y las mujeres encontraban nuevas aperturas. Para quienes suponían gobernar y obtener ganancias, el mundo parecía estar de cabeza.

[1] Véanse Paul Hart, *Bitter Harvest. The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Coming of the Zapatista Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2007; y Deborah Kanter, *Hijos del Pueblo. Gender, Family, and Community in Rural Mexico, 1730-1850,* University of Texas Press, Austin, 2010.

Chalco de cabeza

Los operadores de las haciendas de Chalco seguían viviendo en la ciudad de México y su objetivo era obtener ganancias alimentando a sus habitantes; la población continuaba concentrándose en comunidades con tierras limitadas y distribuidas de manera desigual; los líderes de las aldeas, llamados *capitanes,* seguían guiando a las cuadrillas que trabajaban a cambio de jornales en los campos de las haciendas; no obstante, durante las guerras que derribaron la economía de la plata y llevaron a la independencia nacional en 1821 —y después de ellas—, sus interacciones cambiaron: los terratenientes se enfrentaron a restricciones financieras; los administradores y capitanes, los sacerdotes locales y comerciantes de los pueblos, descubrieron que sus poderes habían aumentado, aunque siempre enfrentaban desafíos. Los campesinos presionaron para obtener ganancias; los operadores de las haciendas se



Mapa vii.1. *Chalco y el sur del corazón, 1820-1870*

resistieron. Las ganancias siguieron siendo escasas mientras las tensiones bullían.[2]

Después de 1821, las repúblicas indígenas dejaron de existir legalmente, pues fueron eliminadas por la Constitución de Cádiz y remplazadas con municipios que continuaron bajo el Estado de México dentro de la república federal de México después de 1824. Formalmente, el gobierno local dejó de ser terreno indígena. Aunque la Constitución de Cádiz también estableció la privatización de las tierras comunitarias, ningún poder se atrevió a implementar ese ataque contra las autonomías durante los años de insurgencia ni después. La tenencia comunitaria de tierras persistió, sujeta formalmente a los municipios. En la mayoría de las aldeas continuó el autogobierno indígena. Mientras Lorenzo de Zavala, aliado liberal de Vicente Guerrero, gobernaba el Estado de México en 1826, las tierras que las comunidades de Toluca ganaron de las haciendas de Atengo se tomaron en una tenencia corporativa tradicional.[3] Los aldeanos lo celebraron, mientras los dueños de haciendas se preocupaban.

La propiedad de haciendas en Chalco se volvió inestable en las décadas previas a 1821: de 40 propiedades, sólo cuatro se pusieron a la venta en la década de 1790, siete entre 1800 y 1810 y 10 de 1811 a 1821, cuando las guerras civiles perturbaron las formas comerciales y los insurgentes derribaron la producción de plata. Los orígenes sociales y la capacidad financiera de los operadores de haciendas de Chalco también cambiaron de forma radical. Cuando la plata floreció, los principales operadores de haciendas, por lo general miembros de clanes terratenientes, obtenían capital de la minería y el comercio para comprar haciendas y financiar las operaciones. Obtener ganancias requería que se pagara mano de obra y otros costos de producción; luego, sostener cultivos durante años, hasta que la sequía ocasionara escasez, lo que elevaba los precios y hacía que las ganancias alcanzaran su pico. Después de 1810, la caída de la plata volvió escaso el capital; almacenar cultivos en espera de la escasez se hizo menos posible y menos rentable (algo que lamentaba Alamán).

Para la década de 1820, los militares y los actores políticos dominaban las operaciones de las haciendas de Chalco. La gran propiedad de San José de Chalco, construida inicialmente por los jesuitas, era el principal cosechero de cereal de la región. Tras su expulsión de 1767, las autoridades españolas la arrendaron a mercaderes que podían financiar operaciones rentables.

[2] Esta sección es un resumen y una revisión de John Tutino, "Hacienda Social Relations in Mexico. The Chalco Region in the Era of Independence", *HAHR,* vol. 55, núm. 3, 1975, pp. 496-528. El análisis contenido allí y aquí se basa en cartas y documentos recogidos en el Archivo Mariano Riva Palacio (MRP).

[3] Sobre esos cambios, véanse María del Carmen Salinas Sandoval, *Política y sociedad en los municipios del Estado de México, 1825-1855,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1996; y Kantor, *Hijos del Pueblo…, op. cit.*

En 1819 Agustín de Iturbide obtuvo el contrato, antes de dirigir el impulso independentista. Cuando el efímero emperador cayó en 1823, Vicente Guerrero rentó la hacienda, entonces conocida como La Compañía, hasta su muerte en 1831.

Antes de unirse a Morelos en la insurgencia, Guerrero era arriero y comerciante en las tierras cálidas que rodean a Acapulco. Luego apoyó a Iturbide en el Plan de Iguala de 1821. Siguió moviendo recuas de mulas que vinculaban Taxco, Tixtla y Acapulco, otrora rutas clave en la economía de la plata y los comercios asiáticos. Al caer Iturbide, los republicanos escribieron la Constitución Federal de 1824 y Guerrero se lanzó a construir un imperio terrateniente en las regiones en las que comerciaba y tenía aspiraciones políticas. Compró Platanillo, una hacienda azucarera cercana a Taxco, en 1824. En 1829, mientras era presidente, rentó Tierra Colorada, una propiedad cañera próxima a Acapulco. Ambos lugares habían sufrido en los años de insurgencia; mientras Guerrero reconstruía maquinaria y mercados, rentó tierras cercanas para granos. En 1824 arrendó La Compañía a las nuevas autoridades republicanas. ¿Acaso el objetivo de éstas era mantener la lealtad del insurgente popular del lado del nuevo régimen?

Guerrero intentó obtener ganancias mientras esperaba su oportunidad en el poder. Rentó La Compañía por 6 550 pesos al año, una suma enorme en tiempos de incertidumbre. Compró un muelle y un almacén en la costa del lago de Chalco para facilitar las entregas a la ciudad de México, donde administraba una panadería. Durante la década de 1820 obtuvo ganancias, pues nunca pagó al gobierno la renta de La Compañía ni a la cofradía de Tixtla, dueña de Tierra Colorada. Haber sido insurgente y luego presidente tenía sus ventajas. Tras su destitución en 1829, seguida por su rebelión, captura y ejecución en 1831, su viuda debía al gobierno —al gobierno de Alamán— 63 511 pesos y grandes sumas a muchos otros. No pagó nada; y el gobierno no intentó conseguir otro contrato de renta. En 1833, el régimen liberal de Santa Anna y Gómez Farías ofreció un trato. Guerrero había acumulado años de cosechas en La Compañía, esperando un aumento de precios que nunca llegó. Los liberales obligaron a su viuda a vender; los ingresos pagaron casi 13 063 pesos que se le debían al gobierno (un estímulo para el erario). Luego, los funcionarios rentaron La Compañía a Mariano Riva Palacio, el yerno de Guerrero, durante nueve años, a 6 990 pesos al año, más cuotas para pagar el resto de la deuda de Guerrero.

Riva Palacio era originario de la ciudad de México y creció en la época en que las insurgencias se arremolinaban a su alrededor. Estudiante de derecho cuando comenzó la política nacional, se casó con la única hija de Guerrero, Dolores, y sirvió en el Consejo de la ciudad de México mientras su suegro era presidente. Tras la muerte de Guerrero y la caída de Alamán, fue diputado en el congreso liberal de 1833, que intentó expropiar las propiedades de la Iglesia y provocó su propia perdición.

Mientras tanto, Riva Palacio se dedicó a las empresas agrarias en Chalco. Al enfrentar los grandes pagos por arrendamiento y los bajos precios de los alimentos básicos con poco capital, se asoció con Atilano Sánchez, notario en jefe del Banco hipotecario de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México. En 1830 Sánchez había comprado la hacienda del Moral, cercana a La Compañía y de la que antes fuera dueño el mercader más rico, don Antonio de Basoco. Riva Palacio y Sánchez fusionaron las operaciones de las haciendas; cuando eso no generó ganancias, Sánchez rentó el Moral a Riva Palacio en 1834. Como Riva Palacio rara vez pagaba la renta, Sánchez vendió el Moral por lo que consideró un precio absurdo, 110 000 pesos. El nuevo dueño se hizo cargo de las deudas de Sánchez y puso fin al contrato de arrendamiento de Riva Palacio.

El gobierno no tardó en revocar el contrato de arrendamiento de La Compañía. En 1838 las rentas sin pagar excedían los 7 000 pesos. Riva Palacio rogó por una prórroga, insistiendo en que el daño ocasionado por el clima a los cultivos le impedía obtener ganancias. Tradicionalmente, los operadores de las haciendas conseguían ganancias cuando la sequía elevaba los precios. Ahora Riva Palacio no podía guardar cosechas y tenía poco que vender cuando éstas se malograban. El gobierno, una vez más liderado por Bustamante, recuperó La Compañía en 1840. Guerrero y Riva Palacio administraron esa gran hacienda durante 20 años gracias a sus influencias políticas, no a su capital.

Riva Palacio redujo sus expectativas y se dedicó a haciendas más pequeñas en Chalco. En 1842 compró las propiedades combinadas de Asunción y Archicofradía por 4 000 pesos, más la obligación de pagar las grandes deudas acumuladas por sus antiguos dueños. Riva Palacio cumplió con los acreedores. En 1853 compró San Juan de Dios por 28 000 pesos a José María Tornel, un general político cercano a Santa Anna. Para la década de 1850, Riva Palacio era un propietario de haciendas consolidado. La manera en que sobrevivió revela mucho sobre Chalco y las controvertidas relaciones entre las haciendas y las comunidades tras la caída del capitalismo de la plata.

Sin acceso al capital de la minería y el comercio, en las décadas de 1820 y 1830 Riva Palacio y otros dueños de haciendas en Chalco recurrieron a comerciantes de granos y panaderos de la ciudad para obtener fondos de operación. Al iniciar cada temporada de cultivo, estos últimos proporcionaban entre 100 y 300 pesos semanales para pagar la mano de obra y otros costos; las haciendas acordaban entregar una cantidad establecida de granos a un precio predeterminado. La mayoría de quienes financiaban las haciendas de Chalco trabajaban con uno o dos productores; los operadores de haciendas más grandes, incluido Riva Palacio mientras rentaba La Compañía y El Moral, necesitaban financiamiento de más de un prestamista. Las haciendas seguían sembrando: cualquier ganancia por escasez iba a quienes las financiaban. Los años de carestía dejaban a los operadores de las haciendas con una deuda de granos insaldable.

Al enfrentarse a esas presiones mientras vivía en el vórtice político de la ciudad de México, Riva Palacio dependía de agentes e intermediarios en Chalco. Desde 1824, cuando Guerrero se encargó del contrato de arrendamiento de La Compañía, hasta 1840, en que Riva Palacio lo perdió, José Antonio Caballero fue el administrador de la hacienda, a la que se añadió El Moral cuando las dos haciendas se fusionaron, entre 1834 y 1839. Responsable de la producción y la comercialización, el reclutamiento de trabajadores y las relaciones en la aldea, en 1835 Caballero ganaba 36 pesos a la semana, un salario anual apenas inferior a los 2 000 pesos. El administrador ganaba más de las haciendas de Chalco que Riva Palacio o Sánchez. Tenía a su cargo 45 asistentes, supervisores y especialistas de tiempo completo, todos hombres. Las ganancias de éstos oscilaban entre más de 400 pesos al año para un mayordomo (jefe de obra), casi lo mismo para un secretario contador, 250 pesos para los guardianes del granero que contaban los cultivos en cada hacienda, y 100 pesos al año para empleados menores, incluido un maestro. Todos tenían ingresos seguros por servir a los intereses de la hacienda. Recibían raciones de maíz sin costo, acceso a la educación para sus hijos y cuidados médicos cuando eran necesarios. Muchos recibían adelantos de sueldos, los cuales rara vez pagaban y nunca evitaban que cambiaran de empleador. Mientras los operadores políticos de las haciendas se las veían negras, los administradores y los trabajadores permanentes de las haciendas de Chalco prosperaban. Ellos se vinculaban en una comunidad favorecida por la dependencia patriarcal a partir de lazos de compadrazgo, un parentesco ritual forjado cuando el dueño o administrador patrocinaba bodas, bautizos y otros hitos familiares.

Para el trabajo esencial de sembrar y cosechar, las haciendas de Chalco seguían dependiendo de habitantes de las aldeas, a los que reclutaban estacionalmente. Los capitanes de cuadrilla de las comunidades seguían siendo esenciales, pero en la década de 1820 los papeles de negociación desempeñadas por los funcionarios distritales en el gobierno español pasaron a los sacerdotes locales. El poder político se había vuelto inestable, lo que convertía a los funcionarios políticos en negociadores poco fiables. Los sacerdotes estaban por todas partes, abiertos a las posibilidades empresariales. Mezclaban funciones religiosas con el comercio, a menudo al servicio de las haciendas. Las ventas de cultivos y el reclutamiento laboral dominaban la correspondencia entre los pastores de Temamatla y Amecameca. Los clérigos comerciantes vendían ganado, alimentos y telas a los feligreses, se quedaban con una cuota y regresaban ganancias a las haciendas para que pagaran los gastos de operación, principalmente los salarios de los campesinos que los sacerdotes habían ayudado a reclutar. El "compadrazgo" también vinculaba a los sacerdotes locales con los operadores y administradores de las haciendas.

Juan Antonio de Germán, pastor en San Gregorio Cuautzingo a inicios de la década de 1830, comerciaba en muchas aldeas de su parroquia. Solía

ganar más de 300 pesos a la semana por ayudar a financiar las haciendas de Riva Palacio, limitando su dependencia de los comerciantes de la ciudad de México. Ese sacerdote vendía maíz y ganado a los aldeanos, a los que convencía de trabajar en El Moral y La Compañía. Si los salarios se retrasaban, se quejaba con Riva Palacio: los aldeanos sabían que su guardián espiritual proporcionaba fondos para la nómina y había comenzado a perder su respeto. La caída del padre Germán muestra la dependencia del sacerdote comerciante. A principios de 1834, sus deudas con Riva Palacio excedían su capacidad de pago. Al ser presionado por el terrateniente, el clérigo rogó por más tiempo; pero su contrato con La Compañía terminó. Insatisfecho con la pérdida de un mercado local y el acceso incierto a la mano de obra, Riva Palacio dispuso la transferencia de Germán. El operador político de la hacienda, con problemas propios de deudas, reclutó luego a un nuevo sacerdote, Mariano Olmedo, quien antes se encontraba en Culhuacán.

Atrapados entre fondos de operación escasos y los bajos precios de los cultivos, Riva Palacio y otros empresarios de Chalco competían por controlar los costos y elevar las ganancias. Mantenían recuas de mulas para transportar el trigo a los molinos y el maíz a los muelles ubicados en la costa del lago, que muchos compraban para reducir los costos de transferencia, pues los barqueros indígenas seguían transportando alimentos básicos a la ciudad de México. Guerrero comenzó a comprar melaza en Cuautla y a destilarla para hacer brandy de caña en La Compañía —una operación que continuó Riva Palacio—. Ese negocio nunca se volvió rentable. La cercana hacienda de Miraflores construyó una de las primeras fábricas textiles después de 1835. Ninguna otra hacienda en Chalco siguió sus pasos y el trigo y el maíz continuaron siendo el negocio principal.

La gran mayoría de los habitantes de la región vivía en comunidades que seguían distribuyendo tierras y dependían en mayor o menor medida de trabajo por jornada en los campos de las haciendas. Un censo de 1845 de dos parroquias clave de Chalco, Tlalmanalco en la fértil planicie y Amecameca en las arables montañas, calculó que 93% de los residentes vivían en pueblos y aldeas y sólo 7% en haciendas (un número que inflaban los 433 trabajadores de la fábrica textil de Miraflores).

Las haciendas dependían de los aldeanos para la siembra y la cosecha. El clero de la aldea ayudaba a financiar y facilitar ese empleo, al tiempo que se agenciaba ingresos. Los capitanes de la aldea seguían organizando las cuadrillas de trabajo. Cada domingo, los administradores visitaban las comunidades cercanas y ofrecían pagos en efectivo a los capitanes. Cuadrillas de San Lucas, San Gregorio Cuautzingo, San Martín Cuautlalpan, Huexoculco, Tlapala y otras comunidades trabajaban regularmente en El Moral y La Compañía. Los tiempos de debilidad financiera de las haciendas proporcionaron un nuevo poder de negociación a los habitantes de las aldeas. Los jefes laborales exigían efectivo antes de enviar a cualquier trabajador; los grupos

que viajaban distancias más largas exigían viáticos. En mayo de 1835, durante las semanas de siembra, sólo 50 trabajadores se presentaron en La Compañía un lunes, mientras 124 trabajaron el resto de la semana; a todos se les pagó por una semana de seis días. La hacienda pagaba también a los jóvenes que acompañaban a las cuadrillas para entregar comida. Caballero llamaba esos gastos salarios muertos. Si no se les pagaba, ningún trabajador se habría presentado.

Dos semanas de cuentas de enero de 1835, el pico de la cosecha de maíz, informan de campesinos que trabajaban tanto en El Moral como en La Compañía (los empleadores más grandes de Chalco). Entre el 18 y el 24 de enero, contrataron a 338 hombres y jóvenes de las aldeas; del 25 al 31 de enero, reclutaron a 375. Durante la primera semana, 11 hombres ganaron tres reales al día; la segunda semana 13 hombres ganaron ese elevado salario; probablemente todos eran capitanes de cuadrilla, lo que sugiere el mismo número de cuadrillas, con un promedio de aproximadamente 30 trabajadores cada una. La primera semana, 94 eran jóvenes que ganaban entre un real y real y medio al día (el salario más bajo de medio real, por tanto tiempo pagado a los más jóvenes, había desaparecido); la segunda semana, el número de jóvenes se elevó a 123. La mayoría eran hombres adultos; unos cuantos ganaban dos reales al día (el estándar antes de 1810), la mayoría dos reales y medio. Los salarios se habían elevado 20% desde el siglo XVIII, mientras los precios del maíz se mantuvieron estables o disminuyeron.

Los administradores se quejaban todo el tiempo de que los aldeanos eligieran cuándo trabajar: no trabajaban durante las fiestas comunitarias; tampoco cuando los cultivos de la aldea requerían su atención. El hecho de que los aldeanos atendieran primero sus propios campos retrasaba el trabajo en las haciendas. La siembra tardía disminuía la temporada de crecimiento; las cosechas tardías incrementaban la vulnerabilidad a las heladas. Con todo, incluso después de tomar adelantos en efectivo, los campesinos asistían cuando estaban listos. Después de 1821, los operadores de las haciendas, los sacerdotes y los administradores vivían cómodamente; los notables de la comunidad y los capitanes de obra prosperaban; los hombres y muchachos de las aldeas combinaban el cultivo con el trabajo estacional para mantener a sus familias. Los salarios más elevados y la independencia laboral trajeron consigo ganancias para los aldeanos.

Negocios y política sacerdotales: Axalco, 1825-1840

Las penurias que Guerrero y Riva Palacio pasaron para operar haciendas entre las décadas de 1820 y 1840 dan cuenta de los restringidos poderes de los políticos que intentaban obtener ganancias como empresarios terratenientes. Enfrentándose a desafíos financieros y trabajadores resistentes,

FIGURA VII.1. *La iglesia de Temamatla: parroquia de Manuel López Escudero, 1825-1839.*

obtenían ganancias al no pagar la renta a los gobiernos que honraban o temían su poder. Hombres menos poderosos también descubrieron que la política era esencial para las operaciones de las haciendas. Manuel López Escudero fue pastor en Temamatla (su iglesia aparece en la figura VII.1), cerca de La Compañía, desde la década de 1820 hasta su muerte en 1839. También era dueño y operador de Axalco, una pequeña hacienda cercana. López Escudero sobrevivía gracias a una mezcla de ingresos sacerdotales, crédito y malabarismo político.[4]

Junto con tres hermanas, López Escudero heredó Axalco de su madre, doña Antonia Marta Pérez de las Cuevas, en 1813. Su legado incluía muebles, ropa y joyas cuyo valor era de 9 000 pesos, 3 500 pesos de oro y plata, "varios efectos" con valor de 6 700 pesos y una casa en la ciudad de México valuada en 9 300 pesos: los ornamentos de la vida citadina alcanzaban un total de 28 500 pesos. Axalco fue valuada en 43 000 pesos en julio de 1812, justo después del triunfo lealista en el sitio de Cuautla, pero en sólo 32 640 pesos en octubre de 1813, cuando la insurgencia se propagaba en el Bajío y El Mezquital y la tifoidea asolaba los altos. Después de las deudas, los herederos compartían propiedades con un valor de 34 240 pesos.[5]

[4] Las cartas y registros de López Escudero (MLE) sobreviven debido a que Riva Palacio fue su albacea testamentario.

[5] MLE, archivo 6, reporte de testamento, copia fechada el 4 de diciembre de 1839.

FIGURA VII.2. *La casa parroquial de Temamatla, almacén de López Escudero, 1825-1839.*

López Escudero administraba la hacienda. Con el fin de entregar el maíz esencial para reclutar a los trabajadores de las aldeas, en 1826 recibió 1 500 fanegas de maíz, valuadas en tres pesos cada una, de don José María Palacios de la ciudad de México, con el respaldo de un gravamen de Axalco, que debía pagar en maíz o efectivo con cosechas futuras. Al igual que los campesinos de El Mezquital durante la insurgencia, los pobladores de Chalco exigieron maíz —un sustento— como pago por su trabajo en la década de 1820. En 1829 López Escudero aún no pagaba a Palacios. El sacerdote insistía en que no era un "pícaro"; los tiempos volvían imposible hacer el pago: "Cada día está esto más perdido". La sequía asolaba la región y no podía sembrar porque los aldeanos no trabajarían sin raciones. López Escudero vendió 1 000 fanegas a dos pesos cada una, un precio bajo en tiempos de sequía. No llegó a cubrir la mitad de los 4 500 pesos que debía. Con la esperanza de llegar a precios más altos, ordenó a su administrador que detuviera las ventas, excepto por el "maíz necesario para las rayas".[6] El sacerdote terrateniente pasaba penurias (su residencia parroquial y su almacén aparecen en la figura VII.2), mientras los aldeanos exigían maíz para trabajar.

[6] MLE, archivo 1, cartas 1826-1829.

Para marzo de 1831 debía más de 5 000 pesos a Palacios. Intentó vender cultivos en tratos facilitados por otro cura, Cristóval Martínez de Castro, que vivía en la casa de campo de Guerrero, cerca de la capital, mientras el antiguo insurgente y presidente depuesto estaba en el sur, en rebelión contra Bustamante y Alamán. Guerrero fue capturado, siendo ejecutado en febrero de ese año; desde entonces hasta octubre, los acreedores asediaron a López Escudero. Martínez de Castro propuso que López Escudero intentara "una huidita" seguida de una "obstinada resistencia", y que Riva Palacio lo ayudara.[7] El sacerdote conservó Axalco. A finales de ese año pidió prestados 12 000 pesos con un interés de 10% (dos veces la tasa antes de 1810) a la familia Quintanilla, con la promesa de pagar 400 pesos de intereses cada cuatro meses. En 1833 López Escudero pidió prestados otros 1 100 pesos para pagar salarios.

En julio Martínez de Castro lamentaba "La vicisitud de los tiempos, el entorpecimiento de todos los giros, y la falta de tino que hemos tenido por nuestro establecimiento pacífico". Vivía en una "casa de campo en Mixcoaque", que ahora pertenecía a Riva Palacio. El clérigo lamentaba "esta Babilonia"; añoraba "la paz tan deseada sin cuyo bien no se puede vivir". El abogado Riva Palacio y el sacerdote Martínez de Castro quedaron envueltos en el proyecto liberal de Gómez Farías, mientras López Escudero se esforzaba por evadir a los acreedores. En diciembre, el operador sacerdotal de la hacienda envió una entrega de comida a Martínez de Castro, quien le escribió para agradecerle y añadió que "doña Jesusita la Rubia" insistía en visitar Xochimilco y Chalco para las fiestas. "Sigamos con la libertad de una familia de confianza." El sacerdote político liberal celebraría el nacimiento de Cristo con doña Jesusita en la hacienda del sacerdote terrateniente.[8]

Hacia 1834, Martínez de Castro se estaba "muy ocupado con las fastidiosas tareas del Congreso". En mayo aseveró que la "los Pronunciados repugnaron las Leyes de reformas eclesiásticas, [...] la Patria se haya hoy más que nunca en el más grande compromiso y como las pasiones se hayan exaltados [...] será interminable la Guerra de nuestro país". Envidiaba la vida de López Escudero en Chalco.[9] No obstante, 1835 trajo a este último más demandas de acreedores; un giro político hizo que Martínez de Castro huyera a Zimapán, en el norte de El Mezquital; Josefa López Escudero se convirtió en la agente citadina de su hermano. En 1836 Martínez de Castro regresó para ayudarlo a ahuyentar a los acreedores.

Defendieron Axalco hasta 1839.[10] Tras la muerte de López Escudero ese otoño, Martínez de Castro trabajó con Riva Palacio para desenmarañar las cuentas. Éstas revelan cómo el sacerdote de Chalco pudo salir adelante du-

[7] MLE, archivo 2, cartas 1831.
[8] MLE, archivo 3, cartas 1833.
[9] MLE, archivo 4, cartas 1834.
[10] MLE, archivo 6, cartas 1835-1839.

rante tres décadas. Los ingresos de varias capellanías le pagaban 850 pesos al año; la renta de la casa de la ciudad de México otros 200. Además, López Escudero, como Guerrero y Riva Palacio, no pagaba sus deudas. Había liquidado sólo 2 000 de los 12 000 pesos que debía a los Quintanilla, sólo 5 500 de los 9 600 pesos que debía como un interés anual de 10%. El interés que en efecto pagó equivalía a 5.5% a lo largo de ocho años, una remuneración sólida. Los Quintanilla obtuvieron la casa de la ciudad en el acuerdo final, con lo que evitaron cualquier pérdida importante.[11]

Durante todo el tiempo que vivió, los vínculos de López Escudero con el presidente Guerrero, el abogado Riva Palacio y el sacerdote Martínez de Castro, todos ellos políticos, le ofrecieron protección en una época de incertidumbre económica. ¿Por qué defendían al sacerdote terrateniente? El papel de López Escudero como pastor de Temamatla lo hacían esencial para las operaciones de las haciendas de Chalco, incluidas La Compañía y El Moral. En un contexto de política inestable, de mercados inciertos, de financiamiento escaso y deudas impagas, las haciendas enfrentaban una constante: la necesidad de pagar jornales y maíz a los trabajadores de las aldeas. Si no se les pagaba y se les entregaba maíz, no trabajaban; si no trabajaban, no había cosechas de maíz de Chalco y la capital no comía. Una inversión de poder dominaba en épocas de plenitud sin ganancia.

Las afianzadas autonomías comunitarias cimentaban esa inversión. Las cartas de López Escudero lo confirman con un silencio conspicuo. Ni él ni ninguno de sus corresponsales mencionan nunca actividades sacerdotales o cultos locales. Sin embargo, el pueblo de Temamatla mantenía las devociones y las fiestas que marcaban el cristianismo local y la vida familiar. Los administradores de Riva Palacio no podían reclutar trabajadores cuando las fiestas concentraban a los aldeanos. El padre Germán se quejaba de que cuando La Compañía no pagaba salarios ni raciones perdía su respeto como sacerdote; el silencio de López Escudero sugiere que pagaba a sus feligreses, les entregaba maíz y los dejaba venerar como quisieran. La autonomía cultural conservaba su fuerza.

Iztacalco: un sacerdote enojado en una comunidad autónoma, 1831-1832

Iztacalco se encontraba justo al sur de la ciudad de México, en el recién creado Distrito Federal. Como Culhuacán, Xochimilco y los pueblos ubicados frente al lago de Chalco, Iztacalco vivía de cultivar fértiles chinampas para abastecer a las familias locales y los mercados urbanos. También poseía tabernas que servían a los citadinos que llegaban por canal a pasar el fin de

[11] MLE, archivo 7, cuentas testamentarias 1839-1840.

semana o alguna fiesta. Nombrado pastor en 1831, Manuel Espinosa de los Monteros no tardó en molestarse con los feligreses, quienes se rehusaban a mantenerlo económicamente y a acatar sus enseñanzas religiosas. Desesperado, escribió un largo diario en el que detallaba sus hábitos económicos y sus vidas culturales.[12]

Llegó a Iztacalco hacia el final de una larga carrera. Nacido en la ciudad de México en 1773, sus raíces se extendían a comunidades en Ecatepec, al norte de la capital, a Tula en El Mezquital y a Tlalmanalco en Chalco. Su abuelo sirvió en una hacienda cercana a Ecatepec; su padre trabajó en los salitrales cercanos a Apan, en la región pulquera; su madre administró una tienda de tabaco en la ciudad (una sucursal del monopolio real después de 1775). Ella fue el eje de la familia cuando Manuel estudiaba para ser sacerdote, primero en el colegio franciscano de Tlatelolco, luego en el antiguo seminario jesuita de Tepotzotlán. Ordenado como sacerdote en 1800, estaba certificado para predicar en "mexicano": náhuatl.[13]

Ese linaje, sus estudios y habilidades sugieren raíces indígenas, experiencias urbanas y el sacerdocio como una forma de avanzar para un hijo favorecido. Una vez ordenado y certificado en "mexicano", obtuvo puestos como vicario en Nextipac, cerca de Iztacalco, luego en Coyoacán, al sur inmediato. En 1806 fue pastor en Tlanchinol, en la sierra al norte del Mezquital, una parroquia pobre y destartalada donde la mayoría hablaba otomí, no "mexicano". Allí, Espinosa de los Monteros fue miserable y en 1810 partió, justo antes de que la insurgencia se esparciera por El Mezquital. Fue a Chiautla, cerca de Texcoco; en 1814 se mudó a Ixtapaluca, entre Texcoco y Chalco, regiones de producción pacífica, mientras la insurgencia se avivaba al norte. En 1819 fue a Acolman, cerca de las pirámides de Teotihuacán. Se quedó allí hasta 1830, su cargo más largo y más exitoso. ¿Acaso participó en tratos que mantuvieron en funcionamiento haciendas como la cercana Pilares?[14]

En Iztacalco se enemistó con sus feligreses. Su primer bautizo le trajo antipatía: "La embriaguez de estos vecinos es así continua y su ignorancia es muy grosera sin que falte la propensión a mentir".[15] Un año después su opinión no había cambiado y estaba seguro de que sus feligreses no cambiarían: "De un vecindario ignorante y relajado no se puede esperar la reforma de costumbres".[16] Su diario está lleno de quejas: evitaban los sacramentos, se

[12] Manuel Espinosa de los Monteros (MEM), Miscelánea. Curato de Iztacalco, 1831-1832, ed. Brian Connaughton, UAM I, México, 2012.

[13] La historia de la familia y la carrera se encuentra en el buen "Estudio introductorio" de Connaughton en *ibid.,* en especial en las pp. 49-53.

[14] Acolman no era un lugar famoso por su paz: véase John Tutino, "Provincial Spaniards, Haciendas, and Indian Towns. Interrelated Sectors of Agrarian Society in the Valleys of Mexico and Toluca", en Ida Altman y James Lockhart (coords.), *Provinces of Early Mexico,* UCLA Latin American Center, Los Ángeles, 1976, pp. 177-194, sobre los conflictos en la década de 1790.

[15] MEM, p. 87.

[16] MEM, p. 261.

FIGURA VII.3. *La iglesia y la residencia anexa en Iztacalco: refugio de Manuel Espinosa de los Monteros, 1831-1832.*

resistían a la confesión, demasiados ignoraban la castidad previa al matrimonio. Ante todo, ni los funcionarios locales ni los feligreses pagaban las cuotas a las que Espinosa de los Monteros creía tener derecho. De enero a julio de 1831, recibió 308 pesos. La comunidad se apartó de él:[17] el sacerdote y los feligreses estaban completamente distanciados.

Continuó registrando la irreligión y documentando la vida de la comunidad (frecuentemente relegado a asomarse por las ventanas de su residencia parroquial, que aparece con la iglesia en la figura VII.3), para demostrar que podían pagarle y mostrar por qué no lo hacían, en el esfuerzo por detallar a una comunidad muy independiente. Iztacalco era un lugar de ricas chinampas, localizado cerca de la capital y sobre el canal hacia Xochimilco y Chalco. Los locales abastecían a los mercados de la ciudad con frutas y vegetales y ofrecían recreación los fines de semana a quienes residían en la ciudad. Los recursos comunitarios sostenían la economía; los "vecinos" (ciudadanos) dominaban la vida política y religiosa. En tanto carecía de producción hacendaria, no había lugar para las negociaciones de un sacerdote. Había desigualdades, explotaciones y conflictos, pero operaban dentro de una comunidad que mantenía a Espinosa de los Monteros fuera de ella.

El sacerdote encontró documentos de 1821 que mostraban que el barrio de Santa Ana tenía 75 vecinos y 333 chinampas. Un hombre controlaba 100,

[17] MEM, p. 224.

cuatro más sólo una cada uno. Además, 70 compartían 230 chinampas (de manera desigual). En 1831, la totalidad de la comunidad de Iztacalco cultivaba 2 000 chinampas. Las concentraciones persistían: un hombre tenía 300, otro 100. Aun así, en una comunidad de 1 800 habitantes en 1830, menos de 450 hogares vivían de manera independiente, si bien desigual, de 2 000 chinampas.[18] Los prósperos contrataban a los pobres, y los jornales en Iztacalco habían aumentado a tres reales al día —más raciones copiosas de alimentos—, siendo más elevados que las remuneraciones de Chalco, que también estaban creciendo. Los locales no proporcionaban suficientes trabajadores para servir a los pocos que tenían muchas chinampas, lo que llevó a que llegaran familias de Mexicalcingo, Tláhuac y de otras partes a vivir y trabajar sin derechos como vecinos.[19]

¿Qué tan prósperos eran los chinamperos de Iztacalco? Espinosa de los Monteros creía que los "monopolistas" obtenían una ganancia de entre 50 y 100 pesos al mes vendiendo productos agrícolas en la capital.[20] Si los chinamperos regulares ganaban entre 10 y 20 pesos al mes, conseguían entre 120 y 240 pesos al año, además del sustento familiar. Aquellos que trabajaban en las chinampas a cambio de jornales ganaban tres reales al día (más sustento completo); 200 días de trabajo generaban 75 pesos al año (más sustento). Las familias con muy pocas chinampas enviaban a hombres y muchachos a trabajar en las propiedades mucho más abundantes de sus vecinos: un poco de explotación simbiótica intracomunitaria. El puñado de ricos entre los chinamperos de Iztacalco ganaba tanto como —y con mayor regularidad que— los operadores de las pequeñas haciendas de Chalco; la mayoría mezclaba el cultivo de unas cuantas chinampas con el trabajo para sus vecinos prósperos a fin de conseguir un ingreso promedio anual de entre 80 y 100 pesos, además de la comida. Asimismo, la producción chinampera se completaba con otras ganancias del exuberante ambiente acuático: los juncos de los pantanos cercanos se tejían para hacer canastas y petates (esteras para dormir); patos, ranas y pequeños peces se tomaban de los canales y pantanos y se vendían en los mercados de la ciudad y los restaurantes locales; los hombres transportaban canoas de Iztacalco a la capital, para entregar productos agrícolas y llevar a parejas citadinas a las tabernas locales.[21]

Había más. El municipio era dueño de potreros (corrales que se rentaban como pastizales) y ciénagas (pantanos que se rentaban para la caza de patos). El sacerdote creía que las rentas del pueblo se aproximaban a los 8 000 pesos anuales y sospechaba que los funcionarios locales tenían ganancias aun cuando le negaban su estipendio. Se enteró de que el municipio había hecho un préstamo de 7 500 pesos a "un fulano Ochoa" en la ciudad de

[18] MEM, pp. 233 y 259-262.
[19] MEM, pp. 269 y 391.
[20] MEM, p. 169.
[21] MEM, pp. 267-268.

México y recaudaba 350 pesos de interés anual (con el estándar de 5%). Más tarde descubrió que el Consejo pagaba a cada vecino (hombre adulto) 38 pesos al año de sus ingresos por rentas.[22] Por consiguiente, casi 400 hogares ganaban un estímulo de 50% en sus ganancias anuales, lo que sugiere las razones para honrar al gobierno de los funcionarios locales (aun cuando los caciques ganaran mucho más).

Espinosa de los Monteros estaba molesto de que los líderes locales acumularan chinampas, tuvieran ganancias, rigieran la comunidad, ignoraran sus sermones, vivieran como querían y se rehusaran a pagar. Presa de ese enojo, detalló sus poderes. Sabía que los orígenes como república indígena significaban que las tierras, las chinampas, los corrales y los pantanos eran dominio de la comunidad. Sabía que los derechos a las chinampas eran para los vecinos indígenas; que los derechos de participar en el Consejo pertenecían a los "principales" (notables). Mientras la república perdurara, había razones para ser indio: era necesario para que una familia cultivara chinampas o para que un hombre tuviera un cargo.

Espinosa de los Monteros también sabía que, para el siglo XVIII, los principales de las repúblicas localizadas en torno a la ciudad de México, incluyendo Iztacalco, solían ser mestizos y tener una cultura hispánica. Un hombre podía llegar a comerciar con productos agrícolas de las chinampas u operar una taberna; se casaba con una mujer de la localidad, a través de ella ganaba derechos a chinampas y, si tenía astucia política, reclamaba un asiento en el Consejo, afirmando así su estatus como "indio principal". Como las tierras comunitarias de todo el centro, los pantanos y los corrales se rentaban para generar ingresos destinados al gobierno local y las fiestas religiosas, mientras que las milpas y las chinampas operaban como propiedad privada: se transmitían con la herencia y se vendían entre las familias residentes (dentro de la comunidad). Una desigualdad cimentada en las autonomías marcaba la vida en Iztacalco.

El final de las repúblicas indígenas y su remplazo por municipios terminó con el mandato de ser indio para tener un cargo; pero, sin importar cuáles fueran las metas de Cádiz y de los liberales mexicanos, no acabaron con el requerimiento de ser vecino (un ciudadano de la comunidad) para tener chinampas y participar en la política local. La política, en efecto, cambió: las repúblicas indígenas cumplían un papel fundamental en la política judicial de la época española; en el diario de Espinosa de los Monteros no se mencionan los juzgados, pero se habla mucho de política y milicia, incluso de una propuesta para crear una policía.

José María Vázquez se erigió como comandante local de una milicia patriótica formada para defender al régimen español después de 1814; en la década de 1820 dirigió una milicia cívica que respaldaba a Vicente Guerrero

[22] MEM, pp. 199, 333-334 y 381.

y Lorenzo de Zavala. Algunos dicen que guio a hombres desde Iztacalco para unirse al motín de la Acordada y a los disturbios del Parián que llevaron a Guerrero al poder en 1828. Cuando Espinosa de los Monteros llegó en 1831, Guerrero y Zavala habían sido depuestos. Vázquez seguía siendo el tesorero del pueblo. El sacerdote escribió: "Algunas veces desde un balcón le oí decir: *la ley dice; la ley manda*. Con tales citas puede el verdulero embobar a los demás patanes de este pueblo, y hacerse caudillo de un partido, [...] Es verboso o charlatán, [...] Alguno me dijo que violentamente se entremete en los asuntos del pueblo y quiere dominarlo todo, [...] es más temido que amado de los vecinos. Ciertamente no es indio".[23] Asomado desde su balcón y a la escucha de los chismes, el sacerdote vio cómo el pulque alimentaba el poder de la milicia y una política de exclusión en la época de elecciones.[24] Quizá no se equivocara, pero ese poder defendía una prosperidad desigual cimentada en las autonomías locales.

A principios de 1832, Espinosa de los Monteros propuso reformas que, según imaginaba, mejorarían la vida en Iztacalco y la suya misma como sacerdote. La pregunta clave era:

> ¿Quién es el que debe llamarse vecino, y quién residente? Los pueblos tienen bienes comunes como son pastos, pesca, tierras, caza, piedra, tequesquite y otras sales, sitios para fabricar casas, corrales, huertas, ejidos para guarda de Granados, funciones de parroquia, como entierros, casamientos, etc., que por compromiso, o costumbre pueden ser gratis, o por tasaciones muy bajas, etc. Dije que ningún particular tiene dominio sobre tierras y bienes comunes, sino sólo el usufructo, estando el dominio en el común y la administración en el ayuntamiento.

Los usos de las repúblicas indígenas persistían en la república mexicana: la comunidad poseía el dominio de las tierras; los vecinos (ciudadanos de la comunidad) obtenían derechos de uso. El único cambio era que la administración había pasado de repúblicas exclusivamente indígenas, sin importar cuán porosa fuera la categoría, a consejos abiertos a todos los vecinos. Quién calificaba como vecino era importante, y Espinosa de los Monteros propuso nuevas restricciones:

"Primero: Es vecino el soltero emancipado, el casado, y el viudo originario del pueblo." El patriarcado estaba en primer lugar.

"Segundo: Es vecino el que se sujete a los impuestos municipales y demás cargas públicas, y gozará los derechos comunes." La ciudadanía patriarcal venía acompañada de obligaciones.

[23] MEM, pp. 214 y 373-374.
[24] MEM, p. 169.

"Tercero: Al vecino se le darán tierras en usufructo para mantener a su familia y nada más, y no con un exceso que perturbe la igualdad; [ni] con un exceso que lo haga opulento y en daño de otros tan buenos como él." El acuerdo patriarcal sobre el gobierno del hogar, cimentado en el sustento familiar, estaba en primer lugar; las concentraciones de tierras amenazaban la igualdad.

"Cuarto: Si por astucia y ambición se hiciere opulento poseyendo más tierras que otros, pagará contribuciones duplas, triples, o cuádruplas a proporción de lo que posee." Si las concentraciones de tierras eran inevitables, los ricos debían pagar más a la comunidad.

"Quinto: Es vecina la viuda, la soltera de 25 años arriba, originaria y residente en el pueblo." Las mujeres tenían, desde hacía mucho, tierras comunitarias; Espinosa de los Monteros quería restringir el derecho a las viudas con raíces locales y a las mujeres solteras mayores de 25.

El estatus de vecino y los derechos de tierras podían perderse: mudándose, tomando derechos como vecino en otra parte, no pagando impuestos, no teniendo un "modo de subsistencia honesto". Esto último, según argumentaba el sacerdote, debía llevar a la expulsión. Su objetivo era poner a trabajar a Iztacalco. Pese a todo, los forasteros que venían a trabajar no obtendrían la ciudadanía ni el derecho a la tierra: "Se llama residente el originario de otra municipalidad, que quiera habitar en casa alquilada, o comprada, [...] el que venga a ejercer algún arte, o el comercio o servir a algún otro en su casa, en su giro, en sus tierras", sin derechos a tierras o a la participación política. Espinosa de los Monteros aceptaba una excepción para las restricciones sobre los recién llegados, reconociendo una realidad de toda la vida: "el extraño que se casa con vecina, originaria del lugar, será vecino".[25] Las uniones entre empresarios recién llegados y mujeres con propiedades seguían siendo una forma de entrar a las comunidades y avanzar en el tránsito de repúblicas indígenas a municipios.

Con los poderosos principales afianzados en ricas chinampas, el molesto sacerdote sólo veía un camino hacia la reforma:

> El remedio está en la fuerza armada. Con ella en mi auxilio, en un año los haría santos a todos y yo tendría una subsistencia decente, porque el vecindario tiene recursos en los frutos naturales e industriales de su terrero. Quítese la coacción física y jamás habría policía, salubridad, costumbres, ilustración y religión. Ha 30 años que vi estos pueblos, y en nada los veo adelantados. No parece sino que sus vecinos acaban de ser transportados de los montes donde vivían como bárbaros, para habitar este terreno tan cercano a México, cuya vecindad y trato no ha podido limarlos.[26]

[25] MEM, pp. 366-369.
[26] MEM, pp. 246-247.

Al ser demasiado autónomos, los habitantes de las aldeas del centro eran bárbaros para su sacerdote; la solución era la coacción.

Asimismo, Espinosa de los Monteros imaginó una mejora económica. Su utopía no buscaba una industria mecanizada ni mercancías de exportación. Quería familias productivas en una comunidad que beneficiara a un sacerdote emprendedor: "Podría el ayuntamiento promover el arte de cardar, hilar y tejer lana y algodón, lo primero para dar ocupación a tantos ociosos y ociosas que andan ellos y sus hijos casi desnudos; y lo segundo para impedir que otros más aplicados que ellos se lleven el dinero por la ropa que les venden". El sacerdote descontento no se oponía a las autonomías familiares patriarcales; redistribuiría tierras para hacerlas más igualitarias y añadiría la fabricación de telas a las economías del hogar. Espinosa de los Monteros creía que la comunidad debía construir más chinampas, pero no decía dónde encontraría la mano de obra para el dragado y la recuperación. También proponía que se reclutara a carpinteros calificados para ayudar a los hombres de la localidad a construir botes que se trasladaran entre Chalco y la ciudad de México. Espinosa de los Monteros soñaba con una comunidad igualitaria cimentada en autonomías patriarcales que mantuviera a su sacerdote.

Lamentaba que demasiados vivieran como "osciosos" en una "embriaguez" crónica.[27] Despreciaba la economía de diversiones de fin de semana de Iztacalco (una cantina enfrente de la iglesia, cruzando la plaza, aparece en la figura VII.4). La gente del cercano Zacahuisco contrató a un "maestro de música" para profesionalizar una economía cultural que el sacerdote encontraba despreciable:

> ¿Para que? Para que los mismos vecinos, y los pasajeros de México contaran con un golpe de música para sus diversiones. Gusta de cantar la canalla masculina y femenina de Iztacalco; gusta la canalla de bailar, no hablo de los hombres y mujeres de bien. Con músicos de asiento tendríamos por aquí [...] los días festivos, los lunes, y los martes, día que la mayor parte de los machos y las hembras consumen en la ociosidad y la embriaguez. Vendría mayor número de mexicanos a pasearse y consumir noches enteros en sus festejos.[28]

Iztacalco tenía muchas chinampas, en un canal que facilitaba el comercio con la capital y ofrecía recreación a sus habitantes. El sacerdote buscaba una producción más intensa y mejor distribuida en la comunidad; detestaba la cultura de recreación que reunía a los miembros de la localidad y a los habitantes de la ciudad en festividades. "Ahora, sólo en Ixtacalco, se cuentan nueve pulquerías, y don Antonio Ayala tiene un atajillo de mulas para conducir de tierra caliente catorce barriles de aguardiente semanarias." La cantina

[27] MEM, pp. 220-221.
[28] MEM, p. 220.

FIGURA VII.4. *Una cantina en la plaza de Iztacalco: foco de la ira de Espinosa de los Monteros.*

de Ayala, que daba al canal, pertenecía al "Yermo comerciante de México". Además de vender pulque y brandy de caña, "hay juego nocturno. Se lleva grandemente con los principales [los peces gordos]".[29] Los hombres que dominaban la política local y monopolizaban las chinampas también obtenían ganancias de las cantinas y las apuestas.

Al sacerdote le molestaba especialmente una "necia diversión" llamada "El Ahorcado", que se realizaba cada año en Iztacalco. Mientras veía desde su balcón, anotaba: "Observé que un patán traía un ropón a manera de hábito de fraile enmascarado. Andaba otro enmascarado vestido de mujer. Al subir por la escalera del fingido patíbulo el fraile daba besos y abrazos a la mujer provocando con esta indecencia la carcajada de mas de 300, y a unos 500 espectadores". ¿Acaso los habitantes de Iztacalco conocían al sacerdote liberal Martínez de Castro y a su acompañante Jesusita la Rubia cuando pasaron por el canal de camino a Chalco? Los espectadores sin duda se regodeaban en la transgresión teatral de las formas no aprobadas por un clero que quería enseñarles a tener vidas autorizadas de sacramentos y trabajo.

Espinosa de los Monteros ignoraba esa enseñanza obvia. Ponía énfasis en que la representación anual de "la monada indecente" continuaba porque "siendo interesados en ella muchos vecinos (aun los ayuntamientos) porque los concurrentes de México les compran sus brebajes, o les alquilan sus

[29] MEM, pp. 170 y 264.

jacales o les pagan el uso de sus canoas y los transportes, o les compran comidas".[30] El irreverente teatro público era un buen negocio en Iztacalco, trayendo ingresos (desiguales) a aquellos que prosperaban (también de manera desigual) con la economía de chinampas.

Las autonomías ecológicas permitían las empresas culturales y, en conjunto, consolidaban una independencia religiosa firme, lo que molestaba a Espinosa de los Monteros. Se bautizaba a los niños y los matrimonios eran bastante comunes, aunque rara vez tenían antecedentes castos. Detestaba la negativa de sus feligreses a confesarse, aun cuando ofrecía escucharlos en español y en "mexicano". En su opinión, "En el púlpito se consigue mucho, pero mucho y muchísimo más *intra confessionum*", si las personas iban con una verdadera intención penitente. "Mucho me temo que estos vecinos hayan tenido en los tiempos pasados ministros que los hayan confesado al galope y ésta sea la causa del poco aprecio que hacen del sacramento de la penitencia, y de su relajación." Los sacerdotes laxos (como López Escudero en Temamatla) aceptaban el desagrado de los aldeanos por el confesionario, lo que facilitaba que las personas vivieran en apego a la "embriagueces, torpezas, robos, escándalos o malos ejemplos, faltas de misa, dinero mal gastado en vicios, tiempo perdido en la ociosidad, días festivos en trabajar".

El iracundo sacerdote vio su oportunidad cuando "se conocen atacados de una enfermedad grave. Estos momentos de miedo son preciosos y el cura debe aprovecharlos para reprenderlos hasta ponerlos en grande espanto y confusión, si la enfermedad da lugar a ello". Aun así, las confesiones seguían siendo poco comunes. ¿Por qué? "Está muy a peligro a pervertirse en la Fe quien lo está en las costumbres y se comunica con gente sospechosa en religión. En pervirtiéndose los principales y apoderándose del mando municipal, todo es pecado; y estando a la sombra de algún potentado mexicano de los de mala fama, se consumaría la ruina espiritual."[31] Todos los males de Iztacalco estaban vinculados: los caciques mandaban, mientras obtenían ganancias de los placeres de fin de semana de los citadinos; atraían a los locales al negocio del entretenimiento, pervirtiendo así la religión.

Iztacalco estaba experimentando una transformación que Espinosa de los Monteros no podía comprender: "hay viejos y viejas que apenas entienden el castellano y para esos es forzoso saber la doctrina en su propia idioma. Aun los ladinos allá entre sí hablan su propia lengua". El sacerdote certificado en "mexicano" sólo veía pérdida en un vuelco hacia el español: "los vecinos de aquí castellano no aprendiendo y mexicano olvidando". Se lamentaba: "Para conocer que estos vecinos no entienden bien el castellano basta hablar dos minutos con cualquier de ellos sobre asuntos vulgarísimos".[32] Un maestro local hacía poco: "El maestro tiene veinte pesos mensuales, que es

[30] MEM, p. 378.
[31] MEM, pp. 105-107.
[32] MEM, pp. 201-202.

ruina dotación [un salario ruinoso]". Y "van a la escuela muy pocos muchachos. Sucede ahora lo que sucedía antaño que los padres no envían a sus hijos, ocupándolos en buscar leña o combustible para las cocinas, o llevándose a las chinampas a trabajar". Las economías domésticas prevalecían sobre el conocimiento del español. "Van a la escuela muy pocos y se quedan los más sin saber leer, ni escribir, ni la doctrina cristiana." Una vez más los caciques locales eran los culpables: "Los mandarines de los pueblos, llámense república, llámense ayuntamiento son los mismos en esta América. Han menester otro impulse para obrar que el deseo de la ilustración".[33]

Detrás de la ira y la frustración, hay ironía en el lenguaje del sacerdote. A finales del siglo XVIII, los clérigos ilustrados intentaron reformar la religión local y los notables que gobernaban las repúblicas frustraron todo. Ahora los constructores de la nación buscaban educar y los hombres que gobernaban los municipios bloqueaban todo. Una ironía doble: para Espinosa de los Monteros, los caciques locales eran "mandarines" y "sátrapas", como los mandarines chinos y los sátrapas sudasiáticos vieron desafiado su poder a causa de la caída de la economía de la plata, que también afianzaba las autonomías locales en todo México.[34]

El ciclo de fiestas populares locales continuó; algunas atraían a toda la comunidad, otras eran particulares de barrios y aldeas. Espinosa de los Monteros no conocía los detalles; los habitantes lo mantenían a distancia: "En los días festivos en cuanto se acaba la misa, desaparece pronto el vecindario, y queda la iglesia solitaria por todo el día ¿Por qué? "Como entre éstos domina la opinión de que el cura no es más de un criado estipendiario del pueblo, no será extraño piensen que son dueños de la iglesia." El sacerdote proveía los sacramentos al tiempo que era excluido de dirigir la vida religiosa: "siendo para ellos el cura un criado con quien nada se consulta".[35] La gente se casaba en la iglesia, bautizaba a sus hijos y consideraba la misa algo esencial para la inauguración de las fiestas. No negociaban la moral en la confesión. Las fiestas, el centro de la cultura religiosa, pertenecían a la comunidad.

El excluido sacerdote conocía el poder de la Virgen de Guadalupe e intentó utilizarla para atraer a las mujeres a los sacramentos: "Por atraer siquiera a las muchachas a la frecuencia de sacramentos, inventé formar en cada pueblo una congregación de ellas con el titular de Nuestra Señora de Guadalupe. De San Juanico confesaron algunos; de Santa Ana, dos, o tres; y de Ixtacalco, ninguna".[36] Las mujeres recurrían a la Virgen de Guadalupe en busca de ayuda con enfermedades y con el parto; las familias buscaban su ayuda con las lluvias y la fertilidad; Espinosa de los Monteros intentó convencer a las niñas de que Ella las llamaba confesarse. Se mantuvieron a distancia.

[33] MEM, pp. 203-204.
[34] Véase la referencia dual en MEM, p. 189.
[35] MEM, pp. 228, 221, 351.
[36] MEM, p. 201.

Espinosa de los Monteros confiesa al final de su diario: "Según parece, la máxima parte de la feligresía lleva más de 10 años de no confesarse. Hay quienes no lo han hecho desde que se casaron".[37] La resistencia a la confesión y a los curas moralizadores databa de las consolidaciones de los cristianismos indígenas en el siglo XVI; no cambiaría por Espinosa de los Monteros.

Las fiestas de integración forjadas en esa misma época continuaron. Excluido, el enojado sacerdote sólo podía enlistarlas, no sin lamentar no obtener cuotas al tiempo que ofrecía vistazos a devociones autónomas, integrantes y redistribuidoras. "En el día de Todos los Santos hubo misa en Santa Ana, una en Ixtacalco, [...] otra en la Magdalena y otra en San Juanico, que deben pagarse con dos pesos cada uno. [...] Comulgaron dos españoles y una india." Después de la misa, la comunidad se apoderó de las campanas de la torre, haciéndolas sonar constantemente, "con lo que queda probado que sus cabezas son de cal y canto". A la una de la mañana: "Advertí que varias hordas de hombres andaban por el pueblo en desentonadas voces cantando alabados". En San Juanico "me han contado que andan (serán solteros) en cuadrillas levantando ofrendas; y tienen además otra chulada y es la de robar gallinas, o cerdos de la casa donde no les dan nada". Añadía que en: "noches de luna suelan andar [...] en ronda los mandarines; más la noche de Todos los Santos bastante oscura, y húmeda, no observé que anduvieran rondando".[38] Los funcionarios locales se saltaban las patrullas para permitir las redistribuciones. Las negociaciones acechaban en el seno de las desigualdades.

La solución de Espinosa de los Monteros era: "quitar tanta misa, tanta fiesta, tantas exposiciones del sacramento, tanta procesión, tantas disputas sobre derechos, tanto repique, tanto gasto de pólvora y cohetes infernales. Lo que se ha menester es mucha predicación, mucho confesionario".[39] Terminaría con la religión de las fiestas y las integraciones, y la remplazaría con sermones y la moralidad del confesionario.

En diciembre de 1831, el sacerdote anotó que los habitantes de Iztacalco y San Juanico habían viajado juntos al "santuario de la Virgen de Guadalupe", donde pagaron 60 pesos por "misa de tres ministros, sermón, y creo también procesión". Además de los pagos a los sacerdotes guadalupanos, cada uno desembolsó dos pesos para los locales que organizaron el peregrinaje,[40] un acontecimiento anual que vinculaba las devociones de la comunidad con la virgen protectora de México. Espinosa de los Monteros sabía poco de su organización, sus metas o sus significados. Seguía estando excluido de la vida religiosa local y de los pagos que producía.

Pasó por alto la oscura ironía cuando escribió en su diario el 8 de marzo de 1832 que había ganado una cátedra en teología moral e "idioma mexicano"

[37] MEM, p. 389.
[38] MEM, p. 241.
[39] MEM, p. 257.
[40] MEM, p. 316.

en "la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe".[41] Consiguió una posición respetada para promover la moral entre los "mexicanos" bajo la mirada de la Virgen de Guadalupe. En su júbilo por escapar de Iztacalco, ¿no se le ocurrió que el próximo diciembre volvería a encontrarse con los feligreses a los que despreciaba, que regresarían para venerar a la Virgen de Guadalupe en sus formas y con propósitos propios?

La esposa del embajador se encuentra con las comunidades del corazón, 1839-1841

Tanto Manuel López Escudero —el sacerdote que ignoraba la religión en Temamatla, en la planicie de Chalco— como Manuel Espinosa de los Monteros —el sacerdote que detestaba las prácticas sociales y culturales en Iztacalco, la comunidad chinampera cercana a la ciudad de México— documentaron autonomías comunitarias, terrenales y culturales, en la década de 1830. Ninguno de ellos dejó descripciones detalladas de los festivales que concentraban los cristianismos locales. Otros sí lo hicieron.

Frances Inglis (Fanny) Calderón de la Barca nació en Escocia y migró a Boston y luego a Staten Island, donde conoció a Ángel Calderón de la Barca, con quien se casó. Un español nacido en Buenos Aires y veterano de la guerra de España contra Napoleón, Calderón de la Barca se unió al servicio diplomático español. Después de ser nombrado ministro para los Estados Unidos en 1835, fungió como el primer embajador español en México a partir de 1839. Fanny Calderón mantuvo un diario y copias de muchas cartas: en 1843 los compiló en un libro, *La vida en México*.[42] El catolicismo mexicano fue un interés temprano y duradero. Su primera aparición pública fue en una misa en la Catedral de la ciudad de México. A una semana de su llegada, el embajador y su esposa se unieron a una excursión a "la Catedral de Nuestra Señora de Guadalupe" dirigida por dos grandes terratenientes: don José Adalid y el conde de la Cortina, y la esposa de este último, Paulita. Fanny era consciente de la devoción de Paulita, contó la historia de la aparición de la Virgen de Guadalupe como "un tejido de los absurdos más grandes" y vio una iglesia "llena de personas del campo, en especial los pobres andrajosos".[43] Originalmente una escéptica protestante, Fanny Calderón vio que la Virgen de Guadalupe vinculaba a los poderosos con los pueblos.

En abril de 1841, ella y los Adalid se unieron a muchos aristócratas de la capital en las fiestas de Semana Santa en Coyoacán. El clero local juntaba a

[41] MEM, p. 375.

[42] Utilizo la versión editada y anotada que compilaron Howard y Marion Hall Fisher: FCB [edición en español: *La vida en México (durante una residencia de dos años en ese país)*, trad. Felipe Teixidor, Porrúa, México, 1974].

[43] FCB, pp. 120-123.

la comunidad en un teatro religioso que atraía a visitantes prósperos. Calderón dispone la escena: el Jueves Santo la iglesia estaba "magníficamente iluminada, ornamentada con montones de flores y frutas (en especial naranjas) y llena de pobres en andrajos e indios zarapudos". Afuera, los aristócratas se sentaban a la sombra: eran observadores, no participantes. Por cuatro días, los sacerdotes dieron sermones, a veces con elocuencia, dijo Fanny, mientras que los aldeanos representaban la Pasión desde el momento en que Judas traicionó a Jesús, después la sentencia de Pilatos, hasta la crucifixión y resurrección de Cristo. Los aldeanos se quedaron todo el tiempo; los aristócratas iban y venían. Las mujeres locales vendían frutas, bebidas y comida. "Si alguna vez hubo una muchedumbre paciente, bondadosa y *laissez-aller,* era ésta."

La observadora escocesa vio cómo los sacerdotes se volvían repetidamente hacia la Virgen, que estaba en varios altares laterales, para pedir Su intercesión en el mundo. El culto popular se enfocaba en la Virgen; Ella era tan central como Cristo en el teatro pascual en Coyoacán. El clero se había adaptado a la gente. Todo parecía estar en orden y ser honorable mientras los aristócratas, los sacerdotes y los aldeanos se mezclaban al honrar el sacrificio de Cristo y el servicio de la Virgen de Guadalupe, hasta que un carterista y algunos ladrones de caballos se sirvieron a sí mismos con redistribuciones.[44]

Días después, Fanny se unió a una excursión desde San Ángel al pueblo montañoso de San Bartolo, en busca de un retiro, de manantiales refrescantes y de una vista de regreso a la capital. Comenzó a ver una imagen de los aldeanos con divisiones de género. "San Bartolo es una aldeíta india dispersa con una iglesia y es notable por su hermosa agua de manantial […] y por la atractiva apariencia y limpieza de las indias, quienes siempre están lavando sus largos cabellos". Muchas jóvenes "se reían y hablaban muy rápido en su lengua nativa." En cambio, "[l]os hombres parecían tan sucios como suelen verse los indios".[45] ¿Acaso se trataba de un prejuicio de género o los hombres se enfrentaban a tareas difíciles, ensuciadoras y debilitantes mientras las mujeres mantenían a la familia y la comunidad enfocadas en otra inversión?

Fanny reflexionó sobre las devociones indígenas.

> Todas estas fiestas de la iglesia, sus fuegos artificiales e imágenes y vestidos alegres, armonizan por completo con el amor infantil que muestran por el espectáculo, y son de hecho su mayor fuente de placer […] Los curas han hecho intentos de persuadirlos de que omitan la celebración de ciertos días y de gastar menos en las ceremonias de otros; pero la indignación y el descontento que dichas propuestas han ocasionado los han inducido a desistir de sus esfuerzos.

[44] FCB, pp. 435-441.
[45] FCB, p. 443.

Después de reconocer las autonomías insistentes, se volvió hacia el carácter indígena: "Bajo una apariencia de apatía estúpida ocultan mucha astucia. Son serios y gentiles y más bien tristes en su apariencia, cuando no están bajo la influencia del pulque. Pero cuando regresan a sus aldeas en la noche, y han tomado una gota de confort, sus dientes blancos iluminan sus semblantes de bronce como lámparas, y en especial las muchachas hacen que el aire resuene con sus risas, que son muy musicales".[46] Mientras el clero mexicano veía el pulque como libertinaje, la observadora escocesa veía las liberaciones a que daba paso. Fanny comenzó a encontrar profundidad y belleza entre las mujeres indígenas.

Tales descubrimientos se volvieron más profundos en una visita a la hacienda de San Xavier, al norte de la ciudad de México, cerca de Tlalnepantla. Escapando de la agitación política en la capital durante septiembre de 1841, Fanny vio "campos ondulantes de maíz". Al llegar a la casa grande vio un reservorio, jardines bien cuidados y caminos con hileras de árboles hacia las aldeas cercanas. La hacienda había formado parte del complejo jesuita de Santa Lucía, que después perteneció a los condes de Regla, y del que ahora eran dueñas las "señoras de Fagoaga" (mujeres de una familia que alguna vez dominó las finanzas mineras novohispanas).

Fanny vio a Tlalnepantla como

> una aldeíta con una vieja iglesia, restos ruinosos de un convento donde ahora vive el curado, unas cuantas tiendas y una plaza donde los viernes los indios ponen mercados ("tianguis", los llaman). A lo largo de los caminos hay chocitas de los indios, con sus usuales pisos de lodo, un pequeño altar, vasijas de barro y colecciones de retratos burdos en los muros (en especial de la Virgen de Guadalupe), con unas cuantas palmas benditas en la esquina, ocupadas cuando los hombres trabajan por la mujer misma y su robusta progenie con poca ropa.

¿Acaso Espinosa de los Monteros se aventuró alguna vez al interior de una casa así? Él no tenía idea de mujeres pobres tan dedicadas a su devoción y su familia.

Al día siguiente, "una lluvia nos obligó a buscar refugio en una alquería, donde entramos a una especie de oratorio pegado a la casa: un cuarto que no está consagrado, pero que tiene un altar, un crucifijo, imágenes sagradas, etc.". Las devociones del hogar mantenían su fuerza en Tlalnepantla en la década de 1840.

> El objeto más notable del rancho era su propietaria, una india alta de apariencia noble, llamada doña Margarita, una montañera de nacimiento y ahora una rica viuda en posesión de tierras y rebaños, aunque viviera en una pobreza aparente.

[46] FCB, pp. 444-445.

> La mayor parte de su fortuna la emplea en educar a huérfanos pobres […] Los acoge en su casa, los cría como si fueran sus hijos, los educa para un empleo útil y, cuando son suficientemente grandes, los casa. Si es un muchacho, elige una esposa de entre las muchachas de las montañas, donde ella nació, de quienes dice que están "menos corrompidas" que las muchachas de la aldea.

Su meta era replicar su trayectoria social entre los 12 o 20 huérfanos que solían estar a su cuidado. Muchos estaban "tullidos y enfermos […] no obstante, vimos a varias muchachas saludables y de apariencia feliz, que lavaban y planchaban, y cosían, cuyos ojos brillaban cuando mencionábamos su nombre y quienes se referían a ella con un respeto y un afecto que daba placer atestiguar". Ninguna persona así habitaba el Iztacalco de Espinosa de los Monteros. "El resto de su fortuna lo emplea en fiestas y ceremonias de la iglesia: en fuegos artificiales, en ornamentos para los altares, etc."[47] El airado sacerdote en efecto conocía ese tipo de devociones en Iztacalco y buscaba acabar con ellas.

Ya que buscaba entender el catolicismo mexicano y a los indígenas, Fanny Calderón veía devociones positivas que vinculaban a los poderosos con el pueblo, en especial con las mujeres. Ella vio que, en tiempos de conflictos políticos, desafíos comerciales y autonomías comunitarias, los hombres rurales encontraban formas de mantener a sus familias a partir de un trabajo arduo y debilitante. En las culturas comunitarias que suponían el patriarcado, ella vio mujeres con espacio para regir sobre sus hogares, los mercados locales y las devociones religiosas. En sus vidas cotidianas parecían felices y unidas, mientras los hombres seguían adelante. Para esa escocesa que cada vez mostraba un mayor aprecio, los hogares de las aldeas eran centros de devoción administradas por mujeres que resultaban invisibles para los sacerdotes y los hombres poderosos. ¿Acaso había comenzado una inversión del patriarcado dentro de la inversión del poder en las comunidades del centro?

Un liberal redescubre las culturas comunitarias: recuerdos de 1830-1845

Manuel Payno era un destacado liberal mexicano que a finales de su vida intentó sondear las vidas religiosas personales de las mujeres del centro y las devociones guadalupanas que vinculaban a los poderosos y a los habitantes de las comunidades de la misma región. Nacido en la ciudad de México, Payno tuvo una larga carrera en el servicio gubernamental que terminó con cargos como ministro de Hacienda a finales de las décadas de 1840 y en la de 1850. Más tarde, Porfirio Díaz honró a Payno con cargos de exilio lejano.

[47] FCB, pp. 505-507.

Mientras era cónsul en Barcelona en 1888, el viejo estadista escribió los cuentos episódicos que se convertirían en *Los bandidos de Río Frío* para su publicación seriada en un periódico local.[48] La distancia temporal y geográfica de los conflictos políticos y las pugnas sociales de las décadas de 1830 y 1840 trajeron consigo perspectiva; la necesidad de captar la atención de los lectores catalanes exigía detalles. Como Fanny Calderón, Payno no podía suponer que sus lectores conocieran la vida en México.

Como muchos otros, Payno empezó condenando a las personas que buscaba retratar: "dominan años y años a una sociedad costumbres y prácticas nocivas, [...] esa especie de barbarie que todos toleran".[49] Habiendo anunciado sus credenciales como liberal, el primer episodio de Payno se vuelve hacia un rancho justo en las afueras de Tlalnepantla. ¿Había leído a Calderón? ¿Acaso buscaba iniciar con una imagen propia de la vida y las mujeres rurales? De ser así, ofreció una visión diferente, pero no contradictoria. La historia de Payno se concentra en Pascuala, la hija ilegítima hispánica de un sacerdote de provincia, y su esposo, Pascual, un "ranchero indio". Vivían fuera de Tlalnepantla, si bien participaban en las fiestas que integraban a la comunidad.

La historia de Payno da un giro revelador cuando Pascuala se enfrenta a un embarazo difícil. Va al hospital en busca de la mejor medicina de la ciudad. La ciencia fracasa, así que Pascual propone que consulte a "las brujas", dos mujeres indígenas, "curanderas" a las que recomienda "el canónigo Camaño". Vivían en el camino a Guadalupe, en una aldea que "se compone absolutamente de los que se llaman macehuales, [...] es decir, los que labran la tierra; [...] si la clase ínfima [...] y se conservan su pobreza, su ignorancia, su superstición y el apego a sus costumbres". Los aldeanos cultivaban maíz, recolectaban leña y trabajaban en haciendas cercanas a cambio de dinero y de más maíz. Como muchos aldeanos en la década de 1830, conservaban autonomías y vínculos con las economías de las haciendas; para el liberal Payno ellos "así viven, o mejor dicho vegetan".

Sobre la religión local: "Ni el cura de esa parroquia ni de alguna otra les había instruido en la religión católica, ni sabían lo que era rezar o leer; hablaban su idioma azteca [mexicana, náhuatl] y mal el español, conservaban también poco de las tradiciones y usos antiguos y de su religión, y de lo moderno no conocían ni adoran más que a la Virgen de Guadalupe".[50] Era un retrato digno de Espinosa de los Monteros en su denigración de la vida comunitaria, excepto que el sacerdote de Iztacalco culpaba a los caciques locales, mientras que Payno culpaba a los sacerdotes. Ambos consideraban la devo-

[48] BRF [edición en español: *Los bandidos de Río Frío*, pról. Antonio Castro Leal, Porrúa, México, 1971].

[49] BRF, "Prólogo", p. XIII.

[50] BRF, pp. 6-12.

ción a Guadalupe (un culto indígena que los poderosos habían adoptado) como una manifestación moderna.

Conforme avanza la descripción que Payno hace de las vidas y las prácticas de las curanderas, ellas se vuelven profesionales y empresariales: "las dos Marías [...] tuviesen una vocación para la botánica, el caso es que se dedicaron a recoger plantas y a estudiar sus virtudes terapéuticas hacienda experiencias entre los vecinos del barrio de Santa Ana y los muchos arrieros de que los mesones estaban llenos siempre". Esas mujeres con intereses científicos comenzaron sirviendo a los vecinos y los arrieros que pasaban. Se mantuvieron profundamente religiosas: "la curación [...] no deja de ser precedida a veces de ciertas ceremonias. [...] Encendía un cabo de cera bendita que siempre cargaba en su chiquihuite, decía al paciente que rezara un padrenuestro y una avemaría y que se encomendase a la Virgen de Guadalupe mientras ella se echaba boca abajo y decía muy aprisa palabras en idioma azteca".[51]

Con el tiempo, las curanderas ganaron fama y un poco de fortuna. Atendían una región que iba de la ciudad a la Virgen de Guadalupe; construyeron una gran casa en la aldea, compraron ropa nueva, aprendieron un poco de español. Establecieron un "consultorio" en el corazón de la ciudad de México. En otra inversión, las curanderas indígenas llevaron la medicina religiosa a la capital:

> No pasaba media hora sin que estuviera rodeadas de las criadas de la vecindad y aun veces de muy lejos, pues sabían que esta herbolaria, como ninguna otra, tenía surtido de cuanto podía imaginarse. [...] Competía con los médicos y les quitaba las visitas. [...] La concurrencia no sólo de criadas, sino de señores de capa con cuello de nutria y de señoras de saya y mantilla, era tanta, que a veces era imposible en una hora obtener ni una yerba, y a fe de razón, porque tenía remedios para todas las enfermedades conocidas.[52]

Seguían estando dedicadas a la Virgen de Guadalupe, la visitaban el 12 de cada mes, llevaban velas, compraban medallas. Cuando el pastor en el santuario de la Virgen se enfrentó a una enfermedad incurable, él también recurrió a Matiana María, quien curó al distinguido clérigo.[53]

Después de reconocer las conexiones profundas que vinculaban a las comunidades y las curanderas con la Virgen de Guadalupe y sus sacerdotes, Payno se volvió hacia la gran celebración pública de la Virgen:

> El día 12 de diciembre es el día más solemne en México de todos los días del año, es el día de la Virgen de Guadalupe, Patrona de Anáhuac. El gobierno entero asistió

[51] BRF, pp. 13-14.
[52] BRF, p. 15.
[53] BRF, p. 16-17.

> a la función religioso. El Presidente de la República [...] abría la marcha. [...] Detrás los ministros de Estado y el Ayuntamiento en coches nuevos y lustrosos, [...] no había familia pobre ni rica que dejase de ir el día 12 a la Villa.

Al llegar "el abad con su capa de tela de oro, seguido del coro de canónigos con sus trajes talares de seda negra y sus roquetes de encaje y filigrana, recibía el Primer Magistrado de la nación y sus ministros, dándoles el agua bendita". Adentro, "El sermón se encarga al eclesiástico de más fama, [...] El asunto obligado es la Aparición, [...] concluye con esas palabras: *Obedeced ciegamente a la Santa Virgen de Guadalupe. Su voluntad es soberana y debe cumplirse*".[54]

Todos se reunían luego en una gran comida, con lo que representaban el servicio que la Virgen de Guadalupe prestaba para el sustento: "El gobierno, en conjunto, comió para tres días, y no obstante que eran algunos miembros masones con sus puestos de librepensadores, fraternizaron con los cándidos canónigos y no hubo más que elogios para la cocinera y para la Virgen de Guadalupe". Luego los poderosos regresaban a la ciudad… y el pueblo tomaba el control: "Los indios y el pueblo quedaban dueños del campo en la Villa y comenzaban realmente sus fiestas y sus banquetes". La gente desfilaba frente a la Virgen, se dirigía a ella en "mexicano" y español, le pedía Su ayuda y dejaba lo que podía para los sacerdotes que le servían a Ella, y a Su pueblo. "Fuera de templo, el movimiento era inmensa. El cerro y las calles, [...] cubiertas de indios y de gente de México, almorzando precisamente el *chito* con tortillas, salsa borracha y muy buen pulque; la mayor parte de las familias al aire libre." Guadalupe proveía sustento. Sus sacerdotes tenían que servir al pueblo. El gobierno, sin importar cuán liberal, tenía que postrarse ante Ella, cuando menos en una ceremonia pública.[55]

Después del derrumbe de la plata, mientras los políticos luchaban por forjar una nación mexicana, las formas comerciales se venían abajo y la inestabilidad reinaba, las comunidades del centro mantenían su fuerza. En Chalco, las élites comerciales dieron paso a políticos como empresarios terratenientes. Desesperados por encontrar financiamiento, batallaban por conseguir ganancias. Debían pagar jornales más altos a los campesinos que trabajaban en sus cultivos, y garantizar raciones de maíz, incluso cuando eso significaba adquirir deudas para atraer granos de la ciudad de México. Los habitantes de Chalco consiguieron ganancias reales de 1820 a 1845. En Iztacalco, las ricas chinampas mantenían la independencia económica y cultural. Hay indicios de que las mujeres del centro también consiguieron ganancias. La vida no era fácil; las desigualdades estaban por todas partes, pero también lo estaban las autonomías y la protección de la Virgen de Guadalupe.

[54] BRF, pp. 21-22.
[55] BRF, p. 23.

VIII. RENACIMIENTO COMERCIAL, REFORMA LIBERAL Y RESISTENCIA COMUNITARIA: CHALCO, 1845-1870

Después de 1821, las luchas por fundar una nación imaginada y reconstruir una economía perdida favorecieron a los habitantes de las aldeas del centro de México: éstos reforzaron las autonomías locales, reclamaron jornales más altos y se manifestaron por una independencia religiosa. A partir de la década de 1840, los mexicanos enfrentaron décadas de invasiones internacionales, guerras políticas e insurgencias populares. De igual importancia fue el hecho de que la plata comenzó una expansión que continuó hasta 1870, mientras crecía la manufactura textil. Entre 1845 y 1870, la guerra y la inestabilidad política se mezclaron con el crecimiento comercial. En el centro, los productores comerciales intentaron revivir la agricultura de las haciendas, mientras las comunidades defendían autonomías agrarias y locales. El estallido de conflictos mantuvo un *impasse* social.

En la década de 1840, los dueños de plantaciones de caña impulsaron expansiones alrededor de Cuernavaca, enfrentándose a una sólida resistencia de las comunidades arraigadas.[1] En Chalco, un giro paralelo hacia la innovación y la expansión de los operadores de haciendas generó resistencia, en el campo y los juzgados, a propuestas de crear una policía y leyes para privatizar la tierra. Allí, los conflictos dieron lugar a meses de rebelión armada en 1868, cuando Benito Juárez guiaba el regreso de los liberales al poder en la ciudad de México.[2] El levantamiento se contuvo y sus líderes fueron castigados. Aun así, demostró que los campesinos de Chalco estaban dispuestos a tomar las armas para defender sus autonomías. Más tarde ocurrieron levantamientos comunitarios contra el régimen liberal de Juárez en El Mezquital, al este alrededor de Puebla, y en 1868 y 1869, en regiones distantes, desde

[1] Florencia Mallon, *Peasant and Nation. The Making of Post-Colonial Mexico and Peru,* University of California Press, Berkeley, 1995 [*Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales,* trad. Lilyan de la Vega, CIESAS, México, 2003]; y Paul Hart, *Bitter Harvest. The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Coming of the Zapatista Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2007.

[2] Este capítulo revisa John Tutino, "Agrarian Social Change and Peasant Rebellion in Nineteenth-Century Mexico. The Case of Chalco", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 95-140 [*Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX,* trad. Paloma Villegas, Era, México, 2004]. Se basa en el archivo de Mariano Riva Palacio (MRP), citado por número de documento y fecha. Véase Jack Autrey Dabbs, *The Mariano Riva Palacio Archives,* 3 vols., Jus, México, 1962-1972.

Tepic hasta Chiapas.[3] La época de renacimiento comercial y aserción política en Chalco, de resistencia comunitaria y rebelión regional, fue una era en que los capitalistas presionaron en busca de ventajas, los liberales encauzaron transformaciones en servicio del capitalismo y en que la gente afianzada en la tierra los hizo retroceder, manteniendo una definición propia de independencia.

Una ofensiva de Estado, 1849-1856

La crisis que siguió a las pérdidas de México en la guerra con los Estados Unidos hizo esencial para empresarios y líderes políticos que ocurriera un renacimiento comercial (con los consiguientes ingresos que podía generar para el Estado). La plata y el crecimiento de la manufactura crearon estímulos de mercado. Los operadores de las haciendas de Chalco vieron una oportunidad. Probaron nuevas técnicas y nuevos productos; buscaron nuevas maneras rentables de cultivar maíz y trigo; probaron la industria láctea en campos recién irrigados de alfalfa. Intentaron aumentar la producción y los ingresos, provocando conflictos con las comunidades de Chalco, prestas a defender sus tierras y sus autonomías.

Entre los cultivadores de las haciendas de la Nueva España fueron poco comunes los experimentos con semillas; cada año plantaban las semillas que habían guardado de la cosecha anterior. A finales de la década de 1840, los productores de Chalco comenzaron a plantar trigo, maíz y semillas vegetales o plántulas de cosechas que habían dado una producción alta en otras regiones.[4] En la época de la bonanza platera y durante las dificultades posteriores a la independencia el fertilizante había estado limitado: en la década de 1820, un visitante británico encontró a los productores mexicanos poco interesados en el abono. Sin embargo, para la década de 1850 éste se convirtió en una obsesión para los administradores de las haciendas de Chalco: expandieron sus rebaños de ovejas para conseguir más desechos; mezclaban el estiércol con tallos de maíz para estirar los suministros de fertilizante.[5] Se volvieron comunes los arados de importación, que volteaban tierras más profundas; algunas haciendas invirtieron en cribas para separar los granos

[3] John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940,* trad. Julio Colón, Era, México, 1990]; Romana Falcón, *Las naciones de una república. La cuestión indígena y el congreso mexicano,* Congreso de la Unión, México, 1999.

[4] MRP, 5915c, 4 de junio de 1856; 7079, 12 de octubre de 1857.

[5] W. Bullock, *Six Months' Residence and Travels in Mexico,* Kennikat, Port Washington, 1971 [1824], p. 277 [*Seis meses de residencia y viajes en México,* trad. Gracia Bosque de Ávalos, Banco de México, México, 1983]; MRP, 5871, 10 de marzo de 1856; 5915h, 13 de julio de 1856; 5915k, 19 de agosto de 1856; 5915n, 9 de septiembre de 1856.

de trigo de la cascarilla (y reducir el trabajo).[6] Al enfrentarse a aperturas comerciales tras décadas de esfuerzos ímprobos, los productores de las haciendas de Chalco estaban listos para innovar en la labranza de cultivos tradicionales.

También ensayaron nuevos productos. Al finalizar la década de 1840, por lo menos seis haciendas de Chalco se volcaron a la industria láctea. Compraron vacas y sembraron alfalfa, lo que exigía nueva irrigación y más estiércol.[7] Los lácteos podían superar la escasez de fondos de operación. La leche que se entregaba por canal se vendía todos los días en la ciudad de México; generaba ingresos regulares que podían disminuir la dependencia de los comerciantes de granos y los panaderos para obtener créditos escasos y caros.[8] La promesa era grande, los resultados limitados. Para 1857, las haciendas que producían leche en Chalco eran tantas que habían saturado el mercado; los precios cayeron y mucho no se pudo vender.[9] Continuaba la plenitud sin ganancias.

Para aumentar la producción de los cultivos viejos y crear una industria láctea, las haciendas de Chalco trabajaron con el fin de incrementar el control del agua de los arroyos que fluían desde las cumbres cubiertas de nieve de los grandes volcanes. Cuando Asunción expandió su producción láctea en 1849, construyó una presa y acequias para regar los campos de alfalfa. Obras similares se realizaron en Buenavista.[10] En Zoquiapan, los lácteos llevaron a un nuevo sistema de irrigación muy elaborado. Un ingeniero extranjero, el señor Alan, diseñó y dirigió la construcción de una serie de cuencas de recepción en las tierras elevadas sobre la hacienda, junto con canales destinados a distribuir el agua en los campos.[11] Las haciendas de la Asunción y González perforaron pozos artesianos. Otro extranjero estuvo al frente de la búsqueda de aguas freáticas; no obstante, el señor Bener demostró desconocer las napas freáticas locales y Riva Palacio y otros productores desconocían los costos de las innovaciones importadas. Las excavaciones trajeron poca agua y largas disputas contractuales.[12]

[6] MRP, 5915k, 3 de agosto de 1856; Jorge Basave Kunhardt, "Algunos aspectos de la técnica agrícola en las haciendas", en Enrique Semo (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, México, 1977, pp. 189-246, pp. 241-242.

[7] MRP, 5915L, 26 de agosto de 1856; 8019a, s. f.; 7113, 27 de octubre de 1857.

[8] MRP, 3254, 9 de octubre de 1849; 3334, 23 de octubre de 1849; 3446, 12 de noviembre de 1849; 3507, 28 de noviembre de 1849; 3540, 4 de diciembre de 1849; 3801, 30 de enero de 1850; 3912, 5 de marzo de 1850; 4254, 5 de junio de 1850; 4285, 10 de junio de 1850; 7445, febrero-marzo de 1862.

[9] MRP, 6646, 27 de agosto de 1857.

[10] MRP, 3080, 31 de julio de 1849; 3417, 6 de noviembre de 1849; 3546, 4 de diciembre de 1849; 3912, 5 de marzo de 1850; 4254, 5 de junio de 1850; 6446, 26 de abril de 1857.

[11] MRP, 5051, 6 de febrero de 1851; 5177, 13 de mayo de 1851.

[12] MRP, 5683, 15 de marzo de 1855; 5685, 27 de marzo de 1855; 6556, 12 de mayo de 1856; 6627, 4 de junio de 1857.

Toda la expansión y la innovación (excepto por las máquinas para la criba) aumentaron las demandas de mano de obra. La construcción de presas y de canales de irrigación exigía muchos trabajadores, como también la siembra y la fertilización de grandes campos de alfalfa. Las haciendas de Chalco necesitaban más jornaleros, pero reclutar a los aldeanos seguía siendo un desafío.[13] En 1849 la cosecha volvió a retrasarse en Asunción, cuando los aldeanos de Temamatla y otras comunidades no se presentaron hasta que estuvieron listos sus cultivos.[14] Luego, el cólera atacó por segunda vez en 1850. El administrador de Asunción reportó a ocho residentes afectados; dos de ellos murieron. En la cercana Zula, 50 estaban enfermos y cuando menos siete murieron. En Chalco se reportaron problemas similares. Los administradores no podían encontrar suficientes trabajadores para cultivar; las malas yerbas invadían los campos de las haciendas, lo que redujo las cosechas.[15] En el siglo XIX, los habitantes de Chalco seguían viviendo la funesta paradoja de la vida agraria: la enfermedad que reducía su número hacía que conservaran su poder de negociación con las haciendas. Ante la reclamación de agua de las haciendas y la creciente demanda laboral a finales de la década de 1840 y en la de 1850, los aldeanos dejaron atrás las negociaciones locales para protestar en los juzgados y los campos.

El contrataque de las comunidades

La década de 1840 albergó crecientes movilizaciones indígenas y comunitarias dirigidas a defender las autonomías y a frenar los desafíos de los terratenientes y sus aliados en las haciendas. A principios de esa década, Juan Álvarez movilizó a comunidades indígenas en el sur del Estado de México (ahora Guerrero) en defensa de sus derechos y de su proyecto político.[16] Durante la guerra por América del Norte, los mayas en Yucatán, los zapotecos en el istmo de Tehuantepec y diversos pueblos en la Sierra Gorda, al noreste del Bajío, afirmaron su independencia, mientras los ejércitos nacionales luchaban contra los invasores del norte.[17]

[13] MRP, 3183, 26 de agosto de 1849; 5915b, 20 de mayo de 1856; 5915c, 4 de junio de 1856; 5915g, 6 de julio de 1856.

[14] MRP, 3447, 12 de noviembre de 1857; 3507, 28 de noviembre de 1849.

[15] MRP, 3875, 24 de febrero de 1850; 4281, 9 de junio de 1850; 4284, 10 de junio de 1850; 4332, 19 de junio de 1850; 4384, 10 de junio de 1850; 4398, 3 de julio de 1850.

[16] Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques,* El Colegio de México, México, 1972; Leticia Reina, *Rebeliones campesinas en México, 1819-1906,* Siglo XXI Editores, México, 1980; Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State, 1800-1857,* Stanford University Press, Stanford, 1997 [*Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero, 1800-1857,* trad. Jorge Alberto Sánchez Ortega, Congreso del Estado Libre y Soberano de Guerrero, Chilpancingo, 2001].

[17] Véase Tutino, *From Insurrection…, op. cit.*

En las cuencas localizadas alrededor de la ciudad de México, el final de la década de 1840 y el inicio de la de 1850 trajeron consigo presiones de las haciendas y resistencia comunitaria que en ocasiones se tornó violenta. Tanto las comunidades que protestaban como los operadores iracundos de las haciendas citaban el precedente con décadas de antigüedad de la victoria legal de las comunidades de Toluca sobre las propiedades de Atengo.[18] Desde 1848 en El Mezquital, en torno a Otumba y Teotihuacán, y cerca de Xochimilco en la región chinampera, los aldeanos amenazaron con usar la violencia —o la usaron— en disputas por la tierra, el agua, los impuestos y los cargos locales.[19] Tras décadas de negociar las autonomías con operadores de haciendas débiles y con un Estado frágil, los aldeanos del centro comenzaron a impulsar sus intereses de manera más asertiva

En las tierras bajas de Cuautla y Cuernavaca, al sur de Chalco, se produjeron intensas movilizaciones. Allí, los aldeanos se alzaron en repetidas ocasiones, la primera en 1849, para desafiar las invasiones de tierras de las haciendas azucareras. Quienes protestaban podían estar encabezados por un sacerdote; asimismo, podían unírseles comerciantes e incluso contar con el apoyo de las milicias, en todos los casos, locales. Había muchos estímulos: viejas disputas sobre las tierras y el trabajo; la defensa de las haciendas por las tropas estadunidenses en 1848 y su posterior partida. En 1849 el Estado de México aprobó una ley que pedía la privatización de las tierras comunitarias —una legislación imposible de aplicar en una época de conflictos crecientes—. Aun así, había anunciado intenciones que amenazaban las autonomías de la comunidad. El distrito de Cuernavaca del Estado de México (más tarde sería el estado de Morelos) siguió siendo un semillero de conflictos agrarios politizados desde 1849 hasta la década de 1850.[20]

De cara a los desafíos comunitarios y los levantamientos locales en el corazón, los políticos terratenientes, desde el liberal Andrés Quintana Roo hasta el conservador Francisco Pimentel, desarrollaron una mentalidad de cerco. Consideraban que los aldeanos amenazaban las propiedades y el poder del Estado: las comunidades ignoraban las decisiones de los juzgados, se rehusaban a respetar la propiedad y no pagaban rentas; cuando llegaban a hacerlo, los hombres trabajaban mal; los aldeanos insubordinados atacaban la propiedad legítima y el poder del régimen.[21] Las comunidades localizadas alrededor de Cuernavaca y en Chalco, por supuesto, creían que desafiaban propiedades

[18] Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México, 1848-1854,* El Colegio de México, México, 1977.

[19] MRP, 3986, 18 de marzo de 1850; 4091, 29 de abril de 1850; Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* pp. 61, 63, 123.

[20] Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* pp. 157-170; Hart, *Bitter Harvest…, op. cit.,* pp. 48-59.

[21] González Navarro, *Anatomía…, op. cit.,* pp. 162-165; Francisco Pimentel, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México,* Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1864.

y poderes ilegítimos. En 1851 los funcionarios de Amecameca, en las montañas de Chalco de camino a Cuautla, exigieron la resolución de una vieja disputa por tierras, citando una vez más el precedente de Toluca. Amenazaron con hacer uso de la violencia en los campos; luego fueron ante el juzgado en una diputa que continuó hasta 1855.[22] La mayoría de las protestas en Chalco, no obstante, respondían directamente a las nuevas ofensivas de las haciendas.

Cuando Riva Palacio construyó una presa para expandir la irrigación en Asunción en 1849, ésta inundó tierras comunitarias en las jurisdicciones de Chalco y Temamatla. Los habitantes de estas aldeas amenazaron con romper la presa; un funcionario local escribió a Riva Palacio para buscar un arreglo, mientras los descontentos aumentaban. Cuando el proyecto se completó, quedó claro que las aguas recién reunidas irrigarían tierras que eran propiedad de la aldea de Cuicingo. La hacienda se las adjudicó y los aldeanos se amotinaron. Riva Palacio convenció a los funcionarios de Temamatla de ofrecer tierras alternativas a los desposeídos. Los campesinos enojados respondieron con la construcción de una presa improvisada que bloqueaba el río sobre la nueva estructura de Riva Palacio, drenando así su sistema de irrigación. Un tribunal ordenó la destrucción de la presa de los campesinos; los funcionarios locales informaron que no podían aplicar la resolución sin desatar la violencia. No se conoce cuál fue la resolución final, pero en 1850 Asunción cultivaba en campos irrigados en Cuicingo.[23] Expandir la irrigación condujo a transgresiones y disputas, y no todas las resoluciones favorecieron a las haciendas. Para plantar alfalfa, Tomacoco usurpó aguas que desde hacía mucho compartía con los aldeanos de los alrededores. Las comunidades acudieron a los juzgados y ganaron.[24]

La disputa más intensa, duradera y violenta en Chalco, ocurrida en las décadas de 1840 y 1850, dispuso a San Francisco Acuautla contra la hacienda de Zoquiapan, propiedad de la familia Villaurrutia, heredera de los antiguos marqueses de Castañiza. Las disputas entre Acuautla y Zoquiapan por los montes y otros recursos databan de mediados del siglo XVIII.[25] En 1849, la hacienda comenzó a construir un nuevo sistema de irrigación para capturar agua de las montañas y canalizarla hacia los campos de la hacienda. El conflicto no tardó en presentarse. Con las nuevas obras de irrigación, la gente de Acuautla, en las montañas al noreste de Chalco, perdió tierras de cultivo, pasturas y bosques.

La comunidad contrató a un abogado de la ciudad de México, de nombre Luis María Aguilar, para que la representara. Éste visitó Acuautla a principios

[22] MRP, 5484, 16 de octubre de 1851; 5683, 15 de marzo de 1855.

[23] MRP, 3046, 5 de marzo de 1849; 3080, 31 de julio de 1849; 3721, 13 de julio de 1849; 3723, 14 de enero de 1850; 3912, 5 de marzo de 1850; 4252, 5 de junio de 1850.

[24] MRP, 7113, 27 de octubre de 1857.

[25] Alejandro Tortolero Villaseñor, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920,* Siglo XXI Editores, México, 2008, pp. 201-211 y 230-243.

de octubre. Para protegerse de los costos políticos que implicaba ayudar a una comunidad a pelear contra una importante familia de terratenientes, Aguilar escribió a Riva Palacio. Su carta revela mucho de la visión de los liberales sobre los habitantes del campo en relación con los conflictos que los ocupaban.

La comunidad recibió a Aguilar con fuegos artificiales y música de fiesta. Él vio autodenigración, culpando de ello a los sacerdotes rurales que trataban a los feligreses como animales de carga. La solución de Aguilar fue: eliminar la distinción entre "gente de razón" e "indios". El abogado proclamaba que todas las personas, incluso los indios, tenían razón. Debían asignárseles apellidos españoles, útiles para los contratos, los impuestos y el reclutamiento en las milicias.[26] A la gente de Acuautla le hubiera gustado saber que su abogado creía que ellos también tenían razón humana; su interés en los impuestos y las milicias la hubiera angustiado. Quizá hubieran sonreído ante su suposición de que un saludo deferencial revelaba autodenigración. Cuando Aguilar fracasó en el juzgado, la gente de Acuautla demostró que tenía autoestima y valor en abundancia.

A inicios de 1850, un juzgado falló a favor de Zoquiapan. Sólo una pequeña fracción de las tierras disputadas fueron para Acuautla; la hacienda recibió el resto. Ese fallo se implementaría con una agrimensura judicial de los campos, que es descrita por el administrador de la hacienda:

> A lo largo de la mañana no hubo ningún problema. Y aunque la gente del pueblo vino en masa a afirmar que se les debía el doble de las tierras que se les asignaron, el juez les dijo que, dada la participación de su representante, no podían participar en los procedimientos […] La medición continuó y los indios regresaron a sus casas.
>
> Pero en la tarde un líder de la comunidad llegó y le dijo al juez que, si la agrimensura continuaba, no podría controlar las consecuencias, dada la volatilidad de los habitantes del pueblo. El juez dijo que carecía del poder para suspender la agrimensura, pues estaba ejecutando una orden del juzgado. Apenas había terminado de responder cuando llegó la comunidad, avanzando en formación cerrada, armada con piedras y palos. Desarmados, el juez y sus asistentes consideraron prudente retirarse a Chalco y suspender los procedimientos.
>
> El ataque convirtió a los indios en amos de los campos y dejó en un lamentable aprieto a la autoridad que supuestamente debe inspirar respeto. Creo que el juez pedirá ayuda para completar la medición e imponer respeto con la fuerza armada, el único recurso que queda. Como usted conoce los precedentes de este suceso y conoce a la gente de Acuautla, excúseme por repetir otro ejemplo de su insubordinación y de las pérdidas que han impuesto en la hacienda. Pero estará de acuerdo con la necesidad de limitar su continua insolencia. Por consi-

[26] MRP, 3270, 11 de octubre de 1849.

guiente, le imploro que tome los pasos necesarios para que no acaben con todos nosotros.[27]

A inicios de marzo de 1850, el prefecto de Texcoco envió a 15 hombres armados que montaron guardia para hacer posible que se completara la medición del campo.[28] Sin embargo, la disputa no terminó. La gente de Acuautla regresó a los juzgados y, a inicios de 1851, consiguió un fallo más favorable, obteniendo dos caballerías adicionales, aproximadamente 85 hectáreas. Seguían enojados y quizá el viraje del juzgado a su favor los alentó. La implementación de la segunda resolución exigió 50 guardias armados. Los campesinos atacaron con palos y piedras, pero no pudieron evitar que se completara la medición. El comandante de la guardia llegó a la conclusión de que la gente de Acuautla "nunca aceptará ninguna resolución que no sea de su agrado".[29]

La disputa continuó. Después de la segunda resolución, se reanudaron las obras de construcción para la irrigación. Los aldeanos respondieron bloqueando a los trabajadores y tomando sus herramientas; guardias armados las recuperaron, lo que permitió que las obras continuaran. En mayo de 1851 el conflicto cobró tintes violentos. Los aldeanos obstruyeron el trabajo, al tiempo que seguían recolectando leña y pastoreando animales en las tierras disputadas. Los administradores comenzaron a incautar el ganado de los aldeanos. Las tensiones aumentaron, lo que llevó al dueño de la hacienda a usar sus influencias para persuadir al ministro de Defensa, Mariano Arista, de que enviara tropas para sofocar lo que ahora recibía el apelativo de un "motín indio".[30]

El dueño visitó Zoquiapan unos días antes de la llegada de las tropas. A llegar, dos líderes de Acuautla estaban con el administrador, exigiéndole que se les regresara su ganado. Cuando el administrador se rehusó, estalló una pelea en la que resultó herido por varios golpes de machete. Murió más tarde. Otros empleados de la hacienda respondieron con armas de fuego, frenando a los aldeanos, hasta que, cerca del anochecer, llegó una fuerza miliciana más grande, que los obligó a regresar a Acuautla. A la mañana siguiente, 50 hombres de la Guardia Nacional de Chalco (en su mayoría empleados de la hacienda armados) fueron a Acuautla y capturaron a uno de los dos líderes y a otros 35 presuntos insumisos.

El conflicto armado terminó antes de que la caballería armada llegara desde la ciudad de México. Aun así, el dueño de Zoquiapan seguía ansioso. Los habitantes de Acuautla se habían vuelto demasiado audaces y sólo la

[27] MRP, 3804, 31 de enero de 1850.

[28] MRP, 3902, 4 de marzo de 1850.

[29] MRP, 4955, 10 de enero de 1851.

[30] MRP, 5015, 6 de febrero de 1851; 5023, 8 de febrero de 1851; 5172, 10 de mayo de 1851; 5178, 13 de mayo de 1851.

Guardia Nacional pudo contenerlos (un proceso que tomó tiempo y perturbó las operaciones de la hacienda). Por ello escribió a Riva Palacio exigiendo un castigo rápido y severo para los "rebeldes" y que la policía protegiera los derechos de propiedad.[31]

Dos semanas después, la gente de Acuautla volvió a amenazar a Zoquiapan. El dueño ofreció una solución: pagaría a la comunidad por las tierras que se le adjudicaba si los aldeanos se mudaban a otra parte del estado.[32] ¿Acaso esa oferta mostraba su falta de confianza en las propias aseveraciones sobre las tierras de la hacienda, a pesar de las victorias en los juzgados? ¿Era un reflejo de dudas sobre la capacidad del Estado para aplicar los fallos del juzgado? Sin duda daba cuenta de su ignorancia acerca de los valores de la comunidad. El dinero y la reubicación forzada no compensarían la pérdida de tierras tradicionales y suseparación de las preciadas capillas. En ese momento, la disputa entre Zoquiapan y Acuautla desaparece de la correspondencia de Riva Palacio. Al estallar un levantamiento más amplio en 1868, los hombres de Acuautla lideraron a sus vecinos cuando éstos atacaron haciendas y exigieron tierras.

La solución del Estado: una policía rural

Los conflictos que comenzaron a finales de la década de 1840 dejaban claro que el equilibrio que alguna vez mantuvieron el dinamismo de la plata, las explotaciones simbióticas y la mediación judicial había desaparecido. La interdependencia desigual de haciendas y comunidades seguía estando ahí; pero, con el derrumbe de la plata en una época de inestabilidad política, el poder comercial de las haciendas declinó, mientras las autonomías de las comunidades se mantenían. Cuando nuevas oportunidades comerciales posibilitaron la expansión y la innovación en las haciendas en la década de 1840, las comunidades se movilizaron para defender tierras y autonomías, descubriendo que no podían confiar en los juzgados de la era nacional para que mediaran resoluciones. Los tribunales y los estados respaldaban principalmente a los operadores de las haciendas, quienes solían ser actores políticos poderosos. No obstante, si bien los juzgados favorecían a los propietarios, el Estado tenía pocos medios para hacer valer sus fallos. Mientras los operadores de las haciendas encarrilaban sus ganancias, el Estado revelaba una debilidad duradera, lo que era una receta para los conflictos.

Los terratenientes de Chalco y los líderes del Estado de México, fusionados en Riva Palacio, vieron una solución en los poderes policiacos. Durante

[31] MRP, 5177, 13 de mayo de 1851; 5178, 13 de mayo de 1851; 5023, 11 de mayo de 1851; 5207, 2 de junio de 1851.

[32] MRP, 5189, 23 de mayo de 1851.

décadas, en conversaciones, los poderosos habían imaginado nuevas fuerzas de coacción. Al finalizar la década de 1840, los estados de todo México comenzaron a fundar policías rurales.[33] En el Estado de México, la legislación se aprobó en octubre de 1849; a la vez, surgían conflictos en todo el centro. En diciembre, el subprefecto de Chalco llamó a una reunión de los operadores de las haciendas para implementar la ley.[34] Su intención era forjar una alianza entre los productores comerciales y los poderes del Estado.

A inicios de 1850, Chalco disponía de una pequeña fuerza, integrada por muchos menos hombres de los deseados. Los recibos de impuestos eran bajos y los funcionarios no podían financiar la totalidad de la unidad. El destacamento se armó con 50 rifles enviados por el Ministerio de Defensa. Más tarde, ese año, una segunda "reunión de propietarios" buscó fondos para incrementar el personal policial.[35] Mientras tanto, una reserva remplazaría a los "dependientes armados" de los terratenientes locales. Los policías serían agentes de los intereses empresariales; aun así, los problemas financieros atravesados por los operadores de las haciendas hicieron que la fuerza siguiera teniendo poco personal. En diciembre de 1851, otra reunión de propietarios buscó fondos para la policía, logrando pocos resultados.[36]

En 1855, nuevos disturbios locales, más intensos en torno a Cuernavaca y evidentes en todo el corazón, llevaron al subprefecto a intentar, otra vez, fortalecer a la policía de Chalco. Imaginaba una patrulla montada, pero su erario no podía financiarla. Así, volvió a recurrir a los operadores de las haciendas, pidiéndoles que contribuyeran con caballos o con dinero para comprarlos. Aunque su propuesta les gustó, dijeron que tenían escasez de efectivo y la mayoría no pagó sus cuotas. A principios de 1856, la patrulla sólo estaba guarnecida y abastecida en parte; el subprefecto amenazó con multar a los terratenientes que no contribuyeran. Descubrió que de los operadores de las haciendas de Chalco no podían extraerse 4800 pesos anuales —el costo de 20 hombres armados y a caballo—.[37] Los empresarios de Chalco querían que la policía los protegiera de aldeanos prestos a desafiar sus adjudicaciones de tierras y de agua. Las dificultades financieras, que la resistencia comunitaria mantenía, bloqueaban el financiamiento. El problema (la autonomía comunitaria) impedía la solución: una policía al servicio del poder terrateniente. Ese *impasse* estaba vigente cuando los liberales tomaron el poder nacional en 1855.

[33] González Navarro, *Anatomía…, op. cit.,* pp. 123-124.

[34] MRP, 3575, 10 de diciembre de 1849.

[35] MRP, 3902, 4 de marzo de 1850; 4452, 13 de julio de 1850; 4718, 10 de octubre de 1850; 4815, 29 de octubre de 1850.

[36] MRP, 5207, 2 de junio de 1851; 5543, 2 de diciembre de 1851.

[37] MRP, 5701, 15 de junio de 1855; 5807, 2 de octubre de 1855; 5869, 6 de marzo de 1856; 5870, 8 de marzo de 1856; 7255a, 10 de enero de 1859.

La solución de los liberales nacionales: la privatización de las tierras comunitarias

El objetivo de terminar con los derechos comunales de propiedad (el dominio eminente arraigado en las históricas repúblicas indígenas descrito por Espinosa de los Monteros en Iztacalco en la década de 1830) había marcado el liberalismo hispánico desde la Constitución de Cádiz de 1812. Los intentos de legislar la privatización en varios estados mexicanos en la década de 1820 y, una vez más, a finales de la de 1840, tuvieron pocos resultados, ya sea porque fracasaron en legislaturas que temían incrementar el descontento o resultaron imposibles de implementar por estados con poderes limitados. Incluso, el último gobierno de Santa Anna de principios de la década de 1850 debatió una legislación de ese tipo.[38] Durante décadas, los liberales mexicanos estuvieron anunciando su meta de socavar la autonomía comunitaria. La privatización rompería el vínculo primario que unía a notables locales y plebeyos que cultivaban en defensa de derechos y recursos. Abriría tierras desde mucho tiempo atrás sujetas a la venta y acumulación dentro de las comunidades a nuevas concentraciones, y los forasteros estarían en libertad de participar. Los habitantes de Chalco lo entendían; a la vez, percibían que la debilidad del Estado impedía la implementación. En 1856, cuando los liberales de la nación convirtieron la privatización en una política nacional, estaban listos.

El ascenso al poder de los liberales conllevaba una paradoja. Tomaron el gobierno en 1855, gracias a la capacidad de Juan Álvarez, heredero político de Vicente Guerrero, de movilizar fuerzas desde las faldas del Pacífico a través de la cuenca de Cuernavaca, con base en una historia famosa de apoyo comunitario a los derechos agrarios. Una vez en el gobierno, no obstante, los liberales nacionales, muchos de ellos terratenientes y profesionales urbanos, expulsaron a Álvarez, abriendo el camino a la privatización.[39] La Ley Lerdo del 25 de junio de 1856 decretaba que todas las "fincas rurales y urbanas" que tuvieran corporaciones civiles y eclesiásticas "se [adjudicarían] en propiedad de los que las tienen arrendadas". Daba a los arrendatarios y ocupantes tres meses para reclamar la pertenencia antes de que fueran subastadas.[40]

[38] González Navarro, *Anatomía…, op. cit.,* pp. 142-143; Donald Fraser, "La política de desamortización en las comunidades indígenas, 1856-1872", *HM,* vol. 21, núm. 4, 1972, pp. 618-627; Antonio Huitrón, *Bienes comunales en el Estado de México,* Gobierno del Estado de México, Toluca, 1972; Margarita Menegus Bornemann, "Ocoyoacac. Una comunidad agraria en el siglo XIX", *Estudios Políticos,* vol. 6, núms. 18-19, 1979, pp. 81-112.

[39] Guardino, *Peasants…, op. cit.,* detalla el papel clave que Álvarez desempeñó en el ascenso al poder de los liberales.

[40] Miguel Lerdo de Tejada, *Memoria de la Secretaría de Hacienda…,* Vicente García Torres, México, 1857, pp. 3-6.

Fallos posteriores esclarecieron que la intención era acabar con el dominio eminente de las comunidades.[41]

Los aldeanos de Chalco lo entendían y rápidamente organizaron la resistencia. El 19 de agosto, el subprefecto informó que, en la elevada Amecameca y en San Gregorio Cuautzingo, cerca de La Compañía, "hay reuniones secretas de indios, parecen oponerse a la implementación de las leyes del pasado 25 de junio y tomar por la fuerza algunas tierras de las haciendas".[42] Los habitantes de las aldeas estaban listos para defender los derechos de la comunidad; esparcieron rumores de un contraataque contra las tierras de las haciendas. A principios de septiembre, el administrador de Asunción le escribió a Riva Palacio:

> Anoche estuve en Temamatla y me dijeron lo siguiente muy en secreto: que don Francisco de Sales en varias noches, cuando los ciudadanos se han retirado ya para que nadie pueda observar sus actividades, ha reunido en su casa a gente de Chalco, Zula, Cocotitlán, San Gregorio, Tlapala, Chimalpa, etc., para discutir una guerra de castas […] que una de estas noches a una hora designada atacarán a las familias de razón en los pueblos y las haciendas.

Esa conspiración había iniciado seis semanas antes y el levantamiento planeado sólo esperaba la compra de armas: era momento de dejar atrás la defensa con piedras, palos y machetes. El administrador solicitó rifles para defender la hacienda; las noticias le resultaron tan amenazantes que no las comunicó a los empleados de la hacienda, quienes se llevarían la peor parte en cualquier ataque.[43]

No llegó ninguno. La amenaza funcionó. Si bien unas cuantas propiedades arrendadas para generar ingresos al pueblo pasaron a los arrendatarios en 1856, la Ley Lerdo no se aplicó de forma general en Chalco. Los aldeanos no reclamaron sus parcelas como propiedad privada; los forasteros no estaban listos para denunciar las tenencias de la comunidad una vez que pasó el límite de los tres meses. Chalco está casi completamente ausente de las listas de propiedades enajenadas en el Estado de México en los últimos seis meses de 1856.[44]

La oposición comunal y las amenazas de violencia no se limitaban a Chalco.[45] Para el otoño, Lerdo reconocía que la mayoría de los campesinos estaban ignorando la ley de reforma, pero creía que estaban confundi-

[41] *Ibid.,* pp. 4-5, 25, 70-71, 324-389; Fraser, "La política…", *op. cit.,* pp. 632-634; Thomas G. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México, 1850-1870,* SEP, México, 1974, p. 140.

[42] MRP, 5915k, 19 de agosto de 1856.

[43] MRP, 5915m, 2 de septiembre de 1856.

[44] Powell, *El liberalismo…, op. cit.,* p. 71; Lerdo de Tejada, *Memoria…, op. cit.,* pp. 324-389.

[45] Lerdo de Tejada, *Memoria…, op. cit.,* pp. 113-116 y 156-161.

dos; asimismo, observó que la mayoría no podía pagar los costos de las agrimensuras, los títulos y los impuestos, por lo que emitió una nueva norma: las tierras valuadas en menos de 200 pesos pasarían automáticamente a sus ocupantes: sin impuestos, ni medición, ni título. Su meta era "la paz pública, el bienestar de las clases más desamparadas, y la implementación […] de las normas dictadas para la movilización de la propiedad".[46] La norma acababa con la necesidad de implementar la Ley Lerdo según se aplicaba a las pequeñas tenencias comunitarias. El régimen podía anunciar que la reforma se había completado; los aldeanos podían continuar como siempre. No obstante, había problemas: los aldeanos seguirían teniendo y cultivando sus milpas; el Estado podía considerarlas propiedad privada y rehusarse a reconocer los títulos comunitarios y las familias no tendrían los títulos de sus parcelas.

La resolución de Lerdo en octubre también estipulaba la meta del régimen de privatizar las tierras comunales: movilizar la propiedad. Para los liberales, la movilización promovía la expansión comercial; para los campesinos, amenazaba las autonomías. El hecho de que la propiedad estuviera abierta a la venta y la herencia sólo entre vecinos había protegido las bases de subsistencia (sin importar cuán limitadas fueran) de las familias rurales y había forjado un interés común entre los notables y plebeyos locales. A pesar de las desigualdades, todos dependían de las tierras comunales y las defendían. La privatización expandiría las desigualdades y permitiría que los forasteros compraran pastizales, bosques y propiedades arrendadas para obtener ingresos. Asimismo, reduciría el interés de los notables locales por defender los derechos comunitarios. La reforma liberal debilitaría la capacidad de los aldeanos de defender en conjunto las autonomías de las haciendas y el Estado.

La carta enviada por un operador de hacienda a Riva Palacio en abril de 1857 revela qué esperaban los empresarios de Chalco de la Ley Lerdo. Él se quejaba de que las tierras comunales no se hubieran dividido y privatizado, presionando en busca de una rápida actuación. Insistía en que sólo el fin de los derechos comunitarios terminaría con los conflictos entre las comunidades y los terratenientes.[47] Los empresarios politizados compartían en su correspondencia lo que no podían declarar en público: la meta de la privatización era minar la autonomía y la cohesión de la comunidad para facilitar la expansión comercial bajo el control empresarial.

La Ley Lerdo se incluyó en la Constitución liberal de 1857, que Riva Palacio y su hijo Vicente ayudaron a redactar. Hubo poco debate y la votación fue de 76 contra tres.[48] La nueva Constitución generó una oposición generalizada, concentrada en sus ataques a los poderes y propiedades de la Iglesia.

[46] *Ibid.,* pp. 58-59.
[47] MRP, 6421, 13 de abril de 1857.
[48] Powell, *El liberalismo…, op. cit.,* p. 82.

La falta de debate en torno a la privatización comunitaria demostraba que era una reforma que contaba con un consenso amplio entre los poderosos. Los políticos y sus aliados terratenientes no defendieron los derechos comunitarios. La ideología liberal del individualismo económico complementaba el deseo de los empresarios con tierras de limitar las autonomías comunitarias. El objetivo del decreto de privatización de 1856 era fortalecer al Estado y promover la agricultura comercial, debilitando la cohesión de las comunidades al tiempo que sus tierras se abrían a las acumulaciones del mercado.[49]

Aun así, la división política provocada por el ataque liberal contra la Iglesia hizo difícil implementar la Ley Lerdo de cara a la oposición comunitaria. Pero los liberales conocían la solución: iniciaron la construcción de una policía rural nacional.[50] Sin embargo, la división política, la debilidad del Estado y los ingresos acotados bloquearon su implementación. Los campesinos de Chalco y de otras partes veían cómo los empresarios políticos desafiaban sus autonomías a la vez que revelaban poca capacidad de gobierno. Los líderes nacionales se alejaron de las mediaciones judiciales que sostuvieron el poder español; preferían una policía que no podían financiar. Cuando comenzó la guerra política en 1858, las comunidades conservaron sus autonomías.

Guerras políticas y crisis de las haciendas, 1857-1867

Los liberales que decretaron la Ley Lerdo y escribieron la Constitución de 1857 imaginaban que estaban al frente de transformaciones que estabilizarían la política mexicana y fortalecerían la vida comercial. En su lugar desataron una década de guerras políticas: la Guerra de Reforma entre liberales y conservadores apoyados por la Iglesia entre 1858 y 1860, una victoria liberal que traería un breve respiro; luego, una invasión francesa respaldada por conservadores mexicanos desesperados que llevó al triunfo liberal el 5 de mayo de 1862, a la ocupación francesa en 1863 y posteriormente al imperio de Maximiliano, respaldado por los franceses, apoyado por los conservadores y disputado por los liberales, de 1864 a 1867. La producción de plata y las industrias textiles siguieron creciendo durante la década de guerra política; la economía de las haciendas de Chalco volvió al caos.

El comienzo de los conflictos políticos en abril de 1857 hizo que los operadores y los administradores de las haciendas en Chalco vieran una forma de incrementar el control social: un encuentro de "los ciudadanos más honorables y ricos" compiló listas de los "habitantes más perniciosos" de la

[49] *Ibid.,* pp. 87-89; Fraser, "La política…", *op. cit.,* p. 627; MRP, 6350, 28 de marzo de 1857; 6435, 18 de abril de 1857; 6458, 24 de abril de 1857.

[50] Paul Vanderwood, *Disorder and Progress. Bandits, Police, and Mexican Development,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1981 [*Desorden y progreso. Bandidos, policía y desarrollo mexicano,* trad. Félix Blanco, Siglo XXI Editores, México, 1976].

región, para que fueran reclutados por los ejércitos liberales.[51] Con todo, la guerra no tardó en escapar de su control, social o político. Conforme las batallas se acercaban a Chalco, terratenientes, oficiales, administradores de haciendas y mercaderes de los pueblos huyeron a la ciudad de México.[52] Durante dos años, las comunidades de Chalco quedaron solas con sus recursos, reforzando sus autonomías mientras las facciones de poderosos peleaban batallas mortales.

Al regresar en 1859, los liberales vieron "bandidismo" por todas partes. La respuesta del gobierno de Benito Juárez fue, una vez más, construir una policía rural. Los operadores de haciendas de Chalco prometieron cooperar, pero nuevamente los débiles ingresos volvieron escasos los fondos para reclutar, armar y pagar a la policía.[53] La coacción social era la meta; la coerción efectiva seguía siendo imposible. Las autonomías de las comunidades se mantuvieron.

Durante 1861, un año de paz política antes de la llegada de los franceses, el gobierno de Juárez consideró algunos proyectos comerciales. En abril otorgó a "los Sres. Abreu" un estatuto para recaudar dos millones de pesos (vendiendo 2 000 acciones con un valor de 1 000 pesos cada una) destinados a construir un ferrocarril desde la capital hasta Chalco. El gobierno compraría 200 acciones, para lo que invertiría 200 000 pesos, un décimo del costo, que serían pagados con fondos de la venta de propiedades eclesiásticas. La ruta pasaría por la ciudad de Mixcoac, a través de Coyoacán y Tlalpan, hasta llegar a Chalco.[54] El objetivo era mejorar el transporte y los viajes desde la capital hasta Chalco a través de las comunidades chinamperas. Sin embargo, esa ruta ya tenía el tránsito más eficiente del valle de México, gracias a los canales tradicionales y a los barqueros indígenas cuyas canoas transportaban bienes y personas de manera fácil y barata. El servicio de trenes agilizaría el transporte, pero era poco probable que lo hiciera más barato; sustituiría a los barqueros de Iztacalco, Xochimilco y Chalco, y generaría ganancias para los empresarios ferrocarrileros.

[51] MRP, 6473, 27 de abril de 1857.

[52] MRP, 6718, 4 de julio de 1857; 7007, 23 de septiembre de 1857; 7079, 12 de octubre de 1857; 7098, 19 de octubre de 1857; 7102, 21 de octubre de 1857; 7108, 24 de octubre de 1857; 7113, 27 de octubre de 1857; 7175, 4 de enero de 1858; 7228, 2 de septiembre de 1858; 7232, 3 de noviembre de 1858; 7237, 12 de noviembre de 1858; 7241, 2 de diciembre de 1858; 7242, 3 de diciembre de 1858; 7243, 6 de diciembre de 1858; 7241, 2 de diciembre de 1858; 7243, 6 de diciembre de 1858; 7246, 18 de diciembre de 1858; 7248, 31 de diciembre de 1858; 7252, 8 de enero de 1859; 7253, 8 de enero de 1859; 7254, 9 de enero de 1859; 7256, 10 de enero de 1859.

[53] MRP, 7255a, 10 de enero de 1859; 7256, 10 de enero de 1859; 7260, 16 de enero de 1859; 7262, 21 de enero de 1859; 7265, 22 de enero de 1859; 7288, 16 de mayo de 1859; 7306, 22 de diciembre de 1859; 7307, diciembre de 1859; 7402, 25 de mayo de 1860; 7419, 12 de agosto de 1861; 7422, 3 de septiembre de 1861; 7441, 22 de enero de 1862; 7457, 21 de abril de 1862. *Vid.* también Vanderwood, *Disorder…, op. cit*.

[54] *Estatutos de la Empresa del Ferro-carril de México a Chalco,* Imprenta de J. Abadiano, México, 1862, acta constitutiva, 26 de abril de 1861, pp. 3-5.

En agosto de 1862, un estatuto revisado cambió la ruta para que pasara al poniente, por Tacubaya, luego al sur a través de Mixcoac y San Ángel, hasta llegar a Tlalpan y extenderse hacia Chalco.[55] ¿Acaso protestaron los barqueros de las comunidades canaleras? La nueva ruta pasaba por los retiros de fin de semana favoritos de las principales familias de la capital y tomaba más tiempo para llegar a Chalco. Al servir a los acomodados y limitar los conflictos con los barqueros, el cambio cumplía dos propósitos. Una economía débil y un erario vacío retrasaron su construcción.

El conflicto político y la inestabilidad social reaparecieron con la invasión francesa de 1862. Cuando los invasores tomaron la ciudad de México en 1863, siguieron los pasos de los liberales mexicanos, considerando que la policía era el remedio para la agitación social. Llamaron a reuniones de hacendados en Chalco, buscando fondos para la policía y el equipamiento.[56] Puede decirse que en la década de 1860 sólo había dos políticas en las que todos los políticos estaban de acuerdo: la privatización de tierras para debilitar a las comunidades y la policía como una forma de imponer la privatización y otras políticas en las comunidades que se resistieran.[57]

Siendo incapaces de implementar ninguna de esas medidas en tiempos de guerra política, las dificultades de las haciendas en Chalco se agravaron de 1857 a 1867. En octubre de 1857, el dueño de Tomacoco enfrentó deudas que lo obligaron a vender rápidamente para satisfacer a los acreedores. Ningún comprador se presentó, por lo que ofreció parcelas a los dueños de las haciendas vecinas.[58] En junio de 1858, el clan Villaurrutia tuvo que alquilar Zoquiapan y el pago fue directamente a los acreedores.[59] Los habitantes de Acuautla sin duda se deleitaron con la bancarrota. Mientras tanto, las facciones en guerra consideraban las haciendas de Chalco como fuentes de fondos escasos. Durante 1860, los liberales impusieron préstamos obligatorios que costaban 1 000 pesos a un propietario grande.[60] Muchos no podían pagar o no lo harían, sin importar si la exigencia venía de amigos o enemigos políticos. Un comandante liberal embargó una hacienda que no pagó 500 pesos.[61]

[55] *Ibid.,* revisiones y añadidos, agosto de 1862, pp. 7-15.

[56] MRP, 7526, 5 de febrero de 1863; 7527, 7 de febrero de 1863; 7528, 10 de febrero de 1863; 7531, 25 de febrero de 1863; 7533, 11 de marzo de 1863; 7543, 25 de marzo de 1863; 7555, 13 de mayo de 1863; 7558, 24 de mayo de 1853; 7559, 25 de mayo de 1863; 7597, 16 de agosto de 1863; 7605, 3 de diciembre de 1864; 7613, 27 de enero de 1865; 7679, 6 de julio de 1866.

[57] Véase Erika Pani, *Una serie de admirables acontecimientos. México en el mundo en la época de la Reforma,* Ediciones Educación y Cultura, México, 2013.

[58] MRP, 7113, 27 de octubre de 1857.

[59] MRP, 7212, 8 de junio de 1858; 7217, 19 de julio de 1858.

[60] MRP, 7331, 22 de junio de 1860; 7336, 11 de julio de 1860; 7352, 30 de noviembre de 1860.

[61] MRP, 7440, 21 de enero de 1862; 7712, 4 de enero de 1867; 7712a, 5 de enero de 1867; 7712b, 6 de enero de 1867.

Dos casos de crisis de propiedad ilustran el derrumbe de las ganancias durante la década de agitación en Chalco. Tres hermanas Garrido, todas ellas menores de edad, heredaron Atoyac en 1855. Habían rentado la propiedad, pero, cuando terminó el contrato en 1859, el arrendatario la dejó, argumentando la imposibilidad de obtener ganancias. Riva Palacio, el tutor de las hermanas, buscó un nuevo arrendatario. No se presentó ninguno, así que rentó la hacienda a su hijo Vicente. Esto hizo más profundos los problemas de Riva Palacio, por lo que intentó hacer una sociedad con el administrador residente.

No hubo ganancias: en 1855, 1859, 1861, 1862 y 1864, los gastos, que incluían el pago de impuestos especiales, préstamos forzados y los costos de amortizar las hipotecas de la iglesia se elevaron a un promedio de 1 000 pesos al año. Riva Palacio no vio otra opción más que vender la hacienda en 1864, un momento de paz mientras el poder francés se instalaba y Maximiliano comenzaba a gobernar. Un comprador hizo una oferta y compró Atoyac en apenas 40 000 pesos.[62]

Atilano Sánchez se enfrentó a problemas similares. Otrora notario en jefe del Banco hipotecario de la Catedral de la ciudad de México, usó su acceso favorecido a créditos para comprar haciendas. En la década de 1830 era dueño de El Moral y ayudaba a financiar otras propiedades. Incapaz de superar los desafíos comerciales y comunitarios, vendió El Moral y compró Buenavista, cerca de Apan, en la zona pulquera al noreste. Para incrementar su valor y sus ganancias durante la apertura comercial de inicios de la década de 1850, tomó prestados 10 000 pesos, que destinó a mejoras. Cuando las guerras y las perturbaciones comerciales regresaron después de 1857, no pudo pagarlos. Intentó vender la propiedad, valuada en 125 000 pesos, pero no encontró ninguna oferta que superara los 115 000 pesos. Se mantuvo firme, con la esperanza de que la ocupación francesa trajera estabilidad y ganancias.

Las perturbaciones y exacciones continuaron; perdía 7 000 pesos al año. Vendió ganado e implementos para hacer frente a los gastos de operación; había que pagar a los trabajadores de la aldea. Finalmente, en 1866, vendió Buenavista a un miembro de la familia Martínez de la Torre por sólo 103 000 pesos. Sánchez consideraba que la venta fue un robo. El banquero, alguna vez prominente y dueño de haciendas, tuvo que vivir con 330 pesos al mes del nuevo dueño. Eso podría haber financiado un retiro tranquilo, pero Sánchez debía 180 pesos al mes a sus acreedores. Los 150 pesos que quedaban eran menos de lo que ganaba el administrador de una pequeña hacienda en Chalco. Sánchez perdió su lugar entre la minoría terrateniente.[63]

[62] MRP, 7313, 1 de marzo de 1860; 8019c, s. f. [1864].
[63] MRP, 7682, 20 de julio de 1866.

Adaptarse a la crisis: la aparcería

En un contexto de disrupciones políticas, exacciones financieras y comunidades reafianzadas en las autonomías, las haciendas de Chalco y del resto del corazón se volvieron hacia la aparcería. Su meta era reducir los costos mientras mantenían la producción; los arrendatarios, con frecuencia aldeanos, se encargaban de la siembra y la cosecha y obtenían la mitad del cultivo. Las haciendas podían tener ganancias haciendo pocos gastos; los campesinos consiguieron un nuevo control de la producción, reforzando sus autonomías. En una época de inestabilidad e incertidumbre comercial, la aparcería mantuvo la producción de la hacienda y la vida comunitaria, vinculándolas. Nuevas inestabilidades llegaron a los vínculos ya tensos de explotación simbiótica.

Durante la bonanza de la plata del siglo XVIII y las primeras adaptaciones a su colapso la aparcería era poco común en Chalco y en otras partes del núcleo. La primera referencia a esta práctica en esa zona aparece en 1856 (antes de la Ley Lerdo), cuando el administrador de Asunción informó que los aparceros sembraban parte del maíz de la hacienda y todos sus frijoles y garbanzos, que exigían mucho trabajo. En 1858, el administrador de Buenavista presumía de que había evitado que lo capturaran sus oponentes políticos simulando que era un aparcero.[64] En Asunción, entre 1867 y 1868, mientras los liberales retomaban el gobierno nacional, los aparceros sembraban la mitad del maíz de la hacienda, pero sólo cosechaban un cuarto de sus cultivos. Riva Palacio mantuvo irrigados los campos para el cultivo de la hacienda, reubicando las parcelas de secano para los aparceros de la aldea. Las lluvias escasas los dejaron con poca producción. Todos los frijoles y garbanzos de la hacienda quedaron en manos de los aparceros. Lo más revelador es que los tratos de aparcería no se celebraban con individuos sino con comunidades, siendo negociados por los líderes locales.[65] La aparcería reforzaba el poder de los notables e incrementaba la siembra y las autonomías de los habitantes de las aldeas, lo que potencialmente podría fortalecer las explotaciones simbióticas.

La gran hacienda de Jalpa, al norte de la ciudad de México, cuyos dueños eran los herederos de los condes de Regla, también se volvió hacia la aparcería durante la crisis de medio siglo. En un largo informe a Riva Palacio, que entonces supervisaba los negocios de la familia Regla, el administrador de Jalpa detallaba que la hacienda carecía de fondos para contratar mano de obra y sembrar y cosechar a tiempo. Los hombres de las aldeas cercanas no asistían sin pagos inmediatos en efectivo. Ello daba lugar a un

[64] MRP, 5915a, 5 de mayo de 1856; 5919c, 4 de junio de 1856; 5919d, 10 de junio de 1856; 7175, 5 de enero de 1856.

[65] MRP, 7920, 1868.

ciclo de falta de rentabilidad que se reforzaba a sí mismo. Riva Palacio entendía; había sido testigo de todo eso en Chalco. En la década de 1850, el administrador de Jalpa intentó rentar tierras para maíz a fin de obtener efectivo de los arrendatarios, pero las lluvias inciertas y la debilidad de los mercados hicieron que éstos alimentaran primero a sus familias. Para 1865, debían 4 406 pesos en rentas atrasadas. El año anterior, los aparceros habían cultivado 58% del maíz de Jalpa; para 1866, sembraban 72%.[66]

A diferencia de las haciendas de Chalco, Jalpa hacía contratos de aparcería con individuos, no con comunidades. Allí, la aparcería dispersaba los costos, las dificultades y las ganancias potenciales entre dependientes diversos y algunos aldeanos.[67] Un inventario de 1866 enlista 98 hombres: 51 empleados y 47 aparceros, de los cuales 20 desempeñaban ambos papeles. Un grupo de 15 eran administradores y cultivadores importantes: nueve ganaban salarios de entre 200 y 300 pesos al año; 13 cosecharon entre 200 y más de 2 000 fanegas de maíz, entregaban la mitad a la hacienda y conservaban el resto para sustento y para su venta. Había productores comerciales que abastecían a los mercados locales y a la ciudad de México. Los salarios como administradores financiaban los cultivos; con buenas lluvias podían prosperar.

Menos favorecido, pero con una comodidad sólida, había un grupo de 55 hombres y muchachos, incluidos 28 empleados y 39 cultivadores que ganaban salarios de entre 40 y 100 pesos al año y cosechaban entre 50 y 250 fanegas de maíz. La mayoría formaba parte de clanes que combinaban múltiples empleos y compartían arrendamientos. Los 55 aparceros principales de Jalpa sembraban maíz que producía 13 000 fanegas en un año promedio: los agricultores se quedaban con la mitad; la hacienda obtenía el resto para comercializarlo a un precio bajo. El administrador general y el principal aparcero ganaban un salario abundante: 25 fanegas en raciones anuales de maíz, conservando 1 000 fanegas de la mayoría de las cosechas. Una vez más, el administrador ganaba más que el dueño en tiempos de dificultades comerciales.

Pocos de los agricultores favorecidos eran habitantes de las aldeas. Un grupo de 11 hombres que vivían en comunidades cercanas, en efecto, sembraban maíz que produciría entre 25 y 100 fanegas; la mayoría cosechaba entre 50 y 70. Sus partes tenían un promedio de entre 25 y 35 fanegas; después del consumo familiar de entre 10 y 12 les quedaba un poco para venderlo en los mercados locales. Otro grupo pequeño mantenía una seguridad escasa en Jalpa. No eran aparceros sino empleados: seis adultos ganaban 48.5 pesos al año y 12.5 fanegas de raciones de maíz; seis muchachos reci-

[66] MRP, 7595a, 23 de mayo de 1864; 7594b, 18 de junio de 1864; 1795c, 21 de junio de 1864; 7612, 8 de enero de 1865; 7670, 28 de mayo de 1866.

[67] El inventario es PCRUN: "Inventario de los enseres y muebles de la Hacienda de Jalpa… Agosto de 1866". Véase John Tutino, "Family Economies in Agrarian Mexico, 1750-1910", *Journal of Family History,* vol. 10, núm. 3, 1985, pp. 258-271, esp. pp. 266-267, para una tabulación detallada de la aparcería.

bieron 24 pesos y seis fanegas. Descendientes de gañanes, todos seguían siendo dependientes de la hacienda (en 1866, ninguno tenía apellido; todos los demás empleados de la hacienda, agricultores y aldeanos, los tenían, un indicio de hispanización). Los ex gañanes eran seis padres y seis hijos; cada uno de los seis hogares patriarcales ganaba casi 75 pesos, además de más de 18 fanegas de maíz: un sustento sólido en el centro rural, una seguridad poco común en tiempos difíciles.

El inventario de Jalpa de 1866 documenta una dispersión de la producción de maíz que proporcionó oportunidades comerciales a algunos y un sustento sólido a más personas. No detalla las relaciones laborales. Menos de una docena de aldeanos obtuvieron tierras en partes, mientras las necesidades laborales para la siembra, el cultivo y la cosecha de 13 000 fanegas de maíz seguían siendo grandes y por temporadas. De forma inevitable, los trabajadores de la aldea seguían yendo a sembrar y cosechar. ¿Acaso aún se organizaban en cuadrillas dirigidas por capitanes locales? Se conservaba algo similar a la explotación simbólica; pero el cambio de un empleador grande a docenas de arrendatarios compartidos dispersó y complicó las relaciones laborales en formas que no podemos ver. Antes, un empleador reclutaba a muchos aldeanos; ahora había más empleadores que comunidades o cuadrillas de trabajo. ¿Acaso el poder laboral viró para favorecer a las aldeas con tierras y cohesión? La dispersión de la siembra trajo consigo un nuevo potencial para los conflictos entre los aparceros, que competían por trabajo, y las comunidades, que pugnaban por tener ventajas.

Las dificultades financieras de las haciendas y el viraje hacia la aparcería trajeron consigo ganancias para muchas comunidades. Al mismo tiempo, las inestabilidades cimbraron los vínculos de la explotación simbiótica, persistiendo los conflictos por las tierras. En Amecameca, en las tierras altas de Chalco debajo del Popocatépetl, una demanda fechada en 1744 involucraba a una comunidad que hacía frente al crecimiento poblacional contra la hacienda de San Antonio Abad y el rancho de San Pedro Mártir, en los años en que las haciendas comenzaron el cultivo comercial del maíz.[68] En 1833 las familias de la localidad protestaron contra la cesión de los montes, tierras elevadas boscosas, a las haciendas por el regidor decano de Amecameca. Los detalles son confusos, pero, sin duda, el decano y los terratenientes pretendían obtener ganancias en medio de las dificultades comerciales de la década de 1830.[69] En 1855, las haciendas y las tierras disputadas pasaron a Diego Arróyave y sus hermanos, en otra adjudicación de deudas. Entonces, en 1860, cuando los conflictos de la Guerra de Reforma disminuyeron, los aldeanos entraron a los montes para cortar madera y hacer leña. El administrador de los Arróyave exigió la "represión de los abusos"; los nuevos funcio-

[68] José Zubieta, *Sentencia definitiva… por el despojo del Monte de las Haciendas de S. Pedro Mártir y S. Antonio Abad,* Imprenta Literaria, México, 1865.

[69] Tortolero Villaseñor, *Notarios…, op. cit.,* pp. 243-245, explora también ese conflicto.

FIGURA VIII.1. *Maíz en los cerros de Chalco.*

FIGURA VIII.2. *La iglesia de Amecameca: centro de los montes de Chalco.*

narios de Amecameca declararon que las tierras eran "propiedad comunal".[70] En la nueva época de aserción comunitaria, los aldeanos invadían las tierras con el respaldo de los líderes locales. (Las milpas y la parroquia en la elevada Amecameca aparecen en las figuras VIII.1 y VIII.2, respectivamente.)

En marzo de 1860, los propietarios ganaron en los juzgados. Temiendo que se presentara resistencia, el Consejo de Amecameca, el Estado de México y el jefe político local se unieron para bloquear la implementación de la sentencia. Los hermanos Arróyave regresaron a los juzgados y ganaron una orden que confirmaba sus derechos en agosto de 1865, bajo el gobierno de Maximiliano. Incapaces aún de hacer cumplir su demanda, publicaron la sentencia original y su reafirmación. Llamaban a sus oponentes "la supuesta comunidad de Amecameca". El pueblo no pudo conservar las tierras porque ninguna comunidad era propietaria legal de tierras en 1865. No obstante, en el veredicto, el juez describía a los demandantes como "la comunidad y los ciudadanos del pueblo de Amecameca". Incluso, al fallar en su contra, el juez reconocía que la comunidad era un participante legítimo en la demanda. En 1865 el derecho a la propiedad comunal seguía sin saldarse y Amecameca conservaba los montes que el juez había otorgado a los terratenientes litigantes.

La ley y los juzgados podían negar los derechos de Amecameca y otras comunidades a la tierra; en el campo, los aldeanos de Chalco mantenían las pertenencias comunitarias y expandieron la producción gracias a la aparcería en campos que las haciendas no podían volver rentables. Las autonomías comunitarias se reforzaron (a pesar de la legislación liberal); se conservaban las explotaciones simbióticas que vinculaban a las haciendas que necesitaban trabajadores con los aldeanos que necesitaban salarios. También se desestabilizaron cuando los empresarios carecían de dinero para pagar salarios y los aldeanos incrementaron la siembra en acuerdos compartidos.

Rebelión, 1868

En junio de 1867 los ejércitos liberales volvieron a tomar la ciudad de México, seguidos de cerca por Juárez y su gobierno. La ocupación de la capital no garantizaba un gobierno efectivo, ni siquiera en regiones tan cercanas como Chalco. Con la partida de los ejércitos franceses, la deposición y ejecución de Maximiliano y la marginalización de los conservadores, los conflictos políticos se calmaron. Los liberales estaban al frente de un régimen con poca oposición. Aun así, las comunidades de Chalco, en todo el núcleo y en otras partes, desafiaron a la República Restaurada y su visión de una reforma liberal.

Los liberales en el poder seguían convencidos de la necesidad de privatizar las tierras comunitarias. En caso de que los campesinos presentaran

[70] Zubieta, *Sentencia…, op. cit.,* pp. 8-9.

resistencia —y los liberales sabían que lo harían—, respondería el poder policiaco.[71] Al reducirse las guerras políticas, el régimen restaurado se concentró en el control social. No obstante, las fuerzas de coacción siguieron siendo limitadas. Cuando, en su último jalón rumbo al poder, los liberales impusieron un último préstamo forzoso a las haciendas de Chalco, los operadores en apuros insistieron una vez más en que no podían pagar (algo que probablemente era cierto).[72] Mientras los liberales mostraban nuevamente sus metas firmes y su limitado poder, las comunidades de Chalco tomaron las armas para desafiar a las haciendas locales al iniciar 1868.

La planeación comenzó en Acuautla. Las primeras reuniones tuvieron lugar en la casa de Viviano Anaya, líder de las protestas previas contra la toma de tierras por Zoquiapan para expandir su irrigación y del que se decía que era responsable de la muerte del administrador de la hacienda en 1851. Claramente, los antiguos agravios formaban parte de esto, como también nuevos participantes e ideologías. Una proclamación emitida por Julio López el 2 de febrero lo dejó claro. Éste se declaraba un "verdadero liberal y patriota" y había luchado por la causa liberal. Afirmaba que no tenía quejas contra el régimen, pero llamaba a una rebelión contra las haciendas de Chalco.[73] López había sido empleado en una hacienda cercana a Texcoco y se unió al ejército liberal para deponer a los franceses, aliándose luego con el activista radical Plotino Rhodakanaty, un exiliado de las guerras sociales europeas. Promovía visiones anarquistas que fácilmente podían ser consideradas como una manera de llevar a una consecución lógica del liberalismo: una libertad sin Estado.[74] La ocupación francesa era un proyecto de Napoleón III, cuyo poder se había forjado en el crisol revolucionario de 1848 (conflictos que dieron origen al marxismo y a otras visiones radicales).[75] En 1868 la ocupación francesa había terminado; los sueños radicales seguían presentes.

Éstos encontraron un terreno fértil en las comunidades de Chalco.[76] Los conflictos históricos en defensa de las tierras y las autonomías encauzaban las quejas. López trajo una nueva organización. Un informe enviado a Riva Palacio el 4 de febrero, dos días después de la primera proclamación de López, hablaba de "terroristas" que llegaban a los 60 o 70 hombres, con el respaldo de los habitantes de aldeas ubicadas desde Coatepec hasta Huexoculco, en los cerros al este de Chalco. Acuautla ocupaba el corazón del levantamiento (la vista de sus montes comunales aparece en la figura VIII.3). El in-

[71] Powell, *El liberalismo…, op. cit.,* pp. 131-132; Fraser, "La política…", *op. cit.,* p. 652.

[72] MRP, 7721, 28 de marzo de 1867; 7723, 15 de abril de 1867.

[73] Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* p. 71.

[74] El análisis clásico de Rhodakanaty y López se encuentra en John Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931,* University of Texas Press, Austin, 1978 [*El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931,* trad. María Luisa Puga, Siglo XXI Editores, México, 1980].

[75] En esto pone énfasis Pani, *Una serie…, op. cit.*

[76] Tortolero Villaseñor, *Notarios…, op. cit.,* pp. 230-243, ofrece un análisis del levantamiento con diferentes énfasis.

FIGURA VIII.3. *Los montes de Acuautla: defendidos de los ataques liberales, 1845-1870 (invadidos ahora por la dispersión urbana).*

forme concluía expresando sorpresa ante la falta de saqueos o de violencia.[77] La proclamación de López hacía hincapié en su apoyo del régimen liberal y lo llamaba a mediar entre las comunidades de Chalco y las haciendas. Para el 18 de febrero las autoridades de la ciudad de México habían rechazado la invitación, enviando 50 tropas para que persiguieran a los rebeldes.[78] Cuatro días después, el administrador de La Compañía informó que los rebeldes activos seguían siendo un pequeño grupo de líderes a los que se sumaban algunos bandidos. La "gente de a pie" (los hombres que iban a pie a trabajar) no había tomado las armas.[79] El número limitado de integrantes posibilitaba la movilidad guerrillera, lo que resultó frustrante para las tropas.

El 23 de febrero López emitió una segunda proclamación, en la que llamaba a las comunidades a unirse para recuperar las tierras usurpadas por las depredadoras haciendas. Argumentaba que la larga costumbre de recurrir a los juzgados sólo conducía a promesas incumplidas y hacía que las comunidades perdieran tiempo y dinero.[80] Ese mismo día envió una advertencia a las tropas, amenazándolas con que, si no dejaban la región, se enfrentarían a consecuencias funestas. Los rebeldes y los volantes impresos circularon por los pueblos, las aldeas y las haciendas de todo Chalco, ofreciendo tierra a quienes tomaran las armas o proporcionaran sustento y ame-

[77] MRP, 7824, 4 de febrero de 1868.
[78] Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* p. 66.
[79] MRP, 7833, 18 de febrero de 1868.
[80] Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* p. 72.

nazando de muerte a toda oposición. El administrador de La Compañía informó que sus empleados fingieron estar enfermos o habían huido. Además, solicitó el envío de más tropas.[81]

Con las patrullas militares apostadas en Chalco, López encontró muchos simpatizantes, pero pocos que estuvieran dispuestos a tomar las armas. Para finales de febrero, su banda móvil se había reducido a menos de 20 hombres. Confiadas en que el levantamiento estaba en declive, las tropas partieron. Los primeros días de marzo fueron preocupantes para los administradores de las haciendas. Escucharon rumores de que el general Miguel Negrete, un liberal radical, estaba al frente del levantamiento, aunque no había evidencia de ello. Con la partida de las tropas, las filas de los rebeldes volvieron a aumentar, en respuesta a los ofrecimientos de tierras de las haciendas. Lo más inquietante era que los insurgentes seguían siendo rebeldes modelo: no hubo vandalismo ni violencia arbitraria. A todos los mantenían sus simpatizantes en las aldeas.[82]

Más tarde, las tropas regresaron, lideradas por el experimentado general liberal Rafael Cuéllar. El 6 de marzo, los líderes en Acuautla emitieron una proclamación detallando sus reclamos y propusieron soluciones. Narraban su prolongado conflicto con Zoquiapan: en diferentes ocasiones habían presentado los títulos de las tierras disputadas, pero "la justicia siempre favorecía a los poderosos". En fechas tan recientes como 1862, bajo el gobierno liberal, los líderes de cuatro aldeas habían llevado sus reclamos ante los juzgados, sólo para ser arrestados y reclutados en el ejército. Estaban seguros de que si el presidente Juárez conociera los hechos, no estaría de acuerdo. Un tribunal especial debía revisar los títulos de las tierras de Chalco; las haciendas debían presentar primero sus documentos; durante la revisión ni las haciendas ni los aldeanos usarían las tierras disputadas.[83] La gente de Acuautla pedía mediación judicial, un recuerdo de la época de la bonanza platera y las repúblicas agrarias.

López apoyó esta petición el 7 de marzo. Como "representante por votación unánime" de los pueblos de Chalco, insistía en que la rebelión sólo era necesaria porque los jueces locales se habían convertido en agentes de los terratenientes. Su aserción de haber sido elegido probablemente era cierta: una reunión de dos delegados de la comunidad de Chalco había sucedido el 4 de marzo.[84] Una vez más, las autoridades recurrieron a la fuerza.

Las escaramuzas entre los rebeldes y las tropas continuaron, con pocas confrontaciones directas y pocas muertes. El 12 de marzo Cuéllar se encontró con López; ofreció garantías si los rebeldes deponían las armas y se rendían. López pidió 12 horas para considerar la propuesta y, a la hora señalada,

[81] MRP, 7836, 24 de febrero de 1868.
[82] MRP, 7480, 1º de marzo de 1868; Hart, *Anarchism…, op. cit.,* p. 34.
[83] Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* pp. 72-74.
[84] *Ibid.,* pp. 74-75.

marchó sobre Tlalmanalco con 150 hombres armados. Las tropas de Cuéllar respondieron con fuego y la mayoría de los rebeldes se retiraron, disparando al azar mientras se dispersaban por los cerros.[85] Algunos aldeanos de Chalco estaban listos para tomar las armas; otros abastecieron a los rebeldes. Pero con un entrenamiento limitado y pocas armas, eran muy pocos los que estaban listos para enfrentarse a tropas curtidas. La resistencia guerrillera continuó, siendo abastecida por las comunidades locales.

Al mismo tiempo que reconocía su debilidad, López proclamó nuevamente, el 14 de marzo, que no tenía ninguna disputa con el gobierno, sólo con los operadores de las haciendas de Chalco. El régimen no reconocía esa distinción. Teniendo poco espacio para maniobrar, López se rindió junto con 25 hombres el 19 de marzo, a cambio de pases de salvoconducto y el derecho a regresar a casa.[86] Tres días después un grupo de comunidades emitió una proclamación. Aunque responsabilizaban a López del levantamiento, añadían que había conseguido apoyo debido a la "miseria y los infortunios" impuestos por "terratenientes ambiciosos que poseen las tierras de los pueblos en que nacimos, los suministros de agua de la comunidad y bosques y pasturas que son nuestros". Los terratenientes pudieron hacerlo por "la tolerancia y la ignorancia de nuestros padres y abuelos", quienes desperdiciaron años maniobrando en canales legales dominados por los terratenientes. Los líderes comunitarios insistían en que se oponían al levantamiento, pero argumentaban que la única manera de evitar la violencia era que el gobierno estuviera al frente de una examinación imparcial de los títulos de las tierras, seguida de una agrimensura de las propiedades de Chalco. Demandaban un Estado mediador.[87]

Los líderes del pueblo no decían nada sobre la privatización. ¿Acaso creían que, con un reconocimiento justo de los derechos a las tierras comunales, la privatización era aceptable, quizá favorable para los notables de la localidad que obtendrían títulos de grandes partes?[88] Chalco permaneció tranquilo en abril y mayo. Los oficiales y los administradores de las haciendas creían que las tropas habían asustado a la mayoría de los campesinos. Un oficial recorrió comunidades, regañándolas por mostrar simpatía hacia los rebeldes. Asimismo, bajo el auspicio de la Ley Lerdo, algunos comerciantes locales comenzaron a adjudicarse tierras.[89] Lo que comerciantes, oficiales y mercaderes no veían era que los rebeldes habían toma-

[85] MRP, 9852, 13 de marzo de 1868.

[86] Reina, *Rebeliones…*, *op. cit.*, pp. 66-67.

[87] *Ibid.*, pp. 75-76.

[88] Existe mucha evidencia de esto para Michoacán en Fernando Pérez Montesinos, *Poised to Break. Liberalism, Land Reform, and Communities in the Purépecha Highlands of Michoacán, México, 1800-1915*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2015.

[89] MRP, 7855, 17 de marzo de 1868; 7859, 19 de marzo de 1868; 7872, 24 de abril de 1868; 7873, 25 de abril de 1868.

do la amnistía para que los aldeanos pudieran sembrar. El sustento estaba primero.

Habiendo completado la siembra —en las milpas de las aldeas y los campos de las haciendas (lo que brindó ingresos en efectivo a los campesinos)—, López volvió a levantarse el 29 de mayo. Los funcionarios de la ciudad de México fueron inundados por súplicas de tropas de hacendados, administradores y oficiales.[90] Buscando un apoyo más amplio, López se volvió hacia las comunidades de la planicie. Allí, los aldeanos vivían cerca de las haciendas más ricas y dependían de ellas para tierras y trabajo. Pocos se habían levantado antes. Ahora, la gente de Zula, cerca de la Asunción, y de San Gregorio Cuautzingo, al lado de La Compañía, se unió. Los administradores recibieron mensajes de López que declaraban los pastizales y los bosques como propiedad comunal; los habitantes de las aldeas dejarían de pagar rentas.[91] Los montes, último recurso del sustento autónomo, eran el foco del conflicto.

Para el 4 de junio, López estaba al frente de 40 rebeldes a caballo y el mismo número a pie. Tanto funcionarios como administradores estaban seguros de que los rebeldes habían conseguido apoyo y sustento de los habitantes de las aldeas. Los hacendados y los administradores comenzaron a empacar las cosas de valor y se dirigieron hacia la ciudad.[92] Los funcionarios nacionales no se arriesgaron y enviaron tropas el 7 de junio. Para el 13 de ese mes había 400 en la región y otras 150 en camino. Del 9 al 18 de junio persiguieron rebeldes por los cerros que separan Chalco de la cuenca de Puebla, al este. Por un tiempo, la persecución favoreció a López; su banda de rebeldes superaba los 100 hombres. Conocían los bosques; en las primeras escaramuzas dejaron tras de sí unos cuantos muertos y se retiraron a las montañas. Luego, el 17 de junio, las tropas experimentadas capturaron a 50 insurgentes cerca de Acuautla. López escapó, pero la fuerza rebelde nunca se recuperó.[93]

Las comunidades que apoyaban el levantamiento optaron por la búsqueda de un trato indulgente. El 26 de junio, los líderes de Acuautla, Coatepec y San Pablo proclamaron a su pueblo como de "hombres pacíficos y trabajadores", atrapados en una disputa judicial con la hacienda de Zoquiapan. Las tropas los habían atacado y no merecían un castigo severo. El gobierno ignoró sus súplicas. Los prisioneros, que se suponía eran simpatizantes rebeldes, fueron obligados a entrar al ejército. Los líderes y los luchadores arma-

[90] Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* p. 67; MRP, 7886, 2 de junio de 1868.

[91] MRP, 7887, 2 de junio de 1868; MRP, 7888, 3 de junio de 1868.

[92] MRP, 7789, 4 de junio de 1868.

[93] MRP, 7892, 7 de junio de 1868; 7893, 9 de junio de 1868; 7896, 9 de junio de 1868; 7898, 12 de junio de 1868; 7899, 13 de junio de 1868; 7900, 14 de junio de 1868; 7901, 14 de junio de 1868; 7904, 19 de junio de 1868; Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* pp. 67-68.

dos, incluida una mujer, se enfrentaron al exilio en Yucatán.[94] El 7 de julio capturaron a López. Tras una rápida consulta con el ministro de Defensa, Ignacio Mejía, fue ejecutado sin juicio. Dos semanas después, el mismo destino alcanzó a Adelaido Amaro, quien había intentado seguir adelante. Los aldeanos apelaron las sentencias de servicio militar y trabajo en Yucatán ante el presidente Juárez, quien ratificó casi todas. Los que fueron sentenciados a trabajar en Yucatán zarparon desde Veracruz en octubre.[95]

El levantamiento de Chalco de 1868 encontró un amplio apoyo entre las comunidades que enfrentaban agravios bullentes con el regreso de los liberales al poder nacional. Aun así, la fuerza rebelde nunca excedió las 150 personas. Un gobierno libre de guerras políticas envió suficientes tropas para aplastar el levantamiento después de seis meses. Además, la fuerza militar no era el único oponente poderoso de los rebeldes. El verano de 1868 trajo consigo una sequía que prometía meses de escasez para los aldeanos de Chalco.[96] De cara al conflicto armado y al acecho de la carestía, la mayoría se dedicó a hacer frente a los desafíos cotidianos inherentes a la supervivencia.

Las tropas se quedaron en Chalco hasta el final del año. Al iniciar 1869, tras cobrar por cosechar en La Compañía, los aldeanos en San Gregorio Cuautzingo volvieron a levantarse para reclamar las tierras que estaban en posesión de la hacienda, que cernía su sombra sobre sus vidas. La explotación simbiótica se había quebrantado. Sus vecinos no se les unieron y la derrota no tardó en llegar.[97] Chalco permaneció en calma durante el otoño de 1869, cuando las comunidades del nuevo estado de Morelos, al sur, en El Mezquital, al norte, y en Puebla, al este, se alzaron para atacar las haciendas. También tenían líderes ideológicos; Francisco Islas proclamó un "plan comunista" en El Mezquital. Las tropas restauraron el orden en enero de 1870.[98] El régimen liberal se convirtió en un Estado con el poder para imponer su mandato.

Los rebeldes de 1869 compartían quejas esenciales con los aldeanos de Chalco que se habían rebelado un año antes; la segunda oleada se extendió por áreas más amplias del centro. La diferencia residía en el momento del ciclo agrícola, que ocupaba un lugar central en la vida comunitaria. Al ser

[94] MRP, 7904, 19 de junio de 1868; Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* pp. 77-78.

[95] Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* pp. 69-70, 80-81.

[96] MRP, 7290, 1868; Enrique Florescano (coord.), *Análisis histórico de las sequías en México,* Comisión Nacional del Plan Hidráulico, México, 1980, pp. 106-107.

[97] MRP, 7911, 7 de julio de 1868; 7916, 27 de julio de 1868; 7921, 4 de agosto de 1868; 7935, 10 de septiembre de 1868; 7973, 3 de enero de 1869; 7990, 3 de febrero de 1869; 7994, 16 de febrero de 1869; 7996, 22 de febrero de 1869.

[98] MRP, 8048, 5 de septiembre de 1869; 8065, 26 de septiembre de 1869; 8109, 12 de octubre de 1869; 8111, 12 de octubre de 1869; 8150, 17 de octubre de 1869; 8154, 18 de octubre de 1869; 8181, 24 de octubre de 1869; 8331, 21 de diciembre de 1869; 8347, 24 de diciembre de 1869; Reina, *Rebeliones…, op. cit.,* pp, 132-135.

convocados por López justo después de completar la cosecha de 1867-1868, los rebeldes de Chalco se enfrentaron tanto a las tropas como a la sequía en el verano de 1868. Los levantamientos más amplios de 1869 llegaron después de que las carestías de 1868 hicieran más severos los desafíos de la vida en las aldeas y cuando el buen cultivo de 1869 estaba en los campos, listo para ser tomado por los rebeldes.[99] La segunda ronda de levantamientos en el centro demostró ser más larga y amenazante. Los ciclos de una naturaleza incierta aún daban forma a la vida en la tierra; finalmente, el Estado y sus tropas se impusieron. Aun así, los levantamientos del centro que comenzaron en Chalco en 1868 convencieron al régimen liberal de ralentizar y negociar su programa de privatizaciones.

Victorias en la derrota

Desde el derrumbe del capitalismo de la plata, las aflicciones financieras de las haciendas habían mantenido escasas las ganancias, lo que fortaleció las autonomías de las comunidades y obligó a aumentar los salarios y garantizar las raciones de maíz; todo eso frustró los intentos de las haciendas por regresar a la rentabilidad. A la vez que innovaban en busca de ganancias en la década de 1840, las haciendas reclamaron tierras comunitarias, cerraron los montes, cobraron por su uso y buscaron la protección de una policía que no podían financiar; los liberales pretendían debilitar a las comunidades privatizando las tierras comunales, con la esperanza de aplicar el programa mediante coerciones que tampoco podían financiar. Los juzgados, mediadores esenciales en épocas previas, se convirtieron en agentes de los propietarios terratenientes; las comunidades exigieron regresar a la mediación imparcial. Las relaciones laborales que unían a las haciendas y a los habitantes de las aldeas se mantuvieron durante la mitad del siglo XIX, siendo reforzadas por la nueva aparcería. La amenaza de privatización y el fin de la mediación estatal hizo que las comunidades recurrieran a la resistencia directa. Aunque en 1868 fracasaron, dejaron claros sus intereses.

El levantamiento de 1868 acarreó continuamente dificultades financieras para las haciendas: una pequeña victoria. En los años que siguieron, mientras la minería aumentaba y las industrias se expandían, los hacendados de Chalco en bancarrota pusieron propiedades a la venta. Muchos no encontraron a nadie que estuviera dispuesto a comprarlas o que pudiera hacerlo; ofrecieron vender parcelas y tampoco encontraron compradores. En la década de 1870, los terratenientes, incapaces de pagar impuestos, vieron cómo un Estado que había peleado por proteger sus haciendas las subastaba,

[99] Un momento similar sostuvo los orígenes de la revuelta de Hidalgo en septiembre de 1810.

presentándose pocos postores.[100] El levantamiento prolongó y profundizó la larga crisis de operación de las haciendas de Chalco en el siglo XIX.

La crisis no tardó en reclamar a su víctima más prominente: Mariano Riva Palacio. Con deudas crecientes e ingresos escasos, en 1870 el viejo patriarca liberal vendió las haciendas centradas en La Asunción a Felipe Berriozábal, quien antes fuera su administrador. En tanto poseía poco capital, Berriozábal se convirtió en propietario pagando sólo 4 000 pesos, reconociendo 78 000 pesos de deuda a Riva Palacio y otros 38 000 a las hermanas Garrido. El nuevo dueño aceptó una deuda inmensa y trataba con comunidades que no dudaban en defender sus intereses.

A inicios de 1871, Berriozábal se quejó de que sus pequeñas ganancias no podían cubrir sus deudas con Riva Palacio o las Garrido; el nuevo dueño esperó hasta 1873 y luego incumplió. Los juzgados subastarían las haciendas; si las ofertas eran bajas, como esperaba Berriozábal, las propiedades regresarían a Riva Palacio, quien no quería recuperar sus obligaciones. Berriozábal suplicó por un trato.[101] Ésa es la última referencia a las haciendas de Chalco en los documentos de Riva Palacio. Para 1890, todas las propiedades que alguna vez pertenecieran a Riva Palacio eran propiedad de una nueva generación de empresarios que compraron haciendas a bajo costo después de 1870, para obtener ganancias en una época de estabilidad política y oportunidad comercial bajo el gobierno de Porfirio Díaz.[102]

¿Acaso los aldeanos de Chalco sintieron satisfacción con la caída de Riva Palacio? En 1890, una agrimensura de la tenencia de tierras de Chalco reveló dos triunfos más grandes. Primero, en el curso del siglo XIX las haciendas habían incrementado poco sus propiedades. Muchas ganaron algo para expandir la irrigación, pero, en general, las fronteras habían cambiado poco. Cada hacienda seguía rodeada por tierras que aparecían como dominio de las comunidades.[103] La privatización liberal era la ley; los habitantes de las aldeas de Chalco continuaban conservando la mayor parte de sus dominios otrora comunales. Lo que las fronteras no muestran es que, con el crecimiento poblacional, las privatizaciones condujeron a concentraciones dentro de las comunidades. Los hombres sin tierras buscaban trabajo en haciendas que habían virado hacia la mecanización. Una crisis nueva y diferente llevaría a muchos a la revolución después de 1910.

[100] MRP, 8150, 17 de octubre de 1869; 8844, 19 de septiembre de 1870; 8979, 13 de diciembre de 1870; 9115, 14 de febrero de 1871; 9195, 1º de mayo de 1871; 9540, 3 de octubre de 1871; 9750, 1º de diciembre de 1871.

[101] MRP, 9007, 2 de enero de 1871; 9990, 19 de febrero de 1873.

[102] Gloria Pedrero Nieto, "Un estudio regional. Chalco", en Enrique Semo (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, México, 1977, pp. 99-150; sobre Galarza, pp. 127-135.

[103] *Ibid.,* pp. 106, 111 y 125-140.

IX. CON EL CAPITALISMO A CUESTAS HACIA LA REVOLUCIÓN: LA CONSTRUCCIÓN DE LAS COMUNIDADES ZAPATISTAS, 1870-1920

En Chalco y en el sur del corazón de México todo pareció cambiar después de 1870. Bajo el gobierno de Porfirio Díaz se instauró la paz política; las formas comerciales se revitalizaron. En una continuidad aparente, los aldeanos seguían mezclando el cultivo local y el trabajo en las haciendas en vínculos que, por un tiempo, parecieron revivir las históricas explotaciones simbióticas. Empero, después de 1910, los aldeanos de Chalco se unieron a sus vecinos en Morelos y en el sur del Valle de Toluca en una violencia sin precedentes locales (conflictos reminiscentes de las insurgencias que un siglo antes sacudieron El Mezquital y transformaron el Bajío).

¿Cómo fue que la estabilización política y el dinamismo capitalista condujeron a la revolución de Zapata? La población creció, la privatización concentró la tierra dentro de las comunidades y la mecanización redujo las oportunidades laborales. Con la escasez de tierras y de trabajo para un número creciente de personas, las explotaciones simbióticas se erosionaron, igual que las oportunidades que los hombres tenían de proveer como patriarcas. Las familias y las comunidades batallaron enfrentando, a la vez, una violencia interna corrosiva, a la que se agregaba una oleada en aumento de muertes infantiles que plagó a las niñas recién nacidas. Cuando en 1907 llegó la crisis comercial, seguida por la crisis de subsistencia en 1908-1909, el incremento de la violencia en las familias y las comunidades se volcó hacia el exterior, contra quienes gobernaban: los terratenientes y el régimen que los sostenía.

Si entendemos el patriarcado como la base social que históricamente organizó la producción y las desigualdades en las comunidades del corazón, podremos ver los complejos cambios que provocaron la violencia dentro de las comunidades después de 1880 y alimentaron los conflictos revolucionarios después de 1910. Los zapatistas peleaban por tierras, por autonomía y por el patriarcado. Una utopía moral de comunidades agrarias legitimó los levantamientos revolucionarios; los hombres que luchaban por esa meta suponían que el patriarcado era su derecho de nacimiento. Las contradicciones definieron la revolución que desafió al capitalismo agroindustrial en el corazón de México. La insurrección, encabezada por Emiliano Zapata, comenzó en Morelos, un territorio azucarero, expandiéndose para alzar a los hombres y aumentar el sustento en los cerros cercanos, en Chalco y en el sur del Valle de Toluca. El dinamismo económico llevó a polarizaciones sociales; las co-

munidades y las familias luchaban por mantener a cada vez más personas, mientras las tierras se concentraban y el trabajo se volvía escaso. Una plaga de violencia social atacó a las comunidades del sur del núcleo hasta que los hombres se volcaron a la revolución. Al final, muchos obtuvieron tierras y un patriarcado renovado; la construcción de comunidades autónomas resultó ser algo más difícil.

La paz porfiriana y el capitalismo liberal

Cuando Porfirio Díaz tomó las armas para reclamar el poder en 1876, fue apoyado por muchos hombres y comunidades indígenas del corazón. El famoso general había estado al frente de la lucha que expulsó a los franceses; promovía el desarrollo comercial y prometía autonomía municipal; exigía "sufragio efectivo, no reelección". Sus partidarios en el Estado de México, la mayoría de ellos militares, prometieron que Díaz solucionaría las injusticias vinculadas a la privatización de tierras; algunos afirmaban que redistribuiría las tierras de las haciendas. Sabían cómo conseguir repaldo en las zonas rurales del corazón. No obstante, siendo ya presidente en 1877, Díaz se volvió contra los radicales que contribuyeron a llevarlo al poder, distanciándose de las promesas de autonomía y redistribución de tierras que movilizaron el apoyo de las comunidades.

El final de la década de 1870 trajo consigo nuevos conflictos políticos. Díaz se esforzó por consolidar los programas y las exclusiones liberales; a la vez, muchos antiguos simpatizantes (generales, ideólogos y comunidades) exigían que respaldara las libertades, las autonomías municipales y los derechos comunitarios a las tierras y a la personalidad jurídica. Organizaron ligas de comunidades que perseguían una visión híbrida de la soberanía y la justicia, a la que podría llamarse comunalismo liberal, similar a la visión que previamente tuvo Juan Álvarez. Los terratenientes y Díaz la difamaron llamándola comunismo. Los oficiales percibían la amenaza de una rebelión y una "guerra de castas". La violencia llegó con una represión preventiva desde los poderes locales y estatales.[1]

Para 1880, Díaz había consolidado un régimen que, simultáneamente, tenía metas económicas liberales y era autoritario en las cimas del poder, aunque estaba listo para negociar a nivel local, a fin de mantener el orden y buscar una prosperidad capitalista.[2] El Estado promovía la producción de

[1] Mi entendimiento de la política de Porfirio Díaz y las comunidades del centro se basa en María del Carmen Salinas Sandoval, *Política y sociedad en los municipios del Estado de México, 1825-1880,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1996.

[2] Esta nueva visión del régimen de Díaz y su operación en el Estado de México comenzó con Leticia Reina, "Local Elections and Regime Crises. The Political Culture of Indigenous Peoples", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change.*

mercado y las inversiones privadas, mexicanas y extranjeras; subsidió los ferrocarriles, privatizó tierras públicas y comunitarias, y prometía educación. Para la década de 1880, el éxito parecía estar en todas partes: los ferrocarriles se extendían por el paisaje, la industria y las comunidades laborales proliferaban, el cultivo comercial cobraba auge. La ciudad de México y los pueblos de la provincia disfrutaban de mejoras urbanas: nuevas tiendas, nuevos servicios y escuelas.[3] En las décadas de 1860 y 1870, la resistencia de las comunidades había sido contenida por el poder estatal, junto con las negociaciones locales y el renacimiento económico.

Por un tiempo, las aperturas comerciales y la estabilidad política devolvieron al corazón la paz y la producción. Después de 1880, empresarios, sectores medios urbanos en crecimiento, caciques rurales y algunos obreros tuvieron una nueva prosperidad. En las comunidades del corazón, el régimen pugnaba por la privatización. En el Estado de México, como en otras partes, muchas de las tierras que mantenían los cultivos familiares se privatizaron entre 1868 y 1880, con o sin títulos formales. Legalmente, las comunidades ya no podían defender tierras en una disputa; sólo los individuos podían recurrir a los juzgados, aunque esa restricción se negoció para mantener la paz. Después de 1880, una segunda ronda de privatizaciones convirtió los cerros y bosques, durante tanto tiempo abiertos al uso comunitario, en propiedades privadas sujetas a restricciones y cuotas para acceder a ellas. En casi todas partes, ello dio como resultado la concentración de tierras y montes cultivables como propiedad de los caciques de las aldeas, lo que limitó el acceso a ambos mientras la población aumentaba.[4] Una nueva generación de notables locales comenzó a obtener ganancias sirviendo a las haciendas cercanas. En lugar de defender las tierras comunales en los juzgados, acumularon propiedad privada; obtenían ganancias rentando tierras a quienes carecían de ellas y cobrando cuotas por el acceso a los montes que alguna vez fueron accesibles a todos. Las repúblicas que habían organizado la vida comunitaria para sostener el capitalismo de la plata hasta finales del siglo XVIII estaban estratificadas a su interior, pero el poder y la prosperidad de los no-

Crisis, Reform, and Revolution in Mexico, Duke University Press, Durham, 2007, pp. 91-127, y ahora es más profunda y la confirma Romana Falcón, *El jefe político. Un dominio negociado en el mundo rural del Estado de México, 1856-1910,* El Colegio de México, México, 1984; ambos estudios se enfocan en el Estado de México.

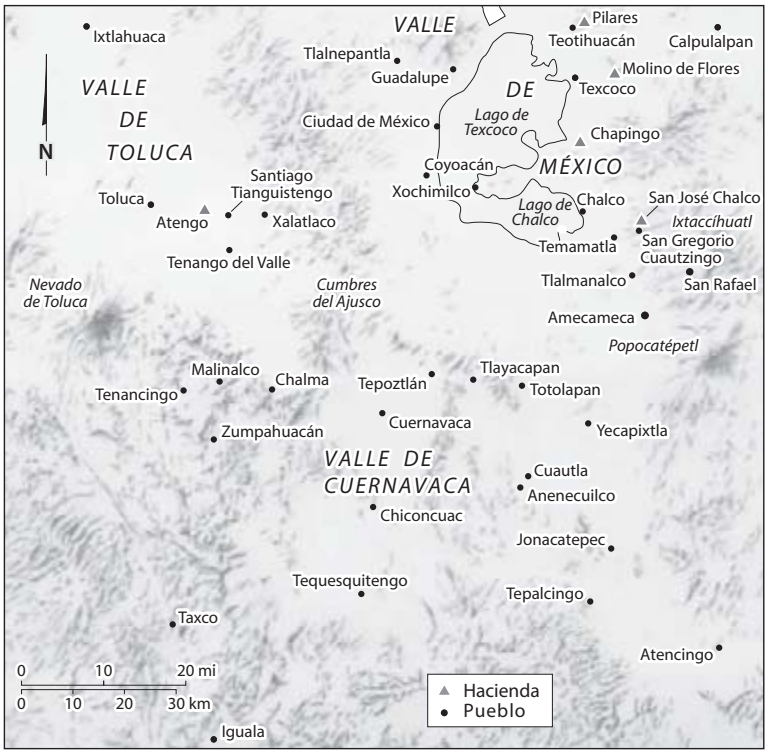
[3] Sobre el régimen de Díaz véase François Xavier Guerra, *México. Del Antiguo Régimen a la revolución,* 2 vols., FCE, México, 1988; sobre el liberalismo, véase Charles Hale, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX,* trad. Purificación Jiménez, FCE, México, 2002]; sobre los ferrocarriles, véase John Coatsworth, *Growth against Development. The Economic Impact of the Railroads in Porfirian Mexico,* Northern Illinois University Press, DeKalb, 1981 [*El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato. Crecimiento contra desarrollo,* trad. Julio Arteaga Hernández, Era, México, 1984].

[4] Falcón, *El jefe…, op. cit.*

tables locales exigían la defensa de las tierras comunales y los jornaleros de las aldeas. Después de las privatizaciones, la estratificación se profundizó, al tiempo que los caciques obtenían tierras y ganancias, convirtiéndose, en ocasiones, en agentes de los intereses hacendarios.

Morelos: el azúcar y la búsqueda de nuevas explotaciones simbióticas

Morelos se concentró en la caña de azúcar, el cultivo que requería más trabajo y estaba más industrializado. La caña necesitaba 18 meses de siembra, exigiendo mucho trabajo, con largas semanas de irrigación y cultivo, hasta lograr una cosecha que implicaba una labor intensiva y a menudo podía lisiar a quienes trabajaban en ella (esto último debido a la necesidad de llevar rápidamente la caña al molino, para empezar un proceso intenso de refinación). La necesidad de trabajadores cualificados que vigilaran el complejo proceso y manejaran los molinos exigía un núcleo de trabajadores permanentes: en un inicio solían ser africanos esclavizados, después sus descendientes libres mu-



Mapa ix.1. *El sur del corazón, 1870-1920*

latos. Tradicionalmente, las grandes cantidades de trabajadores estacionales necesarios para sembrar, regar, cultivar, cosechar y transportar la caña venían de las comunidades de la cuenca y de los cerros cercanos.[5]

Al derrumbarse el capitalismo de la plata y el cultivo comercial después de 1810, los cultivadores de azúcar y los aldeanos de Morelos empezaron décadas de presiones que los dueños de las plantaciones consideraron ataques provenientes de comunidades revoltosas y demasiado independientes.[6] Tras la paz porfiriana posterior a 1870, las comunidades de Morelos vivieron con concentraciones de tierras privatizadas y un crecimiento poblacional acelerado; al mismo tiempo, la producción de azúcar se disparaba, sostenida por un aumento de la irrigación y una nueva mecanización. Una explosión agroindustrial reconstruyó las relaciones con las aldeas de Morelos, y éstas se estabilizaron en un facsímil de la explotación simbiótica hasta que todo se desmoronó con la revolución.[7]

Las tierras sembradas con caña aumentaron de 3 500 hectáreas en 1869 a 10 000 hectáreas en 1909; las cosechas de azúcar se incrementaron cinco veces. Ese crecimiento no fue producto de extensiones radicales de las tierras pertenecientes a las haciendas, sino de la implementación de nuevos sistemas de irrigación con los que se pretendía sembrar caña en campos antes sembrados con maíz. En efecto, las haciendas obtuvieron tierras para extender la irrigación, frecuentemente, comprando propiedades comunales privatizadas y en ocasiones, mediante la usurpación. El aumento de la producción era consecuencia de un nuevo control del agua y de nuevas formas de refinación mecanizada, que incorporaban tecnologías estadunidenses ya probadas en Cuba. Los entronques ferroviarios construidos en la década de 1880 redujeron los costos de entrega a la ciudad de México. El derrumbe de la producción cubana de azúcar en la década de 1890, durante su guerra de independencia, aunada a la intervención esta-

[5] Véanse Ward Barrett, *The Sugar Hacienda of the Marqueses del Valle,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1970 [*La hacienda azucarera de los marqueses del Valle,* trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI Editores, México, 1977]; Cheryl Martin, *Rural Society in Colonial Morelos,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985; y mis síntesis en los capítulos segundo y tercero.

[6] Paul Hart, *Bitter Harvest. The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Coming of the Zapatista Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2007.

[7] El estudio esencial del Morelos porfiriano es Arturo Warman, *"We Come to Object": The Peasants of Morelos and the National State,* trad. Stephen Ault, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1980, pp. 42-76 [*… Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional,* INAH, México, 1976; Casa Chata, México, 1978]; se complementa con Felipe Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo,* El Colegio de México, México, 2001; Horacio Crespo, "Los pueblos de Morelos. La comunidad agraria, la desamortización liberal en Morelos y una fuente para el estudio de la diferenciación social campesina", en Laura Espejel (coord.), *Estudios sobre el zapatismo,* INAH, México, 2003, pp. 57-120; y Alejandro Tortolero Villaseñor, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920,* Siglo XXI Editores, México, 2008.

dunidense, abrió mercados de exportación para los productores de la costa del golfo de México, dejando a los dueños de plantaciones de Morelos con el dominio del interior.

El cultivo de caña prosperó cuando las máquinas se encargaron de buena parte de la refinación (lo que ahorraba trabajo) y los ferrocarriles se encargaron de su transporte (lo que ahorraba trabajo). Las poblaciones de "reales" de la hacienda (comunidades de trabajadores permanentes) disminuyeron en 25%, mientras se reclutaban cubanos para que aportaran sus habilidades a las nuevas refinerías (y unos cuantos japoneses llegaron a atender los jardines de los dueños de los molinos). La necesidad de trabajadores permanentes a los que se pagaban ganancias aseguradas, siempre limitadas, disminuyó, aumentando la necesidad de trabajadores estacionales que hicieran el trabajo más difícil y peligroso. El desafío consistía en que estuvieran disponibles y fueran costeables cuando se necesitara, permaneciendo vivos y cerca cuando no.

La población de Morelos, que en su mayoría vivía en comunidades, creció de 120 000 en 1870 a 180 000 en 1910; ello generó un número creciente de trabajadores potenciales. A su vez, la privatización de tierras de las aldeas trajo consigo concentraciones en las manos de comerciantes y prestamistas locales, dejando a más hombres con tierras escasas o sin ellas, lo que aumentó su necesidad de trabajo estacional. Los dueños de las plantaciones de Morelos se aprovecharon de la desesperación. Construyeron nuevas explotaciones simbióticas con el recuerdo aún presente de las protestas locales de las décadas de 1840 y 1850, del levantamiento de Chalco de la década de 1860 y del bandidaje persistente de los famosos plateados de los cerros. Rentaron las tierras no abiertas a la caña a los caciques de las aldeas, quienes las asignaron en arrendamientos compartidos a los hombres de las aldeas que necesitaban tierras y maíz. Hicieron que los caciques locales y muchos de los pobres dependieran de las tierras de las haciendas, los primeros para obtener ganancias, los segundos para sobrevivir.[8]

Un número creciente de hombres y muchachos con pocas tierras o sin ellas podían servir a las haciendas como trabajadores estacionales esenciales para que estuvieran disponibles, fueran flexibles y costeables (es decir, pobres y baratos) debían permanecer en las aldeas. La solución parecía sencilla para las haciendas: rentar tierras a los caciques de las aldeas, quienes añadieron el título de arrendatario a los papeles que desempeñaban como comerciantes, prestamistas y jefes políticos. Ellos subarrendaban a los hombres de las aldeas, quienes se convirtieron en "patrones de la milpa", y, a su vez contrataban a gañanes adultos y peones jóvenes que trabajaban a cambio de partes de la cosecha.

[8] Este análisis sintetiza el estudio esencial basado en documentos y entrevistas que se puede encontrar en Warman, *"We Come…", op. cit.*

Una nueva jerarquía patriarcal ataba a los aldeanos directamente a las haciendas; esto consolidó el mando de los caciques locales, permitió que un número de hombres y muchachos en aumento accediera a milpas, manteniéndolos disponibles para trabajar en las haciendas cuando fuera necesario. Las haciendas se quedaban con la mitad de la cosecha de maíz sin costo alguno; al ser vendida en la ciudad de México, ésta constituía la segunda fuente de ganancias después del azúcar. Los caciques locales obtenían maíz para comercializarlo en los mercados locales (en ocasiones, también en la capital); obtenían partes directas de los patrones, rentaban equipos de arado (que pastoreaban en tierras antes comunales) para conseguir partes adicionales, adelantaban maíz a patrones, gañanes y peones durante los meses de escasez antes de la cosecha y, a cambio, recibían el doble. La nueva jerarquía de la aparcería proporcionaba maíz y ganancias a las haciendas, manteniendo a los trabajadores dependientes y disponibles. Servía a los caciques de las aldeas, pues diversificaba sus ganancias y apuntalaba su poder, atándolos a las haciendas. Otorgó a toda una generación de patrones, que solían conservar cierta cantidad de tierras privatizadas, acceso a más. Proporcionó a gañanes y peones, que solían ser padres e hijos carentes de tierras, acceso a tierras y maíz, un remanente de autonomía para mantener a las familias y los vínculos comunitarios.

Se trataba de una nueva explotación simbiótica y patriarcal, con una diferencia fundamental. Durante los siglos de gobierno español y del capitalismo de la plata, los notables y los plebeyos cultivaron tierras que eran dominio de la comunidad. Los notables dominaban los consejos que organizaban la vida religiosa y política de la comunidad; poseían vastas extensiones de tierra que sembraban para obtener ganancias; organizaban cuadrillas para que trabajaran estacionalmente en las haciendas cercanas y lideraban a las comunidades en la defensa de sus tierras, sus derechos y sus autonomías en los juzgados. Antes de 1810, los poderes de los notables se cimentaban en las repúblicas, siendo sancionados y facilitados por un régimen que reconocía sus derechos y el papel que desempeñaban. Podían operar como negociadores al servicio de comunidades autónomas.

Con la independencia en la década de 1820, los consejos municipales ya no eran el dominio exclusivo de los notables indígenas. La privatización de tierras después de 1870 permitió que acumularan propiedad libre de restricciones comunitarias y de la obligación de defender los dominios de la comunidad. Así, acumularon tierras y ganado, y los controles de los mercados locales para su propio beneficio; asumieron funciones como arrendatarios en beneficio propio y de las haciendas. La nueva explotación simbiótica ofrecía a los aldeanos que estaban perdiendo sus tierras una oportunidad de cultivar maíz, alimentar a sus familias, sostener a sus comunidades y trabajar a cambio de jornales mínimos en las cosechas de caña; no obstante, se trataba de una explotación simbiótica despojada de las autonomías comunitarias arrai-

gadas a la tierra, desnudada de los derechos políticos de las comunidades y con un acceso débil a los juzgados (construidos para servir al poder de las haciendas). Ésta generó ganancias y estabilidad social mientras los mercados del azúcar mantuvieron su fuerza. Cuando las exportaciones cubanas revivieron hacia 1905 (dominadas por productores estadunidenses y favorecidas en sus mercados), siendo seguidas por la recesión mexicana provocada por el pánico estadunidense de 1907 y la sequía de 1908-1909, los mercados para el azúcar morelense se encogieron. Las cosechas se redujeron en 7% de 1909 a 1910, dando lugar a desempleo e inseguridad para una generación creciente de hombres sin tierras.

Crecer sin tierras: Rosendo Rojas, Pedro Martínez y Filomena, 1890-1910

Hacia 1900, una nueva generación de hombres y mujeres llegó a la mayoría de edad en Morelos. Pocos contaban con tierras familiares; el acceso a tierras de las haciendas a cambio de partes de la cosecha se había vuelto escaso. Cada vez más individuos competían por trabajar en las haciendas azucareras, donde la mecanización mantenía la demanda baja y estacional, y en disminución tras las crisis posteriores a 1905. El nuevo siglo trajo consigo nuevas presiones sobre las vidas de los jóvenes; los acuerdos combinaban explotaciones e inseguridades, como muestran tres vidas.

Rosendo Rojas nació en Tlayacapan, en los cerros entre Morelos y Chalco, en 1875. Su padre poseía dos parcelas que cultivaba con cuatro hijos. Al estar alejada de los campos de caña de azúcar, debajo de ella, Tlayacapan mantenía más tierras que la mayoría de las comunidades, algunas de ellas irrigadas. La familia de Rosendo cultivaba maíz para comer, frutas y chile para el mercado; pero las tierras familiares no bastarían para cuatro hijos adultos. En 1900 Rosendo, que entonces tenía 25 años, se casó con Heliodora, 10 años menor. Incapaz de mantener su nuevo hogar ayudando a su padre, Rosendo se dirigió a tierra caliente, buscando trabajo en la caña, porque "las mejores parcelas locales—muchas de los cuales habían sido antes propiedad comunal—estaban en manos de los ricos del lugar". Primero encontró trabajo como jornalero, a quien se le pagaba por tarea. Cuando trabajaba, la hacienda pagaba a "tlacualeros" para que llevaran tortillas de las esposas que estaban en sus casas. Cuando no trabajaba, Rosendo tenía que pagar. Batallando con esa inseguridad, Rosendo firmó como gañán, obteniendo acceso a tierra, un equipo y partes de maíz. Una dependencia más segura trajo consigo un sustento básico y lo mantenía en las tierras bajas durante semanas sin fin.

Con el patriarcado forzado hasta sus límites, geográfica y económicamente, Heliodora aprovechó el carácter frecuentemente solitario de su vida en Tlayacapan para adjudicarse un nuevo papel. Comenzó a comprar, tostar

y moler café cultivado en las parcelas de las casas de sus vecinos; primero lo vendía en una esquina de la plaza, luego en un puesto del mercado. Ella ganaba suficiente para comprarle una parcela a un tío que carecía de herederos. A partir de una mezcla de aparcería y trabajo en tierras bajas con la venta en el mercado y el cultivo en los cerros (gracias a Heliodora), la pareja siguió batallando hasta 1910.[9]

Pedro Martínez (seudónimo) era más joven, había nacido en 1889 en Tepoztlán, una comunidad acurrucada en un estrecho valle, en el punto en que la Sierra del Ajusco se encuentra con las tierras bajas de Morelos. En la década de 1940 contó que creció sin tierras y sin una familia estable, luchando por sobrevivir antes de 1910.[10] Su padre había muerto tres meses después de que él nació; su madre se fue con otro hombre cuando Pedro tenía apenas 18 meses de edad, dejándolo al cuidado de su madre y su hermana. El abuelo de Pedro, su padre y sus tíos hacían azulejos; hablaban "mexicano" (náhuatl). "No sembraban porque no tenían tierras." Su abuela y su tía le "daban lo que tenían", hasta que lo enviaron a vivir con su madrina cuando tenía tres años, porque "ella estaba un poco mejor". Su abuela era partera y curandera, daba masajes en el parto, curas cuando eran necesarias. Obtenían unos cuantos ingresos moliendo maíz para familias con madres ausentes. Su tía recolectaba frutas y hongos que vendía para sobrevivir. Todas las mujeres que lo cuidaban veían hombres ir y venir.[11] En sus primeros años de vida, el patriarcado fue un ideal para Pedro, no una realidad.

Al volver la mirada hacia su pasado, comprendía los poderes que limitaron su vida:

> Había mucha hambre en esos días porque los ricos no les permitían a los pobres sembrar en los montes comunales. Los [hombres] ricos que vivían en el centro se llamaban "caciques" porque eran como los reyes aquí. Sólo los caciques sembraban en las tierras buenas del valle. Cuando los desposeídos que no tenían tierras comenzaron a hacer claros en las colinas, los caciques dijeron: "No podemos permitir que los pobres tengan sus propias milpas, porque entonces no tendremos peones que trabajen para nosotros".

Pedro se enfrentó a la concentración de tierras que antes eran de la comunidad, lo que dejaba a los caciques de la aldea con poder y perjudicaba las vidas de los demás. Los caciques pagaban salarios miserables y mantenían con vida a la gente prestándole pequeñas sumas en los tiempos difíciles, una dependencia que Pedro resentía.[12]

[9] Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos,* CIESAS, México, 1980, pp. 95-97.

[10] PML.

[11] PML, pp. 6-10.

[12] PML, p. 7.

A los siete años se fue a vivir con sus primos, atendiendo bueyes. Después regresó su madre, "bien vestida, con zapatos y todo". Se lo llevó a vivir con su padrastro a Yautepec. Allí asistió a la escuela (lo insultaban llamándolo "indio") y comenzó a trabajar en los campos. Empezó ganando 18 centavos al día; los muchachos de más edad ganaban 37. Con el paso de los años trabajó en Oacalco, Temixco, Chiconcuac, San Gaspar y Hospital; con la edad, la experiencia y algo de español ganaba 50 centavos al día. Sólo terminó un año de escuela, pero sí aprendió a leer. La vida le enseñó lecciones difíciles.[13]

"En la tortillería, donde mi madre hacía tortillas, me di cuenta de que muchas mujeres y hombres también iban ahí y se juntaban. Se susurraban y se hacían señas y se acariciaban, y luego una pareja se iba a un cuarto y cerraba la puerta, o salían." El trabajo en la tortillería le proporcionaba a su madre un peso y medio al día; su padrastro sólo ganaba 37 centavos al día en los campos cuando había trabajo. Las imposiciones de la tortillería y el empleo incierto en los campos de Yautepec hicieron que regresaran a Tepoztlán. Allí, Pedro se dio cuenta con gusto de que había dejado de ser un indio y se había convertido en un ladino, gracias a su buen español y a su capacidad de leer.[14]

Ninguna de esas habilidades le proporcionó trabajo seguro o un ingreso sólido. Al poco tiempo de haber regresado a Tepoztlán, un reclutador laboral le pidió que se uniera a una cuadrilla que se dirigía a San Gaspar. En el camino, se enteró de que el grupo tenía la intención de robar 8000 pesos en la hacienda. Pedro huyó y se fue a trabajar a otra hacienda. A los 17 años consiguió acceso a una pequeña parcela para sembrar maíz; sobre las labores, mientras tanto, observa: "Trabajaba duro en las haciendas y le daba todo mi dinero a mi madre […] En 1910, comencé a buscar esposa". Era momento de hacerse hombre.[15]

No obstante, 1910 trajo consigo una promesa llena de dificultades. "Mi padrastro y yo estábamos sembrando por primera vez nuestro maíz, en una colina que pertenecía a la hacienda de Atlihuayán. Muchos de los que trabajábamos como peones en la hacienda pedimos que nos dejaran sembrar en tierras sin usar." Pero la tierra estaba a ocho horas caminando del pueblo, lo que hacía que los hombres no estuvieran durante toda la semana y sólo regresaran a casa los domingos. Aun así, era una oportunidad que se abría. La madre de Pedro murió. Conoció a Esperanza, que era igualmente pobre. Ella cuenta: "Mi papá era un peón de campo; mi madre trabajaba en la pizca [Al casarse,] me hice responsable de todo en la casa". Pedro lo recuerda de otra manera: "Mi esposa no sabía hacer nada, ni siquiera cortar un pedazo de tela […] Esperanza tampoco sabía cocinar, ni siquiera barrer […] Yo le enseñé".[16]

[13] PML, pp. 17-18 y 21-26.
[14] PML, pp. 18-19 y 21.
[15] PML, pp. 25-26, 31, 35 y 39.
[16] PML, pp. 48, 54 y 59.

Pedro suponía ser el patriarca, aunque pasaba la mayor parte del tiempo lejos de casa. "Trabajaba en mi tlacolol (parcela en una colina) y me convertí en tlacolero. Era un trabajo más duro sembrar en la colina que trabajar en la hacienda, pero me gustaba mucho." Valoraba la oportunidad de cultivar maíz. Pasó suficiente tiempo en casa como para engendrar un hijo, que llegó al mismo tiempo que las noticias de la revolución en el norte. El padrastro de Pedro se fue a trabajar a Yautepec y dejó a Pedro y a Esperanza librados a sí mismos, enfrentando tiempos de incertidumbre.[17]

Filomena nació hacia 1900, en una aldea de Guerrero, justo al sur de Morelos. El relato de su infancia muestra que, si bien hacían frente a la descomposición de la provisión patriarcal, las mujeres afrontaban cosas peores. Su padre murió cuando tenía tres años, dejando a su esposa y sus dos hijas unas parcelitas de tierra y unos cuantos animales. La madre de Filomena los vendió, engrosando así la concentración en la comunidad. A ojos de Filomena, su madre "usó el dinero para ir de aquí para allá y pasar un buen rato, e irse a Acapulco". Una madre soltera en una comunidad en proceso de derrumbe tenía relaciones seriales con hombres para mantenerse. La joven Filomena pasó de una familia a otra; recordaba golpizas repetidas, al tiempo que aprendía a mantenerse; cuando empezó a trabajar, a los ocho años, recibía un peso y un cuarto al mes por levantarse a las dos de la mañana para que otros pudieran tener sus tortillas todos los días. Su madre entraba y salía de su vida; más tarde, un hermano le ofreció refugio mientras intentaba reclamar las tierras de su padre (una última posibilidad de patriarcado en el hogar). Para Filomena, la vida antes de 1910 fue una época de inseguridad, de descomposición familiar, de violencia y, también, de búsqueda de autonomía. Mientras su madre se volvía hacia los hombres para sobrevivir y su hermano buscaba un poco de tierra, Filomena se concentró en moler el sustento.[18]

Rosendo Rojas, que vivía en los altos de Tlayacapan, llegó a la mayoría de edad antes de 1900 y alternaba el cultivo con el trabajo para mantener a una familia joven, en buena parte gracias a las ventas de Heliodora en el mercado. Pedro Martínez, de Tepoztlán en el borde de las tierras bajas, atravesó circunstancias más inseguras en sus afanes por sobrevivir y formar una familia conforme se acercaba 1910. Filomena, una muchacha sin padre y con una madre que se relacionaba con muchos hombres, se vio sometida a tundas en muchas casas mientras intentaba encontrar una manera de vivir. Las penalidades sufridas por estas personas reflejan las trayectorias sociales que perjudicaban distintas vidas en todo el sur del corazón de México.

[17] PML, pp. 55 y 63-64.

[18] Lola Romanucci-Ross, *Conflict, Violence, and Morality in a Mexican Village,* ed. rev., University of Chicago Press, Chicago, 1986. Esta antropóloga registró la historia de Filomena hacia 1960 y publicó la transcripción en inglés bajo el título "Filomena's History", en *ibid.,* pp. 209-213.

Chalco y Tenango del Valle: la corrosión de la autonomía y del patriarcado

Los altos de Chalco y Tenango del Valle, al norte de Morelos, seguían siendo los graneros de la ciudad de México, pues suministraban trigo, maíz y demás granos. Allí, las grandes mayorías seguían viviendo en comunidades después de 1870; al mismo tiempo, las poblaciones crecían, las tierras se concentraban y las haciendas comenzaban a mecanizarse. Los aldeanos hicieron frente a transformaciones agroindustriales similares a las de los morelenses. Las vidas sin tierras, con inseguridad y amenazas al patriarcado impulsaron la búsqueda común de trabajo, que unió a hombres y muchachos del corazón en pos de solicitudes de mano de obra en Morelos antes de 1910 y en la revolución poco tiempo después.

Un Estado de México en proceso de modernización compiló estadísticas que documentaron la explosión comercial, las corrosiones del patriarcado, el aumento de la violencia intrafamiliar e intracomunitaria y una escalada de muertes infantiles que afectó sobre todo a niñas recién nacidas, todo lo cual se aceleró hacia 1900.[19] Esas muestras dan cuenta de las consecuencias de las aceleraciones capitalistas en la vida comunitaria de Chalco y Tenango del Valle, regiones en las que tuvieron lugar fuertes levantamientos zapatistas.[20] Los recuerdos de personas que vivieron el desarrollo liberal y luego la revolución en Xalatlaco, en los cerros entre Tenango y Morelos, ponen en un vívido relieve la mezcla de concentraciones económicas, dificultades familiares e incremento de la violencia.[21]

[19] Mis cálculos de materiales en las Memorias del Estado de México de 1870 a 1900 se presentan en las muchas tablas incluidas en John Tutino, "From Involution to Revolution in Mexico. Liberal Development, Patriarchy, and Social Violence in the Central Highlands, 1870-1910", *History Compass,* vol. 6, núm. 3, 2008, pp. 796-842; las citas completas se encuentran en el apéndice incluido allí.

[20] Sobre Chalco, véanse John Tutino, "Entre la rebelión y la revolución. Compresión agraria en Chalco, 1870-1900", en Alejandro Tortolero Villaseñor (coord.), *Entre lagos y volcanes. Chalco-Amecameca, pasado y presente,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1993, pp. 365-412; Alejandro Tortolero Villaseñor, *De la coa a la máquina de vapor. Actividad agrícola e innovación tecnológica en las haciendas mexicanas, 1880-1914,* Siglo XXI Editores, México, 1995; y Marco Antonio Anaya Pérez, *Rebelión y revolución en Chalco-Amecameca, Estado de México, 1821-1921,* 2 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1997. Sobre Tenango, los estudios clave son Soledad González Montes y Pilar Iracheta Cenegorta, "La violencia en la vida de las mujeres campesinas. El distrito de Tenango, 1880-1910", en Carmen Ramos Escandón (coord.), *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México,* El Colegio de México, México, 1987, pp. 111-142; y Soledad González Montes, "Trabajo femenino y expansión de las relaciones capitalistas en el México rural durante el Porfiriato. El distrito de Tenango del Valle, Estado de México, 1900-1910", en Manuel Miño Grijalva (coord.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1910,* Conaculta, México, 1991, pp. 270-299.

[21] MCX.

El crecimiento poblacional sostenido subyacía en todo; expandió los mercados y las poblaciones laborales y volvió escasa la tierra para un número creciente de personas. Entre 1870 y 1910, la población del Estado de México creció 44%, el distrito de Tenango 46% y Chalco 49%.[22] La gran mayoría seguía asentada en pueblos rurales y aldeas: en Chalco 94% en 1877 y 90% en 1900. Los pueblos crecieron, pero el más grande, la cabecera distrital, apenas excedía los 8 000 residentes en 1900. La población que vivía en las haciendas cayó de 5 a 4% en los mismos años. Los dos pueblos industriales, el centro textil de Miraflores y la fábrica de papel en el elevado San Rafael, concentraban a 4% de los habitantes de Chalco en 1900. Chalco seguía siendo un lugar de aldeanos en ese año.[23] Tenango era similar, con apenas una pequeña fábrica. En el sur del núcleo, los habitantes de pueblos pequeños y aldeas aún más pequeñas se enfrentaron a un incremento de la población de casi 50% en las décadas previas a 1910.

En paralelo, la privatización concentró tierras antes pertenecientes a la comunidad en todo el Estado de México. Los notables locales obtuvieron propiedades en sus amplias partes de tierras comunitarias; ellos y otros compraron tierras que alguna vez rentaron como propiedades para generar ingresos. Con el tiempo, el mercado aceleró las concentraciones, pues los hombres prósperos compraron las tierras de sus vecinos pobres o las tomaron como pago de deudas. Para la década de 1880, las tierras arables habían sido, en gran medida, privatizadas, en ocasiones, con agrimensura y títulos; a menudo, sin ellos. La tierra se concentró cada vez más en menos manos. Más adelante en ese siglo, las pasturas y los montes de los altos, que servían como recursos de último momento para los más pobres y para aquellos que carecían de tierras, también se volvieron privados: algunos se los adjudicaron los caciques locales, otros las haciendas. Para acceder a ellos era necesario pagar, lo que afectaba aún más a los más pobres.[24]

Mientras tanto, el rápido crecimiento de la ciudad de México impulsó la producción mercantil en todo el centro. En 1877, el Distrito Federal incluía a 327 512 personas, el doble desde la Independencia, pero seguían siendo la mitad de los habitantes en El Estado de México: 650 653. Para 1900 la ciudad había crecido a 541 516, casi 60% de los 939 140 del estado que la rodeaba. En 1910, la metrópolis llegó a 720 753, casi 75% de la población del estado. Los aldeanos del centro batallaban para alimentar a sus familias, mientras

[22] Tutino, "From Involution…", *op. cit.,* tabla 1.

[23] Tutino, "Entre la rebelión…", *op. cit.,* p. 377, fig. 2.

[24] Véase el octavo capítulo; para un caso cercano a Toluca, véase Margarita Menegus Bornemann, "Ocoyoacac. Una comunidad agraria en el siglo XIX", *Estudios Políticos,* vol. 6, núms. 18-19, 1979, pp. 81-112. Sobre las primeras privatizaciones, véanse Salinas Sandoval, *Política y sociedad…, op. cit.*; y Carmen Salinas Sandoval y Diana Birrichaga Gardida, "Conflicto y aceptación ante el liberalismo. Los pueblos del Estado de México, 1856-1876", en Antonio Escobar Ohmstede (coord.), *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez, 1847-1872,* UABJO, Oaxaca, 2007, pp. 207-251. A largo plazo, Falcón, *El jefe…, op. cit.*

las haciendas y los caciques de las comunidades buscaban ganancias alimentando a números crecientes de habitantes de la capital.[25]

En Chalco, mientras las tierras se concentraban al interior de las comunidades, la expansión de las propiedades de las haciendas en el valle era limitada; allí también se concentraban las aguas, para permitir la irrigación de cultivos comerciales. Las protestas continuaron, pero poco consiguieron de cara al Estado porfiriano.[26] Gracias al crecimiento de los mercados y a los entronques ferroviarios, las históricas haciendas de Chalco emergieron de las deudas que las paralizaron durante décadas; desde 1880, recién llegados bien capitalizados se encargaron de ellas: la compra de La Compañía por el inmigrante español y aliado de Porfirio Díaz, Íñigo Noriega, es un caso claro. La única expansión importante de tierras de las haciendas en Chalco llegó a mediados de la década de 1890, cuando Díaz otorgó a Noriega los derechos para desecar el lago de Chalco, creando una vasta propiedad nueva de tierras ricas, con un acceso fácil y privilegiado a los mercados de la ciudad.[27] Lejos de la costa del lago, la falta de tierra era consecuencia de la mezcla de privatización, crecimiento poblacional y concentraciones al interior de las comunidades, derivadas de la acumulación en manos de los caciques.

Las acumulaciones locales se recordaban nítidamente en Xalatlaco. Allí, en los altos entre Tenango y Morelos, las familias cultivaban maíz y cebada y trabajaban en los bosques para hacer carbón y guijarros. La meta eran la subsistencia y las ventas para conseguir lo que no producían. Los comerciantes locales y los muleros transportaban grano y productos de madera, vendiéndolos en Morelos. Regresaban con vegetales y aguardiente. Los hombres de la localidad que administraban las tiendas y las recuas de mulas acumulaban riqueza y una buena parte de las tierras de sus vecinos.[28]

Natalio Lorenzana recordaba a Dolores Reynoso: "El más grande de los caciques […] Tenía muchas hectáreas; la mayor parte del pueblo era su granja". Tenía tiendas y recuas de mulas; vendía a crédito y tomaba tierras cuando los clientes no pagaban. Natalio continuaba: "Don Dolores no se vestía como charro, sino con pantalón de vestir, con un sombrero como el de un rico, y oí que cargaba una pistola […] Era muy respetado; respetaban a todos

[25] Tutino, "Entre la rebelión…", *op. cit.,* p. 379, fig. 4.

[26] Gloria Pedrero Nieto, "Un estudio regional. Chalco", en Enrique Semo (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, 1977, pp. 99-150, documenta la estabilidad de la mayoría de las fronteras de las haciendas; en *Notarios…, op. cit.,* Tortolero Villaseñor resalta el énfasis que ponían en obtener agua antes que tierras.

[27] Anaya Pérez, *Rebelión…, op. cit.,* vol. 2, pp. 38-42, calcula un vasto viraje de tierra que pasó de las comunidades y los pequeños agricultores a las haciendas. Pero no se explican 20 000 hectáreas entre 1893 y 1915. Sigo el énfasis que Pedrero y Tortolero Villaseñor ponen en la estabilidad de la tenencia de tierras en las haciendas, y luego la reclamación de Xico, mientras las tierras privatizadas se concentraban al interior de las comunidades.

[28] MCX, pp. 49-58.

los peces gordos en esos días". Reynoso tenía vínculos con otros caciques: "Los ricos también organizaban fiestas […] Invitaban a amigos y aliados de Toluca y de otros pueblos grandes. Dolores Reynoso tenía un amigo y socio comercial de Tacubaya [cerca de la ciudad de México]. Él le había dado a Dolores los recursos para poner su tienda, su panadería y su carnicería".[29]

Leonardo Ceballos narró recuerdos similares: "Fue en los años en que Dolores Reynoso, un rico, gobernaba […] Tenía muchas tierras; tenía más de 20 equipos de arado, muchos más". Habiendo acumulado 60 hectáreas de tierras, Reynoso también acumulaba mujeres. El jefe tenía cinco mujeres y sus hijos en cinco casas. "Además, tenía una pulquería en su casa; tenía un molino que funcionaba con gasolina para moler maíz para tortillas […] era el hombre más rico del pueblo."[30] Los recuerdos de la riqueza de Reynoso también provenían del interior de su familia. Su sobrino Margarito Gaspar recordaba: "Mi tío Dolores Reynoso tenía mucho dinero, tanto que no sabía dónde ponerlo […] tenía una tienda, tenía una mercería, tenía una panadería, tenía una pulquería".[31]

Los habitantes de Xalatlaco, que vivían a duras penas mientras Reynoso acumulaba riquezas, tierra y poder, encontraron una explicación para sus ganancias repentinas: un pacto con el diablo. Los recuerdos de Leonardo Ceballos eran claros: "Sus riquezas no venían del trabajo sino del 'Otro'. Después, cuando repartió sus tierras entre sus hijos, todos murieron de tristeza, porque las riquezas venían del Otro". Ceballos añadía: "Dolores tenía a pobres que trabajaban para él, tenía muchos trabajadores; porque tenía dinero, los engañaba. Para mí quedaba claro que había hecho un pacto con el diablo, y que los pobres trabajaban para él porque necesitaban sus salarios, necesitaban trabajo, pero está claro que los vendió, que también ellos fueron a caer a manos del Otro".[32] Margarito Gaspar sabía que su tío no era el único que hacía pactos con el diablo: "Dicen que los Pastrana, del pueblo de Coatepec, gozaban del dinero que habían recibido en pactos". También sabía cómo entregaba dinero el diablo: "Hay personas en San Agustín que cuentan que bajaba una carreta a medianoche, toda iluminada y entre los truenos; traía dinero del Cerro de Cuáhuatl y lo depositaba en el pueblo".[33]

¿Acaso la explicación diabólica era absurda? La privatización de las tierras comunales, una política liberal, aunada a la aceleración de la producción mercantil, una meta liberal, alimentaban en conjunto acumulaciones como las de Reynoso. Aquellos programas liberales estaban vinculados —por los liberales— a la privatización de las propiedades eclesiásticas y la separación de la Iglesia y el Estado. Los clérigos y los ideólogos conservadores se

[29] MCX, pp. 54 y 56.
[30] MCX, p. 57.
[31] MCX, pp. 59-60.
[32] MCX, pp. 58-59.
[33] MCX, pp. 59-60.

quejaban de que los programas liberales atacaban la religión y la obra de Dios en el mundo. Si bien la mayoría de los liberales mexicanos se consideraban católicos, pretendían terminar con los poderes temporales de la Iglesia, con su influencia sobre la educación y con creencias que consideraban supersticiosas. Resulta irónico que, mientras caciques como Reynoso aprovechaban la privatización y el mercado para acumular riqueza y propiedades, se unían a acuerdos que asignaban tierras de sodalidad para apoyar cultos locales a dueños privados (con frecuencia mujeres), posibilitando el sostén comunal de las fiestas y de otras formas de culto.[34] Los habitantes de Xalatlaco habían oído que el liberalismo equivalía a un ataque contra la religión, contra Dios, y vinculaban los programas liberales, la aceleración del mercado y la concentración de tierras con el diablo. Lo entendían claramente, en un dialecto religioso propio.

Las poblaciones crecieron, los caciques acumularon y la tierra se volvió escasa en las comunidades de Chalco y Tenango del Valle. La producción comercial se disparó. Con Chalco al frente, los canales seguían vinculando sus fértiles planicies con la metrópolis; también se encontraba en la ferrovía que se colocó en la década de 1880 para llevar azúcar morelense a la ciudad. La ubicación de las planicies de Chalco era ideal para abastecer de trigo y maíz a la creciente población de la ciudad de México. El desafío radicaba en expandir la producción. Las haciendas se habían adjudicado la mayoría de las tierras abiertas a la irrigación en la época de los españoles; acapararon más durante la apertura del mercado en las décadas de 1840 y 1850 y más después de 1870. Aun así, antes de que Noriega desecara el lago de Chalco, las ganancias eran limitadas; la desecación creó una vasta planicie bien irrigada de casi 10 000 hectáreas e incrementó en casi 10% las tierras de las haciendas de Chalco hacia 1900. Tras añadir Xico a La Compañía, la familia Noriega dominó la producción de cereales para la capital, desplazando a los aldeanos de las costas del lago, sus productivas chinampas y su dependencia tradicional de la vida acuática. Aunque protestaron en los juzgados, no podían ganar.[35]

Noriega y otros productores de Chalco se mecanizaron, comprando sembradoras, cosechadoras y trilladoras de los Estados Unidos; con ello, demostraron modernidad y el conocimiento de que las máquinas incrementaban las ganancias. También redujeron la demanda de mano de obra y, por consiguiente, los costos de producción, mientras la demanda del mercado se disparaba.[36] El vuelco hacia las máquinas no llegó con una escasez de trabajadores, pues la combinación de crecimiento poblacional y concentración de

[34] MCX, pp. 61-62 y 196.

[35] Como se detalla en Anaya Pérez, *Rebelión…, op. cit.,* vol. 2, pp. 32-88, y en Tortolero Villaseñor, *Notarios…, op. cit.*

[36] Ésa es la contribución esencial de Tortolero Villaseñor, *De la coa…, op. cit.;* y Tortolero Villaseñor, *Notarios…, op. cit.*

tierras dejó a cada vez más hombres desesperados por encontrar trabajos y jornales. Una encuesta de 1893 —con el ferrocarril terminado, al comienzo de la mecanización y sin que el desecado de Xico hubiera comenzado— reportaba que las haciendas de Chalco empleaban a 1 454 trabajadores todo el año y a 9 747 estacionalmente, para sembrar y cosechar cultivos.[37] Los salarios diarios oscilaban entre 31 y 37 centavos. En un distrito que albergaba a casi 70 000 personas, quizá 6 000 vivían del trabajo permanente en las haciendas, mientras otras 40 000 obtenían un sustento parcial de trabajos de temporada. ¿Cómo sobrevivía la mayoría?

Las alternativas eran limitadas. La fábrica textil de Miraflores, construida en la década de 1830, empleaba a 150 hombres, 150 mujeres y 50 niños; pagaba un peso al día a los hombres y mujeres adultos, y los niños ganaban 25 centavos. Dos nuevas fábricas pequeñas contrataban a algunos más: Tomacoco empleaba a 60 hombres, 10 mujeres y 35 niños (pagaba 85 centavos al día a los hombres, 50 a las mujeres, 35 a los niños); El Caballito ofrecía trabajo a 30 hombres a un peso diario y a cuatro mujeres que ganaban entre 25 y 75 centavos. Las cerca de 500 personas que trabajaban en fábricas textiles conformaban una "aristocracia laboral" local (entre los adultos). Se sumaban a aquellos que tenían un empleo regular en la región, elevando el total de trabajadores en haciendas y fábricas a cerca de 2 000 trabajadores regulares, que quizá mantenían a 8 000 personas: apenas un poco más de 10% de la creciente población local. En la década de 1890, en los cerros arriba de Chalco, abrió la fábrica de papel de San Rafael y aprovechó la rápida caída del río Tlalmanalco para generar energía hidroeléctrica y utilizar los grandes bosques ubicados en los flancos de los gigantescos volcanes.[38] La fabricación de papel creó un trabajo permanente limitado y San Rafael reclutó a trabajadores calificados fuera de la región; los alojaba en las barracas de la compañía, recuperaba su dinero en un casino de la compañía (véase la planta, las barracas y el casino en las figuras IX.1, IX.2 y IX.3, respectivamente). La planta contrataba a hombres de la localidad para talar y transportar madera, una fuente de ingresos irregular para los números crecientes de aquellos que carecían de tierras. Cuando la hacienda de Xico de Noriega alcanzó su producción completa después de 1900, sólo empleaba a 128 trabajadores permanentes para sembrar 9 827 hectáreas de granos.[39] Sin duda, el trabajo estacional se expandió, pero las inseguridades marcaban las nuevas depen-

[37] *Memoria de la administración pública del Estado de México presentada a la XV Legislatura por el Gobernador Constitucional General José Vicente Villada, cuatrienio de 1889-1893,* Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios, Toluca, 1894, pp. 339 y 655-667.

[38] Véase Rodolfo Huerta González, "Agua, bosques y capitalismo. La región de Chalco, 1890-1940", en Daniel Hiernaux, Alicia Lindón Villoria y Jaime Noyola Rocha (coords.), *La construcción social de un territorio emergente. El Valle de Chalco,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2000, pp. 65-85.

[39] Tortolero Villaseñor, *Notarios…, op. cit.,* p. 151.

FIGURA IX.1. *La fábrica de papel San Rafael, década de 1890.*

FIGURA IX.2. *El baño (derecha) y las barracas (izquierda) de los trabajadores de San Rafael, década de 1890.*

FIGURA IX.3. *El casino de San Rafael, década de 1890.*

dencias en comunidades afianzadas desde mucho tiempo atrás en los cultivos chinamperos y la recolección acuática en lagos y pantanos que habían desaparecido.

Una encuesta de actividades no agrícolas realizada en 1900 reveló la existencia de 376 tiendas y talleres, muchos de los cuales eran la base de la riqueza local de los pocos que acumularon tierras en las aldeas. Había 176 talleres de artesanos, siendo los más numerosos los de zapateros, carpinteros, herreros y sastres. Éstos proporcionaban una prosperidad moderada a unas cuantas familias. Además, había 150 establecimientos "industriales", la mayoría de ellos pequeños, con la excepción de San Rafael y de las tres fábricas textiles. Había 91 comercios que hacían pulque para abastecer a las tabernas locales, 14 panaderías y 11 velerías.[40] Un estimado de 650 pequeñas tiendas y talleres que empleaban a cinco personas cada uno sugiere que las actividades de los pueblos sostenían a 3 200 trabajadores, más que el trabajo permanente en las haciendas, las fábricas de textiles y San Rafael combinadas.

[40] Tutino, "Entre la rebelión…", *op. cit.,* p. 391, fig. 12.

¿Qué mantenía a la población de Chalco, que superaba a las 70 000 personas hacia el año 1900? La combinación de los 2 000 trabajadores empleados de manera permanente por las haciendas y las fábricas con los 3 200 que mantenían las tiendas y talleres de los pueblos, sugiere que más de 5 000 hombres percibían un sustento regular de la economía comercial, permitiéndoles sostener a familias que llegaban a un total de 20 000; apenas por encima de un cuarto de los habitantes del distrito. Si 2 000 encontraban trabajo irregular cortando madera para San Rafael y 10 000 conseguían trabajo estacional en los campos de las haciendas, casi 50 000 obtenían ganancias de ese sector en crecimiento, pero rara vez suficiente para el sustento familiar. ¿Acaso los hombres que contrataban para entregar madera a San Rafael usaban el acceso a los montes para plantar tlacolol en los claros (como hacía Pedro Martínez en Tepoztlán, al sur)? Aunque podían conseguir maíz, las inseguridades persistían.

Los hombres pasaban apuros para mantener a sus familias mediante una combinación de cultivo en los restos, cada vez más reducidos, de tierras comunales, el trabajo estacional en las haciendas y la tala para San Rafael; eran prisioneros del apretado nudo que produjo el crecimiento poblacional, la concentración de tierras y la mecanización de las haciendas. ¿Cómo aguantaron hasta inicios del siglo XX? La construcción de ferrocarriles en la década de 1880 generó una breve bonanza, gracias a la demanda de trabajo pesado, que fue seguida del impacto ocasionado por el trabajo del ferrocarril y la cosecha mecanizada, que ahorraban trabajo. En la década de 1890, la desecación del lago de Chalco trajo consigo otro aumento de la demanda de mano de obra, seguido de más producción mecanizada y una demanda laboral, principalmente estacional. ¿Acaso la aparcería, que equilibró la producción en las haciendas y las necesidades comunitarias durante las décadas de crisis comercial y aserciones de las comunidades a mediados de siglo, continuó proporcionando una mezcla de sustento y trabajo similar a ese sistema que tenía fuerza en Morelos justo al sur, hasta finales de siglo? Quizá, pero ese tipo de intentos por reequilibrar las explotaciones simbióticas no se reportan en Chalco después de 1870. Una cantidad incontable de mujeres jóvenes partió para trabajar en servicios del hogar en la ciudad de México. Y, después de 1900, los hombres jóvenes de Chalco partían por temporadas para hacer el difícil trabajo de cortar caña en Morelos.[41] La gente de Chalco encontró formas de sobrevivir, aunque cada vez más irregulares e inseguras; éstas empezaron a separar a los miembros de la familia, a plantear desafíos al patriarcado y a amenazar la cohesión comunitaria.

¿Acaso no hubo protestas? Los habitantes de las costas del lago intentaron resistirse al desecado que tomó sus chinampas y sus pantanos, logrando

[41] *Memoria de la administración..., op. cit.,* p. 339.

pocos resultados debido a los vínculos de Noriega con Díaz.[42] Una zona afamada por sus protestas en las décadas de 1840 a 1868 opuso poca resistencia pública a las transformaciones que socavaban la supervivencia familiar y las normas patriarcales. ¿Por qué? El gobierno se consolidó a nivel nacional y en el Estado de México; los espacios de conflictos políticos abiertos para la resistencia política en las décadas de mediados del siglo se cerraron, como consecuencia de la combinación de un gobierno autoritario y la estabilización negociada de Díaz. Además, su régimen promovió dos programas de control social: la educación y la policía.

Desde mucho tiempo atrás, los liberales habían prometido educación para curar el "atraso indígena" y culpaban a los conflictos políticos, la resistencia clerical y la reticencia de los nativos de sus resultados limitados.[43] Al regresar el gobierno liberal en 1867 y tras los levantamientos de 1868, el Estado de México hizo un esfuerzo concertado por construir escuelas y aumentar el número de inscritos. En Chalco, las 32 escuelas y los 1 595 estudiantes de 1870 se elevaron a 73 escuelas y 4 328 estudiantes en 1877. Las escuelas para niñas se incrementaron de cuatro a 10; las inscripciones, de 196 a 988: ganancias reales que mostraban una fuerte preferencia por educar a los muchachos. Las escuelas y las inscripciones se concentraban en los pueblos más grandes. Asimismo, en una transición reveladora, mientras Díaz consolidaba su gobierno, el número de escuelas en Chalco aumentó a 85 en 1878, pero las inscripciones disminuyeron a 3 793. Las escuelas para niñas aumentaron a 17, pero las inscripciones cayeron a 834. Las inscripciones de los niños aumentaron en 200.[44]

Las ofertas educativas en Chalco eran similares a las del resto del estado. La cantidad de escuelas aumentó de 439 en 1870 a 1 050 en 1877; las inscripciones crecieron de 24 640 (3.8% de la población) en 1870 a 52 201 (7.5% de la población) en 1877. Luego disminuyeron a lo largo del porfiriato. Para 1907, en el estado sólo había 995 escuelas; el número de estudiantes se redujo a 47 357, mientras la población había aumentado a casi 100 000 personas, lo que dejaba las inscripciones por debajo del 5%.[45] Un análisis de la educación en el estado revela compromisos sonoros con la promesa de la educación, una concentración de escuelas y maestros en cabeceras pobladas y prósperas, lamentos porque las familias rurales no respondían a la promesa y un reconocimiento a regañadientes de que las vidas de pobreza e inseguridad hacían que demasiados llevaran a sus hijos a los campos. Más allá de eso, los habitantes de las aldeas de las periferias se resistían a pagar impues-

[42] Gloria Camacho Pichardo, "Los motines y la centralización de las aguas en el Estado de México, 1870-1900", en Guadalupe Zamudio y Gloria Camacho Pichardo (coords.), *Estado de México. Experiencias de investigación histórica,* UAEM, Toluca, 2002, pp. 173-193.

[43] Véase Hale, *The Transformation…*, *op. cit*.

[44] Tutino, "Entre la rebelión…", *op. cit.,* pp. 394-396, figs. 13-15.

[45] *Ibid.,* p. 398, fig. 16.

tos para escuelas a las que sus hijos no podían asistir (con planes de estudios que no podían controlar).[46] La educación liberal reforzó las concentraciones y exclusiones que dominaban la vida económica.

El Estado demostró ser mejor en su uso de la policía, deseada desde hacía mucho por los poderosos, y desprovista de financiamiento en los tiempos de dificultades comerciales. Tras los levantamientos de 1868, Chalco tenía una fuerza montada de apenas 16 hombres en 1870. El Estado porfiriano encontró una alternativa. Creó patrullas civiles llamadas "veintenas", que movilizaban a 20 hombres cada noche en cada subdistrito, y a más cuando se presentaban emergencias. En 1890 enrolaban a más de 4 700 hombres en Chalco. En 1900, la patrulla (que había cambiado su nombre a Segunda Reserva del Ejército) enlistaba a 11 153 hombres en Chalco (más que los que tenían un trabajo regular). Los sometían a entrenamientos periódicos y deberes de patrullaje mensuales, movilizando a 378 hombres cada día. Llevaban sus propias armas, por lo que ahorraban al Estado el costo de éstas.[47] La mayoría de los hombres adultos de Chalco participaban (65%). La (re) militarización del patriarcado, que comenzó con la insurgencia y la contrainsurgencia después de 1810, persistiendo a través de los conflictos políticos y las rebeliones después de mediados del siglo, fue sancionada y organizada durante el gobierno de Díaz. Mientras una cantidad cada vez mayor de varones tenían problemas para afirmar el patriarcado como proveedores, el Estado sancionaba la violencia masculina en servicio de la estabilidad social.

Las cosas evolucionaron de forma similar en Tenango del Valle, aunque allí la vida comercial era menos dinámica. Para 1890, el Estado estimaba transacciones que apenas superaban los 200 000 pesos, 15% de la actividad de Chalco. Un ferrocarril cruzaba la sierra para conectar Toluca con la ciudad de México en 1882, pero continuaba hacia el poniente, por lo que era poco el acceso que proporcionaba a los productores que se encontraban en Tenango y al sur. El desarrollo industrial y comercial se concentraba a lo largo de la línea que atravesaba Toluca, con lo que estimuló las fábricas textiles, las cervecerías y las plantas hidroeléctricas, que obtuvieron exenciones de impuestos para alentar la inversión y la mecanización.[48] En 1890, en el distrito de Tenango en Santiago Tianguistengo, operaba una pequeña fábrica de telas que inicialmente empleó a sólo ocho hombres, cinco mujeres y cinco niños. Los salarios industriales eran bajos, oscilando entre los 18 y los 30

[46] Milada Bazant, *En busca de la modernidad. Procesos educativos en el Estado de México, 1873-1912,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2002; Salinas Sandoval, *Política…, op. cit.*

[47] Tutino, "Entre la rebelión…", *op. cit.,* pp. 399-401, figs. 17-18.

[48] María Eugenia Romero Ibarra, *Manuel Medina Garduño. Entre el Porfiriato y la Revolución en el Estado de México, 1852-1913,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1998, pp. 33-64.

centavos al día.[49] Esto hacía que la creciente población del distrito dependiera de los cultivos de subsistencia (mientras se concentraban las tierras) y del trabajo en ocho haciendas y 25 ranchos. Las haciendas ofrecían trabajo regular a sólo 463 personas, dejando a 13 908 en busca de trabajo estacional (a entre 18 y 25 centavos al día).[50] Morelos se convirtió en su última oportunidad. Los residentes de temporada listos a cortar caña eran tan comunes que en Xalatlaco obtuvieron el nombre de "morelianos". Apolonio Flores recordaba: "La tradición dice que les gustaba ir a trabajar en la caña".[51] Sin duda, la necesidad era el ímpetu primario.

Al enfrentarse al nudo generado por la concentración de tierras y el crecimiento poblacional sin siquiera la expansión limitada del trabajo que traían consigo las fábricas, los proyectos ferroviarios y el desecado de tierras en Chalco, los habitantes de Tenango generaron otras adaptaciones. Después de 1900, cuando más hombres se convertían en morelianos, las mujeres tomaban trabajo estacional en los campos locales (un cambio sólo reportado en Tenango).[52] Las familias se separaban por meses. El patriarcado seguía siendo una meta para los hombres. La falta de perspectivas para ellos, las separaciones y el trabajo asalariado de las mujeres planteaban desafíos a esa meta. Con la corrosión del patriarcado, los registros criminales dan cuenta de un aumento de la violencia entre hombres y de los hombres contra las mujeres, con frecuencia contra sus esposas.[53]

La involución de la violencia social

Las estadísticas reunidas por el Estado de México muestran que el aumento de la violencia reportado en Tenango marcaba al núcleo en un sentido más extenso.[54] Se presentan tendencias claras.[55] La violencia mortal disminuyó después de 1870, permaneció baja durante la década de 1880 y principios de la de 1890, volviéndose a elevar hacia 1900. La violencia no letal aumentó de 1870 a 1885 al comenzar el desarrollo porfiriano, manteniéndose cercana a ese nivel hasta 1900. La violencia total seguía el mismo patrón. Los crímenes sexuales registraron una disminución estable, lo que sugiere un interés limitado del Estado. Los crímenes contra propiedades permanecieron estables y comenzaron a aumentar hacia 1900. Con la aceleración del desarrollo

[49] *Memoria de la administración…, op. cit.,* pp. 339, 351-352.

[50] *Ibid.,* pp. 351-352, 741-749 y 804-806.

[51] MCX, p. 168.

[52] González Montes, "Trabajo femenino…", *op. cit.,* pp. 281-299.

[53] González Montes e Iracheta Cenegorta, "La violencia…", *op. cit.*

[54] Analicé las estadísticas de crímenes en el Estado de México entre 1820 y 1910 en Tutino, "From Involution…", *op. cit.,* resaltando las incertidumbres previas a 1870 y las probabilidades de 1870 a 1900. Aquí reporto tendencias clave.

[55] *Ibid.,* tabla 4.

liberal en todo el estado tuvo lugar una escalada del crimen; ésta se mantuvo elevada mientras duró. Cuando los impactos sociales disruptivos se afianzaron, hacia 1900, comenzó un segundo aumento.

En Chalco, el crimen reflejaba tendencias estatales de manera anticipada y acelerada.[56] El crimen era elevado y se incrementó tras la rebelión de 1868; la pacificación no terminó con los conflictos sociales, sino que los volvió hacia el interior. En la década de 1880 y principios de la de 1890, el crimen disminuyó, cuando el aumento de la demanda mercantil, la construcción de ferrocarriles y la apertura de San Rafael generaron trabajo por un tiempo. A partir de la década de 1890, con la concentración de tierras, el desecado del lago de Chalco, el continuo aumento de la población y el afianzamiento de la mecanización, el crimen —de manera notable el crimen violento— alcanzó cimas históricas.

Tenango del Valle fue testigo de una trayectoria claramente perfilada.[57] En 1870 los niveles eran bajos. Luego, la violencia y los crímenes contra la propiedad llegaron a picos muy superiores a los niveles del estado y de Chalco en 1885. Tenango observó un crecimiento poblacional y una concentración de tierras sin el desarrollo paralelo de siquiera trabajo temporal para hombres que batallaban por mantener a sus familias y el patriarcado. Los crímenes crecieron como la espuma. Entonces, el final de la década de 1880 y la de 1890 trajeron consigo una bonanza azucarera en Morelos, llevando a los hombres de Tenango a largas ausencias para realizar trabajo duro como morelianos, mientras las mujeres iban a los campos locales a sembrar y cosechar granos por salarios bajos. Las separaciones de hombres y mujeres, aunadas a los nuevos ingresos de las mujeres, planteaban desafíos al patriarcado. En general, el crimen en Tenango disminuyó entre 1885 y 1900; sin embargo, aunque se redujeron los crímenes contra la propiedad, la violencia se mantuvo por encima de los niveles de 1870. Los registros judiciales de Tenango revelan que los crímenes violentos, en su mayoría de hombres contra hombres, pero también de hombres contra mujeres, volvieron a elevarse entre 1900 y 1910, concentrándose entre la mayoría indígena, que se afanaba para sobrevivir.[58] ¿Acaso los cargos en patrullas armadas facilitaron y sancionaron implícitamente la violencia cometida por los hombres de las aldeas, aun si restringieron los crímenes contra la propiedad?

Xalatlaco experimentó esa violencia masculina. Un conflicto fuertemente recordado vinculaba el comercio con Morelos, la concentración de riquezas, el bandidaje, la hombría y las patrullas policiales. Margarito Gaspar narraba:

[56] *Ibid.,* tabla 5.
[57] *Ibid.,* tabla 6.
[58] González Montes e Iracheta Cenegorta, "La violencia…", *op. cit.,* pp. 114-115.

> El retablo en la capilla de Santa Teresa cuenta una batalla entre muleros y ladrones en 1892. Allá en lo alto de los montes, los ladrones bloquearon el paso de una recua. El líder de los muleros, al frente de la recua, era don Juan Medina del barrio de San Francisco. Él mandó a buscar ayuda del jefe de la veintena, lo que luego llamábamos la patrulla. Tomaron sus armas y partieron; marcharon en el bosque. Cuando llegaron adonde bloqueaban a los muleros, los bandidos y el jefe gritaron: "¿Quién anda ahí?" "Sus padres", respondió el hombre de la patrulla, quien también contestó: "¿Quién anda ahí?" Los bandidos y su jefe replicaron: "Sus padres". Entonces don Irineo Sánchez, jefe de la patrulla del barrio de San Agustín, tuvo la suerte de herir de muerte al jefe de los bandidos. Se lo llevaron como un animal, atado de manos y pies y colgado de una rama.
>
> Al llegar al ayuntamiento, tiraron al bandido y a los otros prisioneros y cantaron victoria. Los hombres de la patrulla temblaban de coraje. Al oír el escándalo, todos salieron a ver. Una persona vio al bandido lastimado enfrente del ayuntamiento y se burló de él: "Ah, este hijo de quién sabe quién, qué lejos ha caído", y lo pateó. El bandido alzó la cabeza con una mirada de odio y venganza, pero no podía hacer nada.[59]

De camino a que enfrentaran la justicia en Tenango del Valle, se hizo desfilar a los prisioneros encadenados por los pueblos de los cerros. Allí "murió el jefe de los bandidos, y lo regresaron a su casa; dicen que era un sacristán de Amecameca, porque tenía consigo un gran llavero".[60]

Hay mucho que considerar en lo anterior. Los bandidos querían reclamar las ganancias logradas en el comercio con Morelos. La patrulla de Xalatlaco se movilizó para detenerlos. Ambos grupos alardeaban de su hombría: los miembros de cada uno eran los "padres" de los del otro. La patrulla ganó, afirmando su hombría dominante, al tiempo que defendió el comercio que permitía a unos cuantos acumular mientras la mayoría de los habitantes se las veía negras (incluidos los hombres de la patrulla). La batalla forjó una identidad que vinculaba al arriero principal, al jefe de la patrulla (ambos honrados con el término "don") y a los agentes locales (anónimos en la memoria). La alianza patriarcal en defensa de la propiedad integraba a una comunidad que se dividía entre los pocos que gozaban de prosperidad y la mayoría que batallaba. El triunfo de la unidad masculina se sancionó en un retablo, dispuesto de manera prominente en una capilla local. Los derrotados se convirtieron en "muchachos", fáciles de patear. El líder de los bandidos murió. Era un forastero de Amecameca, un pueblo próspero entre Chalco y Morelos. En los altos que hacían frontera con Morelos, los hombres competían de forma violenta por el escaso botín de la próspera cuenca azucarera.

[59] MCX, pp. 51-52.
[60] MCX, p. 52.

En Xalatlaco, la batalla de 1892 dio paso a conflictos rituales en los años previos a 1910, con frecuencia dolorosos, en ocasiones rematados en la discapacitación. Natalio Lorenzana recordaba:

> Peleábamos batallas; peleábamos aquí en Tzati contra los muchachos de San Agustín. Recuerdo que nuestro líder se apellidaba Rocha, no me acuerdo quién era el líder de San Agustín. Peleábamos todas las tardes. Los domingos era más temprano y había más personas. Las batallas entre los barrios se peleaban con piedras y terrones; a veces había lastimados. Las autoridades no intervenían. También peleábamos batallas contra los muchachos de Tilapa. Todo esto era una profecía de la guerra, de la crueldad de la guerra.

Félix Quieroz añadió: "Tuvimos una guerra con los otomíes de Tilapa, con resorteras, chinga con piedras. Peleábamos batallas cerca de Ocotenco, 15 en cada bando. Todas estas peleas las conocíamos, pero no fueron nada en comparación con lo que vino después".[61]

Los combates para probar la hombría enfrentaban entre sí a bandas de jóvenes de barrios rivales de Xalatlaco; las bandas de Xalatlaco peleaban contra el cercano pueblo de Tilapa, que se recordaba como un otro étnico, como otomí. Dado que cada vez era más difícil que los jóvenes se adjudicaran el patriarcado como proveedores, los hombres peleaban entre sí. Los funcionarios locales los dejaban pelear combates que se recordaban como precursores. La hombría y la violencia se vinculaban en el bandidaje, las patrullas sancionadas por el Estado, los combates honrados localmente y las crecientes oleadas de crímenes, mientras el desarrollo liberal hacía que el patriarcado en el hogar fuera un ideal distante para una nueva generación.

En paralelo, las familias patriarcales comenzaron a resquebrajarse.[62] En 1885, 92% de los nacimientos del estado se registraron como legítimos, producto de una pareja casada. Ese porcentaje era un poco más alto en Tenango, 95%; significativamente más bajo en Chalco, sólo 78%. Para 1900, sólo 62% de los nacimientos en el estado se registraron como legítimos; en Tenango la legitimidad cayó a 78%; en Chalco se desplomó a 38%. Mientras los hombres se desvivían por encontrar tierras y trabajo que les permitieran desempeñar papeles como jefes del hogar, el matrimonio se volvía cada vez menos común.

Al mismo tiempo, aumentó la reproducción. En Chalco, donde la mayoría de los hombres se quedaron en la región, batallando por encontrar formas de adjudicarse el patriarcado, el total de nacimientos aumentó con mayor rapidez que en el resto del estado; a la vez, el matrimonio se vino abajo como institución dominante. Aunque los hombres se abstenían de casarse,

[61] MCX, pp. 64-65.
[62] Tutino, "From Involution…", *op. cit.,* tabla 7.

participaban con brío en el sexo, afirmando su hombría al ser padres de un número creciente de niños registrados como ilegítimos. En Tenango, donde las oportunidades locales eran escasas e inseguras —y la ausencia en Morelos era común—, los nacimientos se incrementaron menos (cerca de los promedios del estado). El matrimonio también siguió siendo común; casi 80% de los bebés se registraron como legítimos en 1900. Mientras los hombres de Tenango pasaban buena parte de cada año en Morelos y las mujeres trabajaban en los campos locales, el matrimonio mantuvo su fuerza y la reproducción se rezagó. ¿Acaso la ausencia de hombres fortaleció los matrimonios a la vez que limitaba las concepciones?

En Xalatlaco, Gregoria Camacho González recordaba con dolor cómo descubrió la necesidad de un patriarca para la supervivencia de la familia. Su padre fue encarcelado —equivocadamente, insistía (lo encontraron con una pieza de tela que había hecho un fabricante de chales asesinado)—: "¿Quién va a mantenernos? Mis padres tuvieron siete hijos, pero dos murieron y sólo cinco, todas niñas, sobrevivieron; ni siquiera había un hombrecito que nos ayudara. Mi padre dejó un poco de tierra y mi madre intentó todo para alimentarnos".[63] Su recuerdo desesperado hace suponer que era esencial un hombre para el sustento de la familia.

Mientras proliferaban las inseguridades sociales inherentes al capitalismo liberal, para muchos en el Estado de México las niñas se volvieron algo indeseado, prescindible. Al finalizar el siglo XIX, el estado registró una tasa creciente de infanticidios.[64] Los números eran bajos, incluso si se combinan los crímenes clasificados como infanticidios con los "entierros clandestinos" (un término usado cuando se encontraba un bebé enterrado y no se podía identificar a sus padres). Los profesionales médicos vieron un problema de infanticidios y sugirieron dos soluciones: educación y criminalización.[65] No podían imaginar que el aumento de muertes infantiles podía estar vinculado al impacto social del desarrollo que celebraban como la esencia del progreso.

Los registros de nacimientos confirman un fuerte aumento de las muertes de bebés de sexo femenino en Tenango, Chalco y el resto del Estado de México. Por lo regular, nacen ligeramente más hombres que mujeres, proporción que se revierte en poblaciones maduras en que las mujeres mueren a causa de complicaciones durante el parto. No obstante, los registros de nacimientos de finales del siglo XIX muestran un predominio cada vez mayor de niños y documentan muertes selectivas entre las recién nacidas.[66] En 1885, las muertes de niñas estaban aumentando en todo el estado, se estaban ace-

[63] MCX, p. 162.

[64] Tutino, "From Involution…", *op. cit.,* tabla 8.

[65] María de la Luz Parcero, *Condiciones de la mujer en México durante el siglo XIX,* INAH, México, 1992, p. 121.

[66] Tutino, "From Involution…", *op. cit.,* tabla 9.

lerando en Chalco, pero no eran evidentes en Tenango. Para 1900, las muertes de niñas se elevaban en todas partes; los registros indican que más de 1 600 recién nacidas murieron ese año en todo el estado, incluidas más de 200 en Chalco y más de 100 en Tenango. La trayectoria de las muertes de niñas traza un paralelismo con el desarrollo liberal: acelerado en Chalco, limitado en Tenango y extendido en todo el estado. Las muertes de niñas se vinculaban de formas complejas con un quiebre cada vez más rápido de las familias patriarcales.[67] En 1885, el exceso emergente de nacimientos de niños y, por consiguiente, de muertes de niñas en todo el estado se concentró entre la gran mayoría que seguía siendo legítima: los hijos de parejas formalmente casadas. Los pocos nacimientos entre mujeres solteras reportaban una mayoría de niñas: las mujeres solteras conservaban a sus hijas. El patrón en Chalco de ese año era similar, pero más extremo. Las muertes de niñas eran más y se concentraban entre las parejas casadas; las mujeres solteras que tenían hijos fuera del matrimonio eran más comunes y conservaban a sus hijas. En Tenango en 1885, el matrimonio era la norma y las hijas vivían, mientras muchos hombres estaban lejos, trabajando en Morelos.

Para 1900, las muertes de recién nacidas generaban un 10% del exceso de hombres en todo el estado y las niñas nacidas de madres solteras morían en la misma proporción que las registradas como legítimas. Una cantidad creciente de madres solteras ya no eran capaces de salvar a sus hijas. En Tenango, donde los hombres y las mujeres llevaban vidas más o menos independientes y los nacimientos se incrementaban a menor velocidad, las muertes de niñas entre las parejas casadas se elevaron a los niveles del resto del estado y comenzaron a aparecer entre madres solteras. En Chalco, donde las inseguridades proliferaban y los hombres enfrentaban desafíos para reclamar el patriarcado, el matrimonio formal se convirtió en una opción a la que sólo podía acceder una minoría, mientras las tasas de nacimientos se elevaban; las muertes de niñas se registraban entre la minoría casada y aumentaban entre la nueva mayoría que había nacido fuera del matrimonio. El matrimonio era más común entre los prósperos; las personas que podían pagar bodas conservaban a sus hijas. Entre la mayoría —más del 60%— de bebés nacidos de madres solteras en Chalco, las muertes de recién nacidas se dispararon. ¿Acaso las madres solteras enfrentaban vidas de una desesperación tal que construyeron formas culturales de negar el sustento a sus hijas?[68] ¿Estaban las madres solteras vinculadas con hombres tan inseguros que se resistían a casarse, engendraban un número creciente de niños y luego imponían presiones que conducían al incremento de las muertes de niñas? Ambas cosas son posibles; con las fuentes que tenemos a nuestra disposición es imposible saberlo.

[67] *Ibid.,* tabla 10.

[68] Nancy Scheper-Hughes, *Death without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil,* University of California Press, Berkeley, 1992.

Las promesas utópicas del capitalismo liberal se convirtieron en realidades vividas para pequeñas minorías de Chalco y Tenango del Valle, como también en los estados de México y Morelos. La privatización de tierras y la comercialización de la producción beneficiaron a poderosas minorías de toda la nación; unos cuantos prosperaron en pueblos locales. Para el resto, la privatización y la mecanización de las agroindustrias se intersecaron con el crecimiento poblacional, dando lugar a inseguridades sociales que los hombres experimentaban como desafíos al patriarcado y las mujeres como nuevas desesperaciones. Los quiebres familiares se produjeron con un aumento de la violencia entre los hombres, de los hombres hacia las mujeres y de unos o ambos (de forma activa o no) contra las recién nacidas.

La privatización liberal, el capitalismo agroindustrial y la violencia social estaban vinculados: ocurrían en las mismas comunidades al mismo tiempo, los experimentaban las mismas familias. Unirse a los profesionales médicos de la ciudad de México para afirmar que la creciente oleada de violencia, incluyendo lo que ellos llamaban infanticidio, era resultado de la falta de educación y de tendencias criminales (mientras las personas perdían el control de sus vidas, luchaban por sobrevivir y enfrentaban desafíos al patriarcado), supone unirse a intolerancias que habían construido y promovían los pocos que se beneficiaban del desarrollo liberal.

De la involución a la revolución

La celebrada prosperidad del capitalismo agroindustrial porfiriano generó corrosiones sociales que se ahondaron en el sur del corazón del país después de 1900. Los intentos por recrear las explotaciones simbióticas en Morelos alcanzaron su límite cuando no hubo más tierras que compartir con una nueva generación de aldeanos sin tierras (quienes competían con hombres y muchachos de Tenango del Valle y Chalco por trabajo como jornaleros). Crear familias patriarcales se volvió difícil y aún más difícil mantenerlas. En las comunidades y en las familias aumentó la violencia y comenzó a concentrarse en las recién nacidas: una destrucción desesperada que podía limitar el crecimiento poblacional, el único aspecto del nudo social que controlaban los habitantes de las aldeas. Los hombres, incapaces de reivindicar para sí el rol de proveedores, se volvieron hacia una hombría violenta, que tenía por presa a sus vecinos y parientes, sus esposas e hijas: la retribución social del progreso en todo el sur del núcleo.

Después de 1910, la violencia social engendrada por el progreso se dirigió al interior, invadiendo a familias y comunidades, que a su vez comenzaban a volverse hacia el exterior, para desafiar a los poderes que gobernaban y obtenían ganancias mientras el pueblo afrontaba la desesperación y la violencia. Ese giro no fue automático ni espontáneo. El proceso que convirtió

penurias cada vez más profundas en una revolución combinó la crisis global, la política nacional y la sequía. Los datos particulares de Morelos son bien conocidos.[69] Los años después de 1907 trajeron consigo una recesión vinculada con el pánico financiero en Wall Street; las cosechas de azúcar cayeron cuando las fábricas cubanas revivieron para servir a los mercados estadunidenses. Las oportunidades de trabajo estacional se redujeron, al tiempo que las necesidades se incrementaban. Entonces llegó la sequía, lo que intensificó la búsqueda de salarios para comprar maíz.

Mientras tanto, las elecciones estatales de 1908 opusieron a un candidato local contra un forastero vinculado con Díaz y los dueños de las plantaciones azucareras. La campaña agravó los problemas relacionados con los derechos locales y la justicia incierta, hasta que Díaz impuso a su aliado. En los mismos años, los conflictos agrarios locales en Anenecuilco, una aldea rodeada de haciendas azucareras, llevaron a Emiliano Zapata a la prominencia como defensor de los derechos de la comunidad. En 1910 era un forajido, cuando Francisco I. Madero, hijo rebelde de un poderoso industrial terrateniente y de una familia banquera del norte, desafió a Díaz por la presidencia. Díaz diseñó otra reelección, Madero se rebeló y Zapata encabezó a los campesinos de Morelos en sus exigencias de tierra y justicia.

Pedro Martínez recordaba la apertura de la revolución en Tepoztlán: "En 1910 llegó la Revolución". Sabía que los conflictos políticos habían comenzado con las elecciones para gobernador en 1908, cuando Díaz impuso a su candidato. También sabía que "[e]n 1910 la acción seguía estando en el norte. Entonces seguía siendo posible trabajar. Así que volví a ir a las haciendas a buscar trabajo. Pero los capataces ya no nos hicieron nada. Tenían miedo". Hombres desesperados por tener trabajo ganaron del desafío al poder de Díaz. Pedro añadió: "En esos días los caciques en nuestras propias aldeas eran los que más nos oprimían. Tenían el dinero y montaban finos caballos y siempre eran oficiales. Se aprovechaban de las muchachas pobres". Si bien las haciendas ofrecían trabajo y evitaban el trato severo, los caciques de los pueblos continuaron reinando y abusando de las mujeres pobres.[70]

Pedro recordaba que el 17 de marzo de 1911 los primeros revolucionarios entraron cabalgando a Tepoztlán (de cara a la histórica iglesia que puede verse en la figura IX.4). "Gritaron '¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva Francisco I. Madero!', corrieron al palacio y empezaron a quemarlo." Los aldeanos lo advirtieron: "Van por los caciques. Todos huyeron, todos los caciques". Fue el primer ataque de los revolucionarios, cuyo objetivo era de derribar a los caciques locales. A esto se siguió una violencia divisiva. En 1912 y 1913 no hubo trabajo en las haciendas, así que Pedro hizo cuerdas, un pro-

[69] Véanse John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution,* Knopf, Nueva York, 1968 [*Zapata y la Revolución mexicana,* trad. Francisco González Aramburo, FCE, México, 2017]; y Ávila Espinosa, *Los orígenes…, op. cit*.

[70] PML, pp. 73-75.

FIGURA IX.4. *La iglesia de Tepoztlán.*

ducto útil en la revolución, mientras seguía trabajando en su milpa de tlacolol en los duros cerros. "Ésa era toda mi vida entonces, sembrar tlacolol." (Véanse los accidentados cerros que aparecen en la figura IX.5.) Oyó hablar de Zapata en 1913, enterándose de que su padre había sido un agricultor modesto, al que la hacienda de Tenextepango le había quitado sus tierras. Cuando se presentó la oportunidad, Pedro fue a las colinas para encontrarse con Zapata, con el pretexto de entregar tortillas. "Me uní a Zapata y estuve con él todo 1914, 1915 y 1916 [...] Mi esposa se quedó." Añadió: "Ahora sabíamos por qué peleábamos: tierra, agua, bosques y justicia".[71]

Esperanza vivió una revolución diferente. "Los soldados del gobierno, y también los soldados rebeldes, violaban a las muchachitas y a las mujeres casadas." Ella, que abastecía tortillas por encargo a los zapatistas y a las tropas del gobierno, añadía: "Los hombres del gobierno eran los que se portaban peor y los que nos hicieron más daño".[72] Filomena, que vivió la revolución en los cerros de Guerrero, añadió detalles espantosos:

> En 1915 mi querido abuelito murió de hambre. Era tal la necesidad [...] Solía ir a esconderme con las niñas en las cuevas y en los campos. Una vez nos fuimos a

[71] PML, pp. 84-91.
[72] PML, pp. 92-93.

FIGURA IX.5. *Los cerros de Tepoztlán: hogar de la supervivencia a partir del tlacolol.*

> esconder en una iglesia y los hombres del gobierno nos encontraron. No sabíamos qué hacer, así que nos pusimos a rezar […] Una vez dormimos en los árboles para que no nos encontraran. Se habían robado a unas niñas de 12 años para tenerlas como esposas […] Los hombres del gobierno no sólo se robaban a las hijas, también a las esposas de cualquiera. Una vez se robaron a una de mis amigas, que murió después de ocho días de que se la chingaran sin parar. Luego tiraron su cadáver en su casa […] Muchos niños nacieron de padres desconocidos y de niñas a las que habían violado.[73]

Si muchos zapatistas buscaban reclamar el patriarcado, muchos federales respondieron con violencia sexual.

Mientras tanto, Pedro peleó en una banda leal a Zapata, bajando en ocasiones de las colinas para visitar a Esperanza. En las peleas clave de 1914, atravesó Toluca, llegó a Tula en El Mezquital, regresó a Coyoacán, tomó un tranvía hacia Xochimilco y luego acampó en Milpa Alta, para conservar los altos del Ajusco sobre Tepoztlán y el centro zapatista. Peleó en Tizapán en

[73] Romanucci-Ross, "Filomena's History", *op. cit.,* pp. 210-211.

1916: "Ésa fue la última gran batalla […] finalmente me harté". Pedro huyó al sur, a Guerrero, para sobrevivir los años que siguieron a la caída del zapatismo. Cuando regresó a Tepoztlán en 1919, "no quedaba nada aquí".[74]

Pedro, Esperanza y Filomena vivieron tiempos de violencia en Morelos y el sur del núcleo. Si la revolución empezó en la política, se alimentó de las corrosiones sociales y de la violencia familiar. Mientras Madero exigía la remoción de Díaz, elecciones limpias y una justicia abstracta, los insurgentes de las aldeas de Morelos atacaban haciendas y pueblos, y avanzaban hacia el sur, a Guerrero, y hacia el nororiente, a Atlixco, en el estado de Puebla. La amenaza que representaban para la propiedad y el poder en el corazón evitó que Díaz concentrara sus ejércitos en los levantamientos políticos del norte. Atrapado en un nudo militar y político, el autoritario entrado en años, que había presidido décadas de bonanza capitalista, negoció una transferencia del poder que buscaba preservar el régimen, defender la propiedad y permitir que Madero consiguiera la presidencia.[75]

Sin embargo, cuando un presidente interino y luego Madero rechazaron las exigencias de tierra de Zapata, y el ejército federal llevó a cabo campañas de quema de tierras contra personas que esperaban justicia de un reformista al que habían ayudado a llegar al poder, en el otoño de 1911 Morelos se convirtió en el hogar de una insurgencia de bases comunitarias en expansión que exigía tierras y autonomía local. Si las corrosiones que imponía el progreso capitalista otorgaron a los aldeanos razones para buscar un cambio, la violencia mortal y destructiva infligida por los defensores del poder (mientras prometían democracia y justicia) convirtió la insurrección en la única respuesta viable. Durante 1911 y 1912, y hasta 1913, la insurgencia se esparció entre los campesinos de Morelos, primero en comunidades de tierra caliente a las que habían exprimido sus tierras; con mayor lentitud en el oriente, donde la aparcería mantuvo a muchos con vida y trabajo. Algunas haciendas batallaron para cultivar y moler caña los primeros años del conflicto: los dueños buscaban ganancias, los trabajadores encontraban salarios, los insurgentes tomaban impuestos para armar el levantamiento.[76]

En el otoño de 1911, después de que Madero se rehusara a reconocer el derecho de los aldeanos a reclamar tierras históricas con la fuerza de las armas, Zapata publicó el Plan de Ayala, que afirmaba ese derecho y rechazaba al capitalista demócrata que ofrecía promesas vagas de justicia. La revolución de Zapata mantuvo débil a Madero: el reformador de élite no podía pacificar Morelos, lo que demostró a los capitalistas de México que no podía

[74] PML, pp. 92-102 y 119.

[75] Lo anterior se detalla en Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista,* Era, México, 1997.

[76] Esta secuencia queda clara en Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.,* y Warman, *"We Come…", op. cit.*

gobernar la nación para sus intereses. Cuando una coalición encabezada por el general Victoriano Huerta (asistida por el embajador de los Estados Unidos) depuso y mató a Madero a principios de 1913, la mayoría de los capitalistas nacionales e internacionales respaldaron el régimen militarizado de Huerta en defensa de la propiedad; a la vez, los campesinos de Morelos hicieron más nutridos los levantamientos, transformando los conflictos políticos nacionales en una revolución social regional.

Una generación de hombres jóvenes, la mayoría menores de 30 años, incapaces de obtener tierras para cultivarlas o de encontrar un trabajo que fuera lo suficientemente estable para proveer a sus familias, tomaron las armas para afirmar sus derechos a la tierra y a las autonomías. Desde finales de 1913 hasta la mayor parte de 1916 gobernaron Morelos como una liga de comunidades agrarias. Mientras hombres jóvenes y muchos niños peleaban como guerrilleros, los hombres más grandes y muchas mujeres tomaron el control de las tierras y de la producción como pudieron, limitando la siembra de caña al tiempo que expandían las cosechas de maíz para alimentar a las familias y las bandas de guerrilleros. Unos cuantos molinos aún procesaban un poco de caña; con un ciclo de cultivo de 18 meses, la mayoría se quedó en los campos cuando los dueños de las plantaciones y los administradores huyeron de la cuenca. No obstante, cuando Zapata pidió más azúcar para financiar y armar a sus guerrillas, los aldeanos insistieron en que su revolución buscaba tierra y autonomía: maíz, no caña de azúcar. Zapata consintió en una solución intermedia, que convirtió su revolución en una fuerza que no podía ganar el Estado nacional, pero que no perdería la alianza de las comunidades.[77]

Más tarde, la revolución llegó al Estado de México. Allí, la elección para gobernador de 1908 fue un asunto tranquilo. Fernando González, hijo del ex presidente Manuel González y dueño de la hacienda de Chapingo, al norte de Chalco, fue reelegido por una oligarquía unida. La campaña de Madero por elecciones efectivas en 1910 tuvo poca resonancia en la cuenca de Toluca. En Chalco, donde Díaz y sus aliados eran una fuerte presencia después de que Noriega desecara el lago de Chalco para crear Xico, Madero generó esperanzas y encontró apoyo en los pueblos que enfrentaban dificultades. La caída de Díaz y la renuncia del gobernador González en 1911 condujo a un cambio más aparente que real. La oligarquía del estado no tardó en "elegir" como gobernador a Manuel Medina Garduño, un empresario terrateniente, dueño de fábricas textiles y productor hidroeléctrico en las tierras al poniente de Tula. En tanto era un beneficiario silencioso del régimen de Díaz, Medina se abstenía de la política y era más católico que los liberales autoritarios que gobernaban. Tomó el poder en 1911 con el apoyo de los

[77] Una vez más, lo anterior queda claro en Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.;* y Warman, *"We Come…", op. cit*.

católicos, los maderistas y algunos porfirianos. Su meta era mantener la fuerza de los negocios y a Zapata a distancia.[78]

La política de la élite mantuvo la tranquilidad en el Estado de México mientras la insurrección ganaba fuerza en Morelos; pero los habitantes de Chalco debieron hacer frente a inseguridades más profundas, a un patriarcado inseguro y a una escalada en la violencia social dentro de las comunidades, atrapadas entre los conflictos políticos de la ciudad de México y las insurgencias en Morelos. En la ruta ferroviaria que iba de la cuenca azucarera a la capital, los disidentes de Chalco volvieron la mirada hacia Madero y Zapata en 1911, lo que provocó conflictos con quienes apoyaban a Díaz y a los empresarios locales. Con la partida del viejo autoritario, los aldeanos presionaron para obtener tierras y justicia. Concentraron su indignación en Xico, el regalo de Díaz a Noriega, una evidencia clara de una economía liberal que favorecía a unos cuantos mientras marginaba a la mayoría.

Tras la deposición y muerte de Madero, el conflicto se agudizó. Chalco se volvió un baluarte zapatista en la lucha contra Huerta en 1914; se mantuvo con fuerza contra Carranza y los constitucionalistas hasta 1915. Los defensores del poder solían tener en su posesión los centros de los pueblos; tropas federales y constitucionalistas protegían Xico, esencial para alimentar a la capital. Los campesinos de la planicie y los cerros que se extendían hacia Morelos exigían tierra y justicia, inspirados por Zapata. Los terratenientes se quejaban de que destruían sus haciendas, lo que significaba que tomaban tierras, sembraban maíz y alimentaban a sus familias y a los guerrilleros.[79] La violencia social que había invadido a las comunidades y las familias de Chalco se volcó hacia el exterior en una revolución.

La revolución también llegó a Tenango del Valle y el sur del Valle de Toluca, poco después de ganar fuerza en Morelos, que se encontraba justo al este. La correspondencia temprana entre oficiales muestra que entendían los agravios subyacentes: las privatizaciones habían concentrado tierras que otrora fueran comunales, mientras una generación creciente se enfrentaba a la dependencia de un trabajo en las haciendas que cada vez era más estacional, inseguro y escaso.[80] Un gobierno de hombres que obtenían ganancias de esos procesos no hizo nada para revertirlos.

La revolución llegó primero a Tenancingo, al sur de Tenango del Valle. Allí, el desarrollo de las haciendas era limitado, debido a su lejanía de los ferrocarriles. Aun así, algunas haciendas, notablemente La Tenería, se volvieron importantes productoras de trigo; algunos dueños vivían en Tenancingo; otros (incluidos varios inmigrantes alemanes) lo hacían en Toluca.

[78] Romero Ibarra, *Manuel Medina…, op. cit.,* pp. 85-113.

[79] La revolución en Chalco se detalla en Anaya Pérez, *Rebelión…, op. cit.,* vol. 2, pp. 110-180, y en Tortolero Villaseñor, *Notarios…, op. cit*.

[80] José Ángel Aguilar, *La revolución en el Estado de México,* Gobierno del Estado de México, Toluca, 1987, pp. 88 y 112.

Ellos ayudaron a llevar servicios de telégrafo y de teléfono a la región, así como energía hidroeléctrica para el alumbrado. Allí había molinos impulsados por energía hidroeléctrica para moler harina y enviarla a mercados externos; molinos de nixtamal para ahorrar a las mujeres el trabajo de moler maíz para hacer tortillas; una fábrica textil que empleaba a una centena de trabajadores, lo que limitaba las oportunidades de las mujeres para ganar dinero con el hilado. Como las tierras de las haciendas eran limitadas, hubo pocos conflictos abiertos con las comunidades antes de 1910.

Las inseguridades estaban aumentando. La producción local de trigo llegó a su pico y se mantuvo cerca de los tres millones de kilogramos anuales desde 1901 hasta todo 1903, lo que creó una demanda de trabajo estacional. Luego, para 1908, las cosechas disminuyeron a dos millones, reduciendo el trabajo en un tercio. Un repunte a tres millones en 1909 (cuando la sequía disparó los precios) y una caída a dos millones en 1910 revelaron que era probable que el declive en las cosechas de trigo continuara. La caída de la producción ocurrió al mismo tiempo que las cosechas en la recién desecada Xico se elevaban para abastecer a la cercana capital. El declive del trabajo en torno a Tenancingo conforme crecía la población, se privatizaba la tierra y las máquinas limitaban los ingresos de las mujeres provocó tensiones que enfrentaron a las aldeas de las periferias con los centros urbanos, donde se concentraban los dueños de haciendas, los comerciantes, los funcionarios locales y la modernidad capitalista.[81]

Las bandas zapatistas llegaron a Tenancingo a mediados de 1911. Los administradores de las haciendas y los descendientes de los comerciantes del pueblo recuerdan una revolución importada, no una respuesta a problemas locales. No obstante, describen conflictos que iniciaron en 1911, profundizándose en 1912, cuando llegó Zapata al frente de una peregrinación para honrar al Cristo de Chalma, dejando claros sus compromisos con las tierras de la comunidad y las devociones locales. Durante el resto de la década, las fuerzas locales de defensa conservaron Tenancingo y otros centros de pueblos; las aldeas de la periferia se volvieron baluartes zapatistas. Después de que las haciendas fueran atacadas y saqueadas, los dueños las abandonaron; los habitantes de la localidad tomaron tierras reclamando autonomías, en una década de conflictos armados. Con la huida de los dueños, los cerros, desde Xalatlaco, cerca de Tenango del Valle, pasando por Zumpahuacán, al este de Tenancingo, hasta Malinalco, más al sur, se convirtieron en bases de los guerrilleros zapatistas liderados por Genovevo de la O. Las comunidades proporcionaban sustento y suministros, mientras los pueblos grandes vivían bajo asedio.[82]

[81] Pablo Castro Domingo, *Chayotes, burros y machetes,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2003, pp. 70-90, 178-188 y 229-231; las cifras de la producción de trigo aparecen en la p. 76.

[82] *Ibid.,* pp. 90-120, 189-204 y 229-242.

En 1913, el conflicto se intensificó justo al norte, en Xalatlaco, cuando los zapatistas presionaban para conseguir tierras y Huerta militarizaba el régimen.[83] El punto de inflexión llegó en julio. Las tropas federales, con el general Alberto Rasgado a la cabeza, persiguieron a cuatro rebeldes hasta el pueblo y mataron a dos en una balacera, frente a los asustados habitantes. A la mañana siguiente, Rasgado se apoderó de la comunidad, apresó a los líderes locales, haciendo que la gente huyera.[84] Una vez más, la represión federal transformó a los simpatizantes de los rebeldes en revolucionarios activos. Más tarde, los habitantes de Xalatlaco recordarían su revolución con mucho detalle. Gorgonio Zacarías contaba un asalto temprano de los zapatistas que vinculaba la industria con la revolución: "El 24 de septiembre de ese año de 1912 los revolucionarios quemaron Santiago [Tianguistengo] y sus fábricas […] Sacaron las máquinas hiladoras. Muchos de Xalatlaco trabajaban en las fábricas. Ciriaco Mendoza había perdido un brazo en las máquinas. Tres de los hermanos Mendoza se volvieron zapatistas después: Hilario, Sixto y Julio".[85] La industria mutilaba y conducía a la revolución.

Brígida Flores Monjardín colocó al patriarcado en el corazón del conflicto:

> Yo era una pobre niñita; nunca conocí a mi mamá ni a mi papá; vivía con mi tía […] Mi tía me casó para que tuviera a alguien que me defendiera, para que tuviera la ayuda de un hombre. Mi tía temía por mí porque los zapatistas y los carrancistas eran malos; capturaban niñas y se las llevaban, se las robaban; por eso me casó con ese hombre.
>
> Por lo que sé, la revolución empezó por la hermanita de Zapata, porque la niña fue a comprar un poco de maíz del hacendado y como no tenía dinero para pagarle el jefe se enojó, la abofeteó y le quitó el maíz, y la dejó que corriera a casa. La niñita salió corriendo y llorando. Zapata se enojó y dijo: "Hagamos la guerra para que no puedan cachetear a nuestras hermanas, para que no corran más sus lágrimas". Así empezó la guerra.[86]

La tía de Brígida veía aserciones destructivas del patriarcado en todos los combatientes; una muchacha necesita un esposo que la proteja. Aun así, Brígida recordaba que Zapata tuvo que ir a la guerra para defender las protecciones que los buenos patriarcas proporcionaban a hermanas, esposas e hijas.

Francisco Medina Mayo recordaba que en 1913 "Zapata prometió que, si ganaba, los pobres ya no pagarían impuestos. Así que lo siguieron y se vol-

[83] Sobre el gobierno del estado mientras se propagaba la revolución, véase Romero Ibarra, *Manuel Medina…, op. cit.,* pp. 115-196.

[84] *Ibid.,* pp. 264-265.

[85] MCX, p. 69.

[86] MCX, p. 70.

vieron zapatistas. Desde el inicio mataban riquitos". Díaz otorgó exenciones de impuestos a los inversionistas ricos. Zapata se las prometía a los pobres. Con todo, la revolución comenzó por matar "riquitos", caciques locales, no a los grandes hombres que gobernaban y obtenían ganancias a la distancia. Medina también recordaba el asalto de Rasgado: "Vino intentando reclutar a niños de 12 a 14 años. Así que mi patrona me vistió de niña".[87] El general convertía a los niños en soldados del régimen; para evitar una hombría indeseada, Medina se vistió de niña.

Félix Bobadilla recordaba las promesas de tierra de los zapatistas: "Francisco Pacheco, bajo el mando de Genovevo de la O, anunció: 'Voy a distribuir tierras'. Eso le gustó a la gente, porque en Xalatlaco diez familias ricas monopolizaban mucha tierra".[88] El capitalismo liberal concentró la tierra y corroyó el patriarcado en una generación de hombres y mujeres jóvenes pobres, que carecían de seguridades. La revolución de Zapata prometía tierras para los pobres y una oportunidad de reclamar el patriarcado.

Los hombres que batallaban para gobernar en Tenancingo, Toluca y la ciudad de México se imaginaban una revolución que bandidos de Morelos habían llevado al Estado de México. Los habitantes de Xalatlaco conocieron una revolución desde el interior, dirigida por Regino Vega, a quien sus vecinos hicieron general. Natalio Lorenzana recordaba:

> Los muchachos Vallejo hicieron general a Regino Vega. Ellos fueron los primeros en unirse, no como líderes, sino sólo como cualquier otro combatiente. Le dieron el liderazgo a Regino. Los otros combatientes le dijeron: "Serás el líder, y vámonos". Regino no quería estar al frente porque no sabía mucho, pero… bueno, ellos lo hicieron. Así que lo nombraron y así pasó […] Los Vallejo eran de aquí, del barrio de San Agustín; trabajaban en los campos; trabajaban para los riquillos, no siempre, sino en tiempos de siembra y cosecha. El resto del tiempo trabajaban los bosques.[89]

Los hombres marginados de un barrio, que habían participado en batallas rituales, empezaron la insurgencia y eligieron a su líder, presionando a Vega para que se convirtiera en el patriarca del pueblo.

Leonardo Ceballos, que era parte de una familia próspera que perdió todo en la revolución, lo sabía:

> Regino Vega era un general de aquí, del pueblo de Xalatlaco, el verdadero Regino Vega era de aquí, nació y creció en el pueblo. Manuel Camacho, Valentín Camacho, Benito Muciño también eran zapatistas; Félix Navarrete también se unió. Ellos eran revolucionarios auténticos; sus carabinas eran más grandes que ellos,

[87] MCX, p. 74.
[88] *Idem.*
[89] MCX, p. 75.

> porque eran pobres y muy pequeños. Su campamento estaba allá arriba en el cerro que llaman Vinatero.[90]

Ceballos resentía la revolución; sin embargo, se enorgullecía de los revolucionarios locales. Los simpatizantes honraban un levantamiento que vinculaba a la gente del pueblo con los rebeldes que acampaban en las colinas encima de ellos. Natalio Lorenzana ofreció detalles:

> Visité todos los campamentos, porque la gente estaba en contacto, conectada. Estaban unidos como si fueran una familia, ¿me entiende? Los no combatientes acudían de visita; también lo hacían las tropas de Emiliano Zapata. Los campamentos eran como pueblitos, como aldeas, aldeas completas, completas, excepto que no plantaban nada y tenían que ir al pueblo por suministros para comer. Pero tenían cerdos, pollos y guajolotes. Todos comían juntos. No había mucho egoísmo; si necesitabas algo, te ayudaban; si alguien no tenía nada que comer, los otros le daban parte de lo que tenían, así que no pasaban hambre.[91]

Esa repartición contrastaba con el individualismo adquisitivo de los años anteriores. Lorenzano continuaba:

> En los campamentos también había justicia. Los capitanes la impartían, los coroneles. El general les dijo: "Quizás no esté aquí, pero ustedes sí están". Si alguien llegaba a quejarse de algo, le hacían justicia. También celebraban bodas, porque los jóvenes se casaban y ¿dónde se iban a casar si no podían ir al otro lado? También registraban recién nacidos aquí; un secretario hacía eso. Las bodas religiosas se hacían cuando venía el padrecito.[92]

Los revolucionarios de Xalatlaco trabajaban para reconstituir la autonomía, la comunidad y las familias patriarcales. También hubo renegociaciones del patriarcado. Una vez más, Natalio Lorenzana recordaba:

> También había revolucionarias de Xalatlaco, como Margarita Miranda. Primero fueron maderistas, luego vinieron como zapatistas. Las mujeres también eran valientes; vea, no todas ellas se fueron; se alzaron y vea. Ora estaban entre los combatientes, ora elegían una pareja; ora era sólo su amigo y ayudante por decirlo de una forma, y él era el que les importaba. Margarita manejaba casi todo, pero cada una tenía a su gente. Era como si fueran una familia.[93]

[90] MCX, p. 84.
[91] MCX, p. 78.
[92] MCX, p. 79.
[93] MCX, p. 76.

Margarita y otras mujeres se rehusaron a casarse, se unieron a las tropas rebeldes y eligieron a los hombres a los que mantendrían en tiempos de guerra. Ellas acotaron los papeles tradicionales del patriarcado, sin duda con el recuerdo de la violencia previa que habían infligido patriarcas frustrados sobre mujeres e hijas. Las rebeldes hicieron contribuciones asertivas para renegociar las familias revolucionarias.

Durante años, las comunidades de Morelos, Chalco y el sur del Valle de Toluca tomaron las armas para reconstituir sus autonomías, familias y comunidades, socavando el capitalismo agroindustrial en el sur del corazón de México. En Chalco y los alrededores de Tenango del Valle, Xalatlaco incluido, los rebeldes se enfrentaron a la derrota en 1915, a manos de las facciones del norte, que movilizaron los recursos del capitalismo global a fin de reclamar el poder para un régimen que se proclamaba a sí mismo constitucionalista. En Morelos y alrededor de Tenancingo, las campañas de represión tomaron más tiempo, continuando hasta después de que la Constitución de 1917 prometiera derechos agrarios. Una influenza mortal debilitó a la resistencia en 1918. Ese mismo año, cerca de Tenancingo fueron arrestadas 11 mujeres por contrabandear comida y ropa, armas, municiones e información para los campamentos rebeldes.[94] La destrucción represiva llegó a Morelos en 1919 y condujo al asesinato de Zapata. Las últimas batallas despoblaron y dispersaron comunidades que habían peleado por un mundo más justo, cimentado en autonomías agrarias, en comunidades coherentes y en un patriarcado duradero. Un régimen militar tomó el poder, devastando a las comunidades de Morelos, Chalco, Xalatlaco y otras partes.[95]

[94] Castro Domingo, *Chayotes…, op. cit.,* p. 114.

[95] Todo eso se recordaba también en Xalatlaco; véase MCX, pp. 85-151.

X. RESTRICCIONES CAPITALISTAS DE LA REVOLUCIÓN: MÉXICO EN UN MUNDO EN GUERRA, 1910-1920

Después de 1910, los hombres de las comunidades del sur del corazón del país tomaron las armas para desafiar al régimen de Díaz y a los capitalistas —grandes y pequeños— que gobernaban y obtenían ganancias, mientras tantos enfrentaban una mezcla de falta de tierras y trabajo escaso que amenazaba el sustento familiar, las autonomías comunitarias y las formas patriarcales. Plantearon demandas de tierras y visiones de una sociedad justa (y patriarcal) en conflictos relacionados con el poder del Estado y el lugar de México en un mundo capitalista que, en 1914, hacía frente a la guerra más grande de su historia. La conflagración revolucionaria de México resultó ser, a la vez, destructiva y creadora, y estaba cargada de contradicciones. Los constitucionalistas victoriosos reclamaron el Estado y promovieron con el tiempo capitalismo más nacional. Las comunidades del centro se alzaron con Zapata para demandar tierras y autonomía, buscando limitar el capitalismo. En el camino descubrieron que no podían tomar el poder del Estado, pero tuvieron éxito al forzar a los nuevos poderes nacionales a entregar tierras a los pueblos rurales.

Los conflictos que cambiaron la forma de México después de 1910 tenían similitudes con aquellos que rehicieron la Nueva España después de 1810. Ambos implicaron guerras sociales que se presentaron mientras el mundo se enfrentaba a conflictos militares transformadores; en 1810, las guerras napoleónicas sacudieron a Europa y el Imperio español, abriendo el camino a levantamientos que derribaron la economía novohispana de la plata y el capitalismo comercial global; después de 1914, las potencias europeas se atacaban entre sí en una Gran Guerra, al tiempo que la Revolución mexicana llegaba al pico de sus conflictos y los rusos comenzaban un desafío socialista al capitalismo industrial. Las conflagraciones mexicanas de 1810 y 1910 combinaron conflictos relacionados con el poder del régimen, el lugar que la nación ocupaba en el mundo y el papel que las comunidades desempeñaban en ambos. Las dos revoluciones llevaron a regímenes que batallaron por establecer el poder, lo que permitió a las comunidades reconstruir autonomías y restringir las imposiciones comerciales, al menos por un tiempo.

También hubo diferencias esenciales entre las dos revoluciones que moldearon la historia de México. En 1810, la Nueva España era una región dinámica, que alimentaba un capitalismo comercial y global con flujos desorbitantes de plata y estaba dominada por un régimen español con un poder de coacción acotado. En 1910, México seguía batallando por un lugar en el

mundo del capitalismo industrial, con una mezcla de industria y exportaciones bajo un régimen nacional que había superado prolongadas guerras políticas apenas unas décadas antes. Las comunidades que se alzaron para exigir autonomías también eran diferentes. Después de 1810, la insurgencia se concentró en el Bajío, una región profundamente comercial, ubicada en el núcleo del capitalismo de la plata, donde los derechos comunitarios eran escasos y la mayoría de las personas vivían como dependientes comerciales. Al enfrentar desafíos a los ingresos, la seguridad y el patriarcado, los hombres aprovecharon la oportunidad que planteaba el ataque de Napoleón a España para tomar tierras, reconstruir comunidades, sostener grupos guerrilleros y derribar al capitalismo de la plata. Después de 1910, las comunidades del centro, que se habían construido como repúblicas agrarias con autogobierno bajo el régimen español y luego se vieron amenazadas por las reformas liberales, se sublevaron para reclamar autonomías y el patriarcado. En un contexto de guerras políticas tomaron tierras e impulsaron una insurgencia que derribó a los poderes agroindustriales que mantenían el capital de México.

Si bien ambas décadas de revolución condujeron a autonomías renovadas sustentadas en la tierra, después de 1810 éstas fueron reclamadas de manera local y nunca fueron sancionadas en políticas o en la ley, aun cuando perduraron por décadas. En cambio, después de 1910, las autonomías exigidas por las comunidades del centro en la Revolución fueron bloqueadas por un régimen que insistía en que sólo él podía entregar tierras. Éste las distribuyó de manera reticente, mientras promovía una aceleración capitalista nacional que corroyó las autonomías. Los conflictos que se extendieron entre 1810 y 1820 destruyeron el régimen español y el capitalismo de la plata, llevando a prolongadas luchas cuyo objetivo era construir un Estado nacional y encontrar una nueva economía comercial, lo que posibilitó décadas de independencia comunitaria. Los conflictos que tuvieron lugar entre 1910 y 1920 reconstruyeron un Estado nacional comprometido con el capitalismo. A pesar de los sonoros compromisos con la reforma agraria, el régimen posrevolucionario impulsó políticas que rápidamente condujeron a la pérdida de las autonomías.

En la Revolución mexicana del siglo xx, una contradicción se sobreponía a otra. Los campesinos del centro, que peleaban reclamando autonomías y para constreñir al capitalismo, debieron enfrentar alianzas complejas y conflictos con norteños profundamente afianzados en las formas capitalistas. En los conflictos clave de 1914 a 1915, mientras la guerra consumía a Europa, los zapatistas se aliaron a Pancho Villa, líder de poderosos ejércitos con base en la frontera norte, fuerzas que dependían de las exportaciones, promovían la industria nacional y prometían limitar el poder terrateniente. Zapata y Villa lucharon contra los constitucionalistas liderados por Venustiano Carranza, también apostados en la frontera, quienes aprovechaban la riqueza de las exportaciones —sobre todo del petróleo que los tiempos de guerra

habían vuelto valioso— y estaban comprometidos con un capitalismo con vínculos externos, a la vez que prometían derechos agrarios y laborales con la intención de obtener apoyo popular.

Mantenidos por el petróleo y otras exportaciones, los constitucionalistas ganaron el Estado en 1915. Proclamaron el nacionalismo, promovieron el capitalismo e hicieron todo lo que estaba en sus manos para bloquear las reformas agraria y laboral incorporada en su Constitución de 1917. Quienes gobernaban eran nacionalistas a los que sustentaba un capitalismo de exportaciones. Las comunidades de Zapata ni querían hacerlo. Aun así, afianzadas una vez más en la tierra, no cedieron en la batalla para definir la nación. Los gobernantes que se proclamaban "la Revolución" promovían el capitalismo, al mismo tiempo que luchaban por contener las exigencias de las comunidades de Zapata. Las contradicciones que dieron forma a la Revolución mexicana trajeron consigo una nueva y breve reconstrucción de las autonomías agrarias.

El colapso

El quiebre posterior a 1905 de la paz política y el dinamismo capitalista que marcaron al México porfiriano desde 1870 es bien conocido: ese año, el giro del principal productor de plata de América hacia el patrón oro conmocionó todo; el pánico estadunidense de 1907 profundizó la recesión económica de México; la sequía y la escasez de 1908 a 1909 trajeron consigo mayores dificultades para las comunidades populares, urbanas y rurales, lo que alimentó la crisis de sucesión política que surgió cuando Díaz se acercaba a su octagésimo aniversario. A muchos les preocupaba su capacidad para seguir balanceando la política nacional. En ese contexto, Francisco I. Madero —hijo de una de las familias terratenientes, industriales y banqueras más ricas de México, con propiedades en Monterrey, Saltillo y La Laguna— demandó sufragio efectivo, no reelección, reviviendo la consigna que había servido a Díaz durante su ascenso al poder en la década de 1870. Madero despertó la esperanza entre los clanes más poderosos que estaban fuera del círculo del gobierno de Díaz, entre las clases medias favorecidas por sus medidas económicas que habían sido excluidas de la esfera política y entre los pobres de sectores rurales, gracias a las vagas promesas de justicia agraria.

Díaz encarceló a Madero, manipuló otra reelección en 1910 y se sentía tan confiado que liberó al disidente, quien huyó a San Antonio, Texas. Allí, llamó a un levantamiento para derrocar al envejecido presidente. Una mezcla de escaramuzas y negociaciones siguieron en el norte, concentradas en Juárez, al otro lado de El Paso. Pancho Villa se unió rápidamente, afincado en una vida de disputas ganaderas, arriería y contrabando: credenciales perfectas para un guerrillero. Zapata, que venía de una familia de arrieros y comerciantes y era un jinete afamado, lideró a los aldeanos de Morelos en un

MAPA X.1. *El México revolucionario*

segundo frente, al sur de la capital. Díaz decidió renunciar y partir al exilio en mayo de 1911, dejando a su ejército y su gabinete a un presidente interino, quien presidió la inevitable elección de Madero.

Siendo presidente en el otoño de 1911, Madero conservó el ejército federal y el apoyo político de los reformistas. Presionó a Zapata para que desarmara a sus combatientes, al tiempo que pedía a las aldeas de Morelos que esperaran un proceso que diseñaría para analizar los derechos a la tierra. Tras ayudar a Madero a llegar al poder con base en su promesa de justicia agraria, éstas se sintieron traicionadas. En noviembre Zapata publicó el Plan de Ayala, en el que renegaba de Madero y exigía el reconocimiento inmediato de las tierras comunales. La coalición que había derribado a Díaz se quebró. Los aldeanos del centro volvieron a luchar por la tierra; los empresarios que esperaban que Madero negociara la paz social, mientras protegía su poder y sus propiedades, vieron a un reformista fallido. El año 1912 trajo consigo una polarización cada vez más profunda.[1]

A inicios de 1913, México vivía un *impasse*. Los poderosos consideraban que Madero carecía de autoridad; la población lo veía incumplir sus compromisos con la tierra y la justicia. Mientras se quejaban de que el idealista democrático había sido incapaz de mantener el orden, poderosos intereses se combinaron para destituirlo en febrero. Formaron parte de este golpe de Estado el general Bernardo Reyes, confidente de mucho tiempo de Díaz, otrora cacique en el Monterrey industrial, quien en 1910, se rehusó a estar al frente de la oposición al viejo patriarca; Félix Díaz, el sobrino del viejo gobernante que deseaba ser su heredero político; el general Victoriano Huerta, quien se quedó en el ejército federal bajo el mando de Madero y estuvo al frente de las campañas de tierra quemada en Morelos, pero consideraba que el reformista daba demasiada cabida a las exigencias populares, y Henry Lane Wilson, el embajador de los Estados Unidos, vinculado desde hacía mucho con los intereses mineros de los Guggenheim, que prácticamente habían monopolizado la refinación y las exportaciones de plata en México al inicio de la revolución.

Tras 10 días de hipocresía y de un bombardeo que devastó los barrios urbanos, Huerta arrestó a Madero e hizo que lo fusilaran; una muerte que,

[1] Esta síntesis se basa en John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution,* Knopf, Nueva York, 1968 [*Zapata y la Revolución mexicana,* trad. Francisco González Aramburo, FCE, México, 2017]; en Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico. Europe, the United States, and the Mexican Revolution,* University of Chicago Press, Chicago, 1981 [*La guerra secreta en México. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana,* trad. Isabel Fraire, Era, México, 1998], y *The Life and Times of Pancho Villa,* Stanford University Press, Stanford, 1998 [*Pancho Villa,* 2ª ed., trad. Paloma Villegas, Era, México, 2000]; y en Alan Knight, *The Mexican Revolution,* 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1986 [*La Revolución mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional,* trad. Argelia Castillo Cano, FCE, México, 2010]; además de Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista,* Era, México, 1997; y Felipe Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo,* El Colegio de México, México, 2001.

según insistía el embajador estadunidense, nunca imaginó. Reyes murió en el conflicto, lo que dejó a Huerta como el caudillo militar al frente del ejército federal. No tardó en quedar claro, no obstante, que no gobernaba a la nación ni tenía el apoyo de potencias internacionales clave. El embajador Wilson había actuado bajo el gobierno del presidente republicano William Howard Taft; Woodrow Wilson, un demócrata reformista, ya había sido elegido y tomaría la presidencia el 2 de marzo. El presidente Wilson sentía que tenía muchas cosas en común con Madero (ambos eran idealistas democráticos) y consideró que su destitución y asesinato eran inadmisibles. Así que, después de que un embajador estadunidense lo ayudara a llegar al poder, Huerta se enfrentó a la oposición de un nuevo presidente. Huerta esperaba contar con el apoyo británico a través del poder de Weetman Pearson, quien había obtenido riquezas gracias a contratos portuarios, ferroviarios y de drenaje otorgados por Díaz, convirtiéndose luego en uno de los principales empresarios petroleros de México. Sin embargo, con la guerra cerniéndose sobre Europa, el gobierno británico le dijo a Pearson que siguiera el ejemplo de los Estados Unidos y el gobierno de este país consideraba inaceptable a Huerta.[2] Nunca lo reconoció, volviéndose hacia una fría neutralidad en el verano de 1913 y luego hacia una oposición terminante en 1914. En febrero abrió sus fronteras a la venta de armas para la oposición a Huerta. En abril, el presidente Wilson encontró un pretexto para ocupar Veracruz, bloqueando el puerto y sus ingresos a Huerta.[3]

Al interior de México, la firme oposición del gobierno de los Estados Unidos podía reafirmar la legitimidad en un momento de creciente nacionalismo; esos sentimientos ayudaron a Huerta por un tiempo. Al caer el apoyo internacional y arropado bajo el manto del nacionalismo, intentó construir un régimen de poder militarizado, lo que resultó ser una tarea difícil. La oposición se extendió y ganó intensidad entre los aldeanos del centro; si Madero se había mostrado reticente sobre los derechos agrarios, Huerta encabezó campañas brutales contra las comunidades de Morelos. La oposición también creció en todo el norte: Villa honraba a Madero y consideraba despreciable su asesinato; la resistencia en Sonora, ubicada al noroeste, se formó en torno a Álvaro Obregón, un mecánico, maestro y empresario; en Coahuila —el corazón de los intereses de la familia Madero—, Venustiano Carranza, un ex senador porfiriano, terrateniente y reformista, se declaró

[2] Sobre Huerta, véase Michael Meyer, *Huerta. A Political Portrait,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1972 [*Huerta. Un retrato político,* trad. Daagmar Hircifiger *et al.,* Domes, México, 1983]; sobre los intereses británicos, véase Paul Garner, *British Lions and Mexican Eagles. Business, Politics, and Empire in the Career of Weetman Pearson in Mexico, 1889-1919,* Stanford University Press, Stanford, 2011 [*Leones británicos y águilas mexicanas,* trad. Mario Zamudio Vega, FCE, México, 2013].

[3] Sobre la oposición estadunidense a Huerta, véase Katz, *The Secret War…, op. cit.,* pp. 156-202; sobre Veracruz, véase Robert Quirk, *An Affair of Honor. Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz,* Norton, Nueva York, 1967.

primer jefe de una coalición constitucionalista que se rehusaba a reconocer a Huerta.

Si bien Huerta tenía control de la capital, dirigía la burocracia federal, encontraba apoyo entre los empresarios (terratenientes e industriales; mexicanos, inmigrantes y extranjeros) y dirigía el ejército federal, su régimen no era sino una de las muchas facciones que luchaban por el poder en 1913. Haciendo a un lado la retórica, ni el sufragio efectivo ni los derechos comunitarios interesaban a su régimen más que como desafíos que debía superar.

Huerta apoyó a los terratenientes en los conflictos locales, dando lugar a una amplia resistencia rural. Como no podía quebrar la resistencia constitucionalista en el norte, se volvió hacia la construcción de su capacidad militar, con la meta de fortalecer sus ejércitos ordenando la conscripción y presionando a los terratenientes para que armaran a sus dependientes en defensa de la propiedad y del régimen. Los conscriptos eran, en el mejor de los casos, soldados reticentes. De cara a la leva de Huerta, muchos hombres decidieron unirse a los rebeldes locales. Preferían arriesgar su vida luchando bajo el mando de líderes locales que perseguían intereses locales, evitando convertirse en blancos en las filas de un régimen reaccionario. Además, era necesario pagar a los conscriptos el precio de una lealtad mínima: un precio cada vez más difícil cubrir conforme crecía el ejército de Huerta y las disrupciones económicas reducían la recolección de impuestos.[4]

A diferencia de los conscriptos pobres, los terratenientes podían beneficiarse de la protección de Huerta. Sin embargo, en las regiones cada vez más amplias en que los campesinos se alzaban en insurgencias violentas, el activismo de los terratenientes invitaba a represalias. Fueron pocos los que demostraron estar listos a tomar ese riesgo por Huerta. Sólo en los lugares en que los levantamientos locales eran limitados los terratenientes se animaron a desplegar fuerzas significativas.[5] Los empresarios que enfrentaban levantamientos en las aldeas después de 1910 esperaban que un Estado militarizado los protegiera, pero no dedicarían los recursos —o no podían hacerlo— a mantener un régimen de poder incierto y de legitimidad limitada.

Movilizar la Revolución

Entre febrero de 1913 y julio de 1914 Huerta afirmó que era el presidente de México. Cuando mucho, dirigía a la más reaccionaria de las varias facciones que luchaban por el poder. Aunque la oposición parecía estar en todas partes, se concentraba en las comunidades localizadas al sur de la capital y

[4] Meyer, *Huerta…, op. cit.,* pp. 90-91; Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2, pp. 77-78 y 129-136.

[5] Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2, pp. 81-87.

cerca de la frontera con los Estados Unidos. Los zapatistas comenzaron en comunidades de la tierra caliente morelense y se esparcieron en Chalco, en el sur del Valle de Toluca y en áreas cercanas; demostraron ser los revolucionarios más persistentes y con mayor consistencia. Hemos visto ya sus compromisos históricos con la comunidad, la autonomía agraria y el patriarcado, y los desafíos que los llevaron a levantarse después de 1910. Su posición estratégica, adyacente a una capital que dependía de la comida que hacían, estableció su poder en conflictos que pretendían cambiar la forma de la nación. Las comunidades de tierra caliente que se alzaron primero con Zapata negociaron con Madero, el reformista terrateniente, rebelándose luego en su contra cuando no dio resultados. Se mantuvieron armados contra Huerta, cuyas campañas de tierra quemada demostraron que nunca sancionaría sus derechos a la tierra. Tras el golpe de Estado de 1913, los zapatistas mantuvieron una presencia cada vez mayor en torno a la capital (evitando que un régimen que buscaba proteger a los poderosos se concentrara en los rebeldes que se movilizaban en el lejano norte).[6]

Mientras consolidaban su control sobre Morelos, el sur del núcleo y las zonas adyacentes en 1913, los zapatistas volvieron a afianzarse en formas de vida y de guerra que mantenían su fuerza en casa, pero limitaban su capacidad de hacerse del Estado. Tomaron el control de la tierra para reforzar a las comunidades y reconstruir las familias patriarcales. Cuando Zapata se apoderó de las grandes haciendas irrigadas de Morelos en 1913, propuso mantener la producción de azúcar para obtener dinero y comprar armas. Sabía bien que debía consultarlo con los campesinos; una aldea tras otra confirmó que su apoyo dependía de hacer que la tierra pasara del azúcar al maíz. Zapata accedió y mantuvo la firme lealtad del pueblo de Morelos. Encabezaría un movimiento de poder defensivo, exigencias inquebrantables de tierras y autonomías y una capacidad limitada de ejercer su fuerza más allá del corazón.[7]

La fuerza defensiva se fortaleció gracias a la incapacidad de aprovechar la economía mundial. En lo profundo del interior de los altos, el principal mercado para el azúcar de Morelos era la ciudad de México. Las exportaciones no podían competir con los productores de la costa o el Caribe. Asimismo, aun cuando en 1913 y 1914 Zapata enviaba emisarios a los Estados Unidos buscando reconocimiento y ayuda proclamando que apoyaba los derechos democráticos, un movimiento revolucionario cimentado en comunidades que exigían tierras y autonomía no encontró aliados allí. Los representantes de los Estados Unidos, como tantos miembros de la élite mexicana, veían a los zapatistas como bandidos "indios", prestos a luchar de forma destructiva por regresar a un pasado atávico y bárbaro. Las construc-

[6] Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.;* Ávila Espinosa, *Los orígenes…, op. cit.;* Pineda Gómez, *La irrupción…, op. cit.*

[7] Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.,* fue el primero en detallar esto y poner énfasis en ello.

ciones racistas alimentaron la oposición a un movimiento que luchaba por acotar las formas capitalistas en el corazón de la visión imperial que predicaba la expansión del papel desempeñado por los Estados Unidos en el continente americano.[8] Al tener un compromiso con las autonomías comunitarias que reforzaba el aislamiento geográfico y diplomático, los zapatistas mantuvieron su fuerza en la lucha por redefinir a un México que no podían gobernar.

Las comunidades del centro, que eran leales a Zapata, fueron los revolucionarios agrarios más inflexibles. No estaban solas en la lucha por autonomías agrarias. En Tlaxcala, al oriente de la capital, aldeanos que exigían tierras también se alzaron para respaldar a Madero en 1910 y también consiguieron poco una vez que fue presidente. Cuando Huerta promovió la reacción de los terratenientes en 1913, los aldeanos tlaxcaltecas respondieron peleando; algunos se aliaron con Zapata, otros con los distantes norteños. Todos exigían "tierra para los campesinos", pues compartían la meta de Zapata.[9]

Los otros movimientos importantes surgidos en 1913 para desafiar a Huerta en la lucha por la reconstrucción de México brotaron en el norte, a lo largo de la frontera con los Estados Unidos, en un México muy diferente. Los derechos comunitarios y las autonomías agrarias eran escasos en esa zona; su expansión había sido impulsada desde mucho tiempo atrás por las formas comerciales.[10] La guerra por América del Norte de la década de 1840 estableció una nueva frontera, limitando los territorios norteños de México. Luego, tras décadas de conflictos a mediados del siglo, las tierras fronterizas se volvieron regiones de oportunidad, en una época de paz porfiriana y crecimiento comercial. El ganado se vendía en el norte para abastecer los crecientes mercados estadunidenses; los empresarios sonorenses expulsaron a los yaquis tras una larga resistencia, tomando sus fértiles tierras, y comenzaron a cultivar para los mercados estadunidense y mexicano, gracias a los nuevos ferrocarriles. La Laguna, cerca del cruce ferroviario de Torreón, fue testigo de la expansión de campos de algodón irrigados para abastecer la industria mexicana. Monterrey se transformó en una ciudad industrial: capitalistas mexicanos, inmigrantes y extranjeros administraban fábricas textiles,

[8] *Ibid.,* p. 184.

[9] Raymond Buve, "Peasant Movements, Caudillos, and Land Reform during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, Mexico", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe,* vol. 5, núm. 18, 1975, pp. 112-152; y "Neither Carranza nor Zapata. The Rise and Fall of a Peasant Movement That Tried to Challenge Both, Tlaxcala, 1910-1918", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 338-375.

[10] Esto refleja Tutino en *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario Zamudio Vega, FCE, México, 2016], y las distinciones entre economías de la plata, en el capítulo 1.

metalúrgicas, cervecerías, cristalerías y una gran fundición de plata en una economía transnacional. Bernardo Reyes, los Madero, los Guggenheim y otros negociaron conflictos y oportunidades entre ellos y con una creciente población trabajadora después de 1900 (véase el sexto capítulo).

Con la importante excepción de los yaquis, los restos de los apaches y de otros pueblos nativos y colonos más antiguos que fueron desplazados —o sufrieron cosas peores— a causa del avance del capitalismo porfiriano, el norte parecía alzarse en una colaboración desigual entre empresarios y productores, a los que atraía una frontera de oportunidades. Quienes invertían en la minería ganaban y los mineros tenían trabajo; los agricultores comerciantes se expandieron en Sonora, La Laguna y otros lugares, y los colonos llegaban como arrendatarios y trabajadores para encontrar tierras e ingresos que no estaban a su disposición en el centro.[11] En Monterrey, los capitalistas construyeron industrias y los obreros obtuvieron trabajo y salarios por encima de los estándares nacionales; los empleadores respondieron a oportunidades rentables y a la escasez de mano de obra con salarios más altos y un poco de cuidado paternal. El norte prometía formas de prosperidad sin igual (excepto para los pueblos originarios desposeídos) hasta que todo comenzó a venirse abajo en 1905.

La adopción del patrón oro por México ese año terminó con una ventaja clave de las exportaciones mexicanas hacia los mercados estadunidenses. El pánico de 1907, que comenzó en Nueva York, redujo la inversión en México y los mercados estadunidenses para sus exportaciones. Las ganancias se desplomaron, la producción y el empleo cayeron; las oportunidades de las personas que habían ido al norte a construir vidas nuevas parecieron desvanecerse. Muchos empresarios del norte (como los Madero, que habían prosperado fuera del círculo interno de Porfirio Díaz) culpaban al viejo gobernante, quien había desmonetizado la plata al mismo tiempo que integró a México a la economía de los Estados Unidos. Trabajadores, cultivadores y vaqueros responsabilizaron a los empresarios terratenientes e industriales que se unieron a Díaz y a los intereses estadunidenses para propiciar una bonanza que de repente se pulverizó y dejó a muchos en la desesperación. Mientras las corrosiones que alimentaron el levantamiento de Zapata se desarrollaron durante décadas, las tierras fronterizas experimentaron oportunidades que parecieron desplomarse en un instante. Las comunidades del

[11] Véanse Evelyn Hu-Dehart, *Yaqui Resistance and Survival. The Struggle for Land and Autonomy, 1821-1910,* University of Wisconsin Press, Madison, 1984; William Meyers, *Forge of Progress, Crucible of Revolt. The Origins of the Mexican Revolution in the Comarca Lagunera, 1880-1911,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1994 [*Forja del progreso, crisol de la revuelta. Los orígenes de la Revolución mexicana en la Comarca Lagunera, 1880-1911,* trad. Eva Salgado Andrade, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1996]; y Paul Vanderwood, *The Power of God against the Guns of Government. Religious Upheaval in Mexico at the Turn of the Twentieth Century,* Stanford University Press, Stanford, 1996.

corazón y los capitalistas y profesionales, obreros y cultivadores de la frontera se convirtieron en revolucionarios al mismo tiempo, aunque por razones muy distintas y con líderes muy diferentes. El tesón de Zapata por favorecer a la comunidad contrastaba con las visiones de Madero y Villa, Carranza y Obregón: todos buscaban variantes de un futuro capitalista.

Díaz consolidó el poder tanto en las fronteras como en otras regiones, colocando aliados en el poder y expulsando de la política a los clanes afianzados de la localidad. Sin embargo, les permitió obtener ganancias de la prosperidad concomitante al desarrollo de ferrocarriles y la integración con los Estados Unidos. Los Madero perdieron poder en Coahuila, de igual forma que los Terrazas en Chihuahua y los Maytorena en Sonora. Hacia 1900, Díaz cambió de rumbo en algunos estados: se permitió que los Terrazas se adjudicaran el gobierno en Chihuahua, pero los Madero y los Maytorena siguieron estando excluidos. Los resentimientos aumentaron.[12]

No obstante, hasta que el derrumbe golpeó la frontera después de 1905 y la crisis de sucesión conmocionó al régimen de Díaz sólo eran resentimientos. Entonces Francisco I. Madero, el hijo idealista de una poderosa familia a la que Díaz había marginado mucho tiempo atrás, dirigió el movimiento nacional y la revuelta del norte para derribar al general, pero conservó su ejército. La incapacidad (¿renuencia?) de Madero para entender a las comunidades del centro y la profundidad de sus enojos condujo a un estancamiento que socavó su proyecto de reforma. Su caída llevó a levantamientos más amplios y más diversos en todo el norte.

En los lugares en que los poderosos locales habían apoyado a Madero en contra de Díaz, como Coahuila y Sonora, los levantamientos de 1913 se cimentaron en los gobiernos estatales y en los reformistas que los encabezaban (en particular, Carranza en Coahuila). En Chihuahua, donde los Terrazas apoyaron a Díaz en contra de Madero y el gobernador maderista Abraham González fue asesinado después del golpe de Estado de Huerta, el advenedizo Pancho Villa lideró una movilización más independiente, compleja, radical y populista. El levantamiento constitucionalista que se unió en oposición a Huerta en el norte mezclaba a líderes que se apoyaban en los poderes del Estado —entre ellos, Carranza y Álvaro Obregón, quienes no tardaron en dominar las movilizaciones en Sonora— con movimientos lanzados por radicales más populares, con Villa al frente. Todos dependían de una economía fronteriza que seguía abasteciendo a los mercados estadunidenses, generando ingresos por impuestos y financiando la compra de armas en los Estados Unidos. Mientras Huerta fue su enemigo común, la coalición del norte mantuvo una alianza incierta con Zapata.

[12] Sobre la política fronteriza, véase Mark Wasserman, *Capitalists, Caciques, and Revolution. The Native Elites and Foreign Enterprise in Chihuahua, Mexico, 1854-1911,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1984 [*Capitalistas, caciques y revolución. La familia Terrazas de Chihuahua, 1854-1911,* trad. Beatriz Guiza, Grijalbo, México, 1987].

Los norteños compartían una ideología general liberal, estatista, nacionalista y populista. Era liberal porque promovía un futuro capitalista: insistía en la propiedad privada, el individualismo social y un papel limitado de la Iglesia. Era estatista porque exigía un régimen que promoviera una economía capitalista. Era nacionalista no porque buscara aislar a México, sino porque demandaba un mayor control mexicano del involucramiento del país en la economía mundial. Y era populista porque insistía en que el Estado debía buscar el bienestar de la mayoría. No todo era unidad: Carranza era sobre todo un capitalista liberal; Villa era más un populista reformador.[13]

Organizados como estados alternativos vinculados a las economías de exportación, los movimientos del norte desarrollaron fortalezas y debilidades que eran los opuestos exactos de las de Zapata. Los norteños construyeron ejércitos pagados que financiaron con la expropiación de las tierras de sus oponentes para obtener ganancias de las exportaciones. Sus fuerzas se movían en ferrocarriles para imponer su poder ofensivo. Las estructuras de mando facilitaban la guerra y limitaban las aserciones populares. Carranza insistió en que su Plan de Guadalupe, el acta constitutiva del constitucionalismo, no mencionara ninguna reforma agraria. Los pobres participarían como productores, contribuyentes y soldados, en espera de reformas que diseñaran los líderes. En ese sentido, era un auténtico sucesor de Madero. Carranza y sus aliados afirmaban pelear por la nación. Pronto quedó claro que luchaban por convertirse en el Estado y gobernar el país.[14]

Villa encabezaba un movimiento norteño más complejo: similar a los constitucionalistas en sus orígenes norteños, en su dependencia de las exportaciones y en su organización del Estado; como los zapatistas en su búsqueda de bases populares. Sin embargo, la mayoría de los norteños querían obtener propiedades privadas, sustento y prosperidad comercial, siendo más individualistas en su búsqueda de derechos aún férreamente patriarcales. Villa encontró su apoyo más duradero entre los rancheros que habían sido expropiados, los agricultores arrendatarios y los vaqueros de Chihuahua al poniente, y los aparceros y los obreros que batallaban en La Laguna: productores de algodón golpeados fuertemente por las disrupciones económicas posteriores a 1905.

Villa tenía una base rural leal con visiones de justicia que incluían derechos a tierras y mejores condiciones laborales. No obstante, a partir de metas que se centraban en el bienestar patriarcal en un mundo capitalista, también contaba con el apoyo de empresarios y profesionales, incluso de in-

[13] Douglas Richmond, *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1983 [*La lucha nacionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920,* trad. Mariluz Caso, FCE, México, 1986]; y Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen,* Era, México, 1972.

[14] Richmond, *Venustiano…, op. cit,* pp. 49-50; Córdova, *La ideología…, op. cit.,* pp. 195-196; Katz, *The Secret War…, op. cit.,* pp. 128-131.

tereses estadunidenses poderosos. Los Hearst poseían grandes propiedades en Chihuahua; los Guggenheim, importantes intereses mineros y de fundiciones en todo el norte. Villa trabajó con ellos con el fin de generar recursos para su movimiento. Asimismo, rechazó el sonoro anticlericalismo que marcaba la retórica constitucionalista. Dar cabida a la Iglesia separaba a Villa de Carranza y contribuyó a sus vínculos con los zapatistas, cuyo único uniforme era una imagen de la Virgen de Guadalupe fijada en sus sombreros con un alfiler.

Una mezcla de movilización popular, aliados empresariales, organización estatal y ganancias por exportaciones permitió a Villa construir la fuerza militar más poderosa de México durante 1913 y 1914. Éste reclutó a los ejércitos más grandes con la promesa de tierras, justicia y una paga inmediata. Se movían en ferrocarril, sostenidos por un servicio de suministro efectivo y cuerpos médicos móviles. En esencia, Villa movilizaba las contradicciones del capitalismo liberal de Díaz para construir un ejército revolucionario: aprovechó a los empresarios y la economía de exportaciones para obtener financiamiento; reunió ejércitos alentados por un descontento cada vez mayor, al tiempo que pagaba salarios estables. Como resultado de ello, carecía de una ideología clara e intentaba equilibrar contradicciones profundas: a fin de generar los recursos esenciales para su movimiento, no podía difamar los intereses poderosos; para mantener a los ejércitos en el campo tenía que prometer justicia social.

Se convirtió en el populista definitivo, mantenido por contradicciones reveladoras y efectivas por un tiempo. Expropió las vastas propiedades de los Terrazas y de otros enemigos poderosos. Mientras sus generales operaban las haciendas en servicio del movimiento y los conflictos continuaban, Villa prometió que las tierras se dividirían y distribuirían entre sus soldados y sus viudas y huérfanos después de la victoria. Se financiaba a los ejércitos, se recompensaba a los generales, se pagaba a los soldados, en tanto sus aspiraciones agrarias permanecían vivas. Esa política funcionó mientras el movimiento pareció encaminarse hacia la victoria; cuando aumentaron las derrotas, todo se vino abajo.[15]

La visión de Villa sobre la justicia agraria fue distinta a la de Zapata. Los campesinos del centro exigieron tierras como parcelas familiares en dominios comunitarios, tomadas de inmediato, y Zapata accedió. Villa prometía ranchos privados e insistía en que soldados y familias esperaran hasta la victoria para obtener su recompensa. Los soldados y sus familias se beneficiarían si Villa ganaba. Las consecuencias también demostraron ser contradic-

[15] Lo anterior es una síntesis de Katz, *The Life…, op. cit.;* y Pedro Salmerón, *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo,* Planeta, México, 2006. Para una narración contemporánea de la vida entre los villistas, véase John Reed, *Insurgent Mexico,* International, Nueva York, 1969 [*México insurgente,* trad. Manuel Dávila, Océano, México, 2004].

torias: Zapata mantuvo una firme fuerza defensiva hasta mucho después de que el movimiento enfrentó la derrota; el poder de Villa desapareció cuando la guerra se volvió contra él.

En la lucha por convertirse en el Estado, que volvió a México un campo de batalla entre los veranos de 1913 y 1915, los constitucionalistas constructores del Estado se aliaron primero con los zapatistas afianzados en las comunidades del centro, para luego ponerse en su contra. Los villistas empezaron siendo una parte esencial de una alianza más grande en el norte, como mediadores entre constitucionalistas adyacentes y los lejanos zapatistas, ganando las batallas clave que destituyeron a Huerta en el verano de 1914. Después, Villa intentó trabajar con Zapata para consolidar un Estado que pudiera aprovechar la vibrante economía de exportaciones en un momento de guerra en el Atlántico, que sirviera a comunidades diversas, agrarias e industriales. Esto resultó imposible. Al final, los carrancistas y sus aliados, que se orientaban hacia las exportaciones y tenían en mente la construcción del Estado, serían quienes gobernaran; Villa y Zapata se enfrentaron a la derrota. Los campesinos de Zapata no podían ganar y no habían de perder. Obligaron a los victoriosos constitucionalistas a hacer una revolución de contradicciones.

La confrontación revolucionaria

Cuando Huerta tomó el poder en febrero de 1913, tenía la ventaja de controlar el Estado nacional y dirigir al ejército federal. La mayoría de los empresarios (comerciales, agrarios e industriales) favorecían su gobierno, como también lo hacía el gobierno británico. No gobernaba en Morelos, apenas al sur de la capital, ni en la frontera norte, y se enfrentaba a la ira creciente de los Estados Unidos. Se requirió tiempo para que la oposición se organizara y se movilizara; para la primavera de 1914 Villa estaba al frente de ejércitos que viajaban hacia el sur y capturaron el cruce ferroviario esencial en Torreón en abril, el mismo mes en que la marina estadunidense ocupó Veracruz. Desde ese momento, los meses de Huerta en el gobierno estuvieron contados y las divisiones comenzaron a fracturar la coalición constitucionalista.

En tanto la destitución de Huerta era la meta común, Carranza, Obregón y Villa sostuvieron su marcha coordinada hacia el sur, mientras Zapata mantenía ocupadas a las tropas federales defendiendo la capital de sus guerrilleros. Tras la victoria de Villa en Torreón y cuando Huerta perdió Veracruz y sus ingresos, Carranza comenzó a temer que Villa capturara la capital y se aliara con Zapata en una unión de populistas norteños y de las comunidades del corazón.

Después de la partida de Huerta en julio, Villa y Obregón se reunieron en Torreón para planear el camino a seguir. Villa insistió en la reforma agraria y

en que Carranza fuera nombrado presidente interino, evitando que cumpliera un mandato completo que condujera a un nuevo gobierno. Obregón llevó la propuesta a Carranza, quien la rechazó. No se comprometería con la redistribución de tierras ni limitaría sus ambiciones políticas. Obregón apoyó a Carranza.[16] Mientras los revolucionarios convergían en la capital se mantuvo una frágil unidad. Aunque los ejércitos de Villa habían ganado batallas mortales que decidieron las campañas de 1914, Carranza se aseguró de que las fuerzas que le eran leales llegaran primero a la ciudad de México, en agosto. Después de que Villa se detuviera para consolidar sus bases en el norte, los aliados de Carranza bloquearon su ruta hacia la capital; al mismo tiempo, oficiales estadunidenses apostados en El Paso bloquearon su acceso al carbón para alimentar sus trenes. Comenzó a tomar forma una alianza *de facto*, que vinculaba a Carranza con los Estados Unidos contra cualquier coalición que pudiera darse entre Villa y Zapata. Cuando aquellos que eran leales a Carranza entraron a la ciudad de México, enviaron fuerzas federales que habían servido a Huerta para mantener el flanco sur de la capital, bloqueando el avance de Zapata. Carranza se unió a Villa y Zapata para expulsar los restos del régimen de Díaz, pero, en cuanto éste se desmoronó en el verano de 1914, el líder constitucionalista trabajó para marginar a Villa y derrotar a Zapata. La revolución popular no formaba parte del programa carrancista.[17]

Ya en la capital, Carranza descubrió que él no gobernaba México. Villa mantenía su fuerza en el norte, Zapata regía al sur de la capital y la marina estadunidense seguía ocupando Veracruz y su aduana. En septiembre Zapata hizo del reconocimiento del Plan de Ayala y el regreso inmediato de tierras a las comunidades la base de cualquier unión con los constitucionalistas. Carranza no lo aceptó y la unidad revolucionaria se quebró definitivamente.[18]

Aun así, ningún líder ni facción querían un giro hacia la confrontación violenta entre las fuerzas que acababan de tomar la ciudad de México. Llamaron a una convención en Aguascalientes, lejos de la capital, que estaba en posesión de Carranza, y de las comunidades del centro que respaldaban a Zapata y no lejos de Villa y sus ejércitos. Ninguno de los tres líderes clave asistió. Semanas de una retórica incendiaria y pláticas secretas no podían

[16] Este vuelco crucial se detalla en Robert Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915. The Convention of Aguascalientes,* Indiana University Press, Bloomington, 1960 [*La Revolución mexicana, 1914-1915. La Convención de Aguascalientes,* Gobierno del Estado de Aguascalientes, Aguascalientes, 1989]; Linda Hall, *Álvaro Obregón. Power and Revolution in Mexico,* Texas A&M University Press, College Station, 1981 [*Álvaro Obregón. Poder y revolución en México,* trad. Mercedes Pizarro, FCE, México, 1985]; en Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2; y en Katz, *The Secret War…, op. cit.,* y Katz, *The Life…, op. cit.*

[17] Véase Quirk, *The Mexican Revolution…, op. cit.;* Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2; y Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.*

[18] Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.,* p. 206.

forjar unidad entre facciones que afirmaban todas ser revolucionarias. Fuertes afinidades vinculaban a muchos de los comandantes de Zapata y Villa, con frecuencia cimentadas en comunidades populares y en el compromiso con una reforma radical. Sin embargo, los zapatistas insistían en una reforma para reconstruir las comunidades, mientras los villistas entendían que en el norte la tierra debía promover ranchos familiares. Asimismo, mientras la tierra y la autonomía comunitaria eran la esencia del programa de Zapata, Villa también trataba con aliados empresariales; muchos apoyaban al general Felipe Ángeles, un ex comandante federal que se había unido a la revolución buscando un camino más justo y democrático hacia un México capitalista. Los villistas y los zapatistas negociaron una alianza limitada, restando importancia a las diferencias existentes entre sus bases y sus metas.

Ese acuerdo resultó inaceptable para Carranza. Incluso, en el otoño de 1914, los llamamientos retóricos a una reforma agraria eran anatema para el líder constitucionalista. Obregón intentó persuadir al jefe supremo del carácter esencial de una promesa de reforma para cualquier coalición que pudiera terminar con las luchas. Carranza se rehusó y Obregón lo aceptó. Para finales de noviembre, las facciones revolucionarias se habían separado: una tenue alianza entre Villa y Zapata conservaba el nombre de la Convención, prometía reformas radicales y controlaba las tierras del sur de la ciudad de México hasta la frontera norte; los constitucionalistas, con Carranza y Obregón al frente, tenían la capital, Sonora en el noroeste y partes del noreste. Carranza dejó la ciudad de México y se dirigió a Veracruz, que los Estados Unidos habían evacuado cuando las facciones se dividieron en noviembre.[19]

Al finalizar 1914, el equilibrio de poder en México favorecía a la coalición de Villa y Zapata, si ésta podía integrar bases y programas fincados en las comunidades del centro y las formas comerciales del norte. Otros debían elegir un bando. El movimiento encabezado por los hermanos Cedillo en San Luis Potosí apoyaba a Villa. En Tlaxcala, Domingo Arenas estaba al frente de una fuerza agraria que apoyaba a Zapata; su rival, Máximo Rojas, se volvió hacia Carranza.[20]

Ante una derrota inminente, Carranza, aconsejado por Obregón (y la realidad desesperada), implementó una nueva estrategia: en enero de 1915 proclamó programas de reforma agraria y derechos laborales; luego se empeñó de lleno en aprovechar los recursos clave de la economía mundial

[19] Las fuentes clave son Quirk, *The Mexican Revolution…, op. cit.;* Hall, *Álvaro Obregón…, op. cit.;* Katz, *The Secret War…, op. cit.,* y Katz, *The Life…, op. cit.;* Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2; y Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.,* según lo revisa Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur, 1912-1914,* Era, México, 2005.

[20] Véase Dudley Ankerson, *Agrarian Warlord. Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosí,* Northern Illinois University Press, DeKalb, 1984 [*El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la Revolución mexicana en San Luis Potosí,* trad. Leonor Corral Camou, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1994]; Buve, "Peasant Movements…", *op. cit.;* y Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2.

mientras la guerra se propagaba en Europa. Se trataba de una estrategia de hipocresía atada al realismo. Los constitucionalistas prometieron tierra y justicia a grupos que peleaban para limitar el capitalismo en México, mientras trabajaban para reclamar los ingresos del capitalismo global con aspiraciones de subir al poder.

Capitalismo y revolución

Durante los primeros años de conflictos revolucionarios, la economía comercial se había recuperado de la recesión experimentada entre 1905 y 1910. Los conflictos sociales ocurridos de 1911 a 1913 se concentraron en Morelos e incluso allí la producción azucarera continuó a un nivel reducido. En el norte, los primeros años de conflictos políticos no afectaron radicalmente la economía de la zona; las movilizaciones exitosas dependían de que continuara habiendo ganancias provenientes de exportaciones. Puede decirse que el renacimiento comercial volvió imaginable el proyecto de reforma de Madero. A nivel nacional, la producción de azúcar se mantuvo estable hasta 1912, si bien luego se desplomó; la fabricación de textiles, concentrada desde la ciudad de México hasta Orizaba en Veracruz, pasando por Puebla, abastecida con algodón de La Laguna, al norte, creció 7% de 1910 a 1911 y mantuvo ese nivel elevado durante 1913. En Monterrey, el hierro y el acero dieron un salto de 40% en 1911, lo que era indicio de una fuerte demanda de ferrocarriles y de que pocos esperaban un conflicto disruptivo prolongado; en 1912 regresó a los niveles de 1910.

Les fue mejor a los productos de exportación en los primeros años de conflictos que eran, principalmente, políticos (fuera de Morelos): el oro y la plata permanecieron estables desde 1910 hasta finales de 1912; el cobre aumentó en casi 20%; el petróleo aumentó más de cuatro veces. El henequén en Yucatán, lejos de las disputas políticas, se elevó más de 40%. Las exportaciones de México para el capitalismo industrial global mantuvieron su fuerza al inicio de los conflictos.[21]

La gran movilización de 1913 a 1915 trajo consigo cambios fundamentales: mientras las comunidades zapatistas tomaban tierras dedicadas a la caña para sembrar maíz, la producción de azúcar se desplomó, aunque sobrevivió en los enclaves costeros. Las movilizaciones y las batallas que perturbaron los mercados internos y el transporte produjeron un declive de la producción textil y el derrumbe del hierro y el acero regiomontanos. El oro y la plata disminuyeron entre 70 y 80%, un colapso casi total. La minería estaba diseminada por todo el norte, del Bajío a la frontera; la mena se enviaba para ser refinada a las operaciones industriales de los Guggenheim en Aguas-

[21] Enrique Cárdenas Sánchez, *El largo curso de la economía mexicana. De 1780 a nuestros días,* FCE, México, 2015, pp. 307-308, figs. v.2, v.3.

calientes y Monterrey, antes de exportarla a los Estados Unidos. Tal complejidad capitalista no podía sobrevivir a las perturbaciones revolucionarias. El cobre se enfrentó a desafíos similares, pero una fuerte demanda mantuvo su declive en sólo 50%. En contraste, las exportaciones de henequén aumentaron 20% de 1912 a 1916, mientras la agricultura estadunidense se preparaba para abastecer a una Europa en guerra. La producción mexicana de petróleo se duplicó entre 1912 y 1915, volviendo a aumentar otro 20% en 1916.[22] La riqueza de los enclaves exportadores daría forma al resultado de la revolución.

Huerta fue el más perjudicado por el derrumbe de la economía comercial en 1913, pues su gobierno dependía del favor empresarial y de los ingresos comerciales. El menos afectado fue Zapata; el cambio del azúcar al maíz y la concentración en el consumo local eran las metas rectoras de su facción. Los ejércitos rebeldes del norte crecieron, pues las perturbaciones económicas ayudaron a reclutar combatientes a los que se pagaba con los ingresos de las exportaciones continuas de ganado y se les proveía de armas compradas con lo obtenido. Con el tiempo, la movilización que inició en 1913 socavó la economía interna que mezclaba industria y cultivo comercial en los altos. Reforzó las autonomías que permitieron a los campesinos imputar las formas comerciales y que con frecuencia definían sus aspiraciones.

Esto mantuvo el equilibrio de poder para los sectores exportadores que los liberales imaginaron en la década de 1830 y que Díaz fortaleció después de 1880. Las facciones del norte, los constitucionalistas y los villistas dependían de las exportaciones, pero los productos básicos de la frontera (desde el ganado hasta el cobre y la plata) experimentaron disminuciones. Los dos enclaves construidos bajo Díaz en regiones costeras alejadas de los levantamientos revolucionarios, el henequén y el petróleo, prosperaron de 1913 a 1916, volviéndose esenciales para el resultado de los conflictos que moldearon el siglo XX mexicano.

La economía yucateca del henequén creció a finales del siglo XIX, pues hacía el cordaje, fundamental para la cosecha mecánica que posibilitó la expansión de la producción de granos con una mano de obra limitada en el Medio Oeste y las grandes planicies de los Estados Unidos. El henequén requería mucho trabajo y muchos mayas vieron cómo se desvanecían sus autonomías cuando entraban en vidas de trabajo dependiente. No obstante, ob-

[22] Las estadísticas esenciales se encuentran en *ibid.,* pp. 307-325, figs. v.2, v.3, v.5 y v.6; el patrón general queda claro en John Womack, Jr., "The Mexican Economy during the Revolution, 1910-1920", *Marxist Perspectives,* vol. 1, núm. 4, 1978, pp. 80-123; Stephen Haber, *Industry and Underdevelopment. The Industrialization of Mexico, 1890-1940,* Stanford University Press, Stanford, 1995 [*Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940,* Alianza, México, 1992]; y Aurora Gómez Galvarriato, *Industry and Revolution. Social and Economic Change in the Orizaba Valley, Veracruz,* Harvard University Press, Cambridge, 2013 [*Industria y revolución. El cambio social y económico en el valle de Orizaba, México,* trad. Enrique G. de la G., FCE, México, 2016].

tuvieron la seguridad del sustento cimentada en el patriarcado, en ocasiones respaldada por la coacción. Conforme las comunidades mayas perdían tierras a manos de plantaciones crecientes, se produjeron escaramuzas, pero ningún levantamiento antes o después de 1910 amenazó el crecimiento de la producción o las exportaciones. Al producirse la guerra en Europa en 1914 y mientras los granos estadunidenses se volvían esenciales para los aliados que peleaban contra Alemania, la producción de henequén, las exportaciones y las ganancias conservaron su fuerza.

Después de 1900, la industria petrolera mexicana creció a lo largo de la costa del golfo alrededor de Tampico. Empresarios estadunidenses y británicos, en particular Edward Doheny y Weetman Pearson, dominaban la producción y la refinación local; éstas no ganaron importancia hasta que comenzó la revolución en 1910. A pesar de los conflictos con los terratenientes locales y los pueblos huastecos por pagos de tierra y trabajo, y de cara a las degradaciones ambientales, la producción de petróleo se elevó, convirtiéndose en la energía preferida para la guerra y la producción en el mundo capitalista. Las perturbaciones revolucionarias redujeron la demanda mexicana interna después de 1913, pero las necesidades de los Estados Unidos y Europa se dispararon desde 1914. México se transformó en el principal exportador de petróleo del mundo.[23]

Al enfrentarse a la eliminación de la lucha por gobernar a México en el otoño de 1914, Carranza huyó de la capital a Veracruz. ¿Acaso consideró seguir a Díaz y a Huerta en el exilio? Quizá. Sin embargo, cuando los Estados Unidos evacuaron en noviembre (mucho después de la caída de Huerta), los comandantes cedieron el puerto y grandes suministros de armas y municiones a los aliados de Carranza. En los meses previos a la partida de los marines, los Estados Unidos no habían sacado los suministros militares; en lugar de ello llenaron bodegas con material de guerra que dejaron a los constitucionalistas.[24]

¿Acaso el gobierno de los Estados Unidos había decidido apoyar a los constitucionalistas a pesar de su sonoro nacionalismo antiyanqui? Previamente, los Estados Unidos habían bloqueado los envíos de armas a Villa, permitiendo que fluyeran libremente para los simpatizantes de Carranza. El gobierno de Wilson no estaba interesado en apoyar a Zapata, quien en los Estados Unidos era visto como un bandido al frente de rebeldes "indios".

[23] Véase Jonathan Brown, *Oil and Revolution in Mexico,* University of California Press, Berkeley, 1993 [*Petróleo y revolución en México,* trad. Mauricio López, Siglo XXI Editores, México, 1998]; Garner, *British Lions…, op. cit.;* y Myrna Santiago, *The Ecology of Oil. Environment, Labor and the Mexican Revolution, 1900-1938,* Cambridge University Press, Nueva York, 2006.

[24] John Hart, *Revolutionary Mexico. The Coming and Process of the Mexican Revolution,* University of California Press, Berkeley, 1987, pp. 276-303 [*El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución mexicana,* trad. Manuel Arboli, Alianza, México, 1990], defiende esto con base en los registros militares de los Estados Unidos.

Tampoco establecería fácilmente una alianza con Villa, a pesar de sus vínculos con intereses comerciales estadunidenses y su promoción de las exportaciones en el norte; Villa había sido un bandido, o cuando menos un contrabandista (una ocupación respetada en la empresa libre transfronteriza), y sus rasgos revelaban raíces en la mayoría mulata del norte de México. ¿Acaso era posible que el líder de los Estados Unidos en la época de Jim Crow, apoyara a un comandante así? Más allá de la reticencia para respaldar a revolucionarios mexicanos étnicamente distintos y socialmente radicales, Wilson había escuchado las voces de quienes presentaban a Carranza como el aspirante mexicano más capitalista, provenientes de sus aliados políticos en Houston.[25] Sin importar cuáles fueran las razones de Wilson, el hecho es que armó a Carranza. ¿Acaso el ruidoso nacionalismo de los constitucionalistas no era sino una forma de tapar un vuelco hacia el apoyo estadunidense?

En noviembre de 1914 la coalición convencionista se vino abajo, los Estados Unidos entregaron Veracruz y armas a los constitucionalistas y el movimiento de Carranza tomó el control de Tampico, donde se refinaba el petróleo y se enviaba a los mercados del Atlántico. Las armas estadunidenses, aunadas a los ingresos petroleros, dieron comienzo al renacimiento constitucionalista. Con el control del petróleo, Carranza elevó el registro de su retórica, exigiendo derechos de subsuelo para la nación; las disputas en torno a las regalías y los impuestos se apoderaron de los encabezados. La meta eran los ingresos que permitirían a los constitucionalistas convertirse en el Estado.[26]

Aprovechando las armas de los Estados Unidos y los ingresos petroleros, Carranza se dirigió hacia la capital en enero de 1915. Con ejércitos en campaña en la cuenca de Puebla-Tlaxcala, se enfrentó a una decisión clave. Tenía armas e ingresos provenientes de exportaciones; le faltaba una base popular en las regiones del centro, donde el poder era más disputado, las exigencias comunitarias de tierras eran fuertes y Zapata dominaba su base. Los generales de Carranza capturaron las capitales de los dos estados: Tlaxcala el 1º de enero, Puebla el 5 de enero. Entonces, su principal consejero político y estratega militar, Obregón, y su principal ideólogo, Luis Cabrera, convencieron al jefe supremo de prometer una reforma agraria.

El 6 de enero de 1915, un día después de la ocupación de Puebla, Carranza emitió decretos que pedían a los comandantes de campo regresar las tierras disputadas a las comunidades, al tiempo que reservaba la confirmación al Ejecutivo nacional: Carranza. El jefe supremo insistió en que la reforma debía estar bajo el control estatal y no ser diseñada por las comunidades, algo que Zapata permitía. Los comandantes esenciales, en particular Francisco Coss, se dispusieron a sancionar las adjudicaciones de tierras a los campesinos y a ganar aliados en Puebla y Tlaxcala en enero y febrero de

[25] Sobre esto también se hace énfasis en *idem*.

[26] Véanse Katz, *The Secret War…*, *op. cit.*, p. 270; Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942,* FCE, México, 1972; Brown, *Oil…*, *op. cit.*

1915. Los decretos de enero mostraban astucia política; atrajeron apoyo rural en los lugares en que los ejércitos constitucionalistas sancionaron los reclamos locales. Los aliados de Carranza tomaron la cuenca de Puebla y recapturaron la ciudad de México en febrero de 1915.[27]

En la capital, siempre aconsejado por Obregón y Cabrera, Carranza amplió el alcance de su populismo, abordando a los obreros de la industria. La recesión que había afligido a la economía comercial desde 1913 favoreció a los campesinos que vivían de las tierras, fortaleciendo a los zapatistas y haciendo esencial el vuelco de Carranza hacia las promesas agrarias. El declive de la producción industrial dejó a los obreros desempleados y en busca de sustento. El desafío que suponía la supervivencia urbana en una época de revolución quedó claro en febrero de 1915, cuando los zapatistas cortaron los suministros de agua y alimentos de la capital. Los campesinos que exigían autonomía afianzada en la tierra y los obreros dependientes de una compleja economía urbano-industrial hicieron frente a desafíos distintos en tiempos de revolución.

Los constitucionalistas observaron que los obreros de la ciudad de México, Puebla y Veracruz, el núcleo industrial de México, no compartían la visión zapatista. Carranza prometió derechos laborales a los obreros organizados y encontró cierto grado de apoyo. Algunos se unieron a batallones "rojos" a cambio de promesas y paga; muchos ofrecieron apoyo político o cuando menos paz laboral. Quienes trabajaban para industriales inmigrantes o extranjeros apreciaban la retórica nacionalista de Carranza; otros consideraban el salario de un soldado como una necesidad arriesgada.[28] ¿Acaso podían creer en la promesa de Carranza de respaldar la fortaleza sindical, de mejorar los salarios y las condiciones de trabajo, incluso de la posibilidad de huelgas? Eso era algo incierto, pero ¿hacia qué otro lugar podían volverse los obreros?

Para febrero de 1915, los constitucionalistas estaban construyendo una coalición populista que vinculaba a empresarios, obreros urbanos y agrarios no aliados con Zapata. Los ingresos petroleros y las promesas de reforma mantuvieron una coalición intranquila. Para impulsar a su facción, en mar-

[27] El movimiento populista se detalla en Quirk, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* p. 152; Córdova, *La ideología…, op. cit.,* pp. 202-204; Hall, *Álvaro Obregón…, op. cit.,* pp. 103-117; Richmond, *Venustiano…, op. cit,* pp. 68-69; Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2, pp. 313-314; Buve, "Peasant Movements…", *op. cit.,* y Buve, "Neither Carranza…", *op. cit.*

[28] Sobre los constitucionalistas y los trabajadores, la bibliografía es extensa. Véanse Quirk, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* pp. 183-187; Hall, *Álvaro Obregón…, op. cit.,* pp. 110-119; Richmond, *Venustiano…, op. cit,* pp. 72-73; Ramón Eduardo Ruiz, *La Revolución mexicana y el movimiento obrero, 1911-1923,* Era, México, 1978, pp. 71-79; y Barry Carr, *El movimiento obrero y la economía de México,* Era, México, 1981, pp. 62-67. Recientemente, John Lear, *Workers, Neighbors, and Citizens. The Revolution in Mexico City,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2001, y Gómez Galvarriato, *Industry…, op. cit.,* se han enfocado en los obreros en la capital y Orizaba, y han mostrado una lealtad limitada hacia Carranza.

zo Carranza envió a 6 000 hombres por mar a ocupar Yucatán y su vibrante economía de exportaciones de henequén, con Salvador Alvarado, un sonorense leal, al frente; éste proclamó que la revolución había llegado a Yucatán y expropió las tierras henequeneras en nombre de las comunidades mayas. Con todo, la producción para exportaciones seguía dominando. Los dueños de las plantaciones mantenían consigo las máquinas extractoras de fibra. Las autoridades carrancistas monopolizaban las exportaciones para quedarse con los ingresos que se habían elevado en tiempos de guerra. A los dueños de las plantaciones seguían teniendo ganancias; los trabajadores mayas continuaban siendo trabajadores a los que se pagaba mejor y eran honrados como productores revolucionarios; los constitucionalistas consiguieron un segundo flujo de ingresos en una economía mundial en guerra.[29]

En marzo, Carranza volvió a evacuar la capital: era difícil mantenerla bajo su poder y no era la clave para la victoria. Zapata retomó la metrópolis y la responsabilidad de abastecer los mercados urbanos, mientras Carranza consolidaba sus bases a lo largo de la costa del golfo y Obregón se dirigía al norte para enfrentarse a Villa, quien estaba conformando una nueva coalición que desafiaba la nueva alianza de los constitucionalistas, vinculada con las exportaciones y un populismo retórico.

En enero de 1915, la Convención se reunió en la capital en un congreso entre zapatistas y villistas. Zapata perseguía una redistribución inmediata de tierras, implementada por los campesinos. Villa insistía en una reforma agraria postergada e implementada por el Estado; la redistribución inmediata limitaría a sus ejércitos, como también los recursos para costos, esenciales para la lucha. Los zapatistas buscaban un Estado parlamentario débil que posibilitara las autonomías regionales y comunitarias, mientras que los villistas consideraban necesario un Estado fuerte, que permitiera un futuro capitalista y populista. No se trataba de diferencias insignificantes, sino de conflictos cimentados en bases regionalmente distintas: los campesinos del centro de Zapata y la alianza norteña de Villa, que involucraba a empresarios, inquilinos, rancheros y vaqueros.

Incapaces de dar forma a un programa común mientras los constitucionalistas se acercaban y Carranza prometía una reforma agraria, los zapatistas regresaron a Morelos con el resto de la convención a finales de enero. Villa nombró su propio gobierno y se dirigió hacia el norte. Si bien la alianza que vinculaba a Villa con Zapata no se había quebrado, se había debilitado. Cuando Obregón abandonó la capital en marzo a fin de prepararse para la batalla en el norte, la Convención regresó y continuó debatiendo si la reforma agraria debía ser inmediata o postergarse, administrada por las aldeas o

[29] Katz, *The Secret War…, op. cit.,* p. 272; Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.,* vol. 2, pp. 247-251; Gilbert Joseph, *Revolution from Without. Yucatán, Mexico, and the United States, 1880-1924,* Stanford University Press, Stanford, 1982 [*Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924,* FCE, México, 1992].

por el Estado. Mientras se preparaban para enfrentar a los fortalecidos constitucionalistas, tanto los villistas como los zapatistas se quejaban de que el otro no los apoyaba. Ambos estaban en lo cierto: los zapatistas, con bases locales, fuerza defensiva y capacidades ofensivas limitadas, no podían enviar grandes ejércitos al norte; los villistas, que marchaban hacia bases norteñas dejaron solos a los zapatistas para defender el corazón. Los límites de su alianza eran reales y se fundaban en sus bases.[30]

Aun así, los villistas y los zapatistas compartían una profunda oposición a Carranza. Cuando las batallas clave se movieron hacia el norte, los zapatistas acosaron la retaguardia de Obregón con ataques guerrilleros.[31] La distancia tanto geográfica como política que separaba a los movimientos populares no ocasionó la victoria constitucionalista de 1915. Villa no sólo se retiró al norte, sino que fue allí para construir una coalición que vinculara a su base popular y su poder militar con la ciudad industrial de Monterrey.

Villa y el general Felipe Ángeles tenían la visión de que podían ligar a su movimiento con los sectores capitalistas más dinámicos de México: Monterrey y el petróleo que impulsaría a sus industrias. A finales de diciembre de 1914 enviaron tropas para disputar el control de Carranza sobre el petróleo de Tampico; algo que empezó la larga batalla en El Ébano y continuaría hasta mayo de 1915. Mientras tanto, forjaron una alianza con los miembros clave de la familia Madero, que seguían teniendo importantes intereses banqueros e industriales en Monterrey. ¿Era posible que el petróleo y sus ingresos revivieran industrias que se enfrentaban al declive en medio de las perturbaciones revolucionarias? El hierro y el acero se habían desplomado, igual que la extracción de plata, el refinamiento y las exportaciones; los textiles se redujeron, como también la cerveza y la producción de botellas contenedoras (aunque los ejércitos revolucionarios mantenían la demanda de ambas). La familia Madero había sido rival de Carranza en la política del noreste; Villa había peleado por Francisco I. Madero y roto relaciones con Carranza. Esa coalición, fincada en el control de Villa sobre Chihuahua y el poder de los Madero en Monterrey, y negociada por Ángeles, también despreciaba el anticlericalismo, tan fuerte entre los constitucionalistas, el cual generaba resentimiento en la población católica. La coalición entre los villistas y Monterrey tenía el objetivo de reclamar Tampico y sus ingresos petroleros, así como de revivir la ciudad industrial más dinámica de México y vincularla con el movimiento del norte, que

[30] Quirk, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* pp. 153-157, 176-178, 213-214; Hall, *Álvaro Obregón…, op. cit.,* pp. 114-119; Arturo Warman, "The Political Project of Zapatismo", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 321-337.

[31] Como se detalla en Francisco Pineda Gómez, *Ejército libertador, 1915,* Era, México, 2013; esa obra termina con el supuesto de que Zapata dejó a Villa enfrentarse solo a Obregón en batallas clave de la revolución.

contaba con el apoyo popular más profundo; todo ello para contrarrestar las fuertes ganancias en exportaciones de los constitucionalistas y la vocinglería de sus promesas populistas.[32]

Ese intento no tardó en demostrar la fragilidad de la ciudad industrial en tiempos de guerra revolucionaria. Para ser industrial, generar productos, ganancias e ingresos a los empresarios y al Estado —o a una facción que peleaba por convertirse en Estado—, Monterrey necesitaba energía y acceso a redes complejas que la abastecieran de materias primas y enviaran bienes terminados a los mercados nacional e internacional. Villa, Ángeles y los Madero lo entendían. Su primer esfuerzo fue disputar el control constitucionalista de Tampico y los campos petroleros. La larga batalla de El Ébano comenzó en marzo de 1915 y siguió durante meses en una guerra mortal de trincheras (muy similar a las batallas que ocurrían en Europa en ese momento). Si la coalición de Monterrey hubiera ganado Tampico, una combinación de petróleo, ingresos por exportaciones y producción industrial revivificada ligados a la base popular de Villa (con vínculos potenciales con Zapata) probablemente hubiera conducido a un régimen muy diferente: menos dependiente de las exportaciones, más cimentado en una mezcla de industria, petróleo y populismo agrario (con variantes regionales), y mucho menos anticlerical.

Sin embargo, El Ébano fue un callejón sin salida; los constitucionalistas mantuvieron el enclave petrolero y los ingresos que obtenía de la Gran Guerra. Eso permitió a los aliados de Carranza en el noreste hacer campañas guerrilleras en un campo árido, cortar los ferrocarriles que llevaban carbón y mena de hierro, plata y algodón crudo y otros productos a Monterrey y entregaban productos industriales a mercados regionales y estadunidenses. Para mayo de 1915, los constitucionalistas habían demostrado que una guerra financiada por los ingresos provenientes de exportaciones podía estrangular a la ciudad industrial, volviéndola un lugar sin producción, trabajo ni promesa: un lugar de desesperación.[33] La estrangulación de Monterrey, un resultado cerrado basado en el punto muerto de El Ébano, obligó a Villa a regresar al sur para enfrentarse a Obregón en el Bajío, primero en Celaya y luego en León (que suelen considerarse las batallas clave de la revolución, en las que se considera que Obregón fue el mejor general). Previamente y de manera más decisiva, El Ébano y la estrangulación de Monterrey determinaron la victoria de los constitucionalistas.

En los conflictos axiales de 1915, tres formas de ser México —todas ellas presentes en los debates de las décadas de 1830 y 1840— contendieron para regir el futuro de la nación en el siglo XX. Los zapatistas y sus aliados exigían autonomías comunitarias, una visión fundada en las históricas repúblicas

[32] Mi análisis de Monterrey en 1915 se basa en Rodolfo Fernández Martínez, *Revolution and the Industrial City. Violence and Capitalism in Monterrey, Mexico, 1890-1920*, tesis de doctorado, Georgetown University, Washington, D. C., 2014.

[33] Una vez más, me baso en el trabajo esencial de *idem*.

indígenas que sostuvieron el capitalismo de la plata durante siglos. Mediante la reconstrucción revolucionaria de las comunidades agrarias, los zapatistas obtuvieron poder defensivo, pero carecían de la capacidad ofensiva necesaria para capturar y dar forma a un Estado militarizado. Los constitucionalistas, en cambio, construyeron un movimiento y ejércitos sustentados por los enclaves de exportaciones, alimentados por un anticlericalismo inflexible y enmarcados en un nacionalismo retórico mezclado con promesas populistas de un bienestar compartido. Eran herederos casi perfectos de los liberales del siglo XIX.

La alianza entre villistas y maderistas que forjó la coalición con base en Monterrey, que peleó las últimas batallas de la revolución, seguía la visión de Lucas Alamán sobre México: plata (y ahora petróleo) para obtener riqueza en los mercados globales, industria para servir a los mercados nacionales, agricultura con un énfasis comercial, exportaciones cuando y donde fueran posibles. La mezcla de industria y exportaciones había dado forma a México entre 1870 y 1910; sin embargo, en la época de la revolución y la guerra europea, la estrategia constitucionalista de aprovechar los enclaves de exportaciones, de estrangular a la ciudad industrial y contener a las comunidades agrarias con una combinación de fuerzas armadas y promesas populistas prevaleció. En 1915, un liberalismo decimonónico revivido ganó el Estado al aprovechar exportaciones dinámicas, devaluar y destruir la industria, y proclamar un anticlericalismo divisivo, mientras anunciaba un nacionalismo populista que prometía ganancias para todos.

Las contradicciones revolucionarias

Tras ganar batallas clave, en el otoño de 1915 Carranza condujo a los constitucionalistas de regreso a la ciudad de México, aislando a Zapata en Morelos y a Villa en Chihuahua. En octubre ganó el reconocimiento *de facto* de los Estados Unidos, lo que confirmó el apoyo que abasteció a sus ejércitos un año antes. Los zapatistas mantuvieron sus compromisos con los derechos agrarios y las autonomías locales. Habiendo perdido la oportunidad de dominar los campos petroleros en El Ébano y haciendo frente al derrumbe de Monterrey y a su derrota a manos de Obregón en el Bajío, Villa retornó a sus bases en Chihuahua y Durango. Comenzó a abordar las exigencias de tierras que atrajeron a tantos a sus ejércitos, volviéndose hacia expropiaciones que contribuyeron a que los poderosos lo consideraran más un bandido y menos un estadista.[34]

Asimismo, en octubre de 1915 se reunió lo que quedaba de la Convención y finalmente articuló un programa común. Prometió entregar tierras a quienes las trabajaran, permitiendo las propiedades comunales para cumplir

[34] El entendimiento de este cambio es una contribución clave de Katz, *The Life…, op. cit.*

con las exigencias zapatistas y las propiedades privadas para servir a las expectativas villistas. Demandaba un gobierno construido sobre municipios autónomos, coordinado por un régimen parlamentario que respondiera a intereses locales y regionales. Las milicias armadas remplazarían al ejército (puede imaginarse que con ello replicarían a las milicias patrióticas que fortalecieron las autonomías locales después de 1810).[35]

Ese programa revelaba el potencial de una alianza entre villistas y zapatistas basada en un reconocimiento compartido de los derechos agrarios, con implementaciones diferentes en regiones diferentes. El llamado a derechos municipales respaldados por milicias populares mostraba la imposibilidad de la alianza mientras Villa se uniera a Felipe Ángeles y los empresarios del norte para construir grandes ejércitos profesionales. La meta de un Estado limitado sustentado en las autonomías agrarias seguía siendo ampliamente popular; no podía prevalecer en un mundo de capitalismo orquestado por Estados fuertes.

Los compromisos compartidos con las autonomías agrarias y los Estados limitados permitieron que zapatistas y villistas se mantuvieran en regiones de su propia localidad durante años tras su derrota en el concurso por el poder nacional. Villa, furioso por lo que consideraba una traición de los Estados Unidos cuando reconocieron a Carranza, invadió Columbus, Nuevo México, en 1916, atrayendo a la expedición Pershing, que lo persiguió durante meses por el norte de México. El fracaso de ésta demostró el poder local de Villa y sus bases populares. Carranza envió oleadas de incursiones militares destructivas a Morelos, desolando comunidades y las haciendas que quedaban y obligando a los guerrilleros a adentrarse en las colinas, antes de orquestar el asesinato de Zapata en 1919. A Villa lo mataron bajo el mando de Obregón en 1923. Ambos perduraron como héroes y mártires.[36]

Tras su victoria, los constitucionalistas se dedicaron a sus prioridades esenciales. Carranza se distanció de la reforma agraria, asegurando su apoyo por los derechos de propiedad a los terratenientes; atrajo a muchos a su régimen. En Morelos, regresó las haciendas que primero se adjudicaron los campesinos rebeldes y luego saquearon los ejércitos constitucionalistas a sus dueños. En la cuenca de Puebla y Tlaxcala, donde los comandantes constitucionalistas sancionaron adjudicaciones de tierras de las comunidades desde enero de 1915 para reclutar apoyo rural, rara vez llegó la confirmación o se entregaron pequeñas partes de los reclamos comunitarios. Aunque Carranza seguía hablando de la reforma agraria, empezó a favorecer la producción de las haciendas. La suya no era la reforma agraria de las comunidades.[37]

[35] Córdova, *La ideología…, op. cit.,* pp. 166-171; Katz, *The Secret War…, op. cit.,* pp. 283-285; Warman, "The Political Project…", *op. cit.*

[36] Véase Womack, Jr., *Zapata…, op. cit.;* y Katz, *The Life…, op. cit.*

[37] Katz, *The Secret War…, op. cit.,* pp. 187-193; Richmond, *Venustiano…, op. cit.,* pp. 80-81, 114-118 y 121-124; sobre Tlaxcala, véase Buve, "Neither Carranza…", *op. cit.,* pp. 350-375; sobre

Asimismo, se alejó de las promesas hechas a los obreros. Dejó claro que, en su visión del capitalismo, los obreros regresarían a las fábricas, apoyarían al régimen, construirían sociedades de ayuda mutua y esperarían a la mejora económica. Cuando los obreros volvieron a las tradiciones de independencia política y sindicatos firmes, exigiendo una reducción de las horas de trabajo, una mejor paga y condiciones laborales más seguras, organizando huelgas durante 1916, Carranza tomó medidas para responder con fuerza.[38] Su populismo ofrecía una reforma limitada; no toleraba independencia desde abajo.

Con todo, Carranza no siempre se salió con la suya. Convocó a una convención constitucional en el otoño de 1916, con el objetivo de revisar y actualizar la Constitución liberal de 1857. Todos los delegados eran constitucionalistas (no se permitieron zapatistas ni villistas). Muchos, no obstante, eran comandantes que sabían que las promesas de reforma los habían llevado al poder y que era necesario cumplirlas o, cuando menos, establecerlas en la Constitución. Obregón encabezó a aquellos que insistían en que era necesario incluir en el texto los derechos de las comunidades a las tierras (artículo 27), de los trabajadores a organizarse y obtener una paga y condiciones laborales justas (artículo 123) y de la nación a controlar los depósitos del subsuelo (también el artículo 27). Sin embargo, aunque los derechos se escribieron en la Constitución, Carranza se aseguró de que su implementación esperara a una legislación propicia; así, la adquisición de tierras y derechos laborales se convirtió en un proceso político largo y contencioso, sujeto al poder del Estado. La Constitución de 1917 colocó en el corazón del régimen posrevolucionario las contradicciones del constitucionalismo.[39]

La Constitución no resolvió la revolución para las comunidades zapatistas. Muchas seguían trabajando las tierras que tomaron durante la insurgencia; otras negociaron sembrar a cambio de partes cuando las haciendas reclamaron los campos. Revivir el azúcar no era una opción, por lo que reinó el cultivo de maíz, una pequeña victoria en épocas difíciles. Las muertes ocasionadas por las batallas revolucionarias y las invasiones constitucionalistas, aunadas a las huidas para escapar de ambas, redujo la población que dependía de la tierra. Zapata resistió con fuerzas guerrilleras ubicadas en los impenetrables cerros.

Al tiempo que terminaban las destructivas guerras revolucionarias de México, la Gran Guerra entre las potencias hegemónicas capitalistas seguía

San Luis Potosí, véase Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938,* Congreso de la Unión, México, 1984, pp. 96-97.

[38] Ruiz, *La Revolución…, op. cit.,* pp. 79-82; Carr, *El movimiento…, op. cit.,* pp. 72-79; Richmond, *Venustiano…, op. cit.,* pp.125-132. Véase Lear, *Workers…, op. cit.,* sobre el giro contra los trabajadores en la ciudad de México, y Gómez Galvarriato, *Industry…, op. cit.,* sobre las similitudes con Orizaba.

[39] Véase Córdova, *La ideología…, op. cit.,* pp. 214-221.

en Europa. Los Estados Unidos se unieron de forma activa en 1917 (con el general John Pershing al frente). En México se reactivaron las industrias internas dedicadas a los textiles y a otras cosas, mientras las exportaciones seguían aumentando. Cuando la Gran Guerra terminó en 1918, cayeron las ganancias generadas por el henequén, pero el petróleo se elevó a nuevas alturas que alcanzaron su máximo en 1921. Los años en que se combinaron ganancias por exportaciones y renovación industrial mantuvieron a Carranza y a los constitucionalistas, que se esforzaban por consolidar el poder del Estado. No obstante, las cosas distaban de estar bien. La influenza de 1918 (difamada como española) ocasionó cuando menos la mitad de las muertes que redujeron la población de México en un millón entre 1910 y 1921.[40] Una vez más, las enfermedades epidémicas se convirtieron en una fuerza pacificadora en tiempos de contradicciones sociales y conflictos continuos.

Carranza, jefe de Estado a partir de 1915, gobernó como presidente de 1917 a 1920; Zapata mantuvo un conjunto indoblegable de seguidores regionales hasta que fue asesinado en 1919; Villa resistió en regiones aisladas de Chihuahua. A medida que el gobierno del primer jefe se acercaba a su fin, una década de revolución había traído consigo terminantes aserciones populares, promesas de transformación radical, el renacimiento de las formas capitalistas y un nuevo régimen comprometido con promover esas formas. Álvaro Obregón, el general más responsable del proyecto populista que llevó a los constitucionalistas al poder, acreditado por asegurarse de que la nueva Constitución estuviera, cuando menos, abierta a la reforma agraria y laboral, dejó el gobierno de Carranza poco tiempo después de que se completara la Constitución. Regresó a su hogar en Sonora a construir un imperio agrario orientado hacia las exportaciones. Sabía que, para mantener el gobierno constitucionalista, las promesas agrarias y laborales debían cumplirse, al menos en el corazón zapatista y en centros industriales clave. Obregón entendía las contradicciones de la revolución.[41]

Al finalizar su gobierno en 1920, Carranza intentó imponer a su protegido, quien entonces era embajador en Washington, como su sucesor. Todos, excepto los aliados más cercanos de Carranza, sabían que Obregón había llevado a los constitucionalistas al poder, ganando batallas clave y negociando conflictos y coaliciones esenciales. Él era el próximo presidente que necesitaban. Obregón construyó una coalición de facciones constitucionalistas para deponer a Carranza, quien huyó hacia Veracruz para exiliarse, pero lo capturaron y ejecutaron mientras huía. Para consolidar el poder sin los aliados de Carranza, Obregón recurrió a los zapatistas sobrevivientes, que tenían al frente a Gildardo Magaña. Obregón sabía que los campesinos del corazón no podían ser derrotados, por lo que era necesario admitirlos

[40] Todo lo anterior se detalla en Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* cap. 5.
[41] Hall, *Álvaro Obregón…, op. cit.,* pp. 160-183.

dentro del régimen. Probablemente también vio que la mezcla de reactivación industrial y auge en las exportaciones, con un sector petrolero que crecía como la espuma, haría que no fuera necesario el renacimiento de la caña en Morelos para la economía nacional, lo que además resultaba improbable tras años de guerra social y destrucción militar. Obregón ofreció un trato mediante el cual otorgaba cargos a los zapatistas en su gobierno y prometió la reforma agraria como parte de un programa nacional.[42]

La alianza entre Obregón y los zapatistas de 1920 (sin Zapata) dispuso el curso del México posrevolucionario. Las comunidades del corazón no habían ganado, pero sin duda tampoco habían perdido. Trabajaban la tierra para conseguir sustento en primer lugar; las haciendas azucareras de Morelos estaban prácticamente destruidas; las propiedades dedicadas a los cereales en Chalco y el sur del Valle de Toluca apenas si operaban. Los campesinos no gobernaban, pero hombres en los que confiaban tenían puestos en el gabinete y en cargos locales. Nada llegaría fácilmente o de manera automática en los años posteriores, pero el derecho de los campesinos a la tierra sería parte de cada conversación, de cada negociación, local o nacional, durante las décadas de reconstrucción.

[42] Este acuerdo esencial se detalla en Womack, Jr., *Zapata…*, *op. cit.*

Parte 3

EL CAPITALISMO NACIONAL Y LA GLOBALIZACIÓN, 1920-2000

XI. MÉXICO Y LA LUCHA POR UN CAPITALISMO NACIONAL, 1920-1980

La era del capitalismo industrial, en la que el poder y la industria se concentraron a lo largo del eje noratlántico mientras el resto del mundo abastecía materias primas y compraba bienes terminados, enfrentó desafíos con la guerra y las revoluciones después de 1910, hasta derrumbarse durante la depresión de la década de 1930. El decenio de la Revolución mexicana sacudió el poder de quienes gobernaban la nación y de muchos de los capitalistas terratenientes, industriales y comerciales que obtuvieron ganancias en las décadas posteriores a 1870. El régimen posrevolucionario buscó primero un modelo de exportaciones que comenzó a fallar a mediados de la década de 1920, lo que promovió un viraje hacia la industria. Cuando la economía estadunidense y el capitalismo industrial globalmente integrado que lideraba ese país se quebraron en 1929, México ya estaba volcándose hacia un experimento capitalista nacional. Éste se aceleró en las décadas de 1930 y 1940, liderando al hemisferio hacia lo que llegaría a llamarse desarrollo nacional: el intento de hacer que el potencial productivo del capitalismo industrial sirviera a las economías y sociedades nacionales, con la meta de llevar la manufactura y una participación más igualitaria a sociedades concentradas desde hacía mucho en la agricultura y la exportación de mercancías. México se volvió un caso de laboratorio: durante la depresión mundial de la década de 1930 y la segunda Guerra Mundial en la década de 1940, el proyecto nacional parecía estar cargado de promesas; más tarde —de cara a una explosión poblacional sin precedentes y a una renovada hegemonía de los Estados Unidos en el capital, la tecnología y el poder global— resultó ser imposible.

México poseía ventajas en su viraje hacia el capitalismo nacional. Regiones nucleares, desde el corazón hasta el Bajío y las regiones al norte, habían sido fundamentales para el capitalismo global desde el siglo xvi. Tras el derrumbe de la plata y a partir de la década de 1830, México fue testigo del ascenso de industrias mecanizadas que servían a mercados nacionales, complementadas con exportaciones de mercancías después de 1870. No era necesario que alguien enseñara a los mexicanos la manera de buscar ganancias como capitalistas ni cómo negociar la vida y el trabajo en un mundo capitalista. Aun así, la participación de México en el capitalismo industrial después de 1870 reveló lindes tajantes y contradicciones profundas. Las industrias que servían a mercados nacionales limitados generaban productos y ganancias al tiempo que restringían los empleos. Las agroindustrias del corazón promovían las ganancias y la producción mientras acotaban el empleo, lo que con-

tribuyó a estimular la revolución basada en las comunidades que conmocionó al corazón después de 1910. La veloz incorporación de los sectores de exportaciones norteños a la expansión hacia el poniente de los Estados Unidos después de 1880 parecía más prometedora, hasta que el pánico estadunidense se convirtió en una recesión mexicana y luego en una crisis fronteriza que generó una revolución muy diferente en esa zona a partir de 1910.

Durante la década de violencia, las comunidades del corazón se reafianzaron en economías de sustento dedicadas a sostener a las fuerzas guerrilleras, con lo que restringieron las agroindustrias ubicadas alrededor de la capital. Las industrias textiles enfrentaron perturbaciones y mercados reducidos; el centro industrial integrado en Monterrey descubrió cuán devastadoras podían ser las alteraciones revolucionarias. Mientras tanto, la demanda creada por la guerra en Europa contribuyó a que prosperaran exportaciones clave, sobre todo el petróleo y el henequén, cruciales para el ascenso al poder de los constitucionalistas en 1915. Carranza, Obregón y los constitucionalistas proclamaban un sonoro nacionalismo, pero su toma del poder dependía de las exportaciones. Su compromiso con el capitalismo nunca vaciló.

Carranza gobernó de 1915 a 1920 y respaldó a los capitalistas, en especial a los que obtenían ganancias de las exportaciones; a la vez, bloqueó la reforma agraria y los derechos laborales.[1] Cuando Obregón tomó la presidencia en 1920, entendía la necesidad de combinar la promoción de las exportaciones con el renacimiento industrial, los derechos laborales y la reforma agraria, si bien siempre en el entendido de vincular los derechos y las reformas con el Estado, limitando las autonomías presentes en el corazón de los sueños de las comunidades zapatistas.[2] El México del siglo XX estaría definido por las contradicciones de su revolución. El experimento de México con el capitalismo nacional promovió las formas capitalistas y contuvo las metas comunitarias mientras el mundo hacía frente a una serie de crisis.

Ese experimento, con todos sus conflictos internos, pareció prometedor desde la década de 1920 hasta entrada la de 1950. Entonces, mientras los Estados Unidos consolidaban una alianza para reactivar el capitalismo en el hemisferio norte, propiciando la reconstrucción de Alemania y Japón para contrarrestar el socialismo soviético en una guerra que no siempre fue fría, México enfrentó una explosión poblacional. La aceleración de la mecanización de la industria y la agricultura prometía soluciones para mantener a números crecientes de población. Sin embargo, a medida que aumentaba la producción, el empleo industrial se rezagaba y el trabajo agrícola se desva-

[1] Lo anterior se detalla en Dana Markiewicz, *The Mexican Revolution and the Limits of Agrarian Reform, 1915-1940,* Lynne Reinner, Boulder, 1993, pp. 23-34.

[2] Ése es el énfasis esencial en *idem.,* que muestra que, incluso si los constitucionalistas reconocieron la necesidad política de la distribución de tierras, buscaron usarla para atraer a los campesinos al capitalismo, en una contradicción directa con las metas de tantos revolucionarios zapatistas.

Mapa xi.1. *México después de 1920*

necía. Mientras la población se disparaba, las autonomías agrícolas se derrumbaron. Al poco tiempo, el proyecto nacional también se hizo añicos.

Batallando por mantenerse en pie después de la década de 1950, las agencias gubernamentales y diversas empresas importaron capital y tecnología, generando deudas al mismo tiempo que limitaban el trabajo. Una serie de crisis de deudas invadió a la nación; a la vez, las formas que ahorraban trabajo expandían la exclusión social. Las poblaciones de las comunidades rurales, en constante crecimiento, debieron hacer frente a la escasez de tierras y al desvanecimiento del acceso al trabajo. Las oportunidades de mantener el patriarcado en el hogar desaparecieron; ello alimentó, una vez más, la violencia intrafamiliar y en las comunidades. Los hombres y las mujeres emigraron, en el centro, con mayor frecuencia hacia la ciudad de México, donde se concentraba la industria, aunque nunca ofrecía empleo suficiente; esto hizo que los recién llegados tuvieran que buscar ingresos y construir vecindarios con su ingenio y su sudor. Muchos otros partieron hacia los Estados Unidos para trabajar en los campos y las fábricas, sosteniendo así a sus familias y sus comunidades natales. Con el tiempo, un número creciente de ellos se quedaron en el Norte (en regiones que alguna vez fueron el norte de México, incorporadas a los Estados Unidos tras la guerra), reconstruyendo familias y comunidades mientras hacían frente a los prejuicios. Cuando las autonomías, las comunidades y el capitalismo nacional se vinieron abajo después de 1980, no se presentó un tercer levantamiento revolucionario que desafiara a los poderosos y sus proyectos. Los hombres que llevaron al fracaso el régimen del capitalismo nacional diseñaron un viraje hacia la globalización, al que dio forma el TLCAN en la década de 1990. Para la mayoría de los mexicanos, en el centro y en otras partes, las ventajas siguieron siendo escasas.

La construcción del régimen y el derrumbe del capitalismo de exportaciones

Una narrativa política duradera presenta al México de la década de 1920 como consolidando el régimen que ganó la revolución: Obregón gobernó de 1920 a 1924, siguiéndolo su aliado sonorense, Plutarco Elías Calles, quien tenía la intención de regresar el poder a Obregón en 1928. Sin embargo, éste fue asesinado inmediatamente después de su reelección; Calles entró en escena para gobernar como "jefe máximo", ejerciendo el poder detrás de tres presidentes interinos hasta que entregó el régimen a Lázaro Cárdenas, quien, a partir de 1934, consolidó tanto el régimen como el capitalismo nacional. Si el foco se restringe a las alturas del poder estatal, hay algo cierto en esa narrativa. Si se resalta el papel rápidamente cambiante de México en una economía mundial en desintegración, salen a la luz complicaciones revela-

doras. Asimismo, si se incorporan a la narrativa los diversos intereses y metas de capitalistas y generales, obreros y comunidades mexicanos, emerge una historia más compleja, con frecuencia conflictiva, en ocasiones violenta, que, sin duda, no es la historia de una trayectoria singular que pudiera llamarse "la Revolución".

La bonanza de exportaciones que ayudó a Carranza a llegar al poder mantuvo su gobierno entre 1915 y 1920. El henequén llegó a su cima en 1918 y el petróleo en 1921, cuando México fue el principal exportador de petróleo en el mundo. El valor en dólares de las ganancias por exportaciones en 1920 había alcanzado alturas históricas, duplicando el de 1916. Las industrias internas y el cultivo comercial (fuera del centro zapatista) también revivieron.[3] La devolución de tierras a los hacendados y el apoyo de los industriales en disputas laborales contribuyeron a la recuperación comercial y revelaron las metas ocultas de Carranza: defender la propiedad y promover las ganancias para apoyar el poder del régimen, prometer derechos agrarios y laborales como herramientas de pacificación e implementarlos tan poco como fuera posible. Prometiendo reformas que él mismo bloqueaba, el Estado constitucionalista siguió siendo un régimen militar enmascarado por el rechazo de Carranza a adoptar un título marcial. En 1920, 100 000 hombres armados se adjudicaban 65% del presupuesto nacional.[4]

Obregón tomó el poder mediante un golpe de Estado en 1920, asumiendo el papel de árbitro militar de la política nacional, de manera similar a Bustamante, Santa Anna y Díaz. Como ellos, pretendía mantener el poder mientras trabajaba para estabilizar el régimen. Como Díaz, fomentó el crecimiento económico, al tiempo que buscaba terminar con los conflictos políticos y contener las presiones populares. Obregón tomó el poder en un momento de auge y vio poca necesidad de alterar un renacimiento encabezado por las exportaciones. Sin embargo, como los zapatistas sobrevivientes lo ayudaron a tomar el poder, inició una reforma dirigida a entregar tierras a las comunidades de Morelos. Su objetivo era pacificarlas y volverlas dependientes del Estado.[5] Ellas habían peleado para reclamar tierras ancestrales; Obregón insistía en que el Estado otorgaría tierras a grupos peticionarios de hombres. Así, transformó la reforma agraria posrevolucionaria en un proyecto de construcción de Estado. Cualquier ganancia para las autonomías locales tendría que negociarse en ese contexto.

[3] Enrique Cárdenas Sánchez, *El largo curso de la economía mexicana. De 1780 a nuestros días,* FCE, México, 2015, pp. 306, 322 y 323, figs. v.2, v.5 y v.6.

[4] Thomas Rath, *Myths of Demilitarization in Post-revolutionary Mexico, 1920-1960,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2013, p. 26.

[5] Arturo Warman, *"We Come to Object": The Peasants of Morelos and the National State,* trad. Stephen Ault, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1980, pp. 133-142 [*… Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional,* INAH, México, 1976; Casa Chata, México, 1978].

Aprovechando la bonanza de las exportaciones de petróleo a la vez que enfrentaba la caída de las ganancias provenientes del henequén, Obregón estableció negociaciones con los Estados Unidos a través del Tratado de Bucareli en 1923, las cuales le ganaron reconocimiento. La nación mantuvo los derechos de subsuelo de la plata, el cobre, el petróleo y demás cosas, como se establecía en la Constitución de 1917. Obregón aceptó implementar esos derechos sólo mediante impuestos y regalías.[6] El crecimiento impulsado por las exportaciones, la reforma agraria dirigida, el compromiso con los Estados Unidos y el poder militar sostuvieron a Obregón. Haciendo a un lado la retórica, no se produjo un giro temprano hacia un capitalismo más nacional.

Como tantas cosas en la historia de México, el viraje cobró forma a partir de encuentros no planeados con las fuerzas del mercado global. Incluso, cuando Obregón negoció para calmar las inquietudes de los Estados Unidos relacionadas con una expropiación, la producción petrolera de México entró en una cuesta pronunciada: de 193 millones de barriles en 1921 a 140 millones en 1924. Los ingresos cayeron de manera proporcional. ¿Por qué? Esa pregunta ha sido debatida desde hace mucho tiempo, pero la trayectoria resulta clara. Si bien los productores estadunidenses y británicos llevaron la exploración y la producción a un pico durante los años del conflicto revolucionario, les preocupaba la amenaza de la expropiación implícita en el artículo 27 de la nueva Constitución. Sabían que el nuevo régimen dependía de los ingresos del petróleo. Les preocupaba la llegada de una nueva generación de radicales europeos exiliados a los campos petroleros localizados en torno a Tampico, quienes se organizaban con el objetivo de exigir derechos y ganancias para diversos trabajadores (cada vez en mayor proporción mexicanos). Las presiones por mayores ingresos gubernamentales y ganancias para los trabajadores, respaldadas por la amenaza de la expropiación, enviaron a las compañías petroleras a Venezuela, donde encontraron nuevos depósitos sin los desafíos que suponían el nacionalismo del régimen y el radicalismo obrero. Mudaron la exploración, dejaron que los pozos mexicanos produjeran hasta secarse y siguieron su camino. Las presiones por ingresos estatales y las demandas obreras importaban; la promesa de nuevos campos en una nación con un régimen obediente y obreros menos radicales también importaba.[7]

Obregón obtuvo el reconocimiento de los Estados Unidos mientras los ingresos provenientes de exportaciones se desplomaban. Comenzó a favorecer a la industria y se enfrentó a una oleada creciente de conflictos labo-

[6] Linda Hall, *Oil, Banks, and Politics. The United States and Postrevolutionary Mexico, 1917-1924,* University of Texas Press, Austin, 1995 [*Bancos, política y petróleo. Estados Unidos y el México posrevolucionario, 1917-1924,* trad. Pedro Serrano Carreto, Conaculta, México, 2000].

[7] Jonathan Brown, "Why Foreign Oil Companies Shifted Their Production from Mexico to Venezuela in the 1920s", *American Historical Review,* vol. 90, núm. 2, 1985, pp. 362-385; y Myrna Santiago, *The Ecology of Oil. Environment, Labor, and the Mexican Revolution, 1900-1938,* Cambridge University Press, Nueva York, 2006, pp. 205-255.

rales.[8] Como su redistribución dirigida de tierras contribuyó a pacificar el centro zapatista, los terratenientes de otras partes estaban preocupados de que ellos pudieran ser los próximos. No se equivocaban. Las comunidades de regiones que no se habían alzado en armas entre 1910 y 1920 vieron cómo las tierras se destinaban a quienes habían amenazado al régimen. En Michoacán, Veracruz y otros lugares, los hombres tomaron las armas en la década de 1920 para exigir lo que prometía la nueva Constitución, que Obregón sólo otorgó para pacificar a las comunidades zapatistas.[9]

En ese contexto, durante 1923, Obregón trabajó para entregar la presidencia a su aliado sonorense, el general Plutarco Elías Calles. Pronto se formó una coalición de generales opositores en torno a Adolfo de la Huerta (quien también era sonorense y no era general), cuya intención era bloquear la sucesión. Enfrentándose a la rebelión de más de la mitad del ejército, Obregón y Calles sólo vieron un camino hacia la victoria: movilizar facciones (la mayoría de ellas fuera del centro) que tomarían las armas a cambio de promesas de reforma agraria. Obregón (que pretendía mantener la distribución de tierras como un programa limitado de pacificación) y Calles (que se oponía a la reforma agraria) aumentaron sus promesas de distribución de tierras para pelear contra la rebelión encabezada por De la Huerta (que también se oponía a la redistribución de tierras). Obregón y Calles ganaron e incrustaron en el corazón del régimen políticas a las que se oponían. Aún así Calles duplicó las distribuciones de tierras, extendiéndolas a regiones más amplias durante su gobierno, de 1924 a 1928.[10]

Calles tomó el poder al tiempo que las exportaciones caían; ello lo obligó a apostar por la industrialización interna. Dada la forma en que había llegado a la presidencia, no podía restringir la reforma agraria. Para promover la industria, estableció un pacto con Luis Morones y la CROM (Confederación Regional de Obreros Mexicanos), prometiendo acceso político y ganancias limitadas en jornales y beneficios a cambio de paz laboral. Las huelgas se desplomaron;[11] un fuerte crecimiento marcó 1925 y 1926.[12] Entonces Calles impulsó políticas anticlericales, que provocaron una nueva resistencia violenta y disruptiva.

La razón por la que Calles se volcó contra la Iglesia está sujeta a debate. Opiniones personales anticlericales alimentaron su meta de convertir al Estado en el principal educador de la nación. ¿Acaso se involucró la necesidad

[8] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* p. 367, fig. VI.4.

[9] Paul Friedrich, *Agrarian Revolt in a Mexican Village,* University of Chicago Press, Chicago, 1977 [*Rebelión agraria en una aldea mexicana,* trad. Roberto Ramón Reyes Mazzoni, FCE, México, 1981].

[10] Markiewicz, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* p. 180, tabla 2.

[11] Kevin Middlebrook, *The Paradox of Revolution. Labor, the State, and Authoritarianism in Mexico,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995.

[12] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* p. 379.

de parecer radical mientras daba cabida a los intereses de los Estados Unidos, buscaba vínculos más cercanos con los capitalistas, restringía a los trabajadores y buscaba una reforma agraria sólo como una necesidad política? En junio de 1926 proclamó leyes que restringían tajantemente la cantidad de integrantes del clero, encerraban cualquier culto dentro de las iglesias y ordenaban una educación secular. En julio, los obispos de México respondieron cesando los servicios sacramentales. Esperaban obligar a Calles a negociar, pues éste batallaba por gobernar un país de católicos diversos con opiniones divergentes sobre el clero.

En el corazón los habitantes se concentraban desde mucho tiempo atrás en devociones comunitarias que dependían en menor grado de la Iglesia y sus sacerdotes (Iztacalco era un caso típico, si bien extremo). En Michoacán, Jalisco y otras regiones del centro poniente de México, más personas vivían rindiendo devoción a Cristo en comunidades profundamente religiosas que apoyaban al clero. Muchos vieron la clausura de sus iglesias y la negación de los sacramentos como un ataque contra la verdad y contra las comunidades de rancheros hispánicos construidas en el siglo XIX, cimentadas en las propiedades familiares y a menudo dirigidas por sacerdotes. Al mismo tiempo, temían que una reforma agraria politizada les quitara sus ranchos, viendo cómo Calles les negaba el acceso a sus sacerdotes y a los sacramentos. Así, en 1927 tomaron las armas e impulsaron una resistencia violenta, mientras obtenían sólo un apoyo retórico del alto clero y poca ayuda material de las élites católicas, que defendían la causa desde la seguridad de sus refugios urbanos. Comunidades cristeras con visiones propias de la verdad hicieron acopio de armas para defender sus autonomías contra un Estado que pretendía reconstruir sus vidas.[13]

Con el fin de enfrentarlas, Calles recurrió nuevamente a las promesas agrarias. Prometió una reforma agraria (politizada) a Saturnino Cedillo de San Luis Potosí y a otros que movilizarían fuerzas para apoyar a los segmentos del ejército leales a Calles. En conjunto, contuvieron lentamente a los cristeros, quienes nunca sufrieron una derrota clara. En 1929 los obispos negociaron un acuerdo que reabría las iglesias y reanudaba los servicios sacramentales, pero que dejó a muchas comunidades cristeras con la sensación de que tanto el Estado como la Iglesia las habían abandonado. Una vez más, una movilización popular llevó al régimen a acelerar la reforma agra-

[13] La historia esencial de una comunidad cristera es Luis González y González, *San José de Gracia. Mexican Village in Transition,* trad. John Upton, University of Texas Press, Austin, 1982 [*Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia,* El Colegio de México, México, 1968]; Jean Meyer, *La Cristiada,* 3 vols., Siglo XXI Editores, México, 1973, ofrece un estudio amplio que vincula la política y los movimientos populares en regiones amplias de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y otras partes; Jennie Purnell, *Popular Movements and State Formation in Revolutionary Mexico,* Duke University Press, Durham, 1999, detalla la manera en que las comunidades, indígenas y rancheras, tomaron decisiones para unirse —o no— a los cristeros.

ria; los cristeros que luchaban por defender sus ranchos y las culturas comunitarias clericales católicas obligaron a Calles a hacer concesiones a hombres ambiciosos que podían movilizar personas para conseguir tierras comunitarias y sus visiones propias de la verdad (con frecuencia fincadas en un catolicismo comunitario menos clerical). A finales de la década de 1920, quienes pretendían gobernar a México se enfrentaron a personas dispuestas a pelear por visiones divergentes de la comunidad y la autonomía cultural.

Un católico radical asesinó a Obregón en 1928, impidiendo que gobernara durante otro periodo como presidente y árbitro militar. Calles no podía seguir siendo presidente, debido al compromiso constitucionalista con la no reelección —propuesta e ignorada por Díaz, proclamada luego por Madero, que era el único principio compartido por todos los que aseveraban ser revolucionarios después de 1910—. El año 1929 resultó ser crucial: los cristeros permanecieron en armas mientras crecía un conflicto dentro del ejército para determinar quién sucedería a Calles.[14] Éste había colocado a Emilio Portes Gil como presidente interino; leal a Calles, Portes Gil había mediado conflictos laborales en los campos petroleros y promovido la distribución de tierras para consolidar el poder en Tamaulipas. Una vez que Portes Gil tomó el poder en diciembre de 1928, Calles anunció el nuevo Partido Nacional Revolucionario (PNR) a inicios de 1929. Se trataba de una alianza de fuerzas regionales reunidas para apoyar el poder de Calles y el gobierno de Portes Gil, que distaba de ser hegemónico en tiempos de disputas.[15] Portes Gil autorizó a quienes recibían tierras para que formaran guardias armadas con el fin de proteger sus ganancias y defender al gobierno. Convirtió a 1929 en el principal año de distribución de tierras desde que comenzara el programa. En marzo, el general Gonzalo Escobar se rebeló, contando con el apoyo de un tercio del ejército. Gracias al apoyo de Cedillo a Calles en San Luis Potosí, de Lázaro Cárdenas en Michoacán y de otros que construían poder mediante la distribución de tierras, Escobar fue derrotado en mayo (con un costo de 2 000 vidas). En septiembre, con el régimen finalmente afianzado, los obispos firmaron un acuerdo que restauraba el culto y que dejó a muchas comunidades rebeldes cristeras con una sensación de abandono.[16]

En diversas regiones, el PNR se consolidó como la coalición de los aliados de Calles (incluyendo a Carlos Riva Palacio en el estado de México), conformado por comandantes militares leales, agraristas como Cedillo y negociadores como Cárdenas. La derrota de Escobar y la contención de los cristeros

[14] Véanse las obras clásicas de Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen,* Era, México, 1972; y *La Revolución en crisis. La aventura del Maximato,* Cal y Arena, México, 1995.

[15] Luis Javier Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México, 1928-1945,* Siglo XXI Editores, México, 1986, pp. 78-117.

[16] Esta secuencia queda clara en Markiewicz, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* pp. 57-62.

dependieron de movilizaciones agrarias respaldadas por promesas de distribución de tierras. Después, Calles se esforzó por desmilitarizar las alturas del poder: redujo las fuerzas permanentes a 52 000 hombres, redujo la parte del presupuesto destinada al ejército a 25% y dispersó unidades y comandantes clave en el país. Debían servir al régimen, no amenazarlo.[17]

El año 1929 trajo consigo la pacificación y una nueva amenaza para el papel desempeñado por México en la economía mundial. Durante la segunda mitad de la década de 1920 las exportaciones siguieron cayendo. La producción de petróleo se redujo a 45 millones de barriles en 1929, menos de un cuarto de su pico de 1921. Otras exportaciones también se difuminaron, en grosor y en valor. El papel desempeñado por México como exportador en el mundo del capitalismo industrial, que había llevado a los constitucionalistas al poder, estaba viniéndose abajo. Mientras tanto, los aumentos en las industrias textiles, en las del hierro y el acero y en las del cemento trajeron consigo un crecimiento económico modesto de 1926 a 1929. Los capitalistas regiomontanos a los que Carranza y Obregón habían aplastado para tomar el poder en 1915 revivieron para estar al frente de sectores clave de la economía mexicana.[18] Mientras los cristeros peleaban y los generales competían por el poder, México cambió de forma, orientándose hacia un capitalismo industrial más nacional.

La depresión mundial y la búsqueda de una economía nacional

Suele parecer que la depresión que desató el crac de Wall Street en noviembre de 1929 cambió todo en todas partes. En los Estados Unidos, las finanzas, la industria, la agricultura y el empleo se derrumbaron en conjunto en lo que adquirió los tintes de un apocalipsis económico. Las naciones del continente americano que habían construido su prosperidad, sin importar cuán limitada fuea, vendiendo exportaciones a las potencias industriales de Europa y América del Norte se enfrentaron a un Día del Juicio repentino. En otras partes, la crisis financiera confirmó las tendencias en desarrollo. Las potencias industriales europeas se habían atacado entre sí en una guerra de 1914 a 1918, esforzándose denodadamente por recuperar su dinamismo en la década de 1920. Los problemas económicos, políticos y sociales de Alemania ya eran profundos cuando la depresión asestó su golpe. La Unión Soviética se dirigía hacia el socialismo, trayectoria que continuó después de 1929.[19]

[17] Rath, *Myths…, op. cit.,* pp. 22-26.

[18] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 390-402.

[19] Una vez más, mi interpretación de la dinámica global refleja mi lectura de Ronald Findlay y Kevin O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War, and the Global Economy in the Second Millennium,* Princeton University Press, Princeton, 2007 (en el contexto de una amplia historiografía dedicada a Europa y América).

Asimismo, en México, una búsqueda retórica de un capitalismo nacional durante la década revolucionaria se convirtió en una búsqueda real en la década de 1920, con la caída de las exportaciones. La crisis llegó como una sacudida debido a los vínculos aún cercanos con las finanzas y los mercados estadunidenses. No obstante, fue una sacudida que aceleró un giro hacia el capitalismo industrial nacional que ya estaba en camino.

La caída repentina de la demanda estadunidense redujo las exportaciones mexicanas, ya en declive. El valor en dólares del comercio mexicano disminuyó dos tercios entre 1929 y 1932; los ingresos del gobierno cayeron 35%, mientras la economía nacional interna resultó ser más resiliente. La manufactura sólo cayó 8.8% al año; el cultivo aumentó 0.6%, haciendo que el producto interno bruto sólo cayera 5.4% al año los primeros tres años de la depresión.[20] La reforma agraria que Obregón, Calles y Portes Gil emprendieron de manera tan reticente como una necesidad política mantuvo la producción y el trabajo, lo que amortiguó el camino de México a través de la depresión. Cuando llegó la crisis, 667 000 beneficiarios habían conseguido más de siete millones de hectáreas de tierras, lo que equivalía a un promedio de más de 10 hectáreas para cada uno. Si suponemos familias de cuatro personas, casi 2.7 millones de mexicanos ganaron sustento en una población inferior a 17 millones.[21] Los agricultores siguieron sembrando para alimentar a sus familias.

Sin embargo, el declive del conflicto cristero, la derrota de Escobar y el éxito de Calles y el PNR para imponer a Pascual Ortiz Rubio como presidente determinaron una detención radical de la reforma agraria en 1930. México comenzó su recuperación comercial temprana en 1932, mucho antes del giro radical de los Estados Unidos. Un cambio del patrón oro (que vinculaba a México con los Estados Unidos) a emisiones mayores de moneda respaldada por la plata elevó el suministro de dinero. Las exportaciones de oro, plata y petróleo se incrementaron, si bien sólo a los bajos niveles de 1929. La industria reanudó un crecimiento estable que la convirtió en el sector principal. La recesión y el giro radical de la depresión mostraron a los constitucionalistas una ruta industrial hacia el capitalismo nacional.

Los mismos años trajeron un aumento de los conflictos laborales y nuevas demandas de tierras, mientras Calles y los presidentes Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez revelaban sus enormes preferencias por las ganancias, el control laboral y una reforma agraria mínima. Nuevos desafíos populares, no obstante, obligaron al régimen a aprender una vez más las lecciones de la década de 1920: un Estado posrevolucionario comprometido con el capitalismo debe abordar las demandas de los obreros y las comunidades rurales.[22]

[20] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 406-423.

[21] Mis cálculos se basan en Markiewicz, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* p. 180, tabla 2.

[22] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 429-440; Markiewicz, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* pp. 59-69 y 180, tabla 2.

Mientras Calles y Rodríguez gobernaban y limitaban la distribución de tierras y los derechos laborales, una facción reformista utilizó la convención nacional del PNR de 1933 para pedir su aceleración y ganar el apoyo de Calles a la nominación de Lázaro Cárdenas para un periodo presidencial de seis años que comenzaría en 1934. El jefe máximo vio la necesidad de hacer promesas reformistas y nominar a un candidato reformista a quien, según suponía, restringiría una vez que estuviera en su cargo. La distribución de tierras creció durante la campaña y llegó a un nivel sólo excedido en 1929, el año de la pacificación. La aceleración de la reforma volvió popular a Cárdenas, quien tomó el cargo en diciembre de 1934 con un aura de promesa y con un gabinete cargado de aliados de Calles. Durante 1935, aceleró la distribución de tierras e incrementó el área asignada a muchos beneficiarios. Tras apuntalar su base, expulsó a los aliados de Calles de su gabinete y mandó al jefe máximo al exilio en 1936.

En 1936 Cárdenas dominaba al régimen y al partido, y sabía que tenía que abordar las exigencias populares que posibilitaron su ascenso. Llevó la reforma agraria a nuevas cimas. Casi 400 000 receptores obtuvieron casi 10 millones de hectáreas en 1936 y 1937, casi un cuarto de todos los beneficiarios y un tercio de todas las tierras distribuidas entre 1915 y 1940. Cárdenas construyó su poder en buena parte del México rural, en parte porque los agradecidos beneficiarios volvieron a trabajar sus tierras, en parte porque las distribuciones politizadas desataron conflictos locales que consumieron las energías políticas.[23]

Mientras tanto, promovió la industrialización. Durante el gobierno de Carranza, los capitalistas formaron cámaras nacionales del comercio (Concanaco) y de la industria (Concamin). En 1936, cuando las huelgas mediadas por el régimen alcanzaban su cumbre, Cárdenas proporcionó a las cámaras vínculos directos con la Secretaría de Economía.[24] De esta manera, consiguieron una voz sancionada en la planeación de políticas. Asimismo, Cárdenas construyó caminos para integrar los mercados; llevó energía e in-

[23] El ascenso de Cárdenas y los números de la distribución de tierras se sintetizan en Markiewicz, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* pp. 59-81 y 180, tabla 2. La historia más prolongada del cardenismo es el tema de estudios magníficos e interminables debates. Véanse Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo,* Era, México, 1974; Luis González y González, *Los días del presidente Cárdenas,* FCE, México, 1981; Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy. Post-Revolutionary Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1982 [*México. Los límites de la autonomía del Estado,* trad. Ana María Palos, Era, México, 1983]; y Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana,* Cal y Arena, México, 1994. Sobre los conflictos culturales inherentes al proyecto de Cárdenas, véanse Mary Kay Vaughan, *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940,* University of Arizona Press, Tucson, 1997 [*La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940,* trad. Mónica Utrilla, FCE, México, 2001]; y Ben Fallaw, *Religion and State Formation in Post-Revolutionary Mexico,* Duke University Press, Durham, 2013.

[24] Hamilton, *The Limits…, op. cit.,* pp. 195-196, 202.

fraestructura a la capital, donde concentró allí a la industria. Favoreció a los capitalistas nacionales. Aun así, cuando los industriales regiomontanos decidieron obligar a los obreros a ingresar en los sindicatos de la compañía, Cárdenas amenazó con expropiarlos. Ellos retrocedieron y continuaron para prosperar con el hierro y el acero, la cerveza y el vidrio, así como en otras industrias. También dio la bienvenida a fabricantes estadunidenses que construyeron plantas en México y emplearon a mexicanos para servir a mercados mexicanos. Sabía que el capitalismo nacional no podía ser absolutamente nacional.[25]

Cárdenas impulsó políticas culturales a las que llamó educación socialista. Habiendo nacido y crecido en el corazón de la zona cristera y tras ser gobernador de Michoacán mientras el conflicto se propagaba, conocía las profundidades de la resistencia popular al anticlericalismo de Calles. Redujo los ataques directos contra la Iglesia, aunque promovió las escuelas del Estado y programas de estudios seculares que las personas profundamente religiosas percibieron como ataques contra la verdad. En las comunidades del centro y en otras regiones que dieron la bienvenida a la reforma agraria, fueron necesarias negociaciones complejas para limitar la capacidad de los maestros de plantear desafíos a las culturas religiosas. En los lugares en que la reforma agraria era menos bienvenida o provocaba divisiones, los maestros y la educación socialista enfocaron los crecientes conflictos.[26] Cárdenas imaginaba a los maestros socialistas construyendo una ciudadanía moderna. Sus proyectos educativos alimentaron divisiones que menguaron la consolidación del régimen que su reforma agraria y otros programas buscaban promover.

La distribución de tierras llevada a cabo por Cárdenas culminó una reforma agraria constitucionalista que no cumplió las metas por las que lucharon las comunidades del corazón después de 1910. Se trataba de un programa de pacificación, que ató al régimen a quienes recibieron tierras, con la esperanza de que se alimentaran y generaran excedentes para alimentar a las ciudades. De Obregón a Cárdenas, los constitucionalistas conocían el poder de las demandas de tierras. Concentrados en la construcción de un régimen, nunca aceptaron el objetivo de reconstituir las autonomías; al tratarse de una necesidad de la estabilidad política, la reforma agraria —según esperaban— podía abrir un camino hacia el cultivo comercial para los pequeños agricultores. Cuando Luis Cabrera presionó a Carranza para que considerara la reforma agraria antes de 1915, sabía que las tierras comunitarias complementaban el trabajo en las haciendas vecinas. Argumentó que una redistribución limitada restablecería un equilibrio que proporcionaría una autonomía limitada a las familias y las comunidades, y proporcionaría mano de obra barata a los productores comerciales. Carranza accedió a la ley agraria de

[25] Sobre Cárdenas y el auge de la industria como un sector principal, véase Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 451-488.

[26] Vaughan, *Cultural Politics…, op. cit.*

enero de 1915 para contribuir a la pacificación y las ganancias;[27] bloqueó su implementación antes de 1920, pero la visión de Cabrera sobre la reforma agraria como ruta para la pacificación y como apoyo para el desarrollo industrial-comercial sobrevivió, influyendo a Obregón y a sus sucesores.

Los habitantes del centro y de regiones más amplias de comunidades agrarias históricas soñaron con recuperar tierras ancestrales para reconstruir las autonomías locales en la producción, la política y la cultura religiosa. El régimen ofreció concesiones ejidales, nuevos constructos dependientes del Estado nacional, regidas por comités locales que dependían de los poderes nacionales. Las tierras ejidales fueron para los hombres que eran jefes de hogares. La reforma agraria promovió las autonomías patriarcales en el cultivo y la dependencia del régimen. Los reformistas esperaban que los beneficiarios honraran al régimen y enviaran productos agrícolas para alimentar a los habitantes de las ciudades y a los obreros industriales. No tardaron en descubrir que los ejidatarios se guiaban por visiones propias: primero alimentaban a sus familias y sólo después vendían los verdaderos excedentes, siempre limitados.

Las haciendas expropiadas conservaron las tierras, el agua y la maquinaria que resultaban cruciales; no obstante, era raro que pudieran revivir la producción en niveles que proporcionaran suplementos salariales significativos para los ex trabajadores estacionales que ahora tenían tierras ejidales. Los receptores solían volver a afianzarse en economías del hogar y enviar poca comida a las ciudades. Los reformistas vieron esto como un fracaso. Cárdenas presionó a los ejidatarios para que produjeran para el mercado y ofreció créditos para financiar el cultivo comercial. Sin embargo, la labranza dependiente de créditos sólo era eso: dependiente. Para hombres que buscaban una autonomía patriarcal como proveedores, los créditos y la dependencia del mercado implicaban incertidumbre e inseguridad; ésa no era la meta de su revolución. Los campesinos y los reformistas se unieron en un experimento, mientras perseguían metas opuestas. Durante la década de 1930, muchos campesinos aprovecharon la reforma para servir a sus propósitos. Cárdenas, como Zapata antes de él, aprendió a no presionar con demasiada fuerza.

En cultivos comerciales esenciales como el azúcar, el algodón, el henequén y los cítricos, Cárdenas encontró una solución en las cooperativas. Los ejidatarios de Zacatepec, en Morelos, de La Laguna, en el lejano norte, de Yucatán y de la tierra caliente de Michoacán, obtuvieron tierras cuando las comunidades se organizaron para hacer cultivos comerciales destinados a molinos y procesadoras. En sistemas complejos que combinaban la industria, el cultivo y la mano de obra, los productores hacían todo excepto generar su

[27] Las opiniones de Cabrera y su influencia en Carranza aparecen en Markiewicz, *The Mexican Revolution…, op. cit.,* pp. 23-34.

propia comida. Contando con un fuerte apoyo gubernamental, varias cooperativas persistieron durante años: excepciones en una nación de beneficiarios de la reforma agraria concentrados en el sustento. ¿Acaso Cárdenas consideraba esto un fracaso necesario? La distribución de tierras era esencial para la pacificación y la estabilización del régimen. Los beneficiarios se mantenían a sí mismos, sosteniendo de esa forma el proyecto nacional; sin embargo, para finales de la década de 1930 estaba claro que no podían alimentar a las ciudades ni a las industrias que allí se concentraban.

Reconociendo los límites de la reforma agraria como apoyo a su visión industrial, Cárdenas cortó la distribución en 40% en 1938, 12% en 1939 y otro 40% en 1940.[28] El reformista y constructor del régimen llegó a la conclusión de que continuar la reforma agraria no contribuiría al camino hacia delante para México. Empero, la necesidad política por el momento la había convertido en el camino de México. Para 1940, casi la mitad de las tierras arables de la nación estaban en manos de ejidatarios, más de 1.7 millones de beneficiarios, la mayoría de ellos concentrados en mantener a familias y comunidades que sumaban casi siete millones de los casi 20 millones de mexicanos. La reconstrucción posrevolucionaria dejó a México encerrado, una vez más, en una contradicción que vinculaba al capitalismo con las comunidades.

Como reveló el distanciamiento de la reforma agraria, 1938 fue un año esencial en la búsqueda de un capitalismo nacional y de la consolidación del régimen por parte de Cárdenas. Tras vincular a los principales capitalistas con su Estado como grupos favorecidos que habían ganado privilegios de consulta; comenzó a limitar la reforma agraria y a constreñir las huelgas y las exigencias de los obreros. Asimismo, al iniciar 1938, llamó a reconstruir el partido nacional. La limitada coalición de poderes y partidos regionales que conformaban el PNR desde 1929 se transformaría en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Éste se construyó como una nueva organización corporativista de beneficiarios de tierras, sindicatos y el ejército. Su objetivo no era fortalecer a esos grupos, sino controlarlos. Al reducirse la distribución de tierras, los beneficiarios se unirían a la Confederación Nacional Campesina (CNC), conformada para limitar las demandas y canalizar el apoyo al régimen. La Confederación de Trabajadores de México (CTM) operaría para contener las huelgas y dirigiría el apoyo laboral hacia Cárdenas. El ejército, que representaba poca amenaza para las alturas del poder desde 1929, fue distinguido como un sector del partido, al tiempo que se le orientó para servir al control político y social.[29]

Los grupos que pelearon por el poder desde 1920 enfrentaron restricciones. Los ejidatarios debían cultivar, sostenerse, alimentar a las ciudades y

[28] *Ibid.,* p. 180, tabla 2.
[29] Garrido, *El partido…, op. cit.,* pp. 299-323.

apoyar al régimen. Los obreros se unirían a un populismo mediado por el Estado, que fomentaba la industria y prometía beneficios a los trabajadores dentro de límites establecidos por el Estado. El ejército proporcionaría la fuerza para respaldar al régimen y sus aliados en la nación: la base coercitiva fundamental de todos los Estados industriales.[30]

Mientras trabajaba en la reconstrucción del partido y del régimen, Cárdenas hizo frente a su mayor desafío y obtuvo su éxito más famoso. Una vez que las negociaciones con las compañías petroleras internacionales se vinieron abajo, los obreros sindicalizados interpusieron una demanda en la Suprema Corte para conseguir nuevos derechos, mejores salarios y prestaciones. Las compañías, con Standard Oil de Nueva Jersey al frente, opusieron resistencia. La producción mexicana había caído a 33 millones de barriles al año en 1932 y 1933, lo que daba cuenta de una verdadera crisis si se ve en el contexto de su pico de 193 millones de barriles en 1921. El crecimiento se había reanudado, manteniéndose cerca de los 40 millones de barriles al año desde 1934 hasta finales de 1936 y acercándose a los 47 millones en 1937; ello dio nuevas esperanzas de ganancias a las compañías, de salarios a los trabajadores y de ingresos a Cárdenas. Las compañías y sus sindicados disputaron esas ganancias, reales y potenciales.

El 1º de marzo la Suprema Corte falló a favor de los sindicatos. Tras una breve negociación con Cárdenas, las compañías rechazaron la decisión. Rehusándose a reconocer a la Suprema Corte, negaron la soberanía de México. Después de informarse con sus consejeros, Cárdenas nacionalizó las compañías petroleras el 18 de marzo de 1938 (fecha clave en la construcción del nacionalismo mexicano). Si la expropiación fue provocada por un conflicto laboral y la falta de reconocimiento de la jurisdicción de la Suprema Corte por las compañías, su implementación estaba condicionada por el entendimiento de Cárdenas sobre la importancia del petróleo para los Estados Unidos y el mundo mientras avanzaba hacia otra gran guerra, como él y Franklin Roosevelt reconocieron en negociaciones posteriores.[31]

Mientras las compañías estadunidenses protestaban, con el apoyo de aliados en el gobierno de Roosevelt, los dos presidentes negociaron una resolución que aceptaba el derecho de México a expropiar con una compensación justa. Entendían que el petróleo era más importante que las ganancias de las compañías en un mundo que se dirigía hacia una guerra. En una estratagema brillante, Cárdenas ofreció una compensación basada en las declaraciones de impuestos de México de 1937; cuando las compañías insistieron en que las declaraciones infravaloraban sus propiedades, Cárdenas los invitó a que volvieran a presentar sus declaraciones de la última década, pa-

[30] Rath, *Myths…, op. cit.,* pp. 31-53.

[31] Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942,* FCE, México, 1972; y Santiago, *The Ecology…, op. cit.* Sobre las negociaciones, véase Gilly, *El cardenismo…, op. cit.*

garan los impuestos atrasados y reclamaran una compensación más alta. Las compañías aceptaron la baja compensación, que, aun así, México batalló por pagar. Una celebración nacionalista enmarcó una solicitud de contribuciones populares para rescatar el petróleo y la soberanía nacional.

La nacionalización del petróleo suele presentarse como el eje de un viraje hacia el capitalismo nacional. Poderosas compañías globales se enfrentaron a la expropiación, México se volvió propietario de una energía esencial para el mundo industrial y los Estados Unidos cedieron. Comoquiera que sea, al negociar con Roosevelt, Cárdenas aceptó que México siguiera dando la bienvenida a las inversiones y la tecnología estadunidenses. En 1939 elevó los aranceles para proteger los bienes de consumo hechos en México, mientras permitía importaciones de equipo y maquinaria para la energía y la manufactura.[32] La nacionalización del petróleo, la generación de electricidad y los ferrocarriles dieron al Estado el control de sectores clave. Los fabricantes de México emplearían trabajadores y venderían productos de consumo en México, en tanto la nación seguía en un mundo al que daban forma el capital, la tecnología y el poder de los Estados Unidos. El capitalismo nacional —mejor, el capitalismo nacionalista— demostró ser una forma de sortear la crisis del capitalismo industrial global. No fue un quiebre con el poder de los Estados Unidos ni con la integración global, como quedó claro cuando la década de 1940 trajo consigo la guerra que Cárdenas y Roosevelt esperaban.

La guerra mundial, la integración norteamericana y los límites del capitalismo nacional

Tras alejarse de la reforma agraria, volverse contra la independencia laboral y nacionalizar el petróleo persiguiendo el crecimiento industrial, Cárdenas nombró a Manuel Ávila Camacho como su sucesor, asegurándose de que fuera elegido en 1940. Ávila Camacho se presentó como un creyente católico y redujo las políticas anticlericales. Eso fue en lo único en que se alejó de Cárdenas, quien sin duda sabía que ocurriría. En su toma de posesión en diciembre, el vicepresidente electo Henry Wallace representó a los Estados Unidos. Su padre había construido Pioneer Seeds; Henry había sido secretario de Agricultura y vio una solución para los desafíos agrícolas de México.

Cárdenas estaba desilusionado con los resultados a que dio lugar la distribución de tierras: concentrados en su sustento, los beneficiarios no generaban excedentes comerciales. Wallace propuso implementar un programa de cultivo mecanizado, con sustento químico y científico para alimentar a las ciudades. Regresó a casa para consultar a Nelson Rockefeller, cuya familia

[32] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* p. 527.

regía la recién expropiada Standard Oil y cuyo papel en Creole Petroleum en Venezuela lo convirtió en un consejero clave de Roosevelt en temas latinoamericanos cuando la guerra acechaba. Rockefeller apoyó la propuesta de Wallace y llevó a su fundación a financiar un programa mexicano-estadunidense que inició en 1943 y tenía por meta una nueva agricultura para México. Sería productiva, comercial y ahorradora de mano de obra, rentable para los productores mexicanos y los fabricantes estadunidenses de semillas híbridas y maquinaria agrícola, herbicidas y pesticidas. Un nuevo capitalismo agrícola transnacional llegaría a México.[33]

Mientras Ávila Camacho seguía promoviendo un México urbano e industrial y planeaba una nueva agricultura para sustentarlo, Japón atacó Pearl Harbor un año después de su toma de posesión. Los Estados Unidos se unieron a la guerra en el Pacífico y pronto también en Europa. México, con Cárdenas al frente (que había ingresado al gabinete como secretario de Defensa), estaba listo para apoyar el esfuerzo bélico de los Estados Unidos. Abasteció de cobre y otros metales estratégicos; vendió algodón y otros bienes agrícolas; envió trabajadores para sustituir a los estadunidenses que habían entrado a la guerra. Los dos gobiernos negociaron el programa Bracero, que enviaba hombres al norte con permisos dirigidos a garantizar jornales justos y pagaban el viaje de ida y vuelta. Otros se fueron de manera informal, sobre todo a Texas, que el gobierno mexicano había eliminado del programa oficial de trabajo en protesta por sus condiciones laborales. Los mexicanos recolectaban cultivos, mantenían los ferrocarriles y trabajan en ciudades y pueblos en todos los Estados Unidos; 500 000 ciudadanos mexicanos pelearon en las fuerzas armadas estadunidenses durante la segunda Guerra Mundial y tuvieron la mayor tasa de bajas.[34]

La guerra estimuló el crecimiento económico y la expansión industrial mexicana. La industria sólo ocupaba al 12% de la economía mexicana en 1929; se elevó a casi 20% en la década de 1940. Más importante aún, la guerra posibilitó una mezcla de exportaciones fuertes y crecimiento industrial interno. No sólo crecieron las exportaciones de cobre, de otros minerales y de petróleo; también las ventas de tela de algodón a los Estados Unidos y Centroamérica. Entre 1939 y 1942, en las vísperas de la guerra, las exportaciones mexicanas se elevaron 8.3% al año; durante la guerra se dispararon a 15.6%, pues los Esta-

[33] Cynthia Hewitt de Alcántara, *Modernizing Mexican Agriculture. Socioeconomic Implications of Technical Change,* UN Research Institute for Social Development, Ginebra, 1976 [*La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970,* trad. Félix Blanco, Siglo XXI Editores, México, 1982], proporciona el análisis fundamental de este cambio.

[34] México durante la segunda Guerra Mundial se ha estudiado poco. Véase Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. México en los 40,* Grijalbo, México, 1990, para estudios diversos; sobre la política, Luis Medina, *Hacia el nuevo Estado,* FCE, México, 1995, coloca ese periodo en el contexto político. Jorge Durand, *Braceros. Las miradas mexicanas y estadunidenses, antología, 1945-1964,* Miguel Ángel Porrúa, México, 2007, es una antología inquisitiva de las experiencias de los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos.

dos Unidos compraban más y los fabricantes mexicanos vendían en mercados que los fabricantes estadunidenses habían dejado vacíos. Mientras México importaba maquinaria para incrementar la producción a fin de apoyar el esfuerzo bélico, las fuertes exportaciones llevaron reservas de dólares cada vez mayores al Banco de México: de 41 millones de dólares en 1939 a 328 millones en 1945. Los ingresos del gobierno mexicano se elevaron de un saludable 3.2% al año en la víspera a un 4.1% más fuerte al año durante la guerra.[35]

Con el apoyo de Cárdenas, Ávila Camacho utilizó esos recursos de formas reveladoras: de 1941 a 1946, 779 millones de pesos fueron destinados a carreteras, 168 millones a ferrocarriles y 261 millones a la generación de electricidad: todos para sustentar la aceleración industrial; 626 millones se destinaron a proyectos de irrigación para la nueva agricultura "científica"; 143 millones fueron a créditos para los productores ejidales (la mayoría a cooperativas). Tan sólo 42 millones financiaron la construcción de escuelas; 38 millones construyeron hospitales e instalaciones médicas; 84 millones pagaron sistemas de agua potable y 68 millones se destinaron a sistemas de saneamiento.[36] El régimen invirtió para apoyar a la industria, la agricultura mecanizada y la expansión del mercado. La inversión social se quedó muy por detrás.

El decenio que se extiende entre 1935 y 1945 trajo consigo el viraje axial de México, de una economía principalmente agrícola hacia una concentración en la industria.[37] El cambio llegó en una secuencia que comenzó con las reformas populistas de Cárdenas y continuó con su viraje para favorecer la industria (con energía nacionalizada), apoyar a la economía estadunidense en las vísperas de la guerra y luego mezclar el crecimiento de las exportaciones con la expansión industrial en tiempos de guerra (mientras los Estados Unidos requerían importaciones diversas y no podían abastecer bienes de consumo). Una vez más, un viraje esencial en el papel desempeñado por México en el capitalismo no llegó de forma planeada sino a partir de respuestas politizadas a presiones sociales, a desafíos políticos nacionales y a restricciones y posibilidades provenientes de una economía mundial cambiante. Para 1945, una década de crecimiento dinámico había orientado a México hacia un capitalismo industrial dominado por un régimen nacionalista, impulsado por capitalistas nacionales (y colaboradores internacionales clave), trabajado por obreros mexicanos y al servicio de mercados nacionales. El capitalismo nacional parecía estar al alcance de la mano.

Para cuando terminó la guerra, nuevos intereses político-industriales se habían afianzado en el país. Tenían créditos inmensos en dólares pagables en los Estados Unidos, disponibles para financiar nuevas industrias y tecnologías que alimentaban un avance industrial continuo. No obstante, México seguía atado a los Estados Unidos y a la economía global, y finalizada la gue-

[35] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 495-503 y 523.
[36] *Ibid.,* p. 531, tabla IX.7.
[37] *Ibid.,* p. 355.

rra ambos experimentaron un cambio radical. México debió hacer frente a nuevas restricciones. La promesa de 1935 a 1945 dio paso a contradicciones cada vez más profundas.

La guerra terminó cuando los Estados Unidos soltaron bombas nucleares en Japón, mientras la Unión Soviética ocupaba Europa del Este y Berlín, la capital alemana. Una nueva era estaba comenzando. Al mismo tiempo que los soviéticos comenzaron a propagar el socialismo industrial, los Estados Unidos buscaron revivir un eje norte del capitalismo industrial, incluyendo a sus enemigos recientes: Japón y Alemania (Occidental). Con el argumento de que era esencial para la pacificación y para evitar un regreso a la guerra (entre potencias capitalistas), la meta era rectivar un mundo capitalista que contrarrestara el poder soviético y la alternativa socialista.

Mientras los soviéticos mantenían fuerzas militares en toda Europa del Este (que justificaban diciendo que eran necesarias para evitar otra invasión alemana) e impulsaban la reconstrucción a través del socialismo industrial, los Estados Unidos se dedicaron a la reconstrucción de Europa Occidental y Japón, conjuntando la ocupación militar con inyecciones de capital a través del Plan Marshall y promesas de mercados integrados que beneficiarían a todos dentro del capitalismo. Con el paso de los años, Europa y Japón revivieron dentro de un mundo capitalista cuyo centro eran los Estados Unidos. El mundo socialista centrado en los soviéticos continuó. Ambos bandos, enfrentados en una Guerra Fría que se intensificaba, proclamaban metas universalizadoras benéficas para toda la humanidad; ambos construían arsenales nucleares que amenazaban con la aniquilación universal. Como la amenaza se volvió una disuasión mutua que al mismo tiempo intimidaba y protegía a las poblaciones en potencias encontradas y a sus aliados, las guerras de movilización masiva terminaron en los viejos centros industriales. Los conflictos anticoloniales que buscaban variantes del desarrollo nacional (en ocasiones capitalista, en ocasiones socialista) proliferaron a lo largo y ancho de los imperios coloniales al borde del derrumbe en África, el mundo islámico y el sur de Asia. China, aliada de los Estados Unidos en la reciente guerra, se sumergió en una guerra civil que se transformó en una revolución comunista independiente; con el tiempo, ésta promovió una industria impuesta sobre una mayoría rural en la nación más poblada del mundo.[38]

México se enfrentaba a un nuevo mundo atrapado dentro del capitalismo y atado a los Estados Unidos. Antes de la rendición de Alemania frente a la ocupación rusa a principios de mayo y de que Japón se doblegara tras los bombardeos nucleares de Hiroshima y Nagasaki en agosto, los Estados Unidos llamaron a un encuentro de los aliados hemisféricos en la ciudad de

[38] Estos acontecimientos de la posguerra y sus impactos globales se sintetizan de forma brillante en John R. McNeill y Peter Engelke, *The Great Acceleration. An Environmental History of the Anthropocene since 1945,* Harvard University Press, Cambridge, 2014.

México, a inicios de 1945. Consiguieron un tratado de defensa mutua y comenzaron a promover visiones de libre comercio a las que se resistieron México, Brasil y otros países. Tras construir nuevas industrias protegidas por la depresión y luego por la guerra, estas naciones sabían que la apertura al comercio y el renacimiento de la industria estadunidense traerían consigo dislocaciones. De la misma manera en que procedieron los Estados Unidos cuando se volcaron primero hacia la industria durante los conflictos napoleónicos y la Guerra de 1812, para luego protegerla con aranceles en un mundo de posguerra regido por Gran Bretaña, México insistió en proteger sus industrias después de la segunda Guerra Mundial. Cuando un encuentro en La Habana en 1947 condujo a la fundación del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés: General Agreement on Tariffs and Trade), que tenía la mira puesta en un mundo capitalista de libre comercio, los Estados Unidos, Canadá y sus aliados europeos firmaron; México, Brasil y el resto de América Latina se contuvieron. Firmarlo hubiera hecho que la región volviera a depender de las exportaciones de mercancías que se habían venido abajo con la depresión. ¿Acaso tales economías podían sostener a poblaciones crecientes?

Los aranceles y otras protecciones permitieron a México mantener su empuje industrial después de 1945. Durante algunos años gastó los créditos adquiridos con su apoyo a los Estados Unidos en tiempos de guerra en la compra de maquinaria y otras tecnologías esenciales para la industrialización. Cuando los créditos se agotaron, el único recurso eran préstamos costosos, mientras los Estados Unidos subsidiaban la asistencia de capital y tecnología para reconstruir a sus recientes enemigos. En el mundo de posguerra, México no tenía suficientes exportaciones para pagar su dependencia del capital y la tecnología estadunidenses. La protección, fundamental para mantener las industrias, hizo que los bienes mexicanos fueran costosos en casa y no pudieran competir en el extranjero. Ciclos de financiamiento de deuda seguidos de crisis de moneda y de deuda comenzaron a marcar la vida económica de México, elevando los desafíos políticos mientras las polaridades sociales se profundizaban.

Al iniciar 1946, en su último año de gobierno, Ávila Camacho reorganizó por última vez al partido que mantenía al régimen. El cambio de nombre era significativo: el PRM, el Partido de la Revolución Mexicana, se convirtió en el PRI, el Partido Revolucionario Institucional. En 1938, cuando se alejaba de las reformas radicales, Cárdenas cambió el nombre del partido para afirmar que seguía siendo la materialización de la revolución (sin importar cuán debatible fuera esa aseveración). En 1946 Ávila Camacho vio una revolución institucionalizada que anunciaba la estabilidad; la reforma radical formaba parte del pasado. El nombre se convirtió en un emblema de las contradicciones que marcaron a México después de ese año. Los mexicanos y otras personas se preguntaban: ¿puede institucionalizarse la revolución? ¿Puede un

régimen ser revolucionario? Esos debates continuaban mientras México buscaba un capitalismo nacional.

No sólo cambió el nombre del partido. Los sectores agrarios (CNC) y obreros (CTM) siguieron siendo dos de los tres sectores clave. El ejército dejó el partido, lo que anunciaba la confianza del régimen en que el sector militar fungía ahora como brazo coercitivo del Estado.[39] Lo remplazó un sector popular, la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), que pretendía representar —y controlar— a las diversas clases medias que proliferaban en la ciudad de México y en otras partes, conforme la nación se volvía más industrial y urbana. El núcleo del nuevo sector estaba conformado por los burócratas que dependían del Estado para tener educación y empleo.[40] El rebautizado partido siguió concentrándose en el control político de las regiones rurales, así como en negociar el poder y los programas con los profesionales y los obreros que buscaba favorecer, dentro de los límites del capitalismo nacional.

Los capitalistas siguieron siendo los más beneficiados en la nación, pues operaban fuera del foco del partido en el control social. A sus organizaciones ya establecidas, la Concamin —que promovía la industria— y la Concanaco —que respaldaba el comercio—, se unió la Coparmex —una liga de empresarios que había comenzado en Monterrey— y la más reciente Canacintra —Cámara Nacional de la Industria de Transformación, establecida durante el gobierno de Ávila Camacho en 1941 por nuevas industrias que buscaban protección nacional—, todas ellas favorecidas con el acceso regular a las cimas del poder. Hacían malabares para promover sus preferencias políticas mientras el capitalismo dominaba el camino hacia adelante.

Con un sistema político establecido para beneficiar a los capitalistas y controlar a campesinos, obreros y sectores medios, los años siguientes de la posguerra, bajo el gobierno de un presidente orgullosamente capitalista, Miguel Alemán (1946-1952), trajeron consigo una bonanza alimentada por las importaciones de maquinaria pagadas con los créditos de guerra. Cuando a finales de la década de 1940 éstos se acabaron, llegaron los problemas. El foco del modelo era una industria que operaba en México, que empleaba a mexicanos y abastecía a los consumidores nacionales. Una mezcla de industrias mexicanas de textiles y otros productos de consumo y subsidiarias internacionales para automóviles (Ford y demás) y otros bienes duraderos (General Electric y otras) generaron ganancias reales, pero México no producía las máquinas y demás tecnología crucial para la producción industrial.

[39] Rath, *Myths…, op. cit.,* pone énfasis en el cambio de papel, argumentando que el régimen no se volvió menos militar, sino que volcó al ejército hacia el control social: un punto esencial.

[40] Emilio Coral, *The Mexico City Middle Class, 1940-1970. Between Tradition, the State, and the United States*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2011, explora el ascenso de esa población clave después de 1940 y las relaciones con frecuencia intranquilas de sus diversos sectores con un Estado del que tantos dependían.

Una vez acabados los créditos de guerra, ¿cómo podría pagar la importación de productos esenciales?

Sus exportaciones eran insuficientes para cumplir con esa tarea. El petróleo nacionalizado —junto con la electricidad— subsidiaba la energía para las industrias internas, un apoyo clave para el proyecto nacional. Las potencias hegemónicas de la Guerra Fría, los Estados Unidos y la Unión Soviética, eran los mayores productores de energía, mientras que Venezuela y el Medio Oriente enviaban petróleo para abastecer a una Europa en proceso de revivificación y a otros mercados. Las exportaciones de petróleo no eran una opción, incluso si la industria podía reactivarse. Las otras exportaciones de México no podían empezar a pagar sus necesidades de capital y tecnología importados. Mientras los Estados Unidos proporcionaban ayuda y créditos subsidiados para reconstruir Europa Occidental y Japón en el núcleo capitalista del hemisferio norte, dejaron a México —y a otras naciones latinoamericanas— intentando conseguir fondos en mercados financieros costosos e inciertos. El crédito estaba disponible y financiaría el desarrollo industrial y de infraestructura durante décadas. Nunca financió de manera suficiente el crecimiento para pagar sus costos (principal más intereses, por lo general, por encima de los entre 6 y 8% anuales) ni para cumplir sus promesas: el crecimiento (celebrado cuando alcanzó un promedio de 6% entre 1950 y 1962), el empleo (que se elevó menos de 3% al año en esa misma época) y el aumento de los jornales industriales (que apenas se incrementaron 2.2% al año, en un sector favorecido).[41] Mientras Alemán y sus sucesores gobernaban y los empresarios obtenían ganancias, México experimentó crisis monetarias, de balanza de pagos y de deudas, aparejadas con desigualdades que se propagaron para definir la vida en tiempos proclamados como un "milagro" del desarrollo después de 1950. Quizá el milagro haya sido la habilidad del régimen para mantener un sistema estructurado por polaridades cada vez más profundas y exclusiones siempre más extensas.

Un desarrollo milagroso, la revolución verde y el desplome del capitalismo nacional

La mayoría de los analistas del desarrollo económico mexicano (y de otros países latinoamericanos) después de la segunda Guerra Mundial se concentraron en las divergencias entre la necesidad de capital para construir industria e infraestructura, la expansión limitada de la producción y los mercados y, en fin, las crisis repetidas de deudas.[42] Otros pusieron el énfasis en la

[41] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 514, 521 y 566, fig. IX.5.

[42] *Idem* sintetiza lo mejor de la bibliografía dedicada a este tema y proporciona muchos datos y análisis esenciales para mi crítica.

inseguridad de la protección a la propiedad, los tribunales politizados y los bajos impuestos que alimentaban las concentraciones al tiempo que limitaban la infraestructura y el gasto social que podrían haber contribuido al bienestar general y las distribuciones sociales.[43] Los analistas políticos debaten sobre la capacidad del gobierno del PRI para mantener su poder y la estabilidad nacional durante las décadas de crecimiento económico y exclusión política; algunos se enfocan en las mediaciones, otros en la coacción; los mejores en su fusión.[44] Todos tratan con cuestiones esenciales. Sin embargo, desvían el foco de los procesos fundamentales que generaron un crecimiento dinámico vinculado con exclusiones cada vez más amplias, lo que hizo que las iniquidades se profundizaran en la esencia definitoria del capitalismo mexicano después de 1945: una larga historia de capitalismo ahorrador de trabajo se intersecó con una nueva aceleración del capitalismo sustentador de la vida: en la medicina y la agricultura; su fusión triunfal generó exclusiones económicamente rentables y socialmente destructivas.

La industrialización que moldeó al mundo capitalista después de 1800 convirtió a la maquinaria ahorradora de trabajo en el núcleo de su dinamismo económico, como tantos han enfatizado.[45] Concentró la producción y las ganancias en regiones clave, usando máquinas para incrementar la productividad de los obreros. En las zonas industriales pioneras de Europa y los Estados Unidos, con el tiempo y tras campañas de reforma y luchas por la sindicalización, las nuevas clases obreras obtuvieron suficientes beneficios, lo que llevó a que algunos vieran "aristocracias laborales", otros "proletarios de vanguardia" que podían conducir al mundo a un socialismo más justo.[46] Demasiado ignoradas, las primeras industrias mecanizadas y sus obreros estaban sostenidas por esclavos que cultivaban algodón en el sur de los Estados Unidos y con otros —algunos coaccionados, otros sólo desesperados— que trabajaban haciendo mercancías esenciales a cambio de pocas ganancias en gran parte del mundo.[47]

[43] Stephen Haber *et al., Mexico since 1980,* Cambridge University Press, Nueva York, 2008.

[44] El mejor entre los estudios políticos es Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954,* Cal y Arena, México, 2001; véase también los ensayos incluidos en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007.

[45] David Landes, *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present,* Cambridge University Press, Cambridge, 1969, es el análisis clásico. Para el México del siglo XIX, véase Edward Beatty, *Technology and the Search for Progress in Modern Mexico,* University of California Press, Oakland, 2015; sobre las aceleraciones globales de finales del siglo XX, véase McNeill y Engelke, *The Great Acceleration…, op. cit.*

[46] Eric Hobsbawm, *Industry and Empire. The Birth of the Industrial Revolution,* ed. rev., New Press, Nueva York, 1999 [*Industria e imperio,* trad. Gonzalo Pontón, Crítica, Madrid, 2001], ilustra esta secuencia.

[47] La revisión esencial es Sven Beckert, *Empire of Cotton. A Global History,* Knopf, Nueva York, 2014 [*El imperio del algodón. Una historia global,* trad. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2016].

La mecanización posibilitó cierto grado de crecimiento compartido en la Inglaterra del siglo XIX, porque su núcleo de obreros se aplicó a máquinas producidas para mercados a nivel mundial (mediante combinaciones de comercio, presión imperial y fuerza). Al obtener ingresos de todo el mundo, los primeros industriales pudieron compartir de mala gana la prosperidad con los obreros ingleses en una época de dominio mundial.[48] Después de 1870, las industrias concentradas en el noreste de los Estados Unidos servían a mercados y tomaban productos agrícolas y ganancias de los diversos rincones de una nación continental en expansión (liberada de sus pueblos nativos y colonizada por inmigrantes que huían de Europa). Una vez más, la mecanización en los Estados Unidos pudo generar un crecimiento compartido cuando las industrias sirvieron a mercados más allá de sus fronteras, y los obreros y granjeros organizados exigieron su parte.[49]

Cuando la mecanización aceleró la producción con mano de obra reducida en México, llegó a un contexto muy diferente. En una nación con recursos limitados (gracias a la guerra de 1846-1848), una población densa y en crecimiento, mercados internos limitados y pocas perspectivas de exportaciones, las máquinas no podían dar lugar a una prosperidad compartida. En su lugar, generaron producción, concentraciones y exclusiones (en la agricultura y en la industria).

Al comenzar la década de 1940, México seguía siendo una nación agrícola y su foco histórico se confirmaba en la reforma agraria posrevolucionaria. La ciudad de México había duplicado su tamaño (de menos de un millón de habitantes en 1920 a casi dos millones en 1940), lo que era evidencia de una creciente sociedad urbana industrial concentrada en la capital. La población nacional creció con mayor lentitud, de menos de 15 millones a casi 20 millones en las mismas dos décadas. Como descubrió Cárdenas, la reforma agraria podía pacificar y ayudar a mantener a las comunidades rurales; no abastecía a las ciudades en crecimiento. Después de 1940, un aumento del crecimiento poblacional del país aceleró la urbanización. El viraje hacia un cultivo mecanizado y alimentado químicamente, propuesto por Henry Wallace y apoyado por la Fundación Rockefeller, luego celebrado como una "revolución verde", buscaba alimentar a las ciudades en crecimiento. Tuvo éxito; a la vez, redujo las necesidades laborales y corroyó las autonomías en todo el México rural, enviando migrantes en números cada vez mayores a las ciudades mexicanas y a los Estados Unidos.

Dos bienes sociales incuestionables se mezclaron para generar ganancias y exclusiones sociales en una nación definida por recursos limitados y plagada de escasez de capital y crisis de deudas periódicas: una población

[48] Véase el clásico de Hobsbawm, *Industry…, op. cit.*

[49] Para un análisis ilustrativo muy diferente, véase William Cronon, *Nature's Metropolis. Chicago and the Great West,* Norton, Nueva York, 1991, y Monica Prasad, *The Land of Too Much. American Abundance and the Paradox of Poverty,* Harvard University Press, Cambridge, 2012.

repentinamente saludable y en crecimiento y una agricultura recientemente productiva para mantenerla. Si bien se reconocen los triunfos en materia de salud, aceleración industrial y revolución verde, su fusión para alimentar crisis sociales y la calamidad nacional rara vez se analiza. Las fuerzas que auspiciaron la catástrofe (el capitalismo médico, la mecanización agrícola e industrial y la urbanización) siguen teniendo un carácter central para la promesa de la globalización desde la década de 1980. Una investigación de las contradicciones que encauzaron y socavaron el proyecto nacional mexicano resulta esencial.[50]

Si una despoblación determinada por las enfermedades dio forma al papel desempeñado por las comunidades del corazón en los orígenes del capitalismo de la plata, facilitando las autonomías que apreciaban y lucharon por proteger, el crecimiento poblacional explosivo que comenzó en la década de 1940 dictó el colapso de las autonomías en el núcleo desde la década de 1960 y en todo México para la década de 1980. ¿Qué ocasionó este incremento? La distribución de tierras que inició en la década de 1920 permitió que las familias alimentaran mejor a sus hijos; éstos trabajaron para incrementar la producción de las nuevas tierras. Gracias a la alimentación mejorada de las familias, la población creció, lo que explica las modestas expansiones demográficas rurales hasta la década de 1940. Entonces dio inicio algo radicalmente distinto. Después de que la población mexicana, que en su mayoría seguía siendo rural, creciera de 15 millones a 20 millones de 1920 a 1940, dio un salto a 35 millones para 1960, a 67 millones para 1980 y a casi 100 millones para el año 2000: un incremento de cinco veces desde 1940 hasta finales del siglo.

Los programas de salud y agua potable del Estado y los sistemas de saneamiento contribuyeron a mejorar la salud y a prolongar las vidas. Aun así, la clave fue la rápida expansión de las inoculaciones y, en especial, de los antibióticos. La penicilina y otros medicamentos se perfeccionaron para mantener a los soldados con vida durante la segunda Guerra Mundial. Finalizada la guerra, una industria farmacéutica en expansión vio un potencial de ventas y ganancias en todo el mundo. En México, para finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1950, cada barrio, pueblito y aldea tenía una farmacia o una tienda que vendía antibióticos. Los padres recurrieron a medicamentos para detener las infecciones y mantener a sus hijos con vida, un triunfo feliz del capitalismo médico. Los hijos saludables trabajaban para sostener a familias con oportunidades limitadas; cuidaban a sus padres, que enfrentaban una más prolongada vejez. Sólo después de que quedó claro

[50] Sobre las concentraciones persistentes y en aceleración, el estudio clave es Thomas Piketty, *Le Capital au xxi^e siècle*, Éditions du Seuil, París, 2013; *Capital in the Twenty-First Century,* trad. Arthur Goldhammer, Harvard University Press, Cambridge, 2014 [*El capital en el siglo xxi,* trad. Eliane Cazenave-Tapie Isoard, colab. de Guillermina Cuevas, rev. de la trad. de José Carlos Hoyos, rev. técnica de la trad. de Gerardo Esquivel, 2a ed., FCE, México, 2015].

que la mayoría de los niños vivirían para convertirse en adultos saludables, los padres limitaron el número de hijos en la década de 1980, al tiempo que colapsaba la economía nacional. No obstante, para entonces, los números expandidos de adultos saludables estaban teniendo hijos. Las décadas de explosión poblacional dieron paso a un crecimiento poblacional continuo.[51]

Se celebraba a las familias saludables. La industrialización, ya en marcha en la década de 1940, prometía producción y empleo para sostener a un número creciente de habitantes. Sin embargo, la dependencia cada vez mayor de tecnologías que ahorraban trabajo e incrementaban la productividad (un bien para todos los capitalistas) hizo que las industrias elevaran muy lentamente el número de empleos, y los salarios en un grado aún menor. Los trabajadores industriales se convirtieron en un sector favorecido —tanto económica como políticamente—, pero ese favor tenía límites. Los profetas del desarrollo proclamaban que, con el tiempo, el crecimiento industrial generaría empleo para los mexicanos. La producción que ahorraba trabajo aseguró que ese momento nunca llegara.

Mientras México seguía anclado en las comunidades agrarias, el aumento de la productividad con empleos limitados que caracterizó a la industria generaba ganancias y productos de consumo; cada vez un número mayor de personas se mantenían a ellas mismas y al capitalismo nacional con la tierra.[52] La explosión demográfica rompió un equilibrio siempre tenue. Una "revolución verde" llegó a tiempo para alimentar a poblaciones urbanas que crecían como la espuma, pero su presumida capacidad de lograr cosechas cada vez mayores con cada vez menos manos alentó contradicciones que destruyeron las autonomías rurales y socavaron el capitalismo nacional.

El auge de la revolución verde en México se conoce bien. Tras la visita de Estado de Henry Wallace en 1940, un programa de investigación, con sede en la Escuela Nacional de Agricultura (ubicada en la vieja hacienda de Chapingo que aparece en la figura XI.1), se puso en marcha en 1943, con financiamiento de la Fundación Rockefeller y la dirección de destacados científicos agrícolas estadunidenses; el más famoso de éstos era Norman Borlaug, quien ganó el premio Nobel en 1970 por su trabajo. Ellos adaptaron para México el sistema de cultivo basado en semillas híbridas, fertilizantes químicos, herbi-

[51] Véanse William McNeill, *Plagues and People,* Doubleday, Nueva York, 1976 [*Plagas y pueblos,* trad. Homero Alcina Thevenet, Siglo XXI Editores, México, 1984]; Gary Gereffi, *The Pharmaceutical Industry and Dependency in the Third World,* Princeton University Press, Princeton, 1983 [*Industria farmacéutica y dependencia en el Tercer Mundo,* trad. Antonio Garst, FCE, México, 1986]; y Gabriela Soto Laveaga, *Jungle Laboratories. Mexican Peasants, National Projects, and the Making of the Pill,* Duke University Press, Durham, 2008 [*Laboratorios en la selva. Campesinos mexicanos, proyectos nacionales y la creación de la píldora anticonceptiva,* trad. Víctor Altamirano, FCE, México, 2020].

[52] El vínculo del sustento se pone de relieve en Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos,* CIESAS, México, 1980, y en Arturo Warman, *"We Come…", op. cit.;* y es el foco del capítulo XII del presente libro.

FIGURA XI.1. *Chapingo: hacienda histórica, escuela para los agrimensores a cargo de la reforma agraria, laboratorio de la revolución verde.*

cidas, pesticidas y máquinas que generaron grandes ganancias en productividad a un Medio Oeste estadunidense rico en tierras y escasamente poblado. Para que prosperara en el árido México, era esencial la irrigación, a fin de, literalmente, crear nuevas zonas agrícolas en una nación con pocas tierras. Para obtener ganancias —y la revolución verde era un capitalismo agrario—, las máquinas y los químicos debían desplazar a la mano de obra en un país con una población en aumento, desesperada por encontrar trabajo e ingresos. El proyecto se concentró primero en el trigo, un alimento básico urbano. La meta era alimentar a las ciudades y a los prósperos que las habitaban. Los planificadores del gobierno sabían que los campesinos y los beneficiarios de la reforma agraria, concentrados en el maíz, presentarían resistencia a un sistema que exigía crédito para comprar semillas y químicos, una irrigación con la que en pocas ocasiones contaban, tractores que no podían comprar y acceso a mercados dominados por otros.[53]

Mientras los científicos probaban semillas, herbicidas y pesticidas, el gobierno financió presas y proyectos de irrigación (la mayoría de ellos en el norte, lejos de las comunidades de la reforma agraria). La meta era favorecer a los "pequeños propietarios". No eran las viejas haciendas, que tenían miles de hectáreas, ni los campesinos y ejidatarios con parcelas de menos de 10 hectáreas (que se encogían con cada generación). Los productores elegidos cultivarían entre 50 y 100 hectáreas irrigadas. Podían obtener créditos, com-

[53] Hewitt de Alcántara, *Modernizing Mexican Agriculture…, op. cit.,* es el estudio clásico.

prar máquinas y aprovechar el cultivo científico para obtener ganancias y alimentar a las ciudades. En sus propios términos, el programa fue un éxito. Desde finales de la década de 1940, México tuvo dos sistemas agrícolas: uno en comunidades de pequeños propietarios que se afanaban por alimentar a sus familias, el segundo impulsado por productores comerciales que prosperaban al incrementar la producción (primero de trigo, luego de maíz y otros cultivos) para alimentar a las ciudades. En conjunto, mantuvieron la comida disponible y a precios bajos, subsidiando la industrialización. Para los profetas del capitalismo, era una revolución verde que valía la pena celebrar y esparcir por el mundo.

Los beneficios urbanos llegaron con costos sociales que golpearon primero a las comunidades rurales y luego reverberaron en los centros urbanos. Los químicos fundamentales para la productividad y las ganancias empezaron a envenenar a los consumidores; cuando *Primavera silenciosa* (1962) de Rachel Carson generó resistencia entre los consumidores en los Estados Unidos, los productores cambiaron a químicos que envenenaban principalmente a quienes trabajaban en el campo, al mismo tiempo que la mayoría de ellos se volvían mexicanos.[54] Los pocos que seguían trabajando en una agricultura mecanizada obtenían ganancias mínimas, pagadas por temporadas, y demasiado a menudo con costo para su salud. En una escala mayor, la revolución verde permitió a México reconstruir una agricultura capitalista próspera para alimentar a sus ciudades, que empleaba a cada vez menos personas (algo positivo, si se considera el veneno utilizado). Mientras las ganancias en la productividad se celebraron, los impactos venenosos en la tierra y el agua, en los consumidores y los trabajadores de los campos se abordaron lentamente. El desplazamiento de la mano de obra cuando la población aumentaba obligó a las familias a migrar; la mayoría lo hicieron a ciudades mexicanas durante la década de 1960, cada vez más a los Estados Unidos a partir de la década de 1970.[55]

La revolución verde generó un aumento en la producción, al tiempo que minimizó el trabajo en la nueva agricultura capitalista; las comunidades antiguas y los beneficiarios de la reforma agraria se enfrentaron a un crecimiento de la población con tierras limitadas. Las propiedades familiares se dividieron en parcelas cada vez más pequeñas, frecuentemente erosionadas por el cultivo constante en una búsqueda desesperada de sustento. Los fertilizantes y otros químicos se volvieron esenciales para el cultivo de maíz; no obstante, había que comprarlos, lo que forzaba a una dependencia de los créditos y de las ventas de cosechas ya limitadas. La explosión poblacional, la erosión y la dependencia del mercado obligaron a cada vez más personas a dejar las tierras en las viejas comunidades y a unirse a los flujos de migran-

[54] Angus Wright, *The Death of Ramón González. The Modern Agricultural Dilemma,* ed. rev., University of Texas Press, Austin, 2005, ofrece un análisis esencial de esa transición.

[55] Haber *et al., Mexico…, op. cit.,* p. 80. fig. 3.8.

tes. Cuando la población nacional llegó a los 35 millones en 1960, la ciudad de México había crecido hasta llegar a los cinco millones; cuando la nación llegó a los 67 millones en 1980, la metrópolis excedía los 13 millones.

Con todo, las ciudades que buscaban una industrialización ahorradora de trabajo no podían comenzar a emplear a la población rural que la explosión poblacional y la revolución verde habían "liberado" de trabajar. El trabajo en la capital se concentró en la construcción de un nuevo centro y en la propagación de barrios de desesperación. Mucho de ese trabajo recibía pagos mínimos y con demasiada frecuencia era informal y no estaba pagado, pues los migrantes construían sus propios barrios. Un "milagro mexicano" alimentado por una "revolución verde" en un momento de explosión poblacional propició contradicciones cada vez más profundas. La producción y la productividad —industrial y agrícola— se elevaron como la espuma; el empleo y los ingresos se rezagaron, incapaces de mantener a una población en crecimiento que se concentraba en las ciudades. Las concentraciones del poder y las ganancias, las polaridades cada vez más profundas y la propagación de las marginalidades —rurales y urbanas— marcaron a México después de 1950.

Los poderes que sostenían la producción y las ganancias, la pobreza y las exclusiones, subyacían a crecientes conflictos políticos, crisis económicas en serie y flujos de migrantes que buscaban nuevas vidas. En el corazón, el movimiento liderado por Rubén Jaramillo en las décadas de 1940 y 1950 reclamó la estafeta del zapatismo, exigiendo mejores condiciones para los cultivadores de caña y los trabajadores de las refinerías en la fábrica cooperativa gubernamental de Zacatepec. Jaramillo fue asesinado en 1962.[56] Asimismo, en la década de 1950 los trabajadores de ferrocarriles en busca de sindicatos independientes se organizaron, asestaron su golpe y enfrentaron la represión.[57] Las clases medias que crecían con la urbanización debieron hacer frente a frustraciones políticas que culminaron con las protestas estudiantiles y la mortífera represión de 1968.[58] Los bloqueos políticos dieron lugar a luchas guerrilleras lideradas por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero, apenas al sur del núcleo a finales de la década de 1960 y durante la de 1970, lo que condujo a la muerte de ambos líderes.[59]

[56] Tanalís Padilla, *Rural Resistance in the Land of Zapata. The Jaramillista Movement and the Myth of the Pax Priista, 1940-1960,* Duke University Press, Durham, 2008 [*Después de Zapata. El movimiento jaramillista y los orígenes de la guerrilla en México,* trad. Lucía Reyes, Akal, México, 2015], y Gladys McCormick, *The Logic of Compromise in Mexico. How the Countryside Was Key to the Emergence of Authoritarianism,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2016, exploran esto desde diferentes perspectivas, como lo haré en el capítulo XII.

[57] Robert Alegre, *Railroad Radicals in Cold War Mexico. Gender, Class, and Memory,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2014.

[58] Coral, "The Mexico City…", *op. cit.;* y Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student Unrest and Authoritarian Political Culture during the Long Sixties,* Stanford University Press, Stanford, 2013.

[59] Alexander Aviña, *Specters of Revolution. Peasant Guerrillas in the Cold War Mexican Countryside,* Oxford University Press, Nueva York, 2014.

Los desafíos políticos en las ciudades y en el campo se mantuvieron durante la década de 1970; el régimen del PRI se adaptó, negoció y en ocasiones reprimió para seguir adelante. El compromiso con un capitalismo industrial que mezclaba la urbanización industrial y la mecanización agroindustrial también persistió, dando lugar a bonanzas y crisis que el régimen administró.[60] Existe un debate interminable en torno a si el régimen operó como un negociador brillante, hábil para mediar entre intereses opuestos, cooptando las fuerzas de oposición en servicio de los poderosos, o si cada vez era más coercitivo. Era ambas cosas: mediaba cuando podía, recurriendo a la represión cuando las herramientas políticas no lograban producir los resultados deseados. Era un gobierno priista promoviendo concentraciones capitalistas, beneficios limitados para los sectores medios urbanos y los obreros industriales favorecidos, y la aceptación de la marginalidad por muchas comunidades rurales moribundas y los bullentes barrios urbanos.[61]

Tras la crisis de 1968, que fue visible porque mató a cientos de estudiantes en la capital en vísperas de las Olimpiadas, los inicios de la década de 1970 atestiguron intentos de acelerar el desarrollo basados en más préstamos internacionales, en una rápida industrialización y mecanización rural, combinados ahora con la nueva educación, el servicio social y los gastos en infraestructura; a ello se sumó un intento por revivir la reforma agraria, todo lo anterior con la pátina de la retórica populista del presidente Luis Echeverría. Las deudas se elevaron a nuevas alturas; mientras muchos se beneficiaban, muchos más batallaban y cada vez más migrantes abandonaban el país. La imposibilidad del modelo del capitalismo nacional pareció clara cuando el embargo petrolero de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP; OPEC por sus siglas en inglés: Organization of Petroleum Exporting Countries) en 1973 trajo consigo un pico en los precios mundiales de energéticos que, por un tiempo, puso aún más presión sobre la vida de los mexicanos, permitiendo que luego se imaginara una solución.

Las nuevas perforaciones marinas prometían, una vez más, convertir a la nación en un importante exportador de petróleo. El capital internacional entró en oleadas a través de los bancos estadunidenses para financiar la exploración y la producción, con la meta de añadir suministros que no pertenecieran a la OPEP al mercado mundial y reducir los precios. Desde mediados de la década de 1970, cuantiosas deudas internacionales financiaron un auge de base amplia que hizo que muchos creyeran que el momento de México había llegado.

[60] Sobre la política posterior a 1968, véase Louise Walker, *Waking from the Dream. Mexico's Middle Class after 1968,* Stanford University Press, Stanford, 2013; sobre los desafíos económicos, véase Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.;* sobre la larga evolución del régimen priista, Medina, *Hacia el nuevo Estado, op. cit.,* sigue constituyendo una síntesis inmejorable.

[61] Middlebrook, *The Paradox…, op. cit.,* ofrece una historia de caso de largo plazo concentrada en el trabajo; para perspectivas diversas y más amplias, véanse los ensayos en Servín, Reina y Tutino (coords.), *Cycles of Conflict…, op. cit.*

A inicios de la década de 1980, el aumento de los flujos del nuevo petróleo, procedente de los campos del golfo de México y el Mar del Norte, europeo quebraron los precios mundiales. Los Estados Unidos y las naciones industriales se beneficiaron. México se enfrentó a deudas inmensas contraídas bajo la premisa de precios elevados, con la meta explícita de reducir los precios. Con ese éxito, México no pudo pagar. Los mercados globales del capital se cerraron para una nación que dependía del capital global. Esta década se convirtió en la gran depresión mexicana, una década perdida puntuada por el terremoto que devastó a la ciudad de México en 1985. El sueño del capitalismo nacional, cargado de contradicciones desde la década de 1950, se hizo insostenible —incluso imposible— en la década de 1980.

Un nuevo mundo globalizado, una nueva era del capitalismo, que se alzaba en todo el hemisferio norte desde la década de 1950, atrajo a México a su interior. La urbanización continuó; la industrialización se vino abajo y luego se dirigió a abastecer los mercados estadunidenses; el agrocapitalismo hizo lo mismo. El hincapié puesto en las tecnologías de producción y la integración que ahorraban trabajo se intensificó, mientras la población seguía creciendo. Esto puso a los mexicanos frente a un colapso de las autonomías rurales y a crecientes marginalidades urbanas, luchando por encontrar nuevas formas de vivir y dirigiéndose hacia los Estados Unidos en cantidades sin precedentes.[62]

La trayectoria de la economía mexicana durante la búsqueda del capitalismo nacional se ilustra de formas reveladoras con los énfasis cambiantes en la producción. En 1921, la economía rural (que incluía el cultivo, el ganado y la silvicultura) seguía siendo el sector más grande, pues excedía el 22% del PIB; el auge de las exportaciones petroleras estaba al frente de un sector (incluida la minería) que excedía el 12%; la industria (incluidas la manufactura, la construcción y la electricidad) se mantenía en 11%, mientras que el comercio que integraba todo apenas superaba el 30% —un nivel que mantendría hasta 1980—. Para la década de 1940, la economía rural había caído a 19%, el petróleo y otras extracciones a 5%, mientras que la industria casi se había duplicado hasta llegar a cerca del 20%. A lo largo de la década de 1950, la producción rural cayó a menos de 17%, la extracción se mantuvo cerca de 5%, en tanto la industria se elevó a 24%. En 1971, cuando la crisis política alimentaba un nuevo populismo, la economía rural no ocupaba sino un 12%, la extracción sólo 2.5%, mientras que la industria se acercaba al 30%. En 1981 (mientras el segundo auge petrolero de México se iba de bruces), la producción rural cayó por debajo del 9%; la extracción, incluido el petróleo,

[62] La década de 1970 y la promesa de petróleo, el crecimiento estratosférico de la deuda y el colapso en la década de 1980 se analizan de forma apta en Haber *et al.*, *Mexico...*, *op. cit.*, que se concentra en las cimas del poder. Los números de migrantes se encuentran en la p. 80, fig. 3.8.

se había elevado a apenas 3.5%, y la industria había crecido 32%, cerca de un tercio de la economía nacional.[63]

Durante seis décadas de transformaciones difíciles, México se había convertido en un país industrial. La industria era por mucho el sector productivo dominante. La agricultura se redujo radicalmente y se volvió industrial, es decir, mecanizada y químicamente dependiente. A ambas las definía una creciente productividad —a la agricultura por la desaparición del empleo con el aumento galopante de la población, lo que dejó cada vez a más personas viviendo de sectores comerciales y de servicios, a los que daban perfil la informalidad, las ganancias marginales y las incertidumbres interminables—. La búsqueda de México de un capitalismo nacional trajo consigo ganancias

FIGURA XI.2. *El poder global en la ciudad de México: la Bolsa de Valores en el Paseo de la Reforma.*

[63] Cárdenas Sánchez, *El largo curso…, op. cit.,* pp. 401, 510, 557 y 611, figs. VI.17, IX.2, IX.15 y véase X.5.

para los capitalistas, comodidad para los sectores medios y ganancias seguras para minorías de obreros favorecidos. El país y su creciente población fueron llevados a vidas dependientes del mercado y de las máquinas; cuando el capitalismo nacional se desmoronó en la década de 1980, una nueva globalización puso coto a la producción, el trabajo y los ingresos, volviendo a los mexicanos dependientes de los capitalistas globales para encontrar medios de subsistencia. La Bolsa de Valores (que aparece en la figura XI.2), dispuesta cerca de la embajada de los Estados Unidos en el gran Paseo de la Reforma, se convirtió en el símbolo y el centro del poder, mientras los mexicanos enfrentaban un nuevo mundo de neoliberalismo globalizador.

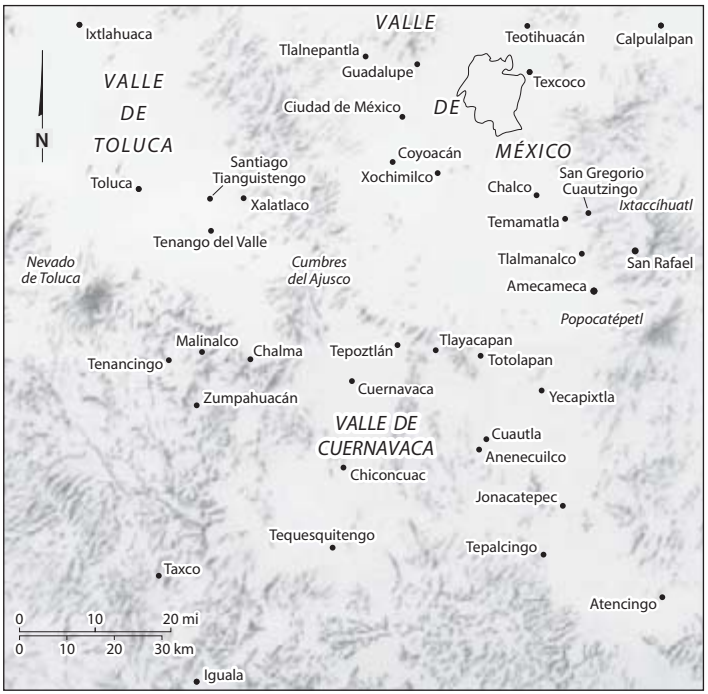
La gente del corazón vivió las décadas de capitalismo nacional y el giro hacia la globalización en formas locales diversas. Comunidades rurales que otrora fueron revolucionarias obtuvieron tierras y lucharon por reconstruir las autonomías mientras la industrialización se expandía, sólo para ver cómo los sueños de independencia, deslustrados desde hacía mucho, se desvanecían conforme se multiplicaba la población. Los desplazados huyeron a la ciudad de México en busca de nuevas vidas, hacia una metrópolis que concentraba las ganancias y limitaba el empleo, ofreciendo comodidad y servicios a algunos, y sólo marginalidad a la mayoría. La gente, atrapada en la dependencia y la inseguridad, tuvo que sortear el vuelco hacia la globalización en la década de 1980, la incorporación al TLCAN en la década de 1990 y la apertura electoral celebrada como democratización en el año 2000. Persiste el cuadro de unas vidas definidas por las ganancias para unos cuantos, la prosperidad para unos cuantos más, la inseguridad para la mayoría y las exclusiones para demasiados. Las autonomías han desaparecido. Los poderes construidos sobre las dependencias rigen un nuevo centro urbano. 061.66

XII. DESPUÉS DE ZAPATA: LAS COMUNIDADES CON EL CAPITALISMO NACIONAL A CUESTAS, 1920-1980

Los hombres que lucharon al lado de Zapata durante la década posterior a 1910 arriesgaron todo —vida, familia y comunidad— con la esperanza desesperada de reclamar la tierra y reconstruir familias y comunidades cimentadas en formas patriarcales de provisión. Las mujeres de Morelos y de las comunidades cercanas experimentaron años de miedo y dislocación, privación física y depredación sexual. Cuando terminó el conflicto con el asesinato de Zapata en 1919 y la alianza con Obregón en 1920, la gente se encontró con una región quebrantada por la guerra y reducida a la mitad por la despoblación, causada por la muerte, la enfermedad y las partidas. Independientemente de cuán nobles fueran las metas de muchos, la guerra social en una época de tecnología industrial-militar demostró ser profundamente destructiva.

Las décadas siguientes comenzaron con promesas de una reforma agraria, en la que los zapatistas pusieron sus esperanzas de restauración de las autonomías. La tierra no llegó con restauraciones de derechos ancestrales sino como regalos de un régimen que buscaba dominar y limitar las autonomías. Las distribuciones de tierra para pacificar las comunidades rurales y consolidar el poder del régimen comenzaron con el gobierno de Obregón y se concentraron en Morelos en los primeros años de la década de 1920. Culminaron a nivel nacional en la década de 1930 bajo la presidencia de Cárdenas, quien promovió un capitalismo agrario que impelía a las comunidades a centrarse en la producción mercantil. Los aldeanos de Morelos fueron testigos del crecimiento poblacional, de la escalada de los conflictos y de la corrosión de las autonomías. Para la década de 1970, el único remanente de sus aspiraciones revolucionarias era el mito zapatista que el régimen usaba para ocultar la concentración capitalista y la exclusión política.

Morelos fue el corazón de la revolución comunitaria después de 1910, el centro del impulso hacia autonomías agrarias y el foco del ataque destructivo de los forasteros. Fue la primera región en obtener una reforma agraria exhaustiva y en enfrentar los conflictos políticos que generó. Las comunidades de Morelos también se contaron entre las primeras en experimentar una mezcla de explosión poblacional, escasez de tierras, cultivo químico y una comercialización que acabaría con las autonomías hacia la década de 1970. Los habitantes de Morelos estuvieron al frente del corazón y del país en una historia del siglo xx que comenzó con una revolución que exigía autonomías y culminó con su destrucción final cuando México y el mundo abrazaron la globalización. Es una historia que vale la pena conocer.



MAPA XII.1. *El corazón zapatista después de la revolución*

Ésta puede explorarse a profundidad y con detalle gracias a una confluencia de fuentes excepcionales. Precisamente a causa de los sueños promovidos por los levantamientos zapatistas y las dificultades posteriores, las comunidades de Morelos estuvieron en el foco de estudios de antropólogos destacados desde la década de 1920 hasta la de 1980; estos trabajos detallan la producción, la política, las relaciones sociales y la cultura religiosa de diversas maneras. La mayoría de ellos se acogían a perspectivas históricas (sin duda debido al peso de la historia sobre los habitantes de Morelos). Para un historiador que busca entender la trayectoria de un siglo XX espinoso y transformativo, se trata de fuentes excepcionales. Los autores reportan sus experiencias y observaciones, en ocasiones con el apoyo de materiales cuantitativos y frecuentemente ilustradas con las voces de los habitantes locales, hombres y mujeres. Como con cualquier otra fuente, en los estudios de los antropólogos y las personas a las que registraron uno debe involucrarse de forma crítica. Todos dan cuenta del momento en que vivieron, los problemas que abordaron y sus perspectivas propias. Aun así, ofrecen ventanas excepcionales a comunidades previamente revolucionarias que vivieron décadas de cambio.

Autonomías divisivas: la reforma agraria y la política local en la década de 1920

Mientras los zapatistas luchaban contra terratenientes y ejércitos externos, desde 1913 hasta 1915 las comunidades se hicieron de ricas tierras bajas para cultivar maíz. Cuando las tropas constitucionalistas llegaron en oleadas a invadir, a partir de 1916, los habitantes de las aldeas huyeron de esas tierras hacia los altos, donde muchos sobrevivieron gracias al tlacalol, un cultivo difícil pero productivo de tala y quema. Las muertes, las dislocaciones y las desviaciones revolucionarias llegaron seguidas de la "pacificación" constitucionalista y de la influenza "española" de 1918. Para 1920, la población de Morelos casi se había reducido a la mitad.

Cuando los líderes zapatistas supervivientes se aliaron con Obregón para terminar con el conflicto armado y unirse al régimen, las autonomías afianzadas en la tierra fueron reales para muchos de los que sobrevivieron. Obregón nombró a Antonio Soto y Gama, un ex secretario de Zapata, para que administrara los programas agrarios, entendiendo que para mantener la paz y establecer el poder del régimen en Morelos, tenía que distribuir derechos a las tierras que la gente ya estaba labrando. A partir de 1921 produjeron peticiones; para 1923 habían aprobado la mayoría como cesiones preliminares; fue hasta 1929 que la mayoría se volvieron definitivas por decreto presidencial. Una diferencia clave separaba a los peticionarios de los reformistas. Los habitantes de las aldeas buscaban que se les restituyeran tierras, que se reconocieran sus derechos ancestrales. Los reformistas, al darse cuenta de la complejidad de los antiguos títulos y los conflictos entre los solicitantes, insistieron en hacer nuevas cesiones.

Esa decisión aceleró las cesiones preliminares que sancionaban el uso inmediato. También politizó los derechos agrarios. En las repúblicas indígenas que organizaban las comunidades bajo el régimen español, la república política mantenía el dominio sobre toda la tierra, lo que creó un dominio político terrateniente unitario que podía lidiar con conflictos al interior y desafíos provenientes del exterior. Las reformas liberales que culminaron con la Constitución de 1857 —implementada por Juárez y Díaz después de 1868— rompieron el vínculo entre la gobernanza local y la tenencia de tierras, mientras las privatizaban y las concentraban. Las comunidades revolucionarias soñaron con reunir las autonomías políticas y agrarias locales. En la década de 1920, un régimen que decía ser revolucionario insistía en que las cesiones ejidales se entregaran a través de comités locales distintos de las autoridades municipales y dependientes de los poderes nacionales. La política local y los derechos agrarios comunales se separaron formalmente. Conflictos interminables fracturaron a las comunidades a medida que ganaban tierras.

A pesar de los pactos que colocaron en altos cargos a los ex líderes zapatistas Gildardo Magaña, Genovevo de la O y Antonio Díaz Soto y Gama, los zapatistas locales solían ser bloqueados de cargos municipales. Los comités que solicitaban tierras estaban separados de los poderes municipales y se basaban en facciones locales. En Tepoztlán, llegó una solicitud de residentes exiliados en la ciudad de México. Conforme quedó claro que la obtención de tierras dependía del acceso a los funcionarios de la capital, las frustraciones aumentaron. Arturo Warman, un antropólogo mexicano que completó una investigación histórica y entrevistas extensas en el este de Morelos a inicios de la década de 1970, llegaba a la siguiente conclusión: "La Ley Agraria de 1915 y la Constitución de 1917" eran "trucos demagógicos baratos". Para la década de 1920, a los campesinos de Morelos les quedaba claro que "todo se había perdido […] el nuevo régimen era una reencarnación feroz del Porfiriato".[1]

Aun así, los campesinos que se enfrentaban a las nuevas autoridades tomaron las tierras como pudieron y se abocaron a cultivar maíz para el sustento. Como los antiguos molinos de azúcar estaban destruidos, las tierras de todo Morelos —antiguos campos de caña irrigados en las tierras bajas, tierras de secano en las zonas templadas, y también los frescos altos— se sembraron con maíz. Los campesinos alimentaban primero a sus familias y luego vendían los excedentes de maíz y otros cultivos sólo como complementos. El vuelco hacia ese grano y la autonomía fue posible gracias a la revolución, la reforma agraria y la pequeña población de sobrevivientes, a la que lentamente se unieron algunos que habían huido —y ahora regresaban— y recién llegados.

A lo largo de la década de 1920, las autonomías agrarias sostuvieron a familias y comunidades en todo Morelos. Aun así, no era fácil obtenerlas o conservarlas. Pedro y Esperanza Martínez vivieron esa década dentro y fuera de Tepoztlán. Recordaban las luchas que marcaron una reforma agraria politizada: Pedro había experimentado la carencia de tierras y el derrumbe de las formas patriarcales familiares antes de 1910; se unió a Zapata de 1914 a 1916, huyó para escapar de la represión constitucionalista y regresó en 1919, sólo para encontrar a Tepoztlán en ruinas. La buena noticia: "Ya no había caciques. Todos se habían ido a […] la ciudad de México". La mala noticia es que no había trabajo ni dinero. "Entonces nos enteramos de que Obregón se había vuelto zapatista […] Después de eso, las cosas empezaron a cambiar." Pedro y otros se fueron a los montes, ahora abiertos a todos, para sembrar tlacolol y hacer carbón que vendían localmente y en la ciudad. Los caciques regresaron a intentar apoderarse del negocio, trayendo consigo a hombres

[1] Arturo Warman, *"We Come to Object": The Peasants of Morelos and the National State,* trad. Stephen Ault, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1980, p. 133 [… *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional,* INAH, México, 1976; Casa Chata, México, 1978].

de Toluca. Los rechazaron. Pedro fue elegido líder del barrio. Hombres a los que se calificaba de bolcheviques comenzaron a organizar a los fabricantes de carbón, incluyendo a Pedro: "Fui a plantar maíz a la colina. También trabajaba como labrador para otros". Nadie podía pagar, así que tomaba una parte de la cosecha.[2]

Pedro también señala:

> [Sembré] la milpa del santo. Pusieron esa tierra a nombre de mi padrastro, pero le pertenecía al santo del barrio. Mi padrastro la obtuvo del barrio; se la confiaron porque ya no se permitía que los santos tuvieran tierras. Después, la pasaron a mi nombre y pagué el impuesto per cápita […] pero en realidad era del santo. A partir de 1919, sembré la milpa del santo para comprar lo que necesitara la capilla. Los otros en el barrio cooperaban. Los que tenían dinero compraban las ropas, otros limpiaban el cementerio o trabajaban en la milpa, o decoraban la capilla y el cementerio en época de fiestas; todos trabajaban para el santo.[3]

A principios de la década de 1920, con los caciques fuera y los locales a cargo, Pedro y sus vecinos volvieron a sembrar maíz para mantener a sus familias, a los santos y las fiestas de la comunidad.

Tras años de cultivar sin interferencia, "la Reforma Agraria llegó en 1925". El gobierno envió a dos "muchachos", sin duda estudiantes de agronomía llenos de ideales, para medir las haciendas locales y distribuir tierras entre los campesinos. Pedro recibió una hectárea y empezó a sembrar. Finalmente, podía hacer maíz sin tener que subir caminando los intrincados cerros; pero hombres vinculados con la CROM y con Calles habían organizado a los productores de carbón locales. Pedro buscaba hacer carbón y sembrar su nueva parcela ejidal; la CROM se opuso a los agraristas (en la política nacional y en la vida local). Los agrónomos fueron asesinados, seguido por una "masacre en la plaza". Pedro huyó a Yautepec y luego a la ciudad de México, donde sobrevivió vendiendo fruta. La política de la reforma abrió oportunidades para cultivar maíz y hacer carbón, excluyendo a Pedro de ambas.[4] Esperanza cuenta: "No me gusta la política. Sólo sirve para juntar a un montón de ladrones que se roban todo". Sobre la vida en la ciudad: "Me gustaba mucho la ciudad de México, con sus coches y tranvías; lo que no me gustaba era que todo cuesta dinero".[5]

Mientras Pedro y Esperanza se las arreglaron en la ciudad, nuevos conflictos surgieron en el sur del Valle de Toluca. Tenancingo se había mantenido leal a las fuerzas del gobierno: Díaz, Huerta, Carranza y los constitucionalistas; pero las comunidades de las afueras habían recibido a los zapatistas,

[2] PML, pp. 120-144.
[3] PML, p. 186.
[4] PML, pp. 147-151.
[5] PML, pp. 157 y 172.

tomado tierras y adorado al Cristo de Chalma. Mujeres de la localidad fueron arrestadas hasta 1918 por abastecer a los rebeldes. Siguieron manteniendo a las comunidades en la década de 1920. En Xalatlaco, Victoria Nava Carmona recordaba: "Una vez que regresamos al pueblo, las mujeres empezamos a ir a México a vender. Mucho ayudamos a levantar el pueblo". Teodora Salazar recordaba cargar jarras de pulque hasta Tenango del Valle y cambiarlas por pescado y carne que regresaba al pueblo. Los hombres cultivaban maíz y cortaban leña, transportando ambos para venderlos en Morelos y en la ciudad de México.[6] Una economía del sustento y el comercio creció en esa comunidad que antes fuera zapatista.

La gente también recordaba a un bandido local, Rafael Galicia, como un respetado Robin Hood. Todos sabían que robaba ganado y otras cosas en las afueras de Xalatlaco, pero nunca en la localidad, donde lo respetaban por contratar jóvenes. Se decía que la madre viuda de Galicia dominaba el rancho elevado que concentraba sus actividades.[7] Las luchas por reconstruir las autonomías patriarcales en la década de 1920 llegaron con verdaderas aperturas para las mujeres. La misma década trajo consigo a un nuevo sacerdote, nacido en la región, educado en Roma durante la revolución, quien fue enviado a Xalatlaco para purificar el culto y contribuir al desarrollo local. En la memoria de la localidad era tan respetado como el bandido Galicia, a pesar de haber metido a algunos en los conflictos cristeros de finales de la década de 1920.[8]

Aquellos conflictos demostraron ser intensos en los alrededores de Tenancingo. Las familias prósperas que vivían en el pueblo y se concentraban en el culto sacramental habían peleado después de 1911 por contener a los campesinos rebeldes, devotos del Cristo de Chalma. De 1927 a 1929, las facciones se aliaron en un levantamiento para defender a la Iglesia y las autonomías religiosas contra las intrusiones de Calles. Los revolucionarios zapatistas y los rebeldes cristeros defendieron autonomías: los primeros, concentrados en las tierras; los últimos, en la religión. Las épocas y las amenazas podían cambiar; el celo por la autonomía mantenía su fuerza. El régimen pacificó a los cristeros acabando con las restricciones impuestas al culto público; después distribuyó ejidos en torno a Tenancingo, materializando tierras que prometían autonomías y una política que resultó ser divisiva.[9]

Cuando Pedro y Esperanza regresaron a Tepoztlán en 1929, Pedro había perdido su tierra ejidal. "Ya se la habían dado a alguien más." Volvió a sembrar tlacalol en las montañas, a recolectar fruta y a hacer pulque. La familia comía; Pedro también vendía un poco. Convirtió en su causa la defensa de

[6] MCX, pp. 125-128 (cita p. 125).

[7] MCX, pp. 129-132.

[8] MCX, pp. 132-141.

[9] Pablo Castro Domingo, *Chayotes, burros y machetes,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2003, pp. 121-178, 207-229 y 243-261.

los montes, de las colinas aún abiertas para el uso comunitario.[10] Estuvo al frente de los tlacololeros (hombres sin ejidos que plantaban en las laderas) hasta que en la década de 1930 llegó el Servicio Forestal para salvar bosques que reclamó a fin de que formaran parte de un parque nacional. Para sembrar maíz o hacer carbón, los aldeanos necesitaban un permiso de los funcionarios nacionales. Inicialmente, muchos obtuvieron permisos; luego llegó la orden de "no más tala".[11] Pedro descubrió que un régimen que prometía restaurar las autonomías podía quitarlas mediante una política concentrada en el poder nacional.

Aun así, entre los conflictos provocados por la política de construcción de Estado, muchos en Morelos cumplieron metas esenciales en la década de 1920 y en buena parte de la de 1930. Warman capturó recuerdos reveladores: "La tierra y el maíz, concebidos como una sola unidad, eran capaces de servir de apoyo a la persistencia autónoma de la unidad familiar campesina". En conjunto, "permitían la realización parcial y modesta del ideal por el que los campesinos tanto habían peleado: la posibilidad de producir y sobrevivir de manera independiente".[12] Entre las luchas politizadas, muchos encontraron autonomías en las décadas posrevolucionarias.

Nuevas presiones: población, política y comercialización, 1930-1950

En la mayor parte de México, la década de 1930 trajo consigo la aceleración cardenista de la reforma agraria en busca de la construcción del régimen. En Morelos, donde la reforma agraria se había completado en fechas previas, la década supuso nuevas presiones poblacionales, la construcción del régimen y la comercialización; procesos que continuaron durante la década de 1940, mientras la nación forcejeaba con las oportunidades y los límites que vinieron con la segunda Guerra Mundial. Las tendencias amplias son claras: la población del estado cayó de 180 000 a apenas un poco más de 100 000 en la década de la revolución. Para 1929, el régimen había distribuido cerca de 200 000 hectáreas, 40% de la tierra; las haciendas estaban destruidas. Para 1940, la población de Morelos había aumentado a 180 000 personas, incluidos 40 000 recién llegados que vieron oportunidades en la tierra de la reforma agraria.[13] Y, gracias a la mejora de la nutrición, la reforma agraria dio lugar a un crecimiento poblacional que tensó la capacidad de las tierras obtenidas en la reforma para sostener a las familias en expansión.

Los campesinos consumían primero su maíz y otros productos agrícolas, y enviaban los excedentes, cada vez menores, a los mercados de la ciudad. El

[10] PML, pp. 181-182.
[11] PML, pp. 233 y 261.
[12] Warman, *"We Come to Object"…, op. cit.,* p. 161.
[13] *Ibid.,* pp. 136, 146, 157 y 186.

régimen vio un fracaso en puertas; sus agentes pugnaron por proyectos comerciales. En 1937 los funcionarios observaron que las comunidades debajo de Xalatlaco necesitaban agua para beber y para la irrigación. Sin hacer ninguna consulta, comenzaron a desviar los abundantes flujos de los manantiales de Xalatlaco hacia las comunidades que estaban a sus pies. Los habitantes de Xalatlaco lo consideraron un ataque contra sus autonomías y ocuparon la plaza; varios soldados murieron en una confrontación armada. María Trinidad Reyes Lara recuerda: "Fue un domingo, cuando de repente fue a violentarse la gente, esto fue por la cosa del agua que se querían llevar, y los del pueblo no los dejaban, sobre todo las mujeres. De estas la encabezada era [...] Juana Reyes. Era la que se ponía al brinco, se ponía al frente, no quería que se llevaran el agua, no los dejaba". Los soldados murieron, pero llegaron más. Xalatlaco tuvo que enviar agua a las comunidades de abajo; a cambio obtuvo pequeños pagos para su erario.[14] Las mujeres se mantuvieron firmes en la defensa de las autonomías, mientras éstas declinaban en manos de los proyectos estatales.

En Morelos, en la década de 1930, los agentes del Estado presionaron a los ejidatarios con tierras irrigadas antes destinadas a la caña para sembrar arroz: un cultivo que se consumía principalmente en la capital. Exigía mucho trabajo y cuidado para obtener dinero de los comerciantes locales, quienes lo vendían en la ciudad. La búsqueda de dinero creó una dependencia de los comerciantes y los mercados. Así, aquellos que poseían pequeñas parcelas en los fondos y en los templados altos comenzaron a plantar arroz en los primeros, maíz en los últimos, con la esperanza de alimentar a sus familias y prosperar.[15]

A finales de la década de 1930, Cárdenas decidió que era momento de traer de vuelta la caña: un claro indicio de que sus metas no eran las mismas que las de la mayoría de los campesinos. Ningún molino de las haciendas había operado en la década de 1920; en la de 1930 unos cuantos batallaron para revivir y dependían de la caña cultivada por los ejidatarios en los fondos irrigados. La molienda exigía maquinaria y grandes cosechas para generar ganancias, además de un núcleo de trabajadores calificados, complementados de manera estacional por una muchedumbre de trabajadores destinados a la cosecha. Cárdenas quería revivir el azúcar con un molino que el gobierno construyó en Zacatepec, al que presentó como una cooperativa ejidal, pero operaba como una empresa del Estado.

Construido entre 1935 y 1938, durante los años "radicales" del cardenismo, el nuevo molino buscaba hacer azúcar a partir de caña cultivada en 32 ejidos, con 19 000 pequeños productores que poseían 13 hectáreas de tierras irrigadas. La mayoría plantaría menos de una hectárea de caña. El molino emplearía a 400 trabajadores permanentes, siendo los calificados reclutados

[14] Castro Domingo, *Chayotes…, op. cit.,* pp. 141-142.
[15] Warman, *"We Come to Object"…, op. cit.,* pp. 184-185.

FIGURA XII.1. *El molino de azúcar de Zacatepec: honrando a Zapata, destruyendo su legado.*

de fuera, mientras otros serían contratados localmente para el trabajo pesado. Bajo la asesoría de un consejo de ejidatarios, el molino comenzó a producir en 1938, con un administrador nombrado en la ciudad de México. La meta era maximizar la producción y vender azúcar al precio más bajo posible en la capital. La empresa usaría las últimas técnicas del capitalismo agroindustrial para cultivar caña con fertilizantes, herbicidas y pesticidas, y la refinaría con la maquinaria más eficiente (véase figura XII.1), ahorrando mano de obra y manteniendo los costos bajos: metas capitalistas, salvo por el mandato de vender a precios bajos.[16]

[16] Los detalles provienen de Tanalís Padilla, *Rural Resistance in the Land of Zapata. The Jaramillista Movement and the Myth of the Pax Priista, 1940-1960,* Duke University Press, Durham, 2008 [*Después de Zapata. El movimiento jaramillista y los orígenes de la guerrilla en México,* trad. Lucía Reyes, Akal, México, 2015]. Mi interpretación a escala amplia se apoya en esa obra y en Gladys McCormick, *The Logic of Compromise in Mexico. How the Countryside Was Key to the Emergence of Authoritarianism,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2016. Ambas tienen una investigación profunda y estudios detallados que se concentran en la política.

Una empresa capitalista con la orden de no generar ganancias vio una especulación interminable entre administradores, proveedores y otros que podían hacerlo. La legislación en contra de las ganancias no podía cambiar al capitalismo; podía volver disfuncional a la empresa, informada por conflictos internos. Los productores de los ejidos, celebrados como herederos de Zapata y dueños verdaderos (¿accionistas agrarios?) de la cooperativa, chirriaban bajo un sistema en que no tenían control alguno sobre la producción, se enfrentaban a costos mandados por el Estado y obtenían una paga mínima por su caña. Algunos consiguieron cargos administrativos, algunos más trabajaban en el molino, otros completaban lo que el molino pagaba por la caña trabajando a cambio de jornales en la siembra y la cosecha de los campos de los que eran "dueños". En tiempos de máxima demanda laboral, los campos de caña necesitaban muchos más trabajadores de los que estaban disponibles entre los ejidatarios, sus familias y las comunidades. Multitudes llegaban estacionalmente de Guerrero y Oaxaca, al sur, desde comunidades pobres, obteniendo jornales inferiores a los exigidos por los campesinos de Morelos.[17]

Ésa no era la visión de quienes habían peleado con Zapata, sin importar cuánto proclamaran los planificadores del régimen que lo era. Durante los años fundacionales, con Cárdenas como presidente, su toque político populista funcionó para obtener el apoyo de los ejidatarios que esperaban ganancias modestas y de otros que veían oportunidades de ganar ingresos. Es famoso cómo, inicialmente, Rubén Jaramillo apoyó el plan de Cárdenas para el molino y la participación ejidataria, para después convertirse en un opositor severo tanto del molino como del régimen.[18] Nacido de un padre minero en el Estado de México en 1900, llegó a Morelos en 1904 con una madre viuda y seis hermanos; luego se unió a Zapata en 1915. Honraba los ideales del movimiento, pero no pertenecía a las comunidades que lo sustentaban. Después del conflicto, se estableció en Tlaquiltenango, ubicado en los fondos, cultivó arroz y se convirtió en un pastor metodista; estudió la política del régimen y las visiones radicales de sus oponentes. Apoyó a Cárdenas cuando fundó el molino, con la meta de hacer que sirviera a los productores ejidatarios. A medida que la frustración crecía, se convirtió en un opositor en 1943.

El molino de Zacatepec no podía cumplir las metas de las comunidades de Zapata; Cárdenas buscaba llevar a los ejidatarios a cultivar caña para alimentar el molino y abastecer a los consumidores urbanos. Jaramillo colaboró

[17] Ese reclutamiento masivo de cañeros en Guerrero se enfatiza en Claudio Lomnitz-Adler, *Exits from the Labyrinth. Culture and Ideology in the Mexican National Space,* University of California Press, Berkeley, 1992 [*Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano,* trad. Cinna Lomnitz, J. Mortiz, México, 1995].

[18] Padilla, *Rural Resistance…, op. cit.,* se concentra en Jaramillo; McCormick, *The Logic…, op. cit.,* contextualiza su política.

hasta que vio que la promesa de prosperidad no era más que una fachada, las aseveraciones de que la cooperativa servía a los ejidatarios eran falsas, y los administradores y el régimen tomaban ganancias de sus tierras y sus trabajos, mientras ellos luchaban por sobrevivir.

Jaramillo rara vez defendió los derechos y las ganancias de los migrantes que llegaban de Guerrero a cortar caña. La cooperativa hizo que los productores de caña ejidal fueran pensionistas accionistas en un proyecto que les pagaba poco, pero exigía que pagaran a otros por romperse el lomo cortando caña. El movimiento no movilizó a los trabajadores estacionales, en parte porque sólo se presentaban temporalmente, en parte porque los intereses de los productores de caña y los de los cañeros se oponían. Para estos últimos, el molino de Zacatepec había revivido la hacienda porfiriana, con los ejidatarios añadidos para debatirse entre la administración y la mano de obra. El renacimiento posrevolucionario del azúcar en Zacatepec dio lugar a conflictos muy complejos. Nada promovía o posibilitaba las autonomías.

El viraje hacia el arroz en los fondos del este de Morelos y el regreso del azúcar en Zacatepec se combinaron para impulsar un distanciamiento de las autonomías en las tierras más productivas del corazón zapatista. Los créditos de las agencias estatales y los consejeros agrícolas promovían el arroz; el Estado construyó Zacatepec y ordenó el cultivo de caña a los ejidatarios que integraban la cooperativa. Algunos prosperaron un poco. Muchos seguían cultivando maíz en los altos para alimentar a sus familias. Unos cuantos preguntaron por qué no podían regresar al maíz; los administradores del molino no podían permitirlo. Al comenzar la década de 1940, la autonomía basada en el maíz estaba derrumbándose en los fondos; en 1942, fue aplastada una huelga de los trabajadores del molino y de los productores de caña en los ejidos. Jaramillo se alzó en armas en 1943. Habiendo ayudado a implementar la visión de Cárdenas de la reforma agraria vuelta hacia el capitalismo y viendo luego cómo marginaba a los productores y los trabajadores, se radicalizó. Con aliados, se movió entre la negociación y la resistencia durante décadas. Obtuvieron poco más allá de fama y frustración, hasta que a Jaramillo fue asesinado en 1962. Sus esfuerzos y su muerte revelaban un dilema conspicuo: cómo negociar ganancias o participar activamente en la oposición en comunidades privadas de autonomías mientras el capitalismo nacional se afianzaba y el régimen que lo promovía consolidaba su poder.

Sin embargo, no todo estaba perdido en las comunidades morelenses. Lejos de las tierras bajas, los campesinos conservaban sus autonomías. La vida en Tepoztlán, que Oscar Lewis detalló entre 1943 y 1948, da cuenta de la fortaleza y los límites de esos esfuerzos. Justo al norte de los fondos, el pueblo y sus aldeas poseían una cantidad limitada de tierras abiertas al cultivo con arado y zonas más grandes para el tlacolol, el pastoreo y la tala de madera en montes que se elevaban hacia la cordillera del Ajusco que separa a Morelos

de la capital.[19] Las tierras de cultivo del pueblo, que por mucho tiempo fueron dominio comunal, se habían privatizado a finales del siglo XIX y, como en todo Morelos, fueron testigos de concentraciones que favorecieron a los mercaderes que servían como intermediarios (rentaban tierras y reclutaban trabajadores para las haciendas azucareras). Los caciques habían usado el control del municipio para evitar el tlacolol en los cerros, lo que obligaba a los hombres a unirse a las cuadrillas de trabajadores que cortaban caña.

Durante la revolución, los caciques huyeron y muchos regresaron al tlacolol, como reportaron Pedro y Esperanza. En la década de 1920, con la población reducida a la mitad, una mezcla de parcelas privatizadas y altos abiertos posibilitaron que la mayoría accediera al sustento. La nueva política ayudó a los tepoztecos que vivían en la ciudad de México (sin incluir a Pedro) a obtener cesiones ejidales, que se confirmaron en 1929. La tierra de arado aumentó 200 hectáreas, los montes 2 000. No obstante, poco tiempo después de que los funcionarios agrarios confirmaran el ejido, las autoridades forestales ordenaron que se dejara de sembrar en los altos boscosos. Se cumpliría la conservación, se prohibiría el tlacolol, a menos que se tuviera un permiso. Una década de conflictos concluyó con marchas en la ciudad de México que consiguieron la apertura del acceso en 1938 (otro ejemplo del populismo de Cárdenas).

Mientras tanto, la población crecía. Las autoridades posrevolucionarias enviaron maestros que consideraban la alfabetización, la cultura nacional y la educación para la salud preocupaciones esenciales. Promovieron la higiene y las vacunas, que se unieron al acceso amplio al sustento y a tasas de mortandad que se redujeron en un tercio. La población se acercaba a los 4 000 habitantes antes de 1910, se redujo a 2 000 hacia 1920, se elevó a 3 200 para 1940 y excedió los 4 000 habitantes en 1947. Gracias a la atención médica y a una mejor nutrición, la tierra adecuada para proporcionar sustento en la década de 1920 cubría apenas la mitad en la década de 1940.[20]

Cuando Lewis y su equipo llegaron a mediados de la década de 1940, encontraron 833 familias que vivían en 662 hogares —la mayoría de ellas nucleares, unas cuantas extendidas—. Entre las 833 familias, 202 poseían parcelas privadas, 153 tenían tierras ejidales y 109 se beneficiaban de ambas. Lewis contó 384 familias, 46% del total no tenían tierras, ni privadas ni ejidales. La reforma había traído consigo nuevas áreas para sembrar y nuevas concentraciones al interior. Las encuestas mostraron que 36% de las familias con tierras tenían menos de una hectárea; 32% poseían entre una y cuatro hectáreas, mientras que 10% tenían 10 hectáreas o más. En la mayoría de las

[19] Esta sección sintetiza materiales incluidos en Oscar Lewis, *Life in a Mexican Village. Tepoztlán Restudied,* University of Illinois Press, Urbana, 1951, pp. xi-281, basados en investigaciones locales, entrevistas y encuentros personales; encuentro menos valor en el giro de Lewis hacia el análisis psicocultural, pp. 287-448.

[20] *Ibid.,* pp. 26-32.

propiedades, menos de la mitad era cultivable: el resto estaba abierto para la recolección o el pastoreo.[21] El acceso a los montes y al tlacolol se volvió aún más esencial conforme la población crecía.

Lewis observó que "la familia es la unidad cooperativa de producción" y que "la familia biológica busca ser independiente y autosuficiente". La autonomía familiar en un contexto comunitario seguía siendo la meta de los tepoztecos. Aquello que Lewis llamó unidad biológica seguía siendo un constructo patriarcal: los hombres "mantenían" a sus familias cultivando maíz y tomando recursos en los bosques; las mujeres "cuidaban" a las familias: preparando comidas, haciendo ropa, jardinería, vendiendo en el mercado y otras cosas. Ambos eran esenciales: los hombres insistían en que ellos proveían; las mujeres proporcionaban el cuidado necesario.[22]

Para que un hombre produjera maíz, chile y frijol, la dieta mexica(na) clásica, necesitaba tierras. Como cada vez menos tenían tierras de arado, una cantidad cada vez mayor dependía del tlacolol. Lewis descubrió (con aparente sorpresa) que, aunque a sus ojos parecía primitivo, el tlacolol era más productivo que el cultivo con arado. Después de cortar y quemar árboles y maleza, la ceniza era un fertilizante excepcional. En el primer año, la mayoría del tlacolol daba lugar a una producción mucho mayor de maíz que las tierras de cultivo (con abundante chile y frijol también). En el segundo año, la producción caía a aproximadamente la misma cantidad que los campos de arado, desplomándose luego. La tierra debía permanecer en barbecho entre seis y ocho años, lo que permitía que creciera nueva maleza, posibilitando que la tala, la quema y la siembra comenzaran una vez más.

El tlacolol era muy productivo cuando el cultivador tenía acceso a cuatro veces la tierra que necesitaba sembrar cada año. Requería poco capital más allá de un hacha, un machete y un azadón, pero mucho más trabajo que los campos de arado, donde los bueyes jalaban los arados de metal y empezaban a usarse fertilizantes. Éstos ayudaban a una producción con menos mano de obra, pero costaban dinero, por lo que exigían el acceso a créditos seguido de ventas en el mercado para pagarlos. El cultivo con arado obligaba a los hombres a depender del mercado; el tlacolol mantenía las autonomías, mientras la tierra fuera abundante. Con el crecimiento poblacional de la década de 1940, hombres y muchachos estaban listos para trabajar, pero las tierras se volvieron escasas. Los hombres talaban, quemaban y sembraban demasiado pronto; las producciones se vinieron abajo conforme la erosión corroyó la tierra, al igual que a las autonomías.[23]

El continuo crecimiento poblacional llevó a que la sobreutilización del tlacolol erosionara los montes; a la vez, un incremento de la dependencia de las tierras de arado llevó a las personas a los mercados; esto limitó las auto-

[21] *Ibid.,* pp. 118-123.
[22] *Ibid.,* p. 98.
[23] *Ibid.,* pp. 130-135.

nomías que Lewis reconociera como centrales para la vida en Tepoztlán. Cada vez en mayor grado, la comercialización trajo consigo una duplicación del costo de los bueyes y del precio del maíz desde la década de 1930 hasta mediados de la de 1940. Quienes compraban maíz para comer pagaban más, quienes rentaban bueyes para sembrar pagaban más; sólo quienes tenían maíz para vender ganaban más y eran una minoría. De las 14 000 cargas de maíz cosechadas en buenos años, sólo 1 000 se vendían. La escasez de tierra y de maíz se exacerbó con el colapso del carbón en la década de 1940. Durante décadas, hombres como Pedro habían cultivado los montes con una mezcla de tlacolol y quema de carbón; sin embargo, la expansión de la electricidad y la energía petrolera en la ciudad de México y Cuernavaca redujo los mercados del carbón, mejorando la calidad del aire en las ciudades, a la vez que socavaba las autonomías y los ingresos en Tepoztlán.[24]

Lewis reportó que un 5% de los tepoztecos eran prósperos, 15% subsistían y 80% eran pobres, incluido un 10% en verdad miserable.[25] La comercialización llevó a las concentraciones. En 1927, Robert Redfield reportó a menos de 70 personas que ganaban ingresos por actividades que no eran el cultivo ni la mano de obra. En 1944, Lewis contó 273, la mayoría hombres, aunque había cinco mujeres comerciantes, 10 maestras, nueve vendedoras de maíz y 23 curanderas. Entre los 273, 186 tenían tierras privadas o ejidales. A medida que comerciantes y maestros, carniceros y panaderos acumulaban tierras, los ingresos se concentraban mientras las autonomías se venían abajo.[26] Sumándose a las ganancias comerciales a la vez que ahorraban el trabajo de las mujeres, las máquinas de coser llegaron a los hogares prósperos, en tanto los molinos comenzaban a moler maíz para las mujeres que podían pagarlo.[27]

Lewis era menos perspicaz en relación con la política y la vida religiosa. Observó que la política volvía difícil la unidad y que una buena parte de los conflictos surgían de la necesidad de involucrarse con los poderes en la ciudad de México. Observó que una división clave contraponía a zapatistas y caciques, pues los últimos importaban la "revolución" desde la ciudad. Hombres vinculados al régimen y comprometidos con la comercialización de la vida hacían a un lado a aquellos que estaban comprometidos con la tierra, la comunidad y la autonomía.[28]

El antropólogo se esforzó arduamente por entender las formas religiosas locales. Observó que casi todos se identificaban como católicos, aunque pocos (la mayoría de ellos mujeres) asistían a misa. Más allá de los bautizos que daban a los recién nacidos la bienvenida a la comunidad, los sacramen-

[24] *Ibid.,* pp. 105, 162, 164 y 195.
[25] *Ibid.,* p. 174.
[26] *Ibid.,* p. 102, tabla 19.
[27] *Ibid.,* p. 99.
[28] *Ibid.,* p. 57.

tos se ignoraban, de igual forma que las normas de la Iglesia en torno al sexo antes y durante el matrimonio. Asimismo, observó, vagamente, la continuidad del cristianismo en la comunidad: todos eran bautizados; cada año las mujeres llevaban las semillas que sus esposos plantarían para que las bendijeran en la iglesia; los barrios seguían organizando fiestas que traían consigo la integración de la comunidad y buscaban la asistencia divina con las lluvias y las cosechas, las curaciones y la fertilidad.[29]

Lewis señaló que si bien no eran muchos quienes se casaban por la Iglesia o el Estado, la mayoría de las parejas permanecían juntas. Podía haber otras parejas, en especial entre los hombres, pero los hogares de la familia nuclear perduraban, aun si cualquier miembro de una pareja podía romper las uniones sin formalidades eclesiásticas o estatales.[30] Los crímenes, en particular los violentos, se mantuvieron constantes con el crecimiento poblacional, los conflictos políticos continuaban y las autonomías declinaban. En los seis años que se reportan entre 1920 y 1943, no se registraron más de dos homicidios al año.[31] A pesar de todos los desafíos enfrentados por los tepoztecos, la mezcla continua de cultivo con arado y tlacolol posibilitó la búsqueda de un sustento autónomo que hacía a la unidad familiar y la sociabilidad comunitaria elementos esenciales para la supervivencia. Las presiones poblacionales y las formas comerciales amenazaban a las autonomías, pero, antes de 1950, la familia, la comunidad y las fiestas religiosas con funciones de integración ocupaban el centro de la vida en Tepoztlán.

La lucha por sobrevivir en los fondos durante la década de 1950

La vida era radicalmente diferente en Chiconcuac, en las tierras bajas cercanas al molino de Zacatepec, donde Lola Romanucci llegó a vivir y estudiar a finales de la década de 1950.[32] Esa aldea no era una comunidad histórica que se hubiera conformado como una república indígena con derechos de tierra y de autogobierno. Antes de 1910 era un "real", el complejo residencial de la hacienda azucarera de Chiconcuac. Los residentes más viejos tenían una mezcla de ascendencias africana e indígena, lo que reflejaba los papeles históricos desempeñados por los africanos esclavizados en la fuerza laboral nuclear de la hacienda. Al comenzar la revolución, Chiconcuac se convirtió en un cuartel federal; después, los zapatistas tomaron el control. Muchas personas

[29] *Ibid.,* pp. 137, 261-278.

[30] *Ibid.,* p. 78.

[31] *Ibid.,* p. 227, tabla 53.

[32] En *Conflict, Violence, and Morality in a Mexican Village,* ed. rev., University of Chicago Press, Chicago, 1986, Lola Romanucci-Ross nunca menciona el nombre de la aldea; Lomnitz-Adler lo hace en *Exits…, op. cit.*, p. 126. Como lo ha demostrado esta historia en repetidas ocasiones, la ubicación importa.

de la localidad huyeron; quienes se quedaron recordaban conflictos severos y pocos héroes. Para 1920, la hacienda estaba devastada; sólo quedaban 250 residentes en 1928. Después de cultivar maíz por necesidad durante los años de la revolución, obtuvieron un pequeño ejido en 1924, sólo para ver cómo después se reubicaba una parte de la tierra a una comunidad cercana. Al final de la década de 1920, la hacienda tenía 90 hectáreas; el antiguo real tenía 120 (suficiente para una población pequeña en los ricos e irrigados fondos).[33]

Chiconcuac atrajo inmigrantes mientras los residentes sembraban maíz y más tarde añadían el arroz en busca de ganancias en los mercados de la ciudad. Entre los 800 residentes que había en 1960, sólo 119 adultos habían nacido en la aldea, 79 lo habían hecho en otra parte de Morelos, 151 en Guerrero, 41 en el Estado de México, 19 en otras partes.[34] Para obtener tierras era necesario tener contactos políticos; los caciques se elevaban y caían; los conflictos se propagaban, enfrentando con frecuencia a los residentes originales que descendían de los administradores de la hacienda contra quienes llegaron después de la revolución. Cuando Zacatepec abrió en 1938, se exigió a Chiconcuac que sembrara caña para el molino, un cultivo que el arroz seguía complementando. Para 1940 el cultivo de maíz prácticamente había desaparecido, de igual forma que cualquier remanente de autonomías. La aldea estaba atada al capitalismo agrario de Cárdenas.[35]

Además de los recién llegados que habían ido a vivir y trabajar, otros arribaron para experimentar la revolución prometida dentro del capitalismo. El famoso artista "revolucionario" Diego Rivera (quien pasó la década de conflictos en París) construyó un retiro al borde de Chiconcuac; descansaba entre personas que, según imaginaba, eran revolucionarios zapatistas y empleaba a algunos como sirvientes y jardineros. También llegaron maestros de escuela desde la ciudad, con la meta de conducir a la comunidad hacia un nuevo futuro. Enseñaban a leer y escribir, matemáticas básicas y una historia nacional heroica. Ayudaron a construir una nueva plaza central a finales de la década de 1930 (se muestra en la figura XII.2, a la sombra de un viejo acueducto que irrigaba la hacienda); hicieron una solicitud de agua potable en 1937 (no la obtuvieron hasta 1960); solicitaron electricidad en 1947 (la consiguieron en 1955). Los caminos pavimentados transportaban caña en camiones a Zacatepec y luego vincularon a la aldea con Cuernavaca.[36]

Lentamente, Chiconcuac fue cayendo en las trampas de la modernidad. Sin autonomías, con tierras limitadas y una población en crecimiento, la prosperidad resultó más difícil de reclamar. Los conflictos políticos persistían: los caciques que obtuvieron tierras para aliados favorecidos en la década de 1920 sufrieron presiones de otros comprometidos con los maestros y

[33] Romanucci-Ross, *Conflict…, op. cit.,* pp. 2-20.
[34] *Ibid.,* p. 6.
[35] *Ibid.,* pp. 21-23.
[36] *Ibid.,* pp. 24-25.

FIGURA XII.2. *Chiconcuac: una comunidad dentro de la caña industrial.*

las promesas de servicios de la ciudad de México en la década de 1930, y luego de hombres vinculados con los administradores de Zacatepec, quienes tenían la esperanza de recibir un trato favorecido del molino que dominaba la producción de caña. Todos los caciques se beneficiaron de sus esfuerzos por gobernar; un puñado de ellos sirvieron a la comunidad como pudieron. Una revolución hecha en la ciudad y que promovía el capitalismo agrario sirvió principalmente a los pocos que tenían conexiones políticas.[37] A lo largo de las décadas de 1940 y 1950, los conflictos que enfrentaron a Rubén Jaramillo, a los obreros del molino y a los ejidatarios que cultivaban la caña contra los administradores de Zacatepec continuaron en la cercanía, si bien apenas se hace referencia a ellos en las memorias de Chiconcuac.

Mientras tanto, la pequeña comunidad con tierras limitadas y sin autonomías vivió décadas signadas por la violencia social y la descomposición familiar, si "familia" significaba hogares patriarcales tradicionales. Siendo una mujer que vivía en el antiguo retiro de Rivera, Romanucci demostraría ser adepta a recabar los juicios penetrantes de las mujeres locales. Ellas veían cómo los hombres eran incapaces de adjudicarse el papel tradicional de proveedores. Los pocos que lo conseguían podían ser deseables como esposos, jefes de hogares durables; la mayoría de los hombres no podían con-

[37] *Ibid.,* pp. 35-44, 120-130.

seguir salarios estables a partir de pequeñas parcelas de caña ni de arroz y tenían pocas oportunidades de trabajar. Ellos caían en la cultura del machismo: bebían en cantinas, expresaban su hombría a gritos, peleaban para protestar contra pequeñas ofensas, cortejaban mujeres aunque sabían que rara vez conseguirían a una pareja estable. Romanucci veía parejas en flujo constante, lo que convertía a las mujeres en las jefas efectivas de la mayoría de las familias, siendo el vínculo entre madre e hijo el lazo más perdurable: el remanente de un patriarcado moribundo convertido en violencia machista que los hombres solían ejercer con mayor frecuencia contra otros hombres, pero que afectaba también a las mujeres. Una campaña de "despistolización" estatal buscó quitar las armas de fuego a los hombres y dar el control social a la policía con el apoyo del ejército. Los asesinatos disminuyeron, pero la violencia mutiladora persistió y se intensificó a ojos de muchas mujeres.

Para todos, la vida era una búsqueda interminable de sustento y compañía; las mujeres y los hombres tenían múltiples parejas; los hombres que soñaban con el patriarcado buscaban procrear, oponiéndose a los métodos anticonceptivos; las mujeres soñaban con acceder a nuevas formas de planeación familiar y seguían usando las antiguas maneras de abortar para constreñir a las familias y la necesidad de proveer un sustento que los hombres no entregaban. Mujeres y hombres encontraban sexo y compañía en relaciones fluidas; con pocos matrimonios formales, cualquiera podía terminar una relación. A menudo las parejas se separaban porque el hombre era incapaz de proveer, por lo que dejaba sola a la mujer para que alimentara a sus hijos. Muchas se volcaron hacia vínculos seriales con diversos hombres, que también batallaban por conseguir lo poco que podían. Madres e hijos mantenían con vida la apariencia de una familia.[38]

El conflicto político que definió y dividió a la aldea durante la visita de Romanucci de 1958 a 1961 resulta revelador. Un nuevo cacique prometió conseguir permisos en la capital para vincular las tierras comunales y los bosques a fin de construir un balneario —un centro turístico que ofreciera albercas alimentadas por manantiales a personas de la ciudad de México—. El cacique-constructor prosperaría; su esposa, una curandera que administraba inyecciones de penicilina, ayudó a legitimar el plan. Pero, el proyecto acabaría con los derechos de los campesinos a los montes y los manantiales, mientras que, en el mejor de los casos, la mayoría obtendría trabajos con salarios bajos atendiendo a vacacionistas adinerados. El plan fracasó y unos forasteros no demoraron en construir el balneario (lo que generó aún menos beneficios para los habitantes de la aldea). La visión imaginada de una utopía zapatista que atrajo a Rivera a Chiconcuac —y quizá a Romanucci— no tardó en atraer turistas; los habitantes sobrevivían como trabajadores en la industria de servicios. Sin autonomías, de cara a una fluidez familiar y

[38] *Ibid.,* pp. 46-64, 76-78, 133-136 y 154-155.

FIGURA XII.3. *La capilla de Chiconcuac: retiro privado en una comunidad dedicada a la caña industrial.*

una violencia bullente, la gente de Chiconcuac servía a visitantes repletos de billetes que por un fin de semana dejaban la ciudad, con frecuencia, para casarse en la capilla remodelada de la hacienda (que aparece en la figura XII.3).[39]

EL FIN DE LAS AUTONOMÍAS: MORELOS EN LAS DÉCADAS DE 1960 Y 1970

Las autonomías se corroyeron rápidamente en los fondos que cultivaban caña alrededor de Zacatepec; esto acarreó conflictos políticos por el control y las ganancias de un molino que, si bien se había proclamado como cooperativa, administraban los favoritos del gobierno: los únicos que se beneficiaban. En la cercana Chiconcuac, las débiles autonomías se derrumbaron con el viraje hacia la caña y el arroz patrocinado por el gobierno, lo que subyacía en la disolución de las familias patriarcales y alimentó la violencia social y las fisuras políticas locales durante las décadas de 1940 y 1950. En el elevado Tepoztlán se conservaron las autonomías cimentadas en la producción de maíz para mantener a la mayoría en la década de 1940, pero se corroye-

[39] *Ibid.,* pp. 169-181.

ron con el crecimiento poblacional y la erosión de los montes esenciales para el tlacolol. Después, mientras la población se disparaba y las formas comerciales se propagaban en Morelos en las décadas de 1960 y 1970, los conflictos políticos continuaron y las autonomías se desvanecieron, mientras las familias, las comunidades y las culturas enfrentaban presiones corrosivas.

Una vez que el acceso a la tierra y una mejora en la nutrición devolvieron a la población de Morelos a 180 000 habitantes, para 1940 la ininterrumpida producción de maíz, los nuevos sistemas de agua potable, el acceso a las inoculaciones y, en especial, la penicilina, hicieron más que duplicar esa cantidad, que llegó a los 386 000 habitantes para 1960. Entonces, la reproducción de números crecientes de mujeres saludables y bien alimentadas trajo consigo una población de 600 000 personas para 1970.[40] Las tierras distribuidas a apenas poco más de 100 000 personas en la década de 1920 habían proporcionado sustento y una oportunidad de autonomía. En 1940, cuando la población crecía y las tierras se volvían escasas y erosionadas, los campos de maíz "dejaron de rendir" a la gente; exigían el doble de trabajo para generar sustento.[41] Para la década de 1960, Warman reportaba que las tierras bajas irrigadas del este de Morelos estaban dedicadas por completo a cultivos comerciales, como descubrió Romanucci en Chiconcuac, al occidente. En los lugares en que operaban molinos de caña en Zacatepec y en pequeñas operaciones privadas en Oacalco y Casasano, los ejidatarios cultivaban caña. En otras partes se volcaron hacia el arroz, la cebolla y, en los altos, hacia los jitomates, en todas partes bajo la presión del gobierno y sus bancos crediticios. Éstos prometían dinero, pero rara vez llegaba en cantidades suficientes para pagar préstamos e intereses o los costos de las semillas, el fertilizante, los herbicidas y los pesticidas, o a quienes cosechaban. Los prestamistas y comerciantes, que con frecuencia eran las mismas personas, obtenían ganancias; los productores de los ejidos enfrentaban deudas duraderas.[42]

Mientras continuaba el crecimiento poblacional y volvía todo más difícil en la década de 1970, quienes comerciaban en el mercado para obtener pequeños ingresos seguían plantando maíz para alimentar a sus familias. Arturo Warman y Guillermo de la Peña (que trabajaron al mismo tiempo, pero de forma independiente: el primero en las zonas del este que se extendían desde las tierras bajas irrigadas hasta los fríos altos; el segundo, en Tlayacapan, un municipio con ejidos en los altos y en tierras bajas) llegaron a conclusiones similares. A pesar de las presiones gubernamentales, las crecientes necesidades y los incentivos del mercado atraían a cada vez más personas a éste, aquellos que podían seguían cultivando maíz.

[40] Warman, *"We Come to Object"…, op. cit.,* pp. 186, 193, 199.

[41] *Ibid.,* pp. 170 y 176.

[42] Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos,* CIESAS, México, 1980, p. 143.

Dividían pequeñas parcelas ejidales entre cultivos para el mercado y comestibles; sembraban tlacolol en los montes cuando era necesario. Las parcelas ejidales eran legalmente indivisibles, pero las familias las compartían para proveer sustento a tantos como fuera posible. Cuando el cultivo repetido del tlacolol y las tierras arables agotó el suelo, muchos aplicaron a los campos de maíz fertilizantes que habían comprado para cultivos comerciales. La producción de ambos cayó, mientras los campos de maíz se erosionaban. No obstante, quienes pudieron siguieron sembrando maíz. Los cultivos comerciales que favorecían los agentes gubernamentales, los prestamistas y los mercaderes locales generaban ganancias escuetas y deudas crecientes; el maíz, el chile y el frijol que se cosechaban para el sustento mantenían con vida a las familias y permitían a los hombres proveer.[43]

Los antropólogos que documentaron ese momento de desafíos cada vez más profundos para las familias y las comunidades observaron cómo la persistencia del cultivo de maíz era esencial para el presumido éxito del milagro mexicano: el proyecto capitalista nacional. Para citar a De la Peña: "La reforma agraria y la empresa capitalista no son enemigos, sino compañeros de viaje".[44] Según argumentó Warman, "[l]a autonomía campesina es la piedra filosofal del crecimiento económico, la condición esencial para la prosperidad de la industria dependiente". Muchos han observado la manera en que la reforma agraria fue crucial para la pacificación rural y, por consiguiente, para la política del desarrollo nacional. La mayoría añade que la baja productividad y la orientación comercial limitada de los cultivadores ejidales inhibieron el crecimiento comercial. Involucrados profundamente en comunidades que luchaban por sobrevivir en el Morelos posrevolucionario, posterior a la reforma agraria, De la Peña y Warman vieron que las familias atrapadas entre los números crecientes de gente y las tierras escasas cultivaban caña de azúcar, arroz, jitomate y otros productos a bajos costos para los consumidores citadinos; a la vez, proporcionaban un trabajo interminable para alimentarse de parcelas cada vez más erosionadas. El capitalismo nacional generó población, productos agrícolas y desempleo; el empeño de los campesinos de Morelos por mantener sus autonomías basadas en la tierra durante la década de 1970 ocupó las manos "excedentes" para mantener a familias cada vez más grandes en los márgenes de la supervivencia. Subsidiaron al capitalismo nacional durante décadas. Cuando ya no pudieron llevarlo a cuestas, éste se derrumbó.

A inicios de la década de 1970, ese esfuerzo estaba alcanzando, quizá superando, un punto de quiebre. En el este de Morelos, Warman descubrió que 70% de los hombres adultos carecía legalmente de tierras (privadas o ejidales). Padres e hijos dividían las parcelas en fragmentos para mantener

[43] Lo anterior es una síntesis de Warman, *"We Come to Object"…, op. cit.,* pp. 193-252, y Guillermo de De la Peña, *Herederos… op. cit.,* pp. 195-252.

[44] De la Peña, *Herederos…, op. cit.,* p. 133.

a tantos como fuera posible, lo que aceleraba el sobrecultivo y la erosión. Algunos gastaban lo poco que tenían en fertilizantes y pesticidas. Las producciones cayeron y las deudas se dispararon, pero los hombres que compartían tierras en vínculos familiares mantenían a los grupos de parentesco unidos (excepto cuando estallaban conflictos). Los caciques que habían tenido el mando al rentar tierras y equipos de arado dieron paso a comerciantes-prestamistas que vincularon a los cultivadores locales con los mercados de la ciudad de México. La tierra y las cosechas se mercantilizaron, en especial en las tierras bajas, donde los cultivadores pobres habían tenido que comprar insumos y contratar a migrantes de Oaxaca para cultivar arroz, cebolla y jitomate. Cuando era posible, mantenían el maíz para el consumo familiar; cuando trabajaban para vecinos, pedían maíz en vez de dinero. Con el aceleramiento de la comercialización, los hombres veían al maíz como su único seguro contra la desesperación. La familia podía comer.[45]

Los conflictos aumentaron. Como se percibía resentimiento hacia los caciques-comerciantes, el ejército se presentaba a ejercer control frecuentemente. Las familias que se mantuvieron unidas en hogares nucleares y tenían redes extendidas hasta la década de 1960 comenzaron a fragmentarse: los hombres se quedaron a cultivar, trabajar y enfrentar conflictos políticos. En una nueva generación, más comenzaron a irse. En familias con recursos, los jóvenes —hombres y mujeres— se iban en busca de educación; entre números crecientes que se enfrentaban a la escasez de tierras, las mujeres partían para trabajar en el servicio del hogar en Cuernavaca y la ciudad de México. Conforme se fragmentaban las familias, quienes se aferraban a vidas afianzadas en la tierra, la familia y la comunidad sostuvieron con vida las devociones barriales. Después de todo, el papel histórico de la Virgen de Guadalupe y de los santos era la integración de las comunidades, la generación de buenas cosechas y la preservación de la salud de las familias. Mientras tanto, llegó un nuevo clero devoto de la justicia en un mundo capitalista, inseguro de si la Virgen de Guadalupe podía guiar el camino.[46]

Guillermo de la Peña vivió en el elevado Tlayacapan a principios de la década de 1970. Como Warman, buscaba hacer un análisis con bases históricas que detallara los conflictos y los cambios socioculturales que estaban fragmentando rápidamente a las familias y las comunidades. La gente de Tlayacapan experimentaba una variante en los altos de las presiones y los cambios que transformaron la vida en Morelos en las décadas de mediados del siglo xx. Detrás de todo estaba el crecimiento poblacional: tras reducirse a 5 000 habitantes en 1920, los números crecieron a 11 000 en 1950, superando los 17 000 para 1970. Las vacunas, los antibióticos, el agua potable y las clínicas de salud vinieron acompañados de familias más saludables.[47]

[45] Warman, *"We Come to Object"…, op. cit.,* pp. 216-234.
[46] *Ibid.,* pp. 260-290.
[47] De la Peña, *Herederos…, op. cit.,* pp. 150-152.

Asimismo, en Tlayacapan, como en otras partes, el crecimiento poblacional corroyó las autonomías agrarias y generó pobreza, dependencia e inseguridad, impulsando migraciones que fragmentaban a las familias. Aun así, el proceso local fue complejo y, en cierta forma, único. Las autonomías se fortalecieron durante la revolución. Bajo la paz zapatista que comenzó en 1914, los hombres simplemente tomaron tierras para alimentar a sus familias. La cosecha de 1915 demostró ser abundante. Al finalizar los conflictos, los estados ofrecieron tierras parcelas, y los campesinos solicitaron ejidos desde 1920. Ganaron cesiones provisionales en 1923 (de cara a la rebelión de De la Huerta) y la confirmación presidencial en 1927 (con la escalada de los conflictos cristeros). Sin embargo, al mismo tiempo que el régimen otorgaba tierras, bloqueaba a los zapatistas de los cargos locales, alimentando los conflictos políticos. Y, a medida que las haciendas perdían tierras, el trabajo para conseguir jornales se volvió escaso. Las cesiones ejidales no podían revivir los vínculos otrora estabilizadores de la explotación simbiótica forjados mediante el trabajo en las haciendas cercanas.[48]

En la década de 1930, el renacimiento de pequeños molinos de caña en Oacalco y Casasano trajo consigo presiones del régimen e incentivos crediticios para aquellos con ejidos en las tierras bajas irrigadas, a fin de que cultivaran caña. La mayoría de quienes habían obtenido parcelas en los fondos de Tlayacapan también tenían montes para sembrar maíz. Cultivaban caña para los molinos y maíz para el sustento. La mayoría de los que sólo tenían montes sembraban maíz para su consumo. Como recordaban los pasados zapatistas, los molinos de las tierras bajas, incluido Zacatepec, se rehusaron a contratar hombres de Tlayacapan, ni siquiera para cortar caña; preferían a los trabajadores más baratos y menos políticos de Guerrero y Oaxaca.[49]

Los jitomates llegaron a Tlayacapan en la década de 1950. Los habitantes recordaban que un inmigrante italiano que se estableció en Cuautla rentó tierras en los altos, desarrolló una mezcla de semilla, fertilizante, pesticidas y herbicidas que prosperó, encontró mercados en la ciudad de México y atrajo a los locales a un cultivo que prometía ganancias en una época en que la producción de maíz estaba cayendo. A lo largo de las décadas de 1960 y 1970, ese cultivo prosperó más que la mayoría de los productos locales. Los mercaderes locales vieron un buen negocio prestando dinero (en tasas cercanas al 10% mensual), vendiendo insumos y acumulando la cosecha (con frecuencia mediante una deuda por un contrato de precio fijo) para vender en la capital. Consiguieron que los funcionarios construyeran caminos pavimentados que vincularan los altos con los mercados: para 1970 los camiones de los mercaderes entregaban cultivos a Cuautla en 30 minutos, a Cuernavaca en una hora, a la capital en dos. Ese mismo año, costaba 450 pesos sembrar una hec-

[48] *Ibid.,* pp. 97-125.
[49] *Ibid.,* pp. 126-143.

tárea de maíz (pues las familias nunca contaban su trabajo como un costo), y 10 700 pesos cultivar una hectárea de jitomate (pagando por los créditos, los insumos comerciales y los jornaleros para la cosecha, la mayoría de ellos hombres de Oaxaca).[50]

Pocos ganaban lo suficiente para mantener a sus familias, así que la mayoría seguía cultivando maíz, una proposición que perdía económicamente y subsidiaba los jitomates. En 1950, 90% de las tierras arables de Tlayacapan estaban sembradas con maíz, valuadas en 64% de la cosecha anual; 6% con caña de azúcar, que generaba 31% del valor de la cosecha; 1% con arroz, que generaba 3% de valor. Para 1965, 64% de la tierra seguía sembrando maíz, pero sólo producía 18% del valor de la cosecha; la caña cayó a 2% de la tierra sembrada, 3% del valor (pues los molinos cercanos habían cerrado y Zacatepec estaba demasiado lejos); el arroz remplazó a la caña en los campos irrigados, sembrado en 8% de la tierra arable, y generaba 12% del valor de mercado. Los tomates se adjudicaban 19% de las tierras de Tlayacapan y producían 59% del valor de mercado.[51]

El régimen y sus economistas veían valor en los jitomates y se preguntaban por qué los habitantes de Tlayacapan no aceleraban la siembra comercial. Le mostraron a De la Peña la razón: los prestamistas, los vendedores de insumos, los acumuladores del mercado y los transportistas, que solían ser las mismas personas, casi se quedaban con la totalidad del creciente valor comercial de los jitomates como ganancia. Los cultivadores que volcaban áreas cada vez menores de tierra y mano de obra subvaluada hacia los jitomates no ganaban sino deudas. Seguir plantando maíz era una catástrofe comercial esencial para alimentar a las familias.[52]

Una vez más, el maíz mantenía a las familias y las ganancias de los capitalistas. Con todo, al acelerarse el crecimiento poblacional en Tlayacapan y con la pujante demanda mercantil en la cercana ciudad de México, ese momento resultó breve. Mientras los jitomates y las ganancias fluían hacia la ciudad y mantenían a los hombres en la tierra, un número creciente de mujeres partieron hacia la ciudad, por lo general, para trabajar como ayuda doméstica de los prósperos. Como los molinos procesaban el maíz a cambio de cuotas pequeñas, el trabajo de las mujeres se volvió menos necesario para mantener a las familias; las ropas prefabricadas y baratas tuvieron un impacto similar. Una comercialización del sustento disminuyó el trabajo de las mujeres en el hogar y aumentó la necesidad de ingresos, los cuales rara vez estaban a disposición de éstas en Tlayacapan. Las carreteras que se construyeron para entregar jitomates acercaron la ciudad. Así que las mujeres partieron —algunas regresarían, otras no—; esto fragmentó a las familias y planteó al patriarcado desafíos diferentes a la descomposición que Roma-

[50] *Ibid.,* pp. 206-216.
[51] *Ibid.,* pp. 198-200, figs. 6.1-6.3.
[52] *Idem.* detalla todo esto; el énfasis puesto sobre el patriarcado es mío.

nucci reportó en Chiconcuac una década antes. Las mujeres no estarían al frente de las familias de Tlayacapan.

La partida de las mujeres contribuyó a la fragmentación social. De igual forma lo hizo una fractura paralela de la unidad sociocultural. El aumento de los contactos con la ciudad (por las ventas mercantiles, la migración y el regreso y, en fin, la importación de bienes urbanos) completó el vuelco posrevolucionario al español como lengua materna y la pérdida de las identidades indias. Los habitantes de Tlayacapan se volvieron mexicanos que despreciaban a los oaxaqueños que recolectaban tomates llamándolos "indios".[53] El final de las identidades indígenas fue algo que los caciques-mercaderes y también los maestros consideraron un éxito. Ninguno de ellos se unía a las fiestas que históricamente habían integrado la vida comunitaria (ni las financiaban).[54]

Los habitantes de los barrios mantuvieron las fiestas vivas en la medida de lo posible ante la oposición del nuevo clero que había llegado a liberarlos. Las familias seguían organizando fiestas dedicadas a Cristo, a la Virgen de Guadalupe y a los santos, con lo que marcaban el ciclo de cultivo y pedían a la gracia divina que asegurara buenas lluvias y cosechas abundantes. Mantenían la fe en los protectores que ayudaban con la fertilidad y el nacimiento, las curaciones y las relaciones familiares. Sancionaron el uso público de máscaras y alcohol, aperturas para la libre expresión que podía servir de base para un momento de liberación.[55] Las fiestas promovían la supervivencia de comunidades cimentadas en autonomías agrarias, incluso mientras las autonomías se derrumbaban. Al atraer a quienes habían migrado a la ciudad, mantenían los vínculos familiares (aun cuando éstos se fragmentaban).

Los comerciantes y los caciques, los maestros y el clero, se oponían a las fiestas, aunque por razones diferentes. Los comerciantes no querían pagar, los caciques y los maestros estaban comprometidos con la cultura nacional y los sacerdotes llegaron en las décadas de 1960 y 1970 dedicados a una teología de la liberación que, si bien prometía justicia, con demasiada frecuencia condenaba la cultura local. Sergio Méndez Arceo se volvió obispo de Cuernavaca en 1953, al frente de la diócesis que estuvo a cargo de las comunidades de Morelos hasta 1983. En 1961 apoyó a Iván Illich en la fundación del Centro Intercultural para el Decrecimiento y la Organización Comunitaria (CIDOC), un centro para el estudio y la enseñanza de lenguas con un enfo-

[53] *Ibid.,* p. 254; sobre una de las pocas comunidades de Morelos, ubicada en lo alto de las laderas del Popocatépetl, que conservó su identidad indígena hasta bien entrada la década de 1960, véase Judith Friedlander, *Being an Indian in Hueyapan. A Study of Forced Identity in Contemporary Mexico,* St. Martin's, Nueva York, 1975 [*Ser indio en Hueyapan. Un estudio de identidad obligada en el México contemporáneo,* trad. Celia H. Paschero, FCE, México, 1977].

[54] De la Peña, *Herederos…, op. cit.,* p. 262.

[55] *Ibid.,* pp. 271-284.

que en el involucramiento social que buscaba limitar la influencia de los Estados Unidos, del capitalismo y del catolicismo conservador en la región y en el continente americano (bajo la sombra de la Revolución cubana y contra las aserciones de la Alianza para el Progreso). Morelos se convirtió en un centro de la teología de la liberación y de comunidades cristianas de base en las décadas de 1960 y 1970. La mayor parte del clero estaba comprometido con visiones sociales radicales. La mayoría de los analistas consideraba que desafiaban a la Iglesia y al régimen mexicano para unirse a las comunidades a las que servían.[56]

Warman y De la Peña no tardaron en descubrir que las personas de las comunidades veían al nuevo clero como otro grupo de forasteros que venían a decirles cómo vivir y adorar. Los clérigos radicales consideraban obsoletas, en el mejor de los casos, y con frecuencia supersticiones equivocadas, las viejas devociones y fiestas. Algunos intentaron propiciar la coexistencia de cultos al tiempo que promovían la nueva teología; muchos condenaron las formas de devoción mantenidas por las comunidades durante generaciones, con lo que distanciaron a sus feligreses. En un episodio que resulta revelador, los habitantes de Totolapan (en la jurisdicción de Tlayacapan) le contaron a Jennifer Scheper Hughes de la ocasión en que Méndez Arceo llegó para traerles la religión de la liberación: los campesinos lo obligaron a salir de su coche en las afueras del pueblo, insistiendo en que caminara para rendir homenaje al Cristo que habían adorado —y que les había servido— desde el siglo XVI.[57] En Tlayacapan, algunos sacerdotes llegaron para reformar y se descubrieron forasteros; otros llegaron con una actitud más abierta y recursos para ayudar en los proyectos comunitarios y encontraron una recepción más positiva. El resultado general fue un aumento de las fisuras que separaban a los sacerdotes de los feligreses, lo que creó facciones entre el clero que revestían las grietas políticas que ya separaban a los maestros de las comunidades a las que buscaban educar.[58] Los habitantes de Morelos seguían buscando controlar sus culturas.

El aumento de las fisuras alimentó conflictos en la política, el comercio, los asuntos comunitarios, la cultura religiosa y la vida familiar. La resolución de conflictos se volvió prácticamente imposible en Tlayacapan: las disputas llegaban a los juzgados de Yautepec, donde los contactos y los recursos para pagarlos favorecían a quienes se encontraban en la intersección del poder del régimen con el mercado. Habiendo vivido durante años en la comuni-

[56] Confieso que en esa época compartía esas opiniones. Para más información desde la perspectiva de las comunidades de Morelos, véase Jennifer Scheper Hughes, *Biography of a Mexican Crucifix. Lived Religion and Local Faith from the Conquest to the Present,* Oxford University Press, Nueva York, 2010.

[57] *Ibid.,* pp. 131-170.

[58] De la Peña, *Herederos…, op. cit.,* pp. 290-303.

dad, De la Peña vio cómo el aumento de los conflictos era "siempre parte de su contexto diario en la competencia por recursos escasos".[59]

La mezcla de crecimiento poblacional y comercialización que socavó las autonomías, fragmentó a las familias y las comunidades y desafió a las culturas locales en Morelos también transformó el sur del Valle de Toluca. Para la década de 1970, las autonomías estaban desapareciendo también allí, el capitalismo dominaba para beneficiar a unos cuantos favorecidos, el Estado intervenía cada vez más y las comunidades y las familias enfrentaban presiones cada vez mayores.[60] En Xalatlaco, para esa década, los funcionarios locales habían "donado" las tierras que se cultivaban de forma comunal para mantener a los santos con el fin de apoyar las obras públicas: escuelas, bibliotecas y clínicas de salud, junto con un auditorio para el pueblo y parques municipales.[61] Los recursos por tanto tiempo dedicados a proteger a los santos se dieron al Estado para mantener los servicios sociales. ¿Acaso el poder y la verdad habían pasado de los santos al Estado? ¿O los funcionarios transfirieron las tierras para promover los servicios del Estado sin el consentimiento de la comunidad?

Mientras tanto, la antigua comunidad zapatista de Villa Guerrero, al oeste de Tenancingo, vivió transformaciones similares a las que ocurrían en Morelos. En las décadas de 1920 y 1930 obtuvo ejidos; su población, pequeña, pero en ciernes, sembró primero maíz para el sustento, luego añadió aguacates y ciruelas para conseguir dinero en Toluca y la ciudad de México. Luego, en la década de 1950, el cambio del sustento hacia el cultivo capitalista dio un giro radical. Llegó un grupo de inmigrantes japoneses, algunos con capital para comprar tierras, con habilidades para la floricultura (el cultivo comercial de flores). Inicialmente, los japoneses se concentraron en las flores, mientras sus vecinos seguían con el maíz, las ciruelas y los aguacates. Luego, en la década de 1960 (cuando los jitomates repuntaban en Tlayacapan), la comunidad más amplia en Villa Guerrero se volcó hacia las flores. Una vez más, prestamistas y comerciantes obtuvieron ganancias; los ejidatarios se convirtieron en trabajadores dependientes sujetos al crédito y los contratos mercantiles, y pagaban por trabajar sus tierras. Al enfrentarse a la nueva competencia, los japoneses se fueron; pero el cultivo de flores dominaba Villa Guerrero. Comunidades que alguna vez se movilizaron para pelear por tierras y autonomías consiguieron tierras en una reforma dominada por el gobierno, se enfrentaron al crecimiento poblacional en una época de comercialización y vivieron una secuencia en que el maíz dio paso a las ciruelas y los aguacates, hasta que las flores dominaron los campos. El sustento

[59] *Ibid.,* pp. 295-310 (cita p. 307).

[60] Esto se detalla en el caso de tres municipalidades en Castro Domingo, *Chayotes…, op. cit.,* pp. 269-464.

[61] MCX, pp. 145-149.

dependía del dinero de cultivos no consumibles. El capitalismo dominaba otro rincón del centro zapatista.[62]

Guillermo de la Peña concluía:

> La búsqueda del poder y el liderazgo no puede separarse del contexto de la vida económica local, caracterizado por una creciente necesidad de dinero en efectivo, [y] por la existencia de riesgo e incertidumbre, [...]. La impotencia política local está relacionada con la impotencia económica. La dependencia de los políticos locales respecto de patrones políticos es comparable a la dependencia de los agricultores locales respecto de bancos, ingenios, agiotistas, mayoristas, transportistas, comerciantes de tecnología multinacional, exportadores.

El resultado: "La sociedad nacional se compone de relaciones patrón-cliente piramidalmente estructuradas que permiten la concentración del poder en la cúspide".[63]

En los términos aquí empleados, el fin de las autonomías de sustento combinado con la concentración del poder político en la capital generó una comercialización que atrapó a los habitantes en dependencias definidas por el riesgo y la inseguridad. Las jerarquías del poder patriarcal consolidaron el dominio en la cima, dejando a los hombres afianzados en la tierra en busca de formas de mantener a sus familias: de proveer. El corazón histórico de comunidades cimentadas en autonomías de producción, gobierno local, hogares patriarcales y culturas religiosas comunitarias había desaparecido.

Un nuevo Morelos, 1960-1980

Los habitantes de Morelos se quedaron. Conforme la población siguió creciendo, muchos migraron a la capital y a otras partes. Con la desaparición de las autonomías agrarias, surgió un nuevo Morelos. Si bien la agricultura se mantuvo para suministrar caña a Zacatepec y a otros molinos, nuevas formas de vida se desarrollaron en torno a dos polos: la industrialización en Cuernavaca y combinaciones de turismo y suburbanización en buena parte del estado. Estas últimas comenzaron en la década de 1920, cuando Plutarco Elías Calles, un presidente sin compromiso alguno con la reforma agraria, construyó un retiro de fin de semana en Cuernavaca, en el que se juntaron compinches políticos que llegaban a apostar en un elegante casino. Diego Rivera, el muralista dedicado a honrar al pueblo revolucionario, construyó un retiro en Chiconcuac; irónicamente —y probablemente sin saberlo—, se estableció en una comunidad construida en una hacienda azucarera que era

[62] Castro Domingo, *Chayotes…, op. cit.,* pp. 319-337.
[63] De la Peña, *Herederos…, op. cit.,* pp. 313-314.

hogar de familias que no se habían unido a Zapata. Cárdenas, quien podía ser un populista y un puritano, cerró el casino en la década de 1930, pero los turistas siguieron llegando.[64]

Previamente hablamos sobre el balneario propuesto y finalmente construido en Chiconcuac; otros llegaron a Oaxtepec y a otras ex haciendas. Servían como símbolos de riqueza y lugares lujosos, mientras los sueños zapatistas se desvanecían para convertirse en mitos que proporcionaban confort a los poderosos. Cuando las carreteras pavimentadas redujeron el trayecto hasta la ciudad de México a unas cuantas horas, los prósperos construyeron casas vacacionales —una tendencia que comenzó en Tepoztlán cuando Lewis lo visitó en la década de 1940 y que florecía en Tlayacapan cuando De la Peña trabajó allí a principios de la década de 1970—. La tierra barata en lugares hermosos (con pasados revolucionarios), a sólo unas horas de la ciudad, atrajo a cada vez más personas. Con las nuevas supercarreteras de la década de 1980 (y a pesar de las cuotas), Tlayacapan, Tepoztlán e incluso Cuernavaca se convirtieron en suburbios de la ciudad de México, a la vez que la capital subía por las laderas del Ajusco.

Una nueva pátina de modernidad llegó a Morelos, a la que dieron forma los visitantes y residentes que obtenían riqueza y prosperidad en otras partes. Estaba marcada por hoteles, balnearios, restaurantes y tiendas que atendían las necesidades de aquellos que podían pagar. El cultivo podía continuar en formas limitadas, pero mantenía a pocos hombres y hogares; las mujeres podían permanecer en sus comunidades natales trabajando al servicio de familias de la ciudad de México que iban a Morelos. Para trabajar en la industria de servicios, hombres y mujeres necesitaban educación básica y una buena salud; el Estado comenzó a proporcionarlos mejor que antes. Muchos llegaron de la ciudad con recursos y una conciencia social, lo que llevó a un buen trato y a una paga adecuada, incluso a la provisión de educación para una juventud prometedora. Los indicadores visibles de las formas indígenas quedaron relegados a tiendas artesanales y fiestas para turistas, mientras los habitantes de Morelos vivían en un mundo mexicano de signo comercial y México estaba cada vez más inmerso en la integración global.[65]

¿Son los aldeanos que sirven a los poderosos y los acomodados en casas, centros turísticos, tiendas y restaurantes más o menos prósperos que sus ancestros que trabajaban la tierra en busca de sustento, siempre en busca de un poco de dinero extra? Es una pregunta imposible de responder, o una con muchas respuestas. Los ingresos sin duda son más altos, pero todo lo necesario para mantener a la familia debe comprarse. Las ganancias en atención médica, tecnología, educación y comunicaciones son reales para quienes

[64] Lomnitz-Adler, *Exits…, op. cit.*

[65] Esta síntesis es un reflejo de los antropólogos aquí citados, de mis experiencias visitando Morelos desde inicios de la década de 1970 y de conversaciones con académicos y otras personas que viven allí.

pueden costearlas. Una cosa queda clara: sin importar si es próspera o pobre, la gente de Morelos ha perdido cualquier cosa similar a una autonomía agraria y política, como insistía De la Peña. Conservan las autonomías culturales, esforzándose por entender el nuevo mundo que moldea sus vidas. Los bombardean imágenes e información de todo el mundo, a la vez que se les presiona para que sean cada vez más mexicanos. Lo que eso signifique es algo que sigue siendo debatible y está sujeto a cambios.

Mientras las comunidades rurales negociaban la caída de las autonomías y el vuelco hacia los servicios después de 1960, industrias pujantes impulsaron una nueva urbanización en Cuernavaca. Por supuesto, la industria no era nueva en Morelos. Las refinerías de azúcar mecanizadas de finales del siglo XIX construyeron operaciones industriales sustanciales para su época que empleaban a una cantidad significativa de trabajadores permanentes, con frecuencia calificados. Después de la revolución, las operaciones privadas dieron paso al inmenso molino de Zacatepec, oficialmente una cooperativa, pero en realidad una industria estatal que empleaba a cientos de trabajadores de molino, miles de pequeños productores de caña y números más grandes de trabajadores estacionales, la mayor parte de ellos provenientes de Guerrero.[66]

La industrialización urbana comenzó con el desarrollo de la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca, un parque industrial en las afueras de la ciudad que data de la década de 1960. La meta era dispersar a las industrias que se concentraban en la ciudad de México y compartir la demanda de infraestructura y servicios que acompañaba al rápido crecimiento urbano. Primero llegaron las fábricas textiles que pertenecían a habitantes locales; en 1966 Nissan abrió su primera planta de ensamblaje afuera de Japón. Los trabajadores calificados solían llegar de la ciudad de México y de otros centros industriales establecidos; los no calificados llegaban en números crecientes de las zonas rurales de Morelos, Guerrero y Oaxaca. Aquellos con habilidades y con protecciones sindicales ganaban salarios elevados, prestaciones y una vida en barrios con buenos servicios y escuelas. Los muchos que llegaban de comunidades rurales, con poca educación y escasas habilidades, se establecían en los barrios viejos de Cuernavaca y los pueblos cercanos, arreglándoselas como podían. Se atropellaban con los residentes establecidos, competían por la vivienda, el trabajo y los ingresos, y buscaban unirse a fiestas religiosas (las cuales no tardaron en rechazar el clero de Méndez Arceo y su nueva teología).[67]

Durante la década de 1960 y bien entrada la de 1970, las ganancias provenientes de la industrialización para quienes llegaron a Cuernavaca superaban las luchas y disrupciones. Las familias viejas y los recién llegados se

[66] Padilla, *Rural Resistance…, op. cit.;* Lomnitz-Adler, *Exits…, op. cit.,* pp. 68-69.
[67] Lomnitz-Adler, *Exits…, op. cit.,* pp. 85-93.

fusionaron en comunidades industriales para construir vidas nuevas. Después de 1975 (mientras las autonomías se derrumbaban en regiones rurales), la ciudad industrial se enfrentó a una población creciente sin empleos suficientes para mantenerla, incluso cuando la nación entraba a una bonanza petrolera (que nadie sabía que era el último aliento del capitalismo nacional). Claudio Lomnitz-Adler encontró informalidades e inseguridades crecientes vinculadas a la proliferación del uso de drogas y oleadas de crimen en barrios marginales. Observó fragmentaciones en la comunidad, la familia y la política, mientras el poder se concentraba en las cimas y en el exterior. Cuando regresó a inicios de la década de 1980, después de que la bonanza colapsara, la crisis de la vida barrial era más profunda. Prevalecía la atomización; los individuos se esforzaban, con frecuencia peleaban por ganancias personales; al mismo tiempo, la cultura se retiraba de los barrios hacia los hogares en busca de significado en una década de colapso.[68]

Para la década de 1980, una urbanización definida por dependencias, desigualdades e inseguridades se estaba apoderando del corazón. La metrópolis de la ciudad de México se diseminó hacia Morelos, desde Tepoztlán hasta Tlayacapan y más allá. Cuernavaca se urbanizó desde el interior, invadiendo los fondos cercanos. La gente, a través de la cuenca que se había levantado con Zapata en busca de autonomías, enfrentaba un mundo de dependencias urbanas, igual que sus vecinos en los vecindarios marginales que se expandían en la capital.

[68] *Ibid.,* pp. 95-108.

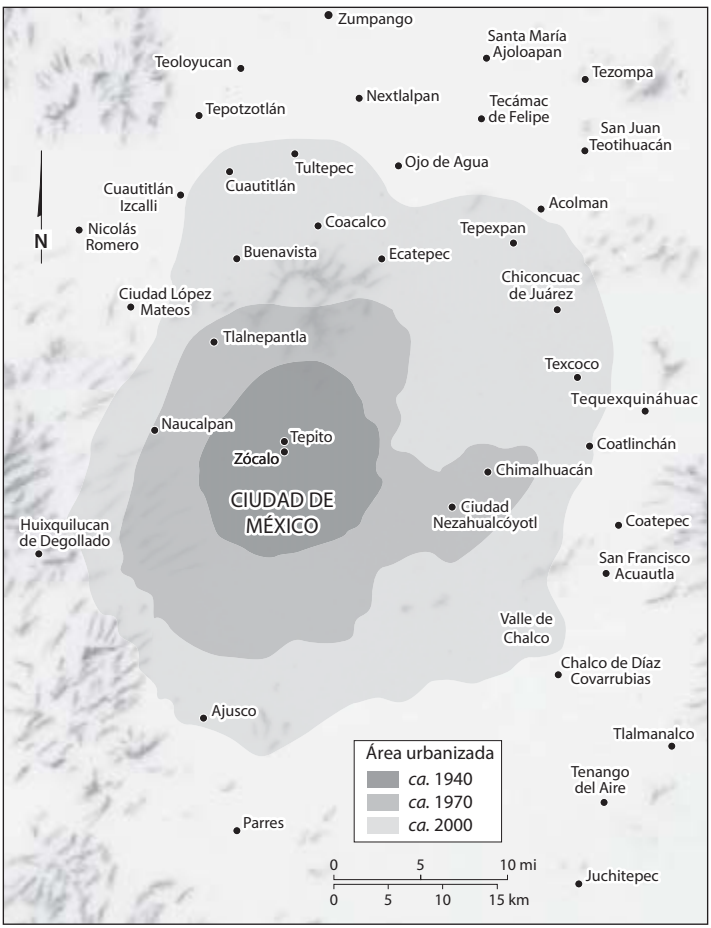
XIII. LA CONSTRUCCIÓN DE LA METRÓPOLIS: LA CIUDAD DE MÉXICO, 1940-2000

La ciudad de México definió la historia del corazón en formas cruciales. El poder se concentró allí en la época de los mexicas, a lo largo de los siglos del capitalismo de la plata y durante las largas luchas por construir una nación. En 1500 y nuevamente en 1800 fue la ciudad más grande del continente americano; en el año 2000 se contaba entre las más grandes del mundo. Los citadinos estaban al frente de las actividades judiciales, administrativas, religiosas y culturales; vivían entre comerciantes, artesanos y obreros industriales, y muchos pobres a la deriva. La ciudad era un lugar de poder, de producción y de consumo, que dependía para el sustento de lo que enviaban los productores rurales. Al iniciar el siglo xx, la gran mayoría de los pueblos del centro vivían, trabajaban y adoraban a sus figuras de culto en comunidades rurales. Es sabido que la revolución de Zapata fue agraria.

A partir de la década de 1940, México experimentó un estallido poblacional que propició una urbanización sin precedentes. Una nación y un corazón que eran principalmente rurales cuando inició el siglo xx se volvieron abrumadoramente urbanos cuando terminó. Mientras los pueblos rurales batallaban en la tierra, números cada vez mayores se fueron a la capital. Trabajaban para construir nuevas vidas en una metrópolis que nunca proporcionó suficiente empleo, educación, infraestructura, atención médica ni demás servicios. Así que los citadinos recurrieron a la autoayuda, para lo que movilizaron a familias y vecinos con la meta de construir casas y comunidades mientras se organizaban para exigir servicios a las autoridades urbanas. Atrapada en dependencias que fácilmente se convirtieron en exclusiones, la gente de la ciudad construyó barrios populares con sus propias manos. Trabajó para conseguir vidas más viables, a la vez que se enfrentaba a una dependencia duradera y a profundos desafíos sociales en una metrópolis que crecía más allá de lo imaginable.

El siglo de la urbanización

El siglo xx trajo consigo cambios radicales a la estructura demográfica de México y del corazón. A inicios de ese siglo, la ciudad de México era una capital con medio millón de habitantes, 4% de una nación de 14 millones. Para 1940, cuando Cárdenas completó su reforma agraria, la aceleración industrial, la nacionalización del petróleo y la promoción de la educación y los



Mapa xiii.1. *La expansión metropolitana de la ciudad de México, 1940-2000*

servicios de salud que le permitieron consolidar el régimen, la población nacional se aproximaba a los 20 millones, un crecimiento de 45% en cuatro décadas de conflicto y reconstrucción. Las ganancias en la nutrición, que en parte eran resultado de una reforma agraria que permitió a los beneficiarios concentrarse en alimentar a sus familias, estimuló el crecimiento poblacional.[1] Mientras tanto, la industrialización y un nuevo régimen más burocrático atrajeron a cada vez más personas a la ciudad. Si bien la población nacio-

[1] Moramay López-Alonso, *Measuring Up. A History of Living Standards in Mexico, 1850-1950,* Stanford University Press, Stanford, 2012 [*Estar a la altura. Una historia de los niveles de vida en México, 1850-1950,* trad. Marcela Pimentel y Lusarreta, fce, México, 2015].

nal se elevó menos de 50% entre 1900 y 1940, la población de la ciudad de México hizo más que triplicarse hasta llegar a 1.8 millones de habitantes.[2]

El vuelco hacia la agricultura basada en formas que eliminaban trabajo y dependían de químicos en la década de 1940 impulsó aún más el crecimiento poblacional. Las nuevas formas de cultivo generaron cosechas más grandes, empleando a cada vez menos personas y alimentando a las ciudades. A la vez, enviaban hacia ellas a personas sin tierras ni trabajo en las zonas rurales en busca de nuevas vidas. Después de la segunda Guerra Mundial, cuando el gobierno promovió las vacunas mientras los fabricantes globales de fármacos obtenían ganancias vendiendo antibióticos a los mexicanos, el crecimiento poblacional se disparó y se concentró aún más en las ciudades. De 1940 a 1980, la población nacional hizo más que triplicarse: pasó de 20 millones a casi 67 millones; la población del área metropolitana de la ciudad de México rompió los límites del Distrito Federal y se derramó por los campos y las comunidades del Estado de México, elevándose de menos de dos millones a 13 millones (se multiplicó siete veces en cuatro décadas). Para 1980 el área metropolitana de la ciudad de México era el hogar de casi 20% de todos los mexicanos.

El incremento tanto de la población nacional como de la metropolitana comenzó a bajar de ritmo, sólo un poco. Los padres vieron cómo sobrevivían sus recién nacidos mientras enfrentaban los costos de mantener y educar a sus hijos en una ciudad con empleo incierto y servicios limitados. Empezaron a tener menos hijos. Aun así, las vidas más prolongadas mantuvieron el crecimiento poblacional.[3] De 1980 al año 2000, la metrópolis creció 42% superando los 18 millones; la nación se incrementó un 48%, llegando a los 99 millones. Hacia el final del siglo, la nación crecía más rápido que la metrópolis. ¿Por qué? La década de 1980 comenzó con un colapso económico, fue testigo del terremoto de 1985 que devastó a buena parte de la capital, seguido de un viraje hacia la globalización que socavó a muchas de las industrias de la ciudad y los empleos más seguros y mejor pagados que proveían a una minoría favorecida. Las luchas por trabajo, ingresos y comunidad marcaban la metrópolis al momento en que terminaba el milenio.

La ralentización del crecimiento de la metrópolis después de 1980 no volvió más lenta la urbanización en el centro. Mientras la ciudad de México se desparramaba por sus bordes, llenando el valle de México, Toluca experi-

[2] Las cifras poblacionales para México y el área metropolitana de la ciudad de México se encuentran en John Tutino, "The Americas in the Twentieth-Century World", en John Tutino y Martin Melosi (coords.), *New World Cities. The Challenges of Globalization and Urbanization in the Americas,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2018, tabla 1.

[3] A nivel nacional, la expectativa de vida se elevó de menos de 40 años en 1940 a más de 60 en 1970 y a 75 para el año 2000; el número de hijos, que se mantuvo en más de seis por mujer en las décadas de 1960 y 1970, cayó por debajo de los tres en la de 1990. Véase María Eugenia Zavala, "La transición demográfica de 1895-2010", en Cecilia Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico,* FCE, México, 2014, pp. 87-114.

mentaba una expansión urbana justo sobre las montañas al poniente. La capital del Estado de México llegó a 1.5 millones en el año 2000 y a casi dos millones en 2010. Morelos, Cuernavaca y la cercana Cuautla en conjunto se expandieron de casi 1.1 millones a más de 1.3 millones en la misma década. En Hidalgo, al norte, la capital de Pachuca se unió con Tula en El Mezquital y Tulancingo al este para llevar a la población urbana a más de los 700 000 habitantes en el año 2000. Al iniciar el siglo XXI, las 25 493 122 personas que vivían en el corazón (el Distrito Federal y los estados de México, Morelos e Hidalgo) sumaban más de 25% de la población de México, concentrada en apenas 2.5% del territorio nacional. En las cuencas que son el centro de esta historia, 21 683 968 (85%) vivían en aglomeraciones urbanas.[4] Un núcleo que por mucho tiempo definieron las comunidades agrarias se volvió completamente urbano. Las vidas a las que definieron las autonomías y las luchas por defenderlas dieron paso a vidas atrapadas en dependencias, lo que dejó a las personas buscando nuevas formas de negociar con poderes en concentración y un capitalismo globalizante que seguían cargando a cuestas.

La ciudad antes de la explosión urbana

La expansión de la ciudad de México comenzó entre los conflictos políticos y las reformas liberales de mediados del siglo XIX. De la década de 1840 a la de 1870, la capital pasó de 150 000 habitantes a 200 000, el Distrito Federal a 300 000, conforme las fábricas textiles mecanizadas se esparcían por las laderas al sur y al poniente del centro para aprovechar la energía hidráulica. La ciudad se convirtió en un complejo metropolitano cuando las fábricas se trasladaron a los suburbios, mientras los artesanos que hacían tela, ropa, zapatos y demás cosas se quedaban en el centro y Tacubaya se unía a San Ángel en un refugio suburbano para los ricos y acomodados.[5]

Cuando los liberales consolidaron el poder después de 1867, con la privatización de las propiedades eclesiásticas y comunales, en la ciudad surgió un mercado de tierras. Los inversionistas ricos compraron las propiedades del clero, generando riqueza y lealtad para los gobernantes liberales. El final de los derechos corporativos de tierras de San Juan Tenochtitlán y Santiago Tlatelolco (las pobladas repúblicas indígenas de la capital) resultó rentable y problemático. Por designio de los liberales, los lotes de las casas serían propiedad de sus residentes; las plazas y las calles pasarían a la ciudad; los espacios

[4] Tomé estas cifras del Instituto Nacional de Estadística y Geografía de México, de diversas tablas; visitado el 7 de noviembre de 2016, http://www3.inegi.org.mx.

[5] Véanse Carlos Illades, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876,* El Colegio de México, México, 1996; Mario Trujillo Bolio, *Operarios fabriles en el valle de México, 1864-1884,* El Colegio de México, México, 1997; Sergio Miranda Pacheco, *Tacubaya. De suburbio veraniego a ciudad,* UNAM, México, 2007.

abiertos se subastarían. Sin embargo, nadie midió los terrenos ni dio a los pobres los títulos de terrenos que alguna vez estuvieran en tierras comunales. La ciudad carecía de fondos, pero los liberales insistían en que la privatización no podía esperar. Por lo que las privatizaciones aceleraron tanto una urbanización formal que sirvió a los ricos y acomodados como una urbanización informal que obligó a los pobres a vivir en una incertidumbre legal.[6] Al enfrentarse a la privatización sin garantías legales y a la expansión urbana sin servicios citadinos, los residentes de los barrios se organizaron. Se adjudicaron casas y terrenos; defendieron plazas, calles y mercados, y pelearon contra las adjudicaciones a los forasteros con un éxito limitado. Los obreros de las industrias suburbanas y los talleres de artesanías del centro crearon asociaciones políticas y sociedades de ayuda mutua; exigían mejores pagas y condiciones laborales, y hacían huelgas periódicas. Los obreros y los residentes de los barrios se organizaron para reclamar mejores vidas en una ciudad en crecimiento.[7]

Cuando la política se estabilizó bajo el gobierno de Porfirio Díaz, la economía nacional se diversificó y creció rápidamente, y la ciudad de México siguió expandiéndose.[8] Los ferrocarriles que llegaban al golfo en Veracruz y a la frontera con los Estados Unidos en Laredo y El Paso reforzaron el carácter nuclear de la capital y los vínculos con un mundo dominado cada vez más por el capital estadunidense. La industrialización y el desarrollo de exportaciones beneficiaron a los empresarios de la ciudad de México y a sus aliados políticos. La población de la ciudad no sólo se duplicó: el Distrito Federal, que incluía suburbios industriales en crecimiento, se triplicó. Había indicios de modernidad y prosperidad: hogares palaciegos y edificios públicos cercanos al centro; barrios acomodados que se extendían hacia el poniente a lo largo del bulevar que recibía el nombre de Reforma en honor al progreso liberal. Los tranvías arrastrados por caballos integraron el centro en la década de 1880 y fueron remplazados por otros eléctricos hacia 1900.[9] Las fábricas se mudaron al centro cuando el vapor y la electricidad permitieron que se ubicaran cerca de los mercados y los obreros. Los mejores vecindarios obtuvieron pavimento, agua, alcantarillado y alumbrado.

Una ciudad de México diferente se expandió hacia el norte, hacia el oriente y hacia el sur del centro. Allí, las subdivisiones y los asentamientos precedían a la planeación; la legalidad era incierta; la informalidad, inevitable.[10] En el barrio indígena de Tepito, al norte del centro, la privatización

[6] Véase Ernesto Aréchiga Córdoba, *Tepito. Del antiguo barrio de indios al arrabal,* Ediciones Unión, México, 2003.

[7] Lo anterior sintetiza *idem.* Illades, *Hacia la república…, op. cit.;* y Trujillo Bolio, *Operarios…, op. cit*.

[8] Ariel Rodríguez Kurí, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México, política y gobierno, 1876-1912,* El Colegio de México, México, 1996.

[9] Miranda Pacheco, *Tacubaya…, op. cit.,* pp. 145-165; Rodríguez Kurí, *La experiencia…, op. cit.,* pp. 151-174.

[10] Rodríguez Kurí, *La experiencia…, op. cit.,* pp. 92-96.

llegó después de 1868 sin agrimensura ni títulos. Los empresarios compraron terrenos de residentes con títulos inciertos a precios bajos. Los constructores obtuvieron permisos de la ciudad para trazar calles y plazas, establecer nuevos terrenos y venderlos con títulos a los compradores. La ciudad prometió pavimentar las calles; el agua, las alcantarillas y el alumbrado se dejaron de lado. La tierra se privatizó, los empresarios se beneficiaron y los residentes obtuvieron títulos: una legalidad básica. Las calles nunca se pavimentaron (la ciudad aseveró que carecía de fondos); el agua provenía de pozos excavados en espacios públicos; las calles sin pavimentar fungían también como alcantarillas; no había alumbrado público.[11]

Los barrios de legalidad incierta y pocos servicios dieron forma a la ciudad trabajadora. El empleo limitado, los jornales bajos y los servicios escasos dejaron a números crecientes de personas batallando por vivir. En Tepito, las rentas eran baratas y había vendedores por todas partes, tan pobres como quienes les compraban. El trabajo inseguro e informal y las ventas mantenían el crecimiento del número de personas que vivían en la marginalidad. Para 1900, Tepito era famoso por sus tianguis: la comida era barata; se hacían, vendían y reparaban ropa y calzado. Las herramientas y los artículos domésticos se vendían en cada esquina; con precios tan bajos, ¿quién cuestionaba si eran usados o robados? Tepito era una comunidad de la informalidad: condenada desde el exterior, era una forma de vida al interior. Informales, insalubres y con frecuencia ilegales, sus viviendas, sustento y mercancías a bajos precios subsidiaban la economía formal, mantenían con vida a los pobres y permitían que quienes pagaban sueldos miserables tuvieran ganancias y proclamaran la modernidad.[12]

La expansión de la industria creó nuevas oportunidades para algunos. Como los hogares en apuros necesitaban a varios sirvientes, los empleadores atrajeron a las mujeres al empleo. Su labor ayudaba a mantener los jornales bajos, mientras enfrentaban la condena de los prósperos por "abandonar" a sus hijos para trabajar y alimentarlos. La vida de la ciudad trajo consigo inseguridades duraderas para mujeres y hombres en los márgenes de la clase media, entre los obreros y aquellos que luchaban por obtener alguna ganancia en mercados inciertos. Una recesión, el desempleo o una enfermedad que dejaba a un adulto sin trabajo podían poner en riesgo la vida familiar. Empeñar pertenencias se convirtió en una forma de sobrevivir cuando todo lo demás fallaba. Las joyas baratas, la ropa, los utensilios y otras mercancías del hogar se dejaban a cambio de efectivo, con la esperanza de recuperarlos cuando mejoraran los tiempos.[13]

[11] Una vez más, esto se detalla en Aréchiga Córdoba, *Tepito…, op. cit.*

[12] Una vez más, la fuente principal es *idem.*

[13] Marie Eileen Francois, *A Culture of Everyday Credit. Pawnbroking and Governance in Mexico City, 1750-1920,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2006.

La respuesta social fue organizarse. Cuando mujeres y hombres de tiendas y fábricas construyeron sociedades de ayuda mutua, los honraban. Si se volvían hacia la caridad encontraban pequeñas recompensas. Cuando se movilizaban para exigir derechos y pagas más altas, la condena no tardaba en llegar.[14] Ante el espectro de la pobreza persistente, las desigualdades estructurales y las inseguridades perdurables, las luchas informales posibilitaban pequeñas ganancias. Los mercados locales y las economías de servicios menudos mantenían con vida a las familias y ayudaban a estabilizar la vida de la ciudad, en tanto los jornales bajos subsidiaban una economía formal que beneficiaba a unos cuantos, sostenía al régimen y mantenía el crecimiento de la ciudad, al tiempo que se esparcía la marginalidad. Los poderosos prosperaban; un sector medio, pequeño, pero en crecimiento, de administradores, comerciantes y profesionales obtuvo nuevas comodidades. La mayoría urbana se afanaba en vecindarios localizados al norte, al oriente y al sur del núcleo, lejos de los monumentos, con pocos servicios, excepto por los canales que tiraban las aguas residuales de la ciudad cerca de la nueva penitenciaría de San Lázaro.

Cuando la política se abrió en 1910 y el régimen se vino abajo en 1911, muchos en la capital tenían la esperanza de obtener nuevos derechos; a la vez, les preocupaba que los rebeldes rurales les negaran los alimentos. La mayoría de los habitantes de la ciudad de México se quedaron en casa y en sus trabajos, observadores inciertos de las batallas sociales que los rodeaban y de los guerreros políticos que descendían desde el norte. Los diversos habitantes de la ciudad de México sobrevivieron a la revolución, mientras intentaban darle forma como podían. Se organizaron, hicieron peticiones, se amotinaron y lanzaron ataques. Al depender de jornales, no podían montar insurgencias que compitieran con los zapatistas, los villistas u otros afianzados en autonomías rurales. Como los habitantes de la ciudad industrial de Monterrey al norte, no podían hacer una revolución.[15]

En efecto, los años revolucionarios intensificaron los conflictos políticos, junto con las inseguridades económicas y sociales. Entre 1910 y 1921, mientras la nación perdía medio millón de personas a causa de la violencia revolucionaria y la mortal influenza de 1918, la capital añadió 200 000 residentes

[14] Véase Susie Porter, *Working Women in Mexico City. Public Discourse and Material Conditions, 1879-1931,* University of Arizona Press, Tucson, 2003 [*Mujeres y trabajo en la ciudad de México. Condiciones materiales y discursos políticos, 1879-1931,* trad. María Palomar Verea, El Colegio de Michoacán, Zamora, 2008].

[15] Véanse John Lear, *Workers, Neighbors, and Citizens. The Revolution in Mexico City,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2001; Pablo Piccato, *City of Suspects. Crime in Mexico City, 1900-1931,* Duke University Press, Durham, 2001 [*Ciudad de sospechosos. Crimen en la ciudad de México, 1900-1931,* trad. Lucía Reyes, CIESAS México, 2010]; y Katherine Bliss, *Compromised Positions. Prostitution, Public Health, and Gender Politics in Revolutionary Mexico City,* Penn State Press, State College, 2002.

en la forma de personas que buscaban refugio.[16] Los constitucionalistas que gobernaron la ciudad a partir de 1915 cortejaron a los obreros de la ciudad e incluso los movilizaron para que pelearan cuando fuera posible. Con todo, Carranza, Obregón y sus aliados buscaban consolidar primero el nuevo régimen; hicieron muchas promesas a los obreros y cumplieron tan poco como pudieron.[17] En 1916, el ingeniero e intelectual Alberto Pani vio una ciudad plagada por la polarización y la enfermedad; culpó a "la repugnante corrupción de las clases altas y la miseria de las clases bajas".[18] Una vez en el poder, los constitucionalistas aplastaron huelgas que tenían por meta poner coto a la miseria.

La década de 1920 trajo consigo conflictos políticos continuos, el renacimiento de la economía de exportaciones y un lento viraje hacia la industrialización. La ciudad siguió creciendo, aun sin los recursos para proporcionar los servicios básicos. Chapultepec Heights (después, Lomas de Chapultepec) se convirtió en un nuevo y elegante vecindario para las élites "revolucionarias", con parques, pavimento y la mejor electricidad, agua y servicios de alcantarillado. En otras partes, las nuevas subdivisiones para las multitudes que buscaban una oportunidad en la ciudad beneficiaron a quienes vendían tierras, por lo general, sin servicios. Los pobres seguían adoptando la autoayuda y competían por los recursos limitados que ofrecía un régimen "revolucionario". Con el fin de la década, la ciudad se acercaba al millón de personas, la mayoría de las cuales luchaban con denuedo por sobrevivir.[19]

Mientras tantos vivían sumidos en la inseguridad los líderes nacionales presentaban a la ciudad como la capital de una nación revolucionaria que prometía ganancias para los mexicanos, un modelo para muchos que buscaban una transformación global, sin un giro hacia el comunismo. Intelectuales, escritores y artistas atrajeron a la ciudad a los soñadores globales. Ellos imaginaban un mundo de justicia cimentado en comunidades rurales idealizadas que rara vez visitaban, mientras los campesinos enfrentaban un régimen que promovía reformas en servicio del capitalismo. Los soñadores radicales rara vez vieron las penurias de Tepito y otros barrios de la ciudad. A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, el mundo vio una ciudad de esperanza en una nación de promesa, en tanto los mexicanos urbanos y rurales batallaban para sobrevivir.[20]

[16] Tutino, "The Americas in the Twentieth-Century…", *op. cit.,* tabla 1.

[17] Lear, *Workers…, op. cit.*

[18] Tomado de Alberto Pani, *La higiene en México (1916),* en Claudia Agostini, *Monuments of Progress,* University of Colorado Press, Boulder, 2003, pp. 149-152.

[19] Véase Miranda Pacheco, *Tacubaya…, op. cit.;* y Sergio Miranda Pacheco, *La creación del Departamento del Distrito Federal. Urbanización, política y cambio institucional,* UNAM, México, 2008.

[20] Mauricio Tenorio Trillo, *I Speak of the City. Mexico City at the Turn of the Twentieth Century,* University of Chicago Press, Chicago, 2013 [*Hablo de la ciudad. Los principios del siglo xx desde*

En 1930 la depresión redujo las exportaciones, mientras los mercados globales se derrumbaban; las fuentes externas de capital se secaron. Con el impulso de Lázaro Cárdenas, desde 1934 México se volvió hacia la industrialización para los mercados nacionales. Cárdenas aceleró la distribución de tierras para pacificar a las comunidades rurales, empujándolas a producir excedentes para las industrias y los consumidores urbanos. Atrajo nuevas fábricas a la capital; favoreció a los obreros con derechos sindicales y jornales crecientes a cambio de apoyo político.[21] Construyó un régimen autoritario en la cima; corporativista en confederaciones de campesinos, obreros y empresarios; incluyente en su meta de llevar cada interés importante a un dominio mediado por el Estado en que las metas se negociaban y las oposiciones se equilibraban de maneras controladas.

La consolidación política de Cárdenas tuvo éxito. Los campesinos consiguieron tierras, organización y una voz limitada en el régimen. Los obreros obtuvieron derechos, prestaciones, mejores salarios y representación sindical. Los capitalistas consiguieron apoyo para la industrialización, mientras se enfrentaban a las restricciones limitadas necesarias para pacificar a campesinos y beneficiar a los obreros. En la ciudad de México, el régimen ofrecía una participación fragmentada. Como el Distrito Federal carecía de un gobierno independiente, la política se concentraba en las autoridades nacionales. Los empresarios encontraron representación a través de sus cámaras; de igual forma, la hallaron los obreros, organizados en sindicatos y en la Confederación de Trabajadores de México (CTM). La participación desigual de industriales y obreros facilitó el desarrollo industrial, permitiendo que las preocupaciones de los obreros se abordaran de forma limitada. Los sectores medios crecieron y se concentraron en la capital, donde dependían del Estado para la educación y del régimen y las nuevas industrias para el empleo.[22] Muchos más vivían en barrios marginales con pocas oportunidades económicas y menos voz en la política.

la ciudad de México, trad. Gerardo Noriega Rivero y Juan Tovar, rev. de la trad. Fausto José Trejo, FCE, México, 2017], explora todo esto y más con un detalle maravilloso.

[21] Sobre Cárdenas y el régimen posrevolucionario, véanse Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy. Post-Revolutionary Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1982 [*México. Los límites de la autonomía del Estado,* trad. Ana María Palos, Era, México, 1983]; y Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana,* Cal y Arena, México, 1994. Sobre la industria posrevolucionaria, véase Susan Gauss, *Made in Mexico. Regions, Nation, and the State in the Rise of Mexican Industrialism,* Penn State Press, University Park, 2011; sobre los límites del poder de Cárdenas, véase Ben Fallaw, *Religion and State Formation in Post-Revolutionary Mexico,* Duke University Press, Durham, 2013.

[22] Diane Davis, *Urban Leviathan. Mexico City in the Twentieth Century,* Temple University Press, Filadelfia, 1994 [*El Leviatán urbano. La ciudad de México en el siglo xx,* trad. Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1999], es esencial en esto y mucho más.

Sobrevivir a la ciudad, 1940-1960

Después de 1940 todo pareció cambiar, excepto por los compromisos con el capitalismo nacional y la aceleración del crecimiento urbano. El sistema político construido por Cárdenas había proporcionado una participación limitada y una mediación frecuentemente efectiva, al tiempo que trabajaba por consolidar el poder. Sus sucesores se concentraron en promover la industria y en utilizar el régimen para controlar a las comunidades rurales y los obreros. En la capital, el régimen favoreció a los empresarios, mientras limitaba las ganancias de los trabajadores organizados. Cuando los sectores medios crecieron en la década de 1950, el sector popular del PRI sirvió a sus intereses de formas limitadas y controladoras. Mientras tanto, la revolución verde que alimentaba a la ciudad llevó a multitudes que se habían quedado sin tierras y estaban desempleadas a sus barrios, donde descubrieron que tenían poca voz política.[23]

El régimen se consolidó, la participación se restringió y se abrió la puerta a una nueva agricultura, con lo que el impulso dado a un capitalismo industrial y nacional se aceleró. El capital y los recursos para la infraestructura urbana siempre fueron escasos. Para reducir los costos, el régimen concentró la industria en la ciudad capital. La red nacional de transporte se concentraba allí, un legado de la construcción de ferrocarriles del siglo XIX que se reforzó con la construcción de carreteras en el siglo XX. La energía también se concentraba en la ciudad, con petróleo que se transportaba en ductos desde la costa del golfo hasta la refinería suburbana de Azcapotzalco. Lo mismo ocurría con la gente. Entre 1940 y 1970, la migración permanente hacia la ciudad de México igualaba a la migración temporal hacia los Estados Unidos. Para 1970, la capital incluía casi la mitad de la producción industrial mexicana y los servicios relacionados. Casi 60% de las actividades de transporte se concentraban allí, lo que facilitaba el acceso a los mercados nacionales. Con 20% de la población mexicana y 40% de la inversión, la producción y los servicios industriales, la ciudad de México se convirtió en un mastodonte industrial que dominaba a una nación en proceso de urbanización.[24]

Para la mayor parte de los habitantes de la pujante ciudad, la vida seguía suponiendo una serie de desafíos cotidianos. El empleo se quedó muy por

[23] El estudio clásico es Cynthia Hewitt de Alcántara, *Modernizing Mexican Agriculture. Socioeconomic Implications of Technical Change,* UN Research Institute for Social Development, Ginebra, 1976 [*La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970,* trad. Félix Blanco, Siglo XXI Editores, México, 1982].

[24] Véanse Gustavo Garza, *El proceso de industrialización en la ciudad de México,* FCE, México, 1985; y Benjamin Fulwider, *Driving the Nation. Road Transportation and the Post-Revolutionary Mexican State*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2009.

detrás del crecimiento industrial. La prevalencia de las técnicas mecanizadas que ahorraban trabajo se aseguró de ello. Una combinación nacional de cultivo y manufactura ahorradores de trabajo creó una economía floreciente de producción y productividad en aumento, la cual tenía asegurado quedarse atrás en la generación de empleos. La agricultura ofrecía principalmente trabajo estacional, mal pagado e inseguro; las nuevas industrias generaban empleos bien pagados y más seguros, aunque muy por debajo de las necesidades de la creciente población urbana. El empleo escaso y los ingresos bajos más allá de los sectores medios y los obreros industriales limitaron los mercados de bienes manufacturados. Un ciclo de crecimiento con restricciones inherentes atrapó a la ciudad en desigualdades estructurales, mientras se expandía para incorporar a un número cada vez mayor de personas. Unos cuantos obtuvieron ganancias, más prosperaron en papeles medios y los obreros industriales encontraron trabajo estable, salarios sólidos y nuevas prestaciones —rodeados de poblaciones marginales que buscaban sobrevivir y mantener a sus familias en cualquier forma que fuera posible—. La ciudad capital, la ciudad industrial, la ciudad informal y la ciudad desesperada crecieron juntas.

De 1940 a 1960, la ciudad creció de menos de dos millones a más de cinco, atrayendo a muchos migrantes de las comunidades rurales. Llegaron desde el corazón y de zonas más lejanas, dejando atrás comunidades que se enfrentaban al crecimiento poblacional, la escasez de tierras, la fragmentación política y la disolución familiar. La mayoría se asentaron en barrios antiguos, como Tepito, donde las casas viejas y la escasez de servicios se estiraban para acomodar a los recién llegados con pocas oportunidades. A mediados de la década de 1950, Oscar Lewis registró biografías detalladas de cinco miembros de la familia Sánchez (un seudónimo), quienes en su mayoría vivían en una vecindad de Tepito. Éstos contaron vidas marcadas por una pobreza profunda, por la inseguridad endémica, la fragmentación familiar y la violencia regular: entre los hombres, de los hombres hacia las mujeres, y también entre las mujeres. Publicado a principios de la década de 1960, *Los hijos de Sánchez* se leyó ampliamente y a menudo resultó controvertido.[25] Lewis buscaba revelar vidas atrapadas en una "cultura de la pobreza". Muchos lectores estadunidenses vieron vidas de autodestrucción y supusieron que transmitían una imagen de la "cultura mexicana". Los promotores del proyecto nacional mexicano vieron prejuicios en la selección de las historias que Lewis sacó a relucir al mundo.

Al leerse más de medio siglo después, las narraciones de la familia Sánchez presentan las voces de personas que se aferraban a expectativas arraigadas en comunidades rurales, culturas de patriarcado familiar, pero que

[25] CSL [*Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana. Una muerte en la familia Sánchez,* trad. Susan M. Rigdon, FCE, México, 2012].

todos los días aprendían que, en la ciudad, sus metas eran imposibles de alcanzar. El patriarcado, con el que los hombres esperaban proveer a sus familias y las mujeres esperaban mantener los hogares (o se esperaba de ellas que lo hicieran), preparar las comidas, hacer ropas, criar hijos y comerciar en los mercados locales, resultaba imposible en la ciudad. Allí, sólo el dinero podía mantener los hogares, y en Tepito éste era escaso. Los hombres batallaban por proveer; las mujeres, por alimentar, vestir y criar a su descendencia. Los hijos, siempre con incertidumbre en torno a las tortillas de cada día, con zapatos gastados, ropas andrajosas y perspectivas funestas, rara vez obedecían en casa o en la escuela, donde era extraño que se quedaran. Las formas de sustento autónomo e integración familiar que mantuvieron unidas a las familias en las comunidades rurales durante siglos (y que se corroyeron después de 1870) se vinieron abajo en la ciudad. En las narraciones de los Sánchez eran igualmente poderosas las expectativas patriarcales que persistían al mismo tiempo que se tornaban imposibles. La mezcla de expectativa e imposibilidad hacía que las vidas fueran inseguras, desesperadas y, con demasiada frecuencia, violentas.

Juan Sánchez era el más cercano a vivir el ideal patriarcal, algo en lo que él insistía y en lo que sus hijos estaban de acuerdo. Nacido en una aldea del estado de Veracruz, hijo de un comerciante arriero, de niño se había mudado a un pueblo cercano donde su padre abrió una tiendita, que fue saqueada en los tiempos de la revolución. Sus padres se separaron, su madre murió, él huyó de su padre para trabajar en los campos de caña y los molinos de granos del Veracruz posrevolucionario. Como batallaba para comer, se fue a la ciudad de México, estableciéndose en Tepito, y empezó a trabajar como comprador de alimentos para un restaurante. Iba todos los días al mercado de La Merced. Tras crear vínculos con los comerciantes de allí, comenzó a criar aves y luego cerdos, y a venderlos a los comerciantes. En la década de 1950 compró un terreno (con pocos servicios) en uno de los nuevos barrios de la periferia, donde construyó una casita y tenía algunos animales. Primero lo rentaba y luego compró un corral en Ixmiquilpan, en El Mezquital, al norte de la ciudad de México. Aprovechó el conocimiento que había obtenido de joven en el campo para vincular al mundo rural con la ciudad. Nunca tuvo ganancias, pero siempre conseguía más que la mayoría en Tepito. Insistía en que su meta era proveer a una familia que había hecho a partir de relaciones con una serie de mujeres que le dieron numerosos hijos (incluidos los cuatro a los que Lewis entrevistó).[26]

Desde un inicio, Jesús declaraba sus metas patriarcales claramente: "Respeto a mi patrón […] Él es para mí como un padre", y añadía: "Todo lo que hago es trabajar y cuidar de mi familia […] Para mí no hay paseos ni fiestas, ni hay nada, sólo trabajo y familia". Entendía la causa de los conflic-

[26] Jesús reporta su vida en CSL, pp. 3-13 y 81-99 [pp. 57-65 y 499-513].

tos endémicos que su familia y sus vecinos experimentaban: "Creo que en la mayoría de los hogares los disgustos y las tragedias tienen una base económica; porque si uno necesita 50 pesos diarios y no los tiene, pues anda molesto, anda preocupado y hasta se pelea con la esposa".[27] Sus hijos recuerdan que Jesús siempre proveyó algo (un cuarto, comida, un poco de dinero, ropa, zapatos), pero nunca suficiente. Llevaban vidas de inseguridad tocadas de conflicto, vinculados con un padre que por lo menos intentaba proveer a su única relación duradera: un vínculo definido por una mezcla de respeto y distancia.

De niños, los hijos Manuel y Roberto, pasaban poco tiempo en la escuela, por lo que sólo consiguieron una alfabetización básica; éstos intentaban constantemente conseguir un poco de ingresos: pequeños trabajos, comercios menores, robos insignificantes. Manuel entendía: "Pero ahora comprendo que mi papá no podía atender a tantos". Su respuesta: "Yo vengo de Tepito, y los de Tepito no nos dejamos nunca de nadie".[28] Cuando los niños crecieron, el trabajo regular resultaba escaso; Manuel saltaba de un trabajo a otro, y Roberto solía recurrir a los robos. Ambos perseguían mujeres y tuvieron hijos; como nunca fueron capaces de proveer, nunca forjaron relaciones duraderas ni pudieron adjudicarse el papel patriarcal. Ambos dejaban la ciudad en ocasiones: Manuel trabajó en los Estados Unidos como bracero; Roberto lo intentó en Veracruz, luego se unió al ejército y lo enviaron a Guadalajara. Nada perduraba y siempre regresaban a Tepito, a depender de su padre, a relaciones con muchas mujeres y luchas por ser padres para sus hijos. La violencia comenzó con peleas de pandillas en la vecindad y dio forma a sus vidas con relaciones familiares conflictivas.[29]

Manuel intentó las formas antiguas: "Mi mamá y toda su familia iban a Chalma con frecuencia", y él los acompañaba de niños. Luego, cuando comenzó a cortejar a su primer amor, "[y]o quería asegurar mis relaciones con Graciela para que no me dejara". Recurrió al "Santo Cristo de Chalma. Parecía como si a mí solo me estuviera recibiendo y eso me hacía sentir algo muy bonito, porque yo tenía mucha fe en ese tiempo. Le pedía yo al Señor, al Santo Cristo de Chalma, que me diera fuerzas, que me abriera algún camino para ganar bastante dinero y poderme casar con Graciela, y también que ella no me engañara". No funcionó, ni con Graciela ni con ninguna otra mujer. Las relaciones iban y venían; los hijos llegaban y batallaban para vivir, y con frecuencia dependían de madres muy inseguras, al tiempo que Manuel era incapaz de proveer.[30]

Las formas rurales seguían siendo un ideal para Roberto. Sus recuerdos de David, un primo de las cercanías de Córdoba, Veracruz, quizá sean el único

[27] CSL, pp. 10, 12 [pp. 63, 64].
[28] CSL, p. 31 [pp. 80, 81].
[29] CSL, pp. 17-87, 157-233, 323-402, para los recuerdos de los hijos.
[30] CSL, pp. 22, 55 [pp. 72, 105, 106].

retrato positivo de un hombre en todo el volumen: "Era grande, un gigante, y cuando daba la mano, ¡qué apretones daba! […] David vivía con nosotros y mi papá le consiguió un trabajo […] David siempre se portó bien y todos lo queríamos". Roberto contaba una ocasión en que una mujer casada intentó seducir a David y él la rechazó. "David se regresó a Córdoba con un pretexto", probablemente la falta de trabajo en Tepito. A finales de la década de 1940, regresó de visita con su madre y se llevaron a Roberto a su aldea.

> Me gustó mucho. Me quedé como un mes y ya no me quería ir. No tenía las comodidades que nos daba mi papá, pero me sentía sano y feliz. Prefiero la vida del campo. Es más pacífica y sin ruidos y se puede respirar tranquilamente. Se le ve a la gente la honradez hasta por los codos. Son gente diferente, más honrada y cabal; de diferente modo de ser. Aquí en la ciudad hay que estar alerta contra todo mundo y esperar todo de todos.[31]

Como batallaba por vivir a partir de la violencia y los robos y con inseguridad en la ciudad, Roberto imaginó quedarse en la aldea. "Quería ser ranchero y aprendí el trabajo cuando estuve allí. El esposo de Olivia [el padrastro de David] me enseñó de todo, arar, surcar, voltear, terrar, cultivar, sembrar, pizcar, todo. Me daba unas clasecitas en el campo y así aprendí a plantar caña, maíz, frijol y arroz." No obstante, Roberto se fue. La familia podía echar mano de Roberto y enseñarle a cultivar, pero no tenían tierras que compartir. Así que Roberto disfrutó el tiempo que pasó allí, aprendió las formas rurales y regresó a Tepito. Comoquiera que sea, el mes en la aldea fue "útil después, porque cuando estuve viajando trabajé en los campos".[32] Un joven de ciudad podía soñar con una vida rural; pero no podía hacerse de una.

Consuelo, la hija mayor, reportaba recuerdos diferentes de la vida en Tepito. De niña intentó ayudar a su tía moliendo maíz para la comida de una fiesta. "No me fue posible molerlo. Mi tía me dijo: —Ay, hija, ¿qué vas a hacer cuando te cases? ¿Qué tal si te toca un marido que sea exigente como fue mi primer esposo? Imagínate, yo tenía que levantarme a las cinco de la mañana para moler tres, cuatro, cinco cuartillos de nixtamal y echar tortillas para darle de desayunar. Y cuando no podía yo —al principio que no sabía— él me pegaba para que aprendiera."[33] Hombres que no podían cultivar y batallaban para proveer dinero esperaban que las mujeres hicieran trabajo duro convirtiendo los cultivos en comidas. Consuelo aprendió la lección. Terminó la primaria, buscó trabajos para tener ingresos propios y, durante años, evitó a los hombres que no podían proveer. La escuela le ayudó a encontrar trabajos; eran pocos los que pagaban bien y ninguno duraba.

[31] CSL, p. 82 [p. 130].
[32] CSL, pp. 82-83 [p. 130].
[33] CSL, p. 277 [p. 307].

Su hermana menor, Marta, sucumbió rápidamente a los hombres. Ella aprendió lo que Consuelo temía: los hombres la buscaban por sexo con promesas de sustento; ellos incumplían, desaparecían, o ambas cosas de cara a las obligaciones familiares. Marta dijo con una claridad franca: "¿Sabes qué clase de hombre resultó ser? Uno que quería tener hijos, y quería tener mujer, pero cuando los tuvo ya no los quiso, era muy desobligado". Apreciaba a su padre, que llevaba mucho siendo viudo: "Mi papá es libre… a él no lo amarra ninguna ley, sólo su propio sentimiento. Si mi papá fuera otro ya nos hubiera abandonado a todos. Pero ahí está a cargo de todos".[34] Aun así, Marta y sus hermanos reportaban que si bien Jesús siempre proveyó algo —un lugar para dormir en el piso, un poco de ropa, algo de dinero—, nunca proveyó un sustento seguro para ninguno de sus muchos hijos.

Marta intentaba respetar a su padre. También encontró un ideal femenino:

> De admirar, pos a la única que puedo admirar es a mi tía Guadalupe. De verdad que es una mujer sufrida, ¿verdad?, como toda una mujer debe de ser. La admiro porque veo que tiene valor para seguir adelante y nunca se da por vencida. Cierto que ella se queja siempre de que el dinero no le alcanza y siempre está preocupada por el pago de la renta, pero no sé ni cómo le hacía pero por poquito que tuviera se las ingeniaba para dar de comer a todos. Compraba por ejemplo 50 centavos de chicharrón, 20 centavos de tomates medio magullados, unos cuantos centavos de aceite, cebolla, ajo y con eso hacía una buena cazuela.[35]

Al igual que Jesús, Guadalupe venía del campo, en su caso de Guanajuato. Ella aceptaba que el papel de una mujer era alimentar al hogar; tenía las habilidades para triunfar; si alguien le proveía los pesos necesarios, compraba los alimentos básicos.

Marta no pudo replicar el patrón de Guadalupe, por tratarse de una vida difícil de seguir. La más joven de los Sánchez hablaba de una vida entre mujeres con muchos hombres, más embarazos, pociones para inducir abortos y más hijos de los que los hombres podían o querían mantener. Ella también fue a Chalma en una peregrinación para pedirle ayuda, o al menos esperanza, al Cristo. "Pedí que me mandara un buen trabajo —pero creo que no me lo mandó nunca—." Renunció a los hombres como proveedores, así que le pidió a Dios que le permitiera a ella proveer. Nada acabó con su vida de luchas. Con cada hijo, visitaba a la Virgen de Guadalupe en su templo, daba las gracias y pedía ayuda, con pocos resultados. Se lamentaba: "Lo que sí, me sentí triste, desmoralizada, hasta arrepentida de que esa criatura viniera al mundo, por eso de que su padre la hubiera negado".[36]

[34] CSL, p. 299 [p. 317, 326].
[35] CSL, p. 312 [pp. 337-338].
[36] CSL, pp. 312-319 (citas pp. 316, 319) [pp. 337-344 (citas pp. 342, 344)].

Manuel, el mayor, terminaba su narración con un sueño: "Me sentiría orgulloso de poner una casita modesta, de educar a mis hijos, de ahorrar un poco. Me gustaría dejar algo para que cuando me muera todos me recuerden con cariño. Puede que esto cause risa".[37] El sueño del patriarcado pervivía, transformado en un chiste. Roberto fue encarcelado en Veracruz, trabajó en las fábricas de la ciudad de México y nunca encontró un ingreso firme ni una vida en familia. Sin embargo, él también conservaba el sueño: "Para mi modo de pensar un hombre que sólo engendra hijos, sin aceptar las obligaciones que ellos traen consigo, no merece vivir".[38] Se condenaba a sí mismo, sin reconocer que para los muchos aplastados en barrios como Tepito se había vuelto imposible vivir el ideal del patriarcado.

Consuelo, la que tenía más educación, una sed de independencia y sueños de vestir de blanco en su boda con un esposo que la apoyara, se resistió por mucho tiempo a las relaciones informales y a los hijos que producían. En su momento huyó a Monterrey con un hombre que le prometió una mejor vida. Al llegar, prácticamente sola en una ciudad que no conocía, quedó embarazada y se enfrentó a los mismos dilemas que su hermana y que tantas otras mujeres: falta de compromiso, falta de apoyo. Su padre fue por ella para regresarla a Tepito, donde ella también pasó de un hombre a otro, de un trabajo a otro. Después de esforzarse por ser una mujer independiente en un mundo de marginalidad urbana, se sentía desesperada: "Trato de acallar por todos los medios el dolor y la ansiedad que siento en mi pecho y ver con indiferencia a los cuatro niños a quienes tanto quiero. No he sido justa conmigo misma al agotar toda mi fuerza moral y física para ofrecerles una vida mejor", sólo para fracasar. "No tengo trabajo ni me apura porque así tengo un arma poderosísima." Terminaba con tristeza: "Voy a vivir medio ciega, en la forma en que lo hacen las demás gentes, y así adaptarme a la realidad".[39] Marta también entendía el dilema urbano: "El chiste de tener un hijo no solo es echarlo al mundo, sino arrimarle la comida y llevarle a una escuela". Ella condenaba a sus hermanos por su fracaso y a sus amantes por volverle imposible triunfar. Cuando termina su historia, está esperando a otro hijo, soñando con algo mejor, sabiendo que nunca llegará.[40]

En una reflexión final, Jesús se preguntaba por qué había intentado tanto mantener a sus hijos y había conseguido tan poco. Se preguntaba por qué siempre trabajaban en algo, nunca se superaban y rara vez mostraban estar comprometidos con sus hijos. Empero, conocía la respuesta: "Falta dinero; falta trabajo, y todo tan caro. Hoy han subido más los precios. Ha subido mucho el costo de la vida de unos días para acá. Así es que una familia, por ejemplo, de ocho o seis bocas, manténgala usted con un salario de 11 pesos.

[37] CSL, p. 370 [p. 401].
[38] CSL, p. 391 [p. 419].
[39] CSL, pp. 403-442 (cita p. 442) [pp. 429-465 (citas pp. 464, 465)].
[40] CSL, pp. 443-477 (cita p. 452) [pp. 466-497 (cita p. 474)].

El sueldo mínimo ahora lo han subido a 12, ¿pero, qué?, si la mercancía ha subido tres, cuatro o cinco veces". Aun así, Jesús tenía un sueño. Compró un terreno en el nuevo barrio: "Yo quiero dejarles un cuarto, es la ambición que tengo. Levantar aquella casita, una, dos o tres piezas; un cuarto para cada uno, para que vivan juntos […] Una casita que no vale mucho, pero donde pueda vivir mi gente. Usted, dentro, es dueño de todo. Será una protección para ellos cuando yo caiga para no levantarme más".[41]

Tras perder la esperanza por los cuatro hijos que compartieron sus dolorosas historias, Jesús construyó una casa para los tres hijos que tuvo con su última pareja. Luego de aprender en Tepito que la comida y la familia dependían del dinero, se dio cuenta de que el único camino adelante en la ciudad dependía del trabajo y de la tierra para construir una casa. Compró un terreno para edificar un hogar; ése sería su legado patriarcal.

La construcción de la metrópolis, 1960-1980

De 1960 a 1980, el área metropolitana de la ciudad de México pasó de cinco millones a 13 millones de habitantes, añadiendo ocho millones en dos décadas. Si los decenios que se extienden de 1940 a 1960 vieron migrantes y una población más grande de pobres urbanos concentrados en la supervivencia en barrios viejos atestados con cada vez más personas, las décadas de 1960 a 1980 estuvieron marcadas por una expansión hacia el exterior en que los números que crecían con mayor rapidez llevaron a las personas a construir nuevos barrios y casas, a organizarse y exigir servicios, escuelas y demás cosas; mientras tanto, seguían teniendo posibilidades económicas escasas. Antes de 1960, los hijos de Sánchez se concentraron en sobrevivir en Tepito, donde se enfrentaban a inseguridades que alimentaban la fragmentación y el conflicto; después de 1960, cada vez más personas siguieron el ejemplo de Jesús y se volcaron a construir hogares en barrios nuevos.

Si bien el empleo, los ingresos y servicios seguían siendo escasos, muchos pasaron de la adaptación al acto. Con esto llegaron mejoras reales. En muchos sentidos, la mayoría marginal construyó la expansión de la ciudad. Con su duro esfuerzo subsidiaron el régimen, la urbanización y la economía industrial. Las personas usaron lo poco que tenían —acceso a un terreno y trabajo duro— para construir hogares, barrios y la metrópolis. Cuando lo hacían, las condiciones de muchos mejoraron: en un mundo urbano que seguía estando definido por dependencias inseguras, ingresos escasos, luchas familiares y futuros inciertos.

Después de 1960 la industria prosperó, el empleo se quedó atrás y la marginalidad se extendió. Una alianza afianzada entre los empresarios y

[41] CSL, pp. 481-499 (cita pp. 494, 499) [pp. 499-513 (citas pp. 509-510, 513].

los poderes nacionales dominaba la ciudad y mantenía bajos los impuestos a las ganancias, la riqueza y los ingresos.[42] Con entradas muy por debajo de las necesidades de la creciente metrópolis, la ciudad invirtió en la industria y en los vecindarios de los ricos y acomodados. La producción se disparó, los prósperos florecieron y la infraestructura de la vida urbana se quedó atrás. El agua y el drenaje, la electricidad y la educación y, asimismo, los servicios de salud siguieron siendo escasos en los barrios que eran hogar de una cantidad creciente de trabajadores, vendedores, empleados domésticos y de los migrantes que se les unían.

Las personas que llegaban a raudales a la metrópolis competían por formas de vivir, y dependían de ingresos en efectivo y del mercado para sobrevivir. Su pobreza subsidiaba los proyectos industriales y urbanos con jornales bajos e iniciativas de autoayuda. Con el poder concentrado, la producción industrial y la polaridad social afianzadas en su lugar, el desafío de construir una metrópolis que estaba creciendo hasta los 13 millones de habitantes era enorme. El régimen conocía la importancia de proporcionar servicios básicos: agua, alcantarillado, pavimento, electricidad, escuelas; financiaba la infraestructura y los servicios, pero nunca en niveles que siguieran el ritmo de la explosiva expansión. Los funcionarios insistían en que los fracasos y los retrasos se debían a una falta de fondos. Los críticos respondían que los poderes politizados tomaban decisiones. En última instancia, los funcionarios a nivel federal y municipal tomaban decisiones politizadas con recursos financieros siempre insuficientes.

Había economías de escala y ahorros reales al enfocar la inversión económica y en infraestructura en la metrópolis. Eso alimentaba un ciclo perdurable en que la expansión industrial y comercial se concentraba en la ciudad de México, atraía a una población creciente y creaba necesidades mayores de trabajo, infraestructura y servicios; pero al régimen le quedaban pocos recursos para financiar la infraestructura urbana. Así que planeaba, prometía y cumplía los planes ofrecidos de formas limitadas. Se construyó el sistema del metro, las obras de agua y alcantarillado llegaron tarde o temprano, financiadas con préstamos que condujeron a deudas desorbitantes en la década de 1970. La promesa de ingresos petroleros trajo consigo más préstamos para proyectos urbanos. Se construyó más infraestructura; los barrios consiguieron escuelas y servicios antes de que todo se viniera abajo en la década de 1980.[43] En última instancia, el proyecto de un capitalismo nacional con capital escaso y dependiente de deudas generó ganancias, una producción industrial y una expansión urbana, a la vez que limitaba el empleo, los ingresos y

[42] En esto pone énfasis Stephen Haber *et al., Mexico since 1980,* Cambridge University Press, Nueva York, 2008.

[43] Davis, *Urban Leviathan…, op. cit.,* muestra cómo los proyectos de infraestructura de la ciudad crearon deudas que ayudaron a derrumbar el sistema.

el consumo. Encauzó una explosión metropolitana cimentada en barrios marginales, en buena parte construidos por sus habitantes.

Los pocos poderosos y los muchos marginados sorteaban la vida en la ciudad que compartían. El régimen nacional, autoritario en la cima, corporativista en su organización, incluyente dentro de sus límites y participativo de formas controladas, dominaba un Distrito Federal que incluía a la ciudad de México (el núcleo metropolitano). El presidente nombraba al jefe de gobierno; los hombres poderosos que defendían intereses y los movimientos barriales que exigían servicios se dirigían por igual a los funcionarios nacionales. Las cámaras de comercio y de la industria promovían los intereses empresariales. La Confederación de Trabajadores de México (CTM) representaba a los obreros. Ninguna organización formal abordaba las necesidades barriales de empleo, infraestructura y servicios.[44]

El sector popular (la CNOP), organizado en la década de 1950, proporcionó representación corporativa a una clase media en expansión de burócratas gubernamentales y algunos profesionales. La mayor parte de ellos dependían del Estado para tener educación y empleo. Los sectores medios profesionales y comerciales de la ciudad se beneficiaron de los planes de desarrollo de medio siglo, incluso cuando muchos se desvivían para seguir siendo clase media. Dependían del gobierno y de su modelo de capitalismo nacional, buscaban formas de consumo que seguían el modelo estadunidense, pero que no estaban a su alcance. Muchos, también, mantenían principios católicos que se oponían a las formas seculares promovidas por el régimen.[45] En una ciudad de organización, negociación y mediación constantes, los recursos limitados fluían en primer lugar hacia la industria y los intereses de los poderosos. La gente que luchaba por convertirse en clase media y permanecer en ella y otros que trabajaban en la industria ganaron un poco. Las multitudes en barrios moldeados por la pobreza y la inseguridad dependían principalmente de sus propios recursos. Respondieron con la construcción de una ciudad propia, con lo que subsidiaron el corazón urbano del proyecto capitalista nacional.

La expansión de las nuevas comunidades se construyó con ilegalidades sancionadas, es decir, las hicieron constructores que obtuvieron derechos de tierras en los márgenes de la ciudad, vendieron terrenos con o sin títulos claros, trazaron líneas para calles que rara vez pavimentaron, prometieron electricidad que en el mejor de los casos llegaba tarde y esperaron a que las autoridades proporcionaran escuelas y clínicas, que también llegaban tarde y en formas limitadas. Dichas comunidades estaban definidas por la inseguridad social y les daban forma las informalidades en la vivienda y los servicios que

[44] Este entendimiento de la política de la ciudad está en deuda con *idem*.

[45] Véase Emilio Coral, *The Mexico City Middle Class, 1940-1970. Between Tradition, the State, and the United States*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2011, y Louise Walker, *Waking from the Dream. Mexico's Middle Class after 1968,* Stanford University Press, Stanford, 2013.

convertían la autoayuda en una forma de vida: la base de la movilización política, la negociación y la pacificación que conformaron las oportunidades de millones. Si bien las penurias de la familia Sánchez en Tepito revelan la persistencia de las expectativas patriarcales y la imposibilidad de cumplirlas en la ciudad del siglo XX, quienes se unieron a Jesús al mudarse a los barrios de la periferia demostraron que las tradiciones de esfuerzos organizados también perduraban para reclamar éxitos importantes —aunque limitados— en luchas por construir nuevas comunidades urbanas, sin que esto alterara la dependencia, la inseguridad y la marginalidad subyacentes que marcaban las vidas de tantos en la ciudad.

El crecimiento de Ciudad Nezahualcóyotl definió en muchas formas la expansión metropolitana de las décadas de 1960 y 1970. Neza (como se la conoce popularmente) ocupa una vasta extensión del lecho desecado del lago de Texcoco, al este del aeropuerto, justo afuera del Distrito Federal, en el Estado de México.[46] Los asentamientos iniciaron de manera informal en la década de 1950; quizá 30 000 personas la ocupaban para 1960. El Estado estableció regulaciones que exigían que las subdivisiones proporcionaran servicios básicos: calles pavimentadas, agua, alcantarillado y electricidad. En 1963 Nezahualcóyotl se convirtió en un municipio. Los empresarios con vínculos políticos obtuvieron derechos para realizar la agrimensura de grandes subdivisiones. Vendieron terrenos a personas que estaban desesperadas por tener una parte de la ciudad y la población explotó. Los antiguos residentes del centro de la ciudad y los migrantes de regiones periféricas llegaron en números cada vez mayores. En 1970 Neza tenía más de medio millón de residentes; para 1980, más de un millón.

Las nuevas subdivisiones se sancionaron, pero ninguna construyó los servicios ordenados legalmente. Los residentes compraron terrenos en calles que literalmente eran líneas en la arena. Unos cuantos pozos proporcionaban agua; la electricidad era escasa e irregular, la disposición de aguas negras era informal. Todo se inundaba durante la temporada anual de lluvias. Los títulos inciertos provenían de constructores que incumplían los términos de sus derechos de propiedad. Los terrenos cambiaban de manos de manera informal. La construcción de Nezahualcóyotl fue la esencia de la ilegalidad sancionada por el Estado. Las personas llegaban en cifras sorprendentes. Las ilegalidades sancionadas condujeron a barrios y a vidas marcados por las informalidades arraigadas de los mercados callejeros, las tienditas y el trabajo a cambio de jornales que eran una simple nimiedad. La informalidad ofrecía cuando menos oportunidades marginales para personas que se

[46] Carlos Vélez-Ibáñez, *Rituals of Marginality. Politics, Process, and Culture Change in Central Urban Mexico, 1969-1974,* University of California Press, Berkeley, 1983; y Fernando Palma Galván, *La participación social en la planeación del desarrollo urbano. Caso Nezahualcóyotl, Estado de México,* UNAM, México, 2007.

enfrentaban a vidas sin un trabajo seguro, sin ingresos regulares, sin servicios esenciales ni acceso a los poderes del régimen.[47]

Para millones, barrios como los de Nezahualcóyotl se convirtieron en una solución. Allí se podía comprar un terreno por muy poco y construir una casa con trabajo familiar y la ayuda de los vecinos, usando materiales comprados o recogidos, según lo permitieran las circunstancias: el sueño final de Jesús Sánchez. El arribo constante de recién llegados creaba aperturas económicas, sin importar cuán pequeñas fueran: una mujer podía cocinar y vender comida a los vecinos que estaban construyendo casas improvisadas; otras podían hacer ropa o repararla, o ayudar con el cuidado de los hijos para los pocos que tenían trabajos regulares. Un pequeño empresario podía vender herramientas; otro podía reparar coches que apenas si avanzaban; otros podían aprovecharse de los cables para obtener electricidad para ellos mismos y sus vecinos. La construcción de una ciudad sin servicios formales, una ciudad de ilegalidad estructural y sancionada y de informalidad generalizada, permitía que personas desesperadamente pobres, inseguras y dependientes de otras usaran lo poco que tenían (un terreno, trabajo, autoayuda, asistencia vecinal) para construir vidas nuevas.

En nuevos asentamientos como los de Ciudad Nezahualcóyotl, la gente que hacía frente a la dependencia, la pobreza y la inseguridad se movilizó para mejorar vidas sumidas en el marasmo. En Tepito, las antiguas vecindades ya estaban construidas; el desafío era pagar la renta y sobrevivir en los atestados interiores. En Neza y otras comunidades nuevas, los colonos tenían que construir casuchas mientras soñaban con hogares y se enfrentaban a ingresos y servicios escasos. La cooperación para construir hogares y barrios condujo a organizaciones que presionaban a la ciudad, a los nuevos municipios suburbanos y a los constructores que sancionaban para que cumplieran con las obligaciones de proporcionar pavimento y drenaje, electricidad y alumbrado, agua y servicios de alcantarillado, educación y servicios de salud, así como títulos para los terrenos, el único fragmento de autonomía a disposición de los habitantes de la ciudad. El auge de organizaciones informales que peleaban por servicios es bien conocido.[48] Cuando éstas eran

[47] El enfoque del desarrollo urbano que da forma a este análisis se explora con mayor profundidad y detalle en John Tutino y Martin Melosi (coords.), *New World Cities. The Challenges og Globalization and Urbanization in the Americas,*The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2018; mis énfasis constituyen el foco de la introducción y el primer y segundo capítulos; este último ofrece un análisis más estructural de los desafíos de la ciudad de México de 1870 al año 2000.

[48] Véanse Vélez-Ibáñez, *Rituals…, op. cit.;* Wayne Cornelius, *Politics and the Migrant Poor in Mexico City,* Princeton University Press, Princeton, 1975 [*Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política,* trad. Roberto Ramón Reyes-Mazzoni, FCE, México, 1980]; y Susan Eckstein, *The Poverty of Revolution. The State and the Urban Poor in Mexico City,* Princeton University Press, Princeton, 1977 [*El Estado y la pobreza urbana en México,* trad. José Ramón Pérez Lias, Siglo XXI Editores, México, 1999].

efectivas para organizar a los vecinos que batallaban y hábiles para abordar a las autoridades locales y al Estado-partido, obtenían beneficios para el barrio: pavimento nuevo o mejores servicios de aguas, cables eléctricos más largos o incluso una escuela o una clínica, lo que siempre era una mejora, pero nunca era suficiente para resolver las deficiencias de fondo. Al fin muchos organizadores encontraron trabajo en el partido o en el gobierno, por lo general lejos del vecindario que ellos o ellas habían organizado. Las comunidades obtenían servicios limitados; el régimen recompensaba y constreñía a sus líderes.

La política barrial de la informalidad organizada trajo consigo mejoras reales, apenas suficientes para mantener el foco en las luchas por mejoras limitadas (para a la vez alejarse de los desafíos al régimen y al modelo de capitalismo industrial nacional). Las ilegalidades sancionadas y las informalidades afianzadas suelen presentarse como problemas del desarrollo urbano. Lo son: en mundos imaginados de toma compartida de decisiones, de empleo generalizado para el sustento, de recursos vastos y compromisos por usarlos para el bien común; en el mundo real de la ciudad de México, mientras ésta enfrentaba una explosión urbana estructurada por las desigualdades del capitalismo nacional, las ilegalidades y las informalidades proporcionaron a los empresarios formas de obtener ganancias, a los funcionarios gubernamentales formas de negociar el descontento popular, y a los millones de citadinos afanosos por salir adelante formas de usar lo poco que tenían para mejorar un poco su vida. La informalidad, la autoayuda familiar y la organización comunitaria se convirtieron en las características definitorias de la megaló-

FIGURA XIII.1. *Ciudad Nezahualcóyotl: una ciudad funcional construida por manos comunitarias.*

polis que se medía con recursos limitados y oportunidades económicas restringidas. Permitieron a las familias construir hogares, comunidades y, con el tiempo, una nueva metrópolis. A inicios de la década de 1980, Nezahualcóyotl se estaba convirtiendo en una ciudad con servicios y una población establecida, si bien pobre (como se muestra en la figura XIII.1), mientras emergían nuevos vecindarios marginales aún más en las afueras, cuando una crisis económica y política golpeaba a la nación y a la metrópolis.

DERRUMBE Y GLOBALIZACIÓN, 1980-2000

El desplome de la breve bonanza petrolera de finales de la década de 1970 trajo consigo una crisis de deuda, una recesión profunda y desafíos a cada aspecto de la política y el desarrollo mexicanos en la década de 1980.[49] Las dificultades metropolitanas de la ciudad de México contribuyeron a la crisis. Los fondos internacionales que se habían tomado prestados para construir líneas del metro y proyectos de agua y alcantarillado no se pudieron pagar; los nuevos proyectos se volvieron imposibles. Los habitantes de toda la ciudad habían vivido un desarrollo urbano infrafinanciado, desigual, informal y con frecuencia marginalizante durante décadas; se enfrentaron a un desempleo cada vez mayor, a ingresos en declive y a servicios postergados en la década perdida de 1980. Una vez más, recurrieron a las formas informales de producción, comercio y política; los comerciantes ambulantes que vendían cualquier tipo de cosas aparecieron por todas partes. El terremoto de 1985 asestó su golpe a la ciudad. Apartamentos, escuelas y hospitales del Centro Histórico, en enclaves prósperos, como la colonia Condesa y la colonia Roma, y en barrios obreros al este y al sur se desplomaron. Decenas de miles murieron; muchos más perdieron sus hogares y quedaron desempleados, reducidos a vivir en tiendas de campaña y en albergues improvisados en parques y camellones. Los barrios autoconstruidos y de baja altura que rodeaban todo el centro sufrieron menos, quizá porque tenían menos que perder.

De cara a la destrucción económica y geológica, las respuestas del régimen nacional y del gobierno de la ciudad que controlaba resultaron descaradamente inadecuadas. Las personas que construyeron una buena parte de la ciudad mediante la autoayuda no dudaron. Hombres jóvenes llegaron a gatear entre los escombros para rescatar a los sobrevivientes. Los vecinos proporcionaron alimento, ropa y refugio a quienes carecían de ellos. Cada observador local, nacional e internacional llegó a la conclusión de que el régimen había fracasado. Su modelo de desarrollo estaba condenado. La infor-

[49] Los ensayos incluidos en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, dan forma a mi visión de México después de 1980. Sobre la crisis económica y sus impactos, véanse Haber *et al., Mexico…, op. cit.,* y Walker, *Waking…, op. cit.*

malidad y la autoayuda se honraron como la respuesta que permitió a la gente mostrar fuerza y solidaridad, y salvar a su ciudad.

Una buena parte de la infraestructura que el régimen había construido, sin duda bajo presión de las organizaciones vecinales, sobrevivió al sismo, permitiendo que la celebrada informalidad estuviera al frente de las respuestas a la destrucción y al comienzo de la reconstrucción. El metro (construido para sobrevivir a los terremotos) siguió pasando por debajo de barrios destruidos y de centros médicos que habían colapsado. La electricidad, el agua y el alcantarillado presentaron perturbaciones, pero continuaron en la mayor parte de la ciudad. La respuesta al sismo mezcló la acción popular y la infraestructura pública: de la misma forma en que se habían construido barrios durante décadas de aflicciones.

El régimen-partido y el modelo de desarrollo nacional perdieron legitimidad ante la crisis de 1981 y el sismo de 1985, al mismo tiempo que los Estados Unidos abanderaban un empuje hacia la globalización.[50] Desde el interior y el exterior del régimen hubo presiones para una apertura democrática; pero, con Carlos Salinas de Gortari al frente —el secretario dominante en el gabinete de Miguel de la Madrid de 1982 a 1988—, el régimen se mantuvo fuerte mientras México entraba al Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) en 1985, con lo que terminó el sueño del capitalismo nacional y se abrió una economía débil y profundamente endeudada a la competencia del comercio mundial y el poder del capital internacional. El desempleo, la pobreza, la marginalidad y el debate público se propagaron; el régimen se mantuvo cerrado. Bloqueó el desafío de Cuauhtémoc Cárdenas (el hijo de Lázaro) en 1988, garantizando la "elección" de Salinas como presidente y permitiéndole acabar con los sindicatos y debilitar los derechos de los campesinos a las tierras ejidales en 1992. Propuso el TLCAN, convirtiéndolo en una realidad al iniciar 1994. El pacto de comercio norteamericano buscaba liberar el capital para que fuera adonde las ganancias parecieran más prometedoras, para que los bienes fueran adonde los mercados prometieran los mejores precios. La gente debía quedarse en sus casas, lo que atrapó a los mexicanos en la pobreza y en trabajos mal pagados, y, en los lugares en que éstos faltaban, en una marginalidad sempiterna.

¿Qué dio la globalización, a través del TLCAN, a la ciudad de México y a sus habitantes? La mano de obra barata era la nueva "ventaja comparativa" de los mexicanos. A nivel nacional, eso condujo a otro círculo vicioso: la pobreza rural se volvió más profunda con la invasión de granos estadunidenses subsidiados; las comunidades rurales devastadas enviaron a más personas a las ciudades mexicanas y a los Estados Unidos, con o sin documentos. La migración hacia el norte continuó en oleadas a lo largo del siglo XX; dio un

[50] La economía política de la crisis y la transición se detallan críticamente en Haber *et al., México…, op. cit.*

salto durante las incertidumbres de la década de 1970, se elevó aún más con el derrumbe de la década de 1980, e hizo más que duplicarse cuando México ingresó al TLCAN en la década de 1990.[51] Las décadas de capitalismo nacional habían limitado el empleo, corroído las autonomías y vuelto prácticamente imposibles las formas familiares patriarcales. La crisis de la década de 1980 y el vuelco hacia la globalización expulsó a las personas. Los habitantes de México buscaron formas y lugares nuevos para vivir.

Dentro de México, los salarios bajos no eran la ventaja comparativa de la ciudad de México. La industria se había concentrado allí cuando su papel era producir para los consumidores mexicanos. Mientras los sindicatos mantuvieron su fuerza, los obreros industriales de la ciudad obtuvieron salarios sólidos y siguieron siendo consumidores importantes: una minoría entre la mayoría urbana y sus penurias. En el modelo neoliberal, la ciudad perdió la industria y los trabajos seguros, bien pagados y sindicalizados que mantenía. La industria que sobrevivió en México debía servir a los mercados de exportaciones; las "maquiladoras" (fábricas que ensamblaban bienes importados para su rápida exportación) se extendieron a lo largo de la frontera con los Estados Unidos y emplearon a mujeres jóvenes en plantas de ensamblaje de alta tecnología a cambio de salarios bajos, pocas prestaciones y sin derechos sindicales. El ensamblaje de automóviles y de otros bienes pesados para los mercados estadunidenses y hemisféricos sobrevivió y con el tiempo se expandió, concentrándose fuera del área metropolitana de la capital: en Toluca, Cuautitlán y Cuernavaca en el corazón; en Puebla apenas al este de Silao a León en el Bajío, a través de Aguascalientes al norte y en una franja en el norte de Hermosillo a Saltillo y Monterrey. La producción de alta tecnología cada vez más robotizada sostuvo las prestaciones de un trabajo automovilístico relativamente bien pagado sólo para unos cuantos, mientras el poder de los sindicatos se erosionaba.

La ciudad de México siguió creciendo al tiempo que se desindustrializaba: el indicador inconfundible del final del capitalismo nacional en la capital de la nación. La metrópolis viró hacia una economía de servicios concentrada en el gobierno, las finanzas y el comercio. Un número extremadamente pequeño de personas se beneficiaron enormemente; más luchaban por aferrarse a vidas de clase media con una comodidad marcada por la inseguridad; un número creciente se enfrentaban a una pobreza, una inseguridad, una marginalidad y una exclusión afianzadas. El servicio dependiente define la vida en las oficinas de gobierno, los bancos internacionales, las instituciones educativas, los centros médicos y otros lugares que recompensan las habilidades con una comodidad relativa. Define el empleo en las tiendas al por menor, los restaurantes y los comercios que proporcionan ingresos menores y poca seguridad. El servicio del hogar que mantiene con vida a tantas muje-

[51] Véase *ibid.,* p. 80, fig. 3.8.

res es la definición de la dependencia: la seguridad depende de la obediencia. Y, con el final del siglo xx, cada vez más personas en la gran ciudad vivían en un sector informal pujante de autoempleo y venta ambulante: la definición de la marginalidad y la inseguridad.

La metrópolis creció de 13 millones de habitantes a más de 15 en la década de crisis de 1980, y a más de 18 millones cuando la globalización se estableció durante la década de 1990. La ciudad tuvo que dar cabida a cinco millones de personas nuevas mientras su economía viraba hacia formas de producción con salarios bajos, inseguras y con frecuencia informales.[52] La gente que luchaba por sobrevivir comenzó a tener familias más pequeñas; pero las familias pequeñas siempre eran más numerosas y se reforzaban con las llegadas continuas desde un campo que seguía expulsando a sus habitantes.

Entre el celebrado distanciamiento del desarrollo nacional y del gobierno autoritario y el giro hacia la globalización neoliberal y la democratización electoral, la metrópolis siguió expandiéndose y concentrando la riqueza, el poder y las comodidades; los crecientes sectores medios con capacidades de servir a la economía transnacional ganaron poco; el trabajo industrial calificado, que ganaba buenos salarios y servicios sólidos, prácticamente desapareció. La marginalidad y la informalidad se extendieron hacia el exterior, dejando detrás a familias desesperadas por seguir construyendo vecindarios mediante la organización local, la movilización política y la autoayuda constante al borde de la legalidad. Las historias del Ajusco en la década de 1980 y de Valle de Chalco en la de 1990 iluminan la vida en los márgenes de la metrópolis en la época de la globalización.

La sierra del Ajusco se eleva majestuosa en el extremo sur del valle de México. En la década de 1970, el desarrollo urbano llenó la planicie debajo de ella con universidades, negocios y centros comerciales, junto con vecindarios ricos, de clase media, obreros y marginales. El Ajusco se elevaba un poco más allá, un último espacio sin asentamientos en el Distrito Federal, unos altos boscosos cercanos a las oportunidades de trabajo y los vínculos de transporte con una metrópolis más amplia. Todos codiciaban el Ajusco: el aire parecía más limpio, los bosques refrescantes, las vistas espectaculares. Los ricos y los pobres estaban listos para invadir o comprar las tierras de las comunidades ejidales o de los herederos de los hacendados. La ley prohibía la venta de ejidos; sin embargo, muchos estaban listos para beneficiarse conforme la mancha urbana se acercaba a tierras con poco valor agrícola. Los funcionarios del distrito se oponían a la expansión hacia el Ajusco. Sería difícil y costoso llevar caminos, agua y alcantarillado a los

[52] Mi entendimiento de la ciudad después de 1980 está informado por la magnífica síntesis de Peter Ward, publicada por primera vez en inglés en 1989, revisada y actualizada en español como *México megaciudad. Desarrollo y política, 1970-2002,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2004; véase también María Edith Pacheco Gómez Muñoz, *Ciudad de México, heterogénea, desigual. Un estudio sobre el mercado del trabajo,* El Colegio de México, México, 2004.

escarpados cerros; con nuevas preocupaciones ambientales en mente, argumentaron que los asentamientos talarían los bosques que hacían el oxígeno de una cuenca con poco y trastocarían la recarga de los mantos acuíferos necesarios para mantener la metrópolis. El Ajusco se apartó como una reserva ecológica.[53]

Una vez más, la ley resultó ser la base para negociaciones entre el régimen, los poderosos y los pobres desesperados. Los primeros acuerdos e intentos por aplicar las restricciones ambientales llegaron a finales de la década de 1970, durante la bonanza petrolera alimentada por deudas que imbuyó a los funcionarios y al pueblo de la confianza de que todo era posible. Los terratenientes privados y los funcionarios ejidales vendieron tierras a los colonos, quienes recibieron títulos que, en el mejor de los casos, eran inseguros y, con frecuencia, fraudulentos. Los ricos compraron la aceptación oficial y los servicios esenciales. Los desposeídos se unieron para construir casas, calles burdas y escuelas, así como para colgar cables eléctricos y transportar agua. Se organizaron contra los intentos del gobierno de restringir sus asentamientos, argumentando que la prohibición ecológica tenía por meta que el Ajusco fuera sólo para los ricos. Conocían la historia de los asentamientos en la ciudad: empresarios con conexiones políticas y derechos inciertos vendían tierras con servicios mínimos a compradores desesperados; una vez que tomaban las ganancias y llegaban los colonos, estos últimos se movilizaban para defender su ocupación y construir casas y vecindarios. Tarde o temprano, por lo general tarde, las autoridades "regularizaban" los títulos (con frecuencia duplicando las ganancias para los empresarios, a quienes se pagaba en una segunda ocasión para que crearan títulos claros). Los funcionarios respondían lentamente a las exigencias locales para que pavimentaran las calles; llevaran electricidad, agua, alcantarillado y servicios de drenaje; construyeran escuelas y clínicas médicas. En procesos que se disputaban por largos periodos, los barrios finalmente se consolidaban, al tiempo que los exhaustos residentes se desmovilizaban.

Cuando la bonanza petrolera se convirtió en una crisis de deuda a principios de la década de 1980, esa secuencia volvió a desarrollarse en el Ajusco, con un nuevo lenguaje ambientalista que informaba los debates públicos, pero pocas cosas más. Ni el régimen nacional, sometido a penosos esfuerzos, ni los funcionarios de la ciudad tenían los recursos ni el poder político para cambiar un proceso que ya era común: los títulos se regularizaron, con frecuencia permitiendo que los terratenientes vendieran una segunda vez. Los colonos se quedaron en las reservas ecológicas; los servicios mínimos llegaron lentamente. El gobierno proporcionó el personal para las escuelas que los colonos habían construido; los programas de la ciudad ofrecieron trabajo

[53] Mi bosquejo del Ajusco depende de Keith Pezzoli, *Human Settlements and Planning for Environmental Sustainability. The Case of Mexico City,* MIT Press, Cambridge, 1998.

con restricciones políticas a líderes comunitarios que antes eran independientes; la lenta provisión de servicios llegó puntuada por fiestas que celebraban a los héroes nacionales. Conforme el régimen se volvió hacia el neoliberalismo y los funcionarios de la ciudad hicieron frente a los daños ocasionados por el sismo, el Ajusco vio cómo los empresarios se beneficiaban de la ilegalidad mientras los colonos construían comunidades al movilizar, una vez más, las informalidades. Una diferencia esencial marcó al Ajusco: los ricos también codiciaban sus terrenos elevados; ellos también sortearon la crisis, la ilegalidad y la informalidad para establecer comunidades propias, con frecuencia cerradas, cerca de barrios marginales arraigados. Juntos veían hacia la ciudad que se extendía a sus pies, compartiendo una vista única como vecinos en una metrópolis polarizada.

Mientras el Ajusco se consolidaba, en la década de 1990 los asentamientos se extendieron en el oriente, hacia el Valle de Chalco.[54] La primera visión panorámica sugeriría que se trataba de periferias metropolitanas muy diferentes. El Ajusco era un bosque elevado que codiciaban los prósperos y los pobres; Valle de Chalco era un lago seco al sureste de la ciudad, el resto de la hacienda, otrora próspera, de Xico, que perteneció a Noriega y desde hacía mucho se había dejado desecar, abierta a los desesperados porque nadie con recursos quería establecerse allí. Aun así, había similitudes: ambos comenzaron con ventas de tierra inciertas y con frecuencia ilegales; ambos llevaron a movilizaciones que exigían títulos legales y servicios; ambos se construyeron principalmente con el sudor de los colonos; al final, ambos ganaron apenas el apoyo suficiente del Estado para consolidar vidas marginales y desmovilizar las presiones populares.

Último asentamiento importante del siglo xx en la metrópolis, Valle de Chalco creció de maneras reveladoras. Con la ralentización del crecimiento poblacional en el país y la metrópolis, la mayoría de los habitantes provenían de zonas ya urbanizadas, incluida Nezahualcóyotl, donde la infraestructura y los servicios finalmente estaban en orden (lo que elevó demasiado las rentas para las familias más pobres). En Valle de Chalco podían comprar un terreno; podían ser dueños de un pedazo de la ciudad. Sabían que empezarían sin servicios, sin escuelas y lejos del empleo y el transporte; pero podían construir una casita con materiales de desecho y trabajo duro. Podían exigir agua, electricidad y escuelas de un gobierno que promovía la privatización y prometía que beneficiaría a todos los mexicanos, incluso a aquellos

[54] Véanse Daniel Hiernaux, "La expansión metropolitana y las estructuras regionales. El valle de Chalco en la actualidad", en Alejandro Tortolero Villaseñor (coord.), *Entre lagos y volcanes. Chalco-Amecameca, pasado y presente,* vol. 1, El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1993, pp. 575-600; Alicia Lindón Villoria, *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El valle de Chalco,* El Colegio de México, México, 1999; y Martha Rebeca Herrera Bautista y Patricia Molinar Palma, *En el silencio de su soledad. La reproducción de la violencia intrafamiliar,* Juan Pablos, México, 2006.

en los nuevos arrabales en el lecho de un lago a lo largo de la carretera a Puebla, un sitio muy visible en una nación politizada.

Hombres y mujeres con nuevas familias iban a trabajar; con frecuencia eran tanto ellos como ellas quienes se unían a la economía: algunos viajaban al exterior para conseguir empleo, muchos ingresaban a comercios informales que crecían nuevamente para servir a los pobres en una ciudad periférica que se acercaba a los 300 000 habitantes a principios de la década de 1990. Querían tierra, trabajo y escuelas. Una vez más, los padres soportaron las penurias por una oportunidad para que sus hijos tuvieran una educación. Era la única forma de avanzar en una metrópolis en proceso de desindustrialización. Su visibilidad y sus movilizaciones llamaron la atención de Salinas, al tiempo que promovía el TLCAN, a principios de la década de 1990. Con la promesa de un nuevo México, insistió en que las empresas privadas generarían una prosperidad que él sabía que no llegaría a Valle de Chalco en ningún momento cercano. Así que creó el Programa Nacional de Solidaridad, cuyo blanco eran las comunidades más desesperadas, y Valle de Chalco fue el sitio de la metrópolis escogido para servir de demostración.

Solidaridad trajo electricidad, agua, escuelas y clínicas médicas, con una rapidez mayor a la habitual, pero no pavimento ni alcantarillado. El empleo llegó más lentamente. La mayoría sobrevivía en sectores informales; los miembros de la familia trabajaban largas horas, balanceando el cuidado de los hijos y el penoso e interminable trabajo en una planicie polvorienta que se inundó a un grado peligroso en 1996, cuando llegaron lluvias torrenciales. Valle de Chalco, como sus predecesores, apenas obtuvo suficientes servicios para estabilizar la marginalidad. Las organizaciones que presionaban para

FIGURA XIII.2. *Valle de Chalco: un borde de la ciudad construido con las manos y la solidaridad de la comunidad.*

obtener servicios declinaron en un momento posterior de la década de 1990, cuando la actividad política se reconcentró en las aperturas electorales en un municipio urbano del Estado de México (que entonces era el borde de la metrópolis). La nueva política generó fragmentaciones; las familias batallaban por seguir, con la esperanza de que la educación proporcionaría a sus hijos un camino hacia adelante. Con el tiempo, también Valle de Chalco se convertiría en una comunidad asentada, urbana y pobre aún (se muestra en la figura XIII.2), construida en buena parte con el sudor de quienes la habitaban.

Sus luchas, una vez más, estuvieron marcadas por la violencia de género: los padres jóvenes educados, con presunciones patriarcales pero desprovistos de los medios para proveer a sus familias, golpeaban a esposas que se afanaban por contribuir al ingreso del hogar (con lo que desafiaban los supuestos patriarcales). En ocasiones, las esposas y las madres respondían a los golpes; con demasiada frecuencia, padres y madres golpeaban a sus hijos. La gente atrapada en vidas marginales al borde de la metrópolis, sin oportunidades económicas ni aperturas políticas idóneas para mejorar sus perspectivas, experimentaban violencia cotidiana en hogares que batallaban por sobrevivir.[55] Desde Tepito en la década de 1940, hasta Valle de Chalco en la de 1990, las familias enfrentaban una marginalidad tocada de inseguridades y de demasiada violencia. A partir de Nezahualcóyotl en la década de 1960, utilizaron la autoayuda y la organización local para construir vidas mínimamente sostenibles en un largo proceso de autoconstrucción comunitaria urbana. A la larga, ellas construyeron la ciudad, con lo que, nuevamente, llevaron el capitalismo a cuestas. En el camino, pagaron un precio elevado.[56]

Ha habido mejoras significativas, en particular en la salud y la longevidad. Una tasa de mortalidad que se mantenía en 34 por cada 1 000 en 1900 cayó a menos de 13 en la década de 1950, cuando los antibióticos empezaron a mostrar su efecto. Había caído por debajo de los cinco por cada 1 000 en 1995. La tasa de mortalidad infantil cayó de 400 por cada 1 000 niños nacidos con vida en 1900 a 22.5 en 1995. Los bebés sobrevivían y las personas vivían mucho más tiempo, lo que explica en gran medida el crecimiento poblacional a partir de 1950. Una vez que quedó claro que los niños sobrevivirían, las mujeres tuvieron familias más pequeñas. Las mujeres tenían un promedio de seis hijos en 1970, dos o tres en la década de 1990. El crecimiento poblacional se mantuvo por encima del 5% anual de la década de 1940 a la de 1970; cayó a 1.4% después de 1995. La migración desde el campo mantiene el crecimiento de la ciudad a un ritmo mucho menor. Mientras

[55] Ésta es mi interpretación de la investigación y el análisis incluidos en Herrera Bautista y Molinar Palma, *Silencio…, op. cit.*

[56] Sobre la autoayuda y la política de la ciudad, véase Emilio Duhau, "The Informal City. An Enduring Slum or a Progressive Habitat?", en Brodwyn Fisher, Brian McCann y Javier Auyero, *Cities from Scratch. Poverty and Informality in Urban Latin America,* Duke University Press, Durham, 2014, pp. 150-169.

tanto, la educación básica está ampliamente disponible: los muchachos de la ciudad completan en promedio 10 años de educación, las niñas nueve, muy por encima de los promedios nacionales de siete y medio y siete años, respectivamente.[57]

La atención médica que salva vidas, en la mayoría de los casos mediante al fácil acceso a fármacos, sigue siendo real para los habitantes de la ciudad. Las ganancias educativas han sido más modestas, pero también reales. Las autoridades no siempre han suministrado de manera expedita agua y alcantarillado, pavimento y electricidad y, en fin, educación a un número creciente de habitantes. No obstante, con el tiempo, en respuesta a las movilizaciones populares y con el subsidio de los esfuerzos de autoayuda de los residentes, la mayor parte de la metrópolis ha obtenido los servicios básicos. Dado el enorme crecimiento y la dispersión de la población metropolitana, ese logro resulta impresionante.

La política y las relaciones familiares siguieron cambiando en una ciudad bullente, conforme el siglo se acercaba a su fin. Cerca de la Universidad Nacional Autónoma de México, en llanuras bajo la sombra del Ajusco, Santo Domingo comenzó con invasiones de tierras, fundada en la ilegalidad, forjada en años de autoayuda, dispuesta en una pobreza rodeada de prosperidad. A medida que las vidas quedaron mejor establecidas, las familias se volvieron más pequeñas. En las luchas continuas por mantenerlas, hombres y mujeres adaptaron los ideales patriarcales: las mujeres trabajaban fuera de casa para conseguir ingresos, más hombres dedicaban más tiempo y cuidado a sus hijos, en especial a los varones. A lo largo de las décadas de 1980 y 1990, los habitantes de Santo Domingo, como muchos otros, exigieron servicios y democratización. Consiguieron ganancias reales para sus barrios, sus hijos y la ciudad.[58]

Las normas de género han evolucionado en toda la metrópolis. Conforme la economía pasó de la industria a los servicios, las familias de clase media y pobre tuvieron que enviar a diversos miembros a trabajar. Más mujeres trabajan para conseguir ingresos; entre los más pobres, también lo hacen los niños. Como descubrió la familia Sánchez en Tepito en la década de 1940, la dependencia del dinero y la necesidad de múltiples jornaleros en la familia desafiaba el pacto fundamental que mantuvo históricamente al patriarcado: los hombres proveerían; si lo hacían, mujeres y niños servirían.

[57] Olga Lorena Rojas, *Paternidad y vida familiar en la ciudad de México,* El Colegio de México, México, 2008, pp. 81-83.

[58] Lo anterior se explora con detenimiento en Matthew Gutmann, *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City,* University of California Press, Berkeley, 1996 [*Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón,* trad. Nair Anaya Ferreira, El Colegio de México, México, 2000]; y Matthew Gutmann, *The Romance of Democracy. Compliant Defiance in Contemporary Mexico,* University of California Press, Berkeley, 2002 [*Romance de la democracia. Rebeldía sumisa en el México contemporáneo,* trad. Nora Ludmila Arraras Peiretti, FCE, México, 2009].

Dicho patriarcado siempre tuvo más fuerza entre los hombres que tenían tierras y las autonomías que éstas sustentaban; siempre fue más débil en ciudades marcadas por las formas comerciales. Para el año 2000 era prácticamente imposible en cualquier parte de México, en especial entre los pobres. En los sectores medios, en que las mujeres con educación ganan dinero que mejora la vida cotidiana e incrementa las oportunidades de los hijos, los hombres (en especial los jóvenes) han empezado a aceptar hogares más igualitarios. En las familias que se las arreglan a duras penas día con día, donde los ingresos de las mujeres son pequeños, con frecuencia informales y siempre inseguros, los hombres (incluso los jóvenes) se adaptan con reticencia. Ven la necesidad de los ingresos de las mujeres, pero intentan mantener las prerrogativas patriarcales. Entre los desesperados, como en Valle de Chalco en la década de 1990, la violencia contra las mujeres sigue siendo demasiado común en familias que luchan por hacer sus vidas en la ciudad.[59]

A finales de la década de 1990, a medida que se afianzaba el neoliberalismo, proliferaba el desempleo, la marginalidad se expandía hacia el exterior y la democracia seguía siendo una promesa incierta, una oleada de crímenes violentos se apoderó de las calles de la ciudad de México. Los asaltos, los robos y los secuestros llegaron a nuevos niveles, lo que alimentó el miedo en una ciudad que por mucho tiempo fue famosa por ser un lugar en que, a pesar de todas sus polaridades, era posible caminar con ánimo despreocupado. Conforme la primera ola cedía, los guardias armados parecían estar por todas partes, empleados para proteger la propiedad y la prosperidad de otros. Con la democratización en el Distrito Federal en 1996 y a escala nacional en el año 2000, seguidas de un nuevo periodo de expansión económica, el crimen pareció disminuir en la metrópolis.

Aun así, oleadas subsiguientes de prosperidad y colapso han traído consigo nuevas épocas de crímenes (y de nuevas fuerzas de seguridad que luchan por contenerlo). Durante las décadas de desafío, los marginados de toda la metrópolis movilizaron la autoayuda y las presiones comunitarias para construir barrios y hacer vidas mínimamente sostenibles. Sus esfuerzos lograron que sus barrios y la ciudad se volvieran vivibles; nunca amenazaron a los poderes que sostienen y hacen más profundas polaridades que no han cedido. En el mundo naciente del capitalismo globalizante, ¿es posible que

[59] Sobre el patriarcado histórico, véanse Steve Stern, *The Secret History of Gender. Men, Women, and Power in Late Colonial Mexico,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995 [*La historia secreta del género. Mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del periodo colonial,* trad. Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1999]; y John Tutino, *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario A. Zamudio Vega, FCE, México, 2016]. Sobre los patrones cambiantes del patriarcado y la violencia familiar en la ciudad de México de finales del siglo XX, véanse Gutmann, *The Meanings…, op. cit.;* Herrera Bautista y Molinar Palma, *Silencio…, op. cit.;* y Rojas, *Paternidad…, op. cit.*

un pueblo resiliente atrapado en dependencias urbanas encuentre maneras de dar forma a vidas más seguras, prósperas y menos violentas en una ciudad más sostenible, igualitaria y justa? La respuesta sigue siendo incierta en un corazón cabalmente urbano.

EPÍLOGO
Después del derrumbe (de las autonomías): globalización sin revolución

Desde 1980, los habitantes de México y el mundo han vivido desafíos cada vez más profundos que modificaron radicalmente los sistemas políticos, las formas de producción, el trabajo y el comercio, así como las relaciones sociales y las visiones culturales vinculadas a ellos. El corazón de México se volvió urbano al mismo tiempo que la agricultura prácticamente se detuvo y la industria dejó la región. La ciudad siguió siendo un eje del gobierno, del poder financiero y del intercambio comercial, vinculando a los habitantes de una de las conglomeraciones metropolitanas más grandes del mundo con una economía global. En esos sectores clave, unas cuantas personas obtuvieron riqueza y comodidades. La metrópolis también es el centro de la salud y la educación; la primera mantiene a millones con vida, la última ofrece las habilidades para competir por oportunidades escasas en una ciudad cada vez más polarizada. Más allá de esos sectores de poder y prosperidad, la mayoría de los más de 20 millones de habitantes de la ciudad trabajan para construirla y sostenerla: vivienda y transporte, comida y ventas (formales e informales). Para la economía global, la mayoría eran consumidores: consumidores muy pobres. Las celebradas aperturas políticas no han conducido a una participación efectiva ni a una mayor justicia. La violencia corrosiva se esparce en oleadas, mientras los gobiernos militarizan el control persiguiendo una "seguridad" que rara vez se presenta.

¿Cómo sucedió eso en una región que durante siglos vio cómo las comunidades agrarias mantenían a las minas y a una ciudad esencial para el capitalismo de la plata, luego disputaron un vuelco decimonónico al capitalismo industrial y llevaron a cuestas el experimento de México en el siglo XX con el capitalismo nacional? Una buena parte de la respuesta queda clara: si la despoblación radical del siglo XVI permitió que las comunidades agrarias sostuvieran al corazón y el capitalismo durante siglos, la sobrepoblación radical del siglo XX socavó todo en una destrucción profundizada por los compromisos para obtener ganancias con las formas ahorradoras de trabajo. El nudo que la explosión poblacional y la producción que ahorraba trabajo crearon ya estaba impulsando la urbanización y haciendo insostenible al capitalismo nacional cuando todo se desplomó en la década de 1980.

Mapa e.1. *Un corazón urbano,* ca. *2010*

Del capitalismo nacional a la globalización

Aun así, los procesos políticos vinculados con una economía mundial cambiante dieron forma al viraje de México hacia la globalización. En la década de 1970, una nación que se enfrentaba a deudas crecientes que impedían el crecimiento vio su salvación en las exportaciones petroleras. Después de obtener ganancias por un tiempo breve, el petróleo resultó ser una burbuja que estalló a principios de la década de 1980, dejando tras de sí a un régimen sin medios para pagar las grandes deudas contraídas en un último intento por mantener con vida al capitalismo nacional. La incapacidad de acceder al capital internacional, más que para pagar a los bancos internacionales, ase-

guró que la década de 1980 fuera de profunda recesión, marcada por la disminución —y luego el estancamiento— de la producción, la disminución de los ingresos —que después permanecieron bajos— y la propagación de las marginalidades, mientras un número creciente de personas hacían malabares con maneras informales de vivir. El régimen respondió con la apertura de México al comercio mundial, para lo que ingresó al GATT a principios de 1985. Más tarde, ese mismo año, un terremoto devastador derribó los vecindarios, hospitales, escuelas y otros edificios de la ciudad de México. Las autoridades batallaron por salir adelante; los habitantes de la ciudad estuvieron al frente de los esfuerzos de rescate.

El régimen del PRI no tardó en enfrentarse a conflictos internos que se convirtieron en desafíos nacionales con las elecciones presidenciales de 1988. Carlos Salinas de Gortari había dominado la política económica durante la presidencia de Miguel de la Madrid. Estando ya al frente del esfuerzo por abrir la economía de México al mundo, Salinas fue su sucesor designado. Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del populista que consolidó el régimen en la década de 1930, se separó para dirigir el Frente Democrático Nacional (FDN) en la oposición, con la esperanza de salvar algo de los legados nacionalistas y los programas sociales de su padre. Manuel Clouthier llevó al Partido Acción Nacional (PAN) desde la oposición religiosa a convertirse en una coalición que promovía elecciones justas y aperturas de mercado. En una votación que la mayoría consideró fraudulenta, o cuando menos incierta, Salinas reclamó la menor de las mayorías. Un año más tarde, Clouthier murió en un accidente automovilístico que sus partidarios y muchos más consideraron profundamente sospechoso.[1]

En la presidencia, Salinas conservó las estructuras de poder autoritario para diseñar una rápida transición hacia la globalización. Utilizó un régimen y un partido que durante décadas habían dependido de poderosos sindicatos para quebrar el poder laboral que favoreció a obreros industriales esenciales, asegurando que la apertura de México al mundo llegara con una disminución de los ingresos de la mayoría.[2] Salinas consiguió una reforma constitucional que terminó con el derecho de las comunidades a la tierra en 1992. La enmienda no prohibía la tenencia comunal de tierras (como habían hecho los liberales en el siglo XIX), pero abría los ejidos a la privatización, la división y la venta (por voto local). La gente que buscaba ganancias o se enfrentaba a la desesperación, los primeros con poder, los últimos prevalentes en el México rural hacia la década de 1990, se vieron presionados para unirse al mundo de los mercados abiertos. Las comunidades ejidales no se

[1] Stephen Haber *et al., Mexico since 1980,* Cambridge University Press, Nueva York, 2008, proporciona un fuerte análisis sintético de la economía política de la transición que se concentra en el régimen y en las instituciones que mantenía y/o transformó.

[2] Dan La Botz, *Mask of Democracy. Labor Suppression in Mexico Today,* South End, Boston, 1999.

abrieron con la velocidad que el régimen hubiera deseado, pero el cambio comenzó.[3]

El régimen justificó el quebrantamiento del poder sindical como algo necesario para permitir que los trabajadores mexicanos tuvieran "flexibilidad" para adaptarse a las industrias de exportación en expansión en la frontera norte, que prometían propagarse en un mundo en proceso de globalización.[4] Terminó con las protecciones ejidales, de tal forma que una nueva ronda de privatizaciones permitiera a los pequeños terratenientes aprovechar las nuevas aperturas comerciales.[5] Ambas "reformas" llegaron en medio de un colapso económico que golpeó al trabajo industrial, la última esperanza de prosperidad de los obreros; a la vez, los habitantes del campo se enfrentaban a la escasez de tierra y a vínculos mercantiles que construían deudas, fragmentaban comunidades y ejercían presión sobre muchos para que migraran. Las reformas salinistas terminaron con la defensa estatal de los derechos de los trabajadores y las tierras de los campesinos. También atacaron a los sindicatos y los ejidos que mantenían a sectores clave del PRI.

En ese contexto, Salinas propuso, negoció e implementó el TLCAN. Con sus facultades autoritarias intactas, mientras las autonomías rurales se desplomaban, las marginalidades urbanas se esparcían y la pobreza tocada de inseguridades definía la vida de tantos, prometió que la apertura comercial y los flujos de capital con los Estados Unidos (y en segundo lugar con Canadá), manteniendo a los mexicanos viviendo en México (el TLCAN era un pacto comercial, no una unión social), traerían crecimiento económico y una prosperidad compartida. Negoció el acuerdo con el presidente republicano George H. W. Bush; lo ratificó el demócrata Bill Clinton y entró en vigor el 1º de enero de 1994.[6]

Ese día, cuando los funcionarios en la ciudad de México, Washington y Ottawa se preparaban para celebrar, despertaron con las noticias de que rebeldes que se hacían llamar zapatistas se habían sublevado en Chiapas para exigir tierra y justicia, democracia, salarios justos, educación y servicios sociales. El movimiento era armado y tenía por base las tierras bajas; los insurgentes no tardaron en ocupar San Cristóbal de Las Casas —sede de los poderes administrativos del municipio con el mismo nombre, y llamada así por el defensor del siglo XVI de los derechos indígenas—. Llamaron la atención del mundo mientras las autoridades mexicanas movilizaban una

[3] Alain de Janvry, Gustavo Gordillo y Elizabeth Sadoulet, *Mexico's Second Agrarian Reform,* University of California, La Jolla, 1997 [*La segunda reforma agraria de México,* trad. Eduardo L. Suárez, El Colegio de México, México, 1999], exploran la apertura de los ejidos.

[4] La Botz, *Mask…, op. cit.*

[5] Arturo Warman, *El campo mexicano en el siglo XX,* FCE, México, 2000.

[6] Éstos son mis recuerdos e interpretación de un proceso que viví como ciudadano de los Estados Unidos y académico de México. Para un análisis académico, véase Maxwell Cameron y Brian Tomlin, *The Making of NAFTA. How the Deal was Done,* Cornell University Press, Ithaca, 2002.

respuesta militar que produjo un punto muerto en el transcurso de una semana y llevó a negociaciones largas y difíciles. Los rebeldes no tardaron en darse cuenta de que concentrarse en derechos para todos los mexicanos ejercía un ascendiente limitado sobre la opinión pública; tornaron a poner énfasis en los derechos de los pueblos indígenas, su base en Chiapas. Los años de defensa que propiciaron las comunicaciones globalizadas dieron lugar a negociaciones que consiguieron derechos limitados para las comunidades indígenas, la mayoría de ellas en el empobrecido sur de México. La segunda ola de zapatistas generó poco para la mayoría urbana de México.[7]

Habiendo contenido el levantamiento, Salinas se preparó para otra ronda de elecciones nacionales orquestadas por el PRI. Su sucesor designado, Luis Donaldo Colosio, fue asesinado en marzo; un candidato sustituto, Ernesto Zedillo, ganó en agosto, conservando la presidencia en manos del PRI. Al poco tiempo, un asesino mató al secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu, cuñado de Salinas, de quien se esperaba estuviera al frente de la siguiente cámara de diputados. Cuando Zedillo tomaba posesión en diciembre, la sobrevaluación del peso diseñada por Salinas para proveer bienes importados baratos a quienes podían comprarlos y promover los beneficios del TLCAN llevó a una devaluación repentina y a la crisis económica más profunda después de la década de 1980. El empleo y los ingresos volvieron a desplomarse, la marginalidad y la violencia cundieron; el impacto del TLCAN quedó claro. Para salvar las futuras perspectivas, los Estados Unidos dispusieron un rescate financiero para el gobierno mexicano y los bancos estadunidenses. La economía de México avanzó cojeando.[8]

Tras las calamidades de 1994, entre los líderes políticos se propagó el consenso de que era momento de "democratizar". El TLCAN encerró a México en circuitos de capital y comercio globalizantes, favoreciendo al poder estadunidense y a los poderosos del país, mientras divisiones profundas y la violencia destruían al PRI. Tras el rescate financiero, los Estados Unidos abogaron por la democratización, lo que quería decir elecciones: su solución para todo. Bajo presión, Zedillo comenzó un proceso estable. Cuauhtémoc Cárdenas se convirtió en el primer jefe de gobierno elegido de la ciudad de México en 1997; una junta electoral nacional trabajó para limitar el control del PRI sobre las elecciones nacionales. En el año 2000 Zedillo se hizo a un lado y permitió que una marejada eligiera al candidato del PAN, Vicente Fox, en una votación que se relacionaba, en la misma medida, con poner fin al gobierno del PRI y apoyar a Fox. Para muchos entre los poderosos, Fox era un bastión que favorecía a los capitalistas y el capitalismo, al tiempo que bloqueaba la

[7] Sobre los levantamientos y sus ramificaciones, véase John Womack, Jr., *Rebellion in Chiapas. An Historical Reader,* New Press, Nueva York, 1999 [*Rebelión en Chiapas. Una antología histórica,* Debate, México, 2009]; y Lynn Stephen, *Zapata Lives! Histories and Cultural Politics in Southern Mexico,* University of California Press, Berkeley, 2002.

[8] Lo anterior se explora con mayor detalle y complejidad en Haber *et al., Mexico…, op. cit.*

presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas, quien seguía predicando el nacionalismo y los derechos populares. Fox no admitiría ningún límite a la globalización, ningún renacimiento del poder sindical, ningún regreso a los derechos agrarios comunales.

Muchos celebraron el año 2000 como el triunfo del capitalismo democrático en un México atado a los Estados Unidos en un mundo en proceso de globalización. Por un tiempo la economía prosperó, gracias a la bonanza de la alta tecnología estadunidense que estimuló los trabajos fronterizos en México y atrajo a muchos mexicanos hacia la frontera y más allá. En ese contexto, Fox trabajó con George W. Bush, cuya experiencia en política exterior como gobernador de Texas se concentraba en México, para imaginar una unión más grande (que permitiera el más libre movimiento de personas entre las fronteras). ¿Acaso más mexicanos podrían encontrar mayor prosperidad? ¿Acaso era posible que los ciudadanos estadunidenses no salieran perjudicados si los mexicanos ganaban?

Estas preguntas continuaban sin respuesta cuando el 11 de septiembre de 2001 volcó a los Estados Unidos y al gobierno de Bush hacia la xenofobia, el cierre de fronteras y el aventurerismo militar. El TLCAN y México siguieron siendo las bases de la prosperidad estadunidense, una base de su poder, como durante la segunda Guerra Mundial. No obstante, los sentimientos en contra de los mexicanos crecieron en los Estados Unidos, al tiempo que otra elección disputada en México mantenía la presidencia en manos del PAN en 2006. El gobierno de los Estados Unidos presionó al presidente Felipe Calderón para que empezara una guerra contra las drogas que se consumen en las ciudades, los suburbios y los pueblos de los Estados Unidos. A los ojos políticos y mediáticos de los Estados Unidos (con algunas excepciones), México se convirtió en la causa del problema de drogas, un vecino atrapado en la violencia. Las fuerzas armadas, por supuesto, no podían detener el suministro de drogas ni la violencia mientras la demanda en los Estados Unidos mantuviera su fuerza, enviando así ganancias y armas hacia el sur a México.

Aun así, el TLCAN comenzó a traer nuevas industrias y comercios a zonas de México, principalmente a regiones que se extendían del Bajío hacia el norte —otrora el núcleo dinámico del capitalismo de la plata—. Las plantas de ensamblaje de automóviles y aviones, los fabricantes de electrónicos y otros se establecieron allí, creando trabajos y cierta prosperidad, compartida de forma modesta. Las zonas del sur y costeras obtuvieron poco; sobrevivían con economías que mezclaban la agricultura de exportación (y, por lo tanto, el trabajo estacional), los centros turísticos, que ofrecían vidas de dependencia a cambio de salarios bajos, y los cárteles de la droga que beneficiaban a unos cuantos a la vez que propagaban la violencia.

México y un mundo sin autonomías

El aceleramiento de la globalización porpiciado por el TLCAN, seguido de una apertura de las elecciones proclamada como democratización, no generó beneficios amplios para la mayoría de los mexicanos.[9] El capital mundial encontró nuevas aperturas y el comercio se expandió, mientras los mexicanos hacían frente a concursos electorales que resultaban ser un teatro de dinero y de medios que les proporcionaban poca influencia en una política que, como sabían, rara vez servía a sus intereses. Con la desaparición de las autonomías, las comunidades rurales de todo México se enfrentaron a una fragmentación familiar, que se profundizó cuando tantos hombres, mujeres y niños partieron hacia los Estados Unidos durante la década de 1990.[10] En las ciudades mexicanas que vivían una pujanza, debajo del puñado de personas con conexiones globales y políticas, la gente que estaba en medio sorteaba inseguridades interminables, mientras una cantidad de personas cada vez mayor lidiaba con vidas marginales rodeadas de una corrosiva violencia endémica.[11] Para los hombres trabajadores que esperan proveer —¿y se espera?—, el trabajo que bastaba para la provisión patriarcal es escaso e inseguro; las mujeres oyen llamados a su liberación, pero se topan con la escasez de oportunidades para conseguir ingresos y con pocas aperturas para la movilidad social, al tiempo que se espera (¿y esperan?) que sostengan la casa y eduquen a sus hijos con o sin la ayuda ni la provisión de los padres.[12]

Desafíos similares que mezclaron conflictos políticos, presiones económicas, inseguridades sociales, corrosiones del patriarcado y una violencia social creciente llevaron a las insurgencias generalizadas y perdurables en el Bajío y El Mezquital en 1810, y a la revolución zapatista en el sur del corazón del país y más allá en 1910. Sin embargo, no ha ocurrido ningún levantamiento poderoso ni duradero desde abajo durante la larga crisis que mezcló profundas incertidumbres económicas, disputas políticas irresueltas, disoluciones sociales duraderas, un patriarcado en disolución y violencia social endémica desde la década de 1980. En términos simples, no ha llegado una tercera insurgencia revolucionaria con el poder y la persistencia para

[9] En *idem.* se llega a la misma conclusión.

[10] Para estudios de caso reveladores, véanse Víctor Espinosa, *El dilema del retorno. Migración, género y pertenencia en un contexto trasnacional,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1998; y Rubén Martínez, *Crossing Over. A Mexican Family on the Migrant Trail,* Picador, Nueva York, 2001.

[11] David Lida, *First Stop in the New World. Mexico City, Capital of the 21st Century,* Riverbend Books, Nueva York, 2008, ofrece una exploración profunda y reveladora de la diversidad de la ciudad.

[12] Matthew Gutmann, *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City,* University of California Press, Berkeley, 1996 [*Ser hombre de verdad en la ciudad de México Ni macho ni mandilón,* trad. Nair Anaya Ferreira, El Colegio de México, México, 2000], discute los desafíos y las adaptaciones en la ciudad de México.

que las personas y las comunidades tengan impacto en las transformaciones que han propagado las inseguridades sociales y una violencia ubicua.

La pregunta es por qué. La brevedad y el impacto limitado del levantamiento zapatista de 1994, a pesar de la inspiración que proporcionó a quienes sueñan con vidas mejores, son la prueba más clara de que México cambió de manera irrevocable en la segunda mitad del siglo xx. Su rápida contención demostró que el final de las autonomías había traído consigo el final de las revoluciones como México y la mayor parte del mundo las habían conocido.[13]

En *De la insurrección a la revolución en México* argumenté que las amenazas contra las autonomías eran esenciales para provocar insurgencias en las comunidades agrarias y que los conflictos políticos eran fundamentales para quebrantar el poder establecido y abrir el camino hacia levantamientos generalizados. Ahora queda claro que las autonomías remanentes —y la habilidad de fortalecerlas— eran cruciales para las habilidades de los insurgentes de mantener la oposición el tiempo suficiente que les permitiera plantear una amenaza al poder y forzar el cambio (si bien nunca del todo, como lo buscaban). Las autonomías reconstituidas sostuvieron las insurgencias rurales durante las décadas posteriores a 1810 y 1910. El colapso de las autonomías y la propagación de la urbanización volvieron imposibles los desafíos perdurables cimentados en las comunidades agrarias (la esencia de las revoluciones históricas de México) después de 1980.

Con eso en mente, el ascenso y el derrumbe de las autonomías agrarias (es decir, ecológicas), se volvieron centrales para la historia del corazón, de México y del mundo. Braudel argumentó que la historia del capitalismo está definida por la expansión de la comercialización que permitió el aumento de concentraciones del poder y que, en conjunto, corroyó de manera continua las autonomías que por mucho tiempo mantuvieron a familias, comunidades e incluso a regiones del mundo. Esta historia hace hincapié en que, si bien el capitalismo erosionó las autonomías, en el camino las comunidades arraigadas en la tierra también sostuvieron y dieron forma al capitalismo, y defendieron sus autonomías. Las comunidades cargaron al capitalismo que, a la larga, las destruyó. Cuando las depredaciones capitalistas atacaron a las autonomías (y al patriarcado de los hombres) y los conflictos políticos abrieron oportunidades, las comunidades tomaron las armas para desafiar a los poderes que las amenazaban. Al iniciar el siglo xx, reconstruyeron autonomías para mantener comunidades y fuerzas guerrilleras, y forzar el cambio.

En la actualidad, el fin de las autonomías ecológicas en un mundo en proceso de mecanización, urbanización y globalización ha acabado con la

[13] Desarrollé este análisis por primera vez en John Tutino, "The Revolutionary Capacity of Rural Communities", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, pp. 211-268.

capacidad de las comunidades para sostenerse a sí mismas. En un ejemplo de la transformación de México que resulta revelador, en Tehuacán (al este del corazón, donde estudios arqueológicos han rastreado los orígenes más antiguos del maíz), las familias rurales prácticamente han abandonado el cultivo de ese alimento básico tradicional. Un puñado entre los viejos cultivan maíz para elotes. Sus hijos no ven ningún futuro en ese alimento histórico. Buscan trabajo en la localidad, en la ciudad de México o en los Estados Unidos. Saben que el mundo de sus ancestros no regresará.[14] Con pocas esperanzas de ganar algo de la participación política, la gente busca soluciones en las adaptaciones personales y familiares. Pueden sobrellevar sus circunstancias en pueblos rurales, construir barrios citadinos o migrar en busca de nuevas oportunidades. Hacen peticiones y manifestaciones, pero no pueden presionar a los poderosos con insurgencias duraderas. La gente que está completamente sujeta a los mercados puede desafiar al poder sólo mientras duran sus ingresos y los suministros de sus tiendas. Sin importar cuáles sean sus agravios, y cualesquiera que sean las aperturas políticas, los habitantes de nuestro mundo urbanizado no pueden mantener insurgencias por el tiempo suficiente para que agiten al poder y reclamen ganancias.

Desde la década de 1990 y con las transformaciones que aceleró el TLCAN, México se ha enfrentado a una pérdida similar de autonomía como nación. Los mesoamericanos habían inventado el maíz, uno de los grandes cultivos básicos que mantuvieron a los habitantes del Nuevo Mundo antes de 1500 y a números cada vez mayores en el mundo en siglos más recientes. Todo ese tiempo, las familias y las comunidades mesoamericanas y luego mexicanas cosecharon maíz para sostenerse a sí mismas y a un capitalismo mundial en expansión. Después de 1950, cuando la explosión poblacional y los cultivos de la revolución verde socavaron las autonomías de las familias y las comunidades en el centro y en todo México, la nueva agricultura "científica" sirvió para mantener un momento de autonomía alimentaria nacional.

Luego, el TLCAN bloqueó las protecciones arancelarias para el maíz mexicano, a la vez que permitía que los Estados Unidos subsidiaran a los granjeros corporativos que inundaron México con productos básicos cultivados mecánicamente y alimentados con químicos. Luego, las agroindustrias corporativas transnacionales llevaron a México a desviar el uso de sus escasas tierras irrigadas (creadas con proyectos financiados por el gobierno) y de jornaleros aún baratos, y con frecuencia desesperados, hacia la producción de frutas y vegetales de diseño (fresas y jitomates, aguacates y brócoli, etc.) para consumidores estadunidenses acomodados.[15] El país perdió la independencia de su sustento básico, mientras los mexicanos sostenían el capitalismo

[14] Elizabeth Fitting, *The Struggle for Maize. Campesinos, Workers, and Transgenic Corn in the Mexican Countryside,* Duke University Press, Durham, 2011.

[15] Lo anterior lo sintetiza Angus Wright, *The Death of Ramón González. The Modern Agricultural Dilemma,* ed. rev., University of Texas Press, Austin, 2005.

norteamericano como compradores de maíz y productores de cultivos especializados que se volvieron costeables gracias a sus bajos salarios. Vidas de dependencia siguen llevando a cuestas al capitalismo global y subsidiándolo.

Mientras tanto, en las aldeas rurales, los pueblos de provincia y los barrios citadinos las familias buscaban adaptaciones sociales viables, sólo para encontrar marginalidades veteadas de inseguridades. Ni en el México contemporáneo ni en nuestro mundo hay escasez de violencia. La violencia del hogar sigue siendo endémica y profundamente corrosiva. Las vidas de crímenes, mayores o menores, se apoderan de la economía existente. Los cárteles de la droga perduran porque obtienen ganancias en mercados capitalistas y compran armas para actuar como Estados y defender su negocio. Los ladrones, los secuestradores que buscan ganancias y los cárteles tienen pocos incentivos para perseguir el cambio social, incluso si algunos bandidos pueden presentarse como Robin Hood, tomando de los ricos para dar a quienes de otra forma serían pobres (ellos mismos), y en ocasiones los líderes de los cárteles son honrados en la música popular por desafiar al poder y prosperar. Los secuestradores depredadores, con demasiada frecuencia asesinos, no obtienen esas alabanzas. Todos toman redistribuciones; todos ofrecen ingresos a los pocos que están dispuestos a comerciar con la muerte y tomar riesgos mortales. El crimen y los cárteles no son caminos hacia el cambio social, económico ni político. La violencia marca al México contemporáneo en demasiadas formas; no ha encontrado una ruta para desafiar los poderes establecidos, para promover la justicia ni para impulsar una redistribución. La violencia endémica persiste como una corrosión perdurable. El fin de las autonomías agrarias y el triunfo de las vidas urbanas atrapadas en la dependencia —y con demasiada frecuencia en la marginalidad— han estimulado la violencia corrosiva, impidiendo, a la vez, los levantamientos revolucionarios. Ha desaparecido la capacidad de sostener una revolución.

La urbanización y el fin de las revoluciones

Un desfile histórico de académicos ha documentado la manera en que los conflictos revolucionarios que desafiaron a los regímenes y las formas de producción que llegaron con el capitalismo reiteradamente estaban cimentados en comunidades afianzadas en la tierra. Cuando se enfrentaron a amenazas en tiempos de conflictos, éstas se movilizaron para desafiar a los poderosos y para exigir tierra y justicia. Rara vez reclamaron el poder del Estado; repetidamente obligaron a negociar a los hombres que buscaban gobernar. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* de Barrington Moore y *Las luchas campesinas del siglo xx* de Eric Wolf establecieron el programa en la década de 1960; en la de 1970, Jeffery Paige nos dio *Agrarian Revolution* [Revolución agraria] y James Scott se concentró en el sudeste asiático

en *The Moral Economy of the Peasant* [La economía moral del campesino]; *Los Estados y las revoluciones sociales* de Theda Skocpol volvió más profundas las comparaciones en la década de 1980, cuando yo añadí *De la insurrección a la revolución* para incluir a México en esa plática; en la década de 1990 la visión se amplió con *Revolution and Rebellion in the Early Modern World* [Revolución y rebelión en la modernidad temprana] de Jack Goldstone. Durante la crisis reciente del capitalismo globalizador, en 2009, James Scott nos dio nueva profundidad en *The Art of Not Being Governed* [El arte de no ser gobernados].

Con diferentes énfasis y perspectivas, todas esas obras vieron la importancia crucial de las comunidades afianzadas en la tierra para las revoluciones que disputaron y dieron forma al capitalismo y los Estados durante siglos. Es momento de preguntarnos qué significa el fin de las autonomías agrarias para las posibilidades de revolución, construcción de Estado, cambio económico, reforma social y también para las comunidades y las familias de todo el mundo. Las últimas revoluciones cimentadas en comunidades rurales que tuvieron éxito en el establecimiento de nuevos Estados ocurrieron en China en la década de 1950 y en Vietnam en la de 1970.[16] Los conflictos que destruyeron a Centroamérica en la década de 1980 vieron intentos de movilizar a las comunidades que tenían remanentes de autonomías, sólo para que las aplastaran regímenes apoyados por los Estados Unidos. Los vencedores prometieron democracia y construyeron un capitalismo de exportaciones. Las autonomías rara vez revivieron.[17] Desde entonces, la vida ha estado marcada por inseguridades generalizadas y una violencia corrosiva, que impelen a familias fracturadas a unirse a los mexicanos desplazados en los Estados Unidos.

Con la explosión poblacional y la urbanización que se mezclaron para encauzar la globalización en todas partes, las autonomías se desvanecieron. Las vidas de dependencia, marginalidad e inseguridad proliferan.[18] La violencia parece estar en todas partes: dentro de las familias y las comunidades urbanas y rurales; en cárteles que obtienen ganancias de comercios ilegales; en conflictos diversos que con demasiada frecuencia se agrupan como terrorismo, y en respuestas estatales (y privadas) que buscan contener todo eso y más. Esta historia del capitalismo y las comunidades del corazón de Mé-

[16] Eric Wolf puso énfasis en esto en *Peasant Wars of the Twentieth Century,* Harper and Row, Nueva York, 1968 [*Las luchas campesinas del siglo xx,* trad. Roberto Reyes Mazzoni, Siglo XXI Editores, México, 1976], un análisis que James Scott volvió más profundo en *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia,* Yale University Press, New Haven, 1976.

[17] Véase Robert Williams, *Export Agriculture and the Crisis in Central America,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1984; y Jeffery Paige, *Coffee and Power. Revolution and the Rise of Democracy in Central America,* Harvard University Press, Cambridge, 1977.

[18] Para un conjunto poderoso de ilustraciones, véase Mike Davis, *Planet of Slums,* Verso, Londres, 2005 [*Planeta de ciudades miseria,* trad. José María Amoroto, Akal, Madrid, 2014].

xico sugiere que, para entender ese giro hacia la violencia endémica corrosiva que ahora plaga tantas vidas sin estimular la reforma social, formas más sostenibles de vida o una participación política efectiva, debemos explorar el impacto que el fin de las autonomías ha tenido en las familias, las comunidades, las economías y los sistemas gubernamentales en todo el mundo.

En particular, las movilizaciones populares parecieran haberse transformado y limitado bruscamente. Personas frustradas por la dependencia, la inseguridad y la marginalidad están al frente de manifestaciones, se movilizan en internet, interrumpen el transporte y buscan el favor político.[19] Algunas atacan a los ricos locales o a vecinos que consideran vulnerables; las personas a las que se considera diferentes, con frecuencia impías, son consideradas responsables de un mundo que no funciona. Las protestas y los ataques viven de aprovechar la riqueza y las comunicaciones del capitalismo globalizador que desafían. Nada ha generado ganancias duraderas a las comunidades populares, urbanas o rurales. Los actos más destructivos suelen reforzar el poder de los poderosos, encerrando así el privilegio y a sus prósperos dependientes dentro de perímetros de seguridad, locales o nacionales (dispuestos a pagar a personas reclutadas entre los pobres para contener o atacar a oponentes dispersos). Mientras tantos se enfrentan a la pobreza, la marginalidad y la inseguridad social, otros se retiran a vivir con miedo, consienten en sus pérdidas de libertad y se lamentan por su propia inseguridad.

Hay movimientos populares por todas partes. Grupos diversos se organizaron para exigir la apertura del régimen priista en México en la década de 1990; sus esfuerzos contribuyeron al triunfo de la democracia en el año 2000. La falta de un cambio social fundamental cuando las elecciones se convirtieron en circos mediáticos, las desigualdades se profundizaron y la justicia siguió siendo un sueño contribuye en la actualidad a una cultura de la desilusión.[20] En toda América Latina, nuevos movimientos sociales se han organizado para reclamar ganancias limitadas; sin embargo, han generado pocas transformaciones profundas. La celebrada Primavera Árabe derribó a dictadores despreciados, exigió la democratización y soñó con la justicia. Después de breves aperturas, pocos son los elementos de la promesa que perduran. En los Estados Unidos, movimientos que van desde Occupy Wall Street hasta la campaña presidencial de Bernie Sanders trajeron consigo meses de esperanza, seguidos de frustraciones cuando los límites de las protestas pú-

[19] El ascenso y los límites de la nueva política urbana se exploran en John Tutino y Martin Melosi (coords.), *New World Cities. The Challenges of Globalization and Urbanization in the Americas,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2018.

[20] Véanse los ensayos incluidos en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, en torno a los desafíos más amplios de la globalización en México. Véase Adolfo Gilly y Rhina Roux, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre el cambio de época,* Ítaca, México, 2015.

blicas y los procesos electorales se volvieron claros. Donald Trump apeló a personas que se enfrentaban a la dependencia, la inseguridad y a pérdidas imaginadas de privilegio para ganar la presidencia, mientras dividía con rabia a las personas —blancas, negras y latinas— que comparten los problemas subyacentes. En el centro del capitalismo global el teatro electoral restringe la participación popular.[21]

Ningún movimiento de décadas recientes, no violento o violento, ha empezado a descarrilar las concentraciones de riqueza y poder detalladas por Thomas Piketty en *El capital en el siglo xxi,* la extensión de las inseguridades explorada por Zygmunt Bauman en *Tiempos líquidos,* ni la marginalización que aqueja a tantos, como detalla Mike Davis en *Planeta de ciudades miseria.* Muchos de los que luchan en una inseguridad dependiente, atrapados entre los pocos poderosos y los muchos desesperados, se aferran a las promesas de los poderosos. Algunos recurren a ataques destructivos contra aquellos en los que pueden asestar sus golpes (rara vez los verdaderamente poderosos). La mayoría, al no ver un camino claro a seguir, se concentran en hacer lo mejor que puedan para las familias y las comunidades que tienen.

Piketty documenta la trayectoria histórica del capitalismo, que genera un remonte en la producción comercial a la vez que concentra la riqueza y la propiedad en cada vez menos personas. Detalla la manera en que dichas concentraciones preponderaron en Europa y los Estados Unidos, al tiempo que dominaban la industrialización decimonónica que propagó las formas comerciales.[22] Piketty muestra la manera en que, de 1910 a 1970 —décadas a las que dieron forma guerras calientes como frías revoluciones y una depresión global—, las concentraciones dieron paso a distribuciones limitadas, aunque significativas, hacia las mayorías en los núcleos industriales y en regiones que perseguían un desarrollo nacional. Asimismo, detalla la manera en que la globalización ha traído nuevas concentraciones incontroladas de riqueza en todo el mundo.

Piketty reconoce que el incremento de las concentraciones es socialmente corrosivo y es probable que, tarde o temprano, genere una resistencia que socave la productividad de la economía mundial. Reta a los capitalistas y a sus aliados a ver que esas desigualdades cada vez más profundas terminarán por desestabilizar todo y poner en riesgo su interés final: el capitalismo que genera ganancias y prosperidad. Piketty documenta que la concentración es la dinámica normal del capitalismo. La historia sugiere que

[21] Escribo esto el día de su triunfo; el camino a seguir en los Estados Unidos es, en el mejor de los casos, incierto.

[22] Thomas Piketty, *Le Capital au xxi^e siècle*, Éditions du Seuil, París, 2013; *Capital in the Twenty-First Century,* trad. Arthur Goldhammer, Harvard University Press, Cambridge, 2014 [*El capital en el siglo xxi,* trad. Eliane Cazenave-Tapie Isoard, colab. de Guillermina Cuevas, rev. de la trad. de José Carlos Hoyos, rev. técnica de la trad. de Gerardo Esquivel, 2a ed., FCE, México, 2015].

es poco probable que los capitalistas lleguen a reconocer una necesidad de limitar las ganancias a corto plazo en busca de una estabilidad a largo plazo, al menos no hasta que se enfrenten a desafíos que amenacen sus intereses inmediatos.

La historia de México y los estudios mundiales de las bases agrarias de las revoluciones sugieren una adición al enfoque que Piketty tiene del capitalismo; mejor dicho, una complicación. Durante la larga trayectoria de concentraciones del capitalismo en Europa Occidental y en el noreste de los Estados Unidos de 1815 a 1910, este sistema económico se enfrentó a pocas guerras y desafíos revolucionarios. Las décadas de 1910 a 1970 fueron, precisamente, décadas de guerras, revoluciones y depresión, junto con levantamientos anticoloniales vinculados con los conflictos de la Guerra Fría en todo el mundo. Como muestra Piketty, el vuelco del capitalismo hacia la redistribución llegó como respuesta a desafíos violentos, guerras entre Estados y movilizaciones sociales que, con frecuencia, estaban vinculados. Muchas revoluciones sociales llegaron como respuesta a las amenazas a las autonomías, posibilitadas por la capacidad de los pueblos rurales de reconstruir autonomías, implementar desafíos insurgentes y exigir justicia social. Desde la década de 1970, el final de las autonomías en todo el mundo ha protegido al capitalismo globalizador de cualquier desafío que vaya más allá de breves manifestaciones y destrucciones violentas que propagan el miedo, pero rara vez provocan un cambio. Las concentraciones continúan.

Piketty, que es economista, busca una solución en las políticas fiscales. Argumenta que los poderes estatales, los garantes de los derechos de propiedad que mantienen el capitalismo, deben encontrar una forma de moderar los excesos y distribuir los beneficios. Sabiendo que un intento de ese tipo de parte de cualquier Estado sólo llevaría el capital y los pocos trabajos que crea a otra parte, Piketty propone un impuesto global sobre el capital para limitar las concentraciones y compartir las ganancias. Empero, no existe ninguna forma de gobierno mundial que diseñe e implemente un programa de ese tipo. Otros, que observan los desafíos del capitalismo globalizador en el aumento de las concentraciones y la participación limitada, hacen un llamado a la implementación de reformas nacionales para defender la propiedad y promover la justicia, ambas fundamentadas en el Estado de derecho.[23] Un impuesto global que promueva la redistribución y reformas nacionales que vuelvan los derechos de propiedad, la política y la justicia más transparentes y justos sería muy benéfico. Hay pocos indicios de que esté en camino, globalmente o en naciones en que las concentraciones y las exclusiones son extremas y cada vez más profundas.

[23] Lo anterior es el foco de Haber *et al., México…, op. cit.,* y la visión más global de Daron Acemoglu y James Robinson, *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty,* Crown, Nueva York, 2012 [*Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza,* trad. Marta García Madera, Crítica, México, 2018].

La intersección del énfasis que pone Piketty en la normalidad de las concentraciones y el entendimiento histórico de que los movimientos populares cimentados en comunidades agrarias (y, en los centros industriales, con los movimientos laborales construidos sobre la fortaleza de los sindicatos) han sido las formas primordiales en que las personas obligaron a los poderosos a negociar desde hace mucho conduce a otras preguntas: ¿es posible que el poder popular reviva en un mundo globalizado sin autonomías y en que las dispersiones mundiales de la producción impiden las organizaciones de trabajadores? Si las redistribuciones diseñadas por los aliados políticos de aquellos que más se benefician parecen improbables, ¿es posible que nuevas formas y nuevos medios de aserción popular surjan para presionar a los poderosos? Las aperturas políticas importan, como también las organizaciones que promueven los derechos humanos y el bienestar; sin embargo, han tenido poco impacto para generar una justicia efectiva o una redistribución significativa. En un mundo sobrepoblado en urbanización, un regreso a las autonomías afianzadas en la tierra es improbable.[24] Ése es el mundo que hemos perdido.

¿Acaso nuevas formas de fortalecer a las comunidades pueden ayudar a las familias (a la vez que pasan por una rápida transformación) a desarrollarse en un mundo al que estructuran la fragmentación, la inseguridad y la dependencia? Quizá los esfuerzos de tantos por movilizar la autoayuda y las organizaciones locales para construir barrios más viables en la ciudad de México —y, en ese esfuerzo, construir una metrópolis— sugieren un camino a seguir. Sin autonomías, las personas deben organizarse para impulsar sus intereses. Ésa también es la lección de los movimientos por los derechos de los trabajadores dentro del capitalismo industrial. Aun así, las organizaciones que construyeron los barrios de la ciudad de México se agotaron en ese esfuerzo, primero al ser cooptadas por el PRI, luego al ser desviadas hacia el teatro electoral. El poder estatal quebrantó las organizaciones obreras en el giro hacia la globalización: en México, los Estados Unidos y Gran Bretaña. Su persistencia en Europa merece una consideración concienzuda. Subsiste la pregunta: ¿cómo es posible que personas de comunidades privadas de autonomías, definidas por la dependencia y formadas por las luchas cotidianas por la supervivencia se organicen para impulsar sus intereses?

En la búsqueda de respuestas, hay un punto en el que se debe hacer hincapié. La presente historia ha detallado la organización patriarcal de las familias y las comunidades cimentadas en las autonomías agrarias y ha mostrado cómo las amenazas a las autonomías, experimentadas como desafíos al patriarcado, lanzaron a los hombres a la violencia, primero en las familias y las comunidades, empujándolos, después de 1810 y de 1910, a desafiar los

[24] Sobre la transformación global en curso, John R. McNeill y Peter Engelke, *The Great Acceleration. An Environmental History of the Anthropocene since 1945,* Harvard University Press, Cambridge, 2014*,* es un buen punto de partida.

poderes que gobernaban. El derrumbe de las autonomías socavó el patriarcado: primero en ataques a la capacidad de proveer de los hombres, después por movimientos que exigían derechos e igualdad para las mujeres. Tras siglos de primacía, la familia patriarcal se está derrumbando en México y en todo el mundo. Sus desigualdades y explotaciones son claras; el patriarcado no debe revivir. Habiendo hecho hincapié en lo anterior, el desafío de nuestra época consiste en encontrar nuevas maneras de organizar y mantener a familias y comunidades cambiantes más equitativas y seguras en formas duraderas. Para muchas mujeres prósperas, los desafíos al patriarcado han traído consigo nuevas oportunidades, aunque sigan siendo limitadas; para demasiadas mujeres en lucha por mantenerse a sí mismas y a sus familias, la caída de las formas autónomas de provisión y el patriarcado que traían ha llevado a exigencias de realizar trabajo pagado, de sostener a los hogares y cuidar a los hijos ante una inseguridad endémica y con demasiada frecuencia una violencia corrosiva. Un mundo no patriarcal necesita ser abierto, seguro y sostenible.

¿Acaso existen maneras de forjar familias libres del patriarcado en comunidades que sean capaces de proveer un sustento seguro en un mundo integrado por desigualdades globalizadoras? Los Estados facilitan la operación global de los grandes bancos, las corporaciones industriales y los mastodontes comerciales. Son organizaciones transnacionales legalmente sancionadas. Mientras tanto, las personas que producen, consumen o simplemente luchan por sobrevivir viven unidas en una economía mundial de una complejidad sin precedentes, en tanto sus intentos de organizarse se ven imposibilitados localmente y bloqueados a nivel internacional. ¿Es posible que las personas encuentren maneras de fortalecer las comunidades locales, de organizarse para promover sus metas y vincularse a través de las fronteras para impulsar programas comunes?

En la actualidad, los Estados facilitan el movimiento global del capital y los bienes a la vez que se esfuerzan por mantener a las personas dentro de las naciones. La política nacionalista —con mucha frecuencia también xenofóbica— promueve la restricción de las personas como una solución a la pobreza, con lo que divide a quienes podrían organizarse juntos para exigir una prosperidad compartida, dentro de sus fronteras y en el mundo más amplio. Ese mundo está globalizando el poder y la producción; mientras la política sigue siendo insistentemente nacional, las autonomías se desvanecen y las comunidades se fragmentan. Las personas se enfrentan a una movilidad constreñida y a una capacidad limitada de organizarse en sistemas de gobierno restringidos a dominios nacionales. ¿Es posible que familias y comunidades diversas y con una mayor igualdad de género encuentren caminos hacia la participación efectiva, una nueva seguridad y una prosperidad compartida? ¿Pueden organizarse localmente, integrarse nacionalmente y extenderse más allá de las fronteras para promover necesidades comunes? Esfuer-

zos de esta índole se han llevado a cabo durante décadas; sus energías son impresionantes, sus compromisos claros sus impactos inciertos.[25] Es necesario concluir esta larga historia de los mexicanos que sortean vidas dentro del capitalismo con preguntas e incertidumbres sin respuestas claras. Las dificultades actuales, las suyas y las nuestras, en una América del Norte integrada pero dividida son razones de preocupación; su perdurable resiliencia ante tantos obstáculos nos da razones para tener esperanzas.

Postdata: el centro de México, 2016

En octubre de 2016 me uní ados amigos mexicanos, un historiador y un fotógrafo lingüista, en un viaje para conseguir fotos de los centros mineros, las haciendas y las comunidades que por mucho tiempo mantuvieron a la ciudad de México y el capitalismo global, y ahora se ahogan en una inmensa metrópolis en expansión. Descubrimos mucho de lo que puntúa su historia y vuelve más definido su variado relieve. Taxco sigue siendo un centro próspero de producción platera: concentrado en hacer y vender joyería para visitantes mexicanos e internacionales y que emplea a más personas en la industria del servicio que en la minería. Al ya no enviar capital para estimular el comercio mundial, Taxco depende de bancos mundiales para financiar el turismo, entretener a los prósperos y mantener a la población en servicio. La sucursal de Banamex que aparece en la figura E.1 es una subsidiaria de Citibank.

Mientras tanto, la urbanización ha avanzado más allá del desecado lago de Chalco, hasta las históricas planicies de Chalco: el granero tradicional de la ciudad de México. La hacienda de San José de Chalco (que aparece en la figura III.1), que construyeron los jesuitas y luego operaron el emperador Iturbide, el presidente Guerrero y el reformista liberal Mariano Riva Palacio, ahora es hogar de una escuela secundaria que sirve a la juventud de San Gregorio Cuautzingo. La antigua aldea se ha convertido en un pueblo en urbanización en el que la tienda de descuentos Bodega Aurrerá (perteneciente a Walmart) domina el paisaje en un grado mayor que la iglesia local (que aparece en la figura III.2). Con los campos otrora vastos de las haciendas ahora mezclan los desarrollos formales de vivienda (véase figura E.2) para aquellos con una prosperidad modesta con las chozas construidas por familias que tomaron un fragmento de tierra para reclamar un lugar en las márgenes de la metrópolis. En lo alto, en los hombros de los volcanes que siguen domi-

[25] Annette Aurélie Desmarais, *La Vía Campesina. Globalization and the Power of Peasants,* Pluto Press, Londres, 2007 [*La Vía Campesina. La globalización y el poder del campesinado,* Popular, Madrid, 2007], analiza un movimiento transnacional que reconoce implícitamente la desaparición de las autonomías agrarias, y atrae a mujeres y hombres de comunidades rurales que están en busca de dar forma a los nuevos caminos a seguir.

Figura e.1. *El financiamiento del turismo de la plata en Taxco: Citibanamex, 2016.*

Figura e.2. *Vivir en las tierras de San José de Chalco (La Compañía), 2016: unida a la ciudad por automóvil, al mundo por satélite.*

nando el paisaje (cuando las nubes y el esmog se despejan lo suficiente para verlos), la fábrica de papel de San Rafael ofrece unos cuantos trabajos con jornales bajos en nuevos edificios ubicados junto a las ruinas históricas que anuncian una prosperidad pasada, también perteneciente a unos cuantos. En un acantilado encima de la fábrica, las familias toman fragmentos de las laderas para construir chozas que se aferran al borde de la globalización, ondeando banderas de México para mostrar su orgullo nacional (véase figura E.3). Una iglesia moderna dedicada a la Virgen muestra que las personas siguen buscando su ayuda de cara a vidas de marginalidad.

Persisten restos de las formas rurales. Más allá de Tlalmanalco, donde una iglesia del siglo XVI ocupa el centro de un pueblo moderno (véase figura II.3) y de camino a Amecameca (que aparece en la figura VIII.2), persisten los campos de maíz (véase figura VIII.1), la mayoría de ellos cultivados por hombres que manejan camiones y tractores; aun así, algunos se aferran a los restos de las autonomías, utilizando caballos para llevar la cosecha a casa y al mercado. Al norte, en El Mezquital, la hacienda de Tulancalco, a la que los insurgentes amenazaron después de 1810, ahora es un ejido donde hombres pobres cultivan campos de maíz alrededor de un granero que alguna vez albergó la cosecha de una noble en espera de una época de escasez para lucrar (véase figura IV.2). Los hogares fueron construidos por sus dueños; los camiones vinculan a las familias con los mercados por la nueva carretera; el viejo casco (centro de operaciones) está en ruinas; una escuela ocupa el centro del pueblo. La hacienda que frenara a los insurgentes ya desapareció; el maíz

FIGURA E.3. *Aferrándose al desfiladero, ondeando las banderas: San Rafael, 2016.*

mantiene su fuerza mientras las familias buscan oportunidades para sus hijos (véase figura IV.2).

En la tradicional cuenca azucarera de Cuernavaca, hogar de la insurgencia que sacudió al Estado mexicano y al capitalismo agroindustrial después de 1910, el azúcar rige en las planicies de las tierras bajas, algunas sembradas por cooperativas ejidales, la mayoría en manos privadas; toda el azúcar se refina en inmensos molinos mecanizados, la fábrica construida por el Estado en Zacatepec (véase figura XII.1) complementada con las nuevas empresas privadas. El azúcar reina donde los molinos siguen girando; hay camiones por todos lados; las autonomías han desaparecido. Los trabajadores de los molinos viven en casas pequeñas pero firmes; los productores locales sobreviven en chozas pequeñas, con frecuencia construidas por ellos mismos.

Por último, las carreteras de alta velocidad (de cuota) han convertido a Tlayacapan y a Tepoztlán en suburbios para los prósperos que escapan del esmog y la congestión de la ciudad. La vieja iglesia sigue ocupando el centro de Tepoztlán (véase figura IX.4), rodeada ahora de turistas de fin de semana que buscan aire fresco, cafés, arte y artesanías. Los habitantes locales que se aferraron durante tanto tiempo al maíz para mantener el capitalismo azucarero a raya, ahora sirven a un puñado de personas prósperas que sirven al capitalismo global. Las desigualdades, las dependencias y las inseguridades definen a un centro de México urbano y globalizado. Algunos tienen ganancias y un número creciente de gente prospera. Aun así, para la mayoría, las vidas de sustento asegurado, equidad y justicia siguen siendo sueños, incluso si siguen llevando a cuestas el capitalismo al gastar en Walmart cuando compran los artículos necesarios para la vida que vienen de los granjeros estadunidenses, los fabricantes asiáticos y otros dispersos en redes sin precedentes de dependencias por todo el mundo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro se basa en investigaciones y análisis —a la vez que las revisa e integra— comenzados en la década de 1960, siempre en conversación con académicos de México y los Estados Unidos. La necesidad de agradecimientos es interminable. Cada mención en las notas y la bibliografía es un reconocimiento, que inevitablemente resulta insuficiente, pues sólo cito las obras que directamente dieron forma a mi análisis. Muchas más han contribuido a mi entendimiento de México y el mundo. Los colegas y los estudiantes de todos los lugares en que he estado me han enseñado mucho y han cambiado mis opiniones. Los de Georgetown me abrieron mundos nuevos. John McNeill estuvo al frente de dos seminarios que reunieron a colegas para leer y mejorar este volumen, uno en una etapa temprana, otro hacia el final. Ellos hicieron de éste un mejor libro.

Hay tantos más. En el principio leí a John Womack para aprender la importancia de la revolución de Zapata; Octavio Paz me mostró que su revolución, una revelación del ser más profundo de México, debía verse en una visión histórica larga; después, Charles Gibson abrió una ventana a las historias de las comunidades del valle de México. Este libro es una respuesta de prolongado desarrollo a sus visiones y preguntas. En el posgrado utilicé por primera vez los documentos de Mariano Riva Palacio para estudiar Chalco en 1972 (un fundamento del séptimo capítulo), bajo la guía de Nettie Lee Benson, quien también me enseñó la historia de México. Estudié el capitalismo y la Revolución industrial con Standish Meacham; Richard Graham me ayudó a atravesar océanos con el análisis; Richard Adams me condujo a ver el poder a largo plazo. James Lockhart me enseñó sobre la América española y la historia social, y luego fue mi mentor para la tesis que cimienta los capítulos tercero y cuarto.

Friedrich Katz me invitó a un grupo de trabajo dedicado a la resistencia rural en México, el cual condujo al octavo capítulo; Eric van Young compartió fuentes esenciales para el cuarto capítulo. Mark Wasserman fue un lector de mi primer libro; él me invitó a escribir un ensayo que es el precursor del décimo capítulo y luego me pidió que colaborara en la publicación de *History Compass,* lo que llevó al análisis clave para el noveno capítulo. En fechas recientes, Bryan McCann me recordó la importancia de *Los hijos de Sánchez,* lo que volvió al decimotercer capítulo mucho más profundo. Bill Taylor, Steve Stern, Pat Carroll y Brian Owensby han tenido una influencia profunda y duradera en mi entendimiento de la época imperial española; Sue Cline y Catarina Pizzigoni abrieron testamentos en náhuatl como ventanas a las culturas

familiares y comunitarias; Vera Candiani dispuso una nueva visión de la ecología cambiante del valle de México. Jon Brown, Alan Knight, Mary Kay Vaughan, Emilio Kourí y Myrna Santiago dieron forma a mi pensamiento en torno a la era nacional. La tesis de Harry Cross, desafortunadamente inédita, abrió nuevas visiones del siglo XIX. Recientemente, Jennifer Scheper Hughes me enseñó sobre los cultos locales desde el siglo XVI hasta el presente. Marty Melosi y todos nuestros colegas en el grupo de trabajo sobre las ciudades del Nuevo Mundo me llevaron al universo de la urbanización del siglo XX. La tercera parte no podría haberse escrito sin sus colaboraciones.

En México me recibieron en conversaciones académicas mientras intentaba aprender: Enrique Florescano abrió su oficina y su mente analítica a un neófito desconocido; Jan Bazant no tardó en hacer lo mismo. Gracias al grupo de Katz, conocí y aprendí de Leticia Reina y también de Arturo Warman. Conocí a Guillermo de la Peña cuando los dos visitamos Austin durante el mismo año. Las obras esenciales de Arturo y de Guillermo dan forma al decimosegundo capítulo. Leticia me presentó a Elisa Servín, lo que me llevó al proyecto *Cycles of Conflict* que me enseñó tanto sobre el largo plazo. Conocí a Enrique Cárdenas en fechas más recientes; el decimoprimer capítulo no se hubiera escrito sin su análisis sin igual de la historia económica de México. Más allá de ese núcleo, he aprendido de Tomás Jalpa y Teresa Jarquín; José Enciso Contreras y Gilda Cubilla Moreno; América Molina del Villar y Gerardo Lara; Alfredo Ávila y Erika Pani; Romana Falcón, Felipe Ávila y Alejandro Tortolero; Luis Fernando Granados y Adolfo Gilly. Antonio García de León y Aurora Gómez Galvarriato son pioneros de una historia mexicana del capitalismo centrada en el estado de Veracruz, en el golfo de México. Brian Connaughton puso la voz del enojado sacerdote de Iztacalco a disposición del mundo.

Como indican los agradecimientos previos, una buena parte de la obra que aquí se presenta se desarrolla a partir de investigaciones emprendidas desde la década de 1970 y compartidas en varias publicaciones. La mayoría de los capítulos son textos completamente nuevos basados en esos trabajos. Algunos, si bien revisados, reflejan publicaciones previas de forma más directa. El quinto capítulo ofrece una revisión sustancial, escrita en inglés, de "Soberanía quebrada, insurgencias populares y la Independencia de México. La guerra de las independencias, 1808-1821" (*Historia Mexicana,* vol. 59, núm. 1, 2009, pp. 11-75). El sexto capítulo incluye secciones, una vez más, revisadas sustancialmente y reescritas en inglés, de "El debate del futuro de México. Buscando una economía nueva; encontrando desafíos y límites, 1830-1845" (*Historia Mexicana,* vol. 65, núm. 3, 2016, pp. 1119-1192). Ambos se incluyen aquí con permiso de El Colegio de México. El octavo capítulo es una versión radicalmente revisada de "Agrarian Social Change and Peasant Rebellion in Nineteenth-Century Mexico. The Case of Chalco", publicada en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution.* Se incluye aquí con permiso de Princeton University Press.

Debo reconocer también a los estudiantes de doctorado que han trabajado conmigo en México: Theresa Alfaro-Velcamp sobre la migración a México, Luis Fernando Granados sobre los pueblos indígenas en la ciudad de México: el corazón del centro, Emilio Coral sobre las clases medias de la ciudad de México, Ben Fulwider sobre carreteras y transportes, Rodolfo Fernández sobre Monterrey y la revolución, Fernando Pérez Montesinos sobre las comunidades purépechas y los programas liberales, Larisa Veloz sobre la migración hacia los Estados Unidos, Adrienne Kates sobre los chicleros mayas y el capitalismo global, Hillar Schwertner sobre el agua y la metrópolis Tijuana-San Diego. Todos ellos han dado forma a mi entendimiento del corazón, de México y del mundo.

Este libro fue posible en gran parte gracias a los recursos de la Benson Latin American Collection Library en la University of Texas en Austin. La mismísima Nettie Lee Benson me presentó sus tesoros: manuscritos, publicaciones periódicas y libros de todas partes (en especial obras de la provincia mexicana que no están disponibles en ningún otro lugar). La colección fue el sustrato de mis estudios de posgrado y he regresado casi todos los años para aprovechar sus incomparables recursos. Mucho de lo aquí presentado se basa en documentos personales, compilaciones estatales y libros raros que forman parte de la Benson y cuyo acceso ésta hace tan sencillo. Su personal y sus directores, desde la señorita Benson (como la llamábamos con una mezcla de miedo y respeto) hasta Julianne Gilland, se han ganado mi infinita gratitud.

Llevar este volumen a la imprenta ha sido una odisea: Norris Pope vio promesa en él y me ofreció aliento y un contrato en una etapa temprana. Brigitta van Rheinberg llevó el volumen a Princeton y me retó a escribir la tercera parte, dedicada al siglo xx; su asistente, Amanda Peery, se esforzó por ayudar a que me concentrara al final; el equipo de producción y edición de Jenny Wolkowicki, Maia Vaswani y (una vez más) Rodolfo Fernández me acercaron a la claridad. Margaret Chowning fue mi lectora en tres ocasiones, siempre positiva, siempre impulsándome hacia la claridad. Bill Nelson creó una vez más los mapas esenciales.

Tres colegas que también son mis amigos aportaron ilustración visual a este volumen. Las fotos llegaron durante los días de exploración que compartí con Alfredo Ávila y Dinorah Pesqueira. La mezcla de nuestros ojos de historiadores y fotógrafos resultó reveladora. Lo que aprendí durante aquellos días condujo a revisiones analíticas y a la posdata al final de este volumen. Más allá de mi agradecimiento, les debo abrazos. Y cuando conseguir el permiso para reproducir en la portada la imagen de Diego Rivera, que revela tanto sobre la comunidad, resultó abrumador, Catherine Mayo (académica transnacional, escritora, novelista e historiadora) me mostró el camino. Ella se ha ganado el agradecimiento más profundo de mi parte y de Princeton University Press.

En última instancia, este libro y mi vida tratan sobre la familia. Jane sigue siendo mi pareja esencial. Nos conocimos al poco tiempo de que leyera a Womack; ella me dio *Los aztecas bajo el dominio español* de Gibbson como regalo de graduación de licenciatura. Vivimos y aprendimos juntos en la ciudad de México durante todo 1973; mientras yo me sumergía en archivos, ella atendía niños en una unidad de cuidado intensivo del Instituto Nacional de Pediatría (IMAN). Regresamos regularmente. Ella moldeaba —y sigue moldeando— cada conversación al insistir en que la obra y el bienestar de la gente común siempre es lo que importa. En eso, el presente libro es un testamento de su visión. Compartimos una familia cada vez más mexicana que ilumina nuestras vidas y nuestro entendimiento: Gabriela y María, Israel y Pilar. Y sí, María, sigo yendo a la escuela; feliz y casi todos los días.

Finalmente, las personas a las que dedico este volumen se merecen un poco más de agradecimiento. El pueblo de México y sus comunidades me han inspirado durante décadas: desde nuestros primeros encuentros en 1965, cuando acababa de graduarme de la escuela preparatoria. Han seguido adelante a través de una larga historia que amenazó mucho, destruyó a muchos y ofreció poco, manteniendo a la familia y a la comunidad unidas como podían, siempre con un ojo puesto en nuevos caminos a seguir. Su resiliencia sigue inspirándome, mientras se enfrentan a nuevos desafíos y viven en nuevas comunidades en México y América del Norte. Nosotros, los "gringos", tenemos que aprender de ellos, no denigrarlos.

En un punto tardío de mi vida, reconocí que mis abuelos, Biaggio y Anna María Tutino, Lillian y Lewis Paquin, fueron los primeros en enseñarme el valor de la comunidad y el sustento al vivir fuertes transiciones de vidas afianzadas en la tierra hacia la dependencia del trabajo industrial. Eran diferentes en formas importantes: Biaggio y Anna María cruzaron océanos; Lillian creció siendo huérfana. Biaggio y Anna María trabajaron en una hilandería de lana; Lewis trabajó en un taller mecánico. Anna María fue partera, con lo que llevó las formas de un pueblo italiano a un pueblo industrial de Nueva Inglaterra. Biaggio y Anna María eran católicos; Lillian y Lewis protestantes congregacionalistas. Aun así, compartían mucho: Biaggio y Lewis mantuvieron huertos abundantes durante toda su vida, convencidos de que la comida que cultivaban era mejor que cualquier cosa que pudieran comprar; Anna María y Lillian hacían festines semanales que unían a las familias. Durante los años de escuela y las vacaciones de verano, viví con ellos y aprendí a apreciar las vidas de trabajo y el valor de la comida hecha en casa. En domingos interminables, nos trasladábamos para participar en ambos festines: uno de ellos italiano, el otro de la Nueva Inglaterra. De mis abuelos aprendí lo que la gente en el corazón de México siempre ha sabido: la importancia esencial de la familia y la comida y el valor, incluso, de los restos de las autonomías.

APÉNDICE

Los análisis de la tierra y el trabajo, el capital y la producción, la familia, el crimen y la violencia, esenciales para varios de los capítulos, se basan en análisis de materiales cuantitativos. Cuando esos materiales se presentaron y discutieron en textos publicados previamente, cito aquellas publicaciones en vez de incluir tablas aquí. Cuando los materiales cuantitativos son inéditos, se presentan aquí y se discuten en los capítulos relevantes.

TABLA A.1. *Producción y trabajo en las minas de plata de la Nueva España, 1597*

	Plata en pesos	*Molinos de agua*	*Molinos de caballos*	*Esclavos africanos*	*Naboríos indígenas*	*Indios de repartimiento*
Región de Taxco						
Taxco	421 658	36	45	266	834	406
Zacualpa	219 411	23	3	117	304	126
Huautla	178 679	3	23	178	244	200
Temascaltepec	169 380	17	0	46	172	133
Sultepec	110 713	17	23	130	222	66
Total	*1 099 841*	*96*	*94*	*737*	*1 776*	*931*
Norte del centro						
Pachuca	262 548	59	23	109	1 168	394
Tlalpujahua	88 774	6	13	4	137	113
Total	*351 322*	*65*	*36*	*113*	*1 305*	*507*
Norteamérica hispana						
Zacatecas	670 489	0	65	130	1 014	0
Guanajuato	248 957	2	44	42	415	166
Total	*919 446*	*2*	*109*	*172*	*1 429*	*166*
Total para la Nueva España	*2 370 609*	*163*	*239*	*1 022*	*4 510*	*1 604*

Fuente: Los cálculos se basan en Gilda Cubillo Moreno, *Los dominios de la plata: el precio del auge, el peso del poder. Los reales de minas de Pachuca y Zimapán, 1552-1620,* 2ª ed., Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México, 2006, p. 253, fig. 1.

TABLA A.2. *Estimados poblacionales para el valle de México, 1520-1800*

	1520	*1570*	*1640*	*1800*
Ciudad de México				
Indios	250000	50000	25000	30000
Españoles		15000	30000	70000
Mestizos		15000	30000	50000
Total ciudad	*250000*	*80000*	*85000*	*150000*
Total urbano	*(400000)*			
Provincias				
Indios	1250000	275000	125000	250000
Españoles y mestizos		5000	10000	50000
Total provincias	*1250000*	*280000*	*135000*	*300000*
Total rural	*1100000*			
Total del Valle	*1500000*	*360000*	*220000*	*450000*

Fuentes: Los estimados se basan en datos de Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule,* Stanford University Press, Stanford, 1964, pp. 137-144 y 377-381; Carlos de Urrutia, "Noticia geográfica del reino de la Nueva España y el estado de su población", en Enrique Florescano e Isabel Gil (coords.), *Descripciones económicas generales de la Nueva España,* SEP, México, 1973, pp. 68-127; y Cayetano Reyes García, "Estado general de tributos y tributarios, 1805", *Boletín del Archivo General de la Nación,* 3ª serie, vol. 1, núm. 3, 1977.
Notas: El total urbano entre paréntesis para 1520 busca incluir a las poblaciones de ciudades periféricas como Texcoco; el total rural entre paréntesis para ese año resta ese estimado del total del Valle para incluir a la población rural. El estimado de 150000 para la ciudad de México en 1800 busca equilibrar los conteos del censo de la década de 1790 que rondan los 100000 y los conteos de 1810 que se acercan a los 170000.

TABLA A.3. *Tributarios indígenas en tres jurisdicciones del valle de México, 1570-1800*

Año	*Chalco*	*Tacuba*	*Texcoco*	*Total*
1570	13050	9900	19400	42350
1644	2910	2430	2074	7411
1692	2689	2916	2711	8316
1735	5369	5293	5906	16568
1742	5071	3965	5969	15005
1764	5180	3571	4793	13544
1782	6373	5210	7540	19123
1790	7182	5951	6847	19980
1800	8623	6561	7547	22731

Fuentes: Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule,* Stanford University Press, Stanford, 1964, pp. 142-143, tabla 10; las cifras para 1735 provienen de Sherburne Cook y Woodrow Borah, *Essays in Population History,* 3 vols., University of California Press, Berkeley, 1971-1979, vol. 2, pp. 227-228, tabla 2.7.

TABLA A.4. *Pleitos por tierra en los valles de México y Toluca, 1556-1805*

Década	*Total de demandas*	*Pleitos en Santa Lucía*
1556-1565	26	
1566-1575	20	
1576-1585	29	5
1586-1595	46	2
1596-1605	34	4
1606-1615	32	2
1616-1625	20	2
1626-1635	12	0
1636-1645	16	3
1646-1655	17	2
1656-1665	13	0
1666-1675	24	7
1676-1685	34	2
1686-1695	84	2
1696-1705	134	1
1706-1715	236	12
1716-1725	220	9
1726-1735	201	8
1736-1745	209	9
1746-1755	185	10
1756-1765	245	5
1766-1775	304	
1776-1785	394	
1786-1795	375	
1796-1805	362	

Fuentes: El total de demandas se basa en Mario Colín, *Índice de documentos relativos a los pueblos del Estado de México,* Gobierno del Estado de México, Toluca, 1966; las demandas en Santa Lucía se calculan a partir de Herman Konrad, *Santa Lucía,* Stanford University Press, Stanford, 1980, Apéndice B, pp. 365-369.

TABLA A.5. *Distribución de tierras en San Gregorio Cuautzingo, 1790*

Número de terrenos	*Número de familias*	*Porcentaje de familias*
7	1	1
6	1	1
5	2	2
4	11	10
3	40	36
2	16	14
1	5	4
Sólo huerto de casa	27	24
Sin tierra	9	8
Total de terrenos cultivados: 224	*Total de familias: 112*	

Fuente: AGN, Tierras, vol. 1912, exp. 1, fols. 22-24, 13 de abril de 1790.

TABLA A.6. *Distribución de tierras en San Gregorio Cuautzingo, 1800*

Hectáreas por familia	*Número de familias*	*Porcentaje de familias*
0.81-0.90	7	6
0.71-0.80	1	1
0.61-0.70	1	1
0.51-0.60	11	9
0.41-0.50	11	9
0.31-0.40	12	9
0.21-0.30	23	18
0.11-0.20	12	9
0.01-0.10	6	5
Pocas	30	24
Ninguna	13	10
Total de familias: 127		

Fuente: AGN, Tierras, vol. 1912, exp. 11, fols. 5-56, 13 de febrero de 1800.

TABLA A.7. *Plata acuñada en la ciudad de México, 1741-1810*

Década	*Plata acuñada anualmente*
1741-1750	10 664 000
1751-1760	12 385 000
1761-1770	11 507 000
1771-1780	16 903 000
1781-1790	18 804 000
1791-1800	22 235 000
1801-1810	21 562 000

Fuente: Calculado a partir de Ministerio de Fomento, *Anales del Ministerio,* Imprenta Escalante, México, 1854, pp. 5-17.
Nota: Las cifras de la plata acuñada se proporcionan como media, en pesos.

TABLA A.8. *Plata acuñada en la ciudad de México y en las casas de moneda del norte, 1811-1853*

Años	*Ciudad de México*	*Porcentaje*	*Norte*	*Porcentaje*	*Total*
1811-1820	8 103 000	71	3 306 000	29	11 409 000
1821-1830	3 068 000	28	7 725 000	72	10 793 000
1831-1840	1 060 000	10	9 108 000	90	10 168 000
1841-1847	1 816 000	14	11 409 000	86	13 225 000
1848-1853	2 310 000	13	14 805 000	87	17 115 000

Fuentes: Calculado a partir de Ministerio de Fomento, *Anales del Ministerio,* Imprenta Escalante, México, 1854, pp. 5-17.
Notas: Las cifras de la plata acuñada se proporcionan como media, en pesos.
Los principales productores en el norte cambiaron con las décadas.
De *1811 a 1820,* Zacatecas tenía un promedio dos millones de pesos al año, Durango de 650 000.
De *1821 a 1830,* Zacatecas acuñó aproximadamente 4 500 000 pesos al año, Guanajuato cerca de dos millones, y Durango y Guadalajara 650 000 cada uno.
De *1831 a 1840,* Zacatecas acuñó aproximadamente 4 500 000 pesos al año, Guanajuato aún cerca de dos millones. San Luis Potosí se elevó a un promedio de más de un millón de pesos al año, con Durango y Guadalajara aún cerca de los 650 000 cada uno.
De *1841 a 1847,* Zacatecas aumentó hasta acuñar cerca de 4 700 000 pesos al año, mientras que Guanajuato se elevó más, a un promedio de 3 700 000 pesos al año. San Luis Potosí se mantuvo por encima de un millón de pesos al año, y Durango y Guadalajara se mantuvieron cerca de los 650 000 pesos cada uno.
De *1848 a 1853,* Guanajuato despegó para estar al frente con más de siete millones de pesos acuñados anualmente, mientras que Zacatecas cayó a 3 800 000 pesos. San Luis Potosí se elevó a 1 400 000 pesos, Durango a 700 000 pesos y Culiacán en la costa del Pacífico a 650 000 pesos anuales, mientras que Durango volvió a caer cerca de 500 000 pesos anuales.

TABLA A.9. *Producción de plata acuñada, México y Zacatecas, 1820-1879*

Años	*México*	*Zacatecas*	*Porcentaje zacatecano*
1820-1824	9.33	2.75	29
1825-1829	9.28	3.77	41
1830-1834	11.39	5.11	45
1835-1839	11.63	5.34	46
1840-1844	12.56	4.59	37
1845-1849	15.93	4.53	28
1850-1854	16.59	3.53	21
1855-1859	16.31	3.71	23
1860-1864	15.66	4.14	26
1865-1869	18.07	4.71	26
1870-1874	19.49	4.61	24
1875-1879	24.44	5.05	21

FUENTE: Harry Cross, *The Mining Economy of Zacatecas, Mexico, in the Nineteenth Century*, tesis de doctorado, University of California, Berkeley, 1976, p. 32, tabla I-C.
NOTA: Las cifras se proporcionan como media anual, en millones de pesos.

TABLA A.10. *Ingresos por diezmo antes y después de la Independencia*

Diócesis	*1806-1809*	*1829-1832*	*Cambio porcentual*
México	582 501	184 593	–68
Puebla	476 899	157 487	–67
Michoacán	512 256	306 450	–40
Guadalajara	192 142	221 640	+15
Durango	167 357	138 761	–17
Monterrey	158 208	30 457	–81
Oaxaca	105 938	47 295	–55
Chiapas	11 086	5 349	–52
Total	*2 206 387*	*1 092 032*	*–51*

FUENTE: LAM, 1843, Estado núm. 2.
NOTA: Las cifras se proporcionan como medias anuales, en pesos.

TABLA A.11. *Bancos conventuales mexicanos, ca. 1835*

Diócesis	*Núm.*	*Monjas*	*Props*[a]	*Rentas*	*Capital*	*Interés*	*Porcentaje ganado*	*Ingresos totales*[b]
México	24	831	768	383 404	2 452 881	88 687	3.6	472 093
Puebla	12	355	507		1 606 905			166 075
Michoacán	8	231	19	2 648	1 009 623	48 318	4.8	51 002
Jalisco	7	251	144	36 700	357 266	17 697	5.0	54 397
Oaxaca	5	128	137	8 978	177 589	15 703	8.8	24 681
Chiapas	1	13			74 975	1 950	2.6	1 950
Yucatán	1	36	18	100	12 800	525		625
Total	*58*	*1 845*	*1 593*		*5 692 039*			*770 823*

FUENTE: José María Luis Mora, "México y sus revoluciones" (1836), según se tabula en RWM, tabla F.
[a] Props. son propiedades por ingresos; por su media baja de rentas, son principalmente residencias urbanas y tiendas.
[b] Los ingresos totales combinan las ganancias por rentas con los intereses recolectados sobre el capital; el informe sobre Puebla ya había combinado esas ganancias, así que su interés ganado sobre el capital no pudo calcularse.

TABLA A.12. *Fábricas mecanizadas de algodón, 1843*

Estado	*Fábricas*	*Husos*	*Telares*	*Husos por telar*
Centro				
México	17	23 894	1 187	20
Puebla	21	37 396	530	71
Veracruz	8	22 856	366	62
Gran Bajío				
Querétaro	2	5 400	112	48
Guanajuato	1	500		
Jalisco	4	8 900	220	40
Norte				
Durango	5	5 560	140	40
Sonora	1	2 198	54	41
Total	*59*	*106 704*	*2 609*	*41*

FUENTE: LAM, 1843, Estado núm. 5.
NOTA: La lista sólo incluye husos y telares mecanizados; los telares de mano se excluyen.

TABLA A.13. *Fábricas de algodón mecanizadas, 1844, 1845*

Estado	*Fábricas 1844*	*Husos 1844*	*Fábricas 1845*	*Husos 1845*	*Husos inutilizados 1845*
Centro					
México	17	26 077	10	21 868	5 648
Puebla	21	38 094	20	42 812	68
Veracruz	8	18 353	8	19 807	4 866
Gran Bajío					
Querétaro	2	4 566	3	4 800	1 200
Guanajuato	1	800	2	1 592	
Michoacán	1	1 530	1	1 688	
Jalisco	4	13 056	4	11 588	3 076
Norte					
Durango	5	5 560	5	5 520	856
Sonora	1	2 198	1	2 198	
Coahuila	2	1 960	1	1 960	
Total	*62*	*112 194*	*55*	*113 833*	*15 714*

FUENTES: LAM, 1844, Estado núm. 1; Estado núm. 4.

TABLA A.14. *Fábricas mecanizadas de algodón, ca. 1853*

Estado	*Fábricas*	*Husos*	*Telares*	*Husos por telar*	*Trabajadores*	*Nómina*[a]	*Paga por trabajador*[a]
Centro							
México	6	21 622	1 406	15	2 786	456 170	164
Puebla	14	40 448	268	151	1 437	340 824	237
Veracruz	6	22 034	509	43	1 082	326 680	302
Gran Bajío							
Querétaro	1	7 500	500	15	3 000	250 000	83
Guanajuato	1	900			65	9 000	138
Jalisco	5	18 292	427	43	1 767	226 702	128
Norte							
Durango	5	6 600	183	36	645	66 846	103
Sonora	1	1 924	60	32	157	42 720	272
Coahuila	1	1 300	40	33	180	19 200	107
Total	*40*	*120 620*	*3 393*	*36*	*11 119*	*1 738 142*	*156*

FUENTE: Ministerio del Fomento, "Estado de las fábricas…", en *Anales del Ministerio,* Imprenta Escalante, México, 1854.

[a] La nómina y la paga por trabajador están en pesos. El pequeño número de trabajadores y la paga excepcionalmente alta en Sonora probablemente se deben a la fiebre del oro californiana, que atrajo a migrantes de Sonora y creó demanda en esa zona. La paga elevada en las ciudades de México y Puebla pareciera anómala; quizá la nómina total incluía pagos a tejedores independientes que no se enlistan con los trabajadores. Quizá los dos informes son exagerados o sólo se trata de un error. El resto parece razonable.

TABLA A.15 *Fábricas textiles mecanizadas, ca. 1880*

Jurisdicción	*Fábricas*	*Husos*	*Telares*	*Husos por telar*
Centro				
Distrito Federal	8	32 788	1 302	25
Estado de México	5	21 418	793	27
Hidalgo	4	2 034	90	23
Total del centro	17	56 240	2 185	26
Este del Centro				
Puebla	21	67 130	2 002	34
Tlaxcala	3	4 800	85	56
Veracruz	5	26 200	609	43
Total del este del centro	29	98 130	2 696	36
Sur				
Guerrero	1	2 500	80	31
Oaxaca	2	19 000	580	33
Yucatán	1	700	20	35
Total del sur	4	22 200	680	33
Gran Bajío				
Querétaro	3	10 000	600	17
Guanajuato	4	6 668	287	23
Michoacán	3	7 200	175	41
Jalisco	10	24 800	510	49
Colima	2	3 750	170	22
Total del Gran Bajío	22	52 418	1 742	30
Norte cercano				
San Luis Potosí	1	2 500	126	20
Zacatecas	1	500	15	33
Aguascalientes	1	750	25	30
Sinaloa	3	6 200	400	16
Total del norte cercano	6	9 950	566	18
Norte				
Durango	7	5 030	305	16
Sonora	1	900	30	30
Coahuila	7	6 550	210	31
Chihuahua	3	4 600	340	14
Nuevo León	3	3 100	95	33
Total del norte	21	20 180	980	21
Total de México	*99*	*259 118*	*8 849*	*29*

FUENTE: Emiliano Busto, *Estadística de la República Mexicana,* Ignacio Cumplido, México, 1880; reportado en Carmen Ramos Escandón, *Industrialización, género y trabajo femenino en el sector textil mexicano,* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México, 2004, pp. 337-446, fig. I.

NOTA: Las tabulaciones y los cálculos son míos. Los listados incluyen las fábricas de algodón y lana; estas últimas eran pocas: dos en el Distrito Federal, una en el Estado de México, una en Puebla; unas cuantas más reportan tanto producción de algodón como de lana. La gran preponderancia en la producción mecanizada de telas era en algodón.

ABREVIATURAS USADAS EN CITAS Y EN LA BIBLIOGRAFÍA

AGN: Archivo General de la Nación, México
AHH: Archivo Histórico de Hacienda (dentro del AGN)
BLAC: Benson Latin American Collection, University of Texas en Austin
BRF: Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*
CSL: Oscar Lewis, *Children of Sánchez*
FCB: Fanny Calderón de la Barca, *Life in Mexico*
HAHR: *Hispanic American Historical Review*
HM: *Historia Mexicana*
JG: J. G., "Industria nacional"
LAM: Alamán, Memorias, citado por año (véase bibliografía)
MCX: González Montes de Patiño, *Memoria campesina*
MEM: Espinosa de los Monteros, *Miscelánea*
MLE: Archivo Manuel López Escudero, BLAC
MRP: Archivo Mariano Riva Palacio, BLAC
PCR: Archivo de los Condes de Regla; PCRb, volúmenes encuadernados; PCRun, artículos sin catalogar, Biblioteca de la Washington State University
PML: Oscar Lewis, *Pedro Martínez*
RWM: Wyllie, *México*
TOM: Ortiz, *México*
VFT: Fernández, *Testimonio… 1816*

BIBLIOGRAFÍA

Acemoglu, Daron, y James Robinson, *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty,* Crown, Nueva York, 2012 [*Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza,* trad. Marta García Madera, Crítica, México, 2018].

Agostini, Claudia, *Monuments of Progress,* University of Colorado Press, Boulder, 2003.

Aguilar, José Ángel, *La revolución en el Estado de México,* Gobierno del Estado de México, Toluca, 1987.

Alamán, Lucas, *Documentos diversos (inéditos y muy raros),* vol. 1, Jus, México, 1945.

———, "Memoria de la Secretaría del Estado… 1830", en Lucas Alamán, *Documentos diversos (inéditos y muy raros),* vol. 1, Jus, México, 1945, pp. 163-242. Citado: LAM, 1830.

———, "Memoria de la Secretaría del Estado… 1831", en Lucas Alamán, *Documentos diversos (inéditos y muy raros),* vol. 1, Jus, México, 1945, pp. 243-337. Citado: LAM, 1831.

———, "Memoria de la Secretaría del Estado… 1832", en Lucas Alamán, *Documentos diversos (inéditos y muy raros),* vol. 1, Jus, México, 1945, pp. 339-433. Citado: LAM, 1832.

———, "Memoria sobre el estado de la agricultura é industria de la república… 1843", en Lucas Alamán, *Documentos diversos (inéditos y muy raros),* vol. 1, Jus, México, 1945, pp. 2-85. Citado: LAM, 1843.

———, "Memoria sobre el estado de la agricultura é industria de la república en el año de 1844", en Lucas Alamán, *Documentos diversos (inéditos y muy raros),* vol. 1, Jus, México, 1945, pp. 88-155. Citado: LAM, 1844.

———, "Memoria sobre el estado de la agricultura é industria de la república en el año de 1845", en Lucas Alamán, *Documentos diversos (inéditos y muy raros),* vol. 1, Jus, México, 1945, pp. 157-242. Citado: LAM, 1845.

Alegre, Robert, *Railroad Radicals in Cold War Mexico. Gender, Class, and Memory,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2014.

Allen, Robert, *The British Industrial Revolution in Global Perspective,* Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

Anaya Pérez, Marco Antonio, *Rebelión y revolución en Chalco-Amecameca, Estado de México, 1821-1921,* 2 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1997.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism,* Verso, Londres, 1991 [*Comunidades imaginadas.*

Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, trad. Eduardo L. Suárez, segunda edición, FCE, México, 2021].

Andrews, Catherine, *Entre la espada y la Constitución. El general Anastasio Bustamante, 1780-1853,* Universidad Autónoma de Tamaulipas, Ciudad Victoria, 2008.

Ankerson, Dudley, *Agrarian Warlord. Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosí,* Northern Illinois University Press, DeKalb, 1984 [*El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la Revolución mexicana en San Luis Potosí,* trad. Leonor Corral Camou, INEHRM, México, 1994].

Anna, Timothy, *Forging Mexico, 1821-1835,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1998.

———, *The Mexican Empire of Iturbide,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1990 [*El imperio de Iturbide,* trad. Adriana Sandoval, Alianza, México, 1991].

Annino, Antonio, "The Two-Faced Janus. The Pueblos and the Origins of Mexican Liberalism", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2003, pp. 60-90.

Archer, Christon, *The Army in New Spain, 1760-1810,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1977 [*El ejército en el México borbónico, 1760-1810,* FCE, México, 1983].

Aréchiga Córdoba, Ernesto, *Tepito. Del antiguo barrio de indios al arrabal,* Ediciones Unión, México, 2003.

Arenal Fenocchio, Jaime del, *Un modo de ser libres. Independencia y constitución en México, 1816-1822,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 2002.

Assadourian, Carlos Sempat, *El sistema de la economía colonial. El mercado, regiones y espacio económico,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1982.

Ávila, Alfredo, *En nombre de la nación. La formación del gobierno representativo en México, 1808-1824,* Taurus, México, 2002.

———, *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del imperio, 1822-1823,* UNAM, México, 2005.

Ávila Espinosa, Felipe, *Los orígenes del zapatismo,* El Colegio de México, México, 2001.

Aviña, Alexander, *Specters of Revolution. Peasant Guerrillas in the Cold War Mexican Countryside,* Oxford University Press, Nueva York, 2014.

"Ayuntamientos, alcaldes y ciudadanos, 1826", Archivo del Conde de Santiago, Biblioteca Nacional de México, México.

Bakewell, Peter, *Miners of the Red Mountain. Indian Labor in Colonial Potosí,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984 [*Mineros de la Montaña Roja. El trabajo de los indios en Potosí, 1545-1650,* trad. Mario García Aldonate, Alianza, Madrid, 1989].

———, *Silver Mining and Society in Colonial Mexico. Zacatecas, 1546-1700,* Cambridge University Press, Cambridge, 1971 [*Minería y sociedad en el*

México colonial. Zacatecas, 1546-1700, trad. Roberto Gómez Cirisa, FCE, México, 1976].

Barr, Juliana, *Peace Came in the Form of a Woman. Indians and Spaniards in the Texas Borderlands,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007.

Barrett, Ward, *The Sugar Hacienda of the Marqueses del Valle,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1970 [*La hacienda azucarera de los marqueses del Valle,* trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI Editores, México, 1977].

Basave Kunhardt, Jorge, "Algunos aspectos de la técnica agrícola en las haciendas", en Enrique Semo (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, México, 1977, pp. 189-246.

Bauman, Zygmunt, *Liquid Times. Living in the Age of Uncertainty,* Polity, Cambridge, 2007 [*Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre,* trad. Carmen Corral, Tusquets, México, 2007].

Bazant, Jan, *Alienation of Church Wealth in Mexico,* Cambridge University Press, Cambridge, 1971 [*Los bienes de la Iglesia en México, 1856-1875,* El Colegio de México, México, 1977].

Bazant, Milada, *En busca de la modernidad. Procesos educativos en el Estado de México, 1873-1912,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2002.

Beatty, Edward, *Technology and the Search for Progress in Modern Mexico,* University of California Press, Oakland, 2015.

Beckert, Sven, *Empire of Cotton. A Global History,* Knopf, Nueva York, 2014 [*El imperio del algodón. Una historia global,* trad. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2016].

Benson, Nettie Lee (coord.), *Mexico and the Spanish Cortes, 1810-1822,* University of Texas Press, Austin, 1968 [*México y las cortes españolas (1810-1822),* Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, México, 2014].

———, *The Provincial Deputation in Mexico. Harbinger of Provincial Autonomy, Independence, and Federalism,* University of Texas Press, Austin, 1992 [*La diputación provincial y el federalismo mexicano,* trad. Mario A. Zamudio Vega, El Colegio de México, México, 2012].

Berdan, Frances, *Aztecs of Central Mexico. An Imperial Society,* Wordsworth, Nueva York, 2004.

Blackburn, Robin, *The Making of New World Slavery. From Baroque to the Modern,* Verso, Londres, 1997.

———, *The Overthrow of New World Slavery, 1776-1845,* Verso, Londres, 2011.

Bliss, Katherina, *Compromised Positions. Prostitution, Public Health, and Gender Politics in Revolutionary Mexico City,* Penn State Press, State College, 2002.

Borah, Woodrow, *Justice by Insurance,* University of California Press, Berkeley, 1982 [*El juzgado general de indios en la Nueva España,* trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 1985].

Bowser, Frederick, *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650,* Stanford University Press, Stanford, 1972 [*El esclavo africano en el Perú colonial (1524-1650),* trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI Editores, México, 1977].

Brading, D. A., *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriotism, and the Liberal State, 1492-1867,* Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

———, *Mexican Phoenix. Our Lady of Guadalupe. Image and Tradition across Five Centuries,* Cambridge University Press, Cambridge, 2001 [*La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición,* trad. Aura Levy y Aurelio Major, Taurus, México, 2002].

———, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810,* Cambridge University Press, Cambridge, 1971 [*Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810,* trad. Roberto Gómez Ciriza, FCE, México, 1975].

———, y Harry Cross, "Colonial Silver Mining. Mexico and Peru", *HAHR,* vol. 52, núm. 4, 1972, pp. 545-579.

Braudel, Fernand, *Civilization and Capitalism,* trad. Sian Reynolds, 3 vols., Harper and Row, Nueva York, 1982-1984.

Breña, Roberto, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824,* El Colegio de México, México, 2006.

——— (ed.), *En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810,* El Colegio de México, México, 2010.

Brown, Jonathan, *Oil and Revolution in Mexico,* University of California Press, Berkeley, 1993 [*Petróleo y revolución en México,* trad. Mauricio López, Siglo XXI Editores, México, 1998].

———, "Why Foreign Oil Companies Shifted Their Production from Mexico to Venezuela in the 1920s", *American Historical Review,* vol. 90, núm. 2, 1985, pp. 362-385.

Bullock, W., *Six Months' Residence and Travels in Mexico,* Kennikat, Port Washington, 1971 [1824] [*Seis meses de residencia y viajes en México,* trad. Gracia Bosque de Ávalos, Banco de México, México, 1983].

Burkhart, Louise. *The Slippery Earth. Nahua-Christian Moral Dialogue in Sixteenth-Century Mexico,* University of Arizona Press, Tucson, 1989.

Buve, Raymond, "Neither Carranza nor Zapata. The Rise and Fall of a Peasant Movement That Tried to Challenge Both, Tlaxcala, 1910-1918", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 338-375.

———, "Peasant Movements, Caudillos, and Land Reform during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, Mexico", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe,* vol. 5, núm. 18, 1975, pp. 112-152.

Calderón de la Barca, Fanny, *Life in Mexico,* ed. y notas, Howard y Marion Hall Fisher, Doubleday, Nueva York, 1966. Citado: FCB [edición en espa-

ñol: *La vida en México (durante una residencia de dos años en ese país)*, trad. Felipe Teixidor, Porrúa, México, 1974].

Camacho Pichardo, Gloria, "Los motines y la centralización de las aguas en el Estado de México, 1870-1900", en Guadalupe Zamudio y Gloria Camacho Pichardo (coords.), *Estado de México. Experiencias de investigación histórica,* UAEM, Toluca, 2002, pp. 173-193.

Cameron, Maxwell, y Brian Tomlin, *The Making of NAFTA. How the Deal Was Done,* Cornell University Press, Ithaca, 2002.

Candiani, Vera, *Dreaming of Dry Land. Environmental Transformation in Colonial Mexico City,* Stanford University Press, Stanford, 2014.

Cañeque, Alejandro, *The King's Living Image. The Culture and Politics of Viceregal Power in Colonial Mexico,* Routledge, Londres, 2004.

Caplan, Karen, *Indigenous Citizens. Local Liberalism in Early National Oaxaca and Yucatán,* Stanford University Press, Stanford, 2009.

Cárdenas Sánchez, Enrique, *El largo curso de la economía mexicana. De 1780 a nuestros días,* FCE, México, 2015.

Carr, Barry, *El movimiento obrero y la economía de México,* Era, México, 1981.

Carson, Rachel, *Silent Spring,* Houghton Mifflin, Boston, 1962 [*Primavera silenciosa,* trad. Joandomènec Ros, Paidós, México, 2017].

Castellanos Suárez, José Alfredo, *Empeño por una expectativa agraria. Expropiación ejidal en el municipio de Acolman, 1915-1940,* INEHRM, México, 1998.

Castro Domingo, Pablo, *Chayotes, burros y machetes,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2003.

Castro Gutiérrez, Felipe, *Nueva ley y nuevo rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1996.

———, *Los tarascos bajo el Imperio español, 1600-1740,* UNAM, México, 2004.

Cayuela Fernández, José Gregorio, y José Ángel Gallego Palomares, *La Guerra de independencia. Historia bélica, pueblo y nación en España, 1808-1814,* Editorial Universidad, Salamanca, 2008.

Chambers, Sarah, "From One Patria, Two Nations. The Andean Heartland, 1750-1850", en John Tutino (coord.), *New Countries. Capitalism, Revolution and Nations in the Americas, 1750-1870,* Duke University Press, Durham, 2016, pp. 316-349.

Chassen López, Francie, *From Liberal to Revolutionary Oaxaca. The View from the South, Mexico, 1867-1911,* Penn State University Press, University Park, 2004 [*Oaxaca, entre el liberalismo y la revolución. La perspectiva del sur, 1867-1911,* trad. Mario Brena Pinero, Javier Puerto y Francie R. Chassen-López, UABJO, Oaxaca, 2010].

Chowning, Margaret, *Wealth and Power in Provincial Mexico. Michoacán from the Late Colony to the Revolution,* Stanford University Press, Stanford, 1999.

Clendinnen, Inga, *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatán, 1517-1570,* Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

———, *Aztecs. An Interpretation,* Cambridge University Press, Cambridge, 1991 [*Los aztecas. Una interpretación,* trad. Alejandro Usigli, Nueva Imagen, México, 1998].

Cline, S. L., *Colonial Culhuacan, 1580-1600. A Social History of an Aztec Town,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1986.

Coatsworth, John, *Growth against Development. The Economic Impact of the Railroads in Porfirian Mexico,* Northern Illinois University Press, DeKalb, 1981 [*El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato. Crecimiento contra desarrollo,* trad. Julio Arteaga Hernández, Era, México, 1984].

Colín, Mario, *Índice de documentos relativos a los pueblos del Estado de México. Ramo de tierras,* Gobierno del Estado de México, Toluca, 1966.

Collins, James, *The State in Early Modern France,* ed. rev., Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

Connaughton, Brian, "Estudio introductorio", en Manuel Espinosa de los Monteros, *Miscelánea. Curato de Iztacalco, 1831-1832,* ed. Brian Connaughton, UAM-Iztapalapa, México, 2012.

Cook, Sherburne, y Woodrow Borah, *Essays in Population History,* 3 vols., University of California Press, Berkeley, 1971-1979.

Coral, Emilio, *The Mexico City Middle Class, 1940-1970. Between Tradition, the State, and the United States*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2011.

Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen,* Era, México, 1972.

———, *La política de masas del cardenismo,* Era, México, 1974.

———, *La Revolución en crisis. La aventura del Maximato,* Cal y Arena, México, 1995.

Cornelius, Wayne, *Politics and the Migrant Poor in Mexico City,* Princeton University Press, Princeton, 1975 [*Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política,* trad. Roberto Ramón Reyes-Mazzoni, FCE, México, 1980].

Couturier, Edith, *The Silver King. The Remarkable Life of the Count of Regla in Colonial Mexico,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2003.

Crespo, Horacio, "Los pueblos de Morelos. La comunidad agraria, la desamortización liberal en Morelos y una fuente para el estudio de la diferenciación social campesina", en Laura Espejel (coord.), *Estudios sobre el zapatismo,* INAH, México, 2003, pp. 57-120.

Cronon, William, *Nature's Metropolis. Chicago and the Great West,* Norton, Nueva York, 1991.

Crosby, Alfred, *The Columbian Exchange. Biological and Cultural Consequences of 1492,* Greenwood, Westport, 1972 [*El intercambio transoceánico.*

Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492, trad. Cristina Carbó, UNAM, México, 1991].

Cross, Harry, *The Mining Economy of Zacatecas, Mexico, in the Nineteenth Century*, tesis de doctorado, University of California, Berkeley, 1976.

Cubillo Moreno, Gilda, *Los dominios de la plata. El precio del auge, el peso del poder. Los reales de minas de Pachuca y Zimapán, 1552-1620,* 2ª ed., INAH, México, 2006.

Curtin, Phillip, *The African Slave Trade. A Census,* University of Wisconsin Press, Madison, 1972.

Dabbs, Jack Autrey, *The French Army in Mexico, 1861-1867,* Mouton, La Haya, 1963 [*El ejército francés en México, 1861-1867. Estudio sobre el gobierno militar,* trad. Jacinto R. Fombona, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla, Puebla, 2012].

———, *The Mariano Riva Palacio Archives. A Guide,* 3 vols., Jus, México, 1962-1972.

Davis, Diane, *Urban Leviathan. Mexico City in the Twentieth Century,* Temple University Press, Filadelfia, 1994 [*El Leviatán urbano. La ciudad de México en el siglo XX,* trad. Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1999].

Davis, Mike, *Planet of Slums,* Verso, Londres, 2005 [*Planeta de ciudades miseria,* trad. José María Amoroto, Akal, Madrid, 2014].

Delay, Brian, *War of a Thousand Deserts,* Yale University Press, New Haven, 2008.

Desmarais, Annette Aurélie, *La Vía Campesina. Globalization and the Power of Peasants,* Pluto Press, Londres, 2007 [*La Vía Campesina. La globalización y el poder del campesinado,* Popular, Madrid, 2007].

Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques,* El Colegio de México, México, 1972.

Documentos para el estudio de la industrialización en México, 1837-1845, SHCP, México, 1977.

Duhau, Emilio, "The Informal City. An Enduring Slum or a Progressive Habitat?", en Brodwyn Fisher, Brian McCann y Javier Auyero, *Cities from Scratch. Poverty and Informality in Urban Latin America,* Duke University Press, Durham, 2014, pp. 150-169.

Durand, Jorge, *Braceros. Las miradas mexicanas y estadunidenses, antología, 1945-1964,* Miguel Ángel Porrúa, México, 2007.

Eckstein, Susan, *The Poverty of Revolution. The State and the Urban Poor in Mexico City,* Princeton University Press, Princeton, 1977 [*El Estado y la pobreza urbana en México,* trad. José Ramón Pérez Lias, Siglo XXI Editores, México, 1999].

Elliott, J. H., *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America, 1498-1830,* Yale University Press, New Haven, 2007 [*Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América, 1492-1830,* trad. Marta Balcells, Santillana, México, 2009].

Enciso Contreras, José, *Taxco en el siglo XVI. Sociedad y normatividad en un real de minas novohispano,* Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 1999.

Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios,* El Colegio de México, México, 1992.

Escobar Ohmstede, Antonio (coord.), *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez, 1847-1872,* UABJO, Oaxaca, 2007.

Espejel, Laura (coord.), *Estudios sobre el zapatismo,* INAH, México, 2003.

Espinosa, Víctor, *El dilema del retorno. Migración, género y pertenencia en un contexto trasnacional,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1998.

Espinosa de los Monteros, Manuel, *Miscelánea. Curato de Iztacalco, 1831-1832,* ed. Brian Connaughton, UAM-Iztapalapa, México, 2012. Citado: MEM.

Estatutos de la Empresa del Ferrocarril de México a Chalco, Imprenta de J. Abadiano, México, 1865.

Falcón, Romana, *El jefe político. Un dominio negociado en el mundo rural del Estado de México, 1856-1910,* El Colegio de México, México, 1984.

———, *Las naciones de una república. La cuestión indígena y el congreso mexicano,* Congreso de la Unión, México, 1999.

———, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938,* Congreso de la Unión, México, 1984.

Fallaw, Ben, *Religion and State Formation in Post-Revolutionary Mexico,* Duke University Press, Durham, 2013.

Farriss, Nancy, *Maya Society under Colonial Rule,* Princeton University Press, Princeton, 1984.

Fernández, Vicente, *Testimonio del expediente promovido por el señor conde de la Cortina… por el administrador de sus haciendas teniente coronel D. Vicente Fernández, 1816,* Biblioteca Bancroft, University of California, Berkeley. Citado: VFT.

Fernández Martínez, Rodolfo, *Revolution and the Industrial City. Violence and Capitalism in Monterrey, Mexico, 1890-1920*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2014.

Findlay, Ronald, y Kevin O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium,* Princeton University Press, Princeton, 2007.

Fisher, Brodwyn, Brian McCann y Javier Auyero, *Cities from Scratch. Poverty and Informality in Urban Latin America,* Duke University Press, Durham, 2014.

Fitting, Elizabeth, *The Struggle for Maize. Campesinos, Workers, and Transgenic Corn in the Mexican Countryside,* Duke University Press, Durham, 2011.

Florescano, Enrique (coord.), *Análisis histórico de las sequías en México,* Comisión Nacional del Plan Hidráulico, México, 1980.

———, *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México,* Taurus, México, 1997.

———, *Los orígenes del poder en Mesoamérica,* FCE, México, 2009.

Florescano, Enrique, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810,* El Colegio de México, México, 1969.

Flynn, Dennis, y Arturo Giráldez, "Born with a 'Silver Spoon'. The Origins of World Trade in 1571", *Journal of World History,* vol. 6, núm. 2, 1995, pp. 201-221.

———, "Cycles of Silver. Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century", *Journal of World History,* vol. 13, núm. 2, 2002, pp. 391-427.

Fowler-Salamini, Heather, *Working Women, Entrepreneurs, and the Mexican Revolution. The Coffee Culture of Córdoba, Veracruz,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2013.

Francois, Marie Eileen, *A Culture of Everyday Credit. Pawnbroking and Governance in Mexico City, 1750-1620,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2006.

Frank, André Gunder, *ReOrient. Global History in the Asian Age,* University of California Press, Berkeley, 1998 [*Re-orientar. La economía global en la era del predominio asiático,* trad. Pablo Sánchez León, Universitat de Valencia, Valencia, 2008].

Frank, Ross, *From Settler to Citizen. New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820*, University of California Press, Berkeley, 2000.

Fraser, Donald, "La política de desamortización en las comunidades indígenas, 1856-1872", *HM,* vol. 21, núm. 4, 1972, pp. 618-627.

Friedlander, Judith, *Being an Indian in Hueyapan. A Study of Forced Identity in Contemporary Mexico,* St. Martin's, Nueva York, 1975 [*Ser indio en Hueyapan. Un estudio de identidad obligada en el México contemporáneo,* trad. Celia H. Paschero, FCE, México, 1977].

Friedrich, Paul, *Agrarian Revolt in a Mexican Village,* University of Chicago Press, Chicago, 1977 [*Rebelión agraria en una aldea mexicana,* trad. Roberto Ramón Reyes Mazzoni, FCE, México, 1981].

———, *The Princes of Naranja: An Essay in Anthrohistorical Method,* University of Texas Press, Austin, 1987 [*Los príncipes de naranja. Un ensayo de método antropohistórico*, trad. José Luis de la Fuente y Lucía Melgar, Grijalbo, México, 1991].

Fulwider, Benjamin, "Driving the Nation. Road Transportation and the Post-Revolutionary Mexican State", tesis de doctorado, Georgetown University, 2009.

García Castro, René, *Indios, territorio y poder en la provincia matlazinca,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1999.

García de León, Antonio, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidos en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia,* Era, México, 1985.

———, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a sotavento, 1519-1821,* FCE, México, 2011.

García Ugarte, Marta Eugenia, *Hacendados y rancheros queretanos, 1780-1920,* Conaculta, México, 1992.

Garner, Paul, *British Lions and Mexican Eagles. Business, Politics, and Empire in the Career of Weetman Pearson in Mexico, 1889-1919,* Stanford University Press, Stanford, 2011 [*Leones británicos y águilas mexicanas,* trad. Mario Zamudio Vega, FCE, México, 2013].

Garrido, Luis Javier, *El partido de la Revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México, 1928-1945,* Siglo XXI Editores, México, 1986.

Garza, Gustavo, *El proceso de industrialización en la ciudad de México,* FCE, México, 1985.

Gauss, Susan, *Made in Mexico. Regions, Nation, and the State in the Rise of Mexican Industrialism,* Penn State Press, University Park, 2011.

Gereffi, Gary, *The Pharmaceutical Industry and Dependency in the Third World,* Princeton University Press, Princeton, 1983 [*Industria farmacéutica y dependencia en el Tercer Mundo,* trad. Antonio Garst, FCE, México, 1986].

Gibson, Charles, *The Aztecs under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810,* Stanford University Press, Stanford, 1964 [*Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810,* trad. Julieta Campos, Siglo XXI Editores, México, 2003].

Gilly, Adolfo, *El cardenismo. Una utopía mexicana,* Cal y Arena, México, 1994.

———, y Rhina Roux, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre el cambio de época,* Ítaca, México, 2015.

Giráldez, Arturo, *The Age of Trade. The Manila Galleons and the Dawn of the Global Economy,* Rowman and Littlefield, Lanham, 2015.

Goldstone, Jack, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World,* University of California Press, Berkeley, 1993.

Gómez Galvarriato, Aurora, *Industry and Revolution. Social and Economic Change in the Orizaba Valley, Veracruz,* Harvard University Press, Cambridge, 2013 [*Industria y revolución. El cambio social y económico en el Valle de Orizaba, México,* trad. Enrique G. de la G., FCE, México, 2016].

González Marín, Silvia, "Chapingo", en Enrique Semo (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, México, 1977, pp. 19-39.

González Montes, Soledad, "Trabajo femenino y expansión de las relaciones capitalistas en el México rural durante el Porfiriato. El distrito de Tenango del Valle, Estado de Méxcio, 1900-1910", en Manuel Miño Grijalva (coord.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1910,* Conaculta, México, 1991, pp. 270-299.

González Montes, Soledad, y Pilar Iracheta Cenegorta, "La violencia en la vida de las mujeres campesinas. El distrito de Tenango, 1830-1910", en Carmen Ramos Escandón (coord.), *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México,* El Colegio de México, México, 1987, pp. 111-142.

González Montes, Soledad, y Alejandro Patiño Díaz (coords.), *Memoria campesina. La historia de Xalatlaco contada por su gente,* Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 1994. Citado: MCX.

González Navarro, Moisés, *Anatomía del poder en México, 1848-1854,* El Colegio de México, México, 1977.

González Reyna, Jenaro, *Riqueza minera y yacimientos minerales de México,* El Banco de México, México, 1947.

González y González, Luis, *Los días del presidente Cárdenas,* FCE, México, 1981.

———, *El indio en la era liberal. El hombre y la tierra, el subsuelo indígena, la escala social,* Clío, México, 1996.

———, *San José de Gracia. Mexican Village in Transition,* trad. John Upton, University of Texas Press, Austin, 1982 [*Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia,* El Colegio de México, México, 1968].

Granados, Luis Fernando, *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina,* Era, México, 2016.

———, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15, 16 de septiembre de 1847,* Era, México, 2003.

Grosso, Juan Carlos, y Juan Carlos Garavaglia, *La región de Puebla en la economía novohispana,* Instituto Mora, México, 1996.

Gruzinski, Serge, *Man-Gods in the Mexican High-Lands. Indian Power in Colonial Society, 1520-1800,* trad. Eileen Corrigan, Stanford University Press, Stanford, 1989.

Guardino, Peter, *In the Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850,* Duke University Press, Durham, 2005 [*El tiempo de la libertad. Cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* trad. Mario Brena P., UABJO, Oaxaca, 2009].

———, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State, 1800-1857,* Stanford University Press, Stanford, 1997 [*Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero, 1800-1857,* trad. Jorge Alberto Sánchez Ortega, Congreso del Estado Libre y Soberano de Guerrero, Chilpancingo, 2001].

Guarisco, Claudia, *Los indios del valle de México y la construcción de una nueva sociabilidad política, 1770-1835,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2003.

Guedea, Virginia, *La insurgencia en el departamento del Norte,* UNAM, México, 1996.

Guerra, François Xavier, *México. Del antiguo régimen a la revolución,* 2 vols., FCE, México, 1988.

Guerra, François Xavier, *Modernidades e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas,* FCE, México, 2001.

Guevara Sanginés, María, *Guanajuato diverso. Sabores y sinsabores de su ser mestizo,* Ediciones La Rana, Guanajuato, 2001.

Gutmann, Matthew, *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City,* University of California Press, Berkeley, 1996 [*Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón,* trad. Nair Anaya Ferreira, El Colegio de México, México, 2000].

———, *The Romance of Democracy. Compliant Defiance in Contemporary Mexico,* University of California Press, Berkeley, 2002 [*Romance de la democracia. Rebeldía sumisa en el México contemporáneo,* trad. Nora Ludmila Arraras Peiretti, FCE, México, 2009].

Haber, Stephen, *Industry and Underdevelopment. The Industrialization of Mexico, 1890-1940,* Stanford University Press, Stanford, 1995 [*Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940,* Alianza, México, 1992].

———, Herbert Klein, Noel Maurer y Kevin Middlebrook, *Mexico since 1980,* Cambridge University Press, Nueva York, 2008.

———, Armando Razo y Noel Maurer, *The Politics of Property Rights. Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929,* Cambridge University Press, Nueva York, 2003 [*La política de los derechos de propiedad. Inestabilidad política, compromisos creíbles y crecimiento económico en México, 1876-1929,* trad. Rosana Reyes Vega, Instituto de Investigación Dr. José María Luis Mora, México, 2015].

Hadley, Philip, *Minería y sociedad en el centro minero de Santa Eulalia, Chihuahua, 1709-1750,* FCE, México, 1979.

Hale, Charles, *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853,* Yale University Press, New Haven, 1968.

———, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX,* trad. Purificación Jiménez, FCE, México, 2002].

Hall, Linda, *Álvaro Obregón. Power and Revolution in Mexico,* Texas A&M University Press, College Station, 1981 [*Álvaro Obregón. Poder y revolución en México,* trad. Mercedes Pizarro, FCE, México, 1985].

———, *Oil, Banks, and Politics. The United States and Postrevolutionary Mexico, 1917-1924,* University of Texas Press, Austin, 1995 [*Bancos, política y petróleo. Estados Unidos y el México posrevolucionario, 1917-1924,* trad. Pedro Serrano Carreto, Conaculta, México, 2000].

Hall Fisher, Howard y Marian Hall Fisher, *La vida en México (durante una residencia de dos años y medio en ese país)*, trad. Felipe Teixidor, Porrúa, México, 1974.

Hämäläinen, Pekka, *The Comanche Empire,* Yale University Press, New Haven, 2008.

Hamill, Hugh, *The Hidalgo Revolt, Prelude to Mexican Independence,* University of Florida Press, Gainsville, 1966.

Hamilton, Nora, *The Limits of State Autonomy. Post-Revolutionary Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1982 [*México. Los límites de la autonomía del Estado,* trad. Ana María Palos, Era, México, 1983].

Hamnett, Brian, *Roots of Insurgency. Mexican Regions, 1750-1824,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986 [*Raíces de la insurgencia en México. Historia regional, 1750-1824,* trad. Agustín Bárcena, FCE, México, 2012].

Hart, John, *Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931,* University of Texas Press, Austin, 1978 [*El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931,* trad. María Luisa Puga, Siglo XXI Editores, México, 1980].

———, *Revolutionary Mexico. The Coming and Process of the Mexican Revolution,* University of California Press, Berkeley, 1987 [*El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución mexicana,* trad. Manuel Arboli, Alianza, México, 1990].

Hart, Paul, *Bitter Harvest. The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Coming of the Zapatista Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2007.

Haskett, Robert, *Indigenous Rulers. An Ehtnohistory of the Town Government in Colonial Cuernavaca,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1991.

———, "Our Suffering with the Taxco Tribute", *HAHR,* vol. 71, núm. 3, 1991, pp. 447-475.

———, *Visions of Paradise. Primordial Titles and Mesoamerican History in Cuernavaca,* University of Oklahoma Press, Norman, 2005.

Hassig, Ross, *Trade, Tribute, and Transportation. The Sixteenth-Century Political Economy of Mexico,* University of Oklahoma Press, Norman, 1985.

———, *War and Society in Ancient Mesoamerica,* University of California Press, Berkeley, 1992.

Hemming, John, *The Conquest of the Incas,* Macmillan, Londres, 1970 [*La conquista de los incas,* trad. Stella Mastrangelo, FCE, México, 2000].

Hernández Jaimes, Jesús, *La formación de la hacienda pública mexicana y las tensiones centro-periferia,* El Colegio de México, México, 2013.

Herr, Richard, *Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regimen,* University of California Press, Berkeley, 1989 [*La hacienda real y los cambios rurales en la España de finales del Antiguo Régimen,* trad. Eva Rodríguez Halfter, Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, 1991].

Herrera Bautista, Martha Rebeca, y Patricia Molinar Palma, *En el silencio de su soledad. La reproducción de la violencia intrafamiliar,* Juan Pablos, México, 2006.

Herrero Bervera, Carlos, *Revuelta, rebelión y revolución en 1810. Historia social y estudios de caso,* Miguel Ángel Porrúa, México, 2010.

Hewitt de Alcántara, Cynthia, *Modernizing Mexican Agriculture. Socioeconomic Implications of Technical Change,* UN Research Institute for Social

Development, Ginebra, 1976 [*La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970,* trad. Félix Blanco, Siglo XXI Editores, México, 1982].

Hiernaux, Daniel, "La expansión metropolitana y las estructuras regionales. El Valle de Chalco en la actualidad", en Alejandro Tortolero Villaseñor (coord.), *Entre lagos y volcanes. Chalco-Amecameca, pasado y presente,* vol. 1, El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1993, pp. 575-600.

———, Alicia Lindón Villoria y Jaime Noyola Rocha (coords.), *La construcción social de un territorio emergente. El Valle de Chalco,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2000.

Himmerich y Valencia, Robert, *The Encomenderos of New Spain, 1521-1555,* University of Texas Press, Austin, 1996.

Hoberman, Louisa, *Mexico's Merchant Elites. Silver, State, and Society, 1590-1660,* Duke University Press, Durham, 1991.

Hobsbawm, Eric, *Industry and Empire. The Birth of the Industrial Revolution,* ed. rev., New Press, Nueva York, 1999 [*Industria e imperio,* trad. Gonzalo Pontón, Crítica, Madrid, 2001].

Horn, Rebecca, *Postconquest Coyoacán. Nahua-Spanish Relations in Central Mexico, 1519-1650,* Stanford University Press, Stanford, 1997.

Hu-Dehart, Evelyn, *Yaqui Resistance and Survival. The Struggle for Land and Autonomy, 1821-1910,* University of Wisconsin Press, Madison, 1984.

Huerta González, Rodolfo, "Agua, bosques y capitalismo. La región de Chalco, 1890-1940", en Daniel Hiernaux, Alicia Lindón Villoria y Jaime Noyola Rocha (coords.), *La construcción social de un territorio emergente. El Valle de Chalco,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2000, pp. 65-85.

Huitrón, Antonio, *Bienes comunales en el estado de México,* Gobierno del Estado de México, Toluca, 1972.

Humboldt, Alexander von, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España,* Porrúa, México, 1966.

Illades, Carlos, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876,* El Colegio de México, México, 1996.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía, diversas tablas, visitado el 7 de noviembre de 2016. http://www3.inegi.org.mx.

Islas Jiménez, Celia, *El real de Tlalpujahua. Aspectos de la minería novohispana,* INAH, México, 2008.

Israel, Jonathan I., *Race, Class, and Politics in Colonial Mexico, 1610-1670,* Oxford University Press, Oxford, 1975 [*Razas, clases sociales y vida política en el México colonial, 1610-1670,* trad. Roberto Gómez Ciriza, FCE, México, 1980].

J. G., "Industria nacional. Su defensa contra los ataques que ha recibido", en *Diario del Gobierno,* núm. 3644, 10 de junio de 1845. Reimpreso en *Documentos para el estudio de la industrialización en México, 1837-1845,* SHCP, México, 1977, pp. 414-428. Citado: JG.

Jacobsen, Nils, *Mirages of Transition. The Peruvian Altiplano, 1780-1930,* University of California Press, Berkeley, 1993.

Jalpa Flores, Tomás, *La sociedad indígena en la región de Chalco durante los siglos XVI a XVII,* INAH, México, 2009.

———, *Tierra y sociedad. La apropiación del suelo en la región de Chalco durante los siglos XV a XVII,* INAH, México, 2008.

Janvry, Alain de, Gustavo Gordillo y Elizabeth Sadoulet, *Mexico's Second Agrarian Reform,* University of California, La Jolla, 1997 [*La segunda reforma agraria de México,* trad. Eduardo L. Suárez, El Colegio de México, México, 1999].

Jarquín Ortega, María Teresa, y Manuel Miño Grijalva (coords.), *Historia general ilustrada del Estado de México,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2011.

Joseph, Gilbert, *Revolution from Without. Yucatán, Mexico, and the United States, 1880-1924,* Stanford University Press, Stanford, 1982 [*Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924,* FCE, México, 1992].

Kamen, Henry, *Empire. How Spain Became a World Power, 1492-1763,* Harper Collins, Nueva York, 2003.

Kanter, Deborah, *Hijos del Pueblo. Gender, Family, and Community in Rural Mexico, 1730-1850,* University of Texas Press, Austin, 2010.

Katz, Friedrich, *The Life and Times of Pancho Villa,* Stanford University Press, Stanford, 1998 [*Pancho Villa,* 2ª ed., trad. Paloma Villegas, Era, México, 2000].

——— (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988 [*Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX,* trad. Paloma Villegas, Era, México, 2004].

———, "Rural Uprisings in Pre-Conquest and Colonial Mexico", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988 [*Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX,* trad. Paloma Villegas, Era, México, 2004].

———, *The Secret War in Mexico. Europe, the United States, and the Mexican Revolution,* University of Chicago Press, Chicago, 1981 [*La guerra secreta en México. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana,* trad. Isabel Fraire, Era, México, 1998].

Knight, Alan, *The Mexican Revolution,* 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1986 [*La Revolución mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional,* trad. Argelia Castillo Cano, FCE, México, 2010].

Konrad, Herman, *Santa Lucía. A Jesuit Hacienda in Colonial Mexico, 1576-1767,* Stanford University Press, Stanford, 1980 [*Una hacienda de los jesuitas en el México colonial. Santa Lucía, 1576-1767,* FCE, México, 1989].

Kourí, Emilio, *A Pueblo Divided. Business, Property, and Community in Papantla, Veracruz,* Stanford University Press, Stanford, 2003 [*Un pueblo dividido. Comercio, propiedad y comunidad en Papantla, Veracruz,* trad. Mario A. Zamudio Vega, FCE, México, 2013].

La Botz, Dan, *Mask of Democracy. Labor Suppression in Mexico Today,* South End, Boston, 1999.

Lack, Randolph, *The Texas Revolutionary Experience. A Political and Social History, 1835-1836,* Texas A&M University Press, College Station, 1992.

Ladd, Doris, *The Making of a Strike. Mexican Silver Workers' Struggles in Real del Monte, 1762-1775,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1985.

Landes, David, *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present,* Cambridge University Press, Cambridge, 1969.

Langue, Frédérique, *Los señores de Zacatecas. Una aristocracia minera del siglo XVIII novohispano,* FCE, México, 1979.

Lara Cisneros, Gerardo, *¿Ignorancia invencible? Superstición e idolatría ante el Provisorato de Indios y Chinos del Arzobispado de México en el siglo XVIII,* UNAM, 2015.

Lear, John, *Workers, Neighbors, and Citizens. The Revolution in Mexico City,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2001.

Lemoine, Ernesto, *Morelos y la revolución de 1810,* UNAM, México, 1979.

Lempérière, Annick, *Entre Dios y el rey: la república. La ciudad de México de los siglos XVI al XIX,* trad. Ivette Hernández Pérez Vertti, FCE, México, 2013.

Lerdo de Tejada, Miguel, *Memoria de la Secretaría de Hacienda…,* Vicente García Torres, México, 1857.

LeRoy Ladurie, Emmanuel, *The Peasants of Languedoc,* trad. John Day, University of Illinois Press, Urbana, 1974.

Lewis, Oscar, *The Children of Sánchez. Autobiography of a Mexican Family,* Knopf, Nueva York, 1961 [*Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana. Una muerte en la familia Sánchez,* trad. Susan M. Rigdon, FCE, México, 2012]. Citado: CSL.

———, *Life in a Mexican Village. Tepoztlán Restudied,* University of Illinois Press, Urbana, 1951.

———, *Pedro Martínez. A Mexican Peasant and His Family,* Random House, Nueva York, 1964 [*Pedro Martínez. Un campesino mexicano y su familia,* J. Mortiz, México, 1966]. Citado: PML.

Lida, David, *First Stop in the New World. Mexico City, Capital of the 21st Century,* Riverbend Books, Nueva York, 2008.

Lin, Man-Huang, *China Upside Down. Currency, Society, and Ideology, 1808-1850,* Harvard University Press, Cambridge, 2006.

Lindón Villoria, Alicia, *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco,* El Colegio de México, México, 1999.

Lipsett-Rivera, Sonya, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1856,* University of Nebraska Press, Lincoln, 2012.

Lockhart, James, *The Men of Cajamarca,* University of Texas Press, Austin, 1972.

———, *The Nahuas after the Conquest,* Stanford University Press, Stanford, 1992 [*Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVII,* trad. Roberto Reyes Mazzoni, FCE, México, 1999].

———, *Nahuas and Spaniards. Post-Conquest Central Mexico in History and Philology,* Stanford University Press, Stanford, 1991.

———, *Spanish Peru, 1532-1560,* University of Wisconsin Press, Madison, 1968 [*El mundo hispanoperuano, 1532-1560,* FCE, México, 1982].

———, y Enrique Otte (coords.), *Letters and People of the Spanish Indies. Sixteenth Century,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976.

Lomnitz-Adler, Claudio, *Exits from the Labyrinth. Culture and Ideology in the Mexican National Space,* University of California Press, Berkeley, 1992 [*Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano,* trad. Cinna Lomnitz, J. Mortiz, México, 1995].

López-Alonso, Moramay, *Measuring Up. A History of Living Standards in Mexico, 1850-1950,* Stanford University Press, Stanford, 2012 [*Estar a la altura. Una historia de los niveles de vida en México, 1850-1950,* trad. Marcela Pimentel y Lusarreta, FCE, México, 2015].

López Austin, Alfredo, y Leonardo López Luján, *Mexico's Indigenous Past,* trad. Bernardo Ortiz de Montellano, University of Oklahoma Press, Norman, 2005 [*El pasado indígena,* FCE, 2014].

López Escudero, Manuel, Archivo, Legajo 88, documento 1-7, Colección García, Benson Latin American Collection, University of Texas en Austin. Citado: MLE.

Loyola, Rafael (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. México en los 40,* Grijalbo, México, 1990.

Lynch, John, *Spain under the Habsburgs,* vol. 2, *Spain and America, 1598-1700,* Blackwell, Londres, 1969.

MacLeod, Murdo, *Spanish Central America. A Socioeconomic History, 1520-1720,* University of California Press, Berkeley, 1973 [*Historia socioeconómica de la América Central española, 1520-1720,* trad. Irene Piedra Santa, Piedra Santa, Guatemala, 1980].

Mallon, Florencia, *Peasant and Nation. The Making of Post-Colonial Mexico and Peru,* University of California Press, Berkeley, 1995 [*Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales,* trad. Lilyan de la Vega, CIESAS, México, 2003].

Mangan, Jane, *Trading Roles. Gender, Ethnicity, and the Urban Economy of Colonial Potosí,* Duke University Press, Durham, 2005.

Markiewicz, Dana, *The Mexican Revolution and the Limits of Agrarian Reform, 1915-1940,* Lynne Reinner, Boulder, 1993.

Martin, Cheryl, *Rural Society in Colonial Morelos,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985.

Martínez, Rubén, *Crossing Over. A Mexican Family on the Migrant Trail,* Picador, Nueva York, 2001.

Martínez Baracs, Andrea, *Un gobierno de indios. Tlaxcala, 1519-1750,* FCE, México, 2008.

Martínez Baracs, Rodrigo, *Convivencia y utopía. El gobierno indio y español en "la ciudad de Mechuacan", 1521-1580,* FCE, México, 2018.

McCormick, Gladys, *The Logic of Compromise in Mexico. How the Countryside Was Key to the Emergence of Authoritarianism,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2016.

McNeill, John R., y Peter Engelke, *The Great Acceleration. An Environmental History of the Anthropocene since 1945,* Harvard University Press, Cambridge, 2014.

McNeill, William, *Plagues and People,* Doubleday, Nueva York, 1976 [*Plagas y pueblos,* trad. Homero Alcina Thevenet, Siglo XXI Editores, México, 1984].

Medina, Luis, *Hacia el nuevo Estado,* FCE, México, 1995.

Melville, Elinor, *A Plague of Sheep. Environmental Consequences of the Conquest of Mexico,* Cambridge University Press, Nueva York, 1994 [*Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México,* trad. Gabriel Bernal Granados, FCE, México, 1999].

Memoria de la administración pública del Estado de México presentada a la XV Legislatura por el Gobernador Constitucional general José Vicente Villada, cuatrienio de 1889-1893, Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios, Toluca, 1894.

Menegus Bornemann, Margarita, *Del señorío a la república de indios. El caso de Toluca, 1500-1600,* Escuela de Artes y Oficios, Toluca, 1991.

———, "Ocoyoacac. Una comunidad agraria en el siglo XIX", *Estudios Políticos,* vol. 6, núms. 18-19, 1979, pp. 81-112.

———, "Organización económico-espacial del trabajo indígena en el Valle de Toluca, 1530-1830", en Manuel Miño Grijalva (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1910,* Conaculta, México, 1991, pp. 21-59.

———, "Our Suffering with The Taxco Tribute", *HAHR,* vol. 71, núm. 3, 1991, pp. 447-475.

Meyer, Jean, *La Cristiada,* 3 vols., Siglo XXI Editores, México, 1973.

Meyer, Lorenzo, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942,* FCE, México, 1972.

Meyer, Michael, *Huerta. A Political Portrait,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1972 [*Huerta. Un retrato político,* trad. Daagmar Hircifiger *et al.,* Domes, México, 1983].

Meyers, William, *Forge of Progress, Crucible of Revolt. The Origins of the Mexican Revolution in the Comarca Lagunera, 1880-1911,* University of New

Mexico Press, Albuquerque, 1994 [*Forja del progreso, crisol de la revuelta. Los orígenes de la Revolución mexicana en la Comarca Lagunera, 1880-1911,* trad. Eva Salgado Andrade, INEHRM, México, 1996].

Middlebrook, Kevin, *The Paradox of Revolution. Labor, the State, and Authoritarianism in Mexico,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995.

Miller, Simon, *Landlords and Haciendas in Modernizing Mexico,* Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, University of Amsterdam, Ámsterdam, 1995.

Millon, René, Bruce Drewitt y George Cowgill, *Urbanization at Teotihuacán,* 2 vols., University of Texas Press, Austin, 1975.

Ministerio de Fomento, *Anales del Ministerio de Fomento. Industria agrícola, minera, fabril, manufacturera y comercial, y estadística general de la república mexicana,* Imprenta de Escalante, México, 1854.

Miño Grijalva, Manuel (coord.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1910,* Conaculta, México, 1991.

Miranda, José, *La función económica del encomendero en los orígenes del régimen colonial. Nueva España, 1521-1531,* UNAM, México, 1965.

Miranda Pacheco, Sergio, *La creación del Departamento del Distrito Federal. Urbanización, política y cambio institucional,* UNAM, México, 2008.

———, *Tacubaya. De suburbio veraniego a ciudad,* UNAM, México, 2007.

Molina del Villar, América, *Diversidad socioétnica y familias entre las calamidades y crisis del siglo XVIII,* CIESAS, México, 2009.

———, *La Nueva España y el matlazahuatl,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1998.

———, "Santa María de Guadalupe, Atlacomulco, ante los aciagos años de principios del siglo XIX. Conflictos locales, crisis agrícolas y epidemia, 1809-1814", *Relaciones,* vol. 31, núm. 121, 2010, pp. 109-136.

Moore, Barrington, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World,* Beacon, Boston, 1966 [*Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno,* trad. Jaime Costa y Gabrielle Woith, Península, Barcelona, 2002].

Mumford, Jeremy, *Vertical Empire. The General Resettlement of Indians in the Colonial Andes,* Duke University Press, Durham, 2012.

Mundy, Barbara, *The Death of Aztec Tenochtitlan, the Life of Mexico City,* University of Texas Press, Austin, 2015 [*La muerte de Tenochtitlan, la vida de México,* trad. Mario Zamudio Vega y Alejandro Pérez Sáez, GS, México, 2018].

North, Douglas, John Joseph Wallis y Barry Weingast, *Violence and Social Orders. A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History,* Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

Olvera Estrada, María Otilia, *Los tiempos del patrón… Danza de mil soles. Los últimos trabajadores de las haciendas de Querétaro,* Gobierno del Estado, Querétaro, 1997.

Ortega Soto, Marta, *Alta California. Una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1848,* UAM, México, 2001.

Ortiz, Tadeo, *México considerado como una nación independiente y libre,* Imprenta de Carlos LaWalle Sobrinos, Burdeos, 1933. Reimpresión: Miguel Ángel Porrúa, México, 2010. Citado: TOM.

Ortiz Escamilla, Juan, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México,* Universidad de Sevilla, Sevilla, 1997.

Osborn, Wayne, "Indian Land Retention in Colonial Meztitlán", *HAHR,* vol. 53, núm. 2, 1973, pp. 217-238.

Owensby, Brian, *Empire of Law and Indian Justice in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2008.

Pacheco Gómez Muñoz, María Edith, *Ciudad de México, heterogénea, desigual. Un estudio sobre el mercado del trabajo,* El Colegio de México, México, 2004.

Padden, Robert C., *The Hummingbird and the Hawk. Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico, 1503-1541,* Harper and Row, Nueva York, 1970.

Padilla, Tanalís, *Rural Resistance in the Land of Zapata. The Jaramillista Movement and the Myth of the Pax Priista, 1940-1960,* Duke University Press, Durham, 2008 [*Después de Zapata. El movimiento jaramillista y los orígenes de la guerrilla en México,* trad. Lucía Reyes, Akal, México, 2015].

Paige, Jeffery, *Agrarian Revolution,* Free Press, Nueva York, 1976.

———, *Coffee and Power. Revolution and the Rise of Democracy in Central America,* Harvard University Press, Cambridge, 1977.

Palerm, Ángel, *Obras hidráulicas prehispánicas en el valle de México,* INAH, México, 1973.

Palma Galván, Fernando, *La participación social en la planeación del desarrollo urbano. Caso Nezahualcóyotl, Estado de México,* UNAM, México, 2007.

Pani, Alberto, "La higiene en México (1916)", en Claudia Agostini, *Monuments of Progress*, University of Colorado Press, Boulder, 2003.

Pani, Erika, *Para mexicanizar el segundo imperio,* El Colegio de México, México, 2001.

———, *Una serie de admirables acontecimientos. México en el mundo en la época de la Reforma,* Ediciones Educación y Cultura, México, 2013.

Parcero, María de la Luz, *Condiciones de la mujer en México durante el siglo XIX,* INAH, México, 1992.

Parthasarathi, Prasannan, *Why Europe Grew Rich and Asia Did Not. Global Economic Divergence, 1600-1850,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

Pastor, María Alba, *Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII,* FCE, México, 1999.

———, *Cuerpos sociales, cuerpos sacrificiales,* FCE, México, 2004.

Pastor, Rodolfo, *Campesinos y reformas. La mixteca, 1700-1856,* El Colegio de México, México, 1987.

Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío,* pról. Antonio Castro Leal, Porrúa, México, 1971. Citado: BRF.

Paz, Octavio, *Sor Juana, or the Traps of Faith,* trad. Margaret Sayer Peden, Harvard University Press, Cambridge, 1990 [*Obras completas, 5. Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe,* FCE, México, 1994].

Pedrero Nieto, Gloria, "Un estudio regional. Chalco", en Enrique Semo (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, México, 1977, pp. 99-150.

Peña, Devon, *The Terror of the Machine. Technology, Work, Gender, and Ecology on the U.S.-Mexico Border,* University of Texas Press, Austin, 1997.

Peña, Guillermo de la, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos,* CIESAS, México, 1980.

Pensado, Jaime, *Rebel Mexico. Student Unrest and Authoritarian Political Culture during the Long Sixties,* Stanford University Press, Stanford, 2013.

Pérez Montesinos, Fernando, *Poised to Break. Liberalism, Land Reform, and Communities in the Purépecha Highlands of Michoacán, México, 1800-1915*, tesis de doctorado, Georgetown University, 2015.

Pérez Rosales, Laura, *Minería y sociedad en Taxco en el siglo XVIII,* Universidad Iberoamericana, México, 1990.

Pezzoli, Keith, *Human Settlements and Planning for Environmental Sustainability. The Case of Mexico City,* MIT Press, Cambridge, 1998.

Piccato, Pablo, *City of Suspects. Crime in Mexico City, 1900-1931,* Duke University Press, Durham, 2001 [*Ciudad de sospechosos. Crimen en la ciudad de México, 1900-1931,* trad. Lucía Reyes, CIESAS, México, 2010].

Piketty, Thomas, *Le Capital au XXIe siècle*, Éditions du Seuil, París, 2013; *Capital in the Twenty-First Century,* trad. Arthur Goldhammer, Harvard University Press, Cambridge, 2014 [*El capital en el siglo XXI,* trad. Eliane Cazenave-Tapie Isoard, colab. de Guillermina Cuevas, rev. de la trad. de José Carlos Hoyos, rev. técnica de la trad. de Gerardo Esquivel, 2a ed., FCE, México, 2015].

Pimentel, Francisco, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México,* Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1864.

Pineda Gómez, Francisco, *Ejército libertador, 1915,* Era, México, 2013.

Pineda Gómez, Francisco, *La irrupción zapatista,* Era, México, 1997.

———, *La revolución del sur, 1912-1914,* Era, México, 2005.

Pizzigoni, Caterina, *The Life Within. Local Indigenous Society in Mexico's Toluca Valley, 1650-1800,* Stanford University Press, Stanford, 2012.

Pletcher, David, *Rails, Mines, and Progress. Seven American Promoters in Mexico, 1867-1911,* Cornell University Press, Ithaca, 1958.

Pomeranz, Kenneth, *The Great Divergence. China, Europe and the Making of the Modern World Economy,* Princeton University Press, Princeton, 2000.
Poole, Stafford, *Our Lady of Guadalupe. The Origins and Sources of a Mexican National Symbol,* University of Arizona Press, Tucson, 1995.
Porter, Susie, *Working Women in Mexico City. Public Discourse and Material Conditions, 1879-1931,* University of Arizona Press, Tucson, 2003 [*Mujeres y trabajo en la ciudad de México. Condiciones materiales y discursos políticos, 1879-1931,* trad. María Palomar Verea, El Colegio de Michoacán, Zamora, 2008].
Potash, Robert, *El Banco de Avío en México. El fomento de la industria, 1821-1846,* FCE, México, 1959.
Powell, Thomas G., *El liberalismo y el campesinado en el centro de México, 1850-1870,* trad. Roberto Gómez Ciriza, SEP, México, 1974.
Prasad, Monica, *The Land of Too Much. American Abundance and the Paradox of Poverty,* Harvard University Press, Cambridge, 2012.
Presthold, Jeremy, *Domesticating the World. African Consumerism and the Genealogies of Globalization,* University of California Press, Berkeley, 2008.
Purnell, Jennie, *Popular Movements and State Formation in Revolutionary Mexico,* Duke University Press, Durham, 1999.
Quirk, Robert, *An Affair of Honor. Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz,* Norton, Nueva York, 1967.
———, *The Mexican Revolution, 1914-1915. The Convention of Aguascalientes,* Indiana University Press, Bloomington, 1960 [*La Revolución mexicana, 1914-1915. La Convención de Aguascalientes,* Gobierno del Estado de Aguascalientes, Aguascalientes, 1989].
Rabell Romero, Cecilia (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico,* FCE, México, 2014.
Ramírez Melgarejo, Ramón, *Política del Estado mexicano y los procesos agrícolas de los totonacos,* Universidad Veracruzana, Xalapa, 2002.
Ramos Escandón, Carmen, *Industrialización, género y trabajo femenino en el sector textil mexicano,* CIESAS, México, 2004.
——— (coord.), *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México,* El Colegio de México, México, 1987.
Rath, Thomas, *Myths of Demilitarization in Post-revolutionary Mexico, 1920-1960,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2013.
Reed, John, *Insurgent Mexico,* International, Nueva York, 1969 [*México insurgente,* trad. Manuel Dávila, Océano, México, 2004].
Regla, Condes de, Archivo, Biblioteca de la Washington State University. Citado: PCR; PCRb: volúmenes encuadernados; PCRun: artículos sin catalogar.
Reina, Leticia, "Local Elections and Regime Crises. The Political Culture of Indigenous Peoples", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, pp. 91-127.

Reina, Leticia, *Rebeliones campesinas en México, 1819-1906,* Siglo XXI Editores, México, 1980.

Reyes García, Cayetano, "Estado general de tributos y tributarios, 1805", *Boletín del Archivo General de la Nación,* 3ª serie, vol. 1, núm. 3, 1977, pp. 3-43.

Ricard, Robert, *The Spiritual Conquest of Mexico,* trad. Lesley Byrd Simpson, University of California Press, Berkeley, 1966 [*La conquista espiritual de México,* trad. Ángel María Garibay K., FCE, México, 2014].

Richmond, Douglas, *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1983 [*La lucha nacionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920,* trad. Mariluz Caso, FCE, México, 1986].

Riley, G. Michael, *Fernando Cortés and the Marquesado in Morelos, 1522-1547,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1973.

Riley, James, *Hacendados jesuitas en México. La administración de los bienes inmuebles del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, 1687-1767,* SEP, México, 1976.

Riva Palacio, Mariano, Archivo, Colección García, Benson Latin American Collection, University of Texas en Austin. Indexado en Jack Autrey Dabbs, *The Mariano Riva Palacio Archives. A Guide,* 3 vols., Jus, México, 1962-1972. Citado: MRP.

Rodríguez, Jaime, *"We Are Now True Spaniards." Sovereignty, Revolution, Independence, and the Emergence of the Federal Republic of Mexico, 1808-1824,* Stanford University Press, Stanford, 2012.

Rodríguez Kurí, Ariel, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México, política y gobierno, 1876-1912,* El Colegio de México, México, 1996.

Rojas, Olga Lorena, *Paternidad y vida familiar en la ciudad de México,* El Colegio de México, México, 2008.

Romanucci-Ross, Lola, *Conflict, Violence, and Morality in a Mexican Village,* ed. rev., University of Chicago Press, Chicago, 1986.

———, "Filomena's History", en Lola Romanucci-Ross, *Conflict, Violence, and Morality in a Mexican Village,* ed. rev., University of Chicago Press, Chicago, 1986, pp. 209-213.

Romero Ibarra, María Eugenia, *Manuel Medina Garduño. Entre el Porfiriato y la Revolución en el Estado de México, 1852-1913,* INEHRM, México, 1998.

Romero Sotelo, María Eugenia, *Minería y guerra. La economía de Nueva España, 1810-1821,* El Colegio de México, México, 1997.

Rugeley, Terry, *Yucatán's Maya Peasantry and the Origins of the Caste War,* University of Texas Press, Austin, 1996.

Ruiz, Ramón Eduardo, *La Revolución mexicana y el movimiento obrero, 1911-1923,* Era, México, 1978.

Ruiz de Alarcón, Hernando, *Treatise on the Heathen Institutions that Live Today among the Indians Native to This New Spain,* trad. Richard Andrews y Ross Hassig, University of Oklahoma Press, Norman, 1984 [*Tratado de*

las supersticiones y costumbres gentilicias que hoy viven entre los indios naturales de esta Nueva España, Linkgua, Barcelona, 2005].

Ruiz Medrano, Ethelia, *Mexico's Indigenous Communities. Their Lands and Histories, 1500-2010,* trad. Russ Davidson, University Press of Colorado, Boulder, 2010.

———, *Reshaping New Spain. Government and Private Interest in the Colonial Bureaucracy, 1535-1550,* trad. Julia Constantino y Paulette Marmasse, University of Colorado Press, Boulder, 2006 [*Gobierno y sociedad en Nueva España,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1991].

Salinas Sandoval, María del Carmen, *Política y sociedad en los municipios del Estado de México, 1825-1855,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1996.

———, y Diana Birrichaga Gardida, "Conflicto y aceptación ante el liberalismo. Los pueblos del Estado de México, 1856-1876", en Antonio Escobar Ohmstede (coord.), *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez, 1847-1872,* UABJO, Oaxaca, 2007, pp. 207-251.

Salmerón, Pedro, *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo,* Planeta, México, 2006.

Sánchez de Tagle, Esteban, *Del gobierno y su tutela. La reforma a las haciendas locales del siglo XVIII y el Cabildo de México,* INAH, México, 2014.

Sánchez Santiró, Ernest, *Las alcabalas mexicanas, 1821-1857. Los dilemas en la construcción de la Hacienda nacional,* Instituto Mora, México, 2009.

Sanders, William, y Barbara Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* Random House, Nueva York, 1968.

Santiago, Myrna, *The Ecology of Oil. Environment, Labor, and the Mexican Revolution, 1900-1938,* Cambridge University Press, Nueva York, 2006.

Scheper Hughes, Jennifer, *Biography of a Mexican Crucifix. Lived Religion and Local Faith from the Conquest to the Present,* Oxford University Press, Nueva York, 2010.

Scheper-Hughes, Nancy, *Death without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil,* University of California Press, Berkeley, 1992.

Schroeder, Susan, *Chimalpahin and the Kingdom of Chalco,* University of Arizona Press, Tucson, 1991 [*Chimalpahin y los reinos de Chalco,* trad. Joaquín Francisco Zabala Omaña, El Colegio Mexiquense, Toluca, 1994].

Schwartz, Stuart, *Sugar Plantations and the Formation of Brazilian Society. Bahia, 1550-1835,* Cambridge University Press, Nueva York, 1985.

Scott, James, *The Art of Not Being Governed. An Anarchist History of Southeast Asia,* Yale University Press, New Haven, 2009.

———, *Domination and the Arts of Resistance,* Yale University Press, New Haven, 1990 [*Los dominados y el arte de la resistencia,* trad. Jorge Aguilar Mora, Era, México, 2000].

———, *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia,* Yale University Press, New Haven, 1976.

Scott, James, *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed,* Yale University Press, New Haven, 1999.

Semo, Enrique (coord.), *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880,* INAH, México, 1977.

Serrano Ortega, José Antonio (coord.), *El sexenio absolutista. Los últimos años insurgentes, Nueva España, 1814-1820,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 2014.

Serulnikov, Sergio, *Revolution in the Andes. The Age of Tupac Amaru,* trad. David Frye, Duke University Press, Durham, 2013.

———, *Subverting Colonial Authority. Challenges to Spanish Rule in the Eighteenth-Century Southern Andes,* Duke University Press, Durham, 2003.

Servín, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954,* Cal y Arena, México, 2001.

———, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007.

Silva Prada, Natalia, *La política de una rebelión. Los indígenas frente al tumulto de 1692 en la ciudad de México,* El Colegio de México, México, 2007.

Simpson, Lesley Byrd, *The Encomienda in New Spain,* ed. rev., University of California Press, Berkeley, 1950.

Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia, and China,* Cambridge University Press, Cambridge, 1979 [*Los Estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China,* trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 1984].

Smith, Benjamin, *The Roots of Conservatism in Mexico. Catholicism, Society, and Politics in the Mixteca Baja, 1750-1962,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2012.

Soto Laveaga, Gabriela, *Jungle Laboratories. Mexican Peasants, National Projects, and the Making of the Pill,* Duke University Press, Durham, 2008 [*Laboratorios en la selva. Campesinos mexicanos, proyectos nacionales y la creación de la píldora anticonceptiva,* trad. Víctor Altamirano, FCE, México, 2020].

Sousa, Lisa, Stafford Poole y James Lockhart, *The Story of Guadalupe. Luis Laso de Vega's Huei tlamahuiçoltica of 1649,* Stanford University Press, Stanford, 1998.

Spalding, Karen, *Huarochirí. An Andean Society under Inca and Spanish Rule,* Stanford University Press, Stanford, 1984.

Stavig, Ward, *World of Tupac Amaru,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1999.

Stein, Stanley, y Barbara Stein, *Apogee of Empire. Spain and New Spain in the Age of Charles III, 1759-1789,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2003.

Stein, Stanley, y Barbara Stein, *Silver, War, and Trade. Spain and the Americas in the Making of Early Modern Europe,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2000.

———, *Crisis in an Atlantic Empire. Spain and New Spain, 1808-1810,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2014.

———, *Edge of Crisis. War and Trade in the Spanish Atlantic, 1789-1808,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009.

Stephen, Lynn, *Zapata Lives! Histories and Cultural Politics in Southern Mexico,* University of California Press, Berkeley, 2002.

Stern, Steve, *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest,* University of Wisconsin Press, Madison, 1982 [*Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española,* trad. Fernando Santos Fontenla, Alianza, Madrid, 1986].

——— (coord.), *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World. 17th to 20th Centuries,* University of Wisconsin Press, Madison, 1987.

———, *The Secret History of Gender. Men, Women, and Power in Late Colonial Mexico,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995 [*La historia secreta del género. Mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del periodo colonial,* trad. Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1999].

Stevens, Donald, "'Temerse la ira del cielo'. Los conservadores y la religiosidad popular en los tiempos del cólera", en William Fowler y Humberto Morales Moreno (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX,* BUAP, Puebla, 1999, pp. 87-101.

Strayer, Joseph, *On the Medieval Origins of the Modern State,* Princeton University Press, Princeton, 1970 [*Sobre los orígenes medievales del Estado moderno,* trad. Horacio Vázquez Real, Ariel, Barcelona, 1981].

Streeby, Shelley, *American Sensations. Class, Empire, and the Production of Popular Culture,* University of California Press, Berkeley, 2002.

———, "Imagining Mexico in Love and War. Nineteenth-Century U. S. Literature and Visual Culture", en John Tutino (coord.), *Mexico and Mexicans in the Making of the United States,* University of Texas Press, Austin, 2012, pp. 110-140.

Tavárez, David, *The Invisible War. Indigenous Devotions, Discipline, and Dissent in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2011 [*Las guerras invisibles. Devociones indígenas, disciplina y disidencia en el México colonial,* trad. David Tavárez Bermúdez, UABJO, Oaxaca, 2012].

Taylor, William, *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages,* Stanford University Press, Stanford, 1979.

———, *Magistrates of the Sacred. Priests and Parishioners in Eighteenth-Century Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 1976 [*Ministros de lo sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII,* trad. Óscar Mazín y Paul Kersey, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1999].

Taylor, William, *Shrines and Miraculous Images. Religious Life in Mexico before the Reform,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2010.

Téllez González, Mario, *La justicia criminal en el Valle de Toluca, 1800-1829,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2001.

Tenorio Trillo, Mauricio, *I Speak of the City. Mexico City at the Turn of the Twentieth Century,* University of Chicago Press, Chicago, 2013 [*Hablo de la ciudad. Los principios del siglo XX desde la ciudad de México,* trad. Gerardo Noriega Rivero y Juan Tovar, rev. de la trad. Fausto José Trejo, FCE, México, 2017].

Terraciano, Kevin, *The Mixtecs of Colonial Oaxaca. Ñudzahui History, Sixteenth through Eighteenth Centuries,* Stanford University Press, Stanford, 2002 [*Los mixtecos de la Oaxaca colonial. La historia ñudzahui del siglo XVI al XVIII,* trad. Pablo Escalante Gonzalbo, FCE, México, 2013].

Thomson, Guy, y David LaFrance, *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico. Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra,* Scholarly Resources, Wilmington, 1999 [*El liberalismo popular mexicano. Juan Francisco Lucas y la Sierra de Puebla, 1854-1917,* trad. Ariadna Acevedo y David M. J. Wood, BUAP, Puebla, 2011].

Thomson, Sinclair, *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency,* University of Wisconsin Press, Madison, 2003 [*Cuando sólo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia,* trad. Silvia Rivera Cusincanqui, Muela del Diablo, Bolivia, 2006].

Tilly, Charles, *Coercion, Capital and European States, AD 990-1992,* Blackwell, Oxford, 1992.

Topik, Steven, y Allen Wells, *Global Markets Transformed, 1870-1945,* Harvard University Press, Cambridge, 2014.

Tortolero Villaseñor, Alejandro, *De la coa a la máquina de vapor. Actividad agrícola e innovación tecnológica en las haciendas mexicanas, 1880-1914,* Siglo XXI Editores, México, 1995.

——— (coord.), *Entre lagos y volcanes. Chalco-Amecameca, pasado y presente,* vol. 1, El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1993.

———, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920,* Siglo XXI Editores, México, 2008.

Trujillo Bolio, Mario, *Operarios fabriles en el valle de México, 1864-1884,* El Colegio de México, México, 1997.

Turner, John Kenneth, *Barbarous Mexico,* S. H. Kern, Chicago, 1911 [*México bárbaro,* Colofón, México, 2001].

Tutino, John, "Agrarian Social Change and Peasant Rebellion in Nineteenth-Century Mexico. The Case of Chalco", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 95-140 [*Revuelta, rebellion y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX,* trad. Paloma Villegas, Era, México, 2004].

Tutino, John, "The Americas in the Rise of Industrial Capitalism", en John Tutino (coord.), *New Countries. Capitalism, Revolution, and Nations in the Americas, 1750-1870,* Duke University Press, Durham, 2016, pp. 25-70.

———, "The Americas in the Twentieth-Century World", en John Tutino y Martin Melosi (coords.), *New World Cities. The Challenges of Globalization and Urbanization in the Americas,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2018.

———, *Creole Mexico. Spanish Elites, Haciendas, and Indian Towns, 1750-1810,* tesis de doctorado, University of Texas, Austin, 1976.

———, "De Hidalgo a Apatzingán. Insurgencia popular y proyectos políticos en la Nueva España, 1811-1814", en Carolina Ibarra *et al.* (coords.), *La insurgencia mexicana y la Constitución de Apatzingán,* UNAM, México, 2014, pp. 49-78.

———, "Entre la rebelión y la revolución. Compresión agraria en Chalco, 1870-1900", en Alejandro Tortolero Villaseñor (coord.), *Entre lagos y volcanes. Chalco-Amecameca, pasado y presente,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 1993, pp. 365-412.

———, "La estructura agraria en el valle de México, 1600-1800", en María Teresa Jarquín Ortega y Manuel Miño Grijalva (coords.), *Historia general ilustrada del Estado de México,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2011, pp. 481-531.

———, "Family Economies in Agrarian Mexico, 1750-1910", *Journal of Family History,* vol. 10, núm. 3, 1985, pp. 258-271.

———, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940,* Princeton University Press, Princeton, 1986 [*De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940,* trad. Julio Colón, Era, México, 1990].

———, "From Involution to Revolution in Mexico. Liberal Development, Patriarchy, and Social Violence in the Central Highlands, 1870-1910", *History Compass,* vol. 6, núm. 3, 2008, pp. 796-842.

———, "Globalizing the Comanche Empire", *History and Theory,* vol. 52, núm. 1, 2013, pp. 67-74.

———, "Hacienda Social Relations in Mexico. The Chalco Region in the Era of Independence", *HAHR,* vol. 55, núm. 3, 1975, pp. 496-528.

———, *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America,* Duke University Press, Durham, 2011 [*Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española,* trad. Mario A. Zamudio Vega, FCE, México, 2016].

——— (coord.), *Mexico and the Mexicans in the Making of the United States,* University of Texas Press, Austin, 2012.

———, *Mexico City, 1808. Power, Sovereignty, and Silver in an Age of War and Revolution,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 2018.

Tutino, John (coord.), *New Countries. Capitalism, Revolution and Nations in the Americas, 1750-1870,* Duke University Press, Durham, 2016.

———, "Power, Class, and Family. Men, Women, and Power in the Mexico City Elite, 1750-1810", *Americas,* vol. 39, núm. 3, 1983, pp. 359-381.

———, "Provincial Spaniards, Haciendas, and Indian Towns. Interrelated Sectors of Agrarian Society in the Valleys of Mexico and Toluca", en Ida Altman y James Lockhart (coords.), *Provinces of Early Mexico,* UCLA Latin American Center, Los Ángeles, 1976, pp. 177-194.

———, "Querétaro y los orígenes de la nación mexicana. Las políticas étnicas de soberanía, contrainsurgencia e independencia, 1808-1821", en Laura Rojas y Susan Deeds (coords.), *México a la luz de sus revoluciones,* vol. 1, El Colegio de México, México, 2014, pp. 17-64.

———, *Remaking the New World. Bajío Revolution, Mexican Independence, and the Transformation of North America, 1800-1860,* Duke University Press, Durham, en producción.

———, "The Revolutionary Capacity of Rural Communities", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, pp. 211-268.

———, "The Revolution in Mexican Independence. Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855", *HAHR,* vol. 78, núm. 3, 1998, pp. 367-418.

———, "Urban Power and Agrarian Society. Mexico City and Its Hinterland in the Colonial Era", en Gisela von Wobeser y Eric van Young (coords.), *La ciudad, el campo y la frontera en la historia de México,* UNAM, México, 1992, pp. 507-552.

———, y Martin Melosi (coords.), *New World Cities. The Challenges of Globalization and Urbanization in the Americas,* The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2018.

Urrutia, Carlos de, "Noticia geográfica de Reino de Nueva España y el estado de su población", en Enrique Florescano e Isabel Gil (coords.), *Descripciones económicas generales de la Nueva España,* SEP, México, 1973, pp. 68-127.

Vanderwood, Paul, *Disorder and Progress. Bandits, Police, and Mexican Development,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1981 [*Desorden y progreso. Bandidos, policía y desarrollo mexicano,* trad. Félix Blanco, Siglo XXI Editores, México, 1976].

Vanderwood, Paul, *The Power of God against the Guns of Government. Religious Upheaval in Mexico at the Turn of the Twentieth Century,* Stanford University Press, Stanford, 1996.

Vaughan, Mary Kay, *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940,* University of Arizona Press, Tucson, 1997 [*La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos*

y escuelas en México, 1930-1940, trad. Mónica Utrilla, FCE, México, 2001].

Vázquez, Josefina, *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos,* El Colegio de México, México, 1997.

Velasco Ávila, Cuauhtémoc, Eduardo Flores Clair, Alma Aurora Palma Campos y Edgar Omar Gutiérrez López, *Estado y minería en México, 1767-1910,* FCE, México, 1988.

Velasco Godoy, María de los Ángeles, *Ixtlahuaca. Población y haciendas, pueblos y sistema de trabajo colonial, 1600-1711,* 2 vols., UAEM, Toluca, 2012.

Velázquez Gutiérrez, María Elisa, *Mujeres de origen africano en la capital novohispana, siglos XVII y XVIII,* UNAM, México, 2006.

Vélez-Ibáñez, Carlos, *Rituals of Marginality. Politics, Process, and Culture Change in Central Urban Mexico, 1969-1974,* University of California Press, Berkeley, 1983.

Vilar, Pierre, *A History of Gold and Money, 1450-1920,* 2ª ed., trad. Judith White, Verso, Londres, 1984 [*Oro y moneda en la historia, 1450-1920,* trad. Armando Sáez Buesa y Juana Sabater Borrell, rev. de la trad. de Jordi Nadal Oller, Ariel, Barcelona, 1972].

Vinson, Ben, *Bearing Arms for His Majesty. The Free Colored Militia in Colonial Mexico,* Stanford University Press, Stanford, 2001.

Walker, Charles, *Smoldering Ashes. Cuzco and the Creation of the Peruvian Republic, 1780-1840,* Duke University Press, Durham, 1999.

———, *The Tupac Amaru Rebellion,* Harvard University Press, Cambridge, 2014 [*La rebelión de Túpac Amaru,* trad. Óscar Hidalgo Wuest, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2015].

Walker, Louise, *Waking from the Dream. Mexico's Middle Class after 1968,* Stanford University Press, Stanford, 2013.

Wallerstein, Immanuel, *The Modern World System,* 4 vols., University of California Press, Berkeley, 1974-2011 [*El moderno sistema mundial,* trad. Pilar López Manez, Siglo XXI Editores, México, 2011].

Ward, Peter, *México megaciudad. Desarrollo y política, 1970-2002,* El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2004.

Warman, Arturo, *El campo mexicano en el siglo XX,* FCE, México, 2000.

———, "The Political Project of Zapatismo", en Friedrich Katz (coord.), *Riot, Rebellion, and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 321-337.

———, *"We Come to Object": The Peasants of Morelos and the National State,* trad. Stephen Ault, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1980 [*… Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional,* INAH, México, 1976; Casa Chata, México, 1978].

Wasserman, Mark, *Capitalists, Caciques, and Revolution. The Native Elites and Foreign Enterprise in Chihuahua, Mexico, 1854-1911,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1984 [*Capitalistas, caciques y revolu-*

ción. La familia Terrazas de Chihuahua, 1854-1911, trad. Beatriz Guiza, Grijalbo, México, 1987].

Wells, Allen, *Yucatán's Gilded Age. Haciendas, Henequén, and International Harvester, 1850-1915,* University of New Mexico, Albuquerque, 1985.

———, y Gilbert Joseph, *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval. Elite Politics and Rural Insurgency in Yucatán, 1876-1915,* Stanford University Press, Stanford, 1996 [*El verano del descontento, épocas de trastorno. Élites políticas e insurgencia rural en Yucatán, 1876-1915,* trad. Ari Bartra, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 2011].

West, Robert, *The Mining Community in Northern New Spain. The Parral Mining District,* University of California Press, Berkeley, 1949.

Williams, Robert, *Export Agriculture and the Crisis in Central America,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1984.

Wolf, Eric, *Europe and the People without History,* University of California Press, Berkeley, 1982 [*Europa y la gente sin historia,* trad. Agustín Bárcenas, FCE, México, 1987].

———, *Peasant Wars of the Twentieth Century,* Harper and Row, Nueva York, 1968 [*Las luchas campesinas del siglo XX,* trad. Roberto Reyes Mazzoni, Siglo XXI Editores, México, 1976].

Womack, John, Jr., "The Mexican Economy during the Revolution, 1910-1920", *Marxist Perspectives,* vol. 1, núm. 4, 1978, pp. 80-123.

———, *Rebellion in Chiapas. An Historical Reader,* New Press, Nueva York, 1999 [*Rebelión en Chiapas. Una antología histórica,* Debate, México, 2009].

———, *Zapata and the Mexican Revolution,* Knopf, Nueva York, 1968 [*Zapata y la Revolución mexicana,* trad. Francisco González Aramburo, FCE, México, 2017].

Wood, Stephanie, "Corporate Adjustment in Colonial Mexican Indigenous Towns. The Toluca Region, 1550-1810", tesis de doctorado, University of California, Los Ángeles, 1984.

———, "La evolución de la corporación indígena en la región del Valle de Toluca, 1550-1810", en Manuel Miño Grijalva (coord.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1910,* Conaculta, México, 1991, pp. 117-142.

———, *Transcending Conquest. Nahua Visions of Spanish Colonial Mexico,* University of Oklahoma Press, Norman, 2003.

Wright, Angus, *The Death of Ramón González. The Modern Agricultural Dilemma,* ed. rev., University of Texas Press, Austin, 2005.

Wyllie, Robert Crichton, *México. Noticia sobre su hacienda pública bajo el gobierno español y después de la Independencia,* Ignacio Cumplido, México, 1845. Reimpreso en *Documentos para el estudio de la industrialización en México, 1837-1845,* SHCP, México, 1977, pp. 243-352. Citado: RWM.

Yannakakis, Yanna, *The Art of Being In-Between. Native Intermediaries and Local Rule in Colonial Oaxaca,* Duke University Press, Durham, 2008 [*El*

arte de estar en medio. Intermediarios indígenas, identidad india y régimen local en la Oaxaca colonial, trad. Mónica Portnoy Binder, UABJO, Oaxaca, 2011].

Young, Eric van, "Of Tempests and Teapots. Imperial Crisis and Local Conflicts in Mexico at the Beginning of the Nineteenth Century", en Elisa Servín, Leticia Reina y John Tutino (coords.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change. Crisis, Reform, and Revolution in Mexico,* Duke University Press, Durham, 2007, pp. 23-59.

———, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Struggle for Mexican Independence, 1810-1821,* Stanford University Press, Stanford, 2001 [*La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821,* trad. Rossana Reyes Vega, FCE, México, 2006].

Zamudio, Guadalupe, y Gloria Camacho Pichardo, *Estado de México. Experiencias de investigación histórica,* UAEM, Toluca, 2002.

Zavala, María Eugenia, "La transición demográfica de 1895-2010", en Cecilia Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico,* FCE, México, 2014, pp. 87-114.

Zavala, Silvio, *La encomienda indiana,* Porrúa, México, 1935.

Zubieta, José, *Sentencia definitiva… por el despojo del Monte de las Haciendas de S. Pedro Mártir y S. Antonio Abad,* Imprenta Literaria, México, 1865.

Zulawski, Ann, *They Eat from Their Labor. Work and Social Change in Colonial Bolivia,* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1995.

ÍNDICE ANALÍTICO

Los números de páginas en cursivas remiten a ilustraciones.

Abreu, señores: 314
Acapulco: 46, 59, 208, 273
Acolman: 136, 142, 282
Acordada, motín de la: 232, 286
Actopan: 171-172; cosechas: 169-170; elecciones parroquiales: 207; insurgentes en: 175-179, 181-183; mercados: 159
Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT): 421, 489, 501
Aculco: 172, 176, 181, 194
Adalid, José: 293
Adams, Richard: 519
Aguascalientes: 262, 384, 386-387, 490
Aguilar, Luis María: 305-306
agustinos: 133
Ajusco, Sierra del: 338, 361, 445, 463, 491-493
Alamán, Lucas: 233-237, 239-241, 243-244, 247, 252, 254, 272-273, 280, 394
Alan, ingeniero: 302
Alemán, Miguel: 422-423
alemanes: 364
Alfajayucan: 174, 176, 183
Alfaro-Velcamp, Theresa: 521
Alhóndiga: 160
Alianza para el Progreso: 460
Allende, Ignacio: 171, 192-194, 197, 204
Almadén: 62, 96-97, 195
altepetl (cabecera): 27, 80, 86, 103, 129-130, 132, 137, 207
Alvarado, Salvador: 391
Álvarez, Juan: 252, 303, 310, 331
Amaro, Adelaido: 327
Amecameca: 155, 275-276, 305, 311, 319-*320,* 321, 354
American Smelting and Refining Company (Asarco): 262
Anáhuac: 24, 26-27, 94, 270, 298
anarquismo, anarquistas: 322
Anaya, Viviano: 322
Andrade, coronel: 182
Anenecuilco: 359
Ángeles, Felipe: 385, 392-393, 395
anticlericalismo: 212-213, 270, 382, 392-394, 407, 417
apaches: 254, 379
Apan: 156, 169, 185, 187, 199, 201, 205, 209
Apatzingán: 208
Archicofradía (hacienda): 274
Arenas, Domingo: 385
Arróyave, hermanos: 321; Diego: 319
Arroyo Zarco: 171-172, 176
Asunción (hacienda): 274, 302-303, 305, 311, 317, 329
Atahualpa Cápac: 50
Atengo, haciendas de: 105, 114, 126, 135-136, 142, 151-155, 168, 193, 229, 272, 304
Atitalaquía: 165, 181
Atlacomulco: 119, 132, 184
Atlihuayán: 339
Atlixco: 263, 362
Atotonilco (hacienda): 180
autonomías, capitalismo de la plata y: 11, 38, 46, 63, 66; capitalismo nacional y: 427, 445, 455; con el capitalismo a cuestas: 18-23, 33, 78; consolidadas: 63; corrosión de: 32-34, 38-40, 68, 73-74, 222, 362, 453, 462, 505-506, 514; culturales: 25-27; desafíos revolucionarios: 33-34; ecológicas: 25-27, 41; la tierra como base de: 11 12, 53-54, 62-63, 229-232; políticas: 27; populares: 212-217; reforma agraria y: 29, 40, 371, 386, 391, 407-408, 411-415, 437, 441; reclamo de: 38, 42, 66, 180, 365, 370-371, 405, 435; regímenes capitalistas: 31-33; renovación de: 40; resistencia de: 20-21, 34, 37, 39; urbanización y: 12, 34-35, 465, 506, 515-518; zapatistas sobre: 40, 42, 393-395, 435, 472
Ávila, Alfredo: 520, 521
Ávila, Felipe: 520
Ávila Camacho, Manuel: 417-419, 421-422
Axalco (hacienda): 278-280
Axapusco: 137
Ayala, Antonio: 288-289

Azcapotzalco: 82-83, 475
aztecas, *véase* mexicas (aztecas)

Bajío: 11, 23; auge del capitalismo en: 15-16, 20, 36-38; como región platera importante: 64-65, 74-75; economías comerciales en: 66; explotaciones en: 38, 45; insurgencias en: 11, 32, 34, 66, 68, 72, 74, 77, 122, 185, 237, 371; relaciones sociales en: 55; resistencia en: 20, 34
Banco de Avío: 235, 240, 243
Banco de México: 419
Banco Nacional de México (Banamex): 515-*516*
Barcelona: 75
Basoco, Antonio de: 274
Batá (hacienda): 176, 178-179
Bauman, Zygmunt: 511
Bazant, Jan: 520
Beckert, Sven: 16
Bener, señor: 302
Benson, Nettie Lee: 519, 521
Berriozábal, Felipe: 329
Bobadilla, Félix: 367
Bodega Aurrerá: 515
Bolsa de Valores: *433*-434
Borbones, régimen borbónico: 31, 48, 68-69, 71, 75, 168, 188-189, 213-214
Borlaug, Norma: 427
Boston: 293
Braudel, Fernand: 13-16, 18-19, 25, 41, 506
británicos, ingleses: 17, 47, 223-225, 232, 244-247, 256, 388, 406
Brown, Jon: 520
Buenavista (hacienda): 302, 316-317
Buenos Aires: 69-70
Burdeos: 235
Bush, George H. W.: 502
Bush, George W.: 504
Bustamante, Anastasio: 233, 235, 239-240, 243, 274, 280, 405

Caballero, José Antonio: 275, 277
Cabañas, Lucio: 430
Cabrera, Luis: 389-390, 413-414
caciques: 59, 70, 103, 290-291, 332-333, 335-336, 338, 343, 359, 438, 446, 448, 450, 459; *véase también* curacas
Cádiz (puerto): 191-192, 197, 212; *véase también* Constitución de Cádiz
Cahokia: 80
Cajamarca: 50
Calderón, Felipe: 504
Calderón de la Barca, Ángel: 293
Calderón de la Barca, Frances Inglis (Fanny): 293-294, 296-297
California: 17, 74, 227, 246-247, 250, 261
Calleja, Félix: 171-172, 174, 176, 194-196, 206-208
Calles, Plutarco Elías: 404, 407-413, 439-440, 462
Calpulalpan: 136, 140-141
Camacho, Manuel: 367
Camacho, Valentín: 367
Camacho González, Gregoria: 356
Cámara Nacional de la Industria de Transformación (Canacintra): 422
Campo, Miguel del: 175
Cananea (mina de cobre): 263, 268
Candiani, Vera: 520
capitalismo, comercial: 15-17, 34, 45, 52, 55, 59, 68, 78, 216, 370-371; comercialización y: 506; comunidades con, a cuestas: 18-23, 33, 78; estadunidense: 18, 262, 432, 470, 484; experiencia del centro de México con: 23-24; explotaciones de: 29-30; médico: 426; regímenes sobre comunidades: 18-23; revolución y: 33-34, 386-394; visión emergente de: 13-18
capitalismo global, ascenso al poder y: 386; caída del capitalismo de exportaciones: 404-410; dependencias del: 12, 518; diversas expresiones de: 37; historia del: 11, 14, 18-23, 45-48, 78, 507-508; papel de China en: 18; papel de la plata andina: 15, 45-46; papel del capitalismo de la plata: 15-16, 38, 45-47, 51-52, 62, 78, 88, 96-102, 121-122, 226-227; participación popular y: 511
capitalismo industrial, aceleración en: 260-269; explotaciones simbióticas de: 29; globalización y: 13, 15, 30, 34; nueva era de: 222-225; participación de México en: 23, 31, 401-402; patriarcado y: 29
capitalismo nacional, autonomías rurales y: 427, 432, 445, 455; derrumbe del: 40, 423-434; GATT y: 489; globalización y: 18, 40, 404, 432-434, 489-490, 500-504; industrialización y: 12, 411-412, 417, 421-422, 490-491; límites de: 417-423; nacionalización del petróleo y: 416-417; promoción de: 12, 23, 31, 35, 40, 370, 401-402, 415, 431, 484, 499-500; urbanización y: 35, 487, 499

capitalismo de la plata, adaptación comercial y: 122-131; ascenso de: 11, 16, 31, 35, 38, 46, 102, 116, 135, 154, 256-257, 260-269, 386; autonomías y: 11, 38, 46, 63, 66; colapso del: 11, 16-17, 28, 30, 32, 35-36, 38-39, 68, 71, 188-189, 211, 225, 227-228; curacas y: 59-60; demanda china: 52, 58, 67, 75; demanda global: 51; desafíos para: 131-134; economías divergentes: 55-67; estadísticas de plata acuñada: 526-527; estadísticas de producción/trabajo: 523; estímulo de: 96-102; haciendas: 78; mano de obra esclava: 58-59, 65, 89-90, 96-99; orígenes de: 38; papel en el capitalismo global: 15-16, 38, 45-47, 51-52, 62, 78, 88, 96-102, 121-122, 226-227; partes de mena: 65, 75, 134, 356; patriarcado y: 30-31, 88, 200; poder y desigualdades en: 134-140; refinación: 52, 89-90, 96-97, 101, 262, 386; robo: 99-100; *véanse también zonas mineras específicas*
Cárdenas, Cuauhtémoc: 489, 501, 503-504
Cárdenas, Enrique: 520
Cárdenas, Lázaro, presidencia de: 404; sobre derechos agrarios/laborales patriarcales: 32; sobre distribución de tierras: 409, 412-417, 474
Carlos IV: 189
Carlos V: 187
Carranza, Venustiano, estrategia de campaña de: 380-391; Huerta y: 376, 380; la ciudad de México y: 383-385, 389-391, 394; la Convención y: 384-385, 388-389, 391, 394-395; los Estados Unidos y: 384, 388-389; metas de: 405; petróleo de Tampico y: 392-393; presidencia de: 397, 402; reforma agraria y: 384, 389-391, 394, 396, 413; resistencia en Chalco a: 364; sindicatos obreros y: 390, 396, 473; sobre el nacionalismo: 402; sobre el Plan de Guadalupe: 381; Veracruz y: 385, 388, 397; Villa y: 382-384, 393; Yucatán y: 391; Zapata y: 394-395; *véase también* movimiento constitucionalista
Carroll, Pat: 519
Carson, Rachel: 429
Casa Blanca (hacienda): 177-179
Casasano: 454, 457
Castañiza, marqueses de: 305
Castilla: 50
Catedral Metropolitana de la Ciudad de México (Catedral de la Ciudad de México): 132, 293; Banco hipotecario: 274, 316
catolicismo: 95, 109, 162, 205, 212-214, 239, 250, 252, 293, 296, 345, 392, 408-409, 448, 460, 484
Ceballos, Leonardo: 344, 367-368
Cedillo, hermanos: 385
Cedillo, Saturnino: 408-409
Celaya: 65, 193, 235, 247, 393
Centeno, capitán: 176, 182
Centro Intercultural para el Decrecimiento y la Organización Comunitaria (CIDOC): 459
Chalco, altar abierto: *87;* aparcería: 317-321; autonomía/patriarcado en: 341-352, 364; como granero: 39, 84, 138, 270, 341, 515; crisis de las haciendas: 313-316; cultivos de maíz: 94, 111; haciendas: 271-277, 281, 300-303, 343; lago de: 84, 343, 345, 349, 515; policía rural: 308-309; resistencia/rebelión en: 39, 304-307, 311, 321-329; templo de San Luis Obispo: *104;* violencia social: 352-358, 364; *véanse también* San José de Chalco; Valle de Chalco
Chalma: 133, 365, 440, 478, 480
Chapa de Mota: 177
Chapatongo: 183
Chapingo (hacienda): 126, 136, 144, 363, 427-*428*
Chapultepec Heights (después Lomas de Chapultepec): 473
Chiapas/chiapanecos: 36, 61, 64, 79, 84, 197, 265, 268, 502-503
Chiautla: 137, 282
Chichen Itzá: 80
chichimecas: 60, 64-67, 84, 95-97, 100
Chiconcuac: 339, 449-450, *451*-452, *453*-454, 459, 462-463
Chihuahua: 67, 74, 380-382, 394, 397
Chilcuautla: 176
chile (cultivos): 62, 73, 78, 92, 140, 447, 455
Chilpancingo: 208
Chimalhuacán Chalco: 140
chinampas: 24, 39, 79, 82-84, 94, 106, 109-113, 124, 140, 270, 281, 283-285, 287-290, 299, 345, 348
chinos: 46, 66, 222, 224
Cholula: 83-84
Chowning, Margaret: 521
Cinco de Mayo (Batalla de Puebla): 255, 313
ciudad de México, como capital: 24, 121; como centro de poder: 62-63, 257, 466; construida sobre Tenochtitlán: 111; efectos de la industrialización: 469-474; estadísti-

cas de plata acuñada: 526-527; extensión: 23-24; fábricas: 241-242; globalización y: 488-498; golpe de Estado (1808): 31-32; graneros de: 39, 138, 341, 515; reconstrucción de: 93-94, 482-488; sobrevivir a la: 475-482; urbanización en el siglo XX: 466-469
Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca: 464
Ciudad Nezahualcóyotl: 485-*487,* 488, 493, 495
Cline, Sue: 519
Clinton, Bill: 502
Clouthier, Manuel: 501
cólera: 232, 239, 303
Colorado: 250, 261
Colosio, Luis Donaldo: 503
Columbus: 395
comanches: 230, 250, 254, 263-264
comercio algodonero, británico: 232, 234-235; en Texas: 221, 233, 238, 243, 250; indio: 47, 222-223; mano de obra esclava: 16-17, 224, 228, 238-239, 249-250, 264, 424; mecanización en: 234-235, 240-243, 529-531; mexicano: 240-249, 386; trabajo basado en género en: 241-243
comercio azucarero: 15; capitalismo del azúcar: 518; cultivos en haciendas: 73, 105-106, 114, 125, 127; mano de obra esclava: 17, 46-47, 58, 100-101, 105
comercio global, capitalismo comercial en: 59; economías locales y: 78; en el Imperio de los Habsburgo: 46-48; recesión económica en: 67; *véanse también* capitalismo de la plata; comercio algodonero; comercio azucarero; mano de obra esclava
Comonfort, Ignacio: 253
comunidades del centro, adaptación a la reconstrucción: 109-117; adaptación cultural de: 49, 54-55, 57-58, 63, 66-68, 78, 90; alianzas, 86-87, 93-95; apoyo a Zapata de: 12, 34, 77, 330, 359-360, 366, 370, 377-378, 384, 397; capitalismo a cuestas de: 18-23, 38, 121; como crisol mesoamericano: 79-85, 90; conquista/invasiones: 85-87; consolidación en: 118-120; el poder en: 27-29; escasez de tierras: 38; experiencia del capitalismo: 23-24; influencia sobre el capitalismo: 34-41; reconstrucción de: 102-108; regímenes capitalistas: 31-33; señores indígenas: 27, 50-51, 53, 55, 57, 63; urbanización y: 12, 34-35, 465, 499, 515-518; *véanse también* autonomías; repúblicas
comunismo, comunistas: 327, 331, 420, 473
Confederación de Cámaras Industriales de los Estados Unidos Mexicanos (Concamin): 412, 422
Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, Servicios y Turismo (Concanaco): 412, 422
Confederación de Trabajadores de México (CTM): 415, 422, 474, 484
Confederación Nacional Campesina (CNC): 415, 422
Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP): 422, 484
Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex): 422
Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM): 407, 439
Connaughton, Brian: 520
Consejo de Indias: 116
Constitución de Cádiz: 196-197, 204-209, 212-214, 227, 254, 272, 310
Constitución de las Siete Leyes: 240
contrainsurgencia: 174-175, 179-185, 194, 203, 206, 208-209, 211, 214, 225, 245
Contreras, José Enciso: 520
Convención, la: 384-385, 389, 391, 394, 396, 412
Coral, Emilio: 521
Córdoba: 215, 478
Correa (clérigo): 183
Cortés (familia): 105
Cortés, Hernán: 49-50, 60-61, 64, 80, 84-86, 89-91, 105
Cortina, conde de la: 171, 178-180, 185-187, 293
Cortina, Paula: 293
Coss, Francisco: 389
Coyoacán: 282, 293-294, 314, 361
crecimiento poblacional: 11-12, 18, 26, 29, 34, 38-40, 68-69, 71, 73-74, 121-122, 124-125, 134, 425-426, 466-468; *véase también* enfermedad y despoblación
Creole Petroleum: 418
cristeros: 42, 408-411, 413, 440, 457
cristianismo: 51, 53-54, 78, 86-*87,* 91-93, 110, 115-117, 122, 133, 281, 449, 460
Cristo, Jesucristo: 95, 115, 129-130, 132, 161, 280, 294, 408, 439, 460; de Chalma: 133, 365, 440, 478, 480; de Totolapan: 91, 110, 133
Cross, Harry: 520
Crow, Jim (Rice): 389

Cruz, sor Juana Inés de la: 120, 133
Cuautitlán: 184, 490; río: 112
Cuautla: 105, 141, 184, 278, 304-305, 469
Cuautlanzingo: 137
Cubilla Moreno, Gilda: 520
Cuéllar, Rafael: 324-325
Cuernavaca: 24, 62; como suburbio: 463; industrialización de: 462-465; insurgencias en: 304, 309, 518; haciendas azucareras: 63-64, 90-91, 105, 127, 300
Cuicingo: 305
Culhuacán: 109-112, 115, 125, 281
Cumplido, Ignacio: 245
curacas: 55, 57, 59-60, 63, 66, 68-70, 73
Cuzco: 57, 70

David (primo de Roberto Sánchez [Lewis]): 478-479
Davis, Mike: 511
De la Cruz (clan): 130
Depresión (década de 1930): 18, 401, 410-417
desagüe (proyecto): 63, 112-113, 166
Día de Muertos: 115
Díaz, Félix: 374
Díaz, Porfirio, apoyo del centro a: 331, 379-380; la paz bajo: 260, 329-333, 470; liberalismo autoritario de: 255; Noriega y: 343, 350; Payno y: 296; presidencia de: 233, 260, 359, 372; quiebre de la paz: 372-376; sobre exención de impuestos: 367; sobre la militarización del patriarcado: 351; transferencia de poder a Madero: 362, 374; *vs.* radicales: 331, 370, 379-380
Díaz Soto y Gama, Antonio: 437-438
Diego, Juan: 117
Doheny, Edward: 267, 388
Dolores: 171, 192-193, 199, 202
Domínguez, Miguel (corregidor): 194
Durango: 230, 244, 394

Ecatepec: 282
Echarte, Joaquín: 179
Echeverría, Luis: 431
economía comercial: 27, 63-64, 71, 91, 121, 177, 223, 225, 230, 349, 371, 386-387, 390
economía de plantaciones en Brasil: 46-47, 58
economía estadunidense: 238-239, 246, 249, 262, 264, 268, 357, 372, 378-380, 387-389, 401-402, 411, 419, 421, 428, 432
El Caballito (fábrica): 346
El Cardonal: 174-176, 183
El Ébano: 392-394
El Marqués (hacienda): 174
El Mezquital: 62, 112, 127, *157, 160;* concesiones a: 209, 211; crecimiento poblacional: 38; haciendas en: 141, 165-167, 181; insurgencias en: 24, 34, 72, 74, 77, 84, 156, 168-185, 187-188, 194-197, 201-202, 207-208, 505; proyecto de desagüe: 63, 112, 166; pulque en: 141, 155, 159
El Moral (hacienda): 274-277, 281, 316
El Paso: 264, 372, 384, 470
El Zoquital (hacienda): 175
encomenderos: 51-52, 86, 88, 92, 94-95, 99, 103, 105, 107
encomiendas: 50-53, 61, 86, 91, 95, 107-108
enfermedad y despoblación: 48-53, 64, 78, 85, 92, 131; *véanse también* enfermedades específicas
epidemias, *véase* enfermedad y despoblación
Escandón, Manuel: 241
Escobar, Gonzalo: 409, 411
Espinosa de los Monteros, Manuel: 282-*283,* 284-293, 295-297, 310
estadunidenses: 247, 252, 262, 266-267, 304, 357, 375, 382-384, 388-389, 406, 413, 418-419, 427, 504
explotaciones simbióticas: 29-31; colapso de: 38, 156, 203, 269, 317, 319, 336; el trabajo como: 140-148; estabilizadoras: 38, 72-74, 77, 122, 134-135, 148, 154-155, 168-169, 179; insurgencias y: 77, 168; negociaciones para: 148-154; nuevo facsímil de: 334-337; patriarcado y: 31, 148, 154-155, 201, 203, 336
extracción de oro: 51-52, 61, 88, 93, 96, 234, 247, 261-263, 386

Fagoaga, señoras de: 295
Falcón, Romana: 520
Felipe II: 46
Fernández, Rodolfo: 521
Fernández, Vicente: 179-185
Fernando VII: 180, 189, 194, 197, 208-209, 212-215
ferrocarriles, expansión: 262, 264, 314, 332, 380; transporte a mercados citadinos: 39
Filomena: 340, 360, 362
Findlay, Ronald: 14-16
Flores, Apolonio: 352
Flores Monjardín, Brígida: 366
Florescano, Enrique: 520
Forbes, Alexander: 246-247

Ford Motor Company: 422
Fox, Vicente: 503-504
franceses: 47, 194-197, 205, 212, 255, 263, 313-314, 321-322, 331
franciscanos: 64, 117, 282
Frank, André Gunder: 14
Frente Democrático Nacional (FDN): 501
frijol (cultivos): 62, 73, 78, 92, 140, 447, 455
Fulwider, Ben: 521
Fundación Rockefeller: 425, 427

gachupines: 171, 194, 196-197, 205, 213, 215
Galicia, Rafael: 440
gañanes: 142-144, 164-167, 169, 173, 178, 201, 319, 335-337
García de León, Antonio: 520
Garrido, hermanas: 316, 329
Gaspar, Margarito: 344, 353
General Electric: 422
Germán, Juan Antonio de: 275-276, 281
Gibson, Charles: 519
Gilland, Julianne: 521
Gilly, Adolfo: 520
globalización, bajo el TLCAN: 404, 434, 489-490, 505; capitalismo industrial y: 13, 15, 30, 34; capitalismo nacional y: 18, 40, 404, 432-434, 489-490, 500-504; derrumbe y: 40, 488-498; giro hacia la: 14-15, 17-18, 23, 31, 34-35, 41, 404, 432, 434-435, 468, 489-490, 500, 513-514; urbanización y: 426, 432, 509
Goldstone, Jack: 509
Gómez, Casimiro: 183
Gómez Farías, Valentín: 239-240, 273, 280
Gómez Galvarriato, Aurora: 520
González (hacienda): 302
González, Abraham: 380
González, Fernando: 363
González, Manuel: 363
Goya, Francisco de: 189
Graciela (pareja de Manuel Sánchez [Lewis]): 478
Graham, Richard: 519
Gran Círculo de Obreros Mexicanos: 258
Gran Guerra (1914-1918): 18, 40, 370, 393, 396-397
Granados, Luis Fernando: 520-521
Greene, William: 263
Guadalajara: 194, 197, 230, 478
Guadalupe, *véase* Virgen de Guadalupe
Guadalupe (tía de los hermanos Sánchez [Lewis]): 480
Guanajuato, minas de: 38, 64-67, 74-75
Guatemala: 60-61, 64, 79, 84
guerra de castas: 311, 331
Guerra de los Siete Años: 75
Guerra de Reforma (1858-1860): 254, 313, 319
Guerra de Secesión, Estados Unidos (1861-1865): 17, 263-264
Guerra de sucesión española: 124
Guerra Fría: 18, 420, 423, 512
Guerra por América del Norte (1864-1848): 249-250, 263-264, 301, 303, 378
Guerrero (estado): 340, 360, 361, 430, 444-445, 450, 457, 464
Guerrero, familia: 99
Guerrero, Dolores: 273
Guerrero, Vicente: 212-213; como rebelde político: 208, 214; en La Compañía: 273-276; esclavitud y: 238; Morelos y: 212-213, 273; presidencia de: 232, 273, 286; sobre el Plan de Iguala: 213, 215; sobre importaciones británicas: 234
Guggenheim (familia): 262, 264, 374, 379, 382, 386
Gutiérrez Altamirano y Velasco, Juan Lorenzo, conde de Santiago Calimaya: 131, 158

haciendas, comerciales españolas: 15, 62; explotación de mano de obra: 140-148; mecanización en: 39; tierra para: 53, 62, 103; trabajo en: 38, 59, 67-68; trabajo estacional en: 141-142, 144-146
hambruna: 76-77, 134-135, 149, 156, 192-193, 199-201
Hearst, los: 382
Heliodora: 337-338, 340
henequén (cultivo): 266-268, 386-388, 391, 405-406, 414
Hermosillo: 490
Hidalgo (estado): 24, 469
Hidalgo, Miguel: 77, 155, 171-172, 180-181, 192-194, 196-197, 199, 201-204, 210, 215, 227
Hospital, hacienda del: 339
Houston: 389
Huancavelica: 97
huastecas, huastecos: 267-268, 388
Huerta, Adolfo de la: 407, 457
Huerta, Victoriano: 363-364, 366, 374-378, 380, 383-384, 387-388, 439
Huexoculco: 276, 322
Huexotla: 140

Huexotzingo: 83
Hughes, Jennifer Scheper: 460
Huichapan: 171, 174-176, 181, 184, 199, 204, 209
Huipustla: 177-178
Huitzilopochtli: 82-84, 87, 93, 115

Illich, Iván: 459
Imperio azteca: 23, 60
Imperio español: 11, 23, 38, 45-48, 55, 68, 71, 77, 114, 191, 208, 212, 214-216, 370
Imperio inca: 38, 48, 50, 55-60, 70
Imperio mexicano: 39, 188, 214-215, 225, 227, 250, 258, 313
Imperio Ming: 52, 67, 96
impíos(as): 194, 197, 205
indias/indios, gente de razón y: 306; uso del término: 42, 65, 196, 202, 213
industria petrolera: 267-268, 386-389, 405-406, 416-417, 431-432, 488
industria pulquera: 62, 74, 78, 109, 125; diezmos: 187; en Tulancalco: 157-160, 164, 172; explotaciones simbióticas en: 141-142; trabajo basado en género en: 125, 137, 140, 164; producción en haciendas de: 126-129, 135-136, 142-143, 156, 167, 201; recaudación de impuestos: 186; ventas en mercado: 170, 175, 177-179; *véase también* maguey
industria tabaquera: 74-75, 227
industria textil: 66-67, 74-75, 246, 257, 263-264, 276, 300, 313, 346, 348, 386, 469
influenza: 369, 397, 437, 472
insurgencias, capitalismo y: 386-394; colapso de la economía de la plata y: 11, 16-17, 28, 30, 32, 35-36, 38-39, 68, 71, 188-189, 211, 225, 227-228; costos de: 185-187; de otomíes: 156, 184-185, 207; en el Bajío: 11, 32, 34, 66, 68, 72, 74, 77, 122, 185, 237, 371; en Morelos: 362-364, 374, 386; en Querétaro: 77; en Tulancalco: 156-168, 171-185; en Yucatán: 36; fin de: 208-211; guerras sociales: 197-204; inesperadas: 189-193; políticas y populares: 193-197, 204-205, 212-217, 224, 506; regiones de: *373;* sequías e: 168-171; sustento familiar y: 34-36; *véase también* contrainsurgencia
Islas, Francisco: 327
Iturbide, Agustín: 208, 212-216, 225, 227, 232-233, 235, 273, 515
Iturrigaray, José de (virrey): 189
Ixmiquilpan, elecciones parroquiales: 207; esclavos en: 99; insurgentes en: 172, 174, 176, 183; milpas en: 169
Ixtapaluca: 282
Ixtlahuaca: 119, 132
Iztacalco: 39, 270, 281-288, *289*-293, 299
Iztapalapa: 140

J. G. (analista): 243, 247-249
Jalisco: 205, 257, 263, 408
Jalpa (hacienda): 177, 317-319
Jalpa, Tomás: 520
japoneses: 335, 461
Jaramillo, Rubén: 430, 444-445, 451
Jarquín, Teresa: 520
Jefe Máximo, *véase* Calles, Plutarco Elías
jesuitas: 106, 114, 118, 126, 128, 135, 149
Jesusita la Rubia: 280, 289
José I (José Bonaparte): 189
Juárez, Benito: 39, 253-255, 258, 260, 300, 314, 321, 324, 327, 437; Ley Juárez: 253-254
Judas: 294
Junta de Sevilla: 190, 196
Junta Soberana Americana: 196, 204

Kates, Adrienne: 521
Katari, Tomás: 70
Katari, Túpac: 70
Katz, Friedrich: 519-520
Knight, Alan: 520
Kourí, Emilio: 520

La Compañía, *véase* San José de Chalco (hacienda)
La Goleta (hacienda): 174
La Griega (hacienda): 211
La Habana: 226, 421
La Laguna: 244, 263-264, 372, 378-379, 381, 386, 414
La Luz: 256
La Merced (mercado): 477
Lagunilla: 178, 183-184
Lara, Gerardo: 520
Laredo: 470
León: 247, 393, 490
Lerdo de Tejada, Miguel: 310n
Lerdo de Tejada, Sebastián: 258, 311-312
Lewis, Oscar: 445-449, 463, 476-477
Ley Juárez: 253-254
Ley Lerdo: 253-256, 310-313, 317, 325

Lima: 58-59, 70
Lockhart, James: 519
Lomnitz-Adler, Claudio: 465
López, Julio: 322-328
López de Santa Anna, Antonio: 233
López Escudero, Manuel: *278-279,* 280-281, 290, 293
López Rayón, Ignacio: 196
Lorenzana, Natalio: 343, 355, 367-368
Los Ángeles: 247
Luis XIV: 120

macehuales: 27, 94, 297
macehualtín: 27
Madero (familia): 264, 375, 379-380, 392-393
Madero, Francisco I.: 359, 362-364, 372, 374-375, 377-378, 380-381, 386, 392, 409
Madrid: 46, 78, 96, 124, 189, 191, 208-209, 226
Madrid, Miguel de la: 489, 501
Magaña, Gildardo: 397, 438
Magdalena: 292
maguey: 73, 109, 127-128, 140-143, 157-158, 164-165; *véase también* industria pulquera
maíz (cultivo): 25, 62, 73, 76, 78, *173, 320,* 447-448, 454-455; como bienes tributarios: 94, 108, 111; dar raciones: 173, 275; diezmos: 186-187; elotes: 507; en el sustento comunitario: 79, 92, 106, 140, 507; en el verano: 168-169; en haciendas: 126-127, 131, 136, 147-148, 171-185, 276; mercados citadinos: 106-107, 112, 114, 124-125, 128; precios: 97, 102, 124-125, 128, 147, 159-168, 170, 231-232, 258, 277
Malinalco: 365
Manila: 46, 59, 66, 226
Manning y MacIntosh: 256
mano de obra esclava, en el comercio de algodón: 16-17, 224, 228, 238-239, 249-250, 264, 424; en el comercio azucarero: 17, 46-47, 58, 100-101, 105; en la construcción de barcos: 59; en la economía de la plata: 58-59, 65, 89-90, 96-99; en la Revolución industrial: 16-17; secesión de Texas y: 248-249
Margarita, doña: 295
María (Payno): 298
Martínez, Esperanza (pseudónimo): 339-340, 360-362, 438-440, 446
Martínez, Pedro (pseudónimo): 337-338, 340, 349, 359, 362, 438-440, 446
Martínez de Castro, Cristóval: 280-281, 289
Martínez de la Torre (familia): 316
Martínez del Río (familia): 241
Marx, Karl: 13-14
marxismo, marxistas: 322
Matiana (Payno): 298
matlazahuatl (epidemia): 93, 124, 131-132
Maximiliano de Habsburgo: 39, 250, 255-256, 258, 313, 316, 321
mayas: 60, 80, 84, 254, 266-268, 303, 387-388, 391
Mayo, Catherine: 521
Maytorena, los: 380
McCann, Bryan: 519
McNeill, John: 519
Meacham, Standish: 519
mediación judicial: 31-33, 35, 54, 108, 113-114, 149, 175, 191, 265, 308, 313, 324, 328, 424
Medina, Bartolomé de: 62, 97, 99
Medina, Juan: 354
Medina Garduño, Manuel: 363
Medina Mayo, Francisco: 366-367
Mejía, Ignacio: 327
Melosi, Marty: 520
Méndez Arceo, Sergio: 459-460, 464
Mendoza, Antonio de (virrey): 94
Mendoza, hermanos, Ciriaco, Hilario, Julio y Sixto: 366
Mexicalcingo: 284
mesoamericanos: 50, 52, 64, 67, 85, 87-93, 96, 98, 102-103, 114-115, 120, 200, 507; *véase también* poblaciones indígenas
mexicas (aztecas), como centro de México: 24, 95; devastación de: 23, 48-50, 61, 64, 93-94; dieta de: 447; estadísticas poblacionales: 135; influencia en la cultura hispanoamericana: 120; poder militar de: 80, 82-85, 94; registros escritos de: 114-115; renacimiento de: 23; sistema de presas/calzadas: 112
Meztitlán: 175
Michoacán: 193, 204, 230, 407-409, 413-414
Mier y Trespalacios, Cosme de: 152
migración: 65, 74, 101, 107, 457, 459, 475, 489, 495
Milmo, Patricio: 164
Milpa Alta: 361
Ming (dinastía): 52, 67, 96
Miraflores (hacienda y fábrica): 276, 342, 346
Miranda, Margarita: 368
mita: 57-59, 63, 66
Mixquiahuala: 175, 177

mixtecos: 60-61, 83
Moctezuma: 85, 87
Molina del Villar, América: 520
Molino de Flores (hacienda): 135, 149-150, 154
Moncada, Manuel: 153
Monte de las Cruces: 172, 181, 194
Monterrey, coalición villista: 392-394; incursiones comanches en: 263; industrialismo en: 264, 378-379, 386-387, 392, 402, 412, 422
Moore, Barrington: 20, 508
Morales, Francisco: 177
morelianos: 352-353
Morelos (estado): 24, 304; autonomías en: 445-446, 453-462; comercio azucarero: 333-337, 353, 377, 398; cultivo de arroz: 445; cultivo de maíz: 438; estudios de caso de jornaleros: 337-340; insurgencias en: 362-364, 374, 386; nuevas formas de vida: 462-465; presiones poblacionales: 441, 469; reforma agraria en: 435
Morelos, José María: 155, 184, 196, 204-205, 208
Morones, Luis: 407
movimiento constitucionalista: 42; apoyo estadunidense a: 376-389; coalición populista: 390-393; contradicciones de la Revolución en: 394-398; fracturas en: 383; levantamiento de: 376, 380; promoción del capitalismo nacional por: 370, 372, 402, 411; revolución de: 386-394; *vs*. los zapatistas: 40, 364, 371-372, 382-384, 390; *véase también* Carranza, Venustiano
Muciño, Benito: 367
mulatos: 62, 65, 101-102, 124, 130, 141, 196, 200, 207, 212-213, 235

náhuatl: 80, 94, 114, 117, 125, 129, 133, 138, 282, 297, 338
Napoleón Bonaparte, invasión de España: 31-32, 68, 71-72, 76, 168, 188-189, 191-192, 205, 208, 223
Napoleón III: 255, 322
Nava Carmona, Victoria: 440
Navarrete, Félix: 367
Negrete, Miguel: 324
Nelson, Bill: 521
Nextipac: 282
Nextlapa (hacienda): 174
Noriega, Íñigo: 343, 345-346, 350, 363-364, 493
Nueva Jersey: 416
Nueva Orleans: 226, 235, 266
Nuevo México: 74, 80, 227, 395

O, Genovevo de la: 365, 367, 438
O'Rourke, Kevin: 15-16
Oacalco (hacienda): 339, 454, 457
Oaxaca/oaxaqueños: 36, 64, 79, 197, 227, 265, 444
obrajes (talleres textiles): 59, 63, 75, 119
Obregón, Álvaro, aliados de: 380, 383, 473; capitalismo y: 380, 406, 410; como estratega: 389-390, 397-398, 407; Huerta y: 375; presidencia de: 404-406; sobre el nacionalismo: 402; sobre la reforma agraria: 384-385, 396-398, 405, 407, 413-414, 435; sobre los Acuerdos de Bucareli: 406; Villa y: 391, 393-395; zapatistas y: 392, 397-398, 437
Occupy Wall Street: 510
Ochoa, señor: 284
Ocotenco: 355
Ojo de Agua (hacienda): 136
Olguín, Manuel: 158-180, 183, 185-187; condes de Santiago y: 158; diezmos y: 162, 186-187; la contabilidad de: 163-164; la producción de maíz y: 170, 172-173; las ventas de pulque: 159-160, 172; los otomíes y: 164-165; sobre el trabajo: 162-168; sobre la administración de Tulancalco: 157-168; sobre las insurgencias: 171-179
olmecas: 79
Olmedo, Mariano: 276
Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP): 431
Orizaba: 263, 386
Ortiz de Ayala, Tadeo: 233, 235-239, 243-244, 247, 250, 254, 268
Ortiz Rubio, Pascual: 411
Osorno, José Francisco: 204-205
Ostoticpac: 137
otomíes, derechos en Querétaro: 77, 127; escasez de tierra: 38; fundación de Querétaro: 64-65; insurgencias de: 156, 184-185, 207
Ottawa: 502
Otumba: 105, 128, 136-137, 149, 156, 163, 185, 187, 199, 205, 207, 209
Owensby, Brian: 519

Pacheco, Francisco: 367
Pachuca, insurrecciones en: 174, 177-178; minas de plata en: 11, 24, 38, 62, 72, 96-97, 99-101

Paige, Jeffrey: 508
Palacios, José María: 279-280
Pani, Alberto: 473
Pani, Erika: 520
Papalotla: 137, 150
Papantla: 259, 264
Parián (mercado): 232, 240, 286
Parral: 67, 118
Partido Acción Nacional (PAN): 501, 503-504
Partido de la Revolución Mexicana (PRM): 415, 421
Partido Nacional Revolucionario (PNR): 409, 411-412, 415
Partido Revolucionario Institucional (PRI): 421, 424, 431, 475, 501-503
Pascual (Payno): 297
Pascuala (Payno): 297
patriarcado, compadrazgo y: 275; corrosiones del: 41, 109, 169, 203-204, 216, 222, 269, 330, 340-352, 355, 357-358, 366-367, 452, 458, 490, 505, 514-515; en el capitalismo de la plata: 30-31, 200; en las explotaciones simbióticas: 31, 148, 154-155, 201, 203, 336; en las relaciones laborales: 32, 66, 76, 129, 144, 148, 151, 164, 203-204, 242; jerarquías de: 27-29, 200, 336, 462; reclamo de: 154, 167, 200, 340, 361, 367, 371; reforzamiento de: 151, 154, 167, 203-204, 210-211, 215, 241-242, 265-266, 330-331; relaciones de género bajo: 27-29, 31, 94, 110, 113-114, 125, 148, 154-155, 242-243, 296, 447, 477, 496-497; sobre las explotaciones simbióticas: 31; vecinos y: 286-287; violencia de: 28, 32, 149, 366, 495
patrón oro: 221, 261, 263, 372, 379, 411
Pátzcuaro: 230; lago de: 60, 84
Payno, Manuel: 296-298
Paz, Octavio: 519
Pearl Harbor: 418
Pearson, Weetman: 267, 375, 388
Peery, Amanda: 521
Peña, Guillermo de la: 454-456, 458, 460-464
Pérez, Antonio: 133
Pérez de las Cuevas, Antonia Marta: 278
Pérez Montesinos, Fernando: 521
Pershing, John: 397; expedición: 395
Pesqueira, Dinorah: 521
Phelps Dodge (compañía minera): 263
Piketty, Thomas: 511-513
Pilares (hacienda): 142-147
Pilatos: 294
Pimentel, Francisco: 304
Pioneer Seeds: 417
pipiltín: 27, 94, 104
Pizarro, Francisco: 50, 56
Pizzigoni, Catarina: 519
Plan de Ayala (Zapata): 362, 374, 384
Plan de Guadalupe: 381
Plan de Iguala (1821): 213-216, 273
Plan Marshall: 420
Platanillo (hacienda): 273
poblaciones indígenas, adaptación cultural de: 49, 54-55, 57-58, 63, 66-68, 90; adaptación española a: 58-59, 66; enfermedad y despoblación: 48-53; señores: 27, 50-51, 53, 55, 57, 63
pochtecatl: 61
Pomeranz, Kenneth: 14
Pope, Norris: 521
Portes Gil, Emilio: 409, 411
Potosí, minas plateras: 46, 52, 55-60, 62-64, 67, 70, 96
Pozos (hacienda): 180
Primavera Árabe: 510
primera Guerra Mundial o Gran Guerra (1914-1918): 18, 40, 370, 393, 396-397
Programa Bracero: 418
Programa Nacional de Solidaridad: 494
protestantismo, protestantes: 293, 522
Puebla: 63, 66, 230, 240-242, 257, 263, 389-390
Puebla-Tlaxcala, cuenca de: 389, 395
Puente de Calderón: 194-195
Puerto de Nieto (hacienda): 210
purépechas: 521
Puyade, Ángel: 183

Qing (dinastía): 67
Querétaro, fundación de: 64-65; haciendas otomíes: 201-204, 216; insurgencia en: 77; movimiento en: 192, 194; residentes otomíes en: 77, 201-203; tabacalera: 74-76
Quintana Roo, Andrés: 304
Quintanilla (familia): 280-281
Quito: 59

racismo, racista: 274, 378
radicalismos: 322, 331, 380, 389, 406, 442, 460
Rasgado, Alberto: 366-367
Real del Monte: 24, 67, 72, 121, 128, 133-134, 157-160, 166, 177, 183, 185, 187, 195, 256
Redfield, Robert: 448

Regla, condes de Santa María de: 135-136, 149, 175, 177, 295, 317
Reina, Leticia: 520
repartimientos: 62-63, 99-102, 108, 112-113
repúblicas, adaptaciones de: 54, 109-117; autonomías de: 11, 25-26, 31, 62-64, 66, 73, 78, 125, 206, 210, 254, 370-371; cabeceras: 27, 80, 86, 104, 129-130, 132, 137, 207; capitalismo de la plata y: 38, 54, 62, 78-120, 188, 332, 393-394; derechos municipales para: 209-210; eliminación de: 272, 285; explotaciones simbióticas estabilizadoras: 38, 72-74, 77, 122, 134-135, 148, 154-155, 168-169, 179; haciendas comerciales cerca de: 73-74, 108, 121, 127; reconstrucción de: 102-108; tenencia de tierras de: 110-111, 122, 130, 136-138, 206, 272, 286, 310, 437, 501; *véanse también* autonomías *y repúblicas específicas*
repúblicas indígenas, *véase* repúblicas
Revolución china (1945-1950): 18
Revolución mexicana (1910-1920): 11-12, 30, 39-40, 260, 362-363, 366-367, 383-398, 466
Revolución rusa (1917): 18, 370
revolución verde: 425-430, 475, 507
Revoluciones del Atlántico (décadas: 1770-1820): 17, 38, 75, 134
Reyes, Bernardo: 374-375, 379
Reyes, Juana: 442
Reyes Lara, María Trinidad: 442
Reynoso, Dolores: 343-345
Rheinberg, Brigitta van: 521
Rhodakanaty, Plotino: 322
Riego, Rafael: 212
Riva Palacio, Carlos: 409
Riva Palacio, Mariano, Guerrero y: 277-278; hacienda de La Compañía: 276, 281; sobre irrigación: 305, 317; sobre la Ley Lerdo: 312; sobre la policía rural: 308; venta de haciendas: 316, 329
Riva Palacio, Vicente: 312, 316
Rivadeneyra (clan): 99-100
Rivera, Diego: 450-452, 462, 521
Roa, Antonio de: 91, 115
Rocha, señor: 355
Rockefeller, Nelson: 417-418
Rodríguez, Abelardo: 411-412
Rodríguez Altamirano (clan): 105
Rodríguez de Pedroso, Manuel: 128
Rojas, Máximo: 385
Rojas, Rosendo: 337, 340
Roma: 440, 458
Romanucci, Lola: 449, 451-452, 454, 458-459
Romero de Terreros, Pedro, *véase* conde de Regla
Rubio, Cayetano: 242
Ruiz de Alarcón, Hernando: 116
Ruiz de Alarcón, Juan Ruiz de: 116
Ruiz Massieu, Francisco: 503
rusos: 18, 370

Salazar, Teodora: 440
Sales, Francisco de: 311
Salinas de Gortari, Carlos: 489, 494, 501-503
Saltillo: 253, 372, 490
Salto (hacienda): 177
Salvatierra, marqués de: 157
San Ángel: 294, 315, 469
San Antonio (hacienda): 174
San Antonio (Texas): 74, 372
San Antonio Abad (hacienda): 319
San Bartolo: 294
San Cristóbal de Las Casas: 502
San Diego: 521
San Francisco: 74, 226
San Francisco Acuautla: 133, 305-308, 315, 322-*323,* 324, 326
San Gaspar (hacienda): 339
San Gregorio Cuautzingo: 138-*139,* 140, 275-276, 311, 326-327, 515, 525-526
San Javier (hacienda): 175, 178
San José de Chalco (La Compañía, hacienda): *126,* 135, 138, 272-278, 281, 311, 323-324, 326-327, 343, 345, 515-516
San Juan de Dios (hacienda): 274
San Juan del Río: 143, 171, 176
San Juan Tenochtitlán: 469
San Juanico: 291-292
San Lucas Tepemajalco: 151
San Luis Potosí: 66, 74-75
San Martín Cuautlalpan: 276
San Miguel de Allende: 193, 199, 202, 210, 235
San Nicolás Tecomate: 175
San Pablo: 326
San Pedro Mártir (hacienda): 319
San Rafael (fábrica de papel): 342, 346, *347-348,* 349, 353, *517*
San Xavier (hacienda): 295
Sánchez, familia (Lewis), Juan, Jesús, Manuel, Consuelo, Roberto, Marta: 476-482, 486, 496
Sánchez, Atilano: 274-275, 316

Sánchez, Irineo: 354
Sanders, Bernie: 510
Santa Ana: 283, 291-292, 298
Santa Lucía (haciendas): 106, 114, 118, 128, 135, 149, 155, 295, 525
Santa María (pueblo): 183
Santa Teresa de Jesús: 161
Santiago (Chile): 59
Santiago, Myrna: 520
Santiago Calimaya, condes de: 105, 114, 126, 135-136, 142, 149-*150,* 151-153, 157-158, 168, 179, 229
Santiago Tianguistengo: 169, 351, 366
Santiago Tlatelolco: 469
Santiago Zula: 303, 311, 326
Santo Domingo: 17, 496
Scott, James: 23, 508-509
Schwertner, Hillar: 521
Sebastián (hacienda): 178
segunda Guerra Mundial (1939-1945): 18, 40, 401, 418, 421, 426, 441, 504
Semana Santa: 293; Jueves Santo: 294
sequía: 124, 127, 132-133, 147-148, 156, 158-159, 168-171, 192-193, 199, 272, 274, 359, 372; *véase también* hambruna
Servín, Elisa: 520
Sevilla: 32, 46, 96, 191-192
Sierra Gorda: 199, 252, 254, 303
Sigüenza y Góngora, Carlos de: 120
Silao: 490
Singuilucan: 177
Skocpol, Theda: 509
soberanía española de los Habsburgo: 46-48, 66, 119, 124
socialismo, socialistas: 13-14, 18, 370, 402, 410, 413, 420, 424
Sonora: 247, 375, 379-380, 385, 397, 404, 407
Standard Oil: 416, 418
Stern, Steve: 28, 519
Sultepec, mina de: 98

Tacuba: 82-83, 92, 105
Tacubaya: 315, 344, 469
Taft, William Howard: 375
Tampico: 267-268, 388-389, 392-393, 406
tarascos: 48, 60-61, 64-65, 84, 94, 118, 200, 230
Tasquila: 176
Taxco: *72,* 97-*98, 516;* minas de plata en: 11, 24, 38, 52, 55, 61, 67, 72, 88-91, 96, 99-100, 102, 121, 515
Taylor, Bill: 519
Tehuacán: 507
Tehuantepec: 84, 303
Temamatla: 275, *278-279,* 281, 290, 293, 303, 305, 311
Temascaltepec, mina de: 98
Temixco (hacienda): 339
Temoaya (hacienda): 144, 175, 178
Tenancingo: 127, 364-365, 367, 369, 439-440, 461
Tenango del Valle: 341-343, 345, 351-358, 364, 369, 440
Tendexé (hacienda): 174
Tenguedó (hacienda): 180
Tenochtitlán: 11, 23, 82-84; caída de: 86-87, 115; ciudad de México construida sobre: 111
Teocalco (hacienda): 180
teología de la liberación: 459-460
Teotihuacán: 60, 79-80, 136
Tepeji del Río: 176, 179, 181
Tepetitlán: 174, 176, 181, 183-184, 209
Tepetlaoxtoc: 137
Tepic: 246, 301
Tepito: 470-471, 473, 476-479, 481-482, 485-486, 495-496
Tepotzotlán: 282
Tepoztlán/tepoztecos: 338-340, 349, 359, *360-361,* 362, 438, 440, 445-449, 453, 463, 465, 518
Terrazas (familia): 380, 382
terrorismo, terroristas: 322, 509; de septiembre de 2001: 504
Tesoutlapa: 175
Tetepango, cosechas en: 169; elecciones parroquiales en: 207; mercados en: 159
Texas: 17, 221, 227-228, 233, 236, 238-240, 243, 245, 248, 250, 264, 267, 418
Texcoco: 82; alianzas de: 83-84; lago de: 112, 128, 136, 485; rentas de tierra en: 137
tierra, derechos: 60, 109-111, 114-115, 287, 310-311, 374-375, 377, 394-395, 437, 469; distribución: 40, 407, 409-415, 417, 426, 435, 474; poder y desigualdades en: 134-140; privatización: 39, 310-313, 342-343; reforma agraria y: 29, 40, 371, 386, 391, 407-408, 411-415, 437, 441
Tierra Colorada (propiedad cañera): 273
tifoidea (epidemia): 73, 93, 124, 132-133, 184, 207, 232, 278
Tijuana: 521

Tizapán: 361
Tizayuca: 178
Tixtla: 273
tlachique/tlachiqueros: 128, 142-143, 164, 167
tlacolol/tlacololeros: 360-*361,* 438, 441, 445-449, 454-455
Tláhuac: 284
Tlahuelilpan (hacienda): 171-172, 175-177, 179-185, 209
Tlalmanalco: 86-*87,* 103-*104,* 276, 282, 517; río: 346
Tlalpan: 235, 314-315
Tlalpujahua, minas de: 119, 196
Tlalteguacán (hacienda): 144-146
Tlanchinol: 282
Tlapala: 276, 311
Tlatelolco: 82-84, 282; Santiago: 469
Tlaxcala/tlaxcaltecas: 50, 60-61, 63, 83, 86, 94, 378, 385, 389
Tlayacapan: 337, 340, 454, 456-461, 463, 518
TLCAN, *véase* Tratado de Libre Comercio de América del Norte
Toledo, Francisco (virrey): 57
toltecas: 109
Toluca: 24, 168-169, 351; *véase también* Valle de Toluca
Tomacoco: 305, 315, 346
Tonantzin: 117
Torreón: 264, 378, 383
Tortolero, Alejandro: 520
Totolapan: 91, 110, 115, 133, 460
totonacas: 259, 264, 268
trabajo obligatorio, cuatequil: 62, 108, 113; exigido: 58, 68; fin de: 113; mita*:* 57-59, 63, 66; repartimientos: 62-63, 99-102, 108, 112-113
Tratado de Bucareli: 406
Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN): 12, 404, 434, 489-490, 494, 502-505, 507
Tratados de Córdoba: 215
trigo (cultivo), en haciendas: 73, 114, 125-126, 169, 276, 364-365; irrigación para: 76, 105, 112; mecanización: 39, 301-302; precios: 244; preferencia española de: 92
Trump, Donald: 511
Tula: 60; ascenso de: 80; caída de: 80, 84, 109; como centro de poder: 79-80; cosechas en: 169; insurgencias en: 171-186
Tulancalco (hacienda): 135, 169-170; granero: *173,* 517; insurgencias en: 156-168, 171-185; maíz en: 170, 172-173; *véase también* Olguín, Manuel
Túpac Amaru: 70
Turner, John Kenneth: 266

Ulapa (hacienda): 180
urbanización, capitalismo nacional y: 35, 487, 499; comunidades del centro y: 12, 34-35, 465, 499, 515-518; crecimiento de la clase media con: 430; crecimiento poblacional y: 12, 34, 40, 425, 466; en el siglo XX: 466-469; fin de las revoluciones y: 508-515; globalización y: 426, 432, 509; industrialización y: 431, 464;
Uruapan: 230

Valenciana, la (mina): 211
Valladolid (hoy Morelia): 192, 208, 213
Valle de Chalco: 491, 493-495, 497
Valle de México: 24, 60, 83, 102; concentraciones poblacionales: 140, 524; desparramamiento incontrolable de la ciudad de México en: 469; disputas por tierras: 525; poder y producción en: 63, 79, 83; propiedades jesuitas: 114, 126, 149; proyecto de desagüe: 63, 112, 166; tributarios indígenas: 524
Valle de Toluca: 24, 62, 89, 105; adaptaciones en: 118-119, 461; disputas de tierras: 84, 122, 229, 304-305, 525; insurgencias en: 155, 171, 193-194, 197, 199, 364, 369, 377, 439; testamentos nahuas: 125, 129, 136; *véase también* Atengo (haciendas)
Vallejo, los: 367
Vaswani, Maia: 521
Vaughan, Mary Kay: 520
Vázquez, Genaro: 430
Vázquez, José María: 285-286
vecinos: 282-290, 298, 312
Vega, Regino: 367
Velasco, Luis de (virrey): 96, 105
Velasco y Ovando, María Isabel, condesa de Santiago Calimaya: 152
Velasco y Ovando, María Josefa: 152-153, 158, 160-163, 165, 171, 173-174, 178-179
Veloz, Larisa: 521
Veracruz, ocupación estadunidense de: 375, 383-384; puerto: 254, 262-263, 385-386, 388
Victoria, Guadalupe: 225, 232
Vidaurri, Santiago: 253
Villa, Pancho (villistas): 42, 383-384, 387, 391-

392, 472; la Convención y: 384-385, 388, 391-392, 394; ejércitos de: 269; Zapata y: 371-372, 382-385, 391-392, 394-395
Villa de Carbón: 179, 181
Villa Guerrero: 461
Villagrán, Julián: 172, 174-176, 180-182, 184, 204-205
Villaldea, Francisco: 177
Villaseca, Alonso de: 99, 106
Villaurrutia (familia): 305, 315
Villaverde, Francisco: 176-177
Virgen María: 115
Virgen de Guadalupe (Nuestra Señora de Guadalupe): 11, 117, 120, 122, 192, 203, 270, 291-294, 297-299, 456
Virgen del Pueblito: 203
viruela (epidemia): 23, 49-50, 56, 60-61, 64, 85-86, 131
Vivanco, marquesa de: 136

Wallace, Henry: 417-418, 425, 427
Wallerstein, Immanuel: 14
Wall Street, crac de (1929): 40, 401, 410
Walmart: 12, 515, 518
Warman, Arturo: 438, 441, 454-456, 460
Washington: 397, 502
Wasserman, Mark: 519
Wilson, Henry Lane: 374-375
Wilson, Woodrow: 375, 388-389
Wolf, Eric: 14, 20, 34, 508
Wolkowicki, Jenny: 521
Womack, John: 519, 522
Wyllie, Robert: 244-247

Xalatlaco: 341, 343-345, 352, 353-356, 365-369, 440, 442, 461
Xico (hacienda): 345-346, 363-365, 493
Xilotepec: 171-172, 176
Xochimilco: 112, 281, 283, 304, 314

yaquis: 378-379
Yautepec: 339-340, 439, 460
Yermo, señor: 289
Yolo: 183-184
Young, Eric van: 519
Yrigoyen, Juan José: 151
Yucatán: 36, 64, 79-80, 84, 197, 266, 327

Zacahuisco: 288
Zacarías, Gorgonio: 366
Zacatecas, minas: 38, 46, 52, 64-67, 74, 96, 228, 234; mineros: 64-65
Zacatepec: 414, 442-*443,* 444-445, 449-451, 453-454, 457-458, 462, 464, 518
Zacualpa, mina de: 98
Zapata, Emiliano, apoyo de las comunidades del centro a: 12, 34, 77, 330, 359-360, 366, 370, 377-378, 384, 397; asesinato de: 369, 395, 397, 435; estatua: *443;* la Convención y: 385, 388, 391, 394; sobre los derechos comunitarios: 359, 362-363, 365, 374, 380, 384-385, 391; Villa y: 371-372, 382-385, 391-392, 394-395; W. Wilson sobre: 388; *véase también* Revolución mexicana (1910-1920)
zapatistas, las mujeres como: 368; movilización de: 376-383; sobre las autonomías: 40, 42, 393-395, 435, 472; sobre los patriarcados: 361; villistas y: 385, 391-392; *véase también personajes específicos*

zapotecos: 60-61, 83-84, 303
Zavala, Lorenzo de: 272, 286
Zedillo, Ernesto: 503
Zimapán: 169, 174, 176, 178, 280
Zitácuaro: 196, 204
Zoquiapan (hacienda): 133, 302, 305-308, 315, 322, 324, 326
Zumpahuacán: 365

través de una panorámica que abarca desde el siglo XVI hasta la actualidad, John Tutino desafía nuestras suposiciones básicas sobre los impulsos que forjaron el capitalismo global y nos ofrece una nueva historia desde la perspectiva de las comunidades con tierras que rodean la Ciudad de México, colocando a las familias y a esas comunidades en el centro de las historias que transformaron el mundo. Así, nos dice Tutino, pese a la invasión, la enfermedad y la despoblación, las comunidades del "corazón de México" se mantuvieron firmes en sus tierras, adaptándose para sostener y dar forma al dinámico capitalismo de la plata; se unieron a las insurgencias que provocaron el colapso de este mineral y otros comercios globales clave después de 1810, y lucharon por conservar sus tierras, por autogobernarse frente a los proyectos nacionales liberales y por impulsar la revolución de Zapata en 1910. Y si bien la revuelta experimentó numerosos traspiés, las impávidas comunidades forzaron una reforma agraria que las colocó en el centro del experimento mexicano del capitalismo nacional posterior a 1920.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
1934-2024

CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

www.fondodeculturaeconomica.com